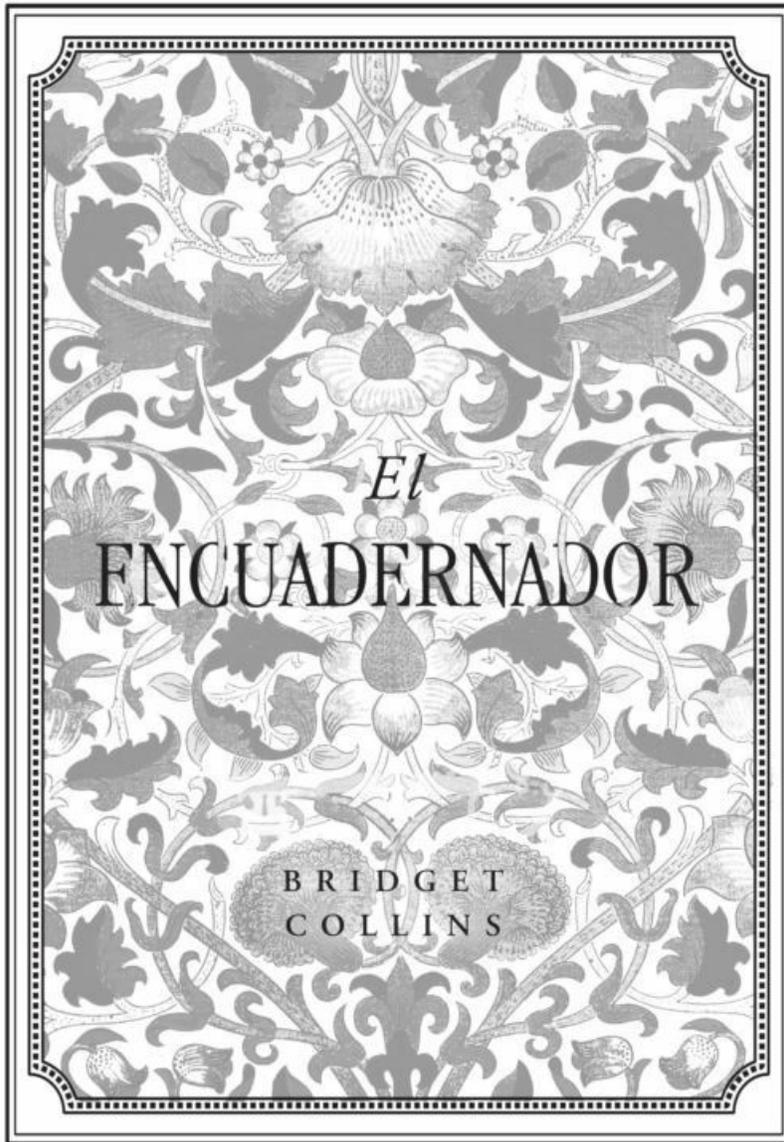


EL BEST SELLER INTERNACIONAL

El
ENCUADERNADOR

BRIDGET
COLLINS



El
ENCUADERNADOR

BRIDGET
COLLINS

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)

[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Nick

PRIMERA PARTE



I

Cuando llegó la carta yo estaba fuera, en el campo, atando la última gavilla de trigo. Las manos me temblaban tanto que casi no podía ni hacer el nudo. Aunque era culpa mía que tuviéramos que hacerlo a la vieja usanza, ni por asomo pensaba rendirme a estas alturas; había soportado el bochorno de la tarde, parpadeando para deshacerme de las motas negras que aparecían en mi visión periférica, y ahora que se hacía de noche casi había terminado. Los demás se habían marchado al ponerse el sol despidiéndose por encima del hombro, y me alegraba de ello. Al menos ahora, que estaba solo, no tenía que fingir que podía trabajar al mismo ritmo que ellos. Seguí con lo mío, procurando no pensar en lo fácil que habría sido realizar la tarea con la cosechadora. Había estado demasiado enfermo para revisar la maquinaria... —tampoco recordaba mucho, pues entre los fugaces destellos de lucidez, el verano no era más que ecos, sombras y dolorosas lagunas— y a nadie se le había ocurrido hacerlo. Todos los días me topaba con alguna tarea pendiente; mi padre se había esforzado al máximo, pero no llegaba a todo. Por mi culpa íbamos a ir con retraso el resto del año.

Ceñí bien los tallos en la zona central de la gavilla y la amontoné con las demás. Hecho. Ya podía irme a casa. Pero de pronto las sombras se cernían y daban vueltas a mi alrededor, más oscuras que el violáceo crepúsculo, y me temblaban las rodillas. Me puse en cuclillas, conteniendo la respiración al sentir el dolor en los huesos. No estaba tan fuerte como antes —no era tan malo como los agudos y dolorosos espasmos que durante meses había sufrido de manera impredecible—, pero aun así me sentía igual de frágil que un anciano. Apreté los dientes. Estaba tan débil que tenía ganas de llorar; pero no iba a hacerlo. Incluso si el único ojo que me contemplaba era la redonda luna llena, antes prefería morir.

—¿Emmett? ¡Emmett!

Era Alta, que se abría paso entre las garberas hacia mí, pero me levanté y traté de disipar el mareo parpadeando. Las escasas estrellas que asomaban en el cielo se deslizaban de un lado a otro. Me aclaré la garganta.

—Aquí.

—¿Por qué no le has pedido a uno de los peones que terminara? Mamá se ha preocupado cuando regresaban por el camino y tú no ibas con...

—No tiene de qué preocuparse; no soy un niño. —Me sangraba el pulgar, pues un afilado tallo me había perforado la piel. La sangre sabía a polvo y a fiebre.

Alta vaciló. Un año atrás yo era tan fuerte como cualquiera de ellos. Ahora me miraba con la cabeza ladeada, como si fuera más pequeño que ella.

—No, pero...

—Quería ver salir la luna.

—Cómo no. —La luz del anochecer suavizaba sus facciones, pero aún podía ver la astucia en su mirada—. No podemos obligarte a descansar. Si no te preocupa ponerte bien...

—Hablas como ella. Como mamá.

—¡Porque tiene razón! Con lo enfermo que has estado, no puedes esperar recuperarte rápidamente, como si nada hubiera pasado.

«Enfermo.» Como si hubiera estado languideciendo en la cama con tos, vomitando o cubierto de pústulas. Aun en medio del aturdimiento de las pesadillas, recordaba más de lo que ellos se imaginaban; sabía lo de los gritos y las alucinaciones, los días en los que no podía parar de llorar o los que no conocía a nadie, la noche que rompí la ventana con las manos. Ojalá me hubiera pasado los días vaciando todo el contenido de mis intestinos en un orinal; habría sido mejor que seguir teniendo marcas en las muñecas por las ataduras. Le di la espalda y me dediqué a chuparme el corte en la base del pulgar, toqueteándolo con la lengua hasta que dejé de notar el sabor de la sangre.

—Por favor, Emmett —dijo Alta, y me rozó el cuello de la camisa con los dedos—. Has cumplido con el trabajo de la jornada tan bien como cualquiera. ¿Vienes ya a casa?

—De acuerdo. —La brisa me erizó el vello de la nuca. Alta me vio tiritar y bajó la mirada—. Bueno, ¿qué hay para cenar?

Esbozó una sonrisa que me mostró sus dientes separados.

—Como no te des prisa, nada.

—Vale. Te echo una carrera.

—Vuelve a retarme cuando no lleve corsé.

Su polvorienta falda se arremolinó en torno a sus tobillos al dar media vuelta. Cuando se reía podía parecer una niña, pero los peones habían empezado a rondarla; según cómo le diera la luz, se asemejaba a una mujer.

Le seguí el paso a duras penas, tan agotado que me sentía ebrio. La oscuridad avanzó, congregándose bajo los árboles y los setos, mientras la luz de la luna bañaba con su blancura las estrellas del cielo. Pensé en el agua fría del pozo, cristalina como el vidrio, con minúsculas motas verdes acumulándose en el fondo; o, no, en cerveza amarga y de color ámbar, aromatizada con la mezcla de hierbas especial de mi padre. Eso haría que me durmiera de inmediato, pero era algo bueno; lo único que quería era apagarme como una vela, sumirme en la inconsciencia, sin soñar. Sin pesadillas ni terrores nocturnos, y despertar bajo la límpida luz del sol por la mañana.

El reloj del pueblo dio las nueve cuando abrimos la puerta del patio.

—Estoy famélica —dijo Alta—. Me mandaron a buscarte antes de que pudiera...

La voz de mi madre la interrumpió. Estaba gritando.

Alta se detuvo mientras la puerta se cerraba a nuestra espalda. Nos miramos. Nos llegaron algunas frases sueltas. «¿Cómo puedes decir que...» «No podemos, sencillamente no podemos...»

Me temblaban los músculos de las piernas por mantenerme inmóvil. Extendí el brazo y me apoyé en la pared, deseando que el corazón no me latiera tan deprisa. Un resquicio de luz se filtraba a través de una rendija de las cortinas de la cocina; mientras observaba, una sombra pasó por delante y volvió a pasar. Era mi padre, paseándose de un lado a otro.

—No podemos quedarnos aquí fuera toda la noche —dijo Alta casi en un susurro.

—Seguro que no es nada.

Habían estado discutiendo a lo largo de la semana por la cosechadora y porque nadie la había revisado. Ninguno mencionó que esa tarea era mi responsabilidad.

Un golpe seco; puñetazos en la mesa de la cocina. Mi padre levantó la voz.

—¿Qué esperas que haga?, ¿decir que no? La puñetera bruja nos echará una maldición en cuanto...

—¡Ya lo ha hecho! Míralo, Robert... ¿Y si no mejora nunca? Es culpa de ella...

—La culpa es de él, quieres decir. Si no...

Un agudo pitido me resonó en los oídos durante un segundo, ahogando la voz de mi padre. El mundo resbaló y se enderezó, como si se hubiera sacudido sobre su eje. Me tragué una arcada. Cuando conseguí concentrarme de nuevo, todo estaba en silencio.

—Eso no lo sabemos —dijo mi padre al fin, lo bastante fuerte como para que lo oyéramos—. Puede que lo ayude. Ha estado escribiendo todas las semanas para interesarse por su salud.

—¡Porque lo quería! No, Robert, no, no lo consentiré; su lugar está aquí, con nosotros. Da igual lo que haya hecho, sigue siendo nuestro hijo. Y ella me da escalofríos...

—No la conoces. No fuiste tú quien tuvo que ir allí y...

—¡No me importa! Ya ha hecho suficiente. No puede tenerlo.

Alta me miró. Algo cambió en su rostro; me agarró la muñeca y tiró.

—Vamos dentro —dijo con el tono agudo y cohibido que empleaba para llamar a las gallinas—. Ha sido un día largo y debes de estar hambriento; desde luego, yo lo estoy. Más vale que quede algo de pastel, o tendré que matar a alguien. Le clavaré un tenedor en el corazón. Y me lo comeré. —Se detuvo frente a la puerta y agregó—: Con mostaza. —Acto seguido, abrió de par en par.

Mis padres estaban de pie, cada uno en un extremo de la cocina. Mi padre junto a la ventana, de espaldas a nosotros, y mi madre junto a la chimenea, con las mejillas sonrosadas, como si llevara colorete. En la mesa situada entre ambos había una hoja de papel grueso de color crema y un

sobre abierto. Mi madre desvió rápidamente la mirada de Alta hacia mí y se acercó medio paso a la carta.

—La cena —dijo Alta—. Emmett, siéntate; parece que estés a punto de desfallecer. Madre mía, ni siquiera está la mesa puesta. Espero que el pastel esté en el horno. —Dejó una pila de platos a mi lado—. ¿Pan? ¿Cerveza? La verdad, bien podría ser una criada... —Desapareció en el interior de la despensa.

—Emmett —dijo mi padre sin darse la vuelta—. Hay una carta en la mesa. Será mejor que la leas.

Deslicé la carta hacia mí. El escrito se tornó borroso y se convirtió en una mancha deforme sobre el papel.

—Tengo demasiado polvo en los ojos. Dime qué pone.

Mi padre agachó la cabeza; los músculos del cuello se le tensaron como si arrastrara algo pesado.

—La encuadernadora quiere un aprendiz.

Mi madre hizo un sonido, como si balbuciera.

—¿Un aprendiz? —pregunté.

Se hizo el silencio. Por la abertura de las cortinas se veía brillar una tajada de luna, cuya luz plateada lo cubría todo a su paso. Hacía que el pelo de mi padre pareciera grasiento y grisáceo.

—Tú —respondió.

Alta estaba en la entrada de la despensa, con un tarro de pepinillos en las manos. Por un instante pensé que se le iba a caer, pero lo dejó con cuidado sobre el aparador. El golpe del cristal sobre la madera resonó con más fuerza que si se hubiera hecho añicos.

—Soy demasiado mayor para ser aprendiz.

—No según ella.

—Creía que... —Posé la mano sobre la mesa; una mano delgada y pálida que me costó reconocer; una mano que no podía soportar una jornada de trabajo habitual—. Estoy mejorando. Pronto... —Paré, pues mi voz me era tan desconocida como mis dedos.

—No es eso, hijo.

—Sé que ahora no soy de utilidad...

—Bueno, cariño —empezó a decir mi madre—. No tienes la culpa; no es porque hayas estado enfermo. Pronto volverás a ser tú. Si eso fuera lo único... Sabes que siempre hemos pensado que dirigirías la granja con tu padre. Y podrías haberlo hecho, aún puedes, pero... —Sus ojos se desviaron hacia los de mi padre—. No somos nosotros los que te mandamos. Es ella quien te reclama.

—No sé quién es ella.

—Ser encuadernador... es un buen oficio. Un oficio honrado. No debes tener miedo. —Alta

golpeó el aparador y mi madre la miró por encima del hombro mientras alargaba el brazo con rapidez para impedir que un plato resbalara y cayera al suelo—. Alta, ten cuidado.

El corazón me dio un vuelco y palpitó con fuerza.

—Pero odiáis los libros. Decís que se equivocan. Siempre me habéis dicho... Cuando traje ese libro a casa de la feria de Wakening...

Mis padres intercambiaron una mirada, demasiado rápida como para interpretarla.

—Eso ya no importa —adujo mi padre.

—Pero... —Me volví hacia mi madre. No sabía expresar con palabras cómo la gente cambiaba rápidamente de tema cuando alguien mencionaba siquiera un libro; ese estremecimiento de desprecio al oír esa palabra; la expresión de sus caras... La manera en que mi madre tiró de mí con determinación al pasar por delante de un sórdido escaparate (A. Fogatini, prestamista y librero autorizado), un día que nos perdimos en Castleford cuando era pequeño—. ¿A qué te refieres con que es un «buen oficio»?

—No es... —Mi madre tomó aire—. Puede que no sea lo que yo hubiera deseado antes...

—Hilda. —Mi padre se presionó el cuello con los dedos, masajeándose los músculos como si le dolieran—. No tienes elección, muchacho. Tendrás estabilidad. Está lejos de todo, pero eso no es malo. Es tranquilo. No es un trabajo duro y nadie te tentará para que te desvíes del buen camino... —Se aclaró la garganta—. Y no todos son como ella. Instálate, aprende el oficio y luego... Bueno. Hay encuadernadores en la ciudad que tienen carruaje propio.

Hubo un breve silencio. Alta dio un golpecito con una uña en la tapa del tarro y me miró.

—Pero yo no... Yo nunca... ¿Qué le hace pensar que yo...? —Ninguno me miraba a los ojos—. ¿Qué quieres decir con que no tengo otra opción?

Nadie respondió.

Al final, Alta cruzó la habitación y cogió la carta.

—«En cuanto pueda viajar» —leyó—. «El taller de encuadernación puede ser muy frío en invierno. Por favor, asegúrense de que lleve ropa de abrigo.» ¿Por qué os escribe a vosotros y no a Emmett? ¿Acaso ignora que sabe leer?

—Es así como lo hacen —adujo mi padre—. Les piden a los padres un aprendiz; así funciona.

Qué más daba. Tenía las manos apoyadas en la mesa, todo tendones y huesos. Hacía un año las tenía bronceadas y musculosas, eran casi de hombre; ahora no eran nada. No servían para nada, salvo para un oficio que mis padres despreciaban. Pero ¿por qué me habría escogido a mí, a menos que ellos se lo hubieran pedido? Separé los dedos y presioné, como si pudiera absorber la fuerza de la madera a través de la piel de las palmas.

—¿Y si digo que no?

Mi padre fue hasta la despensa con paso firme, se agachó y sacó una botella de aguardiente de

mora. Era un licor potente y dulce que mi madre reservaba para las fiestas o con fines medicinales, pero él se sirvió media taza y ella no dijo ni una palabra.

—Aquí no hay sitio para ti. Deberías estar agradecido. Es algo que podrás hacer. —Apuró la mitad del aguardiente y tosió.

Yo contuve la respiración, determinado a no dejar que se me quebrara la voz.

—Cuando esté mejor seré igual de fuerte...

—Aprovéchalo —dijo.

—Pero yo no...

—Emmett —dijo mi madre—, por favor..., es lo correcto. Ella sabrá qué hacer contigo.

—¿Qué hacer conmigo?

—Me refiero a que... Si enfermas de nuevo, ella te...

—¿Como un manicomio? ¿Es eso? ¿Me mandáis a un lugar alejado de todo porque puede que en cualquier momento pierda de nuevo la cabeza?

—Ella te quiere a ti —replicó mi madre agarrándose la falda como si estuviera mojada e intentara escurrir el agua—. Ojalá no tuvieras que ir.

—¡Pues no iré!

—Irás, muchacho —aseveró mi padre—. Bien sabe Dios que ya has causado demasiados problemas en esta casa.

—Robert, no...

—Irás. Aunque tenga que atarte y dejarte en su puerta. Estate listo mañana.

—¿Mañana? —Alta se giró tan deprisa que su trenza se agitó como una soga—. No puede irse mañana, necesita tiempo para preparar sus cosas... Y está la cosecha, la cena del festival de la cosecha... Por favor, papá.

—¡A callar!

Se hizo el silencio.

—¿Mañana? —El rubor en las mejillas de mi madre se oscureció hasta adquirir un tono escarlata—. En ningún momento hemos dicho que... —Su voz se fue apagando.

Mi padre se terminó el aguardiente de un trago con una mueca, como si tuviera la boca llena de piedras.

Yo abrí la mía para decirle a mi madre que no pasaba nada, que iría, que ya no tendrían que preocuparse por mí, pero tenía la garganta demasiado seca por haber estado cosechando.

—Unos días más, Robert. Los demás aprendices no irán hasta después de la recolección, y Emmett aún no está bien. Un par de días...

—Ellos son más jóvenes. Y si ha trabajado una jornada en el campo, está bien para viajar.

—Sí, pero... —Se acercó y le agarró del brazo para que no pudiera alejarse—. Un poco más de tiempo.

—¡Por el amor de Dios, Hilda! —Dejó escapar un sonido estrangulado y trató de zafarse—. No lo hagas más difícil. ¿Crees que quiero que se vaya? ¿Eso crees, después de esforzarnos tanto, de luchar por mantener el honor de la casa? ¿Crees que me enorgullece, cuando mi propio padre perdió un ojo marchando en la Cruzada?

Mi madre nos miró a Alta y a mí.

—No delante de...

—¿Qué importa ya?

Se pasó el antebrazo por la cara; después, con un gesto de impotencia, arrojó la taza al suelo. No se rompió. Alta la vio rodar hacia ella y la paró. Mi padre nos dio la espalda y se inclinó sobre el aparador, como si estuviera intentando recobrar el aliento. Imperó el silencio.

—Iré —dije—. Me iré mañana.

No podía mirar a nadie. Me levanté y me di un golpe en la rodilla contra la esquina de la mesa al retirar la silla. Llegué a la puerta con dificultad. El pestillo parecía más pequeño y duro de lo normal y el ruido al abrirse reverberó en las paredes.

Afuera, la luna dividía el mundo en azul marino y plateado. El aire era cálido y tan suave como la nata, y lo impregnaba todo de olor a heno y a polvo de verano. Un búho ululó en un campo cercano.

Fui tambaleándome hasta el final del patio y me apoyé en la pared. Me costaba respirar. La voz de mi padre resonaba en mis oídos: «La puñetera bruja nos echará una maldición». Y la de mi madre, respondiendo: «¡Ya lo ha hecho!».

Tenían razón; no valía para nada. Me invadió una profunda tristeza, tan intensa como el punzante dolor que tenía en las piernas. Antes de esto no había estado enfermo en mi vida. No sabía que mi cuerpo podía traicionarme, que mi mente podía apagarse como una lámpara y no dejar más que oscuridad. No recordaba haber enfermado; si me esforzaba, solo veía caóticos fragmentos de terribles pesadillas. Incluso los recuerdos de mi vida previa —de la primavera pasada, del invierno anterior— estaban teñidos por la misma sombra gangrenosa, como si ya nada gozara de buena salud. Sabía que me había desplomado en pleno verano porque mi madre me lo había dicho, cuando volvía a casa de Castleford; pero nadie me había explicado dónde había estado ni qué había pasado. Debía de ir conduciendo el carro, seguramente sin sombrero y bajo un sol abrasador, pero, cuando intentaba recordarlo, no había nada más que un espejismo ondulante, un último y vertiginoso atisbo de sol antes de que la negrura me tragara. Durante semanas, después de aquel incidente, solo me despertaba para gritar, forcejear y suplicarles que me desataran. No era de extrañar que quisieran deshacerse de mí.

Cerré los ojos. Aún podía verlos a los tres abrazándose. Algo susurró detrás de mí, un ruido seco de arañazos de garras en la pared. No era real, pero se impuso al ulular del búho y al murmullo de los árboles. Apoyé la cabeza en los brazos y fingí que no lo oía.

Debí de retroceder de forma instintiva hacia el rincón más oscuro, pues al abrir los ojos Alta estaba en medio del patio, llamándome sin mirar hacia donde yo estaba. La luna se había desplazado y ahora se encontraba sobre el tejado a dos aguas de la casa, proyectando sombras cortas y achaparradas.

—¿Emmett?

—Sí —respondí.

Alta se sobresaltó y dio un paso adelante para mirarme con atención.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás dormido?

—No.

Ella vaciló. A su espalda, la luz de una lámpara pasó por delante de la ventana de arriba; alguien se iba a acostar. Me dispuse a levantarme y me detuve; hice una mueca cuando el dolor se apoderó de mis articulaciones.

Ella me miró mientras me levantaba, sin ofrecerme su ayuda.

—¿Lo decías en serio? ¿Lo de irte mañana?

—Papá ha dicho en serio que no tenía otra opción.

Esperé a que ella disintiera. Alta era así de ingeniosa; encontraba nuevas maneras o formas distintas de hacer las cosas, forzaba cerraduras. Pero se limitó a alzar la cabeza, como si quisiera que la luna le blanqueara la piel. Tragué saliva. El maldito mareo había vuelto, arrastrándome de repente de un lado a otro; me tambaleé contra la pared y traté de recuperar el aliento.

—¿Emmett? ¿Estás bien? —Se mordió el labio—. No, claro que no. Siéntate.

No quería obedecerla, pero mis rodillas cedieron por propia voluntad. Cerré los ojos y aspiré los olores de la noche, a heno y a tierra fría, al aroma dulzón y podrido de las malas hierbas aplastadas y un toque apestoso de estiércol. La falda de Alta se infló y susurró cuando se sentó a mi lado.

—Ojalá no tuvieras que irte.

Encogí un hombro sin mirarla y lo dejé caer de nuevo.

—Pero quizá sea lo mejor...

—¿Cómo va a serlo? —Tragué saliva, tratando de que la voz no se me quebrara—. Vale, lo entiendo. Aquí no soy útil. Todos estaréis mejor cuando esté... dondequiera que esté ella, la encuadernadora esa.

—En las marismas, en la carretera hacia Castleford.

—Cierto. —¿A qué olerán las marismas? A agua estancada, a juncos podridos, a fango... A fango que te traga vivo si te alejas demasiado del camino y que no te escupe jamás...—. ¿Cómo sabes tanto?

—Mamá y papá solo piensan en tu bien. Después de todo lo que ha pasado... Allí estarás seguro.

—Eso es lo que ha dicho mamá.

Hizo una pausa. Alta comenzó a morderse la uña del pulgar. En el huerto de árboles frutales, más abajo de los establos, un ruiseñor gorjeó y después cesó.

—Tú no sabes lo que ha sido esto para ellos, Emmett. Siempre con miedo. Les debes un poco de paz.

—¡Yo no tengo la culpa de que me pusiera enfermo!

—Tú tienes la culpa de que... —Exhaló una bocanada de aire—. No, lo sé, no quería decir que... Lo que pasa es que todos necesitamos... Por favor, no te enfades. Es algo bueno. Aprenderás una profesión.

—Sí. Hacer libros.

Alta se estremeció.

—Ella te ha elegido. Eso debe de significar...

—¿Qué? ¿Cómo puede haberme elegido si nunca me ha visto?

Pensé que Alta había empezado a hablar, pero cuando volví la cabeza estaba contemplando la luna, con el rostro inexpresivo. Tenía las mejillas más delgadas que antes de que yo enfermara y parecía que tenía la piel de debajo de los ojos manchada de ceniza. Era una desconocida, inalcanzable.

—Iré a verte siempre que pueda —dijo, como si eso fuera una respuesta.

Incliné la cabeza hacia atrás, hasta que sentí la pared de piedra contra el cráneo.

—Te han convencido, ¿verdad?

—Nunca había visto a papá así —repuso—, tan furioso.

—Yo sí —dije—. Una vez me pegó.

—Sí, bueno, supongo que tú... —Se calló.

—Cuando era pequeño —proseguí—. Tú eras muy niña para acordarte. Fue el día de la feria de Wakening.

—Ah. —Ella apartó la mirada cuando levanté la vista—. No. No lo recuerdo.

—Compré... Había un hombre vendiendo libros. —Recordaba el tintineo del dinero de los recados de ese día en mi bolsillo (seis peniques en monedas de un cuarto, tantas que me abultaban en los pantalones) y la embriagadora y despreocupada sensación de ir a la feria de Wakening y escabullirme de los demás, preguntándome qué iba a comprarme. Pasé de largo la carne y los pollos, el pescado de Coldwater y las telas de algodón estampado de Castleford; me paré en un puesto de dulces y después giré hacia otro un poco más alejado, donde vislumbré tonos dorados y colores vivos. Apenas era un puesto, solo una mesa de caballete vigilada por un hombre de ojos inquietos, con altas pilas de libros—. Era la primera vez que los veía. No sabía lo que eran.

En el rostro de Alta apareció aquella expresión de curiosidad y cautela.

—¿Quieres decir...?

—Olvidalo.

No sabía por qué se lo estaba contando; yo no quería evocarlo. Pero ahora no podía impedir que el recuerdo se desplegara poco a poco. Pensé que eran cajas, pequeños cofres de cuero y oro para guardar cosas, como la mejor cubertería de plata de mi madre o las piezas de ajedrez de mi padre. Me acerqué despacio y las monedas tintineaban; el hombre miró por encima de ambos hombros antes de brindarme una amplia sonrisa.

—Ah, qué principito de dorados cabellos. ¿Viene a por una historia, señorito? ¿Un relato de asesinatos o de incesto, de pena o de esplendor?, ¿un amor tan desgarrador que es mejor olvidar o un acto de maldad? Ha acudido al hombre adecuado, señorito, estos son la flor y nata, estos le contarán cuentos verdaderos y horripilantes, violentos, apasionados y excitantes... O si es comedia lo que busca, también tengo algunos, los más extraordinarios, ¡las cosas de las que se deshace la gente! Eche un vistazo, señorito, mire este, encuadernado hace años por un maestro en Castleford.

Odiaba que me llamara «señorito», pero el libro se abrió cuando me lo pasó y no pude devolverlo. Tan pronto vi la escritura en las páginas lo comprendí; eran montones de hojas apiñadas —como cartas, muchas cartas, solo que en un estuche mejor— y una historia sin fin.

—¿Cuánto cuesta?

—Ah, ese, señorito. Tiene un gusto exquisito para ser tan joven, ese es especial. Es la historia de una aventura real que le dejará sin aire, como si le embistiera la caballería. Nueve peniques. O dos por un chelín.

Lo quería. No sabía por qué, pero sentía un cosquilleo en las yemas de los dedos.

—Solo tengo seis.

—Acepto —dijo chasqueando los dedos hacia mí. Su amplia sonrisa había desaparecido y, cuando seguí su mirada, vi a un grupo de hombres reuniéndose a un lado, hablando entre susurros.

—Tome. —Vacíe en su mano las monedas de un cuarto de penique de mi bolsillo. Se le cayó una, pero todavía estaba mirando a los hombres y no se agachó a recogerla—. Gracias.

Cogí el libro y me marché con celeridad, con una sensación de victoria e inquietud. Paré al llegar al bullicio del mercado principal, me detuve y me volví para mirar; el grupo se acercaba al puesto del hombre mientras él metía los libros de manera frenética en el maltrecho carro situado detrás.

Algo me advirtió que no me quedara mirando. Corrí a casa, sujetando el libro con el puño de la camisa para no manchar las tapas con los dedos sudados. Me senté al sol en los escalones del granero —nadie me vería, pues todavía estaban en la feria— y lo examiné. No se parecía a nada que hubiera visto antes. Era de un rojo fuerte e intenso, con un dibujo dorado, y tan suave como la

piel. Cuando abrí la tapa, desprendió un olor a moho y a madera, como si no lo hubieran abierto en años.

Me dejó absorto.

Estaba ambientado en un campamento militar de un país extranjero y al principio era confuso: lleno de capitanes, mayores y coroneles, discusiones sobre táctica militar y amenazas de consejos de guerra. Pero algo me impelió a continuar leyendo; veía cada detalle, oía los caballos y el viento azotando las tiendas, sentía mi corazón acelerarse con el olor de la pólvora... Continué, atrapado a mi pesar, y poco a poco comprendí que estaban en la víspera de una batalla, que el hombre del libro era un héroe. Cuando el sol saliera, iba a guiarlos hacia una gloriosa victoria; y sentí su excitación, su impaciencia. Yo mismo sentía...

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Eso rompió el hechizo. Me levanté de golpe por instinto, parpadeando para aclararme la vista. Mi padre, y los demás detrás de él; mi madre con Alta en brazos. Todo el mundo había vuelto ya de la feria. Tan pronto..., aunque estaba oscureciendo.

—¡Emmett, te he preguntado qué estás haciendo! —Pero no esperó una respuesta y me arrebató el libro. Cuando vio lo que era, su rostro se endureció—. ¿De dónde has sacado esto?

Quise decir que un hombre en la feria tenía docenas y parecían joyeros de cuero y de oro, pero cuando vi la expresión de mi padre se me secó la garganta y no pude hablar.

—Robert, ¿qué...? —Mi madre intentó agarrarlo y acto seguido apartó la mano, como si le hubiera mordido.

—Voy a quemarlo.

—¡No! —Mi madre dejó que Alta se deslizara hasta el suelo y se acercó a trompicones para agarrar el brazo de mi padre—. No, ¿cómo vas a hacer eso? ¡Entiéralo!

—Es antiguo, Hilda. Están todos muertos desde hace años.

—No lo hagas. Por si acaso. Líbrate de él. Tíralo bien lejos.

—¿Para que otro lo encuentre?

—Sabes que no puedes quemarlo. —Se miraron durante un momento, con la cara en tensión—. Entiéralo. En algún lugar seguro.

Al final, mi padre asintió de manera breve y concisa. A Alta le entró hipo y empezó a gimotear. Mi padre le puso el libro en la mano a uno de los peones de la granja.

—Toma. Envuélvelo. Se lo daré al enterrador. —Después se volvió de nuevo hacia mí—: Emmett, no quiero volver a verte con un libro. ¿Lo entiendes?

No lo entendía. ¿Qué había pasado? Lo había comprado, no lo había robado, pero de algún modo había hecho algo imperdonable. Asentí, aturdido aún por todas las imágenes que había visto. Había estado en otro lugar, en otro mundo.

—Bien. No lo olvides —dijo mi padre.

Entonces me pegó.

«No quiero volver a verte con un libro.»

Pero ahora me mandaban con la encuadernadora, como si el peligro contra el que mi padre me había advertido hubiera sido reemplazado por algo peor. Como si ahora el peligro fuera yo.

Miré de reojo. Alta se estaba mirando los pies. No, ella no se acordaba de ese día. Nadie había vuelto a mencionarlo. Nadie me había explicado jamás por qué los libros eran algo deshonesto. Una vez en la escuela alguien comentó por lo bajo que el viejo lord Kent poseía una biblioteca, pero cuando todos se rieron con disimulo y pusieron los ojos en blanco, yo no pregunté qué tenía de malo. Yo mismo había leído un libro; lo que sea que le pasara también me pasaba a mí. En el fondo, en lo más profundo de mi ser, la deshonra seguía ahí.

Y tenía miedo. Era un miedo soterrado, indefinido, como la bruma que llega del río. Me rodeaba con sus gélidos dedos y se me colaba en los pulmones. No quería estar cerca de ningún encuadernador, pero no tenía más remedio.

—Alta...

—Tengo que entrar —dijo, y se levantó de un salto—. Será mejor que tú también, Em. Tienes que hacer la maleta y mañana te espera un largo camino, ¿no? Buenas noches. —Atravesó el patio a toda prisa, jugueteando en todo momento con su trenza para que no pudiera vislumbrar su rostro. Al llegar a la puerta me habló de nuevo, sin volverse para mirarme— Te veo mañana.

Tal vez la razón de que sonara tan falso fue que reverberó en la pared del establo.

Mañana.

Contemplé la luna hasta que el miedo se apoderó de mí. Entonces me fui a mi cuarto y preparé mis cosas.

II

Desde la carretera, el taller de encuadernación parecía que estuviera en llamas. El sol se ponía a nuestra espalda y el rojizo y dorado resplandor de sus últimos rayos se reflejaba en las ventanas. Bajo la techumbre de paja, cada cristal daba la impresión de ser un rectángulo flamante, demasiado estático para ser fuego, pero tan brillante que me parecía sentir el calor en la palma de las manos. Todo mi ser se estremeció, como si lo hubiera visto en un sueño.

Me aferré a la vieja bolsa que llevaba en el regazo y aparté la mirada. Las llanas e interminables marismas se extendían al otro lado, bajo el sol poniente; verdes, salpicadas de tonalidades bronceas y marrones, entreveradas de agua reluciente. Olía a hierba empapada y al calor del día evaporándose. Se percibía un toque fétido a descomposición en el olor a humedad, y el inmenso cielo crepuscular era más pálido de lo normal. Me dolían los ojos y mi cuerpo era un mapa de molestos arañazos después de haber trabajado en el campo el día anterior. Ahora debería estar allí, ayudando a cosechar, pero en vez de eso mi padre y yo íbamos recorriendo en silencio la traqueteante y bochornosa carretera. No habíamos cruzado ni una palabra desde que emprendimos la marcha antes de que amaneciera y seguíamos sin tener nada que decirnos. Las palabras ascendían por mi garganta, pero estallaban como las burbujas de las marismas y me dejaban en la lengua un leve regusto a podredumbre.

Mientras recorríamos el último tramo del camino hasta la alta hierba frente a la casa donde finalizaba, le eché una mirada furtiva a mi padre. La incipiente barba que le cubría la barbilla estaba salpicada de blanco y tenía los ojos más hundidos que la primavera pasada. Todos habían envejecido mientras estuve enfermo, como si al despertar hubiera descubierto que había estado durmiendo durante años.

Nos detuvimos.

—Hemos llegado.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo: o vomitaba o le suplicaba a mi padre que me llevara a casa. Cogí la bolsa de mi regazo y me apeé de un salto, de tal modo que mis rodillas casi cedieron cuando los pies tocaron el suelo. Había un sendero muy trillado entre las matas de hierba que conducía hasta la puerta principal de la casa. No había estado allí antes, pero el desafinado tintineo de la campana me resultó tan familiar como un sueño. Aguardé, tan decidido a no volver la cabeza para mirar de nuevo a mi padre que la puerta pareció vibrar y oscilar.

—Emmett. —La puerta se abrió de repente. Durante un instante lo único que capté fueron un par

de ojos castaño claro, tan pálidos que las negras pupilas destacaban de manera extraordinaria—. Bienvenido.

Tragué saliva. Era una anciana escuálida con el cabello blanco, el rostro arrugado como un pergamino y los labios casi del mismo color que las mejillas; pero era tan alta como yo y sus ojos eran tan claros como los de Alta. Llevaba un delantal de cuero y vestía camisa y pantalones, como un hombre. Me indicó que entrara con un gesto de la mano, fina pero musculosa, cuyas venas se entrelazaban con los tendones como cuerdas azules.

—Seredith —dijo—. Entra.

Yo vacilé. Tardé un par de segundos en comprender que me había dicho su nombre.

—Entra —añadió dirigiendo la mirada más allá de mí—. Gracias, Robert.

No había oído apearse a mi padre, pero cuando me volví estaba a mi lado. Carraspeó y me dijo entre dientes:

—Te veremos pronto, Emmett, ¿de acuerdo?

—Papá...

Él ni siquiera me miró. Contempló a la encuadernadora un largo rato con impotencia y acto seguido se llevó la mano al flequillo, como si no supiera qué hacer, y regresó al carro. Yo me dispuse a llamarlo, pero una ráfaga de viento se llevó mis palabras y él no se giró. Le vi encaramarse a su asiento y azuzar a la yegua.

—Emmett. —La voz de la mujer atrajo mi atención de nuevo hacia ella—. Entra.

Me di cuenta de que no estaba acostumbrada a repetir las cosas tres veces.

—Sí.

Estaba sujetando la bolsa con mis pertenencias con tanta fuerza que me dolían los dedos. La mujer había llamado «Robert» a mi padre, como si lo conociera. Di un paso y después otro. Había traspasado el umbral y me encontraba en un vestíbulo recubierto de madera oscura con una escalera que se alzaba delante de mí. Un reloj de pie marcaba las horas. A la izquierda había una puerta entreabierta que dejaba vislumbrar la cocina que había al otro lado; a la derecha, otra puerta llevaba a...

Mis rodillas cedieron, como si me hubieran cercenado los tendones a la altura de las corvas. Las náuseas fueron a más y me carcomían las entrañas. Tenía fiebre y estaba congelado a la vez, y me esforzaba por mantener el equilibrio mientras el mundo me daba vueltas. Había estado allí antes, pero no había estado...

—Vaya por Dios —dijo la encuadernadora, y trató de sujetarme—. No pasa nada, muchacho, respira.

—Estoy bien —repuse, y me enorgullecí de la firmeza con que había pronunciado las consonantes.

Acto seguido todo se volvió negro.

La luz del sol danzaba en el techo cuando me desperté, formando una sinuosa red, un mar ondulado que se superponía al angosto haz rectangular que se derramaba entre las cortinas. Las paredes encaladas parecían de un claro color verde, como la pulpa de una manzana, con alguna que otra mancha de humedad. Afuera, un pájaro trinaba sin cesar, como si estuviera llamando a alguien.

Era la casa de la encuadernadora. Me incorporé con el corazón desbocado de repente. Pero no había nada que temer, todavía no; ahí no había nada salvo la habitación, el reflejo del sol y yo mismo. Me sorprendí aguzando el oído para captar los sonidos de los animales, el constante ajeteo del patio de una granja, pero lo único que oía eran el pájaro y el suave susurro del viento en el tejado de paja. Las descoloridas cortinas se inflaron y la franja de luz del techo se agrandó. Las almohadas olían a lavanda.

La noche anterior...

Posé la mirada en la pared de enfrente y seguí una grieta abultada y curva que había en el yeso. Después del desmayo, lo único que recordaba era la oscuridad y el miedo. Pesadillas. A la clara luz del día parecían muy lejanas, pero habían sido horribles y me habían arrastrado y sumido en un sueño profundo. Una o dos veces estuve a punto de librarme de ellas, pero el peso de mis propias extremidades me hundió de nuevo y me sumergió en una asfixiante ceguera, negra como el alquitrán. En la boca aún tenía un ligero regusto a aceite quemado. Hacía días que las pesadillas no eran tan terribles. La corriente de aire hizo que se me pusiera la carne de gallina. Desmayarme de aquella forma, en brazos de Seredith... Tuvo que ser la fatiga del viaje, el dolor de cabeza, el sol en los ojos y ver a mi padre marcharse sin volver la vista atrás ni una sola vez.

Tenía los pantalones y la camisa colgados en el respaldo de una silla. Me levanté y me los puse con torpeza, tratando de no imaginarme a Seredith desvestiéndome. Al menos aún llevaba puesta la ropa interior. Aparte de la silla y de la cama, la habitación estaba casi vacía: un baúl a los pies de la cama, una mesa junto a la ventana, y las pálidas y ondeantes cortinas. No había cuadros ni espejos. Eso no me molestaba. En casa apartaba la mirada cuando pasaba por delante del espejo del pasillo. Aquí era invisible, era parte del vacío.

El silencio reinaba en toda la casa. Cuando salí al rellano oí a los pájaros cantando en algún lugar de la marisma, el tictac del reloj en el vestíbulo de abajo y un sordo golpeteo en otra parte; pero más allá de todo aquello imperaba un silencio tan profundo que los sonidos se deslizaban por encima como guijarros sobre el hielo. La brisa me acarició la nuca y volví la cabeza para mirar por encima del hombro, como si hubiera alguien ahí. La habitación vacía se sumió en la penumbra durante un segundo cuando una nube tapó el sol; a continuación, brilló con más fuerza que nunca y la esquina de una cortina se agitó como una bandera al viento.

Estuve a punto de darme la vuelta y meterme de nuevo en la cama, igual que un niño. Pero ahora

vivía en esa casa. No podía quedarme en mi cuarto durante el resto de mi vida.

La escalera crujía bajo mis pies. El pasamanos estaba pulido por los años de uso, pero el denso polvo se arremolinaba a la luz del sol y el yeso encalado se levantaba, formando burbujas en las paredes. Era más vieja que nuestra granja, más vieja que nuestro pueblo. ¿Cuántos encuadernadores habían vivido aquí? Y cuando esta encuadernadora, Seredith, falleciera, ¿sería mía la casa algún día? Bajé la escalera despacio, como si temiera que fuera a venirse abajo.

El golpeteo cesó y oí pasos. Seredith abrió una de las puertas que daban al vestíbulo.

—Ah, Emmett. —No me preguntó si había dormido bien—. Ven al taller.

La seguí. Algo en la forma en que pronunció mi nombre hizo que apretara los dientes, si bien ahora era mi maestro... —no mi maestra, no; mi maestro— y tenía que obedecerla.

Se detuvo en la puerta del taller. Durante un instante pensé que iba a retroceder para dejar que pasara yo primero, pero cruzó la estancia y envolvió con rapidez algo en un paño antes de que yo pudiera verlo.

—Entra, muchacho.

Así lo hice. Era una habitación alargada y de techo bajo, bien iluminada por el sol de la mañana, que entraba por la hilera de altas ventanas. Mesas de trabajo recorrían ambos lados del cuarto y entremedias había otras cosas, cuyos nombres aún desconocía. Contemplé el ajado lustre de la madera vieja, el intenso destello de una cuchilla, mangos metálicos oscurecidos con grasa, pero había demasiadas cosas y mis ojos eran incapaces de quedarse fijos en una sola. Había una estufa al fondo, revestida de azulejos en tonos rojizos, ocre y verdes. Papeles repletos de vivos colores lisos colgaban de un alambre por encima de mi cabeza, intercalados con páginas estampadas que imitaban piedras, plumas y hojas. Me sorprendí levantando la mano para tocar la que estaba más cerca; aquellas vívidas láminas de color azul turquesa que colgaban sobre mi cabeza tenían algo que...

La encuadernadora dejó lo que había envuelto en el paño y se acercó a mí, señalando cosas.

—Prensa de dos husillos. Prensa maneral. Prensa de acabado. El archivador para planos..., detrás de ti, muchacho; hay herramientas en ese armario y en el siguiente, y cuero y tela en el que sigue a ese. Recortes de papel en esa cesta, listos para utilizarlos. Brochas en ese estante; la cola, ahí...

No podía retenerlo todo. Después del primer intento de no olvidarme de nada, me rendí y esperé a que ella terminara. Por fin me miró con los ojos entrecerrados.

—Siéntate —dijo.

Me sentía raro, pero no exactamente enfermo ni asustado. Parecía que algo en mi interior estuviera despertando y poniéndose en movimiento. El dibujo del veteado de la mesa de trabajo que tenía ante mí era como un mapa de un lugar conocido.

—Es una sensación rara, ¿no, muchacho?

—¿Qué?

El sol bañaba un lado de su rostro, tiñendo casi de blanco uno de sus ojos de color té con leche y haciendo que los entrecerrarse al mirarme.

—Todo esto se te mete dentro cuando eres un encuadernador nato. Y tú lo eres, muchacho.

No sabía qué quería decir. Aquella habitación al menos desprendía una sensación agradable, algo que, por inesperado que fuera, me alegraba el corazón. Era como si después de una ola de calor oliera la llegada de la lluvia, o como si vislumbrara mi antiguo ser antes de que cayera enfermo. Hacía mucho tiempo que no pertenecía a ninguna parte y ahora este cuarto, con su olor a cuero y a cola, me recibía con los brazos abiertos.

—No sabes mucho de libros, ¿verdad? —inquirió Seredith.

—No.

—¿Crees que soy una bruja?

—¿Qué? —tartamudeé—. Por supuesto que n...

Pero ella me silenció con un gesto al tiempo que una sonrisa le a floraba en una comisura de la boca.

—No pasa nada. ¿Crees que he llegado a vieja sin saber qué dice la gente de mí? ¿De nosotros?

—Aparté la mirada, pero ella prosiguió como si no lo hubiera notado—: Tus padres te mantuvieron alejado de los libros, ¿no es cierto? Y ahora no sabes qué haces aquí.

—Usted me solicitó. ¿No fue así?

Seredith pareció no oírme.

—No te preocupes, muchacho. Es un oficio como otro cualquiera. Y un buen oficio. Encuadernar es algo tan antiguo como el alfabeto..., más incluso. La gente no lo entiende, pero ¿por qué deberían? —Hizo una mueca—. Al menos la Cruzada terminó. Eres demasiado joven para acordarte de eso. Tienes suerte. —Se hizo el silencio. No comprendía que encuadernar pudiera ser más antiguo que los libros, pero ella tenía la mirada perdida, como si yo no estuviera ahí. La brisa meneó el alambre y los papeles de colores aletearon. Ella parpadeó, se rascó la barbilla y clavó los ojos de nuevo en los míos—. Mañana te iniciaré en algunas tareas. Ordenar, limpiar las brochas..., esa clase de cosas. Puede que te ponga a chiflar cuero.

Yo asentí. Quería estar allí a solas. Quería examinar con detenimiento los colores, revisar los armarios y sopesar las herramientas. El cuarto me atraía, me invitaba.

—Echa un vistazo si lo deseas. —Pero cuando me dispuse a levantarme, ella hizo un gesto, como si la hubiera desobedecido—. Ahora no. Más tarde. —Cogió el paquete que había dejado y se volvió hacia una pequeña puerta situada en un rincón en la que no había reparado. Para abrirla había que introducir tres llaves en tres cerraduras. Atisé una escalera que descendía hacia la oscuridad antes de que ella dejara el paquete en un estante justo al otro lado de la entrada, volviera al cuarto y cerrara la puerta. Echó los cerrojos sin mirarme, ocultando las llaves con el

cuerpo—. No bajarás ahí hasta dentro de bastante tiempo, muchacho —dijo. Yo no sabía si me estaba advirtiendo o tratando de reconfortarme—. No te acerques a nada que esté cerrado con llave y todo irá bien.

Inspiré hondo. La habitación seguía atrayéndome, pero ese encanto tenía ahora un matiz amargo. Aquella escalera se internaba en la oscuridad debajo del ordenado y soleado taller. Sentía ese vacío bajo mis pies, como si el suelo empezara a ceder. Un instante antes me sentía seguro. No, me sentía... atraído. Esa sensación se había agriado al vislumbrar la oscuridad; como ese momento en que un sueño se torna en una pesadilla.

—No te resistas, muchacho.

Así pues, ella lo sabía. Era real. No eran imaginaciones mías. Levanté la vista, con cierto temor a cruzarme con su mirada, pero Seredith estaba contemplando las marismas con los ojos entrecerrados para protegerse del resplandor. Era la persona más anciana que había visto en mi vida.

Me puse en pie. El sol brillaba aún, pero la claridad de la habitación parecía enturbiada. Ya no deseaba mirar en los armarios ni sacar los rollos de tela a la luz. Pero me obligué a pasar por delante de los armarios, fijarme en las etiquetas, en los deslustrados pomos metálicos y en un trozo de cuero que asomaba por el borde de una puerta igual que si fuera una lengua verde. Me di la vuelta y recorrí el espacio intermedio, donde el suelo estaba liso a causa de años de trasiego, del ir y venir de las personas.

Llegué a otra puerta. Era idéntica a la primera y estaba encastrada en la pared al otro lado de la estufa de azulejos. También contaba con tres cerraduras, pero de ella entraba y salía gente; lo deduje por las tablas del suelo, por el camino trillado en el que hasta la capa de polvo era más fina. ¿Para qué iban allí? ¿Qué hacía ella, la encuadernadora, detrás de esa puerta?

Mi visión periférica se oscureció. Alguien susurraba sin palabras.

—Muy bien —dijo. De repente la tenía a mi lado y me hizo sentar en un taburete empujándome por la nuca—. Coloca la cabeza entre las rodillas.

—Eh, no puedo...

—Calla, muchacho. Es la enfermedad. Se pasará.

Era real. Estaba seguro. Una feroz e insaciable maldad dispuesta a exprimirme hasta dejarme seco, a transformarme. Pero ella me colocó la cabeza entre las rodillas por la fuerza, me sujetó y la certeza se desvaneció. Estaba enfermo. Era el mismo temor que hizo que agrediera a mi madre y a mi padre. Apreté los dientes. No podía sucumbir a aquello. Si me dejaba llevar...

—Muy bien. Buen muchacho.

Palabras carentes de ningún significado, como si fuera un animal. Al final me enderecé e hice una mueca cuando la sangre empezó a circular de nuevo por mi cabeza.

—¿Mejor?

Asentí, luchando contra las náuseas. Me temblaban las manos, como si sufriera perlesía. Cerré los puños y me imaginé intentando manejar un cuchillo con aquellos dedos en los que no podía confiar. Una estupidez. Acabaría perdiendo un pulgar. Me encontraba demasiado enfermo para estar aquí. Pero, sin embargo...

—¿Por qué? —pregunté; las palabras surgieron como un alarido—. ¿Por qué me eligió a mí? ¿Por qué yo? —La encuadernadora volvió la cabeza hacia la ventana una vez más y miró el sol—. ¿Fue porque se compadecía de mí? El pobre de Emmett tiene la mente descompuesta y ya no puede trabajar en el campo. Al menos aquí estará a salvo, solo, y no disgustará a su familia...

—¿Es eso lo que piensas?

—¿Qué otra cosa podría ser? Usted no me conoce. ¿Por qué elegiría si no a alguien enfermo?

—En efecto, ¿por qué si no? —Había cierto tonillo en su voz, pero a continuación suspiró y me miró—. ¿Recuerdas cuándo comenzó la fiebre?

—Creo que fue... —Tomé aire para tratar de serenar la mente—. Había estado en Castleford y volvía... Cuando me desperté, estaba en casa. —Me callé, no quería pensar en las lagunas ni en las pesadillas, en los terrores diurnos, en los súbitos y aterradores destellos de lucidez en los que sabía dónde me encontraba... Aquel verano estaba hecho jirones en mi memoria, devorado por una fiebre voraz y con más lagunas que recuerdos...

—Estuviste aquí, muchacho. Aquí enfermaste. Tu padre vino a por ti. ¿Te acuerdas de eso?

—¿Qué? No. ¿Qué hacía yo aquí?

—Esto queda en el camino que va a Castleford —dijo con una ligera sonrisa—. Pero con la fiebre... lo recuerdas pero no. Eso es en parte lo que te hace enfermar.

—No puedo quedarme aquí. Este lugar, esas puertas cerradas... Me voy a poner peor.

—Se te pasará. Confía en mí. Y se te pasará más rápido y con más facilidad aquí que en cualquier otro lugar.

Su voz sonaba un tanto extraña, como si estuviera ligeramente avergonzada.

Me sobrevino otro tipo de miedo. Iba a tener que quedarme allí y convivir con el temor hasta que mejorara; no quería, lo que quería era huir...

Ella lanzó una mirada a la puerta cerrada con llave.

—Imagino que en cierto modo te elegí porque estabas enfermo —repuso—, pero no por lo que tú piensas. No por compasión, Emmett.

Se dio la vuelta de repente y pasó por mi lado; yo me quedé mirando el polvo que se arremolinaba en la entrada vacía.

Estaba mintiendo. Lo había percibido en su voz.

Sí se compadecía de mí.

Pero, después de todo, tal vez tuviera razón. El silencio de aquella casa vieja, las habitaciones de techos bajos, bien iluminadas por el sol otoñal, y el reposado orden del taller tenían algo que aflojaba los oscuros nudos que me atenazaban por dentro. Fueron pasando los días y el lugar dejó de resultarme nuevo y extraño; después, semana tras semana, las cosas se me fueron grabando en la memoria: los ondulados reflejos en el techo de mi cuarto; las costuras mal cosidas de la colcha de retales de mi cama; los diferentes crujidos de cada peldaño al bajar la escalera... También estaba el taller, el brillo de los azulejos que revestían la estufa, el olor a tierra y a azafrán del té, el pegote opalescente de cola bien mezclada en un tarro de cristal... Las horas pasaban despacio, repletas de pequeños y contundentes detalles; en casa, sumido en el ajetreo de la vida de la granja, nunca tenía tiempo de sentarme a mirar o de prestar atención al aspecto de una herramienta o a lo bien que estaba hecha antes de utilizarla. Aquí el reloj del vestíbulo marcaba despacio los segundos como si fueran piedras arrojadas al estanque que era el día, dejando que cada onda se expandiera hasta que la siguiente caía.

Las tareas que Seredith me encomendaba en el taller eran simples y de poca importancia. Era buena profesora, clara y paciente. Aprendí a hacer guardas, a rebajar la piel, a rematar con el gofrado o el dorado. Mi torpeza debía de decepcionarla —se me pegaban los dedos a las páginas o agujereaba por accidente un cuadrado de inmaculada piel de becerro con un afilado punzón—, pero no decía nada, salvo de manera ocasional: «Tíralo y empieza de nuevo». Mientras yo practicaba, ella iba a pasear, escribía cartas o elaboraba listas de suministros que tenía que pedir al cartero en su siguiente visita, sentada en la mesa detrás de mí, o cocinaba, de modo que el olor a carne y a masa inundaba la casa. Compartíamos el resto de las tareas, pero tras dedicar la mañana a trabajar con ahínco me alegraba de poder cortar leña o llenar la tina para hacer la colada. Cuando me sentía débil, me recordaba que Seredith lo había hecho todo ella sola antes de mi llegada.

Pero todo cuanto yo hacía, todo cuanto la veía hacer a ella, era preparar materiales o practicar los acabados; nunca veía fajos de páginas ni libros terminados.

—Seredith, ¿dónde están los libros? —pregunté una noche mientras estábamos cenando en la cocina.

—En la cámara acorazada —respondió—. Una vez están terminados, se han de mantener a salvo.

—Pero... —Guardé silencio, pensando en la granja, en lo duro que todos trabajábamos y en que jamás era suficiente; yo discutía a todas horas con mi padre, pidiéndole cualquier invento nuevo para que fuera más productiva—. ¿Por qué no hacemos más? Sin duda alguna, cuantos más hagamos, más venderás, ¿no es así?

Ella levantó la cabeza como si estuviera a punto de decir algo incisivo, pero se limitó a menearla.

—No hacemos libros para venderlos, muchacho. Vender libros está mal. Tus padres en eso tenían razón.

—Entonces... No lo entiendo.

—Es la encuadernación lo que importa. El oficio, la dignidad. Digamos que una mujer acude a mí por un libro. Yo hago un libro para ella. Para ella, ¿entiendes?, no para que lo miren embobados unos desconocidos. —Sorbió la sopa de la cuchara—. Hay encuadernadores que solo piensan en los beneficios, no les importa más que su saldo bancario. Sí, venden libros, pero tú no serás jamás uno de ellos.

—Pero nadie acude a ti... —La miré, realmente confuso—. ¿Cuándo voy a empezar a poner en práctica lo que me estás enseñando? Estoy aprendiendo muchas cosas, pero ni siquiera he...

—Pronto aprenderás más —dijo, y se levantó para ir a por más pan—. Vamos a tomarnos las cosas con calma, Emmett. Has estado enfermo. Todo a su debido tiempo.

«Todo a su debido tiempo.» Si me lo hubiera dicho mi madre, habría soltado un bufido, pero guardé silencio porque, de algún modo, era lo que había que hacer. Las pesadillas fueron disminuyendo poco a poco y las sombras que me acechaban de día se desvanecieron. A veces podía estar de pie durante mucho rato sin marearme; otras veces veía igual de bien que antes. Y al cabo de unas cuantas semanas ya ni siquiera tenía que mirar dos veces las puertas cerradas del fondo del taller. Las mesas de trabajo, las herramientas y las prensas me reconfortaban; todo era útil, todo estaba en su lugar. Daba igual para qué eran todas esas cosas, salvo que un pincel para cola era para pegar y una chifla para chiflar. En ocasiones, cuando paraba para calcular el grosor de un trozo de piel —puesto que en algunas zonas tenía que ser más fino que una uña o no se plegaría bien—, levantaba la vista de la oscura piel rebajada y sentía que estaba donde me correspondía. Sabía lo que tenía que hacer y lo estaba haciendo, aunque solo estuviera practicando. Podía hacerlo. Eso no había ocurrido desde antes de que cayera enfermo.

Como era natural, añoraba mi hogar. Escribía cartas y me alegraba y entristecía por igual al leer las respuestas. Me hubiera gustado estar en el festival de la cosecha y en el baile; o más bien, me hubiera gustado antes de leer aquella carta una y otra vez, antes de arrugarla y quedarme sentado con la mirada perdida en el azulado anochecer que se extendía más allá de la lámpara que tenía encendida, tratando de ignorar el dolor que me atenazaba la garganta. Pero esa parte de mí que anhelaba la música y el ruido era una parte que antes rebosaba de salud; sabía que lo que ahora necesitaba era silencio, trabajo y reposo, aunque a veces resultaba tan solitario que a duras penas lo soportaba.

Los días siguieron siendo tranquilos, como si estuviéramos esperando a que pasara alguna cosa. ¿Cuándo fue aquello? El primer día que recuerdo con claridad llevaba allí muy posiblemente

dos semanas o un mes. Era una mañana fría y soleada y había estado practicando el gofrado en oro con unos retales de piel, muy concentrado en la tarea. Era difícil, y cuando retiré el pan de oro y vi mi nombre grabado de manera irregular y borrosa maldije y giré el cuello para aliviar el dolor. Capté un movimiento fuera y levanté la vista. El sol me deslumbró y durante un momento lo único que vi fue una silueta a contraluz. Entrecerré los ojos y el resplandor se suavizó. Un chico —no, un hombre joven, de mi edad o tal vez algo mayor—, con los ojos y el cabello negros y el rostro delgado y pálido, me estaba observando.

Me sobresalté de tal manera que a punto estuve de quemarme con la herramienta que estaba utilizando. ¿Cuánto llevaba allí, observándome con aquellos fríos ojos negros? Dejé la herramienta en el brasero con sumo cuidado, maldiciendo el repentino temblor que me volvía tan torpe como un anciano. ¿Quién se creía que era, merodeando por allí y espiando?

El joven dio en el cristal con la mano. Le di la espalda, pero cuando miré por encima del hombro seguía allí. Señaló hacia un lado, a la puertecita trasera que daba a las marismas. Quería que lo dejara entrar.

Lo imaginé hundiéndose lentamente en el barro hasta las rodillas y después hasta la cintura. No soportaba la idea de hablar con él. Exceptuando a Seredith, llevaba días sin ver a nadie; pero no era solo por eso, era por su mirada, tan intensa que sentía que me presionaban con un dedo justo entre los ojos. Mantuve la cabeza apartada de la ventana mientras echaba al suelo los recortes de piel, guardaba los trozos de pan de oro en su caja y aflojaba el tornillo del componedor caliente para poder volcar las letras sobre la mesa. En un minuto se habrían enfriado y podría guardarlas de nuevo en su estuche. Una barra espaciadora cayó al suelo cual diminuta astilla metálica y me agaché a recogerla.

Cuando me enderecé para dejarla sobre la mesa, la sombra del joven seguía sin haberse movido. Me chupé el dedo para aliviar el escozor de la quemadura y admití mi derrota.

La puerta de atrás se había dilatado —¿cuándo fue la última vez que se utilizó?— y estaba encajada en el marco. Cuando conseguí abrirla, el corazón me latía de prisa a causa del esfuerzo. Nos miramos.

—¿Qué desea? —pregunté al fin. Qué pregunta tan estúpida, era evidente que no se trataba de un comerciante con una entrega ni de algún amigo de Seredith que había venido de visita.

—Yo... —Apartó la mirada. Las marismas resplandecían a su espalda como un espejo antiguo, deslustrado y con manchas, pero que aún brillaba. Cuando se volvió de nuevo hacia mí tenía una expresión seria—. He venido a ver a la encuadernadora.

Me entraron ganas de cerrarle la puerta en las narices, pero era un cliente, el primero desde mi llegada, y yo no era más que un aprendiz. Retrocedí y abrí más la puerta.

—Gracias. —Pero lo dijo con cierto esfuerzo y se quedó inmóvil en el escalón, como si al pasar por mi lado se le fuera a ensuciar la ropa.

Di media vuelta y regresé al taller; ahora que ya estaba dentro no era mi problema. Que tocara la campanilla o llamara él mismo a Seredith, pues yo desde luego no pensaba interrumpir mi trabajo. No se había disculpado por molestarme ni por observarme.

Le oí titubear y seguir adelante.

Me dirigí a la mesa y me puse de nuevo con el grabado en el que había estado trabajando. Froté una de las palabras para ver si conseguía que las letras se mostraran con mayor nitidez. La herramienta estaba demasiado caliente en el segundo intento, o quizá la había dejado demasiado tiempo, y el dorado se había emborronado; la tercera estaba un poco mejor, pero no se había impreso de manera uniforme. Por la puerta abierta del taller entró una corriente de aire y oí unos pasos. Él estaba detrás de mí. Solo le había mirado un segundo, pero aún veía su rostro con tanta claridad como si se reflejara en la ventana: pálido, ojeroso y con los ojos rojos. Un rostro al borde de la muerte, un rostro que nadie querría contemplar.

—¿Emmett?

El corazón me dio un vuelco, ¿por qué sabía mi nombre?

Entonces me di cuenta: el grabado, «Emmett Farmer». Las letras eran lo bastante grandes para que él las leyera a cierta distancia. Cogí la piel y le di la vuelta con brusquedad. Por supuesto, ya era demasiado tarde. Él me brindó una sonrisa torcida y vacía, como si estuviera orgulloso de haberse fijado, como si le complaciera que yo hubiera palidecido del susto. Se dispuso a hablar, pero yo me adelanté:

—No sé si la encuadernadora está aceptando encargos en estos momentos. —Pero él continuó mirándome con esa extraña y ávida media sonrisa—. Si es para eso para lo que ha venido. Y no vende libros.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde la época de la cosecha. —No tenía derecho a preguntarme; no sabía por qué le había respondido, solo que deseaba que me dejara tranquilo.

—¿Eres su aprendiz?

—Sí.

Recorrió el taller con los ojos y los posó de nuevo sobre mí. Su mirada era demasiado pausada, demasiado incisiva para tratarse de mera curiosidad.

—¿Estás a gusto viviendo aquí? —Su voz traslucía un matiz desdeñoso—. ¿Solo con ella?

El empalagoso olor a chamuscado de las herramientas sobre la estufa me estaba provocando jaqueca. Cogí la más pequeña, un intrincado hierro en el que siempre se quedaba pegado algo de pan de oro, y me pregunté qué sentiría si me lo estampara en el dorso de la otra mano. O en la del joven.

—Emmett... —Sonó como si estuviera maldiciendo.

Dejé la herramienta y cogí un trozo nuevo de piel.

—He de seguir trabajando.

—Lo siento.

Nos quedamos en silencio. Corté la piel en forma de cuadrado y lo sujeté a un trozo de tabla. Él me observaba. Yo procedí con torpeza y estuve a punto de cortarme el dedo con el escalpelo. Parecía que tuviera unos hilos invisibles enredados en los dedos. Me volví hacia él.

—¿Desea que vaya a buscar a Sere..., a la encuadernadora?

—Eh, no. Todavía no.

Tenía miedo. Me sorprendí al darme cuenta. Durante un instante vi más allá de mi propia animadversión: jamás había visto a alguien tan asustado y abatido. Estaba desesperado. Se olía, como la fiebre. Pero no podía compadecerme de él, pues había algo más en su forma de mirarme. Odio. Parecía odiarme.

—No quería que viniera —dijo—. Mi padre. Piensa que ser encuadernador es para otro tipo de gente, no para nosotros. Si supiera que estoy aquí... —Torció el gesto—. Pero cuando llegue a casa ya será demasiado tarde. No va a castigarme. ¿Cómo iba a hacerlo?

No respondí. No quería pensar en qué quería decir.

—No estaba seguro. No pensaba que... —Se aclaró la garganta—. Me enteré de que te había elegido a ti y se me ocurrió venir a... Pero no pensé que quisiera... hasta que te vi ahí.

—¿A mí?

Él tomó aire y alargó la mano para retirar una mota de polvo de la prensa maneral. Le temblaba el dedo índice y vi cómo le latía el pulso en la base del cuello. Entonces se rio, pero no como si algo le hubiera hecho gracia.

—A ti no te importa, ¿verdad? ¿Por qué habría de importarte? No tienes ni idea de quién soy.

—No, lo desconozco.

—Emmett —espetó, trabándose con las sílabas—, por favor; mírame solo un segundo, por favor. No entiendo...

Tuve la sensación de que me estaba moviendo, de que el mundo pasaba corriendo a mi lado demasiado rápido para verlo y de que la velocidad ahogaba sus palabras. Parpadeé y traté de resistir, pero una nauseabunda corriente me levantó y me arrastró. Él continuaba hablando, pero las palabras pasaban por mi lado y se alejaban.

—¿Qué ocurre? —La voz de Seredith lo interrumpió.

Él se dio la vuelta sin demora. Las mejillas y la frente se le tiñeron de rojo.

—He venido a encargar una encuadernación.

—¿Qué haces en el taller? Emmett, deberías haberme llamado de inmediato.

Traté de controlar las náuseas.

—Pensé que...

—No ha sido culpa de Emmett sino mía —repuso—. Me llamo Lucian Darnay. Le escribí.

—Lucian Darnay. —Seredith frunció el ceño y en su rostro afloró una extraña expresión de recelo—. ¿Y cuánto tiempo lleva hablando con Em..., con mi aprendiz? Es igual. —Sus ojos retornaron a mí antes de que él respondiera—. Emmett —dijo con más suavidad—, ¿estás bien?

Las sombras se arremolinaron a mi alrededor y oscurecieron mi visión periférica, pero asentí.

—Muy bien. Acompáñeme, señor Darnay.

—Sí —dijo, pero no se movió.

Sentía la profunda desesperación que emanaba de él.

—Acompáñeme —repitió Seredith.

Él se dio la vuelta al fin y fue hacia ella. Seredith cogió sus llaves y se dispuso a abrir la puerta del fondo del taller, pero no se centró en lo que hacía sino que me miró a mí.

La puerta se abrió. Yo contuve el aliento. No sabía qué me esperaba, pero alcancé a vislumbrar una mesa de madera cepillada, dos sillas y un cuadrado difuso de luz solar en el suelo. Debería haber supuesto un alivio, pero algo me atenazó el pecho con fuerza. Parecía muy ordenado, muy austero. Y aun así...

—Entre, señor Darnay. Tome asiento y espéreme.

Él inspiró hondo. Me miró una vez, con una fiereza en los ojos tan ininteligible como un acertijo. A continuación, fue hasta la puerta y la cruzó. Se sentó con la espalda erguida, como si tratara de no ponerse a temblar.

—Emmett, ¿te encuentras bien? Él no debería haber... —Examinó mi rostro en busca de alguna reacción que no encontró—. Ve a echarte.

—Estoy bien.

—Entonces ve a la cocina a preparar un frasco de cola.

Me miró mientras pasaba por su lado. Tuve que hacer un esfuerzo para andar con paso tranquilo y no tropezarme. Había unas negras alas batiéndose a mi alrededor y me costaba ver por dónde iba. Algo pasaba con esa habitación silenciosa y pequeña...

Me senté en la escalera. La luz se derramaba sobre las tablas del suelo y recreaba una celosía plateada. Aquella forma me trajo algo a la memoria; reminiscencias de pesadillas olvidadas, una imagen súbita del rostro de Lucian Darnay, de sus ávidos ojos negros. La oscuridad se cernió sobre mí durante un largo rato, como si fuera niebla, si bien había algo nuevo, el destello de unos dientes más afilados de lo que podría soportar. No era odio, sino algo que me habría desgarrado de haber podido.

Entonces se abatió sobre mí y me desvanecí.

III

Desperté poco a poco en medio de un tranquilo día nublado y el sonido amortiguado de la lluvia. Se oía también otro ruido que no pude identificar al momento; contemplé el techo y me pregunté distraídamente de qué se trataba. Un siseo, una pausa, una respiración humana, un siseo... Al cabo de un largo rato volví la cabeza y vi a Seredith sentada a la mesa junto a la ventana, con la cabeza gacha. Tenía una especie de bastidor de madera delante y montones de papel doblado. Estaba cosiendo pliegos de páginas, primero por un lado y después por el otro, y el hilo susurraba cada vez que se tensaba. La observé durante bastante tiempo, adormecido por la rítmica cadencia: dentro, tirón, fuera, otra vez dentro... Seredith aseguró una puntada, cortó el hilo, cogió el carrete, cortó una nueva hebra y la anudó a la otra. Era tal el silencio que oí el ruidito al hacer el nudo. Se dio la vuelta y esbozó una sonrisa.

—¿Qué tal te encuentras?

—Eh... —Tragué saliva y la sequedad de mi boca me devolvió a la realidad. Me dolía todo el cuerpo. Sentía un dolor agudo en la muñeca, como si me hubieran retorcido el brazo. Miré a uno y otro lado, confuso durante un segundo. Estaba atado a la cama con una tira de tela blanquecina. La tela formaba pliegues y se me clavaba en la carne, como si hubiera intentado escapar.

—Estabas sufriendo terrores —explicó Seredith—. ¿Lo recuerdas?

—No. —¿O sí lo recordaba? Gritos que resuenan, el destello de unos ojos negros observándome...

—No importa. Como ya estás despierto te voy a desatar.

Se levantó, dejó la aguja con cuidado sobre el montón de papeles a medio coser y se inclinó hacia mí para deshacer el nudo con sus torcidos dedos. Me quedé quieto, sin mirarla. ¿Qué había hecho? ¿Había vuelto a enloquecer? La última vez, cuando estuve realmente mal, atacué a mi madre y a mi padre. Alta tenía miedo de acercarse a mí. ¿Había atacado a Seredith?

—Ya está. —Acercó la silla a la cama y se sentó, exhalando con brusquedad—. ¿Tienes hambre?

—No.

—La tendrás. Has estado inconsciente durante cinco días.

—¿Inconsciente?

—Necesitas dos días más de descanso. Por lo menos. Después veremos si puedes levantarte.

—Estoy bien. Puedo levantarme ya. —Me retorcí para adoptar una posición más erguida y me

agarré al lateral de la cama a fin de controlar la repentina sensación de mareo. Todo dejó de darme vueltas despacio, pero había consumido todas mis fuerzas y apoyé la cabeza de nuevo en la almohada. Cerré los ojos con fuerza, prohibiéndome llorar—. Creía que estaba mejorando.

—Así es.

—Pero... —No quería pensar en lo que le habría supuesto a una frágil anciana tener que lidiar con el demente de su aprendiz que sufría alucinaciones. Podría haberle hecho daño, o algo peor...

Ella cambió de posición.

—Abre los ojos.

—¿Qué?

—Mírame. Así está mejor. —Se arrimó a mí. Me llegó el olor a jabón, a cola y al cuero de su delantal—. Has tenido una recaída, pero ya ha pasado lo peor.

Aparté la cara. Le había oído decir eso mismo a mi madre y cada vez con un poco menos de convicción.

—Puedes confiar en mí, muchacho. Sé algo sobre la fiebre del encuadernador. No suele ser tan grave, pero te recuperarás. Despacio, por supuesto.

—¿Qué? —Levanté la cabeza con tanta brusquedad que sentí una punzada de dolor en la sien. ¿Había un nombre para aquello que me aquejaba?—. Creía que se trataba simplemente de demencia.

Ella profirió un bufido.

—No estás loco, muchacho. ¿Quién te ha dicho tal cosa? No, es una enfermedad como otra cualquiera, una especie de delirio temporal.

Una enfermedad, como la influenza, el escorbuto o la disentería. Cuánto deseaba creerla. Me miré las marcas rojas de la muñeca. Más arriba, en el brazo, tenía dos manchas azuladas, como huellas dactilares. Tragué saliva.

—¿La fiebre del encuadernador? ¿Qué tiene que ver con los encuadernadores?

Ella vaciló.

—Solo los encuadernadores la padecen. Es decir, no los encuadernadores, sino las personas que podrían llegar a serlo. Cuando es vocacional, a veces no va bien, en tu cabeza. Así supe que ibas a ser encuadernador, muchacho, y de los buenos. No hay de qué avergonzarse. Y ahora que estás aquí, se pasará.

—¿Todos los encuadernadores la padecen?

—No, no todos. —La lluvia salpicó la ventana. Seredith levantó la vista y yo seguí su mirada, pero ahí fuera no había nada, tan solo el vacío gris de las marismas y el húmedo velo de la niebla—. Una de las mejores encuadernadoras estuvo a punto de fallecer por su culpa —dijo—. Margaret Pevensie, en la Edad Media. Era viuda y encuadernó más de veinte libros; eso era mucho en aquellos tiempos. Algunos han sobrevivido. En una ocasión viajé a Haltby para verlos.

—Sus ojos retornaron a mí—. Mi antiguo maestro solía decir que la fiebre del encuadernador encuadernado era lo que lo convertía en un artista, no en un simple artesano. Siempre creí que me tomaba el pelo, pero si estaba en lo cierto..., bueno, serás un buen aprendiz.

Posé la mano sobre los morados del brazo y acoplé los dedos a las marcas. La paja del tejado susurraba por el viento, que hizo que otra racha de lluvia azotara el cristal de la ventana, pero era una casa de paredes gruesas, sólida y vieja como la roca. Fiebre del encuadernador, ni demencia ni debilidad.

—Te voy a traer un poco de sopa. —Seredith se levantó, se guardó el carrete de hilo y los pliegos de páginas sueltas en el bolsillo del delantal y cogió el bastidor.

Me incliné hacia delante.

—¿Eso es...?

—Sí, el libro de Lucian Darnay. Lo será.

Su nombre era como un garfio que se me enganchaba en las entrañas y tiraba con fuerza. Lucian Darnay, el joven que me odiaba. El gancho se hundió más y tiró con más fuerza.

—¿Qué le estás haciendo? —pregunté. Seredith me miró, pero no respondió—. ¿Puedo verlo?

—No. —Se encaminó hacia la puerta.

Intenté ponerme en pie, pero la habitación me daba vueltas.

—¿Fue él?

—Vuelve a la cama.

—Seredith, ¿fue él? ¿He vuelto a enfermarme por él o...? ¿Quién era?, ¿por qué...?

—No va a volver. Se ha marchado.

—¿Cómo lo sabes?

Apartó la mirada. Una viga crujió y de repente la casa pareció frágil, como si las gruesas paredes no fueran más que una ilusión.

—Voy a por la sopa —dijo, y cerró la puerta al salir.

Después de eso, Seredith estuvo un tiempo encerrándose en el taller por las tardes. No me contaba qué hacía y yo no preguntaba, pero sabía que estaba trabajando en el libro de Darnay. A veces, cuando terminaba mis tareas, me apoyaba en la puerta, medio escuchando y medio soñando, y trataba de discernir lo que oía. La mayor parte del tiempo imperaba el silencio —un silencio denso y peculiar, como si la casa entera escuchara conmigo y cada fibra de madera y de yeso estuvieran en sintonía con la ausencia de sonido—, pero de cuando en cuando se oía algún golpeteo o raspado, y en una ocasión oí el ruido de un frasco al volcarse. Cuando empezó el frío, sentía un hormigueo en las articulaciones y me dolían por estar de pie e inmóvil tanto tiempo, pero era incapaz de apartarme. Odiaba esa obsesión que me retenía ahí, esperando a que pasara algo

que no comprendía, pero era irresistible, una mezcla de curiosidad y temor provocada por las pesadillas que continuaban atormentándome incluso a pesar de estar mejorando.

Eran ya menos frecuentes y habían cambiado —los siniestros terrores amorfos se habían aclarado hasta convertirse en sueños nítidos y rebosantes de sol—, pero eran igual de terribles. Desde aquel día, el miedo tenía rostro: el de Lucian Darnay. Lo veía una y otra vez; sus ojos fieros, la última mirada que me dirigió antes de entrar por la puerta medio abierta del fondo del taller. Lo veía sentado, con la espalda erguida, en aquella habitación silenciosa, iluminada y espantosa, y me invadía el pánico porque en mi sueño no era él quien estaba allí sentado, sino yo.

Mis sueños intentaban decirme algo. No sabía qué me aterraba, pero, fuera lo que fuese, moraba bajo llave en la habitación de Seredith. Cuando me despertaba y no conseguía volver a conciliar el sueño, me sentaba junto a la ventana para que el aire fresco de la noche me secase la piel sudorosa e intentaba comprender. Sin embargo, pese a lo mucho que me esforzaba en ver más allá del miedo, no había nada, salvo Lucian Darnay y aquella habitación que había vislumbrado. Ocurriera lo que ocurriese allí, se filtraba y me ponía de los nervios, se diluía con mis sueños.

Una noche, mientras yo estaba fregando una sartén y Seredith preparaba estofado, le pregunté por él. No levantó la vista, pero se le enredaron los dedos y se le cayó al suelo media cebolla. Se agachó despacio para recogerla.

—Procura no pensar en Lucian Darnay —dijo.

—¿Por qué no me enseñas su libro? Lo único que estoy aprendiendo es a hacer acabados. Creía que tenía que... —Ella lavó la cebolla y continuó picándola—. ¡Seredith! ¿Cuándo vas a...?

—Pronto te enseñaré más cosas —repuso, pasando por mi lado de camino a la despensa—. Cuando estés bien de nuevo.

Fueron pasando los días, hasta que me encontré casi más fuerte que nunca, pero ella siguió sin decirme nada.

El otoño dio paso al invierno. Nuestra vida cotidiana —la monótona y contemplativa rutina que consistía en trabajar, comer y dormir— me hizo perder la noción del tiempo. Los días se sucedían sin descanso, ocupados por las mismas labores y las mismas horas dedicadas a los acabados, al marmoleado, a chiflar pieles o a dorar los cortes de algún fajo de pliegos. Mis pruebas acababan en su mayoría en el viejo barril que Seredith utilizaba como cubo de basura, pero incluso cuando Seredith miraba alguno de los papeles y decía sin sonreír que lo guardara, este iba al archivador de planos y ahí se quedaba, fuera de la vista. Era como si nada se usara nunca. Casi dejé de preguntarme cuándo sería lo bastante bueno en lo que hacía o cuándo vería un libro de verdad; y tal vez fuera eso lo que Seredith quería. En la paz y el silencio del taller me concentraba en las pequeñas cosas: el peso del bruñidor, el chirrido de la cera de abeja bajo mi dedo pulgar. Una

mañana miré fuera y vi con sorpresa que los juncos se abrían paso a través de una fina capa de nieve. Por supuesto, había notado el frío, pero lo sentía como algo lejano, así que me trasladé más cerca de la estufa para trabajar y busqué unos mitones. En ese momento tomé conciencia de aquello: llevaba meses allí, casi tres. Pronto sería el Día de la Transición. Tomé una profunda bocanada de aire gélido y me pregunté cómo lo íbamos a celebrar, si eso pasaba, solos en medio de la nada. Resultaba doloroso imaginarme a mi familia rodeada de adornos de hoja perenne y muérdago, brindando por los amigos ausentes con cerveza caliente especiada... Pero Seredith no había hecho ningún comentario acerca de dejar que fuera a casa, y si nevaba copiosamente las carreteras estarían intransitables. No es que hubiera venido nadie desde la visita de Lucian Darnay, salvo el correo semanal. El carro del correo seguía haciendo un alto en nuestra casa y el cartero pasaba a tomarse una taza de té caliente a toda prisa antes de proseguir su camino; hasta que un día, unas semanas más tarde, las nubes estaban tan bajas y el aire tan estancado que meneó la cabeza cuando lo invité a entrar. Arrojó un fajo de cartas y una bolsa con provisiones a mis pies con la mayor celeridad antes de acomodarse de nuevo en su nido de mantas.

—Va a nevar de nuevo, muchacho —dijo—. No sé cuándo volveré. Tal vez nos veamos en primavera.

—¿Primavera?

Un perspicaz ojo azul me miró desde el espacio que quedaba al descubierto entre el sombrero y la bufanda.

—Es tu primera vez aquí, ¿no? No te preocupes. Ella siempre sobrevive.

Dicho eso, azuzó al caballo, que estaba temblando, y se alejó traqueteando por nuestro camino en dirección a la carretera. Me quedé ahí, contemplándolo a pesar del frío, hasta que lo perdí de vista.

Si hubiera sabido que... Me estrujé el cerebro para recordar lo que le decía a mi familia en mi carta, la última de este año. Pero ¿qué habría añadido? Les deseaba un feliz Día de la Transición, nada más. En cierto modo me alegraba de que mi hogar me pareciera tan lejano, que pudiera quedarme allí sin sentir nada, como si el aire gélido me hubiera entumecido la mente además de los dedos.

Me puse a tiritar y entré en la casa.

El hombre no se había equivocado. Esa noche nevó; una silenciosa ventisca azotó el lugar. Cuando nos despertamos, la carretera era apenas una ondulación en el blanco manto. Mi primer quehacer era encender la estufa, pero al entrar en el taller esa mañana Seredith ya estaba despierta y en su mesa de trabajo. Contemplaba a un pájaro que aleteaba y daba saltitos afuera, dejando marcadas sus huellas con nitidez, como si fueran letras impresas. Las salpicaduras de harina del engrudo que había estado mezclando hacían que pareciera que la nieve se había colado por la ventana.

Había encendido la estufa, pero yo estaba tiritando. Ella echó un vistazo.

—Hay té. Ah, ¿y necesitas algo? Estoy haciendo una lista para el próximo pedido a Castleford.

—El cartero ha dicho que no volverá hasta la primavera. —Estaba tan aterido de frío que casi derramé el té cuando intenté servirlo.

—Ah, Toller es un mentecato. Aún queda para el invierno. La nieve se fundirá en unos días. — Esbozó una sonrisa mientras yo lanzaba una mirada involuntaria a la nieve que se acumulaba hasta la mitad de la ventana del fondo—. Confía en mí. La nieve de verdad no llegará hasta después de la Transición. Hay tiempo de sobra para prepararnos.

Yo asentí. Eso significaba que, después de todo, podría escribir otra carta a casa, pero ¿qué iba a decir en ella?

—Ve al cobertizo y haz inventario —dijo. Eché una ojeada a los resplandecientes montones de nieve y un escalofrío me recorrió la espalda—. Hace frío —añadió con un brillo burlón y compasivo en los ojos—. Abrígate bien.

No fue tan malo cuando me puse manos a la obra. Tuve que mover cajas, sacos y tarros enormes para ver qué había allí, y al cabo de un rato estaba resollando por el esfuerzo y tenía demasiado calor con el sombrero. Dejé el saco que había estado moviendo y me apoyé en un lado de la puerta para recuperar el aliento. Mi mirada se demoró sobre la pila de leña y me pregunté si habría suficiente para pasar el invierno. Si no era así, tendría que apañármelas para buscar más, pero en aquel yermo paraje no había madera que recoger ni árboles que talar. Una nube había cubierto el sol y me llegó el quejido del viento a los oídos, como si alguien estuviera afilando un cuchillo a mucha distancia. Iba a nevar de nuevo. Era evidente que Seredith se equivocaba acerca del deshielo.

Debería haber reanudado el trabajo, pero algo captó mi atención; algo que estaba muy lejos para distinguirlo con claridad y que avanzaba a duras penas por la desdibujada carretera, como un insecto atrapado en pintura blanca. Al final, la mancha negra adoptó la forma de un caballo, hundido en la nieve hasta el corvejón y con un orondo jinete encorvado encima. No, dos jinetes de aspecto infantil, hasta que me di cuenta de que el caballo era un enorme y desgreñado percherón. Eran dos mujeres; la de atrás iba erguida y la otra iba encorvada y ladeándose a cada paso. Las voces llegaron mucho antes de que les viera la cara con claridad: un desesperado murmullo de ánimo y, por encima, el débil y desolado lamento que yo había tomado por el susurro del viento.

Cuando se detuvieron frente a la casa y una de las mujeres desmontó con torpeza sobre la nieve acumulada, debería haber ido a ayudarla. En vez de eso, la observé mientras se afanaba en persuadir y tirar de la otra mujer para que bajara del caballo, como si fuera una muñeca. El estridente quejido continuó, agudo e inhumano, interrumpiéndose y comenzando de nuevo cuando se tropezaron de camino a la puerta principal. Alcancé a vislumbrar unos grandes ojos vidriosos,

el cabello suelto y enredado y los labios mordidos y ensangrentados; a continuación, se apiñaron en el porche y tocaron la desafinada campana de la puerta.

Me volví hacia el familiar orden del cobertizo, pero ahora las sombras acechaban detrás de cada montón y me miraban desde cada tarro. ¿Quién se arrastraría por la nieve de no estar desesperado? Desesperado por una encuadernación... Como Lucian Darnay. Pero ¿qué podían hacer los libros? ¿Qué podía hacer Seredith?

Ella abriría la puerta a las mujeres dentro de un momento. Después las haría cruzar el taller para llevarlas al cuarto bajo llave...

Antes de que me diera tiempo a pensar ya había cruzado el patio y rodeado la casa para poder entrar por la puerta de atrás. Me detuve brevemente en el callejón y agucé el oído.

—Hágala entrar —dijo Seredith.

—¡Es lo que estoy intentando! —repuso una de las mujeres sin aliento, con un acento rural más marcado que el mío—. No consigo que... Vamos, Milly, por favor.

—¿No quiere venir? Si no está de acuerdo, no puedo...

—¡Oh! —Una breve carcajada cargada de amargura y agotamiento—. Ya lo creo que quiere venir. Me lo ha suplicado sin parar a pesar de la nieve. Y cuando llevábamos unos ochocientos metros se quedó como una muñeca de trapo, y no deja de hacer ese maldito ruido...

—De acuerdo —repuso Seredith con frialdad, la justa para interrumpirla. La letanía de lamentos continuó entre sollozos entrecortados, como un hilillo de agua—. ¿Milly? Venga aquí. Pase. Puedo ayudarla. Muy bien, ahora el otro pie. Buena chica.

Algo en su tono me recordó a cuando llegué aquí. Volví la cabeza y me concentré en la pared que tenía delante. Adherida al áspero enlucido había una delgada capa de nieve que el viento había arrastrado, tan intrincada y granulada como los cristales de sal.

—Así está mejor. Muy bien. —Se parecía a mi padre murmurándole a una yegua nerviosa.

—Gracias a Dios. —A la mujer se le quebró la voz—. Se ha vuelto loca. Haga usted que se ponga mejor. Por favor.

—Solo si ella me lo pide. Muy bien, Milly. Ya te tengo.

—Ella no puede pedírselo, su mente se ha...

—Suéltela. —Hizo una pausa y los lamentos se atenuaron ligeramente; la otra mujer sorbió por la nariz. Seredith añadió con más suavidad—: Ha hecho todo lo que ha podido. Deje que ahora cuide yo de ella.

Oí abrirse la puerta del taller y tres tipos de pasos: los familiares andares de Seredith, el paso más ligero de la otra mujer y un intermitente arrastrar de pies que me puso la piel de gallina.

La puerta se cerró de nuevo. Apreté los ojos. Conté el tiempo que tardaron en recorrer el desgastado entarimado hasta la puerta cerrada, el momento en que Seredith sacó las llaves y las

introdujo en las cerraduras... Me pareció oír que se abría y se cerraba de nuevo, a menos que fuera mi corazón retumbando en los oídos.

Pasara lo que pasase tras aquella puerta, le estaba pasando en ese preciso instante a la mujer que parecía un animal herido.

No quería saberlo. Me obligué a volver al cobertizo. Todavía me quedaba trabajo pendiente. Pero cuando coloqué el último saco en su lugar y apunté con tiza los últimos números en la pared, fue como si el tiempo no hubiera transcurrido. Casi se había puesto el sol y no había comido ni bebido nada en todo el día. Me estiré, pero hasta el dolor de hombros era algo lejano e irrelevante.

Cuando entré en el taller, estaba en penumbra. Los copos de nieve caían contra las ventanas.

—¡Oh!

Me di la vuelta conteniendo el aliento. Era la otra mujer, no la loca, sino la alta y erguida que la había traído... Qué estúpido. De alguna forma sabía que todo el que entraba ahí lo hacía sin compañía, a solas con la encuadernadora. Claro, Seredith le había dicho que esperase fuera. Qué tonto, asustarme por eso.

—¿Quién eres? —preguntó. Llevaba un rústico vestido azul amorfo y tenía el rostro ajado y cubierto de pecas, pero me hablaba como si yo fuera un criado.

—El aprendiz de la encuadernadora.

Me dirigió una mirada recelosa y hostil, como si fuera ella quien debiera estar allí y no yo. Después volvió a sentarse despacio junto a la estufa. Había estado bebiendo de mi taza, que emanaba una fina columna de humo que se disipaba en el aire.

—Su amiga —dije— ¿sigue aún ahí dentro? —Ella apartó la mirada—. ¿Por qué la ha traído aquí?

—Eso es cosa de ella.

No, quise decir, no me refiero a eso, me refiero a lo que le está ocurriendo, a por qué la trae aquí, a qué puede hacer Seredith por ella. Detesté que la mujer me diera la espalda, haciendo caso omiso de mi pregunta. Me senté despacio, cogí el frasco de cola y hurgué en el cajón en busca de un pincel limpio. Tenía algunas guardas cortadas y listas para encolar; podía hacerlo sin necesidad de concentrarme a pesar del silencioso zumbido procedente del cuarto cerrado que invadía la habitación...

Pero ya no estaba cerrada con llave. Si me acercaba y giraba el pomo, la puerta se abriría. Y vería... ¿qué?

Se cayó un poco de cola de la brocha sobre la mesa, como si alguien hubiera escupido por encima del hombro. La mujer se paseaba de un lado a otro, por lo que sus tacones repicaban en el suelo cada vez que giraba. No aparté la vista de mi trabajo, del trapo sucio que estaba utilizando para limpiar la cola.

—¿Va a morir?

—¿Qué?

—Milly. Mi amiga. No quiero que muera. —Percibí lo mucho que había luchado para intentar no pronunciar en voz alta esas palabras—. No merece morir.

No levanté la vista hasta que sentí que se acercaba a mí. Su ropa desprendía olor a lana mojada y a montura vieja. Si mirara hacia abajo podría ver el dobladillo de su falda, cuyo borde de vieja lana azul estaba manchado de salpicaduras de barro.

—Por favor, he oído que a veces mueren.

—No. —Pero me dio un vuelco el corazón. Por lo que yo sabía...

—Embustero. —Dio media vuelta, con la respiración entrecortada—. Yo no quería traerla. Milly estaba desesperada. Le dije: «¿Una vieja bruja? ¿Para qué acudir a una vieja bruja? Sabes que está mal, es malévolo, sé fuerte, no te rindas. Jamás debería...». —Se interrumpió, como si se hubiera dado cuenta de que había dicho aquello en voz alta, aunque al cabo de un instante empezó de nuevo—: Pero hoy estaba desquiciada; ya no aguantaba más. Así que la he traído a este horrible lugar y ahora está ahí dentro para... —Le tembló la voz y se apagó.

—Pero usted ha dicho que..., le ha pedido a Seredith que la ayude. —Me mordí la lengua.

Sin embargo, ella no pareció oírme, y tampoco se percató de que antes había estado escuchando a escondidas.

—Lo único que quiero es que vuelva mi querida Milly. Que sea feliz de nuevo. Aunque tenga que vender su alma para conseguirlo. ¡Me da igual que sea un pacto con el diablo, que esa vieja arpía haga lo que tenga que hacer! Que traiga de vuelta a Milly, nada más. Pero si muere ahí...

«Un pacto con el diablo.» ¿Qué era lo que hacía Seredith? La arpía, la vieja bruja... Traté de colocar el papel coloreado encima del blanco, pero fallé. Qué manos tan torpes, estúpidas y temblorosas. «Aunque tenga que vender su alma.» Pero ¿qué tenía eso que ver con libros, papel, cuero y cola?

El sol se asomó entre dos bancos de nubes. Levanté la vista hacia el nebuloso resplandor rosáceo del sol. Su luz me deslumbró y durante una fracción de segundo creí ver una sombra, una oscura silueta a contraluz. Entonces el sol desapareció y también el joven. Parpadeé para despejar las lágrimas fruto del brillo cegador y me centré en mi trabajo a pesar de la imagen residual. Había dejado que el papel se arrugara y se secara, de modo que lo rasgué al intentar separarlo. Pasé el pulgar por el desgarrado pegajoso y blanco que surcaba el estampado de plumas. Tenía que empezar de nuevo.

—Lo siento, no... —Se acercó a la ventana. Cuando me miró, las sombras le ocultaban los ojos, pero su voz traslucía un tono suplicante—. No sé lo que digo. No hablaba en serio. Por favor, no se enfade. Le ruego que no se lo diga a ella, a la encuadernadora, ¿vale? Por favor.

Ví que tenía miedo. Arrugué la guarda estropeada y la tiré. No solo temía a Seredith, sino

también a mí.

Inspiré hondo. Corté más papeles y mezclé más engrudo. Encolé las páginas, las metí en la prensa y las colgué para que se secaran. No sabía qué estaba haciendo, pero me las arreglé para continuar. Cuando volví en mí, la habitación estaba tan oscura que me costaba ver y había un montón de papeles encolados esperando a que los pusiera entre las tablas de prensado. Era como despertar de un sueño. Oí la puerta al abrirse.

—Hay té en la estufa. Tráigalo aquí —dijo Seredith en tono seco.

Me quedé paralizado, pero no me estaba hablando a mí. No me estaba mirando a mí, no me había visto. Se estaba frotando los ojos y parecía agotada, totalmente exhausta.

—Dese prisa —dijo, y la mujer se encaminó hacia ella con celeridad, con una tetera que iba derramando y unas tazas chocando entre sí.

—¿Está bien?

—No pregunte majaderías. —Y al cabo de un instante añadió—: Dentro de un minuto ya podrá verla. Entonces deberán regresar a casa con premura, antes de que se ponga a nevar.

Cerró la puerta y se hizo el silencio. Una ráfaga de nieve azotó la ventana. Adiós al deshielo. La puerta se abriría en breve. Me obligué a no darme la vuelta cuando lo hizo.

—Vamos, querida. —Seredith condujo a la quejosa muchacha, que ahora se mostraba dócil y callada, al taller.

Y entonces las dos mujeres se fundieron en un abrazo; la otra reía, presa del alivio, mientras repetía entre sollozos el nombre de Milly y Seredith cerraba despacio la puerta con llave.

Así pues, estaba viva. Estaba cuerda. No había pasado nada espantoso.

—Gracias a Dios. Mírate, vuelves a estar bien. Gracias...

—Llévela a casa y que descanse. Procure no hablarle de lo que ha ocurrido.

—Por supuesto que no... Sí..., Milly, cielo, ya nos vamos a casa.

—Gytha. A casa... —Se apartó el cabello enredado de la frente; todavía estaba demacrada y sucia, aunque no hacía mucho solía ser hermosa—. Sí, quiero irme a casa. —Sus palabras contenían cierto vacío, cierta fragilidad, como un vidrio agrietado.

La otra mujer, Gytha, la condujo al pasillo.

—Gracias —le dijo de nuevo a Seredith, deteniéndose en la puerta.

Sin nadie que la impulsara, Milly se quedó inmóvil, con una expresión tan serena que parecía una estatua. Tragué saliva. Qué insólita calma. Se me erizó el vello de la nuca. El corazón me decía: «Mal, mal, mal...».

Debí de hacer ruido, porque me miró. Nuestros ojos se cruzaron durante un instante. Fue como mirar un espejo y no ver a nadie.

Se marcharon y la puerta se cerró tras ellas. Un segundo más tarde oí que se abría la puerta

principal y que volvía a cerrarse. En la casa se instaló una vez más ese silencio amortiguado por la nieve.

—¿Emmett? —dijo Seredith—. ¿Qué haces tú aquí?

Me giré hacia la mesa. Con esa luz mis herramientas parecían de peltre y una blanquecina mancha de cola brillaba en la madera, como si fuera el rastro de un caracol. El montón de guardas acabadas presentaba todo tipo de tonalidades grises: gris rosáceo, gris azulado, gris claro...

—Creía que te había pedido que ordenaras el cobertizo.

Una ráfaga de aire azotó las ventanas con una arena fina de hielo y un alambre que había por encima de mí se balanceó. Había más papeles colgados ahí; más alas tenues; más páginas de las que jamás podríamos utilizar.

—Terminé la tarea. He hecho más guardas.

—¿Qué? ¿Por qué? No necesitamos...

—Qué sé yo. Supongo que porque sé hacerlo. —Miré en derredor. Había rollos y rollos de tela de encuadernar, apilados como leños en el estante, de tonalidades sombrías y borrosas bajo la grisácea luz del atardecer. El armario inferior contenía pieles de cabra, una caja de retales de cuero, botes de tinte... Y en el de al lado (que tenía la puerta abierta, pues había que reparar el pestillo) las cajas de herramientas brillaban pálidamente y dejaban sus elaborados y diminutos extremos a la vista. Los rollos de pan de oro relucían. Enfrente había prensas, otra larga mesa de trabajo, la cizalla, el ingenio...—. No lo entiendo —dije—. Todo esto... para decorar libros que ni siquiera vendes.

—Los libros deberían ser hermosos —adujo Seredith—. La finalidad no es que los vean. Es una manera de honrar a las personas, como los ajuares funerarios en la antigüedad.

—Pero lo que sea que pasa en tu cuarto cerrado... es encuadernar de verdad, ¿no? Ahí dentro haces libros personalizados. ¿Cómo?

Seredith hizo un gesto repentino, pero cuando la miré estaba inmóvil de nuevo.

—Emmett.

—Jamás he visto...

—Pronto.

—No dejas de repetir...

—¡Ahora no! —Se tambaleó, pero recuperó el equilibrio y se sentó en la silla junto a la estufa—. Ahora no, te lo ruego, Emmett. Estoy cansada. Estoy muy cansada.

Pasé por su lado de camino a la puerta cerrada. Deslicé la mano sobre las tres cerraduras. Me exigió un gran esfuerzo. Sentí un hormigueo en el hombro por el deseo de apartarme. A mi espalda, la silla de Seredith arañó el suelo cuando se giró para mirarme.

Me quedé donde estaba. El miedo pasaría si esperaba lo suficiente y entonces estaría preparado. Pero no fue así. Y debajo de él, lo mismo que una enfermedad que no sabía que me

aquejaba, anidaba un dolor incommensurable, una sensación de pérdida tan honda que me entraron ganas de llorar.

—Emmett.

Di media vuelta y me marché.

No volvimos a hablar de ello en los días siguientes; solo hablamos de las tareas y del tiempo, yendo con cautela, como si estuviéramos bordeando hielo recién formado.

IV

Me desperté soñando con fuego. Abrí los ojos y parpadeé para disipar el resplandor titilante y rojo. Estaba en un palacio, un laberinto de llamas tan altas y abrasadoras que me privaban de aire, y durante un momento me pareció notar la aspereza acre del humo en la garganta; pero la habitación estaba a oscuras y al respirar lo único que olí fue el sutil matiz metálico de la nieve. Me incorporé y me froté los ojos.

Estaban llamando a la puerta. Eso era lo que me había despertado; unos fuertes golpes en la entrada principal, casi ininterrumpidos. Y alguien gritando. Además, también sonaba una campana; un continuo redoble, como un clamor.

Me levanté de la cama y me puse los pantalones. Noté el suelo de madera frío en los pies, pero no me molesté en calzarme. Salí dando tumbos al pasillo y me quedé ahí, escuchando durante un segundo: era un hombre con la voz entrecortada.

—¡Sé que estás ahí! —La puerta se sacudía en el marco—. Como no salgas voy a destrozar las putas ventanas. ¡Sal!

Apreté los puños. En mi casa, mi padre habría cogido el rifle y, al abrir la puerta, quienquiera que estuviese afuera habría tartamudeado y se habría quedado mudo. Pero este no era mi hogar y yo no tenía rifle. Crucé el pasillo para llamar a la puerta de Seredith.

—¿Seredith? —No tenía tiempo de esperar una respuesta; la abrí y eché un vistazo tratando de distinguir dónde estaba su cama, pues no había estado nunca en ese cuarto—. Seredith, hay alguien afuera. ¿Estás despierta?

Nada. Solo veía las pálidas y arrugadas almohadas y las sábanas junto a la ventana. No estaba allí.

—¿Seredith?

Oí un balbuceo en la oscuridad y me giré. Seredith estaba acurrucada en una butaca en un rincón de la habitación, protegiéndose la cabeza, como si el cielo estuviera a punto de derrumbarse. Tenía los ojos abiertos y me estaba mirando. Tenía el rostro tan pálido que parecía flotar en el aire.

—Seredith, alguien está llamando a la puerta. ¿Debería abrir? ¿Qué está ocurriendo?

—Vienen a por nosotros —farfulló—. Han venido, sabía que lo harían, la Cruzada, la Cruzada...

—No te entiendo. —Me temblaba la voz y apreté los puños—. ¿Debería abrir la puerta?

¿Quieres que hable con ese hombre?

—Los cruzados vienen a quemarnos a todos, vienen a matarnos. Ya no hay adónde huir. Escóndete, escóndete en el sótano, y no entregues los libros, muere con los libros si es necesario...

—¡Por favor, Seredith! —Me puse en cuclillas delante de ella para poder mirarla a la cara; le tiré con suavidad de una muñeca para intentar destaparle la oreja—. No sé de qué estás hablando. ¿Quieres que...?

Ella se echó hacia atrás.

—¿Quién...? Apártate de mí. ¿Quién, quién, quién...?

Perdí el equilibrio y me tambaleé.

—¡Soy yo! Seredith, soy Emmett.

Se hizo el silencio. Los golpes en la puerta cesaron. Nos miramos en medio de aquella profunda oscuridad. Oía su trabajosa respiración y la mía. Oímos cristales haciéndose añicos en el piso de abajo.

—¡Eh! —gritó el hombre—. ¡Ven aquí, vieja arpía!

Seredith se estremeció. Intenté asirle la mano, pero ella retrocedió hacia el rincón arañando el yeso de manera frenética. Tenía el rostro cubierto de sudor y la boca entreabierta. Me había reconocido durante un segundo, pero en esos instantes tenía la mirada perdida y le temblaban los labios, y no me atreví a tocarla otra vez.

Me levanté. Ella me agarró la camisa y tiró. Estuve a punto de caerme al suelo.

—Seredith. —Le solté los dedos uno a uno, frágiles, fríos y húmedos, y me dio miedo romperle los huesos—. Suéltame. Tengo que...

La empujé con demasiado ímpetu y ella gritó, pero mientras meneaba la muñeca para aliviar el dolor su mirada pareció centrarse.

—Emmett —dijo.

—Sí.

—Estaba soñando. Ayúdame a...

—No pasa nada. Iré yo. Quédate aquí. —Salí al pasillo con las piernas temblorosas.

Ahora que no había cristal en la ventana, la voz del hombre llegaba más alta y clara.

—¡Te haré salir a base de humo! ¡Ven aquí y habla conmigo, bruja!

No sé cómo llegué al pie de la escalera ni cómo abrí los cerrojos de la puerta principal, pero de repente estaba en el vano. El hombre que tenía ante mí se sobresaltó y dio un paso atrás. Era más bajo de lo que esperaba y lucía una expresión penetrante y furiosa. Otras dos personas detrás de él volvieron la cabeza. Una de ellas llevaba una antorcha, así que lo que había oído antes era humo de verdad.

Me plantó cara, como si se creyera tan alto como yo, aunque tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos.

—¿Y tú quién demonios eres?

—Soy el aprendiz de la bruja. ¿Quién demonios es usted?

—Tráela aquí.

—¿Qué quiere?

—Quiero que me devuelva a mi hija.

—¿Su hija? Aquí no está. Aquí no hay nadie más que... —Me callé.

—No intentes hacerte el listo. Sabes de qué estoy hablando. Tráeme su libro ahora mismo o...

—¿O qué?

—O quemaremos la casa hasta reducirla a cenizas. Y todo lo que en ella hay.

—Mire a su alrededor. Ha estado nevando. Estas paredes tienen casi un metro de grosor. ¿De verdad cree que puede incendiar la casa sin más, con una antorcha? Su improvisado ejército y usted deberían...

—¿Tan estúpidos crees que somos? —El hombre le hizo una señal a su amigo, que levantó un cubo tapado y sonrió de oreja a oreja: por el borde goteaba un líquido que olía a aceite—. ¿Crees que hemos venido hasta aquí para lanzar amenazas en vano? Más te vale tomarme en serio, hijo. Créeme. Y ahora tráeme el libro.

Tragué saliva. Las paredes de la casa eran gruesas y había nieve en el tejado de paja, pero un invierno vi incendiarse el granero de la granja Greats y sabía que si las llamas prendían...

—No sé dónde está —aduje—. Yo...

—Fuera —dijo Seredith a mi espalda.

—Es ella —intervino una de las oscuras siluetas—. La vieja. Es ella.

El hombre la fulminó con la mirada por encima de mi hombro.

—No me des órdenes, vieja arpía. Ya has oído lo que le he dicho a tu..., lo que quiera que sea. Quiero el libro de mi hija. Le había prohibido acudir a ti.

—Estaba en su derecho.

—¡Vieja arpía loca! Se escapó sin mi permiso y después vino a casa medio vacía y me miró como si no supiera quién era...

—La decisión era suya. Todo ha sido decisión suya. Si no hubieras...

—¡Cierra el pico! —Avanzó con brusquedad. De no haber estado yo ahí tal vez la hubiera golpeado; capté el olor a cerveza rancia de su aliento, mezclado con algo más potente—. Conozco a los de tu ralea. No voy a permitir que le vendas el libro de mi hija a nadie...

—Yo no vendo libros. Los mantengo a salvo. Márchate.

Se impuso el silencio. La luz de la antorcha danzaba en el rostro del hombre, que miró hacia atrás, humedeciéndose los labios; sus amigos le devolvieron la mirada; abrían y cerraban las manos como si fueran garras.

La brisa meció la hierba y la llama de la antorcha se agitó con fuerza. Sentí un soplo fugaz y

húmedo en la mejilla; se llevó el olor a humo y acto seguido cesó y las llamas se avivaron de nuevo.

—De acuerdo —dijo—. Muy bien, lo haremos a tu manera. —Agarró el cubo de aceite que sujetaba el otro hombre y lo acercó hasta la puerta—. Quiero quemar el libro. Si no me lo traes, voy a incendiar la casa con el libro dentro.

Intenté reír.

—No diga sandeces.

—Os estoy avisando. Más os vale salir.

—¿No ve que somos una anciana y un aprendiz? No puede...

—Ya lo verás.

Me aferré al marco de la puerta. La sangre me palpitaba con tanta fuerza en los dedos que daba la impresión de que la madera se me iba a escapar de la mano. Miré a Seredith. Tenía la vista clavada en el hombre, con el rostro pálido y el cabello cayéndole sobre los hombros. Si no la hubiera visto antes hubiera creído que era una bruja. Dijo algo en voz demasiado baja.

—Por favor —dije—, sea lo que sea lo que le ha pasado a su hija, ella no ha hecho nada malo...

—¿Lo que le ha pasado? ¡La ha encuadernado, eso es lo que le ha pasado! Y ahora quítate de en medio o te juro que os quemo, a vosotros y todo lo que... —Se abalanzó y tiró de mí. Me aparté de la puerta a trompicones, sorprendido por la fuerza con que el hombre me agarraba, y acto seguido levanté el brazo para zafarme de él. Trastabillé hacia un lado, pero cuando recuperé el equilibrio alguien me había agarrado ya por detrás. El otro hombre agitó la antorcha delante de mí, como si fuera un animal. Sentí el calor extremo en las mejillas y parpadeé para despejar las lágrimas—. Y tú sal también —gritó a través de la puerta—. Sal y no te haremos daño.

Intenté liberarme de quien me sujetaba.

—¿Nos va a dejar aquí fuera, en la nieve? ¿En medio de la nada? Es una anciana.

—¡Cierra el pico! —Se volvió hacia mí—. Os estoy avisando de buenas maneras.

Sentí ganas de estrangularlo. Me obligué a inspirar hondo.

—Mire, no puede hacerlo. Podrían deportarlo, y no le conviene correr ese riesgo.

—¿Por reducir a cenizas la casa de una encuadernadora? Tengo diez amigos que jurarán que he estado con ellos en la taberna toda la noche. Bueno, como no salga la vieja arpía va a acabar como un arenque ahumado junto con todo lo demás.

La puerta principal se cerró de golpe y oí cerrarse un cerrojo.

Del tejado cayó un chorro de nieve derretida, como si se hubiera formado una balsa y hubiera rebosado. La brisa sopló y cesó de nuevo. Me pareció oírla susurrar en la ventana rota. Tragué saliva.

—¿Seredith? —No respondió. Empujé al hombre que me sujetaba y me soltó sin pelear—. Seredith, abre la puerta. Por favor. —Me incliné hacia un lado para mirar por el cristal dentado de

la ventana. Estaba sentada en la escalera, como una niña, con los tobillos cruzados; no levantó la mirada—. ¿Qué estás haciendo, Seredith?

Ella murmuró algo.

—¿Qué? Por favor, déjame entrar.

—Se acabó. La bruja quiere que la quememos. —Percibí una nota estridente en su voz, como si fuera pura bravuconería, pero cuando lo miré de nuevo me brindó una amplia sonrisa que mostraba sus dientes cariados—. Ya ha tomado su decisión. Quítate de en medio. —Se acercó y derramó aceite en la pared, al lado de mis pies; el olor se elevó como la niebla, denso y muy real.

—¡No! ¡No puede! ¡Por favor! —barboté, pero él continuó sonriéndome, sin inmutarse. Me di la vuelta y di un golpe en las últimas esquirlas de cristal con un lado del puño para apartarlas, pero la ventana era demasiado estrecha para colarme—. ¡Seredith, sal! Van a incendiar la casa, por favor. —Ella no se movió. Hubiera pensado que no me había oído de no ser porque elevó los hombros ligeramente cuando se lo pedí por favor—. No puede quemar la casa con ella dentro. Es asesinato —alegué con voz aguda y ronca.

—Apártate.

Pero no esperó a que lo hiciera. El aceite me salpicó los pantalones cuando pasó por mi lado. Arrojó lo que quedaba a la pared lateral y se apartó. El hombre de la antorcha observaba con manifiesto interés, como si fuera un colegial.

Tal vez no prendiera. Tal vez la nieve del tejado extinguiera el fuego o las paredes fueran demasiado gruesas o estuvieran demasiado empapadas. Pero Seredith era muy mayor y el humo bastaría para matarla.

—Oye, Baldwin, coge el otro cubo y vacíalo alrededor de la casa —dijo señalando.

—Por favor, por favor, no lo haga. —Pero sabía que era en vano. Di media vuelta y embestí contra la puerta, dando golpes en la madera con los puños—. ¡Seredith! Abre la puerta. Por Dios, abre la puerta.

Alguien me agarró del cuello de la camisa y tiró de mí. Me atragaté y casi me caigo al suelo.

—Bien. Que no se acerque. Ahora.

El hombre de la antorcha gruñó y avanzó. Yo intenté zafarme desesperadamente. La costura de la camisa se desgarró y a punto estuve de caerme entre la antorcha y la puerta. El olor a aceite era tan fuerte que casi podía saborearlo. Me impregnaba los pantalones y las manos; si saltaba una sola chispa, acabaría ardiendo. Las llamas de la antorcha se cernían ante mis ojos cual ávidas e inquietas lenguas de fuego.

Sentí un golpe en la espalda. Había retrocedido hasta toparme con la puerta. Me apoyé contra la madera. No había escapatoria.

El hombre levantó la antorcha como si fuera un báculo y me la arrimó hasta la cara. Después la bajó. La vi titilar, casi rozando la base de la pared, lo bastante cerca para que prendiera.

—No. —Era mi voz, aunque al mismo tiempo no lo era. La sangre me subía hasta los oídos y zumbaba como una inundación, con tanta fuerza que era incapaz de oír mis pensamientos—. Si lo hacéis caerá una maldición sobre vosotros —dije, y en la repentina quietud fue como si otra voz hablara bajo la mía—. Si matáis con fuego, bajo el fuego pereceréis. Si nos quemáis por odio, vosotros arderéis. —Nadie respondió ni se movió—. Si hacéis esto, la sangre y las cenizas mancharán vuestra alma. Todo lo que toquéis se marchitará y fenecerá. Todos a los que toquéis enfermarán, enloquecerán o morirán. —Oí un sonido débil en la distancia, algo que se acercaba; pero la voz de mi interior no consintió que me interrumpiera para prestar atención—. Os odiarán y acabaréis solos —decía esa voz—. Jamás hallaréis el perdón.

El silencio se extendió a mi alrededor como una onda en un estanque, atenuando el siseo del viento y el crepitar de las llamas. Pero dentro de esa quietud había algo nuevo, algo que repiqueteaba, como cuando la madera se seca o caen las hojas.

Los hombres me miraron. Yo observé en derredor, clavando los ojos en los suyos y dejando que hablara esa otra voz. Levanté una mano para señalar con firmeza profética al hombre que me había amenazado.

—Marchaos.

Él titubeó. El repiqueteo se convirtió en un crepitar, después en un siseo y acto seguido en un rugido.

Lluvia.

Una tromba tan repentina como una emboscada me cegó y me empapó el cabello y la ropa en cuestión de segundos. El agua gélida me recorría la nuca y la nariz mientras ahogaba un grito de sorpresa. El hombre apartó la antorcha a un lado para tratar de ampararla bajo el alero del tejado, pero le cayó encima una cortina de lluvia impulsada por el viento y todo quedó a oscuras. Se oyeron gritos, algunos chillidos de pánico amortiguados y un hombre tropezando en la oscuridad.

—Ha invocado la lluvia. Que le den, vámonos. La magia...

Parpadeé, pero no vi más que sombras borrosas corriendo y desapareciendo como espectros. Alguien voceó, alguien respondió y alguien gruñó y maldijo mientras tropezaba y trataba de ponerse en pie. Aquellos sonidos se repitieron, oí voces y caballos en la lejanía y los hombres desaparecieron a continuación.

Cerré los ojos. Estaba calado hasta los huesos. El atronador ruido de la lluvia reverberaba en las marismas. El viento se colaba por la ventana rota y le arrancaba su propia melodía al tejado de paja. El olor a barro, a juncos y a nieve derretida impregnaba el ambiente.

Tenía frío. Todo mi ser se estremeció y me incliné hacia delante para prepararme, como si viniera de fuera. Cuando pasó, parpadeé para librarme del agua de las pestañas y soplé para

expulsar la lluvia de la boca. La oscuridad había disminuido y ahora distinguía, trémulas y grisáceas, siluetas de cosas: el granero, la carretera, el horizonte...

Me di la vuelta y miré por la ventana. Cuando le di la espalda al vasto vacío por el que pasaba la carretera sentí un cosquilleo en el cuello. Pero los había oído marcharse.

—¿Seredith? —dije con voz queda—. Se han ido. Déjame entrar.

No estaba seguro de si podía verla en realidad o si mi cerebro se estaba imaginando aquel borrón espectral en la oscuridad. Me limpié el agua de los ojos y traté de verla mejor. Estaba ahí, sentada en la escalera. Me arrimé todo lo que pude al borde del cristal roto.

—Seredith, no pasa nada. Abre la puerta.

No se movió. No sé cuánto tiempo estuve ahí de pie. Una y otra vez le murmuré las mismas palabras, como si estuviera intentando domar a un animal. Empecé a confundir el sonido de mi voz con la lluvia. Tenía tanto frío que me sumí en una especie de sueño en el que era las marismas, la casa y yo mismo; era madera empapada y resbaladiza y barro pegajoso. Cuando por fin recorrió el último cerrojo, estaba tan entumecido y helado que me costó reaccionar.

—Entra —dijo Seredith.

Pasé cojeando y me detuve, chorreando agua en el suelo. Seredith rebuscó en el aparador; oí una cerilla tras otra mientras intentaba encender la lámpara. Por fin me acerqué a ella y le quité la caja con suavidad. Ambos nos sobresaltamos al tocarnos. No la miré hasta que la lámpara se encendió y cubrí la llama con el tubo de cristal.

Estaba temblando y tenía el cabello alborotado, pero cuando me miró a los ojos me hizo un gesto burlón, casi una sonrisa; sabía quién era yo. Cogió la lámpara.

—Seredith...

—Lo sé. O me meto en la cama o acabaré cogiendo un buen resfriado. —No era eso lo que iba a decir, pero asentí—. Será mejor que tú también te acuestes —añadió con demasiada rapidez—. ¿Seguro que se han marchado?

—Sí.

—Muy bien. —Se hizo el silencio. Clavó los ojos en la lámpara y bajo su luz suave me pareció más joven—. Gracias, Emmett.

No respondí.

—De no ser por ti —siguió ella— habrían quemado la casa antes de que llegara la lluvia.

—¿Por qué no has...?

—Me entró mucho miedo cuando oí que llamaban. —Se calló. Dio un paso en dirección a la escalera y se volvió—. Estaba soñando cuando llegaron... y pensé que era la Cruzada. Hace sesenta años que no ha habido cruzadas aquí, pero me acuerdo de cuando venían a por nosotros. Debía de tener tu misma edad. Y mi maestro...

—¿La Cruzada?

—No importa. Aquellos días han quedado atrás. Ya quedan pocos campesinos que nos odien tanto como para matarnos. —Rio con suavidad. Nunca le había oído pronunciar la palabra «campesinos» de esa manera, con desprecio.

Sentí un golpe dentro de mí.

—Pero no querían matarnos —dije despacio—. En realidad, no era eso. Lo que querían era quemar la casa. —Hice una pausa. La llama osciló, así que no vi si le había cambiado la expresión—. ¿Por qué te has encerrado dentro, Seredith? —pregunté. Ella asió el pasamanos y comenzó a subir la escalera—. Seredith. —Me dolían los brazos por el esfuerzo de contenerme para no agarrarla—. Podrías haber muerto. Yo podría haber muerto tratando de sacarte. ¿Pero se puede saber por qué te has encerrado dentro?

—Por los libros —respondió, volviéndose tan de repente que temí que fuera a caerse—. ¿Por qué crees tú, muchacho? Porque hay que mantener los libros a salvo.

—Pero...

—Y si los libros se queman, yo voy detrás. ¿Entiendes?

Yo negué con la cabeza.

Ella me miró durante un largo rato. Parecía que iba a añadir algo, pero se estremeció de forma tan violenta que tuvo que sujetarse y cuando el temblor pasó estaba exhausta.

—Ahora no —dijo con voz ronca, como si se hubiera quedado sin resuello—. Buenas noches.

La escuché subir hasta el descansillo e ir a la habitación en la que dormía. La lluvia se colaba por la ventana rota y repicaba en el suelo, pero ni siquiera me importaba.

Me dolía todo por el frío y la cabeza me daba vueltas de agotamiento, pero cuando cerré los ojos vi llamas crepitando y envolviéndome. El ruido de la lluvia se dividía en distintas notas: el tamborileo del agua en el tejado, el susurro del viento, voces humanas... Sabía que no eran reales, pero distinguía algunas palabras con claridad, como si toda la gente a la que conocía hubiera rodeado la casa y me estuviera llamando. Era fatiga, nada más, pero no quería quedarme dormido. No quería... Sobre todo, no quería estar solo, pero eso era lo único que no podía tener.

Necesitaba entrar en calor. Si mi madre estuviera aquí me envolvería en una manta y me rodearía con los brazos hasta que dejara de tiritar, y después me prepararía té caliente con brandi, me mandaría a la cama y se sentaría conmigo mientras me lo bebía. Esa familiar y dolorosa nostalgia amenazó con dominarme. Fui al taller y encendí la estufa. Fuera había algo de claridad, una rendija entre las nubes y el horizonte; era más tarde de lo que pensaba.

Se me pasó vagamente por la cabeza que le había salvado la vida a Seredith.

Me preparé un té y me lo bebí. Las llamas que danzaban en mi cabeza comenzaron a apagarse. Las voces se fueron desvaneciendo a medida que la lluvia amainaba. La estufa crepitaba y

repicaba y olía a metal caliente. Me senté en el suelo, apoyado contra el archivador, con las piernas extendidas. Desde ese ángulo y con esa luz, el taller se asemejaba a una cueva: misterioso y amenazador; los tiradores y los tornillos de las prensas se habían transformado en extrañas formaciones rocosas. La sombra que la cizalla proyectaba sobre la pared parecía la cara de un hombre. Giré la cabeza para abarcar la estancia y por un segundo me invadió una intensa satisfacción por haberlo salvado todo: mi taller, mis cosas y mi casa.

La puerta del fondo de la estancia estaba entreabierta.

Parpadeé. Al principio pensé que era por efecto de la luz. Dejé la taza de té frío, me incliné hacia delante y observé el espacio entre la puerta y el marco. Se trataba de la puerta que hay a la izquierda de la estufa; no la del cuarto al que Seredith llevaba a la gente, sino la otra puerta, la que descendía hacia la oscuridad.

Estuve a punto de cerrarla con el pie. Podría haberlo hecho, cerrarla sin echar la llave, y haber ido a acostarme. Casi lo hice. Acerqué el pie con cuidado, pero en vez de empujar para cerrarla la abrí un poco.

Negrura. Al entrar vi una repisa vacía y un tramo de escalera que descendía más allá. Nada más, aparte de lo que ya había visto. Nada que se asemejara a la habitación desnuda de detrás de la otra puerta, salvo el frío que emanaba de allí.

Me levanté y cogí la lámpara. Ya no tenía sueño. Sentí un cosquilleo en los dedos y un picor entre los omóplatos, por la tensión. Empujé la puerta para abrirla de par en par y me interné en la oscuridad.

Olía a humedad. Eso fue lo primero que noté; un fuerte olor a lodo, como a juncos putrefactos. Me detuve en la escalera, con el corazón desbocado. La humedad era casi tan mala como el fuego; enmohecía y arrugaba el papel y ablandaba la cola. Y olía a cosas antiguas y marchitas, olía mal... Pero cuando doblé la curva de la escalera y levanté la lámpara, no vi nada extraordinario: un pequeño cuarto con una mesa y armarios, una escoba y un cubo, y baúles marcados con etiquetas. Casi me eché a reír. No era más que un almacén. Al fondo —aunque solo unos pasos separaban un extremo del otro— había una placa redonda de bronce, decorada profusamente en la pared, como una rueda maciza. El resto de las paredes estaban cubiertas por altas pilas de baúles y cajas. Se notaba sequedad en el ambiente, como arriba, por lo que tal vez me había imaginado el olor a humedad.

Volví la cabeza, pensando en parte que había oído algo. Pero todo estaba en calma, aislado del ruido de la lluvia por la densa tierra del otro lado de las paredes.

Dejé la lámpara y eché un vistazo. Había un cajón en equilibrio sobre un montón de cajas, repleto de herramientas rotas a la espera de ser reparadas o desechadas, y una hilera de frascos de cristal llenos de un líquido oscuro que parecía tinte o bilis de buey para jaspear el papel. Estuve a punto de tropezar con tres baldes de arena para apagar fuegos. En la mesa había un bulto envuelto

en arpillera y algunas herramientas. No las reconocí; eran artilugios delgados y delicados, con bordes que se asemejaban a los dientes de un pez. Acerqué la lámpara. Junto al bulto había otro paño extendido tapando algo. Ahí era donde Seredith trabajaba cuando yo estaba arriba en el taller.

Cogí el paquete y lo desenvolví con delicadeza, como si estuviera vivo. Eran unos pliegos perfectamente cosidos con guardas gruesas y oscuras, con vetas blancas que parecían diminutas raíces abriéndose paso en la tierra. La sangre me cosquilleaba en las yemas de los dedos. Un libro. El primer libro que veía desde que estaba allí; el primero desde que de niño aprendí que estaban prohibidos. Pero al sostenerlo sentí una especie de paz.

Me lo acerqué e inhalé el olor del papel. Casi lo abrí para ver la primera página, pero me despertaba mucha curiosidad lo que había debajo del otro trozo de arpillera. Dejé los pliegos del libro y retiré la tela. Ahí estaba la cubierta que Seredith había estado haciendo. Antes de comprender lo que estaba viendo, me pareció hermosa.

El fondo era de terciopelo negro, tan delicado que reflejaba cualquier atisbo de luz, y sobre la mesa parecía un trozo tangible de oscuridad. La incrustación destacaba como el marfil, con un sutil y claro brillo áureo bajo la luz de la lámpara.

Huesos. Un esqueleto con la columna curvada como una sarta de perlas, y alrededor los pálidos y raquíuticos brazos y piernas, y unas astillas minúsculas que componían los dedos de los pies y las manos. El cráneo estaba abultado, como un champiñón. Los huesos ocupaban menos que mi mano abierta. Eran tan pequeños y frágiles como los de un pájaro.

Pero no lo eran, no eran huesos de pájaro. Eran de bebé.

V

—No lo toques.

No había oído a Seredith entrar en el cuarto, pero una parte lejana y alerta de mí no se sorprendió al oír su voz. No sabía cuánto llevaba ahí. Retrocedí con cuidado, como si tuviera miedo de despertar a algo, y sentí las articulaciones entumecidas y pinchazos en los pies; entonces supe que había transcurrido mucho tiempo. Pese al cuidado que puse, me golpeé el tobillo con una caja, pero la tierra que rodeaba aquellas paredes amortiguó el ruido apagado.

—No iba a tocarlo —dije.

—Emmett...

No respondí. La mecha de la lámpara estaba muy larga y las sombras danzaban y oscilaban. Los huesos resaltaban sobre su negro lecho. La luz titilaba y podría haber llegado a pensar que se movían, pero cuando la llama por fin se estabilizó estaban inmóviles.

—No es más que una encuadernación —dijo. No me volví para mirarla cuando se movió en la entrada del cuarto—. Es madreperla.

—No son huesos de verdad. —Mis palabras sonaron a burla. No había sido esa mi intención, pero me alegré, me alegré con todo mi ser de cómo cortó el silencio.

—No —adujo con voz queda—. No son huesos de verdad.

Contemplé las relucientes e intrincadas formas sobre el terciopelo con la mirada borrosa. Por fin acerqué la mano, los cubrí de nuevo con la tela y me quedé mirando la áspera arpillera marrón. Allí donde la tela estaba más suelta todavía alcanzaba a ver el suave borde de un fémur, la nacarada curvatura del cráneo, una perfecta falange en miniatura... Me la imaginé trabajando en ellos, creando las diminutas formas con madreperla. Cerré los ojos y oí cómo me retumbaba la sangre y, más allá de eso, el sepulcral silencio de las paredes y la tierra.

—Cuéntamelo —exigí—. Cuéntame qué es lo que haces.

La lámpara emitió un susurro y su luz se atenuó. Nada más se movió.

—Ya lo sabes.

—No.

—Piénsalo bien, sí lo sabes.

Abrí la boca para volver a negarlo, pero algo se me atascó en la garganta. La llama de la lámpara cobró intensidad, se elevó y después se extinguió formando una minúscula burbuja azul. La oscuridad avanzó hacia mí.

—Encuadernas... personas —dije. Tenía la garganta tan seca que me dolía hablar, pero el silencio dolía más—. Conviertes a las personas en libros.

—Sí, pero no como tú crees.

—Entonces, ¿cómo?

Seredith se acercó a mí. No me giré, pero la luz de su vela se volvió más potente e hizo que las sombras retrocedieran.

—Siéntate, Emmett. —Me tocó el hombro. Me estremecí y me giré, topándome con la mesa. Las herramientas se cayeron al suelo y se desperdigaron. Nos miramos a los ojos. Ella también había retrocedido. Dejó la vela en uno de los baúles y la llama magnificó el temblor de mi mano. La cera salpicó el suelo y se solidificó al instante, como si fuera agua convirtiéndose en leche—. Siéntate aquí —dijo quitando un cajón con frascos de encima de una caja.

No quería sentarme si ella se quedaba de pie. Le sostuve la mirada y fue ella la primera en apartarla. Dejó de nuevo el cajón. A continuación, con aire cansado, se agachó a recoger las pequeñas herramientas que yo había tirado de la mesa.

—Las atrapas —dije—. Coges a las personas y las metes en libros. Se van de aquí... vacías.

—Supongo que en cierto modo...

—Les robas el alma. —Se me quebró la voz—. No es de extrañar que te teman. Los atraes aquí y los exprimes, coges lo que quieres y los despachas sin nada. Eso es un libro, ¿verdad? Una vida. Una persona. Y si arden, mueren.

—No. —Se enderezó y agarró un diminuto cuchillo con el mango de madera.

Cogí el libro de la mesa y lo sostuve en alto.

—Mira, esto es una persona —dije levantando cada vez más la voz—. Dentro hay una persona. Van por ahí caminando como muertos. Lo que haces es malévolo; deberían haberte quemado.

Seredith me abofeteó.

Nos quedamos en silencio. En el ambiente flotaba un agudo zumbido que no era real. Las lágrimas me anegaron los ojos de manera automática y cayeron rodando por las mejillas. Me las enjuagué con la cara interna de la muñeca. El dolor mitigó, pasó a ser un cosquilleo caliente, como agua salina secándose sobre la piel. Dejé el libro y alisé la guarda que había arrugado con la palma. La arruga nunca desaparecería por completo; surcaba la esquina como una cicatriz.

—Lo siento —dije.

Seredith se alejó y dejó el cuchillo en el cajón abierto que estaba a mi lado.

—Recuerdos —repuso al fin—. No personas, Emmett. Cogemos recuerdos y los encuadernamos. Aquello que las personas no soportan recordar. Aquello con lo que no pueden vivir. Cogemos esos recuerdos y los encerramos para evitar que sigan haciendo daño. Eso son los libros.

Por fin la miré a los ojos. Tenía una expresión abierta, cándida, un tanto exhausta, igual que su

voz. Hacía que aquello pareciera bueno, necesario, como un doctor describiendo una amputación.

—Ni almas ni personas, Emmett —prosiguió—, tan solo recuerdos.

—Está mal —alegué tratando de asemejar mi tono al suyo: firme, razonable... Pero mi voz temblaba y me traicionaba—. No puedes decir que eso está bien. ¿Quién eres tú para decir qué pueden soportar?

—Nosotros no hacemos eso. Socorremos a la gente que acude a nosotros en busca de ayuda. —Un atisbo de compasión le surcó el rostro, como si supiera que había ganado—. Nadie está obligado a venir, Emmett. Es su decisión. Lo único que hacemos nosotros es ayudarlos a olvidar.

No era tan simple. De algún modo sabía que no lo era. Pero no tenía nada que argumentar, ninguna defensa contra su voz suave y su mirada serena.

—¿Qué pasa con eso? —Señalé la silueta del bebé de debajo de la arpillera—. ¿Por qué haces un libro como ese?

—¿El libro de Milly? ¿De verdad quieres saberlo?

Me recorrió un repentino e intenso escalofrío. Apreté los dientes y no respondí.

Seredith pasó por mi lado, fijó un momento la mirada en la arpillera y después la apartó a un lado con suavidad. El pequeño esqueleto despedía un brillo azulado bajo la sombra proyectada por Seredith.

—Lo enterró vivo —dijo Seredith. Sus palabras no denotaban la más mínima carga emocional, solo un rigor sereno que me dejaba todos los sentimientos a mí—. No podía con ello, pensaba que era superior a ella. Y un día que no dejaba de llorar, lo envolvió, lo colocó sobre un montón de estiércol y echó más encima y también basura, hasta que dejó de oírlo.

—¿A su bebé?

Seredith asintió.

Quise cerrar los ojos, pero no podía apartar la vista. Así habría yacido el bebé, acurrucado e indefenso, intentando llorar y respirar. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido antes de pasar a formar parte del montón de estiércol para descomponerse con todo lo demás? Era un cuento de hadas espantoso: huesos convertidos en perlas, tierra convertida en terciopelo... Pero era cierto. Era cierto y la historia estaba encerrada en un libro guardado bajo llave y escrita en páginas muertas. Sentí un cosquilleo en la parte de la mano con la que había alisado la guarda, su papel grueso y vetado negro como la tierra.

—Eso es asesinato —declaré—. ¿Por qué no la arrestó el alguacil?

—Era un secreto. Nadie sabía que tenía un hijo.

—Pero... —Me callé—. ¿Cómo has podido ayudarla? Esa muj..., esa niña ha matado a su propio hijo, y encima de esa forma. Deberías...

—¿Qué debería haber hecho?

—Dejar que sufriera. ¡Obligarla a vivir con ello! Recordar forma parte del castigo. Si haces

maldades...

—El hombre que ha venido a quemar este libro era su padre. El de la chica y el del bebé.

Durante un momento no entendí lo que quería decir. Después aparté la mirada, asqueado.

Oí el susurro de la arpillera cuando Seredith volvió a cubrir los huesos con ella y el crujido de la caja cuando se sentó en el borde, sujetándose a la mesa para mantener el equilibrio.

—No estoy siendo sincera contigo, Emmett —dijo al final—. En ocasiones sí que rechazo a algunas personas. En muy muy raras ocasiones. Y no porque hayan hecho algo tan espantoso que me impide ayudarlos, sino porque sé que continuarán haciendo cosas terribles. En esos casos, si estoy segura, les niego mi ayuda. Pero eso solo ha ocurrido tres veces en más de sesenta años. A los demás los he ayudado.

—¿Enterrar a un bebé no es terrible?

—Por supuesto —aseveró, y agachó la cabeza—. Por supuesto que lo es, Emmett —susurró.

—Has dicho: «Eso son los libros». Así que todos y cada uno de los libros que hay encuadernados son recuerdos de alguien —dije—. Algo que han elegido olvidar.

—Sí.

—Y... —Me aclaré la garganta. De repente sentí la impronta de la mano de mi padre en la mejilla, el escozor del bofetón que me propinó hacía años, como si en realidad el dolor nunca hubiera desaparecido. «No quiero volver a verte con un libro.» Esto era de lo que quería protegerme. Y ahora era aprendiz de encuadernador—. Cree que yo voy a hacer lo que tú haces —dije muy despacio.

Seredith ni siquiera me dirigió una mirada.

—Será más fácil si no desprecias la tarea —adujo desde muy lejos—. Si desprecias los libros, desprecias a la gente que necesita ayuda y te desprecias a ti mismo, tu trabajo.

—No puedo —declaré—. No voy a hacerlo. No...

Ella se echó a reír. Se parecía tanto a su habitual y divertido bufido que se me revolvió el estómago.

—Sí que puedes. Los encuadernadores nacen, no se hacen. Y tú has nacido encuadernador, muchacho. Puede que ahora no te agrade demasiado la idea, pero acabarás comprendiéndolo. Y no te va a dejar en paz. Es una fuerza formidable dentro de ti. Es lo que te hizo enfermar cuando... Es más fuerte en ti que en la mayoría de los encuadernadores que he conocido. Ya lo verás.

—¿Cómo lo sabes? Podrías estar equivocada...

—Lo sé, Emmett.

—¿Cómo?

—La fiebre del encuadernador te delató. Serás un buen encuadernador. En todos los sentidos. —Yo negaba repetidamente con la cabeza, a pesar de que no sabía por qué—. A veces lo que hacemos es muy difícil —me explicó—. A veces me enfurece o me pone triste. A veces me

arrepiento; si hubiera sabido qué recuerdos eran, no habría... —Se calló y apartó la mirada—. La mayoría de las veces ni siquiera me afecta. Pero en ocasiones me alegro tanto de ver desaparecer el dolor que, aunque esa fuera la única persona a la que hubiera ayudado, seguiría mereciendo la pena.

—No voy a hacerlo. Está mal. Es... antinatural.

Seredith agachó la cabeza y tomó una bocanada de aire tan profunda que se le movieron los hombros.

La piel de debajo de sus ojos parecía tan frágil como la pelusilla del ala de una polilla; con solo rozarla desaparecería y dejaría el hueso desnudo.

—Es una vocación sagrada, Emmett —dijo sin mirarme—. Te confían los recuerdos de otras personas. Tomas la parte más oscura y profunda y la mantienes a salvo para siempre. La honras, haces de ella algo bello, a pesar de que nadie lo verá jamás. La proteges con tu propia vida...

—No quiero ser un carcelero glorificado.

Seredith irguió la espalda. Durante un largo rato pensé que iba a volver a abofetearme.

—Por eso no te lo he dicho antes —dijo al fin—. Porque todavía no estás preparado, sigues resistiéndote. Pero ahora lo sabes. Y eres afortunado de estar aquí. Si hubieras ido a un taller de encuadernación de Castleford, hace mucho que te habrían quitado los escrúpulos a palos.

Extendí un dedo y lo deslicé por la llama de la vela una vez, dos, cada vez más despacio, hasta que no aguanté más. Tenía demasiadas preguntas; me concentré en el dolor y dejé que mi boca decidiera.

—Entonces ¿por qué estoy aquí?

Ella parpadeó.

—Porque yo era la que más cerca estaba. Y... —Se interrumpió y por primera vez reparé en lo enrojecidas que tenía las mejillas—. Estoy exhausta, Emmett. Creo que es suficiente por hoy. ¿No te parece?

Tenía razón. Estaba tan cansado que todo me daba vueltas. Asentí y ella se levantó. Intenté ayudarla, pero me ignoró. Se encaminó ella sola por el angosto espacio hasta la puerta.

—¿Seredith?

Se detuvo, pero no se volvió. La manga se le había subido al apoyarse en la pared y le vi la muñeca, que parecía la de una niña.

—¿Sí?

—¿Dónde están los libros? Si los mantienes a salvo...

Seredith extendió el brazo y señaló la placa circular de la pared.

—Al otro lado de eso hay una cámara —dijo.

—¿Puedo verla?

—Sí. —Se dio la vuelta, asió una llave que le colgaba del cuello y la aferró con fuerza—. No.

Ahora no. En otro momento.

Solo lo había preguntado por curiosidad, pero había algo en su rostro... O más bien no lo había, pero sí debería haber estado ahí. Introduje la lengua en el acusado espacio entre dos de mis dientes y la contemplé. Tenía algunos mechones de pelo pegados a la frente por el sudor. Se tambaleó. Me acerqué a ella pero se apartó, como si no pudiera soportar tenerme demasiado cerca.

—Buenas noches, Emmett.

Se giró y se apoyó en el marco de la puerta, como si estuviera esforzándose por mantenerse en pie. Debería haber dejado que se fuera, pero no pude contenerme.

—¿Qué sucede si se queman los libros? ¿La gente muere?

No me miró. Se fue arrastrando los pies hasta la escalera y comenzó a subir.

—No —dijo—. Recuperan los recuerdos.

Estaba tan cansado que no podía ni pensar. Seredith se había ido a la cama y yo también debería. Ojalá me hubiera acostado hacía una hora en lugar de sentarme junto a la estufa en el taller. Dormir. Deseaba arrojarme al abismo de la inconsciencia. Deseaba esa oscuridad más que nada. Deseaba no estar aquí.

Me senté. O más bien descubrí que ya estaba sentado, encogido en el suelo, con las piernas dobladas y la espalda apoyada en una caja. No tenía fuerzas para adoptar una postura mejor. En vez de eso me rodeé las rodillas con los brazos, agaché la cabeza y me dormí.

Cuando me desperté, lo primero que sentí fue una especie de paz. La oscuridad era casi absoluta, pues la vela se había apagado, y tenía la sensación de ir a la deriva, de estar desintegrándome en las sutiles corrientes de oscuridad sin que me doliera. Entonces recordé parte de lo ocurrido, pero muy poco, tan lejano que no podía hacerme daño, como imágenes en un cáliz de plata. Me levanté y subí a tientos la escalera, bostezando. Creía que estaba en plena noche, sin embargo la luz grisácea que entraba por las ventanas del taller me hizo parpadear y me froté los ojos. Seguía lloviendo, aunque ahora era una llovizna fina, pero la nieve se aferraba a la tierra en algunas zonas, sucia y surcada de agujeros. Seredith no se había equivocado con lo del deshielo; nos llegaría el correo al menos una vez más antes de que el invierno se instalara de verdad.

Se había apagado la estufa. Me asaltaron las dudas, pues quería olvidarme y subir a acostarme, pero el día había despuntado y tenía trabajo que hacer... Trabajo. No quería pensar en el trabajo. Me acuclillé y encendí de nuevo el fuego. Cuando conseguí que tirara bien, ya había entrado un poco en calor, pero necesitaba algo más que una estufa para fundir el profundo y frío silencio de la casa. No había tapado con tablones la ventana rota; aunque no era eso, era otra cosa. Meneé la cabeza, preguntándome si mis oídos me estaban jugando una mala pasada. Se asemejaba a como

cuando la nieve había ahogado los sonidos..., o a una sensación de lejanía, como si lo único que pudiera oír fuera un eco...

Té. La lata estaba casi vacía. Puse agua a hervir y fui a por un paquete a la despensa. Al cruzar el vestíbulo aparté el rostro de la humedad y la corriente que entraba por la ventana rota. En cuanto hubiera tomado algo caliente buscaría un trozo de cartón...

Seredith estaba hecha un ovillo en la escalera, con la cabeza apoyada en el pasamanos.

—¿Seredith? ¡Seredith!

Cuando se movió fui consciente del miedo que me había invadido. La levanté con delicadeza, consternado por lo poco que pesaba y por el calor que desprendía su piel. Estaba húmeda y sudorosa y tenía el rostro enrojecido. Farfulló algo y me incliné para escucharla.

—Estoy bien —dijo. Le apestaba el aliento, como si dentro de ella algo se estuviera pudriendo—. Solo estaba sentada.

—Sí —repuse—. Vamos a meterte en la cama.

—Estoy perfectamente. No necesito...

—Lo sé —aseveré—. Vamos.

Subí peldaño a peldaño con ella, medio empujándola medio llevándola en vilo, y después recorrimos el pasillo hasta su dormitorio. Se metió en la cama y la arropé con las mantas, como si estuviera congelada. Bajé corriendo a por una jarra de agua y un té de hierbas para bajarle la fiebre y más mantas, pero cuando regresé a la habitación ya estaba dormida. Se había desvestido y su ropa formaba una pila arrugada en el suelo.

Me quedé inmóvil, escuchando el silencio. Oía la respiración de Seredith, más acelerada y fuerte que antes, y el débil repiqueteo de la lluvia en la ventana, aunque más allá de eso y de mi propia sangre en los oídos, lo único que había era el yermo vacío de la casa y de las marismas. Estaba más solo que nunca.

Me senté. Con esta luz, Seredith parecía más anciana todavía mientras dormía; la carne de sus mejillas y de debajo de la mandíbula le colgaba, de modo que su fina piel se tensaba sobre los huesos de la nariz y los ojos. Tenía saliva seca en una comisura de la boca. Murmuró algo y se dio la vuelta; sus manos agarraban y soltaban la colcha sin cesar. Tenía la piel como la cera, de un tono amarillento que resaltaba sobre la descolorida colcha de retales de color blanco y añil, y alguna que otra sombra de gotas de lluvia se deslizaba aquí y allá por el algodón.

Miré a mi alrededor. Era la primera vez que estaba allí de día. Había una pequeña chimenea, un banco de obra acolchado bajo la ventana y una butaca anticuada, pero era casi tan espartana como mi habitación. No había cuadros ni adornos sobre la repisa de la chimenea. El único motivo decorativo en las paredes era la luz de la ventana, el difuso enrejado y las sombras plateadas de las gotas de lluvia al deslizarse. Hasta mis padres tenían más cosas. Sin embargo, Seredith no era

pobre; lo sabía por las listas de suministros que pedíamos a Castleford cada semana y los sacos que Toller nos traía. Nunca me había planteado de dónde provenía el dinero. Si se moría...

Observé su rostro sobre la almohada y me invadió una especie de pánico. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no despertarla y obligarla a beberse el té de hierbas, pues lo mejor era dejar que durmiera. Podría haber encendido el fuego, traerle ropa seca, diluir miel en agua para cuando se despertara de forma natural, pero me quedé sentado, inmóvil, incapaz de abandonarla. La situación había sido a la inversa en numerosas ocasiones; ella había velado junto a mi cama mientras yo dormía, paciente como una piedra, aunque nunca me había hecho sentir que le debiera nada. Por primera vez me pregunté si su brusquedad había sido deliberada. Se me formó un nudo en la garganta.

Una hora más tarde capté el crujido y el traqueteo lejanos de un carro bajo la lluvia y por fin el desafinado tintineo de la campana: el correo. Levanté la cabeza y una perversa parte de mí deseó que el hombre se fuera de nuevo, que me dejara en este lugar desconocido e inhóspito, pero me levanté y bajé a abrir la puerta.

—Seredith está enferma. No sé a quién... ¿Puede enviar a alguien?

El hombre me miró con los ojos entornados por encima del cuello de su abrigo.

—¿Que envíe a alguien? ¿A quién?

—Un médico. Algún familiar. —Meneé la cabeza—. Qué sé yo. Seredith escribe cartas, ¿no? Avise a la gente a la que escribe.

—Eh... —Se calló y se encogió de hombros—. De acuerdo —dijo—. Pero no cuente con que vengan.

Se marchó. Lo seguí con la mirada hasta que el carro no fue más que una minúscula mancha en la moteada extensión de hierba pardusca y nieve medio derretida.

VI

La casa estaba tan silenciosa que daba la impresión de que las paredes estuvieran conteniendo el aliento. Ese día y los posteriores tuve que salir cada pocas horas para escuchar el viento seco en los juncos solo para cerciorarme de que no me había quedado sordo. Fui al cobertizo a por una hoja de cristal para arreglar la ventana rota, pero, mientras la estaba colocando, me di cuenta de que dejaba las herramientas con vehemencia y que golpeaba el cristal con más fuerza de la necesaria. Suerte tuve de no hacerlo añicos. Y mientras estaba sentado junto a la cama de Seredith, tosía y me toqueteaba y tiraba de los pellejos del callo pelado que me había salido en el dedo índice. Pero ningún sonido bastaba para romper el silencio.

En un primer momento tuve miedo. Pero nada cambió. Seredith no mejoró ni empeoró. Al principio dormía durante horas, pero una mañana, cuando llamé a su puerta, estaba despierta. Le llevé una manzana y una taza de té endulzado con miel y ella me dio las gracias e inclinó la cabeza para oler el humeante líquido. Había dormido con las cortinas descorridas, o más bien yo no las había corrido la noche anterior, y el cielo estaba cubierto de esponjosas nubes grises fragmentadas por el viento. El sol brillaba aquí y allá. La oí suspirar.

—Márchate, Emmett —dijo. Yo me di la vuelta, vi que tenía el rostro húmedo, pero de sus mejillas ya había desaparecido aquel febril rubor y tenía mejor aspecto—. Hablo en serio. Vete y haz algo de provecho.

Vacilé. Ahora que estaba despierta, una parte de mí quería hacerle preguntas, todas las que habían estado rondando en mi cabeza desde que entré por la puerta del taller de encuadernación. Ya no tenía motivos para no contarme nada... Pero algo dentro de mí se resistía a la idea de averiguar tantas respuestas. No quería saber, pues saber haría que fuera real.

—¿Estás segura? —Eso fue cuanto dije.

Ella volvió a tumbarse sin responder. Después de un prolongado momento, suspiró de nuevo profundamente.

—¿No tienes nada mejor que hacer? No soporto que me observen.

Eso podría haberme escocado, pero, en cierto modo, no lo hizo. Asentí, aunque con los ojos cerrados, y salí al pasillo con sensación de alivio.

Estaba resuelto a no pensar, de modo que me puse a trabajar. Cuando me senté en el peldaño inferior de la entrada y miré el reloj, vi que habían transcurrido horas. Limpiar y rellenar las lámparas; fregar el suelo y frotar los armarios de la cocina con vinagre; barrer la entrada y rociar

el suelo con agua de lavanda; pulir el pasamanos con cera de abeja... Eran quehaceres de los que en mi casa se habrían encargado mi madre o Alta; yo habría puesto los ojos en blanco y habría sembrado de pisadas el suelo recién fregado, sin la menor consideración. En este instante tenía la camisa pegada a la espalda, olía mal y el sudor me perlaba la piel, pero miré a mi alrededor y me alegré al ver el fruto de mi esfuerzo. Creía que lo había hecho por Seredith, pero de repente supe que lo había hecho por mí mismo. Con Seredith enferma, esta no era su casa, sino la mía.

Me levanté. No había comido nada desde la mañana, pero no tenía hambre. Me quedé ahí durante un largo rato, con un pie en el siguiente peldaño, como si tuviera que tomar alguna decisión, pero algo hizo que me diera la vuelta y fuera al pasillo que llevaba al taller. La puerta estaba cerrada y, cuando la abrí, había luz a raudales.

No escatimé avivando el fuego de la estufa porque yo mismo había cortado la leña y nadie me vería si la despilfarraba. A continuación, recogí de manera metódica la estancia de un extremo al otro, organicé los estantes, afilé las herramientas, engrasé la prensa maneral y barrí. Ordené los armarios y descubrí suministros de piel y tela viejos que no sabía que teníamos y papel marmolado guardado al fondo del archivador para planos. Encontré una plegadera de marfil con flores talladas, un cuadernito con láminas de plata, un bruñidor con una gruesa ágata veteadada de marrón oscuro... Seredith era ordenada, pero daba la sensación de que nunca tiraba nada. En un armario encontré una caja de madera llena de recuerdos envueltos en seda vieja, como si fueran importantes: un gorrito de niño, un mechón de pelo, un daguerrotipo engarzado en una caja de reloj, y un pesado anillo de plata, que estuve un rato ladeando para ver los colores pasar del azul al morado y al verde. Dejé la caja en su sitio con cuidado, empujándola detrás de un montón de pesos, y me olvidé de ella casi al instante, en cuanto dejó de estar a la vista. Había una caja de tipos que necesitaba que la ordenaran, frascos de tinte tan antiguos que habría que vaciar y trocitos de esponja que pedían un lavado. Todo aquello me proporcionaba placer, un sensual y desconocido placer, en el que todo estaba definido y magnificado, desde la pulcritud de una cuchilla hasta el viento en la chimenea, pasando por el olor a levadura del engrudo rancio y la leña reduciéndose a cenizas en la estufa.

Pero esta vez, al terminar lo que sentí no fue satisfacción, sino temor, como si me hubiera estado preparando para una tragedia.

Cuando me llevé la ropa sucia de Seredith, sus llaves estaban en el bolsillo de sus pantalones. Ahora estaban en el mío. No la llave que colgaba de su cuello, sino las llaves de las otras puertas: la principal y la trasera de la casa, y las puertas con triple cerradura del fondo del taller. Me pesaban en el bolsillo y parecía que fueran parte de mi cuerpo. La sensación de posesión que sentí antes se había difuminado y convertido en otra cosa.

Contemplé las vastas marismas. El viento había cesado y las nubes formaban voluminosos bancos grisáceos, en tanto que los resplandecientes retazos de agua estaban en calma, como si

fueran espejos. Nada se movía; parecía un paisaje pintado en el cristal de la ventana. La calma que precede a la tormenta. ¿Qué estarían haciendo en casa? Era la época de la matanza, a menos que mi padre hubiera empezado antes; y había que reparar cosas, las herramientas, los aperos y una pared trasera del granero. Si queríamos poner un seto de espino en lo alto del campo de arriba, tal y como sugerí el pasado año, había que plantarlo pronto. Se me pusieron los nervios a flor de piel al recordar las afiladas espinas clavándose en mis fríos dedos. Por un instante me olió a trementina y alcanfor, el ungüento que preparaba mi padre para mantener a raya los sabañones; pero cuando me acerqué la mano a la nariz, la palma me olía a polvo y a cera de abeja. Me había desprendido de aquella vida como si fuera piel mudada.

Levanté la cabeza y agucé el oído. No se oía nada en ninguna parte. La casa entera estaba a la espera. Me saqué el manajo de llaves del bolsillo, rodeé la prensa de dos husillos y recorrí las desgastadas tablas del suelo hasta la puerta del fondo. El corazón me retumbaba en el pecho, pero metí las tres llaves en sus cerraduras y, una tras otra, giraron con facilidad.

Seredith mantenía las bisagras bien engrasadas. La puerta se abrió con tanta suavidad como si alguien la hubiera abierto desde el otro lado. No sé por qué me había imaginado que estaría atrancada. Mi pulso comenzó a acelerarse de repente mientras unas motas negras danzaban en mis ojos, pero la vista se me despejó al cabo de unos segundos y vi una habitación oscura y vacía con altas ventanas desprovistas de cortinas, igual que el taller, una vieja y desgastada mesa de madera y dos sillas colocadas una enfrente de la otra. No había nada en el suelo ni en las paredes. Dejé las llaves sobre la mesa y el ruido me sobresaltó.

No tenía derecho a estar ahí, pero tenía que estar. Me quedé inmóvil, aguantando el hormigueo en la parte baja de mi espalda.

La silueta de la silla de la encuadernadora se recortaba en el gris moteado de las ventanas. Tenía el respaldo recto y era sencilla, menos cómoda que la más cercana a la puerta, pero de algún modo sabía que era la silla de Seredith. Saqué la otra, cuyas patas tropezaban con el suelo mientras la arrastraba, y me senté. ¿Cuántas personas habían aguardado aquí a que les quitaran sus recuerdos? Suficientes para desgastar las tablas del suelo con sus idas y venidas.

¿Cómo sería aquello? Me podía imaginar el angustioso pavor en la boca del estómago, el terror arremolinándose cuando intentaba ver más allá del punto de no retorno, la persona en la que me convertiría... Pero ¿el momento en sí? ¿Cómo sería que te arrebataran algo de lo más profundo de tu ser? Y después te quedabas con un agujero dentro de ti... Volví a ver el vacío en los ojos de Milly cuando se marchó y apreté los dientes. ¿Qué era peor, no sentir nada o llorar por algo que ya no recordabas? Con toda certeza, cuando olvidases, también olvidarías qué es estar triste, pues, de lo contrario, ¿qué sentido tendría? Sin embargo, esa insensibilidad te arrebatava una parte de ti mismo, era como tener el alma en vilo.

Inspiré hondo. Resultaba muy fácil imaginarme aquí sentado, en esta silla; debería ocupar la de

Seredith. ¿Cómo sería ser ella? ¿Mirar a alguien a los ojos y después hacerle eso? Solo de pensarlo me puse malo. Lo mirara por donde lo mirase, Seredith había dicho que era «ayudar». Pero ¿cómo podía estar bien hacer eso?

Al levantarme me enganché el tobillo en el lateral de la mesa y me agarré al respaldo de la silla para no caerme. El tallado se me clavó en la palma de la mano, no con tanta fuerza como para hacerme daño, pero sí con la suficiente para cogerme por sorpresa. Bajé la mirada para contemplar su forma, el reflejo de la luz azulada en las volutas de madera.

El desencadenante de la enfermedad fue en muchas ocasiones el reflejo de la luz en algo. El reflejo del sol a través de la celosía en el suelo del pasillo, la luz sesgada a través de una puerta entreabierta... Sabía cómo empezaba: un destello, no tanto un recuerdo, que encajaba como una llave en una cerradura dentro de mi mente, y la enfermedad se propagaba. Y en ese instante me invadió la misma punzada de reconocimiento y temor. Me encogí de miedo a la espera de que me tragase la oscuridad. Era el final, el abismo. Ahora que estaba aquí, en el lugar que más temía: la fuente, el corazón.

Me cedieron las rodillas. Me desplomé en la silla, como si me estuviera preparando para una colisión. Pero permanecí centrado. Escuché una viga crujir y un ratón escarbando en la paja por encima de la ventana. La oscuridad avanzaba a lo lejos, sinuosa e imparable como una marea, pero en lugar de tragarme, retrocedió.

Contuve la respiración. No ocurrió nada. La oscuridad continuó retrocediendo hasta hacerme sentir expuesto, bañado por la luz grisácea del día; acabaron llorándome los ojos.

El tiempo transcurrió. Me miré las manos sobre la desgastada mesa de madera. Cuando me fui de casa las tenía blancas como la cal y escuálidas. Ahora tenía un callo en el dedo índice por rebajar la piel con una chifla demasiado roma y me había dejado crecer la uña del pulgar izquierdo para poder colocar los hierros sin quemarme. Pero fue su forma —delgadas, pero no huesudas, y fuertes, pero no voluminosas— lo que hizo que me fijara en ellas por primera vez. No eran manos de granjero, no como las de mi padre, pero tampoco de inválido. Podría haber adivinado que eran de encuadernador, y no solo porque fueran las mías.

Volví las palmas hacia arriba y contemplé las líneas que se suponía que te decían quién eres. Alguien —¿Alta?— me dijo una vez que la mano izquierda te muestra el destino para el que has nacido y la derecha, el que te labras tú mismo. Una larga y profunda línea me dividía en dos la palma de la mano derecha. Me imaginé a otro Emmett, uno que hubiera podido hacerse cargo de la granja, tal y como siempre planearon mis padres; un Emmett que no hubiera enfermado ni acabado aquí, solo. Me lo imaginé volviendo la cabeza para mirarme con una sonrisa, metiéndose las manos llenas de sabañones en los bolsillos y girándose a continuación hacia la casa mientras silbaba.

Agaché la cabeza y esperé a que pasara esa repentina tristeza, pero no desapareció. Algo se

rompió dentro de mí y empecé a llorar.

Al principio fue totalmente involuntario, como estar enfermo; un llanto incontrolable, casi con arcadas, y cada espasmo provocaba un despiadado acto reflejo que me hacía jadear y resollar. Pero la urgencia fue disminuyendo y conseguí tomar una bocanada de aire entre sollozos. Después me sequé la humedad y los mocos de la cara y abrí los ojos. La sensación de pérdida seguía siendo muy intensa y las lágrimas afloraron de nuevo, pero parpadeé para contenerlas y esta vez conseguí controlar la respiración.

Cuando levanté la cabeza, el mundo estaba vacío y despejado, como un campo cosechado. Abarcaba kilómetros con la mirada, veía dónde estaba. Las sombras llevaban tanto tiempo oscureciendo mi visión periférica que me había acostumbrado a ellas, pero habían desaparecido. Esta silenciosa habitación no era un lugar espantoso, sino una simple habitación; y estas sillas donde dos personas podían sentarse frente a frente no eran más que eso, sillas.

Me detuve un instante, tentando el hueco donde el miedo había morado, como si estuviera comprobando un diente cariado con la lengua. Nada. O sí, tal vez un eco lejano de dolor agudo; no ese dolor sordo de una caries, sino algo más limpio, como una brecha que ya se está curando. En el aire flotaba un olor similar al de la tierra mojada después de la lluvia, como si todo se hubiera renovado.

Cogí las llaves y me marché sin echar el cerrojo.

Tenía un hambre voraz. De repente estaba en la despensa atiborrándome de pepinillos de un frasco. Después, ya saciado, estaba tan agotado que era incapaz de ver con claridad. Tenía intención de llevarle un tazón de sopa a Seredith, pero me quedé dormido en la mesa de la cocina, con la cabeza apoyada en los brazos. Al despertarme, el fogón se había apagado y casi había oscurecido. Cuando lo encendí, ensució de ceniza el suelo limpio y a mí mismo; a continuación calenté la sopa con celeridad y se la llevé al cuarto a Seredith. El tazón estaba más bien templado, pero no había duda de que ella estaría dormida. Abrí la puerta con el pie y eché un vistazo.

Estaba despierta e incorporada. Tenía la lámpara encendida y había puesto un tazón de cristal con agua delante para enfocar la luz sobre una camisa que estaba remendando. Levantó la vista hacia mí y sonrió.

—Tienes mejor aspecto, Emmett.

—¿Yo?

—Sí. —Me miró con detenimiento y le cambió la expresión. Sus dedos se quedaron inmóviles y un momento después dejó la camisa—. Siéntate.

Dejé la bandeja junto a la cama y arrimé una silla a su lado. Ella acercó un brazo y con un dedo me inclinó el rostro hacia la luz de la lámpara. No era la primera vez que me tocaba —a menudo

me corregía mi manera de asir las herramientas o se aproximaba para enseñarme cómo había que hacer alguna cosa—, pero esta vez me produjo un cosquilleo en la piel.

—Te has reconciliado con ello —aseveró. La miré a los ojos y asintió; acto seguido, tras suspirar profundamente, se recostó sobre las almohadas—. Buen muchacho —dijo—. Sabía que pasaría tarde o temprano. ¿Qué se siente?

No respondí. Era algo demasiado frágil; si hablaba de ello, aunque fuera con ella, podría hacerse añicos.

Seredith sonrió al techo y después miró de reojo para hacerme partícipe.

—Me alegro. Eres el que peor ha llevado lo de la fiebre, pero ya no la sufrirás más. Ah... —Se encogió de hombros, como si yo hubiera dicho algo—. Sí, te afectarán otras cosas, jamás será fácil, siempre te faltará una parte de ti, pero no habrá más pesadillas ni más terrores. —Guardó silencio; su respiración no era demasiado profunda y el pulso le palpataba por encima de las sienes.

—No sé nada —dije con gran esfuerzo—. ¿Cómo puedo ser encuadernador si ni siquiera sé cómo funciona?

—Ahora no. Ahora no o este se convertirá en el lecho de muerte de una encuadernadora. —Se echó a reír y sonó como si tragara—. Pero cuando vuelva a estar bien te enseñaré, muchacho. El proceso de encuadernar te saldrá de forma natural, pero tendrás que aprender el resto... —Su voz se fue apagando, dando paso a un ataque de tos. Le serví un vaso de agua y se lo ofrecí, pero lo rechazó con un ademán, sin mirarme—. Una vez que la nieve se haya fundido visitaremos a una amiga en Littlewater. Fue... —Titubeó, aunque tal vez solo estuviera recuperando el aliento—. Fue la última aprendiz de mi maestro, después de que yo lo dejara. Ahora vive en el pueblo con su familia. Es una buena encuadernadora. También es comadrona —agregó—. Los oficios de encuadernador y de doctor solían ir de la mano: ambos alivian el dolor y facilitan la llegada al mundo, así como su marcha.

Tragué saliva, pero había visto nacer y morir a bastantes animales, no podía ser un cobarde ahora.

—Se te dará bien, muchacho. Solo recuerda por qué lo hacemos y no te pasará nada. —Me miró de reojo—. A veces hay que hacer este tipo de encuadernaciones, y lo que diga la gente carece de importancia.

—Seredith, la noche que los hombres vinieron para incendiar el taller de encuadernación... —dije con un gran esfuerzo— tenían miedo de ti. De los dos. —No respondió—. La tormenta... Creían que la invoqué yo. Dijeron que eras una bruja y...

Seredith se rio de nuevo. Le sobrevino otro ataque de tos y tuvo que agarrarse al lateral de la cama.

—Si pudiera hacer todo lo que dicen que puedo hacer, dormiría vestida de seda y en sábanas de

oro.

—Pero fue casi como...

—No seas ridículo. —Inspiró con dificultad—. Nos llaman brujos desde los albores de la humanidad. Hablaban de «hechiceros de palabras», que viene a ser lo mismo que invocadores de demonios. También nos quemaban por ello. La Cruzada no fue ninguna novedad, siempre hemos sido chivos expiatorios. En fin, supongo que el conocimiento siempre es una especie de magia. Pero no. Eres encuadernador, ni más ni menos. Desde luego, no eres el responsable de la climatología. —Le faltó resuello al pronunciar esas últimas palabras—. Dejémoslo ya.

Yo asentí y reservé otra duda. Podría preguntarle lo que deseara cuando estuviera bien. Seredith me sonrió y cerró los ojos, así que pensé que se había quedado dormida. Pero cuando me dispuse a levantarme, me señaló primero a mí y después la silla. Me acomodé de nuevo y al cabo de un rato sentí que mi cuerpo se relajaba, como si el silencio estuviera deshaciendo una tensión que no sabía que acumulaba. El fuego casi se había apagado y la ceniza había recubierto las ascuas como si fuera musgo. Tenía que atizarlo, pero no conseguía reunir las fuerzas para ponerme de pie. Atravesé con un dedo la elipse que proyectaba la luz de la lámpara, que se posó sobre el nudillo como si de un anillo se tratara. Cuando me recosté, brilló sobre la colcha de retales, resaltando un helecho enroscado. Me imaginé a Seredith cosiendo la colcha, elaborándola cuadrado a cuadrado durante un largo invierno. La veía sentada junto a la chimenea, frunciendo el ceño mientras cortaba el extremo de una hebra, pero en mi mente se difuminó hasta convertirse en otra persona, mi madre, o Alta, o las tres; una mujer joven y vieja al mismo tiempo...

Sonó la campana. Me levanté con esfuerzo, pues la cabeza me daba vueltas. Me había quedado adormilado. Sumido en un duermevela, estuve un rato oyendo ruedas y un caballo aproximándose a casa por la carretera, pero hasta ahora no había sido consciente. Afuera estaba oscuro y vi mi imagen reflejada en el cristal de la ventana, un espectro desconcertado. La campana sonó otra vez y oí farfullar una voz irritada abajo, en el porche. Vi la luz tenue de un farol.

Miré a Seredith, pero estaba dormida. La campana sonó más tiempo esta vez, un tañido irregular y furioso, como si hubieran tirado de la cuerda con demasiada fuerza. El rostro de Seredith se crispó y cambió la cadencia de su respiración.

Me apresuré a salir del cuarto y bajé la escalera. La campana repicaba impaciente y discordante.

—¡Sí, sí, ya voy!

No pensé en el miedo hasta que abrí los cerrojos y la puerta. Entonces vacilé, demasiado tarde ya, y me pregunté si serían los hombres de las antorchas, que volvían para reducirnos a cenizas. Pero no fue el caso.

El hombre que tenía delante se dispuso a decir algo, pero se interrumpió y me miró de arriba abajo. Llevaba un sombrero de copa y una capa; en medio de la oscuridad, solo se distinguían su

silueta y el penetrante brillo de sus ojos. A su espalda había un carro con un farol colgando de la barra del asiento. Gracias a la luz que arrojaba, vi el vaho que desprendía el caballo y las nubecillas de la respiración. Había otro hombre a varios pasos, cambiando el peso de un pie al otro y haciendo un ruido molesto con los dientes fruto de la impaciencia.

—¿Qué desean?

El primer hombre sorbió por la nariz y se la limpió con el dorso de la mano enguantada. Se quitó el sombrero, me lo entregó y avanzó, obligándome a permitirle la entrada. Tenía varios tirabuzones colgándole casi hasta los hombros.

—Una bebida caliente y una buena cena para empezar. Entre, Ferguson, fuera hace un frío que pela.

—Pero ¿quiénes se creen que son?

El hombre me miró. El otro, Ferguson, entró, golpeó el suelo con los pies con fuerza para calentárselos y le dijo al cochero por encima del hombro:

—Espere ahí, ¿quiere? —Dejó la bolsa en el suelo con un fuerte tintineo.

El hombre suspiró y dijo:

—Tú debes de ser el aprendiz. Soy el señor De Havilland y he traído al doctor Ferguson para que vea a Seredith. ¿Cómo se encuentra? —Se acercó al pequeño espejo de la pared, se miró y se atusó el bigote—. ¿Por qué está esto tan oscuro? Por Dios santo, enciende algunas lámparas.

—Soy Emmett.

Me hizo un gesto desdeñoso con la mano, como si mi nombre no tuviera la menor trascendencia.

—¿Está despierta? Cuanto antes la vea el doctor, antes podrá regresar.

—No, no creo que esté...

—En tal caso, habrá que despertarla. Súbenos una tetera y un poco de brandi. Y lo que tengas de comer. —Pasó por mi lado y fue escalera arriba—. Por aquí, Ferguson.

Este lo siguió, dejando tras de sí una ráfaga de aire frío y un olor a lana mojada, y estirando el brazo hacia atrás en el último momento para entregarme el sombrero. Me volví para colgarlo en el perchero junto al otro, hundiendo adrede una uña en el suave fieltro. No quería acatar las órdenes de De Havilland, pero ahora que había cerrado la puerta estaba tan oscuro que apenas veía. Encendí una lámpara. Habían dejado la marca de sus pisadas en el suelo del vestíbulo y pequeños fragmentos de barro compacto de los tacones de las botas diseminados por la escalera.

Vacilé. El rencor y la incertidumbre tiraban de mí en direcciones opuestas. Al final fui a la cocina y preparé una tetera —para Seredith, me dije— y la llevé arriba. Pero cuando llamé a la puerta fue De Havilland quien respondió.

—Ahora no. —Tenía acento de Castleford, pero su voz me recordaba a alguien.

Hablé más fuerte para que me oyeran a través de la puerta.

—Me dijo que...

—¡Ahora no!

—¿Emmett? —dijo Seredith—. Entra. —La oí toser y al abrir la puerta la encontré agarrándose con fuerza a la colcha mientras trataba de recuperar el aliento. Levantó la cabeza y vi que tenía los ojos enrojecidos y llorosos. Me hizo señas para que entrara. De Havilland estaba junto a la ventana, con los brazos cruzados; Ferguson estaba de pie junto al hogar, paseando la mirada de uno a otro. La habitación parecía muy pequeña—. Este es Emmett —consiguió decir—, mi aprendiz.

—Ya nos conocemos —repuse.

—Ya que estás aquí, tal vez puedas pedirle a Seredith que entre en razón. Hemos venido desde Castleford y ahora se niega a que el doctor la examine.

—Yo no os he pedido que vengáis —alegó.

—Nos lo pidió tu aprendiz.

Seredith me lanzó una mirada que hizo que me sonrojara.

—Bueno, pues lamento que os haya hecho perder el tiempo.

—Esto es absurdo. Soy un hombre ocupado y lo sabes. Tengo trabajo urgente...

—¡Ya te he dicho que no os he pedido que vinierais! —Giró la cabeza a un lado, como una niña, y De Havilland miró al doctor y puso los ojos en blanco—. Estoy perfectamente —añadió—. La otra noche pillé un resfriado, ya está.

—Tiene una tos muy fea. —Fue la primera vez que oí al médico dirigirse a ella; su tono era tan diplomático que resultaba empalagoso—. Quizá podría extenderse un poco más acerca de cómo se encuentra.

Seredith hizo un mohín infantil y yo pensé que seguro que se iba a negar, pero desvió la mirada hacia De Havilland y al final habló:

—Cansada. Febil. Me duele el pecho. Eso es todo.

—Y si me dejara... —Se acercó y le asió la muñeca con tanta celeridad que ella no tuvo tiempo de apartarla—. Sí, ya veo. Gracias. —Miró a De Havilland con una expresión que no supe interpretar y dijo—: No creo necesario que continuemos importunando.

—De acuerdo.

De Havilland pasó junto a la cama, se detuvo como si fuera a hablar y se encogió de hombros. Dio un paso hacia mí, igual que antes, con un ímpetu distraído que significaba que me apartara de su camino. Ferguson lo siguió y me quedé a solas con Seredith.

—Lo siento. Estaba preocupado.

Ella no pareció oírme. Tenía los ojos cerrados y los capilares rotos de las mejillas destacaban como si fueran tinta roja. Pero sabía que yo estaba ahí, porque un minuto después agitó la mano en mi dirección para despacharme sin mediar palabra.

Salí al pasillo. La luz de la lámpara ascendía por la escalera y se colaba por el pasamanos,

cubriéndolo todo de un pálido velo dorado. Alcancé a oírlos hablar en el vestíbulo. Me acerqué al principio de la escalera y me detuve a escuchar. Distinguía las voces con suma claridad.

—... vieja terca —dijo De Havilland—. Le pido disculpas. Por lo que dijo el cartero, tenía la impresión de que ella había pedido que...

—No se apure en absoluto. En cualquier caso, creo que he visto lo necesario. Es frágil, desde luego, pero no corre ningún peligro real, a menos que su estado empeore de repente. —Atravesó el vestíbulo y supuse que estaba cogiendo su sombrero—. ¿Ha decidido qué va a hacer?

—Me quedaré aquí y estaré pendiente de ella. Hasta que mejore o...

—Es una lástima que viva tan lejos. De lo contrario, estaría encantado de atenderla.

—En efecto —convino De Havilland, y soltó un bufido—. Es el anacronismo en persona. Cualquiera pensaría que seguimos en la Edad Media. Si ha de continuar ejerciendo de encuadernadora, bien podría hacerlo cómodamente en mi propio taller. Cuántas veces no habré tratado de persuadirla... Pero insiste en quedarse aquí. Y ahora ha acogido al aprendiz ese.

—Sí que parece un tanto... obstinada.

—Es exasperante. —Suspiró entre dientes—. Bien, supongo que tendré que aguantar una temporada e intentar que entre en razón.

—Buena suerte. —Oí el cerrojo al descorrerlo y un tintineo—. Ah, si tiene dolores o se desvela, dele unas gotas de esto. Solo unas gotas.

—Ah. Sí. Buenas noches.

La puerta se abrió y se cerró y del exterior llegó el crujido y el traqueteo del carro en marcha. Al mismo tiempo oí los pasos de De Havilland subiendo la escalera. Cuando me vio, levantó la lámpara, me echó un vistazo y dijo:

—Conque escuchando a escondidas, ¿eh? —No me dejó tiempo para responder; pasó por mi lado y agregó por encima del hombro—: Tráeme sábanas limpias.

Lo seguí. Abrió la puerta de mi dormitorio e hizo una pausa acompañada de un gesto con la cabeza.

—¿Sí?

—Ese es mi dormitorio, donde se supone que...

—No sé de qué me hablas. —A continuación, me cerró la puerta en las narices y me dejó a oscuras.

VII

Dormí en el salón, hecho un ovillo tapado con una manta. El sofá era de reluciente crin de caballo y tan resbaladizo que al final tuve que apoyar un pie en el suelo para no caer. Cuando me desperté, hacía un frío helador y todavía estaba oscuro. Me dolía todo el cuerpo y estaba desorientado; por un momento pensé que estaba fuera, en alguna parte, rodeado por las oscuras e imponentes ruinas invernales.

Hacía tanto frío que ni siquiera intenté volver a conciliar el sueño. Me levanté, envuelto aún en la manta, y fui a la cocina dando tumbos y agarrotado. Aticé el fogón y puse agua a hervir para preparar té mientras las últimas estrellas desaparecían en el horizonte. El cielo estaba despejado, pero después de beberme el té y preparar otra tetera para subirla el sol ya inundaba la cocina.

Al cruzar el rellano oí que se abría la puerta de mi dormitorio. Por primera vez me di cuenta de hasta qué punto me resultaba familiar ese sonido; sin necesidad de pensar, supe que era mi puerta y no la de Seredith.

—Ah. Esperaba que me trajeras un poco de agua para afeitarme. Es igual, me conformaré con el té. Aquí, por favor.

Parpadeé para librarme de la imagen residual de la ventana de la cocina, que seguía grabada en mi retina. De Havilland estaba de pie en la entrada de mi cuarto, en mangas de camisa. Ahora que había luz pude ver mejor su aspecto: rizos de color gris claro, ojos pálidos, chaleco bordado... y esa expresión desdeñosa en el rostro. Costaba adivinar qué edad tenía; su cabello y sus ojos eran tan pálidos que podría tener tanto cuarenta como sesenta.

—Date prisa, muchacho.

—Esto es para Seredith.

Por un segundo pensé que iba a poner objeciones, pero suspiró.

—Muy bien. Trae otra taza. El agua caliente podemos dejarla para después.

Se me adelantó y, sin llamar, entró en el cuarto de Seredith antes que yo. Cerró la puerta, pero yo la paré con el codo y entré de espaldas detrás de él.

—Vete —dijo Seredith—. No, Emmett, tú no.

Estaba incorporada y tenía el rostro enmarcado por mechones blancos, como si fuera un halo, y aferraba la colcha con los dedos por debajo de la barbilla. Estaba delgada, pero tenía buen color en las mejillas y los ojos traslucían la misma agudeza de siempre. De Havilland le brindó una débil sonrisa.

—Veo que estás despierta. ¿Cómo te sientes?

—Invasada. ¿Por qué estás aquí?

De Havilland suspiró. Sacudió unas motas de polvo inexistente del brazo de la butaca de color musgo, se sentó y se subió con delicadeza los pantalones hasta la rodilla. Giró la cabeza para contemplar la habitación, deteniéndose aquí y allá para fijarse en las grietas del yeso, en los arañados pies de la cama y en el retal azul oscuro en forma de rombo con el que estaba remendada la colcha. Cuando dejó la bandeja junto a la cama, se echó hacia delante para servir el té en la única taza que había y bebió haciendo una pequeña mueca.

—Qué tedioso. ¿Te imaginas que dejamos de perder el tiempo y que te comportas como si estuviera preocupado por ti? —dijo.

—Sandeces. ¿Cuándo te has preocupado tú por mí? Emmett, ¿tendrías la amabilidad de ir a por otras dos tazas?

—No pasa nada, Seredith —dijo—. No tengo sed.

—Creo que bastará con una —dijo De Havilland al mismo tiempo.

Apreté los dientes y me marché sin mirarlo. Fui a la cocina y regresé lo más rápido que pude, pero cuando miré la taza al llegar a lo alto de la escalera vi una fina capa de polvo en el interior. Si la taza hubiera sido para De Havilland no habría hecho nada, pero no era para él. Cuando abrí la puerta del cuarto de Seredith, con el asa de la taza colgando del dedo, ella estaba sentada con la espalda bien erguida y los brazos cruzados sobre el pecho, en tanto que De Havilland estaba recostado en su asiento.

—Desde luego que no —dijo—. Eres una encuadernadora excelente. Anticuada, por supuesto, pero... Bueno, me serías de utilidad.

—¿Trabajar en tu taller de encuadernación?

—Sabes que mi oferta sigue en pie.

—Antes prefiero morir.

De Havilland se volvió hacia mí muy despacio.

—Me alegra ver que por fin has conseguido encontrar el camino de vuelta —adujo—. ¿Tendrías la bondad de servirle una taza de té a Seredith antes de que se muera de sed?

No me fiaba de lo que pudiera responderle, así que llené la taza limpia de té y se la di a Seredith, rodeando sus manos con las mías para cerciorarme de que la sujetaba con firmeza. Ella me miró y parte de la fiereza abandonó su rostro.

—Gracias, Emmett.

De Havilland se pellizó el puente de la nariz con el índice y el pulgar. Sonreía, pero sin calidez alguna.

—Los tiempos han cambiado, Seredith. Aun dejando a un lado el asunto de tu salud, me gustaría que lo reconsiderases. Esta existencia solitaria en medio de la nada, encuadernando a campesinos

ignorantes y supersticiosos... Sabes que nos hemos esforzado mucho en mejorar nuestra reputación a fin de que la gente empiece a comprender que somos doctores del alma y no brujos. No haces honor al oficio.

—No me sermonees.

De Havilland se apartó un mechón de la frente con los dedos separados.

—Simplemente digo que aprendimos la lección con lo de la Cruzada.

—¡Tú ni siquiera existías durante la Cruzada! ¿Cómo osas...?

—¡Vale, vale! —Un momento después, se inclinó y se sirvió otra taza de té. A esas alturas era ya como el tinte, pero él no pareció notarlo, hasta que tomó un sorbo y frunció los labios—. Sé razonable, Seredith. ¿A cuántas personas has encuadernado este año? ¿A cuatro? ¿A cinco? No tienes trabajo suficiente para mantenerte ocupada tú, y mucho menos para un aprendiz. Y todos son campesinos que no entienden el oficio en absoluto. Creen que eres una bruja. —Se arrimó y suavizó la voz—. ¿No sería agradable que te vinieras a Castleford, donde los encuadernadores infunden cierto respeto? ¿Donde los libros infunden respeto? Sabes que poseo cierta influencia. Atiendo a algunas de las mejores familias.

—¿«Atiendo»? —repitió Seredith—. Una encuadernación debería realizarse una única vez en la vida.

—Anda, por favor. Si podemos aliviar el dolor, ¿quiénes somos para negar nuestro arte? Estás demasiado apegada a tus costumbres.

—¡Ya basta! —Dejó su té, que se derramó sobre la colcha—. No voy a ir a Castleford.

—Este esnobismo a la inversa no te beneficia nada. ¿Por qué prefieres pudrirte en este lugar dejado de la mano de Dios?

—No lo entiendes, ¿verdad? —Jamás había visto a Seredith esforzarse por controlar su ira y eso hizo que mi furia aumentase—. Obviando lo demás, no puedo abandonar los libros.

La taza tintineó cuando De Havilland la dejó en el platito. El sello que llevaba en el meñique centelleó.

—No seas ridícula. Entiendo tus reparos, pero es tan fácil como llevarnos los libros. Tengo espacio en mi cámara acorazada.

—¿Entregarte yo mis libros? —Rompió a reír y la risa sonó como una ramita al partirse.

—Mi cámara es muy segura. Más que tenerlos aquí contigo, en el taller.

—De eso se trata, ¿no? —Meneó la cabeza y se recostó en las almohadas—. Debería haberlo imaginado. ¿Por qué si no te ibas a molestar en venir? Quieres mis libros. Por supuesto.

De Havilland se irguió y por primera vez le asomó cierto tono rosado en las mejillas.

—No es necesario ser tan...

—¿Cuántos libros de los que haces acaban realmente en tu cámara? ¿Crees que no sé cómo pagas tu nuevo taller y tus chalecos?

—No es ilegal comerciar con libros. Son meros prejuicios.

—No hablo de cobrar por ello —dijo ella torciendo el gesto, como si las palabras le supieran amargas—. Hablo de vender encuadernaciones auténticas sin consentimiento. Y eso sí es ilegal.

Se miraron durante un momento. La mano de Seredith era un manojo de tendones sobre su garganta; se agarraba con fuerza la llave que le colgaba del cuello, como si temiera que se la arrebatará.

—Por el amor de Dios —dijo De Havilland al final, poniéndose en pie—. No sé por qué me molesto.

—Tampoco yo. ¿Por qué no te vas a tu casa?

Él suspiró exageradamente alzando la mirada al agrietado yeso del techo.

—Me iré a casa cuando estés mejor.

—O cuando esté muerta. Eso es lo que en realidad deseas, ¿no es así?

De Havilland le dedicó una pequeña reverencia burlona y se encaminó hacia la puerta. Yo me apoyé en la pared para dejarlo pasar y él se sobresaltó al verme, como si se hubiera olvidado de mi presencia.

—Agua caliente —dijo—. A mi dormitorio. De inmediato. —Al cerrar dio tal portazo que incluso las paredes se estremecieron.

Seredith me miró de reojo y después agachó la cabeza mientras tiraba de la colcha, como si quisiera comprobar que el dibujo estaba completo. Me aclaré la garganta al ver que no decía nada.

—Seredith, si quieres que lo obligue a marcharse...

—¿Y cómo lo harías? —Meneó la cabeza—. No, Emmett. Se irá por voluntad propia cuando vea que estoy recuperada. No será mucho tiempo. —Su forma de decirlo traslucía un sesgo de amargura—. Entretanto...

—¿Sí?

Me miró a los ojos.

—Procura no perder los nervios con él. Es posible que le necesites.

Pero esa chispa de complicidad no era demasiado consuelo, pues los días pasaban y De Havilland no daba señales de marcharse. No alcanzaba a entender por qué Seredith le toleraba, pero sabía que sin su permiso no podía pedirle que se fuera. Y ser consciente de que yo era el culpable de que estuviera allí no ayudaba cuando tenía que morderme la lengua porque lo había visto toqueteando con aire inquisitivo los trozos de tocino del estofado o porque me había arrojado un par de camisas para que se las lavara. Entre mis tareas, cuidar de Seredith y el trabajo extra que él suponía, no tenía tiempo para nada más; las horas pasaban como una nebulosa de monotonía y

resentimiento y ni siquiera llegaba a poner el pie en el taller. Me costaba recordar que hacía solo unos días, antes de la llegada de De Havilland, me había sentido como si la casa me perteneciera, pues ahora me veía reducido a la categoría de esclavo. Pero lo peor no era el trabajo, ya que en casa, antes de enfermar, era más duro; sino cómo la presencia de De Havilland llenaba la casa. Jamás había conocido a nadie que se moviera con tanto sigilo; en más de una ocasión, mientras atizaba el fuego o fregaba una sartén, sentía el gélido tacto de su mirada en la nuca. Me daba la vuelta, esperando que parpadeara o sonriera, pero él continuaba observándome, como si fuera una especie animal que no había visto nunca. Yo le devolvía la mirada, decidido a no ser el primero en apartarla, y al final él la desviaba de mí para ver lo que estaba haciendo y abandonaba la estancia en silencio.

Una mañana pasó por mi lado al pie de la escalera mientras llevaba una cesta con leña para el fogón.

—Seredith está dormida. Enciende el fuego en el salón.

Apreté los dientes y dejé la leña en la cocina sin responder. Tenía ganas de decirle que encendiera el fuego él, o algo más grosero, pero imaginarme a Seredith indefensa en el piso de arriba hizo que me tragara las palabras. Me gustara o no, De Havilland era un invitado, así que me apilé un par de troncos contra el pecho y cargué con ellos por el vestíbulo hasta el salón. La puerta estaba abierta. De Havilland le había dado la vuelta al escritorio y estaba sentado de espaldas a la ventana. No levantó la vista cuando entré, sino que se limitó a señalar la chimenea, como si yo no supiera dónde estaba.

Me agaché y comencé a retirar los restos del último fuego. Una nube de fina ceniza se elevó como un espectro de humo. Mientras empezaba a colocar la leña, sentí esa escalofriante sensación en la base de cráneo. Echar un vistazo para comprobar si me estaba mirando sería como una derrota, pero no pude contenerme. De Havilland se recostó en su sillón y se puso a golpetearse los dientes con la pluma. Me contempló durante lo que me pareció una eternidad mientras la sangre comenzaba a zumbarme en las sienes. Entonces sonrió sin convencimiento y fijó de nuevo su atención en la carta que estaba escribiendo.

Me obligué a terminar de colocar la leña. La encendí y esperé a que las llamas prendieran. Una vez hubo prendido bien, me levanté y traté de sacudirme las manchas grises de la camisa.

De Havilland estaba leyendo un libro. Todavía tenía la pluma en la mano, pero la sujetaba flojamente entre los dedos mientras pasaba las páginas. Tenía el rostro en calma; puede que estuviera mirando por la ventana. Al cabo de un momento hizo una pausa, pasó la página y anotó algo. Al terminar se fijó en mí. Dejó la pluma y se atusó el bigote, con los ojos clavados en los míos y la mano con la que se acariciaba el mostacho sobre la boca. Su distraída expresión de interés dio paso a un brillo de otra cosa y me tendió el libro.

—«Maestro Edward Albion» —dijo—. Encargado por un anónimo a un encuadernador del

mismísimo taller de Albion. Tafiote negro, dorados, falsos nervios, cintas cosidas en negro y oro, incomparables guardas marmoladas en rojo... ¿Te apetece echar un vistazo?

—Yo...

—Cógelo. Con cuidado —agregó con un repentino tonillo severo en la voz—. Está valorado en..., eh, ¿cincuenta guineas? Desde luego, más de lo que tú podrías pagar.

Me dispuse a acercar la mano, pero algo me sobresaltó y di un paso atrás. Fue la imagen de su rostro completamente sereno mientras leía palabras que no tenía derecho a leer, recuerdos de otra persona...

—¿No? De acuerdo. —Lo dejó sobre la mesa y a continuación me miró otra vez, como si se le hubiera ocurrido algo, y meneó la cabeza—. Veo que compartes los prejuicios de Seredith. Has de saber que es una encuadernación escolar. Comprada, pero perfectamente legal. Nada que ofenda la sensibilidad de nadie.

—Quiere decir que... —Guardé silencio; no quería darle la satisfacción de preguntarle qué quería decir, pero él entrecerró los ojos como si ya lo hubiera hecho.

—Es una lástima que hayas estado aprendiendo de Seredith —dijo—. Debes de tener la impresión de que el arte de la encuadernación está anclado en la Edad Media. No todo son hablurías sobre ocultismo y el Libro de Hwicce, ¿sabes? Ah. —Puso los ojos en blanco—. Nunca has oído hablar del Libro de Hwicce. Tampoco de la biblioteca de Pompeya, o de las grandes encuadernaciones de los ajuares funerarios del Renacimiento, o del taller de Fangorn o de madama Sourly, ¿no? ¿Los juicios del norte de Berwick? ¿Las Cruzadas? Cabría esperar que hasta tú sepas lo de las Cruzadas.

—He estado enfermo. Seredith no ha podido empezar a enseñarme bien.

—¿La Sociedad de los Buenos Encuadernadores? —dijo enarcando una ceja—. ¿La Ley sobre la Venta de Recuerdos de 1750? ¿Las leyes que rigen la concesión de licencias para librerías? Santo cielo, pero ¿qué te ha enseñado? No, no me lo digas —agregó con un gesto desdenoso—. Conociendo a Seredith, es probable que te hayas pasado tres meses con las guardas.

Me di la vuelta y agarré el cubo lleno de ceniza. El rostro me ardía.

Cuando me marchaba, dejando una nube de polvo y ceniza, me habló:

—Ah, mis sábanas huelen a humedad. Ten la bondad de cambiarlas. Y esta vez asegúrate de que se hayan oreado bien.

Cuando fui a recoger la bandeja de Seredith esa tarde, estaba levantada y junto a la ventana, arropada con su colcha y con las mejillas enrojecidas. Sonrió cuando entré en la habitación, pero había un extraño vacío en sus ojos.

—Aquí estás. Has sido rápido —dijo—. ¿Qué tal ha ido?

—¿El qué? Estaba cambiando las sábanas de De Havilland.

—La encuadernación, claro —repuso—. Espero que tuvieras cuidado cuando la mandaste a casa. Si les dices que los has encuadernado, a veces pueden oírte, aunque... Solo durante el primer año, más o menos, mientras la mente se adapta, pero es un momento peligroso, has de tener cuidado con... Tu padre nunca supo explicar por qué, cómo esa cosa consigue colarse, de alguna forma... Pero tengo dudas. Creo que en el fondo saben que algo falta. Debes tener cuidado. —Se inquietó y movió la boca, como si estuviera masticando con un diente flojo—. A veces pienso que empezaste demasiado joven. Te dejé que los encuadernaras antes de estar preparado.

Dejé la bandeja de nuevo; procuré hacerlo con delicadeza, pero la porcelana tintineó al moverse.

—¿Seredith? Soy yo. Emmett.

—¿Emmett? —Parpadeó—. Emmett. Sí. Lo siento. Por un momento creí que...

—¿Quieres...? —Se me quebró la voz—. ¿Quieres que te traiga alguna cosa? ¿Te apetece otro té?

—No. —Se estremeció y se arrebujó mejor en la colcha, gruñendo un poco, pero vi unos ojos completamente lúcidos cuando me miró—. Perdóname. Cuando se es tan vieja como yo, las cosas a veces parecen confusas.

—No importa —dije con una amabilidad ridícula, como si a Seredith se le hubiera derramado algo—. ¿Me voy?

—No, siéntate. —Pero guardó silencio durante un largo rato. Las sombras de las nubes pasaban sobre las marismas y la carretera veloces como veleros.

Me aclaré la garganta.

—Seredith, ¿quién creías que era hace un momento?

—Se piensa que te he mantenido en la ignorancia adrede —adujo. Por el tono agrio de su voz, supe que se refería a De Havilland—. Piensa que soy una obsesa del ganchillo. Que soy un vejstorio obstinado y retrógrado porque creo que el oficio es sagrado. Se mofa. Para él todo es cuestión de poder. De dinero. No tiene respeto. Lo sé —dijo, aunque no yo no había abierto la boca—. Sé que aún son muchos los que creen que somos brujos. La gente escupe por encima del hombro cuando se mienta a los encuadernadores, si es que se nos mienta, claro. Gente como tus padres... Y tu abuelo fue un cruzado, ¿no es así? Al menos tu padre tuvo la decencia de sentirse avergonzado por eso. Pero no es más que ignorancia. Su forma de hacer las cosas...

—¿De Havilland?

Seredith soltó un bufido.

—Qué nombre tan ridículo. No, está muy mal. Talleres de encuadernación llenos de hombres que no entienden lo que hacen y comercian con los libros... Nosotros hacemos libros por amor, libros hermosos. —Se giró y en su rostro vi una expresión severa que jamás le había visto—. Por

amor. ¿Lo entiendes? —preguntó, y aunque no lo entendía exactamente tuve que asentir—. Cuando empiezas a encuadernar, hay un momento en el que el encuadernador y la encuadernación se convierten en uno. Te sientas y esperas. Dejas que el silencio reine en la habitación. Ellos tienen miedo, siempre... A ti te corresponde escuchar y esperar. Entonces ocurre algo misterioso. Tu mente se abre a la de ellos y ellos se dejan llevar. Es entonces cuando llegan los recuerdos. Ese momento es «el beso».

Aparté la mirada. Nunca había besado a nadie salvo a mi familia.

—Te conviertes en la persona a la que vas a encuadernar, Emmett. Durante un brevísimo espacio de tiempo los acoges dentro de ti. ¿Cómo puedes hacer tal cosa si pretendes venderlos para obtener beneficios?

De repente empecé a sentir calambres en las piernas. Moví los pies con el fin de aliviar el dolor y a continuación me levanté para pasearme hasta la repisa de la chimenea y volver después a mi butaca. Seredith me siguió con la mirada. Una nube cubrió el sol, difuminando sus arrugas y dulcificando la forma de su rostro.

—No quiero que te conviertas en esa clase de encuadernador.

—Antes me degüello yo mismo.

En la risa de Seredith se apreciaba una ronquera seca y dolorosa.

—Eso dices ahora. Espero que sea cierto. —Se arrebujó en su colcha de tal forma que parecía que alrededor de los hombros tenía una deformidad.

Se hizo el silencio. Encogí los dedos dentro de mis botas; de repente tenía frío.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Ahora sí me tomaría ese té que me has ofrecido, por favor —dijo—. Me encuentro un poco mejor.

—Sí. —Crucé la estancia y abrí la puerta con tanta torpeza que casi golpeo la pared.

De Havilland retrocedió. Estaba justo al otro lado de la puerta.

—Tengo que hablar con Seredith —dijo—. Quita de en medio.

Me hice a un lado. La inclinación de su cabeza me indicó que había estado escuchando. Ojalá lo hubiera hecho, ojalá hubiera oído lo que acababa de decir.

—Y borra esa sonrisa insolente de la cara —agregó—. Si fueras mi aprendiz, haría que te azotaran.

—No lo soy.

Me empujó al pasar.

—Tal vez pronto lo seas —dijo, y cerró de un portazo.

Esa noche me sorprendí bajando la escalera a la luz de la luna, que brillaba tanto que no tuve que

encender ninguna vela. Se adhería a mí de un modo extraño, susurrando a cada paso, como una telaraña al romperse. Pero estaba buscando algo y eso era lo único que importaba.

Tenía frío e iba descalzo. Me miré los pies y vi que la luz de la luna resplandecía y titilaba, moviéndose a mi paso. Estaba soñando, pero ser consciente de ello no hizo que me despertara. Más bien era como si me llevara en andas. Estaba en el taller. Allí la luz todo lo bañaba. Rocé la mesa con la camisa, que dejó un rastro oscuro y se llenó de polvo. ¿Qué estaba buscando?

Me encaminé hacia la puerta que tenía ante mí, la que bajaba al almacén, pero cuando la atravesé —no se abrió, sino que se disolvió cuando la toqué—, estaba en el otro cuarto, ese en el que había sillas y una mesa. Ya no era de noche. Había un joven sentado de espaldas a mí. Era Lucian Darnay.

Se volvió como si fuera a mirarme, pero el mundo pareció ir más despacio y antes de llegar a atisbar su rostro el sueño cedió bajo mis pies. Durante un segundo caí a ciegas al vacío y acto seguido me desperté de golpe con el corazón desbocado y las extremidades vibrando aún por la tensión. Me llevó mucho tiempo dominar los músculos de los brazos, pero cuando por fin me obedecieron me incorporé y me sequé el sudor de la cara. Otra pesadilla, salvo que no había sido exactamente una pesadilla; pese al miedo, el sentimiento predominante había sido una especie de desesperación: una fracción de segundo más y hubiera visto lo que había ido a buscar.

Creía que era de noche, pero oí que el reloj daba las siete y me di cuenta de que me había quedado dormido; era la hora de encender el fogón y prepararle el té a Seredith. Me levanté del sillón y fui hacia el pasillo con la manta echada sobre los hombros a modo de capa. Me quedé delante del fogón durante un largo rato, lo más cerca posible, hasta que entré en calor.

—Me gustaría tomar un té, por favor.

Me di la vuelta y vi a De Havilland, que se sentó en una silla y se frotó la frente con dos dedos, como si estuviera intentando quitarse una mancha. Llevaba una bata bordada en plata, pero debajo estaba vestido y el chaleco y la corbata eran los mismos que el día anterior. Tenía ojeras.

Al menos lo había pedido por favor. No le contesté, pero puse agua a hervir y vertí otra cucharada en la tetera. La lata del té era tan antigua que tenía motas de óxido en el dibujo verde y dorado, y se me adhirieron restos de pintura a los dedos cuando la abrí.

De Havilland bostezó.

—¿Con qué frecuencia viene el correo? ¿Una vez a la semana?

—Sí.

—Entonces viene hoy.

—Es probable.

Cuando el agua rompió a hervir, la vertí en la tetera. El vapor flotó hasta mi cara y me caldeó las mejillas con su calor.

—Bien.

Se sacó el reloj y se puso a darle cuerda. Los engranajes emitían un chirrido metálico que me provocó dentera. El té no había reposado lo suficiente, pero lo serví de todas formas; en la taza de porcelana fina de De Havilland parecía casi del mismo color que el orín. Él lo miró con el ceño fruncido, pero se acercó la taza a la boca y bebió sin hacer ningún comentario. Después la dejó con un nítido tintineo justo en el centro del platito.

Saqué la bandeja y puse en ella las tazas de barro que Seredith y yo utilizábamos, no la porcelana blanca y azul. No tenía sentido llevarle pan con mantequilla —cuando Toller viniera le pediría que nos trajera un poco de cuajo para prepararle cuajada—, así que de momento saqué unos pedazos de manzana deshidratada del tarro y añadí una cucharada de miel a la taza. Estaba tan impaciente por alejarme de De Havilland que el té se derramó en la bandeja al cogerla.

Él levantó la vista cuando pasé.

—¿Adónde vas?

—A llevarle el desayuno a Seredith.

—Ah. —Sus ojos centellearon como si algo detrás de mí le hubiera llamado la atención, pero me miró firmemente cuando se fijó de nuevo en mí. Los iris eran del mismo marrón claro que el té aguado y uno de los extremos del bigote se le estaba deshaciendo. Sentí odio y la acuciante necesidad de estirar la mano y arrancárselo—. No va a ser necesario —dijo—. Me temo que ha muerto esta noche.

VIII

Había tanto silencio en el cuarto de Seredith que era igual que entrar en un cuadro. Aparte de la ventana, todo lo demás estaba a oscuras y borroso. Las primeras luces del día componían una banda azul pálido en el horizonte, al otro lado del cristal. Había una telaraña en un rincón del marco, semejante a una vela desplegada. A pesar de que el pestillo estaba echado, había barro y hierba marchita en el alféizar, pero el viento que los había llevado hasta allí a través de las grietas había cesado y no se oía nada en ninguna parte.

De Havilland le había colocado unas monedas en los ojos a Seredith para mantenerlos cerrados. Una era de seis peniques y la otra, media guinea; el efecto era grotesco, como si estuviera guiñando un ojo. Sin embargo, no importaba, pues lo que descansaba sobre la cama ya no era Seredith. Me detuve al pie de la cama y traté de recordar aquel rostro demacrado y marchito, con su mirada torcida distraída mientras me hablaba, mientras me enseñaba... Pero la habitación parecía vacía. Incluso su cabello y su camión habían pasado a ser cosas frías, orgánicas, como el moho o los hongos. Intenté buscar en mi interior algún resquicio de pena o conmoción, pero mi cerebro se negó a obedecerme. Lo único que parecía digno de mi atención eran los detalles: el olor, un tanto metálico, como el de la nieve al fundirse; la mancha seca en el vaso junto a la cama; el lazo deshilachado justo por debajo de la barbilla de Seredith.

¿Qué iba a ocurrir ahora?

Alargué la mano y toqué la colcha. Parecía húmeda de tan fría que estaba. De repente, por absurdo que parezca, sentí el deseo de traerle más mantas y volver a encender el fuego en la chimenea; denotaba descuido, e incluso crueldad, dejarla yacer así, en aquel gélido silencio. Quería que el titilar de la luz y el crepitar de las llamas le hicieran compañía. Pero ¿qué necio calentaría un cuarto con un cadáver dentro? Y ya me imaginaba la cara de De Havilland cuando me viera subir la escalera con una cesta de leña. Me di la vuelta. No tenía sentido hablarle ni colocarle bien el volante del cuello, que se le había doblado hacia dentro; tampoco sacudirle la manga al pasar. Había abandonado este mundo para siempre y fingir lo contrario era puro sentimentalismo.

Cerré la puerta al salir y bajé. Resultaba extraño que las tablas del suelo y los pasamanos permanecieran sólidos, que relucieran para luego tornarse opacos según pasaba mi sombra, y que el crujido de mis pasos fuera un tanto singular, como si se estuvieran esforzando por recordarme que yo estaba aquí vivo, en tanto que Seredith se había desvanecido sin dejar ni rastro.

—Ven —dijo De Havilland desde el salón. Ni una sola vez se había dirigido a mí por mi nombre.

Deseaba más que nada abrir la puerta principal y marcharme. Si me iba en ese instante y caminaba sin parar, estaría en casa mañana por la mañana. Entraría en el patio de la granja cansado pero jubiloso. Alta se detendría en la puerta de la vaquería, miraría sin dejar de pestañear, soltaría el cubo y luego se arrojaría a mis brazos. A mis padres les diría que estaba mejor y que las cosas volverían a ser como antes. ¿Qué estarían haciendo hoy? Había que excavar una zanja de drenaje en el sembradío de abajo y hacía un día frío y despejado propicio para recoger nabos. Quizá mi madre hubiera montado el ahumadero en el patio; por un instante casi olí el intenso humo de la leña y un toque de sangre. Era igual que tratar de retroceder a la niñez.

—Ven, ya. Sé que estás ahí.

Me di la vuelta; me dolían las entrañas. No podía irme a casa. Aun cuando mi familia se alegraría de verme, ese ya no era mi lugar. Me gustara o no, ahora era encuadernador. ¿Y si la fiebre seguía en mi sangre, intermitente? Quizá solo podía mantenerla a raya siendo encuadernador. Si me marchaba a casa, siempre tendría miedo. Crucé el pasillo hasta el salón y me cercioré de que mi voz sonara firme.

—Aquí estoy.

—Por fin. —Estaba sentado en el sillón, con una taza vacía y un plato sobre la mesa situada a su lado. Contemplaba el hogar con expresión furiosa. Había encendido la chimenea, pero la leña estaba demasiado apiñada, de modo que sabía que en un minuto se apagaría.

—Hace un frío que pela aquí. Esta chimenea no tira bien.

En ese preciso momento las llamas susurraron y se extinguieron. No respondí.

De Havilland chasqueó la lengua y me fulminó con la mirada, como si fuera culpa mía.

—En el escritorio hay dos cartas. Dáselas a Toller cuando venga. ¿Entendido?

Me acerqué a la mesa y las cogí. «Doctor Ferguson, The Mount, 45, Castleford» y «Elijah Oaks (sepulturero), High Street, 131, Castleford».

—¿Es todo?

Se levantó y recorrió los pocos pasos que había hasta la ventana. Fuera había un pájaro volando a ras del agua, dejando una resplandeciente estela de gotas, y los juncos se mecían con la brisa, pero cuando se dio la vuelta parecía que hubiera estado mirando una montaña de estiércol.

—Siéntate.

—Prefiero seguir de pie.

Señaló una silla y me brindó una sonrisa. Intenté mirarlo fijamente, en vano.

—Bien —dijo cuando me senté en la silla. Hizo una pausa, empujó los restos de la lumbre con el atizador y suspiró antes de continuar—: La muerte de Seredith ha sido desafortunada —dijo revolviendo aún las cenizas, pero yo no respondí. Me sorprendí aguzando el oído por si

escuchaba algo arriba, qué tontería—. Si bien era vieja. A fin de cuentas, es algo natural. Una generación se marchita mientras otra madura. El antiguo orden da paso al nuevo. Y así sucesivamente.

—¿Puedo irme?

Él levantó la mirada hacia mí. ¿Eso que vi en su rostro era una especie de sorpresa ausente?, ¿o acaso era efecto de la luz?

—No —respondió—. Creo que tenemos mucho de qué hablar. Te ruego que te estés quieto. No paras y me resulta molesto. —Me mordí el labio—. Ahora soy tu maestro y, por tanto, soy responsable de ti. —Hablaba como si leyera en voz alta—. Al parecer hiciste una promesa. —Hizo una breve pausa, como si quisiera sugerir cierto escepticismo—. Y es evidente que no puedes quedarte aquí.

—¿No puedo quedarme aquí? —Nada más decirlo, me di cuenta de hasta qué punto eso era imposible; la idea de marcharme fue como un repentino soplo de aire frío en una herida.

—Por supuesto que no. ¿Con quién ibas a quedarte? No tengo intención de permanecer en esta casa más tiempo del necesario. Seredith era una excéntrica. Se resistía al progreso, era peor que un ludita. Me temo que no has tenido ocasión de desarrollar tu arte. Vivir así, como un campesino... —dijo señalando con el atizador, como abarcándonos a la habitación y a mí—. Esa insistencia en el aspecto manual del trabajo, esos conocimientos anecdóticos que cualquier hombre con un mínimo de destreza puede mostrar... Aceptaba a todos los clientes que acudían a ella. No se sentía orgullosa de su trabajo...

—Sí que estaba orgullosa de su trabajo.

—Ninguna de esas cosas te prepara como es debido para el gran honor de ser encuadernador —prosiguió, como si no me hubiera oído—. Un verdadero encuadernador no tiene por qué coser, cortar ni... —Maldibujó un círculo en el aire con el atizador para referirse a las tareas cuyo nombre ni siquiera conocía—. Un verdadero encuadernador tiene las manos limpias, muchacho.

Me miré las manos en el acto. Las tenía blancas como una vara de sauce pelada.

—Pero tienes que hacer los libros —dije—. Alguien tiene que hacerlos.

—Desde luego. En mi taller de Castleford cuento con varios y buenos trabajadores. Elaboran magníficas tapas, etcétera. —Repitió el gesto con el atizador—. Pero lo cierto es que son reemplazables. Lo que yo hago, lo que hacemos, es arte de verdad. Degradarlo con unas uñas llenas de cola, polvo y mugre es un sacrilegio. —Esbozó una débil sonrisa—. Durante años he animado a Seredith a contratar a un artesano para que ella pudiera concentrarse en su auténtica vocación. Cuando me enteré de que te había elegido a ti, pensé que por una vez había hecho caso de mi consejo. Pero después me dijo que tú mismo ibas a ser encuadernador, y que además habías padecido una fiebre del encuadernador encuadernado tan virulenta que ni siquiera se atrevía a

dejarte ver libro alguno. —Se le encogió la sonrisa, como si hubieran tirado de un hilo desde alguna parte—. Descuida, muchacho, yo no tengo intención de preguntarte nada al respecto.

La sangre me rugía en los oídos.

—Ya me encuentro bien.

—Eso espero. —Colocó el atizador en su soporte y se volvió para examinar un cuadro de la pared. No me había percatado de cuán implacable había sido su escrutinio, pero me invadió una oleada de alivio—. Da la casualidad de que para mí es provechoso que seas realmente encuadernador —dijo propinando un golpecito en el marco para colocarlo bien—. Lord Latworthy me necesita la semana próxima y uno de mis clientes habituales también ha solicitado mis servicios. Creo que tú le servirás.

—¿Qué? ¿Yo? No puedo...

—Coincido en que no eres el sustituto que elegiría si gozara de total libertad y dispusiera de todo el tiempo del mundo. Pero, según creo, el sujeto es una criada, por lo que la encuadernación en sí no requerirá excesiva sutileza. Tienes que ser educado, prudente y discreto con mi cliente; confío en que desempeñes ese papel de manera satisfactoria, pues a Seredith jamás le gustaron los necios. —Hizo una pausa y lanzó una mirada por encima del hombro—. Después, a mi regreso, podré valorar mejor tu talento y ocuparme de ti en consonancia: si, en efecto, eres encuadernador, asumiré tu formación; si no lo eres, puedes aprender a ganarte la vida en mi taller, con los artesanos.

—No entiendo.

—Yo no entiendo qué es lo que no entiendes —replicó con una especie de indulgencia desconcertada—. Es muy simple.

—No. Verá... —Inspiré hondo—. Nunca he encuadernado nada. A nadie. No sabía lo que era hasta que... Seredith me lo contó la noche antes de caer enferma. Puedo realizar parte de los acabados, pero lo otro, el... —Desconocía la terminología. Ese cuarto, ese cuarto limpio, espartano y terrible—. No sé cómo se hace, cómo funciona. No puedo hacerlo.

—Cómo funciona es un misterio, muchacho. —Suspiró—. Supongo que te refieres al procedimiento. Por Dios bendito, en realidad no te enseñó nada, ¿no es así? Por fortuna, es muy fácil, tan solo has de imponer tus manos sobre el sujeto y escuchar. Siempre y cuando tengas papel, pluma y tinta, y te asegures de que ambos estáis sentados y que tienes su consentimiento, es difícil que yerres. Está el pequeño detalle de manejar los recuerdos. Tienes que cerciorarte de que no ahondas demasiado, etcétera, pero estoy seguro de que tu..., eh, excepcional talento te guiará. Al fin y al cabo, una criada no es tan importante.

—Pero...

—Es lamentable que carezcas de experiencia, pero lo harás lo mejor que puedas. Teniendo en cuenta, huelga decir, que tu futuro depende de ello.

—Pero...

—Será mejor que prepares tu equipaje. Si Toller se lleva hoy las cartas, nos marcharemos de aquí mañana. En adelante vivirás bajo mi techo y no sé cuándo podrás regresar.

Abrí la boca para hablar, pero él se dio la vuelta con presteza. Durante una fracción de segundo se limitó a mirarme —¿dónde había visto antes esa expresión?— y se me encogió el estómago. A continuación, cogió la taza de Seredith, la levantó como si fuera a hacer un brindis y la dejó caer. Se hizo añicos. Bajé la mirada y vi las afiladas esquirlas de porcelana con motivos azules.

—Y no me discutas más —dijo con mucha calma.

No tenía mucho que llevarme. Solo las escasas prendas que me traje y algunas cosas útiles: una caja con agujas e hilo, mi navaja plegable, una navaja de barbero, un peine y un monedero casi vacío. No parecía gran cosa cuando lo puse todo sobre la cama, aun después de añadir los objetos que Seredith me había regalado: un par de plegaderas de hueso, alabeadas y pulidas por los años de uso; una lupa, unas tijeras, una chifla y un cuchillo de zapatero. De pronto me acordé del anillo de plata que había encontrado en el taller y me pregunté si debería llevármelo para venderlo, solo por si acaso, pues ahora que Seredith había muerto nadie sabría quién se lo había dejado allí ni por qué. Quienquiera que fuese, hacía mucho que se había marchado. Pero aun así era robar.

Lo guardé todo en la bolsa y la dejé abajo, en el salón, puesto que De Havilland estaba en mi habitación, y después me quedé un largo rato junto a la ventana contemplando cómo cambiaba la luz en el cielo despejado. Cuando Toller vinera, le entregaría las cartas, procurando no pensar en lo oportuno que había sido que Seredith hubiera muerto esa noche y no la siguiente, pues De Havilland hubiera tenido que dejar pasar otra semana para pedir que mandaran al sepulturero. Ahora no quedaba más que esperar. Parecía un velatorio, salvo que Seredith estaba sola al otro lado de una puerta cerrada. En más de una ocasión se me cruzó por la cabeza la idea de encender velas y sentarme a su lado, pero se me erizaba el vello en cuanto recordaba el intenso frío de aquel cuarto y aquellas monedas desiguales que miraban a ciegas al techo.

Después de hacer el equipaje, De Havilland se retiró a mi dormitorio y cerró la puerta. Quizá estuviera durmiendo, pero, en cualquier caso, no oí nada. Cuando el sol se puso, subí y llamé, pues incluso su voz habría sido mejor que el silencio y la oscuridad. No respondió. En ambos dormitorios reinaba el mismo silencio, como si también él estuviera muerto.

Me estremecí y me reí al mismo tiempo. Me estaba poniendo paranoico; lo mejor era bajar y entrar en calor. No tenía hambre, pero me preparé un té y me lo bebí, pues tenía sed de calor. Después, sin pensarlo, fui al taller.

Percibí las prensas y el desorden de la mesa de trabajo bajo los últimos resquicios de luz que entraban por las ventanas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve ahí. La

mesa estaba cubierta de polvo, como si fuera un reproche; el olor a humedad en el ambiente explicaba por qué Seredith siempre mantenía la estufa encendida. Alumbré con la lámpara los azulejos de colores, pero la capa vidriada estaba tan manchada de hollín que me costó distinguir las tonalidades de rojo, jade y tierra.

El delantal de Seredith estaba en el suelo, debajo del gancho donde se suponía que tenía que estar colgado, aunque apenas se lo quitaba. Lo cogí y el cuero estaba frío y rígido. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí, olvidado en el suelo? Lo había usado tanto que la pechera y la cintura conservaban la forma de su cuerpo; además olía a ella, a pegamento, a piedra de afilar y a jabón.

Entonces tomé conciencia de que estaba muerta.

Hasta ese momento no me percaté de que la quería. Al principio intenté no hacer ruido, por si acaso De Havilland me oía, pero al cabo de un rato dejé de preocuparme; no vino nadie. Me arrastré hasta un rincón del taller como un niño y sepulté el rostro en su delantal de cuero viejo y manchado, para bloquear el vacío y la oscuridad. Seredith no moraba en el cuerpo seco de arriba; estaba aquí y la estaba abrazando. Casi escuchaba aquel suspiro suyo mezcla de diversión y compasión, y su voz: «Vamos, muchacho, que si no vas a caer enfermo de nuevo. Muy bien, muchacho, todo va a ir bien...».

Al final me tranquilicé. De alguna manera, un sollozo se convirtió en un bostezo. Doblé el delantal a modo de almohada y me lo coloqué entre la cabeza y el hombro. Las lágrimas rodaban despacio y se me colaban por el cuello de la camisa y me empapaban el pecho. Pestañeeé y sentí que los párpados me pesaban cada vez más. Durante un instante estuve al filo de la oscuridad; y entonces, en medio de una dulce vorágine de fragmentos, me vi cayendo. Había algo extraño en la luz de la luna, en su resplandor grisáceo, en el sonido sedoso que hacía mientras me movía debajo de ella. Sabía que estaba soñando, el mismo sueño de siempre, y darme cuenta hizo que los fragmentos se arremolinaran de nuevo, amenazando con establecer un patrón diferente. Atisé el rincón del taller, las siluetas de la prensa de dos husillos y la cizalla; después, envuelto en la luz brumosa de la luna, me encontré de nuevo en la escalera y lo único que importaba era que estaba buscando algo. Esta vez sabía que tenía que cruzar la puerta del fondo del taller y que cuando llegara allí me encontraría en el otro cuarto, con Lucian Darnay sentado a la mesa, a punto de mirarme.

El mundo tembló y se desvaneció en un instante. Me erguí y un dolor me recorrió el cuello y el hombro. Estaba en el suelo, congelado hasta los huesos. Un pliegue del delantal de Seredith se me estaba clavando en la mejilla. Oí una puerta cerrándose muy cerca de mí y unos pasos en los escalones al otro extremo.

Salí de debajo de la mesa e hice una mueca cuando me dio un calambre en el cuello —mi madre me hubiera dicho que me estaba bien empleado por quedarme dormido en el suelo frío—; me puse en pie temblando. La sensación de desesperación y urgencia del sueño seguía conmigo y el

corazón me latía más deprisa de lo normal, pero los pasos y la puerta cerrándose habían sido reales y en el umbral vi un resquicio de luz de una lámpara. Era tan débil que apenas se distinguía. Alguien —De Havilland— estaba ahí abajo. Y entonces alcancé a discernir unos sonidos amortiguados; golpes, algo cayendo, una voz apagada tarareando fragmentos de melodías...

Abrí la puerta. Por un instante regresé a mi sueño, con la esperanza de encontrarme en el otro cuarto, contemplando a Lucian Darnay por detrás; lo tenía cerca, muy cerca, y cuando se diera la vuelta y nuestros ojos se encontraran, yo lo sabría. Alargué la mano y me agarré al marco de la puerta. La escalera que tenía ante mí bajaba al almacén, como ya sabía. Necesité un momento para librarme de la persistente sensación de desesperación; y entonces me vi en el cuarto inferior, deslumbrado por el repentino destello de luz. Había tres lámparas, sobre la mesa y sobre un cubo del revés a un lado del cuarto, como si su intención hubiera sido erradicar la oscuridad por completo. Había vuelto a apilar los trastos y las cajas contra la pared de manera caótica y apresurada y había un enorme baúl con la tapa abierta en medio de la estancia. Desde donde estaba no veía lo que había dentro.

De Havilland retrocedió, con los brazos cargados de libros. La pared que tenía detrás él estaba completamente abierta, colgando de unas bisagras ocultas, y la placa de bronce proyectaba una sombra chata en el yeso; más allá se extendía una profunda oscuridad, y no se trataba de un armario sino de un cuarto. Las paredes de la cámara estaban repletas de estanterías, pero vacías en su mayoría. Solo quedaban algunas hileras de libros, los que se encontraban a demasiada altura para alcanzarlos con facilidad. La luz resaltaba las frases, las hojas y los nombres grabados en oro: «Albert Smith», «Emmeline Rivers (de soltera Rosier)». De Havilland tarareaba el compás de una melodía y desentonaba; se calló y acto seguido agarró otro volumen, echándose hacia atrás y contorsionándose para que los demás no se le cayeran.

—¿Qué está haciendo?

De Havilland se dio la vuelta y su alegre tarareo cesó.

—Aprendiz —dijo con voz sibilante y melosa—, ¿qué haces levantado a estas horas? No creo que Seredith lo hubiera consentido.

—Estaba en el taller. Lo he oído.

—Estoy haciendo una labor muy importante —alegó.

Fue tambaleándose hasta el baúl y se inclinó de forma brusca para dejar caer los libros dentro. Sus movimientos eran más relajados que antes y se bamboleó cuando levantó la cabeza. Había una copa de brandi en el estante del interior de la puerta de la cámara, donde solo quedaba un ambarino atisbo en el fondo.

—Ya que estás aquí, acércame una de esas cajas, ¿quieres? Creo que si los sigo metiendo en este baúl, va a pesar demasiado para cargar con él.

Tomé una profunda bocanada de aire. Seredith estaba arriba y él estaba aquí, despojando de

libros las estanterías, bebiendo y canturreando.

No me moví. Me empujó al pasar y enderezó una caja en el suelo; apartó con el pie los trastos y la colocó de golpe al lado del baúl. Me llegó el olor a alcohol de su aliento cuando volvió a la cámara para seleccionar otra tanda de libros. Me puse en cuclillas y cogí un hierro chamuscado que se había salido de su mango, pero no había dónde dejarlo. Al final lo dejé con cuidado en el cubo donde estaban las lámparas.

De Havilland se volvió cargado con cuatro o cinco libros esta vez. Por el lomo pude ver que se trataba de encuadernaciones costosas y de calidad —uno tenía gran profusión de dorados y el de arriba estaba encuadernado con una especie de cuero calado que debió de llevar horas—, pero ni siquiera leyó los nombres antes de meterlos en la caja. Me acerqué y vi que el baúl casi estaba lleno. Más libros, objetos de gran belleza: uno semejaba un joyero con incrustaciones; otro, un pañuelo de encaje; otro, medio escondido, parecía madera clara frotada sobre la que hubieran esparcido brasas.

—¿Qué está haciendo con...?

De Havilland había vuelto a meterse en la cámara.

—No —dijo, y trató de volver a meter un libro en el estante del que procedía, pero erró; el libro se abrió, las páginas revolotearon y cayó al suelo con un ruido seco—. No, no. —Más libros, y ya ni siquiera intentaba cogerlos, sino que caían aleteando como pájaros muertos—. Sí, estupendo. —Ese sí lo metió en la caja, con un gesto que bien podría haber sido delicado de haber estado sobrio—. Sí, sí. Eh, un momento... —Acababa de dejar el último en la caja de rescatados, pero parpadeó y volvió a sacarlo para mirar el lomo con los ojos entrecerrados, como si le hubiera mordido. Estaba encuadernado en seda verde grisácea y decorado con motivos de hojas superpuestas estampadas en seco, con destellos plateados aquí y allá, como reflejos en el agua de un río. Quise extender el brazo y arrebatárselo de las garras—. ¡Vaya! —exclamó y se rio—. Lucian Darnay. Enviar este denotaría poco tacto.

—¿Qué?

—No puedo dejar que lleves justo este cuando visites a los Darnay —dijo, como si yo estuviera al tanto de la broma. Echó un vistazo al interior del baúl y asintió para sí, como si acabara de recoger las últimas mieses, y a continuación se dirigió a la cámara: arrojó el libro dentro y cerró con un sonoro portazo—. Debería bastar —agregó—. Si no está contento con ese lote...

—¿Los Darnay? —pregunté—. Me va a enviar con los...

—¡Ni lo menciones! —espetó dándose la vuelta—. No te atrevas a mencionarlo. A veces pueden oír, ¿sabes?, aunque no quede nada de lo demás, y no te imaginas los problemas que eso te podría ocasionar, como clientes histéricos que quieren recuperar sus libros, reencuadernaciones

o... No me digas que... No, claro, Seredith no te enseñó. Maldita mujer... —Suspiró—. Cuando lo veas, compórtate como si el nombre no te dijera nada. ¿Entendido?

Aquel rostro demacrado, sombrío y pálido... El destello de sus ojos negros, fieros como los de un halcón...

—¿Qué sucede? —dijo De Havilland entrecerrando los ojos. Se me pasó por la cabeza que, si él se había percatado pese a su estado de ebriedad, yo debía de tener mal aspecto—. ¿Qué ocurre? Cálmate.

—No puedo ir a ver a Lucian Darnay.

—No seas ridículo. Ni siquiera fuiste tú quien lo encuadernó, ¿no es así? Sea como fuere, lo más probable es que no lo veas. Darnay padre es quien importa. Tú límitate a mirarlos a todos con respeto y deferencia y no pasará nada —farfulló entre dientes—. Respeto y deferencia con esa cara... Que Dios nos asista.

No respondí. La sensación de desesperación y agotamiento del sueño que me decía que algo importante se me estaba escapando volvió con más fuerza que nunca. ¿Qué intentaba decirme? ¿Qué era lo que yo había estado buscando? Lucian Darnay estuvo a punto de volverse para decirme...

De Havilland bostezó. Buscó las llaves con torpeza y cerró la puerta de la cámara.

—Tiene la llave —dije—. Seredith la llevaba siempre encima. ¿Cómo...?

—Me la dio. —Se volvió para mirarme. Tenía una expresión serena y los ojos enrojecidos, pero en ese momento nadie adivinaría que estaba ebrio—. Los libros de un encuadernador son una responsabilidad sagrada. Como confidente y colega de ella...

—Pero ha dicho que son para los Darnay.

Él ladeó la cabeza, como si fuera a perdonarme un único error, no más.

—No te inmiscuyas en cosas que no entiendes.

—Entiendo lo suficiente. —Tragué saliva—. Oí a Seredith decir que no quería que usted tuviera los libros. Ella no se la dio, seguro que usted...

—No te atrevas a acusarme, muchacho. —Levantó la mano con un dedo hacia arriba; aquello fue más amenazante que cualquiera de las cosas que pudiera haber hecho—. Nada de lo que has visto esta noche te incumbe. Sácatelo de la cabeza. Si se lo cuentas a alguien... Bueno, será peor para ti. Esto es todo.

—La ha cogido del cadáver. —Me oí decir—. Sabía que era la única manera de conseguirla. La vio morir y después le quitó la llave del cuello porque eso era lo único que le importaba. ¿Por qué iba a dársela a usted? Seredith me la habría dado a mí.

La habitación estaba silenciosa como una tumba. Si hubiera podido retirar mis palabras, lo habría hecho.

—Creo que después de ver a los Darnay tendrás trabajo —dijo por fin en voz muy baja—. No

me gusta tu brío, muchacho. Me parece que habrá que domarte desde cero. —En alguna parte se derrumbó una pila de libros, que resbalaron con un ruido sordo, pero después el silencio se impuso de nuevo—. Vete a la cama. Fingiremos que has estado ahí toda la noche. Ya —ordenó. Yo me di la vuelta y comencé a subir la escalera; estaba temblando y él lo sabía—. Con respecto a tu inquietud, no te confié la llave porque los libros de esa cámara no eran asunto tuyo —soltó de forma tan repentina que casi di un traspies—. Sus secretos no son tus secretos. Métete eso en la cabeza o te vas a volver loco.

Pero recordé la certeza que había sentido. Él se equivocaba. Ahí había algo que sí me concernía, que era mío, estaba totalmente seguro. Tardé demasiado en averiguar lo que había estado buscando: el libro de Lucian Darnay. Una respuesta a un misterio que estaba en lo más hondo de mí, más que el corazón.

—Y sin importar lo que hubiera podido parecerle a cualquier desconocido, ella confiaba en mí porque soy su hijo. Y ya puedes olvidarte del supuesto amor que había entre ella y tú. Era fría como el hielo, y si piensas que fuiste algo más que su esclavo es que eres un necio.

IX

El sepulturero y el doctor llegaron temprano a la mañana siguiente. Amaneció con niebla y una humedad tan intensa que era como si se me metiera debajo de la piel, y la bruma también se me había colado en la cabeza. Los detalles surgían y desaparecían, tragados por la oscuridad: Ferguson sacudiéndose la humedad del abrigo en el suelo del vestíbulo mientras decía que menudo viaje para hacerlo de noche, que habían tenido suerte de que los caballos no se hubieran roto una pata, en un tono demasiado fuerte para aquella casa; un hombre que parecía más un carpintero que un enterrador estrechándome la mano con glacial firmeza y olor a menta; sus pisadas al pasar y después sus pasos torpes y dificultosos por el peso del ataúd cargado... Nos convocaron como testigos para la firma del certificado de defunción en el salón —«una mera formalidad», según dijo el doctor, como si fuera a ponerme demasiado nervioso y no pudiera estampar mi nombre en tan augusta compañía—, pero el resto del tiempo estuve esperando en el taller, junto a la estufa, mientras la llenaba de madera como si quisiera mantenerla ardiendo para siempre. Las palabras de De Havilland iban y venían por mis oídos. Estaba casi seguro de que Seredith me quería a su manera, pero si De Havilland era su hijo, tal vez la conociera mejor que yo. «Fría como el hielo...» Sentí que tenía vértigo: todo lo que creía saber sobre ella se estaba tambaleando, escapándoseme de los dedos.

Lo único que deseaba ahora era marcharme lo antes posible, pero cuando De Havilland me llamó desde el vestíbulo, con tanta impaciencia que parecía que hubiera estado llamándome a gritos durante horas, me costó Dios y ayuda ponerme en pie.

El doctor había venido en su propio carruaje y De Havilland y él se acomodaron en el interior mientras el enterrador —¿cómo se llamaba? Oaks, ¿no?— me ayudaba a cargar las cajas y los baúles en la cubierta. El cochero nos observaba con una torva indiferencia, como si se le hubieran helado los globos oculares. El único equipaje que se trajo De Havilland cuando llegó fue una bolsa pequeña, pero ahora el carruaje crujía con tanto peso. Reconocí el baúl y la caja que había llenado de libros, pero había más: una caja que tintineaba suavemente y otra de cuyo fondo goteaba tinta dorada. Vacilé, pero no había tiempo para buscar el bote que goteaba; además, en cualquier caso, ahora le pertenecía a De Havilland. Até las cajas para que no se movieran mientras este murmuraba irritado en el carruaje.

El sepulturero fue el primero en emprender la marcha. Me quedé mirando un momento la carreta cubierta de lona rodando despacio por la carretera; si no sabías quién era, podrías pensar que se

trataba de un granjero o de un artesano transportando su mercancía al mercado. Me pregunté si debería sentir algo, pues el cuerpo de Seredith se alejaba cada vez más y... nada. Ya en el carruaje, mientras veía el taller alejarse, fue cuando se me hizo un nudo en la garganta por la tristeza. De Havilland estudió mi rostro con aquellos pálidos ojos —una pobre imitación de los de Seredith— e intenté sostenerle la mirada. Ojalá consiguiera que apartarse la vista primero. Pero no pude. ¿De verdad había sido su esclavo? Tal vez la Seredith a la que yo había querido jamás había existido y yo había sido un necio. Me clavé las uñas en los muslos para intentar distraerme con el dolor. Él se volvió hacia Ferguson y continuó con su conversación, como si yo no estuviera.

Fue un viaje largo. Al cabo de un rato, se me revolvió el estómago por el bamboleo del carruaje transitando por aquella carretera llena de baches. Me alegraba de no tener que hablar, pero cuando la niebla se cernió sobre las ventanas y el frío me caló las extremidades me invadió una sensación cada vez mayor de irrealidad. Hasta el vaho que salía de sus bocas era más denso que el mío. Paramos a orinar una vez —para entonces habíamos rodeado las marismas y la carretera estaba bordeada por bosques a ambos lados—, pero la niebla entre los oscuros troncos de los árboles le confería a todo un aspecto tan remoto y sombrío que me entraron ganas de volver al carruaje. Sin embargo, cada minuto de marcha era una eternidad; la conversación de De Havilland y Ferguson no me resultaba interesante porque no conocía a la gente sobre la que cotilleaban, de modo que intenté abstraerme con el traqueteo de las ruedas. ¿Qué me importaban a mí lord Latworthy, los Norwood o los Hambledon?, ¿o si Honour Ormonde se casaba por amor o por dinero? Daría mi dedo meñique por gozar de un momento de silencio, aunque dejaron por fin de hablar y fue peor. Ahora, si así lo deseaba, tenía tiempo para reflexionar sobre Seredith, mi familia o adónde me dirigía.

Castleford fue alzándose a nuestro alrededor poco a poco; primero como siluetas emergentes y ecos apagados y después como sombras tras una densa niebla, impregnada de un miasma de aguas negras, humo de carbón y polvo de ladrillo. Pasamos por delante de una obra donde estaban cocinando una pila de ladrillos, que desprendía un humo acre que hizo que De Havilland tosiera y escupiera con cuidado en un pañuelo, y a continuación atravesamos calles más anchas en las que el tráfico circulaba con gran estruendo a nuestro lado, y en el humo se percibía ese asfixiante olorcillo a amoníaco del estiércol viejo. De Havilland cerró las cortinillas y nos sumimos en la semipenumbra mientras yo luchaba contra las náuseas, aunque eso no amortiguó el ruido: caballos resoplando y relinchando, hombres gritando, mujeres chillando, perros ladrando y un zumbido de ruedas y maquinaria de fondo componían una cacofonía imposible de distinguir. No recordaba Castleford así, pero, claro, llevaba meses viviendo en las marismas, donde ni siquiera el ruido de los animales rompía el silencio. Cerré los ojos y me imaginé el taller de Seredith, mi taller, abandonado, pero aún en pie y tranquilo, y me aferré a ese pensamiento como a un talismán.

Cuando por fin nos detuvimos, estaba agarrado y entumecido y me iba a estallar la cabeza. De

Havilland se apeó del carruaje y chasqueó los dedos desde la acera.

—Vamos, muchacho. ¿A qué esperas?

Había estado esperando a que el doctor se bajara antes que yo, pero se acomodó mejor en el rincón y me di cuenta de que se marchaba sin nosotros. Pasé con torpeza junto a él para bajarme y salí a la calle. El cochero siseó entre dientes por el frío y cruzó los brazos sobre el pecho. El carruaje no se movió.

Miré a mi alrededor, arrebujiándome en el abrigo para protegerme de una ráfaga de viento helador y ennegrecido. Estábamos en una calle de casas de ladrillo altas y de aceras amplias y despejadas, parcheadas de nieve sucia. Una barandilla delimitaba la parte delantera y los laterales de cada casa, cuyas puertas de entrada con escalones eran iguales. Había un laurel en una maceta esmaltada situada en la entrada de la casa más próxima y desde poco más de tres metros alcancé a ver que las hojas estaban cubiertas de hollín, como moho negro.

—Por el amor de Dios, deja de perder el tiempo.

De Havilland subió los peldaños y tocó la campana. Lo seguí con paso apresurado. Había una placa de metal junto a la puerta con un elegante grabado: «De Havilland, S. F. B.». No sé qué me había esperado, pero no esto.

Una mujer de aspecto severo con moño y unos quevedos colgados del cuello abrió la puerta y se hizo a un lado con una sonrisa para dejar entrar a De Havilland. Se le congeló la sonrisa al verme y esto fue lo único que dijo:

—Me alegra que esté de vuelta, señor De Havilland. El señor Sotherton-Smythe incluso amenazó con acudir a otro si iba a estar ausente mucho más tiempo.

—¿Con los libros de su esposa en nuestra cámara? Lo dudo mucho —adujo con una breve risotada carente de humor—. ¿Qué ocurre? Imagino que habrá descubierto lo de su última amante, ¿no es así? —Ella se aclaró la garganta, con la vista fija en mí, pero De Havilland agitó una mano en el aire—. No te preocupes, este es mi nuevo aprendiz. Acabará aprendiéndolo todo. ¿Has concertado una cita para ella?

—Todavía no, señor, pero le enviaré una nota con el correo de la tarde.

—Muy bien. La veré mañana, pero comprueba que haya satisfecho su última factura antes de escribirle. —Me precedió con paso firme por un pasillo embaldosado. A un lado había una puerta medio abierta con otra placa: «Sala de espera». Por la abertura vi una sala elegante de color claro, papel pintado con motivos de juncos y pájaros, una serie de periódicos en una mesa y flores fuera de estación en un jarrón de porcelana. Había otra puerta al fondo, pero no tuve tiempo de ver más, pues De Havilland se detuvo y me miró por encima del hombro con el ceño fruncido—. ¿Quieres darte prisa? Cualquiera pensaría que jamás has estado dentro de una casa. Por aquí.

La secretaria severa había desaparecido —pensé que estaba en otra habitación, al otro lado del pasillo, al oír el clic del pestillo—. Apreté el paso, de modo que le estaba pisando los talones a

De Havilland justo en el preciso instante en que atravesó una puerta oculta y salió a un patio angosto. Enfrente había un edificio asimétrico y destartado. Tras las mugrientas ventanas vi sombras yendo de un lado para otro. De Havilland se encaminó hasta allí, sorteando los charcos, y abrió la puerta con brusquedad.

—Este es el taller —dijo—. Tú dormirás en el cuarto de arriba. Bien, entra, muchacho.

Dio unos pasos por el lóbrego pasillo y empujó una puerta a su izquierda para abrirla. Había cuatro o cinco hombres en la habitación, todos trabajando en alguna mesa o con prensas. Uno de ellos se irguió, con un martillo en la mano, y se dispuso a decir algo, pero cuando vio que se trataba de De Havilland se tocó la frente y dijo:

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, Jones. Baines, Winthorn, en la calle hay algunas cajas que meter. Están en la cubierta del carruaje, delante de la puerta principal. Metedlas por detrás. Ah, el baúl podéis llevarlo a mi estudio. El resto, aquí. —Ni siquiera miró a los hombres, que interrumpieron su trabajo. Uno de ellos estaba cubriendo una esquina con piel y lo vi hacer una mueca al retirarla para que no se secase a medio terminar. Pasaron a toda prisa por nuestro lado, pero parecía que De Havilland continuaba sin verlos—. Jones, este es mi nuevo aprendiz. Dormirá arriba y trabajará contigo.

—¿Aprendiz de encuadernador, señor?

—Sí. Pero resulta que sabe hacer parte de... —De Havilland señaló la prensa de dos husillos de forma distraída—. De..., eh, los aspectos físicos, así que mientras aprende a encuadernar puede ser de utilidad aquí. —Se volvió hacia mí—. Te llamaré cuando te necesite. El resto del tiempo puedes seguir las órdenes del señor Jones. —Asentí—. Huelga decir que no se te permite entrar en la casa a menos que yo te llame. —Dio media vuelta y se marchó.

Un momento después oí la puerta dilatada raspar el dintel al cerrarse con un ruido sordo.

El hombre junto a la ventana levantó la cabeza y lo observó mientras cruzaba el patio, con la boca fruncida y resoplando de manera despectiva. Ninguno de los tres me dirigió ni una mirada, sino que, tras una pausa, retomaron su trabajo al mismo tiempo. Me metí las manos en los bolsillos para calentarme los dedos mientras esperaba a que Jones me preguntara mi nombre, pero se inclinó sobre la prensa de dos husillos y continuó golpeando con su martillo el lomo de un libro sin encuadernar.

Me aclaré la garganta.

—Señor Jones...

Alguien soltó un bufido. Cuando lo miré —era el hombre más próximo a la puerta, que estaba ladeando un libro para comprobar la definición del grabado que había realizado—, me devolvió la mirada con los ojos en blanco.

—No es Jones, sino Johnson. El muy cabrón no se molesta en aprenderse bien nuestro nombre.

—No se sabe bien ni el suyo —intervino otro sin levantar la vista—. De Havilland, ni de lejos es francés...

—Señor Johnson, pues.

Pero Johnson siguió sin responder. El otro hombre se encogió de hombros y dejó el libro sobre una mesa en un lateral de la habitación.

—Envuelve esto, ¿quieres?

Tardé un segundo en darme cuenta de que me hablaba a mí. Me abrí paso con torpeza por el pasillo entre las mesas de trabajo. Cuando llegué, él había regresado a su puesto, junto a la estufa.

—Papel marrón y lacre —dijo escudriñando una rueda de ornamentación—. Catalógalo con el nombre y el volumen y mácalo como «Cámara». Después rellena la tarjeta. Te enseñaré lo que hay que hacer con eso en un minuto.

—¿A quién acabas de terminar? —preguntó Johnson con despreocupación entre un martillazo y otro.

—A Runsham.

Todos se echaron a reír.

Cogí el libro. Era un volumen delgado y pequeño, de encuadernación holandesa en piel y papel marmolado. Tuve dudas, pero, dado que nadie me estaba mirando, lo abrí y eché un vistazo. En la guarda había un hilo deshilachado, pues no lo habían cortado bien, y no había hojas de cortesía antes de la portada. *Sir Percival Runsham. Vol. II*. Siguiendo un impulso, atrapé la guarda volante entre los dedos; la dirección del grano estaba mal. Lo hojeé y me detuve al azar. La letra era elaborada y de difícil lectura, llena de farragosas florituras.

... su oronda y rotunda figura, le di la enhorabuena a su esposo por su fecundidad, manifestada de tan espléndida manera, y le pregunté para cuándo la nueva incorporación; imaginad mi espanto y confusión cuando me respondió primero con desconcierto y más tarde con indignación...

—Una lástima que ese no sea para vender —dijo Johnson—. Algún coleccionista se carcajearía de buena gana con Runsham. —Le dio un último golpe al libro metido en la prensa y después comenzó a desenroscar los dos tornillos—. ¿Alguna vez lo has visto dar un discurso, Hicks? Yo lo escuché una vez en la asamblea pública, hablando sobre el tema de siempre, vociferando sobre los derechos de las clases bajas... Ese hombre no puede evitar ponerse en ridículo. No es de extrañar que se haga encuadernar dos veces al año. —Sacó el libro de la prensa, quitó los calzos de madera y examinó el redondeado lomo—. Así está bien. Bueno, ¿vas a envolver eso o eres demasiado encuadernador como para ocuparte del trabajo duro?

Tiré de una hoja de papel para acercármela y empecé a envolver el libro lo más rápido posible. Hice una labor torpe y pésima, y además me percaté de que no había escrito la nota con el nombre,

así que tuve que deshacer el paquete para revisarlo de nuevo. Por fin lo terminé. Derramé lacre sobre el nudo y lo sellé con un elaborado monograma de las letras «D» y «H». Tendría que haber sabido que De Havilland no era su verdadero nombre. Me recorrió una minúscula oleada de gozo; fuera cual fuese el apellido de Seredith, De Havilland había optado por cambiárselo. Ni la apreciaba, ni había confiado en ella ni la comprendió. ¿Qué sabía él si Seredith me quería o no? Pero la efímera calidez que sentí solo duró un instante; yo estaba aquí y eso carecía ya de importancia.

Después de etiquetar el paquete, el hombre de menor edad, ¿Hicks?, lo cogió y señaló un montón de tarjetas.

—Escribe el nombre, el volumen y la fecha en una de esas. En el margen superior derecho pon «Cámara». Y ahora sígueme. —Fuera, en el pequeño pasillo, había un saco colgado de la pared; metió el paquete dentro—. Los libros para guardar en la cámara van aquí. El banco envía el carruaje blindado solo una vez al mes, así que la puerta que da a la calle está cerrada con llave y no fumamos, ¿de acuerdo? Si pierdes un libro, pierdes el trabajo. Los libros para vender se guardan ahí, hasta que De Havilland los recoge. —Señaló la puerta que teníamos enfrente—. ¿Ves esa caja de ahí? Las tarjetas se introducen por esa ranura. La vieja las recoge para archivarlas. ¿Entendido?

—Eso creo.

—De acuerdo. —Los dos hombres que habían ido a por el equipaje cruzaron el patio a duras penas, pues iban muy cargados. Hicks les abrió la puerta mientras ellos resollaban y gruñían al meter las cajas en el taller—. ¿Qué es todo eso? ¿Tu pago por el contrato de aprendizaje?

—En cierto modo.

Hicks me miró boquiabierto, pestañeando, y cerró la boca de nuevo.

—Bueno, más vale que entres y te hagas valer —dijo un segundo después.

Me pusieron a limpiar las mesas —nada más pasar el trapo por la madera, se manchó de negro a causa del hollín de la estufa— y después a barrer. La luz se desvanecía deprisa y pensé que dejarían de trabajar al anochecer pero cuando estaba tan oscuro que ni se distinguía el polvo del suelo encendieron unas lámparas y continuaron con lo que estaban haciendo. Hacía frío en todas partes salvo al lado de la estufa, y el olor acre y grasiento del carbón me revolvió el estómago. No había comido nada desde el desayuno, pero nadie me preguntó si tenía hambre.

—Puedes vaciar el balde en el cubo de basura de atrás —dijo Hicks—. Está junto a la carbonera. Bueno, da igual, te lo enseño. Ya que vamos, puedes traer carbón. Atiza la estufa y después puedes retirarte por hoy, ¿qué te parece? ¿Te vienes fuera a fumar, Johnson?

Los seguí por el pasaje hasta el extremo del edificio. La calle era estrecha y había poca luz. Costaba creer que la hilera de casas altas y elegantes se encontrara justo al otro lado del patio del taller de encuadernación. Un batiburrillo de paredes, tejados sobresalientes de chapa ondulada y

cobertizos se sucedían a lo largo de la calle sin pavimentar y en el barro congelado se habían formado profundos surcos donde brillaban largas lenguas de hielo. Hicks señaló con el pulgar un cobertizo muy bajo. Vació el balde en el cubo de basura y comencé a cargar la carbonera. Había un perro aullando en las casuchas de enfrente. Alguien maldijo al animal y después a un bebé que empezó a berrear.

—Caballeros —dijo una voz aguda—, caballeros, por favor. —Levanté la mirada: una anciana se abría paso entre los surcos congelados llenos de porquería. Hicks lanzó una mirada a Johnson y apagó la cerilla que había utilizado para encender su pipa—. No me den la espalda, señores. Sé lo que piensan, pero no estoy pidiendo. Son ustedes encuadernadores, ¿no es así? Pues bien, tengo algo que les va a gustar.

—No somos encuadernadores —adujo Johnson—. Si quiere al encuadernador, llame a la puerta de la calle Alderney.

—Lo he intentado. La fulana de la puerta no me deja entrar. Vamos, señores, estoy desesperada. Pero prometo que tengo un material estupendo. Los hombres harán cola por mis recuerdos. De veras.

Hicks inhaló una buena bocanada de humo y la ceniza se iluminó en la cazoleta de la pipa.

—Es usted Mags, ¿verdad? Escuche... Es una buena oferta, pero no es nuestro trabajo. Aunque... —Se detuvo.

—Vamos. No les cobraré mucho. Un par de chelines por muchos años de recuerdos, nada más. Los mejores momentos. Todo lo que deseen. Sexo. Hombres azotándome. En mi calle hubo un asesinato y yo lo vi.

—Lo siento. ¿Por qué no prueba con los clandestinos? Puede que Fogatini esté interesado. En la esquina de Shambles y Library Row. Tal vez esté más...

—¿Fogatini? —Lanzó un buen escupitajo—. No tiene gusto. Me dijo que no vendió el del mes pasado, pero es solo una excusa; es más ruin que una rata.

—¿Dónde están sus hijos, Mags? —preguntó Johnson de repente.

—¿Mis hijos? Yo no tengo hijos. Ni me he casado nunca.

—Siempre ha vivido así, ¿verdad? —En su voz se apreciaba un deje de amargura que no era del todo fingido—. ¿Está segura de eso?

Ella parpadeó y se secó la frente con el interior de la manga con un gesto extraño y desencajado, y de pronto vi que no era la edad lo que había causado estragos en su rostro ni lo que provocaba aquel vacío en sus ojos.

—No está bien que se rían de mí.

—No me río de usted. Ya ha vendido suficiente. Márchese a casa.

—Solo necesito un par de chelines. Vamos, señores. Un fragmento genuino de la vida en las calles. Muchos duques y condes pagarían sus buenas guineas por eso. Es una bicoca.

—Mags... —Hicks dio con la pipa en el lateral del cobertizo, aunque no se la había terminado—. Ya nos lo has pedido antes, cuando Johnson, aquí presente, te llevó adentro para tomar una taza de té, ¿recuerdas? ¿O acaso todo eso se fue con lo demás la última vez? —Se hizo el silencio. Mags se pasó la mano por la frente—. Da igual. Váyase a buscar un modo mejor de ganarse el sustento o va a acabar desapareciendo.

—¿Ganarme el sustento? —Profirió una carcajada entrecortada y agitó el abrigo andrajoso hacia él como si fuera un pájaro negro—. ¿Cree que esto es ganarse el sustento? ¿Que esto es vida? Ya nada me importa, quiero que todo desaparezca; preferiría ser uno de esos lunáticos que babea a la entrada de la casa de Fogatini cuando se ha ido demasiado lejos. Quiero que no quede nada de mí...

Johnson se colocó delante de Hicks y la cogió del codo, haciéndola girar con tanta fuerza que una de sus piernas cedió y estuvo a punto de caerse al suelo.

—Ya basta. Como no se largue de aquí voy a llamar a la policía.

—Solo quiero un par de chelines. Bueno, o uno. ¡Seis peniques!

La llevó por la fuerza varios metros calle abajo y después la empujó. La mujer se tambaleó, lo fulminó con la mirada con pinta de querer escupirle en la cara, y después se alejó abriéndose paso por el mar de basura. La oí toser al doblar la esquina, un sonido grave y gutural, como si esa fuera su verdadera voz.

Johnson se encaminó de nuevo hacia nosotros con paso firme.

—Hace una noche de perros. Me voy adentro.

Hicks asintió y se guardó la pipa en el bolsillo. Ninguno me esperó; eché al cubo los últimos puñados de carbón y los seguí. Mientras cruzaban la puerta, Hicks dijo: «Entonces, ¿tiene hijos?», y Johnson respondió: «Tres, todos vivos. Estarán en el asilo de pobres mientras que algún afortunado bastardo lo aprende todo sobre el amor maternal». A continuación, la puerta se cerró tras ellos.

Después de atizar la estufa, cogí mi bolsa del rincón de la estancia.

—Arriba. La habitación del fondo —dijo uno de los otros.

Nadie me dio las buenas noches. Subí la escalera con las piernas temblorosas por el agotamiento. Cuando llegué a la pequeña ventana del rellano, vi mi propio aliento. Había hileras de escarcha en el mugriento cristal.

La habitación era minúscula y hacía un frío glacial. En un rincón había un camastro hundido con un par de mantas extendidas encima. Intenté no pensar en cuántos cuerpos habrían dormido ahí antes que yo. Atisé el destello de un orinal debajo y tomé aire de forma superficial, por miedo a lo que pudiera oler. Sin embargo, al cabo de un minuto el frío me resultó insoportable, por lo que me tumbé en la cama y me arropé con las mantas; apestaban a humedad y a moho, pero podría

haber sido peor. El colchón tenía bultos y el terliz estaba tan desgastado que sentía los pinchazos de las plumas. Tenía la sensación de que jamás volvería a entrar en calor.

Alguien gritó en la calle. Me eché las mantas sobre los hombros y me levanté a mirar, pero el único farol de fuera no alumbraba lo suficiente y el cristal de la ventana tenía demasiado hollín para poder ver algo. Quienquiera que fuese se había callado. Ya solo se oía algún ladrido esporádico y a un bebé llorando. Notaba ese matiz grasiento del carbón en las yemas de los dedos y rechinando entre las muelas. Cuanto más tiempo permaneciera aquí, más se incrustaría, hasta que no hubiera nada que lo eliminara por completo, hasta que incluso mis huesos estuvieran negros.

Cerré los ojos. Me sobrevino una imagen tan nítida como un recuerdo: Alta junto a la puerta de la vaquería dejando caer el balde con ojos gozosos y, a continuación, cruzando el patio corriendo para abrazarme. Casi podía oler el olor terroso y penetrante a amoníaco de la cochiguera y la espesa dulzura de la leche recién ordeñada derramándose del cubo volcado. En casa todo seguiría igual que antes de marcharme; seguiría siendo finales de verano, todo el mundo estaría igual, las labores que no había terminado continuarían aguardándome. O no. Ojalá pudiera remontarme más atrás, a antes de caer enfermo; justo al pasado invierno, cuando aún sabía quién era. Volver a cuando me preocupaba el zarzal del sembradío de arriba o si mi madre notaría que había usado su cuchillo bueno para desollar un conejo. Pero era una estupidez desear algo imposible. Abrí los ojos y me los sequé con la manga.

No podía irme a casa. Pero si seguía aquí dentro de unos días, De Havilland me enviaría con los Darnay para realizar mi primera encuadernación.

Tenía miedo. Darme cuenta de ello tendría que haberme allanado el terreno, pero en cuanto fui consciente supe que no podía huir. Después de mi estancia con los Darnay y de que todo terminara, entonces podría elegir. Quizá se me ocurriera otro lugar al que ir o encontrara un modo de regresar al taller de encuadernación donde debía estar. Pero hasta entonces tenía que quedarme. Si no, tendría miedo durante el resto de mi vida sin tan siquiera saber de qué, salvo que estaba relacionado con Lucian Darnay y las pesadillas.

Me tumbé en la cama. La almohada tenía una pátina cerosa debido a la grasa del cabello ajeno. Me encogí todo lo que pude para hacerme un ovillo y me quedé muy quierito, ignorando los bultos punzantes del colchón. Por fin comencé a entrar un poco en calor, pero el frío me mantuvo en duermevela. Mientras dormía oí portazos, los gritos de una pelea entre borrachos y el repiqueteo de los relojes por toda la ciudad, pero supongo que debí de acabar sumiéndome en un sueño profundo, pues cuando Hicks llamó a la puerta por la mañana me desperté desorientado y adormilado, esforzándome por recordar mi propio nombre.

X

Tres días después, De Havilland me mandó a casa de los Darnay. Me había convocado a través de una nota la tarde anterior, que me trajo al taller la señorita Brettingham, su secretaria. Cuando fui a verlo a aquella sala abarrotada y sobrecargada, con tantos cuadros que apenas se veían las paredes, estaba distraído examinando un enorme libro de contabilidad jaspeado mientras rebuscaba en un montón de facturas finísimas.

—Ah, sí, eres tú —dijo—. El señor Darnay te espera mañana por la noche. Le mandaré una entrega aprovechando la coyuntura, así que no te olvides de pedirselo a la señorita Brettingham. En su despacho, enfrente de la sala de espera. —Levantó la vista, me miró de arriba abajo e hizo una mueca—. Esta noche haré que te lleven ropa adecuada a tu cuarto. Asegúrate de lavarte, ¿quieres? —Hizo un gesto con la pluma para indicarme que me fuera y chasqueó la lengua, ya que salpicó de tinta las cuentas.

—Pero...

—No tengo tiempo. Salgo para casa de Latworthy a primera hora de la mañana y tengo mucho que hacer. Si tienes alguna pregunta, te ruego que se la hagas a otra persona.

—¿A quién?

—Esa, por ejemplo. Vete.

Cuando subí a mi cuarto al final del día, me encontré con un traje sobre la cama: gris claro y con un chaleco azul y una camisa limpia de cuello rígido. Resultaba tan fuera de lugar en aquella habitación sucia y pequeña que desde la puerta parecía como si un aristócrata se hubiera arrastrado hasta la cama para morir allí. Di un paso y al levantar la vela vi que también había unos relucientes zapatos, un sombrero y un estuche de color marfil que contenía unos gemelos y un botón de camisa de quita y pon. No era necesario que me lo probara para saber que sería incómodo y no me quedaría bien. Lo deposité sobre la parte del suelo que estaba más limpio y traté de ignorarlo, pero durante toda la noche tuve presente sus planas extremidades extendidas hacia mí.

A la tarde siguiente hice cuanto pude para limpiarme la suciedad y después me afeité con agua helada, pero no me había equivocado con respecto a la ropa, y cuando pasé por el taller Hicks me silbó y dijo en voz alta: «Eh, chicos, mirad al señorito», y los demás prorrumpieron en carcajadas. De Havilland había ido a casa de Latworthy en su carruaje y yo tuve que alquilar uno; era mi primera vez y estuve una eternidad en la acera de la calle Alderney esperando a que un

carruaje de alquiler se apiadara de mí y se aproximara para preguntarme si me había perdido. Por un instante creí que me había olvidado de la dirección de los Darnay. La señorita Brettingham me había mostrado la «entrega» —el baúl que De Havilland había llenado de libros— y yo la cargué en el asiento antes de montarme, deseando que ojalá lo hubiera mandado por correo.

Vi cómo dejábamos Castleford atrás, pero el corazón me latía tan rápido que solo percibí nítidamente algunos fragmentos en medio de la amalgama: una hilera de casas nuevas; un pórtico con columnas en una esquina; escaparates repletos de muestras de telas de vivos colores... Casi me creí que era todo un engaño y que si hubiéramos tomado otra ruta podría haber mirado a ambos lados y habría comprobado lo endeble que eran las casas, que no eran más que cartón pintado. Tampoco me reconocía a mí mismo. Era un impostor ataviado con un traje gris plata y un chaleco azul y con los dedos de los pies encogidos en los zapatos, pues eran demasiado pequeños. Procuré no imaginarme intentando encuadernar a alguien, pero no pude evitarlo. Iba a fracasar, no iba a ocurrir nada en absoluto; o, peor todavía, volvería a darme la fiebre del encuadernador y perdería el control, sumido en visiones siniestras y febriles, y me llevarían a un manicomio entre gritos. ¿Y si Lucian Darnay estaba allí, observando? Tampoco quería pensar en él. Me afloró un ligero regusto amargo de terror al fondo de la lengua.

El carruaje de alquiler continuó el viaje pasando el puente y dejando atrás el castillo —una enorme mole de piedra ocre medio derruida—; el tráfico se volvió más denso de repente. Otros carruajes se materializaron a nuestro lado, tan cerca que podías tocarlos. Durante unos minutos nos dejamos arrastrar por la corriente y después el carruaje aminoró por fin la velocidad y enfilamos una calle aledaña. Estaba tranquila y había hileras de plátanos de sombra desnudos bordeando la calzada.

—Aquí.

—¿Qué? —Estiré el cuello para oírlo.

El cochero señaló con su látigo.

—El número tres —dijo—. ¿Ve la «D» en la verja? Es ahí.

Me apeé del carruaje y me las arreglé para bajar el baúl a la acera, que cayó con un ruido sordo. Tan absorto había estado que no había pensado en cómo pagar el carruaje de alquiler; el pánico se apoderó de mí por un momento, pero ya me había metido la mano en el bolsillo y sentí el peso frío de un soberano en los dedos. Quizá De Havilland o la señorita Brettingham tuvieron la inesperada consideración de dejarlo ahí; o, lo que era más probable, quizá no se hubiera lavado el traje desde la última vez que alguien se lo había puesto.

El carruaje se marchó. Inspiré hondo. La verja que tenía ante mí se enroscaba como una enredadera y formaba una guirnalda de zarcillos de hierro que rodeaban la ornamentada «D». Había un camino de entrada de gravilla que atravesaba un invernal jardín dividido en cuarteles y llegaba hasta una gran puerta principal con vidrieras. La casa, de ladrillo rojo, tenía la puerta en

medio de la fachada y altas ventanas con cortinas tras las que se veía luz. Había urnas y tachones simétricos a lo largo de la parte superior, donde el tejado se unía con la fachada. Una casa tan grande debía de tener dos entradas, como la de De Havilland: una para los caballeros y otra para la gente corriente. Intenté recordar las instrucciones de la señorita Brettingham: «Sé respetuoso, pero no servil. Recuerda que representas al señor De Havilland». Su tono no había dejado duda alguna de que el señor De Havilland era un gran hombre y que yo poco podía hacer para estar a su altura.

Eso significaba que debía usar la puerta principal. Me agaché para coger el baúl y un dolor me atravesó los hombros. Unos meses antes no habría podido ni levantarlo. Tenía que dárselo al señor Darnay —«Antes de nada, entrégaselo a él y solo a él. A nadie más, ¿entendido?»—, pero no iba a poder más que meterlo en la casa. El sudor comenzaba ya a perlarne la frente. El cuello de la camisa me rozaba y me lo imaginé languideciendo y manchado de gris por el humo que flotaba en el aire.

¿Se había movido una cortina en una de las ventanas de arriba o me lo había imaginado? Me dije que me lo había imaginado, pero sentí una mirada siguiéndome por el camino y me alegré de llegar a la puerta principal. Apoyé el baúl contra el marco y conseguí tocar el timbre. Después me quedé inmóvil, con los brazos temblándome por el esfuerzo. La vidriera que tenía delante —una lámpara con la mecha encendida rodeada por una cenefa verde— vibró. Noté una especie de temblor en las rodillas, demasiado fuerte como para que lo hubieran provocado las vibraciones de las ruedas de los carruajes en el empedrado. Respiraba aceleradamente.

—Buenas tardes, señor —dijo alguien.

Pero daba igual quién fuera ella —una voz serena, una cofia de encaje, un grano en la frente—, pues en el vestíbulo que se abría a su espalda vi a Lucian Darnay, a mitad de camino de la escalera. El amarre del suelo se soltó y todo se sacudió sumido en un mar de oscuridad.

Sin saber cómo, me las arreglé para mantenerme en pie. De alguna manera, cuando Darnay — Lucian, no Darnay padre— me cogió el baúl y me condujo a otra estancia, logré seguirlo, tratando con todas mis fuerzas de no tropezar a cada paso. Incluso me oí a mí mismo responderle, aunque no sabía ni qué había dicho él ni qué respondí yo; conseguí sentarme y parpadeé hasta que volví a ver el mundo con nitidez. Estaba sentado a la mesa, un óvalo de ébano pulido y reluciente como un espejo. Era una habitación oscura y, a pesar de que entraba una luz apagada por las ventanas, habían encendido las lámparas. Había fuego en el hogar. La chimenea era del color de la carne cruda y vetada; el papel pintado era de la misma gama cromática, solo que más oscuro y salpicado de flores en burdeos. En la pared del fondo de la habitación había una vitrina llena de curiosidades. Entrecerré los ojos para mirar las figuras y distinguir lo que eran bajo el reflejo de

la luz de gas: un penacho de plumas; un montón de mariposas dentro de una campana de cristal; la incorpórea sonrisa de una enorme mandíbula... Todavía me pitaban los oídos, como cuando pasas el dedo por el borde de una copa, pero ya casi ni lo notaba y lo ignoré.

—Mi padre bajará en un minuto. ¿Quiere tomar algo? ¿Una copa de jerez? Me temo que acabamos de terminar de almorzar y la cena no es hasta las ocho.

—Gracias.

Fue un alivio que se diera la vuelta y se entretuviera con una licorera; suspiré prolongadamente y junté las piernas para impedir que me temblaran las rodillas. No se acordaba de mí. La primera vez que nos vimos me miró con desprecio. Ahora no había nada, ni un atisbo de remordimiento en sus ojos, ni rastro de odio ni de furia, solo un aire de desdén que, por el aspecto de su rostro, me imaginé que era habitual y nada tenía que ver conmigo.

—Tome. —Dejó la copa delante de mí y me obligué a mirarlo a los ojos.

—Gracias. —Mi voz surgió con más firmeza de la esperada. Bebí un sorbo de jerez y sentí el calor descendiendo por la garganta.

—Imagino que son para mi padre, ¿no es así?

—Sí.

Debería haber hecho algo para impedirle que abriera el baúl, pero manejó los cierres con tanta seguridad que no me dio tiempo a decir nada. Cogió cuatro o cinco libros y los volteó para echar un vistazo a los lomos antes de dejarlos de nuevo en el baúl con deliberado desdén. Se detuvo una vez, mirando con el ceño fruncido el libro que alcancé a vislumbrar cuando De Havilland los estaba guardando, pálido y salpicado de rojo y dorado, como si fueran ascuas sobre una mesa, pero al final lo lanzó de vuelta con más fuerza que los otros. Aproveché para observarlo mientras los examinaba. Había cambiado: las ojeras habían desaparecido y su rostro estaba más relleno. Tenía las mejillas sonrosadas, aunque esa tonalidad se tornaría rubicunda dentro de unos años, y en sus ojos había cierta opacidad, como de cristal manchado, pero era apuesto de todas formas. Me costaba creer que fuera el mismo hombre con el rostro demacrado y desolado que vi en casa de Seredith y que me provocó pesadillas.

Se abrió la puerta.

—Tú debes de ser el representante de De Havilland.

Me medio levanté, pero el hombre de cabello cano que estaba en la entrada agitó el dedo y me brindó una sonrisa rutilante y bondadosa.

—Siéntate, joven.

Pasó junto a su hijo y con ambas manos estrechó la mía. Noté la piel tibia y seca. Ahora que lo tenía más cerca vi que no era tan mayor como había pensado, a pesar de su rostro escuálido y su cabello blanco, si bien poseía un aura etérea, no exactamente frágil, sino cándida. Me resultó difícil imaginarme a aquel hombre al frente del imperio industrial de los Darnay.

—Qué encantador. Eres casi un muchacho. ¡Y ya encuadernas para De Havilland! No suelo ver muchos jóvenes de provecho.

Lucian Darnay señaló la puerta.

—¿Me voy?

—No, no, quédate. —Darnay padre me miró como si estuviera intentando verme el alma—. Una lástima que no haya podido venir él. ¡Veo que lord Latworthy me lo ha birlado delante de las narices! No importa, no importa, es un placer conocerte.

—Estoy seguro de que le habría gustado venir.

—Ja, qué disparate —dijo el señor Darnay, pero con una naturalidad que suavizó sus palabras—. Bueno, no cabe duda de que De Havilland te habrá hablado de..., ¡siéntate, Lucian!, de nuestra pobre Nell y de lo que ha sufrido. No es necesario —añadió levantando un dedo— hablar de su calvario delante de mi hijo, pues es demasiado delicado para oír los problemas de otras personas. —¿Eran imaginaciones mías el énfasis que había puesto o Lucian apretando los dientes?—. Pero me alegraré cuando vuelva a ser feliz.

—Me dijo que tenía una criada que necesitaba...

—Claro, claro. —Asintió, excusándose por mi torpeza—. Creo que lo indicado sería hacer una encuadernación sencilla. Verás, es una muchacha simple, sin demasiadas luces, aunque como es natural todos la apreciamos mucho. ¿Has dicho algo?

—No —respondió Lucian, que se sirvió una copa de brandi y se bebió la mitad de un trago.

En los ojos del padre brilló algo parecido a la tristeza, pero cuando se volvió hacia mí su rostro mostraba una expresión serena.

—No debería llevarte mucho tiempo. A fin de cuentas, es joven y las penas de los jóvenes se extraen con rapidez. Dejo los detalles de la encuadernación a tu criterio. Bastará con que me lo envíes dentro de una semana.

—¿Enviarlo? Pensaba que... La cámara...

—No, no. Aquí tenemos nuestro propio lugar seguro. Y ahora he de dejarte. Tengo asuntos que atender y me temo que no volveré a verte. Al menos en esta ocasión. Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse muy pronto.

Me dio una palmada en el hombro y salió con celeridad de la habitación.

—Eh, pero el señor De Havilland le envía estos... —Señalé el baúl, pero era demasiado tarde; la puerta ya se había cerrado.

Lucian lo miró mientras se marchaba.

—Encantador, ¿no le parece?

—Me alegro mucho de haberlo conocido. —Me percaté de que no me había preguntado mi nombre.

—Sí, desde luego, desde luego. —Inclinó la copa hasta que la última gota le cayó en la lengua

—. ¿Por qué habría de importarle cómo es? Siempre y cuando le pague bien... O a De Havilland.

—Es muy amable por su parte preocuparse por la felicidad de un sirviente —dije—. No todos lo harían.

Lucian se echó a reír, se sirvió otro brandi y se lo bebió de un solo trago.

—Es usted como un doctor, verdad —repuso sin entonar la pregunta—. Viene aquí, drena el forúnculo y ya. Un enorme y doloroso absceso, del tamaño de toda una vida. Después se lava las manos y finge que siempre ha olido a rosas. Y se marcha con los bolsillos bien llenos, hasta la próxima vez. Igual que un doctor. Todo por el bien de la humanidad. Salvo que en realidad usted lo hace porque a los hombres como mi padre les gusta el sabor del pus.

—Eso es repugnante.

—¿Lo es?

Aparté la mirada. Una sombra pasó por delante del cristal de la vitrina de curiosidades, como si algo dentro de ella hubiera cobrado vida, pero no era más que el reflejo de Darnay al cruzar la habitación hasta la chimenea y acercar la mano libre al fuego. Se le había caído el gemelo de la camisa y por la abertura del puño le vi las venas de la muñeca, los tendones, cuya piel era tan pálida que tenía un tono amarillento, como el marfil.

Cuando habló de nuevo parecía cansado, como si no valiera la pena el esfuerzo.

—Pues voy a mandar que la busquen. ¿Necesita alguna otra cosa?

—No.

Él se encogió de hombros un momento después.

—Como desee. ¿Aquí?

—Supongo que sí.

Lo único que necesitaba era una mesa y dos sillas, tal vez ni siquiera eso. ¿Qué me había dicho De Havilland el día antes de que Seredith muriera?: «Tan solo has de imponer tus manos sobre el sujeto y escuchar. Siempre y cuando tengas papel, pluma y tinta, y te asegures de que ambos estáis sentados y que tienes su consentimiento, es difícil que yerres». ¿Cómo podía bastar con eso? Una sensación de irrealidad me sobrevino, como cuando solía soñar que me elegían rey del solsticio de verano y me olvidaba de los pasos del baile. Era demasiado tarde para explicarle al señor Darnay que solo era un aprendiz y que no tenía ni idea de lo que tenía que hacer. Y pensar en cómo me miraría Lucian hizo que el sudor me perlara la nuca. Dejé la bolsa en el suelo, la abrí y saqué un montón de papel, una pluma y un bote de tinta. Los coloqué con esmero sobre la mesa. Aparte de eso, la bolsa estaba vacía. La factura de De Havilland estaba en el bolsillo interior.

Lucian tocó la campanilla.

—¿Cuánto tiempo necesita? —preguntó mientras esperaba a la criada.

—No lo sé con exactitud.

—Tengo entendido que De Havilland suele parar para tomar el té a las cuatro en punto.

—Yo no. Gracias.

—Muy bien. Le traeré algo de cena cuando Nell salga. Si necesita cualquier otra cosa, llame a Betty, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Durante un momento tuve la impresión de que estaba a punto de añadir algo, pero la criada entró y se dio la vuelta.

—Por favor, trae a Nell aquí. Y asegúrate de que no los molesten hasta que el señor..., perdone, ¿cómo...?

—Farmer —dije.

Tenía sentido que su recuerdo de haber visitado a Seredith hubiera desaparecido, junto con los que fuera que había en su libro, pero de todas formas era extraño tener que decirle mi nombre.

—Señor Farmer —repitió con un leve énfasis burlón, como si le divertiera—. Hasta que el señor Farmer llame para pedir la cena. —Por último, me miró de nuevo y una chispa de malicia afloró en sus ojos—. Buena suerte, señor Farmer. Espero que le resulte placentero.

Me di media vuelta y dominé las ganas de pegarle. «Placentero.» No era de extrañar que su padre lo despreciara. Me alegré de que abandonara la habitación por la puerta medio abierta después de la criada, de lo contrario me habría puesto en evidencia a mí mismo. Cuando se fue, me senté y me pasé las manos por el pelo para limpiarme el molesto sudor. Conservaba en la lengua el tibio regusto amaderado del jerez y un deje de bilis. Mi corazón parecía retumbar en cada rincón del cuarto y cada superficie se hacía eco de un timbre diferente: cristal, madera, mármol, papel pintado...

—Esta es Nell, señor.

Me puse de pie tambaleándome, como si me hubieran pillado echándome una siesta. La criada de más edad hizo una reverencia y se marchó, cerrando la puerta con un delicado clic que resonó más que un portazo.

Nell. No sabía qué me había esperado hasta que me invadió la sorpresa.

No tenía color. Daba la impresión de que la hubieran borrado, lo mismo que un dibujo a lápiz; era delgada y los huesos de la base del cuello se le marcaban y sobresalían; además, tenía el rostro vacío, como si fuera una estatua. Y era joven, más que yo y que Alta. Señalé la silla situada enfrente de mí —ese gesto me recordó a De Havilland con gran inquietud— y ella obedeció, pero sus movimientos eran extraños, sin vida, desprovistos de fluidez y esfuerzo. Estaba ausente. Tragué saliva. Recuerdo que Milly estaba en estado catatónico cuando fue a ver a Seredith, pero aquella era una calma diferente, feroz, como el ojo de una tormenta, y esto era simplemente dañino.

—Me llamo Emmett. Tú eres Nell, ¿no?

—Sí, señor.

—No tienes que llamarme señor.

No era una pregunta y ella no respondió. Debería haberme imaginado que no lo haría, pero me pareció un desprecio.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Sí, señor.

Esperé. Nada. Seguro que había sido bonita, si bien de un modo apocado; seguramente fuera tímida, recatada e irritante, igual que Alta a su edad. Pero no era nada. Me clavé una uña en la yema del pulgar.

—Entonces, ¿puedes decírmelo? —dije con tanta delicadeza como pude—. ¿Por qué estoy aquí?

—Está aquí para borrarle la memoria.

—Bien. —Ella tenía razón; era una forma tan buena como cualquier otra de expresarlo—. Sí. Si tú quieres que lo haga. Tu patrón, el señor Darnay... —Me odié a mí mismo por sonar tan pomposo—. El señor Darnay me ha dicho que estabas muy angustiada. ¿Es eso cierto?

Ella me miró. Si hubiera sido otra persona habría sido un desafío, pero en ella se asemejó a la mirada de un animal. Clavó los ojos en los míos hasta hacerme apartarlos.

Me picaba el cuello y era insoportable. Me pasé los dedos por la nuca y acto seguido paré, sintiéndome avergonzado. «... y te asegures de que ambos estáis sentados y que tienes su consentimiento.»

—Mira, todo cuanto necesito saber es que deseas que encuaderne tus recuerdos. Si no es eso lo que quieres...

Ella se mordió el labio. Fue un gesto insignificante, pero era su primera señal de vida.

El corazón me dio un vuelco. Me incliné hacia ella mientras intentaba no parecer ansioso.

—Si crees que puedes seguir como hasta ahora, no pasa nada, de verdad, no es nada malo —dije—. A la larga es mucho mejor. ¿Quizá te sientas lo suficientemente valiente como para vivir con lo que ha pasado? A lo mejor eres más fuerte de lo creías cuando pediste que...

—Yo no lo he pedido. Ha sido el señor Darnay.

—Ah. Bueno, sí, supongo. —Odiaba el sonido de mi propia voz intentando persuadirla, tratando desesperadamente de encontrar el modo de librarme de mi problema. Apreté los dientes y pensé en Seredith: ella querría que hiciera todo lo posible, no por mí, sino por esta niña triste, con su rostro delgado y su mirada vacía—. Lo que quiero decir es que la elección es tuya —dije procurando que mis sentimientos no se entvieran en mis palabras—. Nadie puede obligarte a hacer nada que no desees.

—¿No pueden obligarme?

—Por supuesto que no —empecé a decir, y entonces algo en su rostro cambió y guardé silencio. ¿Qué había sido aquella expresión fugaz? Había entrecerrado los ojos casi perceptiblemente,

como si hubiera dicho algo despreciable. Continuó mirándome. El vacío parecía ir y venir. Durante unos segundos creí ver desesperación, uniforme e indefinida como el desierto, tan vasta que era incapaz de calcular su magnitud. Después, ya no estuve seguro. Quizá fuera una muchacha simple. El señor Darnay había dicho que no tenía demasiadas luces. Estaba siendo melodramático, pero era comprensible, pues estaba nervioso y tenía un nudo en el estómago.

Ella bajó la mirada. Sus manos descansaban sobre el regazo, como si fueran guantes, con las uñas irregulares y los nudillos sucios. Su pecho apenas se movió cuando susurró:

—¿Qué quiere que haga?

Me apoyé en el respaldo de la silla. El borde del rígido cuello se me estaba clavando. «Está el pequeño detalle de manejar los recuerdos. Tienes que cerciorarte de que no ahondas demasiado...» Intenté apartar el miedo. Seredith creía que podía hacerlo; me dijo que era un encuadernador nato.

—Supongo que simplemente tienes que hablarme de ello. Con tus propias palabras.

—¿De qué?

—De lo que quieres que te libere.

Ella levantó los hombros un par de centímetros. Abrió la boca, pero no dijo nada, y al cabo de un largo rato le eché un vistazo al tirador de la campanilla. Podía llamar a la otra criada, dejarle un mensaje y salir por la puerta principal antes de que los Darnay tuvieran tiempo siquiera de oírlo. Me levanté. Los ojos de Nell me siguieron un segundo más tarde. Se me pasó vagamente por la cabeza que quizá estuviera ebria, pero no, pues lo habría oído o se habría percibido en su forma de hablar.

—Mira, Nell —dije encogiendo los dedos de los pies dentro de aquellos zapatos pequeños hasta que me dolieron—. No... No te puedo encuadernar. Me han enviado aquí..., bueno, por error. Soy aprendiz y nunca he... Le explicaré al señor Darnay que tú no tienes la culpa, que no tiene nada que ver contigo. Imagino que el señor De Havilland podrá venir dentro de unos días. Pero yo no puedo hacerlo ahora. Tal vez no debería haber dicho... No pretendía dar la impresión de que... —Callé y añadí con más calma—: ¿Entiendes lo que te digo?

Ella cerró los ojos.

—Sí —respondió con voz lejana.

—Te pido disculpas —le dije tan rígido como el cuello de mi camisa.

Ella no se movió. Vi que algo brillaba en sus mejillas y me di cuenta de que estaba llorando, inmóvil y fría como una estatua bajo la lluvia. Me di la vuelta y me sorprendí de repente delante de la vitrina. Había una intrincada caja china junto a algo pequeño y arrugado, como una ciruela pasa. Me acerqué más y vi que era una cabeza diminuta con conchas cosidas en las cuencas de los ojos. Me giré de nuevo hacia Nell.

—Vamos a quedarnos aquí sentados un rato. Después tocaré la campanilla y se lo explicaré al

señor Darnay. —No podía llamar aún; iba a dar la impresión de que ni siquiera lo había intentado.

—¿Quedarnos sentados?

—Bueno, sí, para... para descansar.

Ella parpadeó y le rodaron lágrimas nuevas por las mejillas que le cayeron por la barbilla. Se las secó de forma brusca con el delantal y por un instante vi a la niña que fue. No, a la niña que era.

—¿Descansar? ¿Aquí?

Sonaba ronca, como si por fin hubiera aflorado a la superficie algún sentimiento, pero no sabía cuál era.

—Sí. Si quieres.

—Yo... —Se atragantó a mitad de la palabra, como si decirlo fuera demasiado peligroso; entonces asintió y la máscara de apatía le cubrió el rostro una vez más.

—Bien. —Exhalé tan despacio como pude para intentar aliviar la tensión del estómago.

Acerqué la silla para poder contemplar el fuego sin estirar el cuello y me senté a su lado. Las llamas habían perdido intensidad y se habían convertido en pequeñas lenguas rojizas y doradas con la base azulada que brotaban cuales setas de los troncos, crepitando, encogiéndose, propagándose y multiplicándose. El hogar irradiaba un relajante calor que me atenuaba los dolores de las piernas y la tensión que tenía desde el viaje hasta Castleford. Si alzaba la vista, el dibujo del papel pintado se tornaba borroso y luego cobraba nitidez de nuevo, pasando sin cesar de ser manchas a unas intrincadas florituras del color de la carne despellejada. Las lámparas de gas danzaban y susurraban. Nell empezó a repisar con la misma cadencia pausada que yo.

Por fin, tras largo rato, el reloj dio la hora. Miré a Nell, que tenía la vista fija en la pared con tal intensidad que me pregunté si estaría durmiendo con los ojos abiertos.

—Debería llamar a la criada —dije en voz baja—. ¿Estás lista para volver a tu trabajo? —No respondió, de modo que me levanté y me arrimé a ella—. ¿Nell?

Nada. Aunque estaba despierta, de eso estaba seguro. Quizá se había sumido en el mismo estado de trance que me había invadido a mí, arrullado por el silencio y el calor. La miré con el corazón encogido por lo bella que debía de haber sido.

—¿Nell? —repetí, y le posé una mano en el hombro con suavidad.

El mundo se tambaleó, empezó a dar vueltas y acto seguido se puso del revés.

XI

La pena era como un río gris que me arrastraba y me sumergía en una vida ajena, a tanta velocidad que no alcanzaba a vislumbrar más que efímeros atisbos. Los días pasaban volando. Las noches estallaban y desaparecían como oscuros fuegos artificiales. Yo no existía, sino que formaba parte de la gélida corriente; un observador que podía ver, pero no hablar. ¿Qué estaba pasando? Traté de encontrarme a mí mismo —busqué a tientas mi nombre, mi cuerpo, cualquier cosa—, pero no había un «a mí mismo» y, por tanto, tampoco un yo.

Una nebulosa grisácea. La sensación de velocidad estuvo a punto de desintegrarme. Después fue aminorando poco a poco. Podía ver y podían verme; era otra persona y estaba contemplando un mundo extraño, sesgado por la visión de unos ojos ajenos, por la escarpada alteridad de la joven. Todo era igual, pero al mismo tiempo tan diferente que me entraron ganas de gritar; si existiera, si hubiera suficiente de mí para tener miedo. Ahora todo estaba en calma, repleto de detalles en los que jamás habría reparado y que se volvían difusos si miraba con más atención. ¿Había reconocido...? Pero estaba demasiado mezclado con ella como para saber lo que yo mismo sentía. Solo sabía que ella estaba delante de una puerta con una vidriera en el centro, una lámpara encendida y una cenefa. Estaba encantada y emocionada y sentía cierto calor en la boca del estómago. Percibí su mano agarrando el tirador de la campana, lo extraño que resultaba, como si fuera un guante ajeno.

Las cosas avanzaron de nuevo con celeridad. Escuché una voz que parecía un grito arrastrado por un fuerte vendaval: «¡Esta puerta no, por la de atrás!», y entonces se perdió y una bruma grisácea se tragó la escena seguida de una avalancha; más imágenes y atisbos vívidos como un sueño febril que cada vez eran más oscuros por unas sombras no del todo visibles. Un minúsculo dormitorio abuhardillado con las paredes grises y el yeso desconchado. Frío. Noches de agotamiento, al borde de la extenuación. Un hombre mayor, más joven de lo que aparentaba, que era amable con ella. Un rostro con luces y sombras que a duras penas sabía que ella estaba ahí. Una mujer pechugona con un delantal que la abofeteaba en la mejilla y le daba bizcocho de especias con la misma mano a la vez. Marcas de humedad en los azulejos, una humedad que te corroe las rodillas como si fuera lejía. El viejo dándole un apretón en el hombro. El dormitorio otra vez. Sin llave en la puerta. La mirada fija en la pintura sucia y descascarillada mientras metía un dedo en la cerradura, tratando de alcanzar el mecanismo interno con la uña... sin fortuna. El invierno; el trabajo infinito; el cubo de carbón, que hacía que se le saliera la articulación de

hombro; el viejo sentándola: «... una mancha en la cara, querida. Mi pañuelo...». Y el dormitorio y la escarcha en la oscura ventana y el viejo: «No pongas esa cara de sorpresa, te he traído...». Carbón. Yacer despierta, muerta de frío, casi deseando que él volviera, rezando para que no lo hiciera. El pomo de la puerta, los puños apretados mientras giraba, el viejo: «¿Tienes frío otra vez?».

No. Un halo gris a su alrededor que la silencia y la asfixia. Deja de sentir. No.

Una mañana fría. Tiritones. «¿Qué te pasa? Vaya, muchacha.» Vómitos y más vómitos. Sin tiempo para secarse el uniforme. El tacto húmedo de un paño mojado sobre la piel. Los suelos ensuciándose mientras miraba. El polvo volviéndose más denso en la repisa de la chimenea, como si fuera nieve. Locura. El dormitorio. El viejo. El olor del orinal. Piensa en el olor, piensa en lo que comes y en lo que salió por el otro extremo, piensa en cualquier cosa menos en esto. No.

Arañas en los rincones, bultos negros. Bichos trepándole por los brazos, invisibles. Mugre bajo las uñas. Límpiatala. El sol caliente en el cuello. La primavera la pilló desprevenida. Pero todo era gris, seguía siendo gris. El asfixiante olor a lilas.

Una casa de verano. El hedor a cojines mohosos. Temblaba demasiado y no podía abrocharse los botones. El dormitorio otra vez, un calor sofocante, el sudor resbaladizo de un hombre en su cara. El dormitorio, el estudio, el sepulcral silencio del verano y la succión de la carne mojada contra la suya. El dormitorio. Otoño. Ahora está borroso. Destellos grises en su dormitorio, una y otra vez, contornos desdibujados. Invierno.

El viejo. El viejo. El viejo.

Resollé. El aire me entró en los pulmones como el ácido. El estudio danzó ante mis ojos, se movía y lo veía todo doble, como si estuviera ebrio. Pero estaba aquí, volvía a estar presente, y la pesadilla era...

Real. Seguía siendo real. Pero ahora no estaba dentro de ella.

Nell estaba enfrente de mí. Tenía los ojos cerrados. Yo hice lo mismo para no verla, pero en la oscuridad de los párpados podía ver sus recuerdos; ya estaban desvaneciéndose, se alejaban y se convertían claramente en los de otra persona, pero seguían lo bastante cerca como para hacerme estremecer. El viejo. Darnay. Estando dentro de su mente se había negado a darle un nombre, aferrándose a «el viejo» como si fuera el único resquicio de poder que tenía sobre él. Pero se trataba de Darnay. Ese bondadoso brillo en sus ojos, la calidez, el placer despreocupado e inmoral... Se me puso la piel de gallina. Me había resultado un hombre agradable. Y a ella también. Antes de...

Intenté respirar hondo y tosí. Me dolía estar de nuevo en mi cuerpo. Pero el dolor era bueno, significaba que existía, que ella y yo éramos independientes.

—¿Señor?

—¿Qué? —Levanté la vista y parpadeé hasta que mi visión se estabilizó.

Ella estaba medio de pie medio sentada, suspendida entre la silla y la mesa, como si no supiera dónde se encontraba.

—¿Deseaba alguna cosa? Lo siento, debo de haberme quedado dormida. Aquí hace mucho calor.

—¿Qué? No. No te has quedado... Eh...

—¿Está indispuerto, señor? ¿Quiere que llame a alguien?

—No, no. Gracias. Solo necesito un poco de tiempo. —Tenía la voz ronca, como si no hubiera hablado en días—. Nell...

—¿Sí, señor?

Bajé la mirada. Mi reflejo en la mesa de ébano era como una luna difuminada en un cielo negro. Las sombras se arremolinaban en las profundidades y se alejaron danzando en cuanto las miré fijamente. Me erguí de golpe, pues de pronto temí que me tragaran. Nell se retorció el bajo del mandil y me miraba como si estuviera a las puertas de la muerte.

—Por favor, vete y descansa —le dije—. Estarás cansada. El señor Darnay... —Tartamudeé al pronunciar el nombre, pero ella ni siquiera se inmutó—. El señor Darnay dijo que podías hacerlo. Alguien se encargará de hacer tu trabajo.

—Ah. —Frunció el ceño—. Gracias, señor.

Se dio la vuelta, se detuvo un instante de repente y después se marchó sacudiéndose el mandil, como si lo único que hubiera hecho fuera barrer la chimenea.

La puerta se cerró. El sonido me retumbó en los oídos y se tornó en un zumbido seguido de un rugido que ahogó todo lo demás. A continuación, desapareció por fin y oí el crepitar del fuego y el susurro de la luz de gas, los débiles golpes y las voces de la gente en las demás habitaciones. El reloj señaló un cuarto de la hora, terminando con un repique chirriante que fue cobrando intensidad. Respiré hondo para poner a prueba mi cuerpo en busca de alguna señal del regreso de mi vieja y familiar enfermedad. La oscuridad se apoderó durante un instante de mi visión periférica, pero sentí que la enfermedad pasaba mientras exhalaba, dejando a su paso nada más que agotamiento.

Me levanté para tocar la campanilla y llamar a la criada, de forma que pudiera avisar a Lucian Darnay, pero me detuve con la mano estirada e hice una mueca al notar un regusto amargo en la boca. La chimenea; el reflejo de la luz de gas en las puertas de cristal de la vitrina; el reloj de pie, con su petulante luna balanceándose; la gruesa alfombra persa del suelo... Fijé la mirada en los ojos inexpresivos de los perros de aguas de porcelana de la repisa de la chimenea y sus ondulados bigotes. Yo les había limpiado el polvo a esas figuritas y había ardido en deseos de estampar alguna contra la pared, pero me dio demasiado miedo hacerlo. Había pulido la chimenea,

desesperado por terminar antes de que el viejo entrara; notaba la arenilla del betún debajo de las uñas, las manchas que me descubrí en los muslos después de... Todo estaba contaminado con los recuerdos de Nell.

Cogí la bolsa. A su lado, en la mesa, había un fajo de pliegos; un montón ordenado de páginas sin coser con profusión de líneas de escritura. Contuve el aliento. Yo había hecho eso. No lo recordaba, pero debía de haberlo hecho, ya que se trataba de mi letra. Parpadeé y sentí de repente dolor de muñeca. Desde luego que había sido yo, ¿quién más podría haber sido? Tardé un buen rato en poder dominarme para acercar la mano y coger el montón de papeles. Los metí en la bolsa y me la cargué al hombro.

No me detuve a pensar en qué sucedería cuando descubrieran que me había ido ni qué diría De Havilland cuando se enterara de que había huido. Salí con sigilo al pasillo con el corazón latiéndome tan fuerte como si fuera un ladrón. El vestíbulo se encontraba al otro lado de la arcada del fondo del pasillo, embaldosado en blanco y negro, con una serie de helechos a un lado y una figura detrás de ellos, que se quedó paralizada al verme. Me di cuenta de que era un espejo. La escalera se curvaba hacia arriba y estaba repleta de retratos, pero no me paré a mirar, pues me encaminaba con celeridad hacia la puerta principal. Me incliné para abrir el primer cerrojo y traté de hacer lo mismo con el siguiente. Se me enganchó el codo en un paragüero de porcelana y el ruido de la base al arañar el suelo de mármol resonó con fuerza.

—¿Adónde va? —dijo una voz fría y curiosa que hizo que se me escurriera el cerrojo.

Me di media vuelta y vi a Darnay, pero al joven, no al viejo. Eso me sorprendió.

—Me marcho —respondí.

—¿Adónde? Cenamos dentro de una hora. De Havilland siempre se queda.

—No.

—No puede irse todavía —adujo—. Aunque no tenga hambre, mi padre querrá verlo antes de que se marche —aseveró. Yo meneé la cabeza—. ¿Está enfermo?

Abrí la boca para responder, pero ¿para qué? En su lugar me volví hacia la puerta y tiré del pestillo con todas mis fuerzas. Cedió tras resistirse un segundo y acerqué la mano al tercero.

—Por el amor de Dios, deje que la criada le traiga algo de cenar. Después vendrá mi padre, le pagará y entonces podrá irse.

El cerrojo se deslizó hacia un lado con un súbito chirrido. La sombra de Lucian cayó sobre mí y sentí su tacto en el hombro. Me giré de golpe a ciegas y le di con el puño en las costillas. Lucian se tambaleó y se agarró a mí.

—Tranquícese. Solo...

El aliento le olía dulce por el alcohol. Forcejeé con él durante un segundo, jadeando. Su rostro se volvió borroso al tiempo que los recuerdos de Nell se superponían de forma súbita; él jamás le había prestado atención, nunca le había ofrecido ayuda.

Lucian tiró del asa de mi bolsa y esta se rompió. Me tropecé y aterricé de rodillas. La bolsa se abrió y esparció su contenido. Las páginas de Nell volaron por doquier, como una tormenta de alas blancas, y fueron cayendo al suelo despacio. En medio del silencio, una puerta se cerró en otra parte de la casa.

Él fue el primero en moverse. Miró a su alrededor de manera furtiva, como si temiera que alguien lo hubiera oído, y después se levantó y se puso a recoger los papeles a puñados, sin muchos miramientos.

—Vamos, ayúdame, ¿quieres? —dijo.

Pero cuando me levanté, él estaba recogiendo ya los últimos de la mesa auxiliar y metiéndolos en la bolsa con el resto. Cuando hubo terminado, pensé que iba a entregármelo, pero se dio la vuelta.

—Puedes esperar en el estudio. Vamos.

Regresó por donde yo había venido, sin volver la cabeza para mirar por encima del hombro, y yo lo seguí con impotencia. Él estaba sudando; el pelo se le pegaba en la nuca por la humedad y tenía el borde superior del cuello de la camisa manchado de grasa.

Lo seguí al estudio. Lucian dejó mi bolsa sobre la mesa. Algunas esquinas blancas asomaban por arriba, arrugadas y dobladas. Echó un vistazo al reloj y me ofreció sin hablar otra copa de jerez. Yo vacilé, pero la acepté. Me vio beber y después se sirvió más brandi.

—¿No ha ido bien?

No respondí.

Lucian se terminó su brandi y se dedicó a observarme mientras acariciaba con aire distraído la licorera.

—Los encuadernadores —dijo con un tono de voz nuevo, casi cordial, como si fuera el anfitrión y yo su invitado— me dais escalofríos. ¿Cómo es entrar en la mente de alguien, cuando están desnudos e indefensos y estás tan cerca que puedes saborearlos? Debe de ser como follar por encargo. ¿No es así? —Pero no esperaba que yo respondiera—. Y después vas a arrastrarte ante hombres como mi padre, buscando más. —Silencio; solo el fuego crepitando y susurrando en el hogar—. Hay un creciente comercio de falsificaciones, ¿sabes? ¿Te preocupa eso? —Hizo una pausa, pero no pareció sorprenderse de no obtener una respuesta—. Nunca he visto una. Bueno, que yo sepa, pero siento curiosidad. ¿De verdad se pueden diferenciar? Las llaman «novelas». Deben de ser mucho más baratas de elaborar. Verás, se pueden copiar. Se utiliza la misma historia una y otra vez, y, siempre que tengas cuidado con cómo las vendes, te saldrás con la tuya. Le hace a uno preguntarse quién las escribirá. Supongo que gente que disfruta imaginando desgracias. Gente que no tiene escrúpulos en cuanto a la falta de honestidad. Gente que puede pasarse días escribiendo una extensa y triste mentira sin perder la cordura. —Golpeó la licorera con la uña de un dedo para acentuar lo que había dicho con un débil tintineo—. Mi padre, como es natural, es un

experto. Afirma que reconocería una novela al instante si la viera. Dice que un libro auténtico desprende un aroma a... Bueno, él lo denomina «verdad» o «vida». Yo creo que posiblemente se refiera a «desesperación».

En la pared, junto a la ventana, colgaba un oscuro paisaje con un marco recargado: montañas, una espumosa catarata y un puente medio en ruinas cubierto de hiedra. Me concentré en la imagen. Deseé estar ahí, sobre el agrietado parapeto de piedra, donde el murmullo del agua ahogara la suave voz de Lucian.

—Por otro lado, me surgen preguntas sobre vosotros —prosiguió—, los encuadernadores. ¿Cómo es robar un alma? ¿Coger la tristeza y volverla inocua? ¿Curar una herida para que pueda ser infligida nuevamente, por primera vez?

—Eso no...

—Le decís a la gente que la estáis ayudando. Os lleváis el dolor, hacéis desaparecer las cosas malas. Qué honrado todo. Visitáis a las viudas de luto, a las solteras neuróticas, mitigando los excesos emocionales... —Meneó la cabeza—. Hacéis que todo sea soportable y nada más puede hacerlo. ¿Estoy en lo cierto?

—Eh...

Lucian profirió una carcajada y paró de forma tan abrupta que el silencio reverberó como si fuera el eco.

—No —dijo al final—. Os escondéis detrás de eso. Si eso fuera lo único que hacéis... —Refunfuñó entre dientes—. De Havilland ve a las mismas criadas una y otra vez. Mi padre tiene estanterías enteras repletas de libros. —Levantó un dedo acusador—. Mary, cinco años. Marianne, tres. Abigail, Abigail, Abigail... No recuerdo cuántas veces porque era una de sus favoritas. A Sarah dos veces. Y ahora a Nell. Y volverá a ella una y otra vez, hasta que sea demasiado mayor. Y tú volverás a verla cada año, y cada año la historia será la misma y se la arrebatarás para que mi padre se regodee en ella una y otra vez; para él es un placer doble leer la historia desde la perspectiva de ella y después hacerlo todo de nuevo, como si nunca la hubiera tocado.

—No.

—Sí, Farmer. —Su voz era como un escalpelo, tan afilada que apenas tardé unos segundos en sentir el dolor—. ¿Por qué crees que te paga tanto? Es su vicio, un pequeño vicio travieso y malvado. Y cuando se marchan están secas, encuadernadas para siempre para que no recuerden nada; negarán incluso que alguna vez las haya tocado, le dirán a todo el mundo que es un hombre encantador y maravilloso, y si alguna vez alguien intenta hacer algo para detenerlo, él se ríe. ¿Entiendes? Se ríe porque está a salvo. Cuando lo descubrí, me mandó lejos y me dijo que tenía suerte de que no me metiera en el manicomio. Y eres tú. Sí, tú, Farmer, y el resto de los tuyos, De

Havilland y sus amigos, que permitís que lo haga. Por eso está a salvo. Porque tú vienes y le haces el trabajo sucio.

—No, no, no siempre es así, no es así como debería ser.

—Me pones enfermo. Ojalá estuvierais todos muertos. Ojalá tuviera agallas para matarte ahora mismo.

Lo miré a los ojos. Ahora lo reconocía: tenía la misma expresión con la que me miró en el taller de Seredith, rebosante de odio, como si odiar fuera lo único que pudiera hacer. Vi por un instante las altas ventanas detrás de él, la intensa luz de las marismas, y contuve la respiración.

En ese momento se lo habría contado. Quería hacerlo. Deseaba que el fantasma de Seredith lo atormentara. Ella le había ayudado y ahora estaba muerta y él se alegraba; deseaba ver la expresión de su rostro pasar del desprecio al miedo, quería que se sintiera avergonzado. Abrí la boca. Merecía saberlo. Pero de repente, de forma involuntaria, vi a Seredith —justo antes de que falleciera, aferrando con la mano la llave que llevaba colgada al cuello y negándose a entregarla — y no pude pronunciar las palabras. Daba igual cuánto deseara escupírselo a la cara, pues no podía hacerlo. Le di la espalda.

—Hablo en serio —dijo—. Te mataría si no fuera tan cobarde.

Se oyó el suave susurro de un ascua al apagarse en la chimenea. Una de las lámparas de gas llameó y por un momento la estancia pareció una versión distinta de sí misma, repleta de una misteriosa luz. Cuando la llama se estabilizó de nuevo, nada parecía real, ni siquiera Darnay, que me estaba fulminando con la mirada. De repente estaba muy cansado.

—Sería de esperar que lo hiciera —repuse, pues parecía que no había nada más que decir. Cogí la bolsa de la mesa donde él la había dejado.

—¿Qué estás haciendo?

—Me voy.

—No puedes. Tienes que ver a mi padre. —Extendió un brazo para intentar bloquearme el camino; se estaba tambaleando y el puño abierto de la camisa se agitaba como un ala sucia.

Bajé la mirada a la copa que sujetaba, inclinada de tal forma que las últimas gotas se acumulaban en el borde, y acto seguido lo miré a la cara. La oscuridad se apoderó de mi vista.

—Si lo desea, dígame que me he sentido indispuerto.

—Se pondrá furioso... —Se interrumpió—. Mira, tienes que obedecerme. Se te ha pagado por estar aquí. Eres un criado.

Ardía en deseos de golpearlo, pero, al mismo tiempo, quería abrocharle el puño, como si fuera un niño.

—Preséntele sus quejas a De Havilland —repliqué, y lo rodeé de camino a la puerta.

—Espera. ¡Espera! Vuelve ahora mismo.

Me detuve delante de la puerta. Lucian trató de agarrarme del hombro, pero, como me lo

esperaba, me retorcí de manera brusca para zafarme de él. Se tambaleó y unas gotas de brandi salpicaron el papel pintado de la pared.

—Por favor —imploró. En sus ojos vi un brillo frenético, más serenos de lo que me había imaginado.

—Me marchó. Lo siento, Lucian.

Él parpadeó.

—¿Qué?

—He dicho que... No importa. Adiós.

Me dispuse a abrir la puerta, pero Lucian alargó el brazo y la cerró de golpe. No sabía que era capaz de moverse con tanta rapidez.

—He dicho que esperes —espetó. Le ardían las mejillas y apestaba a brandi, pero su voz fue clara de repente y me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Me acabas de llamar Lucian? ¿Quién te crees que eres?, ¿mi amigo?

—No, por supuesto que no.

—Desde luego que no. No te olvides de cuál es tu lugar. Eres el proxeneta de mi padre, ¿recuerdas? No eres nadie. —Se irguió completamente—. ¿Cómo osas hablarme de esa manera? Cuando le cuente a De Havilland que...

—Cuéntaselo. No me importa.

—Te va a echar a la calle. Mi padre se asegurará de ello. Qué altivo, qué impertinente... —Se detuvo, resollando—. Un hombre, un muchacho como tú...

—Así te llamas, ¿no es verdad? —dije lo más calmado que pude—. No es más que un nombre.

—No somos iguales, Farmer. ¿O debería dirigirme a ti como...? —Se interrumpió, como sorprendido por un momento por no saberse mi nombre de pila.

—Puedes llamarme Emmett, si lo deseas —dije—. Me importa un rábano cómo me llames. Y no, no somos iguales. Tú te crees mucho mejor que yo, pero si supieras... —Me callé, pues su expresión se había tornado extraña.

—Emmett —dijo—. Emmett Farmer. —Frunció el ceño sin apartar los ojos de mi cara, como si estuviera intentando recordar.

El corazón me dio un vuelco.

Lucian se volvió hacia el baúl de libros sobre la mesa. Se inclinó, cogió uno, luego otro y los fue dejando a un lado. Sus movimientos eran pausados, casi elegantes, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Por fin cogió el que antes había estado mirando, una encuadernación en piel, de un blanco cremoso salpicado de oscuras incrustaciones con el borde rojo dorado, como si hubieran caído unas ascuas encima y hubieran perforado la superficie. Parecía dañado. Casi sentía los dedos de Lucian sobre la piel de becerro.

—Emmett Farmer —dijo con un tono frío y especulativo—. Sabía que había visto tu nombre en

alguna parte. —Le dio la vuelta deslizando las manos por la pálida piel y después dirigió el lomo hacia mí.

No me moví. Sus ojos firmes me retaron a reaccionar.

«Emmett Farmer.»

Una parte de mí había sido consciente de ello. La parte de mí que había adolecido de vacío y tristeza, que había tratado de encontrar el libro, mi libro, la noche previa a la llegada de De Havilland. No era a Lucian a quien había estado buscado, sino a mí mismo.

La fiebre del encuadernador. Las pesadillas, la enfermedad. De Havilland lo había llamado fiebre del «encuadernador encuadernado». De repente el nombre tenía sentido. Había enfermado porque era encuadernador. Cuando Seredith me encuadernó no funcionó, no del todo, y por eso había medio enloquecido. Y esa era la razón de que todavía me sintiera así, de que los dedos de Lucian en la cabecera del libro hicieran que me estremeciera.

—Dámelo. —Seguía sin poder recobrar el aliento.

—Creo que acabas de descubrir que ahora le pertenece a mi padre. Tiene un acuerdo con De Havilland.

—¡No!

Me abalancé sobre él. Agarré el borde con los dedos y sentí un hormigueo en las terminaciones nerviosas, como si me hubiera quemado. Lucian se apartó de golpe justo a tiempo y en ese momento retrocedió hacia la chimenea, riéndose. Tenía el libro detrás de la espalda, oculto, pero yo lo sentía como si fuera mi propia carne.

—Un juego —dijo—. Qué divertido.

Me abalancé de nuevo sobre él. Esta vez estaba preparado, pero yo también. El estudio daba vueltas a nuestro alrededor —un puñetazo me dejó sin respiración—, pero yo iba ganando, haciéndolo retroceder hacia la chimenea. Estaba tan furioso que no me importaba la fuerza con la que me golpeaba. Entonces lo rodeé con los brazos y le propiné un rodillazo en la entrepierna; él se dobló, le dieron arcadas y se le aflojaron los brazos de repente. Me lancé a por la mano con la que sujetaba el libro y se lo arrebaté. Lo agarré con torpeza y se abrió, pero las páginas estaban borrosas, ilegibles, como si las viera a través de una nube de humo. Entrecerré los ojos en un intento por distinguir alguna palabra, lo que fuera, pero no era capaz de enfocar bien.

—Maldito... —dijo Lucian con la voz entrecortada y tratando de alcanzar el tirador de la campanilla.

No podía llegar a manos del Darnay viejo. Cualquier cosa menos eso. Miré a mi alrededor de manera frenética, pero no había ningún lugar donde dejarlo, ninguna forma de mantenerlo fuera de su alcance. Me lo iban a quitar...

Le di una patada a la pantalla de la chimenea y lo arrojé dentro.

Durante un segundo se mantuvo intacto en medio del lecho de llamas. Me pitaban los oídos; oí

la voz de Lucian, estridente y distorsionada, ininteligible. El tiempo se ralentizó, hasta que vi que una llama, la más alta, lamiéndolo lánguidamente, propagándose por el aire como el aceite por el agua.

Entonces la luz lo envolvió y las páginas prendieron.

SEGUNDA PARTE



XII

No deberíamos haber estado allí, ni ese día a última hora de la tarde de un encapotado día de invierno, con el sol rojizo ocultándose tras los árboles, ni ningún otro. Ni siquiera deberíamos haber estado en el bosque, al otro lado de lago, donde había trampas y cepos para atrapar cazadores furtivos. Pero las trampas eran antiguas y estaban cubiertas de herrumbre, por lo que incluso si pisabas una se hundían en la broza sin más, y era el camino a casa más fácil, me estaba congelando y tenía prisa por volver. Durante gran parte del día nos habíamos esforzado para extender un zarzal por el sembradío de arriba, pero habíamos empezado tarde, después de arar, y si bien la tierra no estaba congelada, sí que estaba embarrada por la escarcha. Por mucho que trabajáramos, no lograba entrar en calor; el sudor me humedecía el borde de la camisa y el cuello, de modo que sentía el azote del viento como un cuchillo cuando me daba ahí y el frío intensificaba cada dolorosa palada. No era fácil manejar los plantones de espino, los pinchos se me enganchaban en el abrigo y era demasiado torpe para soltarlos con facilidad, por lo que perdí dos botones y tuve que buscarlos en la zanja recién excavada. Todo habría sido más fácil de acometer con un tiempo mejor, pero ahora requería esfuerzo. Cuando terminamos, empezaron a caer finos copos de nieve y mi padre apenas se detuvo a examinar la nueva hilera de seto oscuro antes de recoger la herramienta y arrojarla de nuevo al carro.

—Vamos —dijo—. Quería sacar algunos nabos más, pero no con este tiempo. No durará mucho. Más vale que volvamos a casa y esperemos a que cese. ¿Sabes qué? Voy a echarle un vistazo a la sembradora.

—Te dije que es la cadena, que se sale —repuse, metiendo mi pala en la parte trasera del carro, encima de la otra—. Me parece que tendrás que visitar al herrero.

—Bueno, le echaré un vistazo, a ver si tienes razón. —Se encaramó al asiento—. Vamos.

Levanté la vista al cielo. Entre los jirones de nubes se entreveían trozos más claros; todavía quedaban unas horas de luz y no tenía que estar de vuelta para dar de comer a los cerdos hasta dentro de mucho. Hacía frío, pero pararía de nevar dentro de poco y el viento había amainado. Ya habría tiempo de sobra en invierno para quedarse metido en casa a la luz de la lámpara; ahora que el seto estaba plantado, me sentía inquieto, pues deseaba aprovechar el día al máximo.

—Si hemos terminado aquí, Fred Cooper iba a ir a cazar con hurones a Castle Down y me dijo que si quería ir...

Mi padre se estaba abrigando bien la cara con la bufanda. Se encogió de hombros, pero con una

chispa de comprensión en los ojos.

—De acuerdo —dijo—. Supongo que no hay mucho más que puedas hacer. Un par de conejos no le vendrían mal a tu madre.

—Bien.

Bajé corriendo la colina hasta el camino del valle, disfrutando de mi inesperada libertad. A mi espalda, mi padre le chasqueó la lengua al caballo y el carro empezó a alejarse.

Cuando encontré a Fred Cooper, ya había probado con la madriguera de abajo sin demasiada suerte, pero subimos por la linde de las tierras de lord Archimbolt y en el segundo grupo de madrigueras nos hicimos con un buen botín de conejos. El sol se estaba poniendo y Fred metía a los hurones en la jaula a toda prisa cuando vimos que una muchacha venía corriendo hacia nosotros, recortada en los cegadores retazos de nubes; el corazón me dio un vuelco, pues tenía la esperanza de que fuera Perannon Cooper, pero entonces vi que se trataba de Alta. Mi hermana agitaba la mano y me llamaba, aunque una gélida ráfaga de viento se llevó su voz.

—... no podía soportarlo —dijo entre resuellos cuando ya estaba próxima y le brindó una reverencia cordial a Fred—. Así que mamá me ha dicho que, siempre y cuando hubiera terminado mis tareas, podía venir y ayudarte a llevar los conejos a casa.

—No necesito ayuda con tres conejos, renacuaja.

Alta esbozó una amplia sonrisa y se volvió hacia Fred, apartándose los mechones que se le venían a la cara.

—Hola, Fred. ¿Cómo estás? ¿Qué tal la sarna?

—Ah, mucho mejor, gracias. El ungüento de tu madre ha funcionado de maravilla. —Me miró y se explicó—: Eran las gallinas de Perannon las que la tenían, no yo.

—Vamos, Tally —dije cogiendo a Alta del codo y guiándola colina abajo—. Será mejor que volvamos. Gracias, Fred. ¿Nos vemos de nuevo el domingo?

—Le daré recuerdos a Perannon de tu parte —gritó haciendo bocina con las manos, y se marchó riéndose antes de que pudiera responderle.

Bajamos por la colina y nos internamos en el bosque.

—Haragana —le dije—. Todavía no me has remendado la camisa.

Alta me lanzó una sonrisa torcida que era mitad confesión mitad desafío.

—Intruso. —Eso fue cuanto dijo, señalando con la cabeza la cerca derribada que le había hecho cruzar.

Me encogí de hombros. Lord Archimbolt era tan inútil como sus cepos oxidados —se rumoreaba que estaba encerrado en una habitación de la casa nueva, quejándose del reumatismo todo el invierno—, y además sus tierras deberían ser nuestras. Lo fueron hasta hacía setenta años. No iba a consentir que un trozo podrido de cerca me impidiera el paso, y menos si ni siquiera se tomaban la molestia de mantenerla en pie. Siempre que no nos saliéramos del camino, nadie lo

notaría, y si los conejos los habíamos cazado técnicamente en propiedad privada, dado que la linde se extendía por la colina para abarcar las madrigueras, pues, bueno, no había guardabosques y a nadie más le importaba. Quería llegar ya a casa. El aire vespertino era muy penetrante y me cerré bien el abrigo.

—Vamos, no te quedes atrás. Y no te salgas del camino, que hay cepos por aquí.

Alta asintió, iba caminando con paso tranquilo detrás de mí y recogiendo las faldas. Pero a medida que el serpenteante camino ascendía por el bosque en dirección a casa, se fue descolgando y se precipitó hacia el límite de los árboles. La oí cruzar la espesa hierba de la loma que había entre el bosque y el viejo castillo. Entonces me llegó un sonido de clavos de botas sobre hielo y, cuando miré por encima del hombro, ya había cruzado la mitad del foso helado, resbalándose un poco a cada paso y riéndose mientras extendía los brazos para mantener el equilibrio. Las ruinas de la torre se erigían ante ella, negras y desnudas en el cielo crepuscular.

—¡Alta! ¡Vuelve!

—¡Un momento!

Maldije entre dientes. Hacía un frío glacial y me dolía cada centímetro de piel expuesta. Pronto sería de noche. De niños solíamos desafiarnos a entrar en las ruinas, en primavera y verano. Recuerdo la verde vegetación de los muros iluminada por el sol; el foso pantanoso, como satén de color jade; el profundo silencio, hasta que rompíamos a reír y nos poníamos a dar grititos de temor fingido. Pero ahora, al ver las sombrías y deterioradas paredes en medio del paisaje invernal, por un momento creí que aquel lugar estaba encantado.

Alta fue deslizándose y dando tumbos hasta la otra orilla del hielo y se detuvo brevemente a saludarme con la mano. Después trepó y cruzó por la hierba. Atravesó como un rayo una entrada erosionada por las inclemencias del tiempo.

—Maldita sea, Alta.

Inspiré hondo. El aire gélido me quemó la garganta. Me dispuse a cruzar el hielo con paso más firme y más cuidado que Alta. Acababa de empezar el año y el hielo estaba reciente, —el foso era lo primero que se congelaba porque era muy poco profundo, pues llevaban siglos sin dragarlo— y el caz del molino y los canales del otro lado del pueblo ni siquiera habían comenzado a helarse; pero crujía en vez de hundirse y llegué sano y salvo a la otra orilla. Para entonces ya no había ni rastro de ella; ni se movía ni se oía nada. Al atardecer, los desnudos árboles parecían dibujos a tinta.

—¡Alta! —Algo me impidió levantar la voz más allá de un susurro. Trepé despacio por la orilla opuesta y caminé por ella con la esperanza de verla. Por último, crucé por un hueco estrecho en un seto bajo y me vi en un círculo de hierba aplastada que había delante de la torre en ruinas. Había un enorme brocal en el centro que llevaba años tapado, de modo que ahora era un pedestal de piedra con una figura tallada postrada en él, como si fuera un sepulcro. A mi izquierda

había una escalera de piedra que conducía a una puerta cubierta de hiedra, y las nubes de sangre que se veían a través de los vanos de la torre que había por encima de la escalera parecían cortinas.

¿Dónde estaba Alta? Me aclaré la garganta.

—¡Alta! —la llamé—. ¡Por Dios santo! —Pero mi voz sonaba ronca y débil.

Nada. Un pájaro graznó a lo lejos y guardó silencio. Me giré despacio. Sentí un cosquilleo en el cuello, como si alguien me estuviera observando, y la sensación me acompañaba mirara donde mirase. Todo estaba vacío: hielo, ventanas y puertas. Todo en un compás de espera.

La efigie del brocal se movió.

El corazón me dio un vuelco, como un resorte. Me tambaleé e intenté encontrar algo a lo que agarrarme, sin éxito. El repentino centelleo de los últimos rayos de sol me deslumbró y cubrió el foso y la escasa nieve del suelo con un velo carmesí. Parpadeé. Cuando se me despejó de nuevo la vista, la figura estaba incorporada, con el rostro oculto por una capucha, y el anochecer teñía su capa y el zócalo de piedra de tonalidades rojizas.

—Estás invadiendo una propiedad privada —dijo.

Di un paso hacia atrás al tiempo que metía las manos en los bolsillos. Sentí el cosquilleo de la sangre en las mejillas. La brisa les arrancaba una nota burlona a las altas ventanas.

—Solo intento encontrar a mi hermana. —Tragué saliva, pues mi voz sonó entrecortada y ronca.

—Pues ella también está invadiendo una propiedad privada.

—Si te pones así, tú también.

—¿Cómo lo sabes? —Se bajó de un salto de la piedra y se aproximó a mí. Era casi de mi estatura, pero no del todo; se retiró la capucha y le vi bien el rostro, delgado y con facciones marcadas y los ojos oscuros—. Quizá yo tenga todo el derecho a estar aquí, a diferencia de ti.

Lo miré fijamente. La noche nos iba rodeando de igual modo que la tinta se propaga por el agua. Con su negra capa parecía formar parte del paisaje, como si el espíritu del lugar hubiera cobrado vida... o muerte; su rostro pálido y chupado podría perfectamente estar en una tumba. Respiré hondo; tuve que hacer un esfuerzo para pasar por su lado y así poder escudriñar las sombras en busca de Alta.

—Me marcharé dentro de un momento —dije.

—¿Cómo te llamas?

No respondí. Todo estaba inmóvil y el nítido entramado de los árboles se desdibujaba y se tornaba en densas sombras. Agucé la vista para captar cualquier movimiento o un atisbo del vestido de Alta.

—Deja que adivine. Tienes pinta de apellidarte Smith. ¿No eres herrero? ¿Tal vez Poacher? No, no tienes aspecto de cazador furtivo. ¿Farmer? —No pude evitar mirarlo. Él silbó entre dientes y esbozó una amplia sonrisa—. ¿Granjero?, ¿de veras?

Le di la espalda. El foso pasó del plata al peltre a medida que la luz se apagaba. Algo se movió entre la maleza, detrás de los nudosos rododendros desperdigados por la otra orilla, pero un momento después salió un zorro hacia la hierba y se alejó corriendo.

—Hablando de caza furtiva, ¿de quién son esos conejos? ¿Eres consciente de que la pena es la deportación?

—Mira... —Me giré, percatándome demasiado tarde de los cuerpos inertes que llevaba colgados al hombro.

—¡Emmett! —La voz de Alta reverberó en los muros, de manera que durante un instante no supe con seguridad de dónde provenía. Después corrí hacia ella, contento de darle la espalda al joven, y salí a través de un arco a un pequeño embarcadero de piedra.

Alta me saludaba con la mano desde el otro lado del foso.

—He encontrado manzanas —dijo—. Están maduras, pero siguen sabiendo dulce. ¿Con quién estás?

El joven me había seguido. Lo miré una vez y después respondí:

—Nadie. Vuelve ya.

Alta miró hacia la penumbra.

—Hola, nadie —repuso—. Soy Alta.

—Lucian Darnay —dijo haciendo una reverencia, pausada y tan exagerada que pareció durar una hora, pero ella sonrió y se la devolvió, como si no hubiera notado la burla.

—Vamos, Alta. Estoy helado. No deberíamos estar aquí.

—¡Vale, vale! Ya voy. Solo quiero...

—Me marchó. —Di media vuelta y me encaminé hacia el otro extremo de la pequeña isla para coger el camino que llevaba a casa.

—He dicho que ya voy. —La voz de Alta se fue apagando, pues yo continuaba caminando.

Me abrí paso entre los juncos y comprobé el hielo con un pie. Delante había un trozo traslúcido, pero me orillé despacio hacia donde estaba liso y blanco como el yeso. Tomé una profunda bocanada de aire y me detuve a esperar. Al darme la vuelta, la vi de pie al otro lado del foso, casi indistinguible en el crepúsculo; era una figura negra entre los árboles. Darnay se encontraba entre nosotros.

¿Había dicho algo Alta? No estaba seguro. Puede que hubiera oído otra cosa, un pájaro o el murmullo del viento entre la maleza. Pero al cabo de un momento Alta se deslizó hasta el borde del hielo —con el brazo girado torpemente mientras trataba de sujetar las manzanas con el pliegue del codo— y se adentró en el foso. Sin embargo, no avanzó por el camino más directo hacia mí, cruzando el agua y pasando por delante de Darnay, sino que se desvió hacia un lado, hacia la parte más ancha del foso, donde el hielo estaría más...

Se abrió bajo sus pies como una boca. Un segundo de incredulidad, un alarido interrumpido que

no llegaba a grito, y desapareció.

Corrí bajo el viento, que me dificultaba avanzar. Las botas resbalaban por la hierba marchita y me hacían perder el equilibrio. No podía respirar, era como si fuera mi cuerpo, y no el de Alta, el que había atravesado el hielo.

—¡No pasa nada! ¡Quédate ahí!

Él llegó hasta Alta primero. Mi hermana había conseguido ponerse de pie, jadeando, con el agua oscura por la cintura. Él se quitó la capa y la usó a modo de cuerda para ayudarla a llegar a tierra firme. Después la sacudió y la envolvió bien con ella; parecía un bulto de tela negra del que solo asomaba el rostro. Cuando llegué hasta ella, él se levantó y la ayudó a hacer lo mismo.

—¿Dónde vives? ¿Está muy lejos?

—No queda lejos. A diez minutos a pie.

—Yo la llevo. Se va a pillar una pulmonía —me dijo.

—No pasa nada. Gracias —contesté. Pero a Alta le costaba respirar y emitía un silbido feo, como un fuelle roto. Levanté la voz y me acerqué a ella—. Alta, por Dios, ¿en qué estabas pensando? Podrías haberte...

—Llegaremos más rápido si vamos a caballo. Lo tengo justo al otro lado del puente. Alta puede dirigirme. ¿Puedes, Alta?

Ella tosió y asintió.

—Por favor, Emmett, tengo mucho frío.

—Caminando entrarás en calor... —comencé a decir, pero estaba tiritando y la capa de Darnay estaba empapada de agua helada—. Vale. Adelante, pues. —Me volví hacia Darnay—: Más vale que la lleves sana y salva o...

Pero él ya iba corriendo hacia el puente, con Alta siguiéndolo con dificultad. Los vi desaparecer camino arriba entre los árboles. Con el crepúsculo, los rododendros parecían acercarse un poco más a su paso, cortando el camino detrás de ellos, y muy pronto dejé de distinguir sus espaldas, pero el viento glacial transportaba la voz de Darnay y el choque de los cascos contra el camino mientras se alejaban. De repente estaba solo. Los conejos que llevaba al hombro pesaban y su pelaje era suave como el moho. Me estremecí y un espasmo compulsivo recorrió todo mi ser, haciéndome sentir peor que antes.

Me di la vuelta y emprendí el camino a casa.

Nadie reparó en mí cuando llegué a casa. Me quedé al pie de la escalera, mirando hacia arriba. Oía a mi madre quejándose en la habitación, su voz reverberaba en la chimenea mientras encendía el fuego, y a Alta responder con voz ronca. Mi padre y Darnay estaban hablando en lo alto de la escalera, desde donde me habrían visto si se hubieran molestado en mirar hacia abajo. Mi padre

encorvaba los hombros igual que cuando hablaba con el maestro o con el alguacil de Castleford, que a veces venía a visitar a su hermano. Darnay dijo algo y mi padre se rio con un rápido gesto servil. Darnay sonrió y se apartó el pelo de la frente. Llevaba puesta mi mejor camisa; los puños estaban empezando a deshilacharse y el cuello estaba amarillento por el paso del tiempo.

Estuve a punto de esperar en la cocina a que se marchara, pero al final subí la escalera y pasé por su lado para entrar en el cuarto de Alta. Estaba recostada sobre un montón de almohadas, como la heroína de una balada, y las mejillas habían recuperado su color. Tenía mucho mejor aspecto, tanto que la ronquera parecía fingida.

—Hola, Emmett.

Me quedé donde estaba, mirándola.

—Serás tontorrón. Mira que te dije que no te salieras del camino. —Alta giró la cabeza sin responder y contempló la lumbre. En sus labios danzaba una sonrisita furtiva, como si estuviera sola—. ¡Alta! ¿Has oído lo que he dicho?

Mi madre levantó la vista y frunció el ceño.

—¿Por qué no se lo impediste, Emmett? Deberías habértelo imaginado. Si llega a ser más hondo...

—No pasa nada, mamá —dijo Alta—. Lucian me rescató, ¿no?

—Bueno, sí, gracias a Dios, pero... —Mi madre se interrumpió cuando Alta comenzó a toser y se puso en pie de golpe para acercarse a ella—. Ay, cariño. Respira despacio. Así está mejor.

—¿Puedo beber algo?

—Pues claro. —Mi madre pasó por mi lado a toda prisa y me miró de reojo para hacerme saber que no me había perdonado.

Cuando se marchó, Alta se recostó de nuevo sobre las almohadas y cerró los ojos. La tos le había intensificado el rubor de las mejillas.

—Gracias, Alta. Ahora piensan que todo ha sido culpa mía. —Tomé aire—. En serio, ¿se puede saber en qué estabas pensando?

Ella abrió los ojos.

—Lo siento, Em...

—¡Más te vale!

—... pero no he podido evitarlo.

—Deberías haber mirado por dónde pisabas. Bueno, para empezar, no deberías haberte metido en el hielo. Te dije...

—Sí, lo sé. —Sin embargo, parecía absorta, como si estuviera oyendo una música que nadie más oía. Incluyó la cabeza y siguió el dibujo de la colcha con un dedo.

—¿Y bien? —No sabía qué más decir. Me arrimé para tratar de verle la cara—. ¿Alta?

—He dicho que lo siento. —Levantó la mirada y suspiró—. Por favor, ¿me dejas sola, Emmett?

Estoy enferma. Creo que me he pillado un resfriado.

—¿Y de quién es la culpa?

—¿Por qué no me tratas bien para variar? —Y continuó antes de que yo pudiera reaccionar—: Solo quiero descansar. Podría haber muerto, Emmett.

—¡Exacto! Eso es lo que te estoy dic...

—Pues deja de regañarme, ¿quieres? Necesito tiempo para pensar.

Cambió de posición sobre la montaña de almohadas y ya solo le veía la parte posterior de la cabeza. Se le estaba deshaciendo la trenza.

—Vale. —Me encaminé hacia la puerta—. Bien. Quédate ahí tumbada y piensa en lo estúpida que has sido.

—¡No he sido estúpida! Pensé que él me salvaría y me ha... —Guardó silencio.

—Espera, ¿qué? —dije, pero no respondió. Crucé la habitación hasta la cama en dos pasos y la agarré del hombro sin miramientos para que se diera la vuelta—. ¿Lo has hecho adrede para que te rescatara?

Alta se apartó de mí.

—¡Emmett! Chis, que está abajo.

—¡Me da igual! ¿Te has tirado al hielo a punto de quebrar para que un arrogante al que no conoces te sacara del hielo? En teoría, porque ni siquiera sabes si lo habría hecho. ¿Cómo has podido? ¿Y si hubieras muerto? ¿Y si...?

—Chis —repitió, y se puso de rodillas en la cama, con los ojos como platos—. Por favor, Em, por favor, no.

Inspiré hondo.

—Espero que tengas pesadillas con que te ahogas —dije—. Espero que te despiertes asfixiándote y gritando. Jamás vuelvas a poner en peligro tu vida de esa manera. ¿Has entendido? O yo mismo te mataré.

—Tú no lo entiendes. ¡Estás celoso porque Perannon Cooper no se arrojaría al río helado por ti!

La miré a los ojos. Guardó silencio. La misma sonrisa de antes empezó a asomar por su rostro al tiempo que su atención retornaba a la misteriosa música que yo no era capaz de escuchar. Me hice a un lado y aparté la cortina para echar un vistazo al patio. Estaba oscuro y no había nada que ver, pero percibía que las vacas estaban inquietas en el establo. Alta no las había ordeñado, como era natural. Por encima del tejado a dos aguas del granero brillaban las frías estrellas.

—No te preocupes. No se lo voy a contar ni a papá ni a mamá —dije cuando estuve seguro de que podía hablar con calma.

Solté la cortina y salí de la habitación.

—Emmett, ¿adónde vas?

Salí al rellano y cerré la puerta para no oír-la. Las distintas hebras de mi ira formaron un enorme nudo y tuve que apoyar las manos en la pared para intentar tranquilizarme. En mi cabeza ella pisaba el hielo, lo rompía y se caía, y Darnay pasaba por mi lado a toda velocidad, con su capa negra al viento. Incluso ahora, de pie en el descansillo, con la cálida luz de la lámpara ascendiendo por la escalera y mi madre rebuscando en el baúl de las mantas al fondo del pasillo, sentía aquel lugar frío a mi alrededor, los muros de piedra, el cielo teñido de rojo... Parpadeé. En la pared de enfrente, el bordado de la tía abuela Freya me avisaba: «He aquí la hija de la inocencia, qué hermosa es la bondad de su semblante».

Mi madre me llamó, cargada con mantas.

—¿Qué haces? ¿Has dejado sola a Alta?

—Está bien.

Bajé la escalera, entré en la cocina y me detuve en seco. Darnay estaba ahí, solo, al amor de la lumbre y contemplando con aire distraído uno de los dibujos de la pared. Tragué saliva y lo miré, sorprendido por mi furia, pero no pude evitar pensar en Alta atravesando el hielo y en mis pies resbalando mientras intentaba correr. Él tenía la culpa. Y entonces la rescató sin pensárselo, como si tuviera algún derecho sobre ella. Alta podría haber muerto.

Darnay miró a su alrededor, pero cuando vio que era yo se le demudó el rostro tan rápido que no tengo claro qué expresión tenía justo antes.

—¿Qué haces todavía aquí? —pregunté tratando de que mi voz no trasluciera la ira que me dominaba.

—Tu padre ha ido a buscarme una capa. Mi ropa está mojada.

—Esa camisa es mía.

—Tu madre me ha dicho que podía usarla. La de tu padre me habría llegado hasta las rodillas.

Se encogió de hombros al ver que seguía mirándolo y se volvió hacia la chimenea. Estaba aún más delgado de lo que me había imaginado; el cuello de la camisa le quedaba holgado y le vi la parte superior de la espalda. Él cambió de posición, como si percibiera que lo estaba mirando.

—Veo que también te has puesto mis pantalones.

Darnay se dio la vuelta. En sus mejillas se apreciaba un ligero rubor, pero la mirada era serena y firme.

—Tu madre me los ha ofrecido. Me ha dicho que no te importaría. Pero tal vez prefieras que me los quite.

—Desde luego que no.

—Si es un abuso... —De pronto comenzó a quitarse la camisa por la cabeza. Vislumbré la piel lechosa de su cadera por encima de la cinturilla, sobresaliendo.

—¡Ya basta! —Le di la espalda por instinto—. No seas absurdo.

—Gracias. —Hizo una pausa y después oí susurros de tela—. Descuida, lo devolveré lo antes

posible.

Pensé que por fin sería seguro mirarlo de nuevo. Tenía el cabello húmedo y revuelto y las mejillas ruborizadas. La camisa estaba más gastada aún de lo que pensaba; en la zona de las costillas se veía la luz a través de la tela y por primera vez reparé en que había un pequeño fruncido en la costura del hombro; lo habría hecho Alta al coserlo apresuradamente. Parecía que llevaba puesto un disfraz.

Respiré profundamente.

—Gracias por rescatar a mi hermana...

—No hay de qué.

—... pero creo que es hora de que te marches.

—Tu padre está intentando encontrarme una capa.

—Ahora.

Me miró parpadeando y frunció el ceño. Acto seguido bajó la mirada mientras tiraba del puño deshilachado. Esperé a que se encaminara hacia la puerta, pero se quedó donde estaba, acariciando las hebras sueltas con el índice y el pulgar.

—No parece complacerte demasiado que haya traído a tu hermana a casa.

Exhalé despacio.

—Como ya he dicho, gracias.

Él meneó la cabeza.

—No te estoy pidiendo que me des las gracias.

—Entonces ¿qué es lo que quieres exactamente?

—¡Nada! Eso es lo que te estoy diciendo. Lo único que he hecho ha sido traerla a casa — agregó—. No es que Alta...

—¿Qué pasa con Alta? —Procuré no recordar su rostro hacía un momento, sonrojado y con los ojos brillantes, sonriendo para sí porque este hombre la había rescatado.

—Bueno... —Vaciló. Despuésladeó la cabeza con un brillo en los ojos—. No se apartó, precisamente.

Se estaba riendo de ella.

Me abalancé sobre él, que trastabilló hacia atrás y chocó con la pared, con mi antebrazo en la garganta y los ojos desorbitados. Intentó zafarse, resollando, pero volqué todo mi peso sobre su laringe.

—¿Pero qué...? —espetó.

—¡No hables así de ella! —Me acerqué a su cara y nos quedamos a escasos centímetros, tan cerca que notaba su aliento—. Es una cría, ¿de acuerdo? No es más que una cría estúpida.

—No he dicho que...

—Ya veo lo que piensas de ella.

—¡Suéltame!

—Escucha. —Aflojé la presión sobre su garganta, pero cuando intentó liberarse lo agarré del hombro y lo empujé hacia atrás. Se golpeó la cabeza con la pared—. Olvídate de que esto ha pasado, ¿de acuerdo? Si te acercas a ella, a mis padres o a mí, te mato. O algo peor. ¿Entendido?

—Creo que he entendido el mensaje.

Le solté muy despacio y se enderezó el cuello de la camisa —mi camisa—, sin dejar de mirarme, pero con los dedos temblorosos, y eso me satisfizo.

—Bien. Entonces será mejor que te vayas —dije.

—Imagino que querrás recuperar tu ropa.

—No. —Si mi madre me oyera, se pondría furiosa, pero no quería recuperarla, ya no—. Quédatela. Quémala. —Clavé la mirada de nuevo en la suya, desafiándolo a que se sorprendiera.

Él ladeó la cabeza, como si me concediera un punto, y acto seguido me hizo una reverencia demasiado aparatosa que provocó que me sintiera como un campesino.

Después se adentró en la gélida oscuridad sin mirar hacia atrás.

XIII

A la mañana siguiente, Alta se desmayó en lo alto de la escalera y la ayudamos a volver a la cama mientras deliraba e insistía en que el suelo estaba a punto de ceder. Pero mi padre y yo no pudimos encargarnos de ella, ya que la nieve había llegado con fuerza y las ovejas estaban en el campo de abajo. Lo único que recuerdo de aquel día es un estruendoso borrón blanco mientras nos afanábamos en ponerlas a cubierto; el agujijón furioso del viento picándome en la cara; la quemazón del aire helado en la garganta, y la sangre palpitándome detrás de los ojos. La tormenta de nieve era tan intensa que teníamos que gritar para hacernos oír. Cuando por fin pusimos el rebaño a salvo, regresamos agotados a la casa y nos sentamos en la cocina, y a mí todavía me pitaban los oídos. La frente y las mejillas me ardían mientras la sangre se abría paso de nuevo hasta mi epidermis. Mi padre maldecía, pero con suavidad y alivio, lo que me indicó lo preocupado que había estado. Pero no podíamos demorarnos mucho, solo unos minutos para entrar en calor y comer algo, pues había más trabajo por hacer, además de las tareas de Alta, ahora que estaba enferma.

La madrugada siguiente, justo antes de que amaneciera, la esquina podrida del techo de la leñera se derrumbó por el peso de la nieve y, después de dar de comer al ganado, ordeñar las vacas y limpiar las lecheras, me pasé la gélida mañana tratando de repararlo mientras la nieve derretida me chorreaba por las mangas y bajaba por la nuca. A continuación, emprendí varias tareas arduas y familiares: limpiar la cochiguera y los establos, cortar leña, todas esas pequeñas labores que había que realizar, y, mientras tanto, el frío y la espesa nieve hacían que cada movimiento entrañara un gran esfuerzo. Para colmo, perdimos una oveja joven esquilada y, cuando mi padre se negó a venderle el animal muerto a Alfred Stephens para aprovechar la carne, tuve que mediar antes de que Alfred perdiera los estribos. Todo el mundo tenía los nervios a flor de piel, mi madre incluso llegó a gritarme, y una vez, mientras esperaba a que el doctor viniera a auscultar a Alta, la encontré hecha un mar de lágrimas porque había echado sal en vez de azúcar a un bizcocho de semillas.

Con todo esto, tenía tan poco tiempo para mí que debería haberme resultado fácil no pensar en Darnay. Pero, por alguna razón, de vez en cuando levantaba la vista de lo que fuera que estuviera haciendo y pensaba en él: dónde estaría, dónde viviría, si habría llegado a casa en mangas de camisa —mi camisa— sin pillar un resfriado... Había seguido mi consejo y no me había devuelto la camisa. Tuve que hacer un trueque con Fred Cooper para conseguir otra y esperaba que mi

madre no lo notase. Eso demostraba que no era tan caballeroso como había fingido y me alegraba de ello. Y me alegraba todavía más, mucho más, haber conseguido alejarlo de Alta. Pero al mismo tiempo estaba tenso, como si me faltara algo, como si estuviera expectante.

Alta tardó una o dos semanas en recuperarse y preguntar por él. Sucedió una noche después de cenar, uno de esos días en los que parecía que nunca se iba a poner el sol, pero que aun así no era suficiente para hacerlo todo. Yo estaba exhausto y me dolía hasta el alma, y la nieve cegadora me había provocado unas chispitas en el campo de visión. Habría ido a acostarme, pero el fuego estaba encendido en el cuarto del Alta y en el mío hacía frío, estaba oscuro y resultaba poco acogedor, así que entré de puntillas y me repantigué en la butaca junto a la cama. Hacía calor; la única luz procedía de la lumbre y de una sola lámpara, y la semipenumbra dorada lo suavizaba todo con su reconfortante velo: el rostro dormido de Alta; los intrincados corazones y rombos de la colcha, de un rosa palo descolorido; las cortinas raídas; el brillo de la cama de hierro... Contemplé el fuego mientras pensaba en todo y en nada. Me pregunté cuándo tendría Calambre a sus cachorros; si podría invitar a Perannon Cooper a la cena del Día de la Transición; si al final las ovejas estarían mejor en la arboleda, y si el carnero con el que mi padre se había empecinado valía lo que había costado... Pero, tras todo eso, una figura delgada de ojos oscuros se ocultaba en las sombras y me miraba con expresión desafiante.

—¿Ha venido a verme Lucian?

Me sobresalté.

—¿Qué?

Alta se dio la vuelta, se apartó unos mechones húmedos de la frente y preguntó de nuevo:

—¿Ha venido a verme Lucian? Mamá me ha dicho que llevo una eternidad con fiebre y no me acuerdo.

—No.

—¿Ni una vez?

—No.

El pulso le palpitaba entre las clavículas.

—Me dijo que vendría.

—Bueno, pues no ha venido.

—¿Y qué pasa con su ropa?

Me encogí de hombros. Justo ese día mi madre había dicho con consternación: «¡Ay, Dios mío, no ha vuelto a por su camisa! Y esa capa tan cara... Pensará que somos unos ladrones».

Yo me escabullí al establo sin decir ni una sola palabra y me dediqué con ahínco a llevar más agua de la necesaria a los caballos, hasta acabar sudando.

—Pero eso es terrible, se pensará que se la has robado —dijo Alta.

—Lo más seguro es que ya no la quiera.

—Debería quererla. Y me dijo que vendría a verme. No entiendo por qué no lo ha hecho.

—Se habrá olvidado de que existes —repliqué. Alta frunció el ceño y se incorporó con dificultad, con la colcha sobre los hombros. El esfuerzo la hizo toser y yo alargué el brazo y le así la mano para darle un apretón suave pero firme, hasta que fue capaz de volver a respirar bien—. Tontaina —le dije—. Mírate, eres como la máquina de trillar del viejo de Jenson, que no deja de toser.

Ella puso los ojos en blanco.

—No era mi intención ponerme enferma.

—Tú solita te lo has buscado —aduje con un tono lo más despreocupado posible—. Y todo para nada. Todo por un muchacho que ni siquiera se ha molestado en averiguar cómo estabas. Seguro que se ha vuelto al lugar del que vino.

—Es el sobrino de lord Archibolt.

—¿Qué?

Alta hizo una mueca y se zafó de mi mano; debía de habérsela apretado demasiado de repente.

—Me lo dijo Cissy Cooper. Es de Castleford, pero está viviendo con lord Archibolt para ayudar con la gestión de la propiedad o algo parecido. Cissy dice que su familia tiene muchísimo dinero. El administrador de lord Archibolt se lo contó al amigo de su abuelo y este se lo contó al padre de Cissy y...

—¿Así que vive en la casa nueva? —pregunté—. ¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—Nadie lo sabe. Puede que para siempre. A lo mejor hereda cuando muera lord Archibolt.

Me levanté, pero era un cuarto pequeño y no se podía caminar. Me acuclillé delante de la chimenea y metí el atizador dentro del fuego para tratar de separar los troncos.

—Me dijo que vendría a ver cómo estaba, que pediría que me mandaran fruta de Castleford.

—Bueno, pues está claro que no lo decía en serio.

Desprendí la parte superior del tronco más grande con el atizador y se derrumbó en medio de una nube de chispas.

—¿Qué te ocurre, Emmett? ¿Por qué lo detestas tanto?

Apoyé el peso sobre los talones. Una corriente de aire levantó un fragmento de corteza y el fuego se propagó con fuerza por el borde, haciendo que flotara y girara como si fuera un copo de nieve gris.

—Estás mejor sin él —dije—. Él no... La gente como nosotros no... No podrías... Ya sabes lo que quiero decir. Olvídate de él.

—No, no sé lo que quieres decir —repuso. La miré, estaba echada hacia delante, con las mejillas enrojecidas—. Tú no sabes nada de él. ¿Por qué no iba a preocuparse por mí?

—¿Preocuparse por ti? Alta, eres una niña a la que sacó de un estanque. Ya está. ¡Deja de pensar en él, por Dios santo! —Nos fulminamos con la mirada—. Y en cualquier caso, como tú

misma has dicho, te prometió venir a verte y no lo ha hecho —dije más despacio—. Así que saca tus propias conclusiones.

Nos quedamos en silencio. Las cenizas se consumieron y adquirieron un tono pálido. Si no tenía cuidado, el fuego se iba a apagar del todo. Saqué el atizador y me puse en pie.

—¿Qué le dijiste?

—¿Qué?

Alta entrecerró los ojos.

—Algo le dijiste, ¿a que sí?

—Desde luego que no. No fue necesario. No pensaba venir a verte, Alta.

—¡Eres un animal, Emmett!

Se bajó de la cama y se abalanzó sobre mí. Yo la esquivé con sumo cuidado, pero me aterraba hacerle daño y acabó propinándome un golpe en el hombro y después me atizó en la oreja con la palma, como si fuera un látigo.

—¡Alta, para, por Dios!

—¡Estás mintiendo! ¿Qué... le... dijiste? —Acentuó cada palabra con un golpe.

Al final le sujeté las muñecas y la subí a la cama, no con la delicadeza deseada. Forcejeamos durante unos segundos, como si fuéramos niños otra vez, y después se quedó inmóvil sobre las almohadas, tosiendo. Tenía el rostro rojo y húmedo como una cría y el pelo pegado a las mejillas.

Me senté en la cama a su lado y alisé el trozo de colcha más próximo mientras ella tosía e intentaba sosegar.

—De acuerdo —reconocí—. Sí, le dije que no se acercara.

—¿Por qué?

—Porque tenía miedo.

—No me lo puedo creer. —Se irguió y clavó sus ojos enfurecidos en mí. Tenía la voz ronca—. Emmett, no me lo puedo creer. No lo entiendo. Sí que habría venido a verme, seguro. Y vas tú...

—Y voy yo y qué. —Me miró en silencio y después tiró de la colcha para taparse la cara—. Alta.

—¡Lo has estropeado! —dijo con voz amortiguada—. Todo. Mi vida entera.

Yo puse los ojos en blanco.

—No seas ridícula.

—¡Tú no lo entiendes! —Su rostro emergió de la colcha—. Era él, Em. Lo supe nada más verlo. Lo amo.

Se hizo el silencio. Esperaba que Alta se riera y apartara la vista primero, pero no lo hizo. Nunca había visto esa expresión en su cara: segura, apasionada y febril. Se me formó un nudo incómodo y apretado en el estómago.

—No seas absurda. No lo conoces. ¿Cómo puedes decir eso?

—Lo sé —repuso—. Lo supe en cuanto lo vi. Fue amor a primera vista.

—Eso no es más que un cuento de hadas, Alta. Hay que conocer a la persona antes de enamorarse.

—¡Siento que lo conozco de toda la vida! Cuando lo vi... Escucha, Cissy dice... —Se incorporó, con expresión penetrante—. Cissy dice que a veces las brujas salen por la noche... No, escúchame, Emmett. Y te dejan un montón de oro y al despertarte ya no tienes recuerdos. ¿Y si ya lo conozco pero lo he olvidado y en realidad hemos estado enamorados antes y por eso...?

—Menudo disparate —repliqué—. Para empezar, ¿no crees que la gente se daría cuenta si de repente perdiera la memoria?

—Cissy dice que le ha ocurrido a una prima segunda de ella y que por eso está un poco chiflada.

—Tú no estás chiflada.

—¡Emmett, hablo en serio!

—Entonces, enséñame el oro —dije, recostándome y cruzando los brazos—. ¿Lo ves? Y ahora deja de portarte como una estúpida.

—Bueno, ¿qué sabrás tú del amor? —Se dio la vuelta de repente, sepultó el rostro en la almohada y comenzó a llorar.

Me levanté. A continuación, me senté de nuevo, alargué el brazo y le toqué el hombro. Ella se encogió con brusquedad para librarse de mí y continuó sollozando. Rechiné los dientes y traté de reunir fuerzas para marcharme, pero no podía dejarla así, llorando como si se le hubiera roto el corazón.

—De acuerdo, lo siento. Por favor, no llores. Vamos, Tally, te prometo que te lo compensaré. No es más que un muchacho. Los hay a montones en el pueblo. —«Pero quiero a este», replicó ella dentro de mi cabeza—. Para, por favor. Para, Alta. Por favor. Por favor, no llores. Mira. — Intenté que se diera la vuelta para poder verle la cara, pero ella se quedó rígida cuando la toqué y me di por vencido—. Lo siento. Estaba preocupado.

—¿Lo sientes? —dijo con voz amortiguada.

—Sí. No quería disgustarte. Solo...

—¿Vas a escribirle? ¿A disculparte?

Titubeé y ella empezó a llorar de nuevo, aunque de forma más queda. Me dije que no era más que una rabieta, pero la desesperanza y el desaliento que transmitían sus sollozos hicieron que me recostara de nuevo, refunfuñando entre dientes.

—Supongo que sí, si no me queda más remedio.

—¿Y le vas a pedir que venga a verme, tal y como dijo que haría?

—Eh. No va a venir, Alta, estoy seguro.

Ella puso los ojos en blanco. Tenía el rostro enrojecido y los ojos brillantes todavía anegados

en lágrimas.

—Haz que venga.

Me pasé las manos por el cabello.

—De acuerdo —dije—, pero deja de llorar.

—Gracias. —Se limpió las mejillas con la cara interna de las muñecas y respiró profunda y entrecortadamente—. Siento haberte gritado, Em.

—Sabes que odio que me llames así.

—Lo siento, Emmett. —Me brindó una sonrisa lacrimosa y me golpeó el brazo en broma. De repente, una parte de mí, profunda y desagradable, sintió ganas de devolverle el golpe con más fuerza—. Eres el mejor.

—Gracias, renacuaja. —Acerqué la mano y le tiré de la trenza, hasta que me la apartó. Entonces me puse en pie—. Será mejor que duermas un poco más. Te veo mañana.

—¿Vas a ir mañana temprano? —preguntó. Y yo asentí—. Buenas noches también. —Se acurrucó bajo las mantas y se arrojó con la colcha hasta la barbilla. Ya estaba en la puerta cuando me llamó—: ¿Emmett?

—¿Sí?

—Voy a casarme con él.

Una profunda capa de nieve cubría de blanco el silencioso camino de entrada que llevaba a la casa nueva. El día estaba encapotado y amenazaba nieve, y yo iba a caballo, así que más me valía regresar a casa lo antes posible. De vez en cuando un árbol descargaba la nieve sobre el camino o un pájaro se escabullía por un arbusto, pero aquella quietud y aquella luz tenían algo que me hizo tirar de las riendas del caballo, pues no deseaba hacer demasiado ruido.

A primera vista, entre los árboles, la casa parecía deshabitada, pero cuando salí a la explanada situada delante vi humo saliendo de una de las chimeneas y que habían retirado la nieve de la puerta principal. La piedra arenisca tendría en verano el color de la miel, pero bajo esta luz era gris, igual que todo lo demás. Escudriñé las ventanas en busca de algún movimiento, pero el reflejo del cristal me impedía ver nada salvo el pálido cielo. Desmonté de un salto, agarré el paquete envuelto en papel marrón y atado con cordel que contenía la ropa de Darnay, y atravesé el amplio espacio hasta la enorme puerta principal. La torre almenada se alzaba imponente ante mí y me dio un escalofrío, una corazonada irracional, igual que en las ruinas. Pero lo único que tenía que hacer era dejar el paquete para que alguien lo encontrara. Mi carta, sujeta por el nudo, estaba dirigida a él, de modo que sabrían para quién era. Me asaltaron las dudas, pues no estaba seguro de que fuera lo correcto.

Cuanto más me demorara, más posibilidades habría de verlo. Sin pensármelo dos veces, apreté

el timbre con todas mis fuerzas y después me hice a un lado y me apoyé contra la fría pared del porche. Un pájaro aterrizó en el tejado encima de mí, en medio de un veloz aleteo, y cayó algo de nieve a mi lado. La puerta se abrió antes de lo esperado. Era él.

Entrecerró los ojos, como si estuviera a punto de decir algo, pero no dijo nada.

—Tengo tu ropa —le dije, y él posó la mirada en el paquete que yo estaba sujetando y después la fijó en mi cara—. Toma.

Le di el paquete. Él se meció sobre los talones y me percaté de que en parte se había pensado que lo iba a golpear. Al final lo cogió.

—Todavía tengo la tuya —repuso—. Habría ido a devolverla, solo que me imaginé que no sería bienvenido.

—No importa.

—Gracias. —Introdujo los dedos entre el cordel y me miró—. Supongo que estás aquí en contra de tus deseos.

Hizo que sonara inocente, pero la burla estaba ahí, como una esquirra de vidrio en un cuenco de agua.

—No esperaba verte —reconocí—. Pensé que habría ama de llaves.

—Claro, desde luego —dijo—. Como ves, en esta casa todo funciona a la perfección. De hecho, no sé por qué no te has limitado a dejárselo al guarda.

La casa del guarda estaba en ruinas, tenía agujeros en el techo y le faltaban la mitad de las ventanas. Cuando pasé a caballo por allí, oí algo correteando por el suelo de piedra. Apreté los dientes y me giré para marcharme.

—¿Qué es esto?

Mientras volvía la cabeza para mirar por encima del hombro, él sacó el papel doblado sujeto con la cuerda.

—Es una disculpa. Alta me dijo que... —Me callé y, con un gran esfuerzo, añadí—: No debería haberte hablado de esa forma.

—¿Hablarme? ¿Quieres decir atacarme?

Me di la vuelta y lo miré a los ojos.

—No tienes a la suerte —le advertí.

Hubo un momento de silencio. Nos miramos. Era como estar sobre un angosto puente en lo alto de un precipicio: un empujoncito y ambos nos caeríamos.

Él se encogió de hombros y me brindó una especie de sonrisa torcida.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué debería hacer ahora?, ¿darte seis peniques de propina?

Ni me inmuté. Me produjo una pizca de satisfacción oírlo proferir una especie de bufido mientras apartaba la vista.

—A mi hermana le encantaría que fueras a visitarla.

—¿A visitarla? ¿De veras? —Entrecerró los ojos—. ¿Qué ha sucedido? ¿Acaso alguien ha descubierto que soy el hijo y heredero de Piers Darnay?

Inspiré hondo.

—Quiere darte las gracias como es debido.

—Tenía la impresión de que no querías que viera a tu familia.

—Mira, lo que dije... Lo siento. —Estuve a punto de atragantarme—. A ella le gustaría verte. Serás bienvenido. Es todo.

Él asintió despacio, dándole la vuelta a la carta.

—Ya no es necesario que leas eso. —Intenté cogerla.

Él la apartó a la velocidad del rayo.

—Eso me corresponde a mí decidirlo.

Combatí el impulso de quitársela. No confiaba en que pudiera hablar, de modo que me alejé entre la nieve, consciente de que él me seguía con la mirada. Montarme en el caballo con un único y ágil movimiento supuso una pequeña victoria.

Deseaba alejarme sin volver la vista atrás, pero, muy a mi pesar, me detuve donde empezaba el camino de entrada y le lancé una mirada por encima del hombro. Él estaba en la puerta, pese a que un viento helador agitaba las tejas de pizarra. Levantó la mano con la que sujetaba la carta.

—Da recuerdos a tus padres —dijo con voz clara y apagada en medio del silencio amortiguado por la nieve—. Y dile a tu hermana que la veré pronto.

Dos días después, al entrar en el patio, me encontré su caballo atado al poste. No lo había examinado bien antes —era una yegua castaña, robusta y dócil, la clase de animal que monta la gente con miedo a caerse—, pero sabía que era suyo por la calidad de la silla. Nadie del pueblo tenía una silla así; si pudiéramos permitirnoslo, sería demasiado buena para usarla.

Dejé la cesta de leña junto a los troncos apilados. Comenzaba a oscurecer y estuve a punto de tropezarme con un tronco que se había caído casi a mis pies. Maldije y me agarré a uno de los postes nuevos que sujetaban el cobertizo.

—¿Emmett?

Era Alta. La puerta del establo estaba abierta y la luz de la lámpara se derramaba sobre los adoquines. Parpadeé para protegerme los ojos del repentino resplandor.

—Deberías estar en la cama —dije—. Hace un frío que pela.

—Calambre ha tenido los cachorros. Ven a ver.

Salté por encima de la cesta y entré corriendo en el establo detrás de ella. Hacía calor y el olor a caballo y a paja viciaba el ambiente. Fortachón me recibió con un resoplido, pero pasé por su lado y me limité a darle una palmadita en el hocico.

—¿Cuántos?

—Solo dos. Pero ambos están vivos.

Llegué a la cuadra más alejada, que habíamos mantenido vacía, y me encaramé al borde para curiosear en la paja. Calambre se afanaba por proteger a los cachorros con su cuerpo, pero después se apartó con nerviosismo al otro rincón y alcancé a ver dos cuerpecitos agitando la cola: uno oscuro y otro tirando a blanco. Me di cuenta de que estaba sonriendo.

—Los dos han comido bien y papá los ha examinado y parecen sanos. Y son adorables.

Lo eran. Me aproximé más al fondo de la cuadra. Calambre me vio y meneó la cola, pero cuando le acerqué la mano la ignoró y volvió con sus cachorros. Comenzaron a mamar, arrimando la carita con los ojos cerrados al vientre de Calambre, y habría jurado que escuché cómo les bajaba la leche por la garganta.

—Qué pequeños son.

La voz fría y apagada de Darnay rompió el hechizo y casi perdí el equilibrio. Estaba detrás de mí.

—Sí —dije sujetándome a una viga—. Son muy pequeños.

Dio un paso para emerger de las sombras y miró dentro de la cuadra. Vestía la misma ropa negra y cara que la última vez que lo vi y tenía una hebra de paja enganchada a la solapa que reflejaba la luz igual que si fuera una cadenita de oro. Contemplaba a los cachorros como si se estuviera preguntando cómo hacerse un par de guantes con ellos.

—Son como pequeñas babosas peludas —dijo—. Con rabo.

—Lo sé —repuso Alta—. ¿A que son adorables? Hazme sitio, Emmett. —Metió los pies en una rendija entre dos tablas y se aupó junto a mí, apretujándome, hasta que me puse de lado para que Darnay también pudiera ver—. Uy, mira...

—El negro va a ser un perro ratonero —dije—. Te lo aseguro.

—¡Es lo mismo que ha dicho papá! —Alta me miró, arrugando la nariz. El cachorro negro bostezó cual recién nacido y se acomodó en la paja—. ¿Cómo lo sabes? Creo que os lo estáis inventando.

—Simplemente porque parece resuelto. —Miré a Alta y me puse a reír—. ¡En serio! No me lo invento.

—Bueno, es con el que papá va a quedarse. Dice que no podemos cuidar de otra perra.

—¿Y el blanco va a ser para Alfred Carter?

—No, ha cambiado de parecer. La señora Carter ha dicho que ya tiene muchos. Tendremos que buscarle otro sitio. —Una corriente de aire helado me bajó por el cuello de la camisa.

—¿La vais a vender? —preguntó Darnay.

Lo miré por encima de Alta y después aparté la vista de nuevo.

—Es una terrier —dije—, no una dálmata ni una perra de caza.

—¿Y?

—Pues que si nadie la quiere, nadie la quiere.

—No sigas, Em —dijo Alta—. Espero que alguno de los Miller se la quede. O que si los gitanos vuelven este año... Siempre quieren perros, ¿verdad? —Pero el tono animado de su voz era forzado.

Los pequeños cuerpecitos se retorcían mientras dormían con la confiada placidez de los cachorros.

—Sí —respondí—. Le encontraremos un hogar.

Darnay frunció el ceño.

—¿Y si no lo encontráis?

Le lancé una mirada rápida a Alta. Estaba mirando los cachorros. Fingía que no lo había oído, pero el regocijo había desaparecido de sus ojos.

—No te preocupes por eso, Darnay.

—¿Qué le ocurrirá?

Vacilé. Alta levantó la mirada y la bajó de nuevo. Cogió una pajita y comenzó a jugar con ella, pasándosela entre los dedos una y otra vez. Darnay también la observaba.

—Si no, mi padre la ahogará —confesé.

Nos envolvió un silencio preñado del susurro de la paja y el ruido de uno de los caballos orinando.

—Pero seguro que...

—Me has preguntado y esa es la respuesta, Darnay.

—Entiendo.

—¿De veras? Aquí no podemos permitirnos el lujo de ponernos sentimentales con los animales.

—Basta, Em, por favor.

—¿Podría quedármela? —dijo Darnay al mismo tiempo.

Alta se giró, enganchando un brazo al borde de la cuadra. Los dos lo miramos.

—¿Qué? —dije yo al final.

—¿Podría...? Te pagaría. Cuidaría de ella. Nunca he... Puede que no sea granjero, pero lo intentaría y me aseguraría de que estuviera bien cuidada.

—¿El cachorro?

—Sí, claro. ¿A quién pensabas que me refería?

—¿Por qué ibas a querer una terrier?

—Bueno... —Respiró hondo. Algo apareció en sus ojos y se esfumó—. ¿Importa acaso? Prometo que cuidaré de ella.

—¡Ay, sí, perfecto, muchas gracias! Y así tendrá un buen hogar. ¿Verdad que sí, Em? Mi padre se pondrá muy contento. ¡Gracias, Lucian! —Alta se bajó de un salto y Darnay pasó un brazo por

detrás de mí para ofrecerse a sujetarla. Ella vaciló durante una fracción de segundo; apenas le rozó la mano y se ruborizó. Darnay le brindó una sonrisa y ella le correspondió—. Em, ¿a que es muy amable? —dijo sin mirarme.

—Podemos buscar a otra persona. —Me alegré cuando Darnay apartó la mirada mientras su sonrisa se esfumaba.

—¡No seas bobo! Por supuesto que puedes quedártela, Lucian. Después de todo, me salvaste la vida. Y ahora se la has salvado a ella. —Dio un paso hacia él, encogiendo los dedos de la mano como si todavía pudiera sentir el inexistente roce.

Él me miró a los ojos con una expresión firme e indescifrable. Lo que fuera que había estado a punto de emerger, volvió a estar oculto. A continuación, se dio la vuelta y le dijo a Alta:

—Gracias.

—Voy a decírselo a papá. —Alta se marchó con un brillo en los ojos. La puerta del establo se cerró de golpe y la oí empezar a toser bajo el aire frío.

Darnay miró dentro de la cuadra, muy quieto. Lo estuve observando hasta que se volvió hacia mí.

—No puedes llevártela hasta que tenga tres meses. Por lo menos.

Él asintió. La luz de la lámpara le bañaba el rostro en oro, como un ídolo antiguo. Una corriente de aire alborotó unas briznas de paja del suelo y sentí un escalofrío en la parte baja de la columna. Apreté los dientes, decidido a no dejar que lo percibiera.

—Pero me gustaría venir a verla, para que se familiarice conmigo.

Estaba a punto de marcharme, pero me tropecé y recuperé el equilibrio. Los clavos de las suelas de los zapatos rasparon el suelo con tanta fuerza que Fortachón se movió y resopló. El rostro de Darnay reflejaba ingenuidad. Recorrí el blanco cuello de su camisa con la mirada, la pajita de la solapa, hasta llegar a sus pulidas botas negras. Había conseguido cruzar el patio de la granja sin que se ensuciaran.

Le ofrecí la mano.

—Bien jugado.

—¿Qué?

—Es lo que buscabas, ¿no? Una invitación permanente.

Bajó la mirada hacia mi mano estirada. La retiré antes de que pudiera estrechármela y aprovechar mi propio gesto para humillarme.

—Resulta que siempre he querido un perro.

—Por supuesto que sí.

—Y si tu padre iba a ahogarla...

Siseé entre dientes.

—Olvídalo. Has ganado.

—Mira, no sé por qué crees que estamos luchando.

—A mí no tienes que intentar engatusarme. Ya tienes a los demás arrodillados a tus pies.

Me miró con el ceño ligeramente fruncido. Un calor me recorrió como si fuera una fiebre incipiente.

La puerta se abrió de repente.

—Papá está muy contento, Lucian. Sabía que se iba a alegrar. Deja que la saque para que puedas cogerla, aunque solo un momentito, porque a Calambre no le va a gustar, pero al menos podrá olerte y... ¿Qué os pasa a vosotros dos? —Desvió la mirada hacia Lucian y de nuevo hacia mí—. Emmett, parece que estás estreñado.

—No te quedes mucho rato fuera, Alta.

Me marché y los dejé juntos.

XIV

Confiaba en que Darnay cambiara de parecer, pero cuando no vino al día siguiente me inundó una perversa decepción, como si alguien con quien quisiera pelearme se hubiera disculpado. La semana siguiente tuvimos un clima blanco, no por la nieve, sino por el cielo, que se confundía con la nieve acumulada hasta tal punto que los ojos me jugaban malas pasadas con las distancias. Procuré no pensar en Darnay, pero mi mente divagaba con facilidad y mi mirada se deslizaba por los contornos suaves y desconocidos, la uniformidad de los campos, cuyas formas deberían haber sido diferentes, y entonces... Una vez, mientras avanzaba trabajosamente por la nieve más profunda de la parte baja del campo de arriba de regreso a casa, tropecé con una piedra escondida y salí volando, y cuando recobré de nuevo el aliento no sabía dónde estaba. Cuando conseguí levantarme, no sé cómo, y me apoyé en la pared, reconocí la reparación que llevaba meses queriendo hacer y meneé la cabeza con incredulidad por haberme sentido perdido, aunque solo fuera por un segundo. Esa noche no dormí bien y durante todo el día siguiente me sentí impaciente e irritable. Todo parecía ir mal; volqué un cubo de leche con el pie, un cerdo se metió en la vaquería porque me descuidé y no eché el pestillo, el tejado del silo se derrumbó y un zorro mató a una oveja. Mi padre estaba de tan mal humor como yo y mi madre no tenía tiempo de preocuparse por nosotros, salvo cuando me encargó que le llevara agua para hacer la colada mientras ella daba de comer a las gallinas y se ocupaba de las demás labores de Alta. Por último, casi me corté el dedo con la máquina de picar nabos; eso me hizo recapacitar. Hurté una rebanada de pudín de pan cuando mi madre estaba de espaldas y me fui al establo a comérmela mientras observaba a Calambre lamer a los cachorros. Pero incluso estos me resultaban una molestia. Estuve mucho tiempo sin saber por qué, hasta que me di cuenta de que me recordaban la manera en que él me había mirado y cómo su desdén perduraba, incluso aunque no estuviera.

—¡Lucian!

No sabía cuánto tiempo había estado gritando Alta. Me metí el último trozo de pudín en la boca y salí al patio. Mi hermana estaba en la ventana agitando la mano y se oían unos cascotes en la carretera, más allá del patio, que se aproximaban sin tregua. Pero la nieve lo amortiguaba todo, así que me pilló por sorpresa cuando apenas un momento después pasó cabalgando más allá del final de la pared y desmontó delante de mí. Nos miramos. Él inclinó por fin la cabeza en una especie de saludo precavido y se sacudió la ropa con un cuidado exagerado. Como había venido cabalgando, su abrigo olía a caballo y tenía sus altas botas salpicadas de barro, pero yo había

estado trabajando todo el día y sabía que apestaba a sudor y estaba lleno de suciedad, telarañas y excremento de oveja. En teoría estábamos igualados, pero me aparté de él y sentí que el rubor me cubría las mejillas. Había un hacha junto al tajo y traté de cogerla como un tonto, como si me hubiera pillado partiendo leña. Agarré el trozo de madera más cercano y lo partí por la mitad con un súbito golpe seco.

Puede que hubiera dicho algo durante la pausa posterior, pero para entonces Alta ya estaba en la entrada.

—Ven a ver a los cachorros —dijo, y oí que Lucian se iba con ella.

¿Acaso había vacilado, esperando que lo saludase? No me importaba. Corté tres troncos más antes de entrar en el establo tras ellos.

—Le va a salir una gran mancha negra, mira —decía Alta, sujetando a la cachorra contra su pecho con suavidad—. Toma, cógela.

—¿Y si se me cae?

—No se te va a caer —replicó Alta—. Toma. ¿A que es una ricura? ¿Qué nombre le vas a poner?

—No lo había pensado. —Cogió a la cachorra con torpeza—. Tienes razón, parece como si alguien le hubiera derramado algo encima. Una macha de tinta. Supongo que podría llamarla...

—No la llames Mancha de Tinta —dije.

Miró hacia atrás; no sabía que yo estaba ahí.

—No estaba sugiriendo llamarla así. ¿Qué tal Salpicadura? ¿O Borrón?

—Mancha —dijo Alta. La cachorra abrió la boca y bostezó, como si lo hubiera oído, y Alta se rio—. ¿Lo ves? Mancha.

Así que Mancha. A Darnay no pareció importarle, o al menos se limitó a imitar a Alta cuando esta sonrió, como si lo único que importara fuera que había sido idea de ella. Trataba a la cachorra como a un bebé; con cuidado, dejando que Alta lo decidiera todo, y lo despreciaba por ello. Resultaba muy evidente lo que estaba haciendo: cada sonrisa y cada tierno toquecito en el hocico del cachorro eran por el bien de Alta. Y cuando venía a la granja —después de eso, una vez cada dos días— era para verla a ella, no a la cachorra. Cuando la tos de Alta empeoró de nuevo y tuvo que guardar cama durante una semana, se pasó horas a su lado, jugando mientras ella se atiborraba de bombones que él había encargado en Castleford.

Al principio mantuve las distancias. Si iba a estar por aquí, no quería verlos juntos. Pero después de una semana, más o menos, mi madre me hizo entrar en la despensa cuando pasaba por allí y cerró la puerta.

—Emmett, tengo que hablar contigo.

—¿Qué? ¿Aquí? Hace mucho frío.

—No tardaré mucho. Se trata de Alta. Y del señor Darnay.

«El señor Darnay.» Mis sentimientos debieron de reflejarse en mi cara, pues me interrumpió antes de que pudiera responder.

—Escúchame, Emmett. Sé que no te agrada. No pongas esa cara, ¿te crees que no lo he notado? Pero tienes que pensar en Alta.

—Pienso en Alta, justo por eso...

—Podría ser una oportunidad para ella. Si él se enamora de tu hermana...

—¡Qué disparate! No va a pasar.

—Sé que no es más que una posibilidad. Pero piensa en lo que podría significar para ella, Em. Si se casara con ella... ¡Esas cosas ocurren! No a menudo, lo sé, pero es muy hermosa y él podría enamorarse. Es rico y también apuesto, joven y encantador. Alta no volverá a tener una ocasión como esta. No lo echas a perder.

—Quieres venderla al precio más alto posible.

Mi madre me tiró de la oreja, pellizcándomela hasta dejarme una diminuta marca roja con la uña.

—No espero que lo entiendas —dijo al fin—. Eres muy ingenuo, Emmett. Más ingenuo incluso que Alta. Pero, sea como fuere, necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Qué tengo que hacer, ensalzar sus virtudes ante él? ¿Decirle que sería un fantástico revol...?

—¡No te atrevas!

Se hizo el silencio. Me metí las manos en los bolsillos e inspiré hondo.

—¿Qué quieres que haga?

—Al contrario de lo parece creer —dijo algo crispada—, queremos mucho a Alta y no deseamos que le hagan daño. Espero con toda mi alma que el señor Darnay pueda cambiarle la vida. Pero si no es así, no quiero que su reputación se resienta. Queremos estar seguros de que ella nunca..., de que, al margen de sus sentimientos, nunca se sienta tentada de sucumbir.

—Alta cree que lo ama —dije—. Por supuesto que va a sentirse tentada de sucumbir.

—Con más razón. Solo queremos que estés pendiente de ellos. Que te asegures de que no lo haga.

—¿Quieres que sea su carabina? Tengo trabajo que hacer, mamá. ¡No me paso el día entero con el encaje!

—No seas necio, Emmett. Sé que estás ocupado. No me refería a que los vigiles en todo momento. Solo de tanto en tanto, cuando tengas un rato libre y ellos estén a solas. Hemos de protegerla.

Apreté los puños dentro de los bolsillos y dirigí la mirada hacia un tarro de nísperos en conserva que había detrás de ella. «Culos abiertos», los llamaban en la escuela. Tenían que pudrirse antes de poder hincarles el diente.

—Mamá, le va a romper el corazón.

—Nadie se ha muerto nunca por tener el corazón roto.

—Es solo una niña.

—Yo solo tenía un año más que ella cuando me casé con tu padre. Y esta es una oportunidad magnífica, Emmett. ¿Es que no lo ves? ¿Y si alguien te ofreciera a ti una vida mejor?

—Si fuera Darnay quien me la ofreciera, le diría por dónde... —Mi madre entrecerró los ojos y yo me contuve a tiempo—. Respondería que no.

Mi madre suspiró, cogió un par de tarros y me empujó al pasar por mi lado.

—Tú asegúrate de que sepan que podrías aparecer en cualquier momento, Emmett —dijo con tono brusco e irritado—. ¿Lo harás, por favor?

—De acuerdo —respondí, pero ella ya se había ido.

La obedecí. No quería hacerlo y al principio tuve que armarme de valor, y cada vez que subía la escalera hasta el cuarto de Alta me lamentaba por el tiempo que estaba malgastando en ellos. La gente pensaba que el invierno era una estación tranquila en las granjas, pero apañado estabas si no conseguías llevar a cabo las reparaciones y el mantenimiento necesarios antes de que llegara la primavera. O, más bien, lo estaría yo, ya que mi padre me lo reprocharía a mí. Y también me irritaba la presencia de Darnay por otras razones: por su forma de mirarme, por hacerme ser consciente de que la peste a excrementos de cerdo o a sudor me impregnaba la camisa, siempre conseguía que se me revoliera el estómago... De alguna manera, yo sabía cuándo estaba bajo nuestro techo, incluso aunque no lo hubiera visto llegar. Solía abrigar la esperanza de pillarlo con las manos en la masa para poder decirle que se marchara y que no volviera jamás, pero él nunca parecía culpable ni tampoco daba la impresión de que tuviera algo que ocultar. Esa era otra de las cosas que me hacían desconfiar: nunca iba más allá de tirarle de la trenza a Alta o darle un golpecito con el dedo en la mejilla. Se mostraba demasiado fraternal, como si ella no fuera más que una niña.

Pero a medida que transcurrían los días me sorprendí pasando cada vez más tiempo con ellos. A fin de cuentas, había tareas que podía realizar dentro de casa. Según se acortaban los días, me gustaba sentarme a la luz de la lámpara para arreglar aperos, tallar espigas de madera o leer con atención el catálogo de semillas, informándome para mantener una larga discusión con mi padre acerca de cuál era la mejor proporción de festuca y de fleo. Hacía un frío glacial —había llevado a Calambre y a los cachorros dentro y puse la caja junto al fogón—, pero dado que Alta estaba convaleciente, el fuego siempre estaba encendido. Y a veces resultaba casi agradable: el calor; Alta y Darnay hablando en voz baja o enfrascados en silencio en algún juego; Darnay tarareando una suave melodía entre dientes mientras Alta se hacía un lío con su bordado... A veces, a pesar

de todo, tenía que apretar los dientes para no reírme de algo que él había dicho. Y tenía que clavarme las uñas en la palma para recordarme que no debía dejar que me encandilara también a mí.

Fue una tarde, poco después de que anoheciera. Alta llevaba todo el día de mal humor y había procurado que no se le notara delante de Darnay, pero yo reconocía las señales: se estaba enroscando un mechón de pelo en el dedo nerviosamente y, de repente, me miró.

—¿No tienes nada mejor que hacer, Emmett?

—¿Qué?

Yo estaba viendo a Darnay jugar un solitario sobre la colcha de Alta, mordiéndome la lengua para no decirle que se había pasado por alto una jota de corazones que habría liberado una columna entera.

—¿Por qué no te vas a hacer algo de provecho? No tienes por qué quedarte si te aburres.

—Estoy bien, gracias.

—Estás ahí sentado con cara de perro.

Sentí que se me encendían las mejillas. Darnay había dejado de jugar y ahora paseaba la mirada entre Alta y yo, con el ceño fruncido. Me había esforzado mucho durante las últimas semanas para no mostrar los sentimientos que él me inspiraba.

—Cierra el pico, Alta.

—Nadie te obliga a estar aquí sentado. Lucian es demasiado educado para decir nada, pero...

—Alta. —Darnay juntó todas las cartas—. Estoy bien.

—Solo estás siendo educado. Em, si no puedes ser civilizado, ¿por qué no te marchas?

—Vivo aquí —repliqué—. Estoy en todo mi derecho de...

—¡No te atrevas a moverte, Lucian! Te prohíbo que te vayas. Emmett, ¿por qué no...?

—Alta, no es necesario que le pidas a nadie que se vaya por mí —intervino Darnay, que me miró a los ojos—. Lo siento.

Le devolví la mirada.

—¿El qué?

—Simplemente... Solo quería decir que... —Exhaló entre dientes. Se hizo el silencio y juntó todas las cartas sin levantar la vista—. Oye, Alta, se está haciendo tarde. Volveré mañana.

—¡No! —Lo agarró de la manga y lo miró con los ojos como platos—. Por favor, no te vayas aún.

Él me lanzó una mirada y yo me encogí de hombros. A continuación, me puso las cartas en la mano.

—Baraja, ¿quieres? —Se sentó y se arrimó a Alta, enmarcando su rostro con las manos para que lo mirara—. No es Emmett quien está siendo maleducado, sino tú —dijo—. Basta ya.

—¿Q... qué?

—Yo estoy bien y Emmett está bien. O te comportas o nos iremos los dos.

Alta lo miró, parpadeando con desconcierto, y acto seguido, para mi sorpresa, se rio con ligereza y agitó las pestañas.

—Tienes razón —reconoció—. Lo siento, Lucian.

—No pasa nada. —Él también se rio y le dio un golpecito en la nariz con el dedo índice—. Bueno, te voy a leer el futuro. Vamos a echar un vistazo. —Cogió el mazo y colocó cuatro cartas en fila sobre la colcha. Mientras las volvía, vi que Alta se acariciaba la mejilla, como si todavía sintiera su caricia. Darnay levantó la cabeza—. Dos de picas, dos de corazones, jota de picas, diez de picas. Hum. Interesante.

—¿Es malo?

—No, en absoluto —repuso, y señaló el dos de corazones—. Esto representa el amor. El dos de picas anterior significa... No estoy seguro. Puede que sea que os vais a pelear. O que al principio no te darás cuenta de que es amor verdadero. Y la jota de picas... Un chico moreno. Te vas a enamorar de un joven moreno. Y él se va a enamorar de ti. ¿Qué te parece?

Ella lo miró conteniendo el aliento, sin sonreír. Por un instante atisbé a la mujer en que se convertiría.

—Y después ¿qué? —preguntó.

—Después... —Volvió a meter las cartas en la baraja—. Eso es todo —dijo con ligereza y le brindó una sonrisa—. Imagino que viviréis felices para siempre. Bueno, tú tumbate y piensa en ello que yo volveré mañana. Veré si puedo traerte esas frutas confitadas que te gustan. ¿De acuerdo? —Se puso en pie.

Ella asintió. Esa extraña expresión adulta perduró, como si una luz blanca le brillara en el rostro. Él le alborotó el cabello.

—Y basta de pataletas —repuso.

Alta lo observó mientras se marchaba. Si él se hubiera dado la vuelta habría visto cómo lo miraba, pero no se molestó. Bajó corriendo la escalera, como un colegial después de la última clase, agradecido de haberse escapado.

Estaba en la cocina cuando lo alcancé. Lo vi por la puerta entreabierta, en cuclillas, pero se levantó con la cachorra contra el pecho cuando entré.

—Me iré en un minuto —dijo—. Solo estaba viendo a Mancha. —No dije nada. Él frunció el ceño al cabo de un momento—. ¿Qué? ¿Por qué me miras de esa manera?

Cerré la puerta a mi espalda.

—¿A qué crees que estás jugando, Darnay?

Volvió a acuclillarse despacio y metió de nuevo a Mancha en la caja. Pero no se levantó otra vez, sino que se arrodilló y me miró mientras le acercaba el dedo a la cachorra para que lo lamiera.

—¿De qué estás hablando?

Tomé aire de manera pausada.

—Así que Alta va a conocer a un chico moreno y apuesto que se va a enamorar de ella, ¿no es así?

Él se encogió de hombros.

—Mira, no era... Solo era...

—¿Qué? ¿Una broma? ¿Un juego? ¿Mientras te lo estabas inventando no se te ha ocurrido que ella podría...?

Darnay enarcó una ceja.

—¿Qué te hace pensar que me lo he inventado?

—Que... —Vacilé y con voz queda añadí—: Entonces supongo que era una coincidencia. Que le has dicho justo lo que ella quiere oír.

Algo surgió en su rostro y desapareció.

—Pensaba que todas las niñas querían conocer a un joven alto y moreno.

—¡Por Dios, Darnay! —Me puse en cuclillas frente a él para mirarlo a la cara—. No seas hipócrita. ¿Cómo te atreves a decirle que la amas?

Su rostro se quedó en blanco y apartó la mano de Mancha.

—Yo nunca he dicho nada semejante.

—¡Sí, claro! ¡No tenías idea de en qué estaba pensando ella!

—No seas ridículo. —Se puso en pie—. No sé qué insinúas exactamente, pero si crees que me interesa la virtud de tu Alta...

—Debes de pensar que soy estúpido.

—Bueno... —Me miró de arriba abajo—. No sé muy bien cómo responder a eso.

Lo miré fijamente a los ojos. El corazón me latía con fuerza. Ese constante deseo, no, necesidad, de golpearle me estaba volviendo loco, pese a que sabía que no me atrevería.

—¿Por qué no la dejas tranquila?

Se impuso el silencio. Darnay cruzó los brazos y me miró.

—De acuerdo —dijo al fin—. Lo reconozco.

—¿Qué?

—Tienes razón. Voy a seducir a Alta. Es decir, sé que no es más que una niña, pero eso le da emoción. Y después voy a abandonarla. Si está embarazada de mí, mucho mejor. Voy a arruinarle la vida. Y también la tuya y la de tus padres. Simplemente porque quiero. Disfruto con estas cosas.

Me quedé mirándolo. Sus ojos eran como el azabache, inertes y carentes de humanidad. Se me formó un nudo tan grande en la garganta que me costaba respirar.

—Eres... ¿De veras?

—¡No! —Se giró de repente y se alejó unos pasos de mí—. ¡No, de veras que no! Por Dios

santo, ¿quién te crees que soy? Le he salvado la vida a tu hermana, la traje a su casa, vengo a visitarla mientras está enferma, le traigo regalos para animarla, adopto a una cachorra para impedir que la maten... y tú me miras como si estuviera planeando un asesinato. ¿Por qué?

—¡Porque me das escalofríos!

Se hizo el silencio.

—Al menos eres sincero. —Parecía cansado. Cogió la capa del gancho de la pared y se la puso —. No te preocupes por Alta. No voy a hacerle nada.

Agaché la cabeza y me di la vuelta. Oí la puerta chirriar y cerrarse y sus pasos en el pasillo. Una ráfaga de viento agitó las tejas. Afuera debía de hacer un frío glacial, pero si Darnay había cabalgado hasta aquí a través de la nieve y el hielo podría cabalgar de vuelta a su casa.

Me acerqué a la caja de los perros y miré dentro, pero los cachorros estaban dormidos. Calambre volvió la cabeza y meneó la cola. De no haber sido por Darnay, Mancha podría estar muerta a estas alturas.

Pero había algo raro en él. No eran imaginaciones mías.

Alargué el brazo y mantuve la mano suspendida sobre la parte más caliente de la estufa, desafiándome a tocarla.

Durante los días siguientes los evité a ambos. Hacía tiempo había prometido ayudar a Alfred a reparar la chimenea de su casa; hacía mucho frío y no era el momento adecuado para hacerlo, ya que teníamos que cerciorarnos de que el hielo no alcanzaba el mortero, pero yo me empeñé. Mis padres intercambiaron miradas cuando les dije que estaría trabajando en Fields Row durante un tiempo, pero ya había terminado la cerca para el ganado el día de antes y mi padre se limitó a mirarme por encima de su porción de pastel.

—Muy bien, cariño. Yo haré las tareas de Alta —dijo mi madre, y siguió con su desayuno. Yo agaché la cabeza para esconder el rostro mientras cortaba el pan en trocitos cada vez más pequeños.

Pero terminamos el trabajo en un par de días y volví a la granja. Casi había llegado el Día de la Transición y había que sacrificar el cerdo y coger el tronco y el follaje para los adornos. Normalmente me gustaban los preparativos, pero parecía que, cada vez que me daba la vuelta, veía a Darnay yendo o viniendo. Cuando mi madre y yo trajimos el cerdo del fuego después de chamuscarlo, él entraba a caballo en el patio. Al pasar por nuestro lado sentí los ojos de mi madre clavados en la cara. De repente fue como si me ahogara por la peste a pelo de cerdo chamuscado y la sangre de mi ropa. Me limpié el sudor de la frente y pasé por la puerta abierta con la carretilla. No miré a Darnay, aunque oí repicar sus botas en los adoquines cuando desmontó; fui derecho a la bomba y me lavé la cara con agua helada. Tardamos un par de horas en despiezar el

cuerpo y después instalé el horno para ahumar la carne en el patio. No me lavé la mugre ni subí hasta entrada la noche, cuando ya había oscurecido. El corazón me estaba latiendo con fuerza cuando entré en el cuarto de Alta, pero Darnay saludó inclinando la cabeza con total serenidad, como si se hubiera olvidado de lo que le había dicho.

—Hola, Farmer —dijo.

—Darnay —respondí.

Él ladeó la cabeza un poco a modo de saludo. Después volvió a la partida que estaba jugando con Alta. El ruido de los dados, Darnay maldiciendo en bajito y las risitas de Alta interrumpían el silencio imperante. Agaché la cabeza y me puse con el arnés que me había subido para repararlo, pero mis dedos tardaron mucho rato en recuperar la calma.

Después de eso fue como si hubiéramos declarado una tregua. No nos mirábamos más de lo necesario; cuando teníamos que hablar, lo hacíamos de un modo anodino y neutro, como si no nos conociéramos de nada. Temí que Alta se diera cuenta de que nos comportábamos de manera distinta, de que ya no lo fulminaba con la mirada cuando le tiraba de la trenza, de que él ya no me trataba con burlona cortesía; pero ella no parecía reparar en nada ni en nadie cuando Darnay rondaba por allí. Estaba más feliz que nunca y eso me dolía en el alma. Aquello no podía durar para siempre; tarde o temprano se daría cuenta de que Darnay no la amaba.

Pero los días pasaron y una tarde me percaté de que quedaban solo dos días para el Día de la Transición. Adondequiera que mirara, había guirnaldas hechas con ramas perennifolias, relucientes estrellas de papel dorado y bolas rojas, y la cocina olía a canela y a mantequilla derretida. Alta se había pasado la última semana haciendo guirnaldas de hiedra —de forma incesante y descuidada, como si no pudiera soportar dejar de mirar a Darnay ni un solo instante—, y él y yo las colgamos mientras ella nos indicaba desde un sofá, arropada con un montón de mantas. Tenía los ojos brillantes por la excitación y Darnay no dejaba de mirarla y de sonreír.

—No, está torcida, tienes que sujetarla del centro —dijo.

—Muy bien, señora. —Le hizo una reverencia, sujetando aún un extremo de la guirnalda, y después se apartó hacia un lado, por lo que la silla sobre la que estaba subido se meneó—. ¿Aquí? Miré el montón de oscuras hojas verdes, que ya empezaban a perder el brillo.

—Voy a por más alfileres —dije.

—Buena idea. Venga, Alta, ¿tiene que estar absolutamente perfecto?

Entré en la cocina y me puse a hurgar en el cajón del aparador en busca de alfileres. Mi madre estaba estirando una masa con el rodillo sobre la mesa, ligeramente espolvoreada con harina, y tenía el rostro tan enrojecido como el de Alta.

—Ah, Emmett, bájame ese frasco, ¿quieres? Y ya que estás aquí, ¿puedes atizar la lumbre? ¿Y tendrías la bondad de medir cuatrocientos cincuenta gramos de azúcar y ponerlos al fuego para preparar el caramelo? ¿Adónde ha ido tu padre? Me prometió que iba a desplumar el ganso.

Cuando por fin volví al salón, se estaban besando.

Me quedé paralizado en la entrada. No. Estaban bailando. Darnay tenía a Alta entre los brazos, pero daba vueltas con ella, conduciéndola con suavidad por delante de los muebles, con la cabeza muy cerca. Él tarareaba una especie de melodía que dio paso a un entrecortado «Un..., dos..., tres...», seguido de un «A un lado..., juntos..., bien... Meca his, ha sido mi culpa...», y luego intentaba retomar la tonada donde la había dejado.

—La, la, la... Sí, así. La... —cantó. Alta se puso a reír—. Para, no puedo... Está claro que eso sí ha sido tu culpa.

Se detuvieron entre risas.

—Vamos a repetir —dijo Alta.

—No deberías cansarte.

—No lo haré.

Alta le sonrió, respirando de forma acelerada. Estaba preciosa. Y la mano de Darnay en su cintura se veía elegante, aristocrática, una mano que no había trabajado en su vida y que jamás tendría que hacerlo.

—Bueno, yo sí me estoy cansando —repuso Darnay, que le apartó un mechón húmedo de la frente y la soltó como si todo fuera un único gesto—. ¿Qué pasa con el resto de las guirnaldas? ¿No ha ido tu hermano a buscar unos alfileres? —Miró hacia la puerta y me vio.

—¡Emmett! —exclamó Alta, y se acercó a mí dando saltos con ligereza, como si todavía estuviera bailando—. Lucian me está enseñando a bailar el vals.

—Lo he visto. —Dejé la caja de alfileres y me concentré en quitar la tapa.

—¿Lo hemos hecho bien?

—Darnay sabe lo que se hace.

—Yo nunca he bailado antes, Em, así que no puedes esperar que lo haga bien de inmediato. Necesito practicar.

Intentó asir a Darnay, pero él se rio y meneó la cabeza.

—Lo siento. Carezco de tu vigor.

—De acuerdo, pues enséñale a Emmett lo que hay que hacer. Así, cuando regreses, lo haré a la perfección.

—Alta, acaban de darte permiso para levantarte de la cama —dije.

—Creo que debería marcharme —repuso Darnay al mismo tiempo.

—¡Ay, no! Por favor, Lucian. Solo unos minutos más. Mañana es la Transición y se supone que tienes que ser bueno.

Él se mordió el labio medio sonriendo y me miró a los ojos.

—¿Por qué no le enseñas tú, Alta? Ahora ya sabes lo que hay que hacer.

—Vale, lo haré. Pero tienes que quedarte y corregirme cuando haga algo mal. —Me colocó de

forma que estuviéramos uno al lado del otro—. Haz lo mismo que yo. Da un paso adelante, a un lado, juntos, así. ¿Lo ves? Un, dos, tres...

Intenté imitar lo que estaba haciendo. Darnay parecía estar conteniendo una sonrisa.

—No, así. ¡Uf, qué lento eres!

—Dale una oportunidad, Alta —intervino Darnay. Yo me detuve y lo miré, pero él estaba pendiente de mis pies—. No le metas prisa. Tú tampoco eras muy rápida.

Alta suspiró y me tiró del codo.

—¿Lo tienes? Ahora, tú te quedas ahí y yo aquí... Coloca los brazos así. —Intentó colocarme bien, como a una marioneta—. Y entonces tú diriges: un..., dos..., tres... ¡Uf, por el amor de Dios!

—¿Qué he hecho? Creía que lo había entendido bien.

—Se supone que tienes que llevarme tú, no que sea yo quien te empuje de un lado para otro. Es diferente cuando lo hace Lucian.

—Seguro que sí —repliqué entre dientes.

—Lucian, demuéstreselo. —Agarró a Darnay del brazo y lo empujó hacia mí—. Enséñale cómo se hace.

—Yo no... —empecé a decir.

—No —dijo Darnay a la vez. Los dos guardamos silencio mientras nos mirábamos; tenía una expresión cautelosa y las mejillas ruborizadas—. No creo que tu hermano quiera mi ayuda —alegó—. Mucho menos con el vals.

—No seas bobo —adujo Alta—. Enséñale.

Darnay no se movió. Estaba esperando algo y, como un tonto, comprendí un poco tarde qué era.

—No pasa nada —dije con una voz tensa y desconocida—. Enséñame.

—¿Quieres que baile contigo?

Inspiré hondo.

—Si tú quieres... Si es lo que Alta quiere...

Me miró durante un largo rato, con el rostro impenetrable.

—¿No voy a darte escalofríos?

—No —respondí con tanta calma como pude—. No lo creo.

Entrecerró los ojos, como si yo fuera un animal que estuviera considerando adquirir. Sentí que la sangre se congregaba en mis mejillas, que cada vez irradiaban más calor. Aparté la mirada.

Él se echó a reír. Un sonido extraño, precavido, satisfecho; el sonido de haber ganado sin saber por qué.

—En realidad creo que lo estabas haciendo muy bien —dijo—. No les pasa nada a tus pies. Tienes que acostumbrarte, eso es todo. —Me tendió los brazos y vaciló—. ¿Estás seguro?

—¡Enséñale! Qué alboroto por nada —se quejó Alta—. Por Dios, chicos.

Darnay dio un paso hacia mí. Yo me estremecí y sentí que se apartaba, así que antes de

pensármelo mejor me obligué a asirle la mano del mismo modo que Alta había hecho con la mía. Estaba más caliente de lo esperado y la tenía húmeda por el sudor; parecía normal, amistosa, como la de mi madre o la de Perannon Cooper.

—Adelante, pues —dije—. Si así ha de ser.

—¿Listo? Un, dos, tres... Un, dos, tres... Un, dos, tres...

Era más fuerte de lo que me había imaginado. Bailamos el vals por la habitación y de repente comprendí a qué se refería Alta: apenas tenía que hacer nada, solo dejarme llevar. Pero era como un abrazo, estábamos tan cerca que era insoportable, tanto que no era capaz de recobrar el aliento. Un, dos, tres...

Me tropecé y él me soltó al instante.

—Ya está. Ahora puedes enseñarle a Alta.

—Sí. —Parpadeé en un intento de impedir que la habitación me diera vueltas. Era incapaz de recuperarme de la sensación de mareo; di un paso a un lado, me tambaleé y Darnay me agarró del codo para sujetarme. La tibieza de su mano atravesó la tela de mi camisa, como si de agua se tratara, y me aparté por instinto, como un estúpido, y él retrocedió de golpe, con el rostro de repente paralizado—. Gracias, Darnay —dije con apenas un hilo de voz.

—¡Alta! —Mi padre estaba en la entrada—. ¿Qué estás haciendo? ¡Te dije que podías bajar si te quedabas en el sofá!

—Eh, estaba...

—Vuelve a la cama. Discúlpeme, señor Darnay. Feliz Transición.

Mi madre cargó con las mantas y apremió a Alta, que suspiró, le brindó una sonrisa cómplice a Darnay y la siguió.

Darnay y yo nos quedamos a solas. Él me miró como si estuviera a punto de decir algo, pero de repente cogió la capa y salió al pasillo. Yo vacilé, contemplando el montón de guirnaldas abandonado, y a continuación, muy a mi pesar, fui tras él.

Estaba en el patio. Había empezado a caer una fina nieve. Él me vio, pero se puso los guantes sin detenerse, como si yo fuera parte del paisaje.

—¿Vas a volver a Castleford para la celebración?

—No. —Se colocó bien los guantes y después me miró, como si no estuviera seguro de por qué seguía yo ahí—. Mi tío celebra la Transición a su manera. O eso dice la cocinera. Vamos a cenar carne de venado, champán, burdeos, oportó... Siete platos, vajilla de porcelana con filo de oro, la mejor cubertería de plata. Los dos solos en un comedor del tamaño de un granero.

—Ya veo.

—Bueno, va a ser divertido. Estará borracho como una cuba al llegar el segundo plato y entonces podré acomodarme y ver cómo se desploma sobre el plato. —Se ajustó bien el cuello del abrigo alrededor de la barbilla—. Estaré unos días sin venir, si eso es lo que quieres saber.

—Ven a cenar aquí.

—¿Qué?

Me miró a la luz del crepúsculo mientras los copos de nieve le colgaban de las cejas. Tragó saliva.

—A mis padres les encantaría que vinieras. Y a Alta, por supuesto. Hay comida de sobra. Siempre invitamos a los jornaleros y a sus familias, así que no pasa nada por uno más.

—¿Me estás invitando a la cena de la Transición?

Me encogí de hombros, pero él continuó mirándome.

—Sí —farfullé.

Su rostro cambió.

—No —repuso—. Gracias.

—Pero...

—En realidad tú no quieres que venga, ¿no es así? —Me lanzó una sonrisa socarrona, como si hubiera hecho una broma pesada.

—No estaba...

—Que tu oscuridad siga latente y la luz brille antes de que así lo precises —dijo.

Era el antiguo saludo formal de la Transición. Acto seguido se montó en la silla y me dejó tiritando bajo la nieve.

XV

La primavera llegó antes de lo habitual. Cayeron algunas nevadas más tras cambiar de año, pero no demasiadas, y con la segunda luna llena la nieve se fundía por zonas, como un paño de encaje calado de hoyos marroncillos de agua del deshielo. Entonces desapareció por completo y te hundías hasta el tobillo en barro a cada paso. Y después, de la noche a la mañana, los árboles se despertaron y absorbieron el agua de la tierra y el aire se impregnó del perfume de los brotes verdes. Siempre había adorado los primeros días de la primavera, cuando la prisi3n del invierno se abría de par en par de forma repentina, pero este año fue como descubrir un país desconocido, como si verlo a través de los ojos urbanitas de Darnay hiciera de todo aquello una novedad. Ahora que Alta volvía a estar bien y tenía tareas de las que ocuparse, él no venía a diario ni se pasaba aquí las horas muertas, aunque siguió viniendo y se las arregló para hacerse un hueco en la vida de la granja de manera tan natural que comenzó a formar parte de todo. Siempre rondaba cerca, y, si bien no estorbaba exactamente, era difícil ignorarlo: acompañaba a Alta al campo de arriba cuando llevaba el almuerzo a los sembradores, olía el viento de forma obediente cuando Alfred predecía lluvia, retrocedía con los ojos llorosos a causa del hedor a orín cuando pasábamos por delante del establo donde mi padre y yo habíamos estado encurtiendo el grano... Las semanas que me quedé en la cabaña del pastor para el parto de las ovejas, Alta venía por la noche con la cena; él la acompañó más de una vez, y nos sentábamos durante un largo rato a beber té, sin hablar demasiado, mientras las estrellas brillaban cada vez más. En una ocasión estuvo presente en el nacimiento de un cordero. Después se arrodilló en el barro, con un lado del rostro iluminado por la luna y el otro por la luz de la lámpara, mientras le limpiaba el hocico al cordero con paja. Tenía sangre y mucosidad en la camisa, pero él pareció no darse cuenta; se limitó a inclinarse sobre el codero, mirándolo, y por fin levantó la vista hacia mí con una sonrisa de incredulidad.

—¿Ves? No ha sido difícil —le dije, y él meneó la cabeza y se rio.

Y estaba Mancha, por supuesto. Todos bromeábamos con el entusiasmo que demostró la primera vez que percibió la presencia de un conejo, al ver la rapidez con que se armó de seguridad y echó a correr, imaginándonos los intensos olores amaderados y terrosos en su nariz. Una tarde, cuando volvíamos del campo donde habíamos estado removiendo el estiércol, dirigidos por Darnay, pues se había cansado de trabajar con nosotros después de diez minutos, Alta dijo:

—Ojalá oliera como ella.

Yo esboqué una sonrisita arrogante.

—De hecho, ya hueles así, apestosa —le dije, pero sabía a qué se refería.

Mientras los demás estábamos demasiado ocupados para vigilarlo, era cuando Darnay debería haber intentado meterse en la cama de Alta, si acaso era eso lo que buscaba, pero jamás lo hizo. Nunca estaba demasiado tiempo a solas con ella; a menudo parecía llegar de forma deliberada cuando mi padre o yo estábamos en el patio y preguntaba si podía echarme una mano con lo que fuera que estuviera haciendo. A veces, cuando le lanzaba un palo a Mancha o trataba de disuadirla para alejarla de la madriguera de un conejo, lo observaba y me decía que me había equivocado, que lo único que quería era a Mancha y algo de compañía. La casa de su tío debía de ser muy solitaria y nunca mencionaba a nadie más; tal vez su amabilidad fuera superficial y se distrajera con nosotros por puro aburrimiento. Entonces miraba a Alta y se me encogían las entrañas, pues si ella no le interesaba, mi hermana se iba a morir de pena de tanto desearlo. Pero cuando lo veía entrar en el patio silbando o nuestras miradas se cruzaban mientras saludaba a Alta besándole la mano, no podía seguir engañándome. Él era tan feliz como ella, como si estar juntos fuera suficiente. Al menos por ahora.

Por entonces, Mancha ya era lo bastante mayor para separarse de Calambre. Pensé en decirle a Darnay que se la llevara a casa y no volviera, pero cada vez que tenía las palabras en la punta de la lengua me sorprendía reprimiéndolas, posponiéndolas otra hora, otro día. No soportaba imaginarme cómo sería todo cuando Mancha se hubiera ido para siempre. Darnay nos daba dinero para su comida, pero, aparte de eso, no era exactamente suya, sino más o menos nuestra. Había pasado tanto tiempo desde que Calambre era una cachorra que se me había olvidado cómo era y que podíamos pasarnos los ratos libres jugando al tira y afloja o lanzándole un palo, haciendo nudos con trozos de cuerda para que ella los mordiera. La mancha marrón oscuro en la espalda de Mancha se había vuelto negra y le habían cortado el rabo, pero seguía siendo pequeña. Cuando se cansaba, la metía en el saco de lona que a veces usaba para cazar y asomaba la cabeza por arriba. Entonces Alta caminaba a mi lado y susurraba: «¡Conejos!», y se reía cuando Mancha levantaba las orejas. Y una vez, Darnay dijo al aire: «Y aquí tenemos a mademoiselle Emmie, luciendo la última moda de la capital. Fíjense en que el retículo, que con tanto estilo lleva al hombro, muestra una esclavina de piel inusualmente excitable...».

Unos días más tarde, yo había estado podando el seto de espino en la loma del campo de arriba y no me había llevado el saco, por lo que Darnay acabó llevándola en brazos. Antes de llegar a la mitad del camino hasta casa, le dijo entre dientes:

—Bolita malcriada, no me puedo creer que esté haciendo esto. Muy pronto exigirás un palanquín.

Pero cuando me ofrecí a llevarla yo, él negó con la cabeza.

—No, está bien, no pesa mucho.

—Entonces ¿por qué te quejas?

—Lo estoy disfrutando. —Esbozó una amplia sonrisa.

Puse los ojos en blanco, pero su buen humor era contagioso. Bajamos por el camino uno al lado del otro en medio de un silencio amigable y Alta venía detrás, canturreando.

Me puse delante de Darnay para abrir la valla del campo de arriba —estaba en barbecho y había un atajo que nos llevaba a casa—, y en cuanto entramos Mancha empezó a menear la cola y a gemir. Darnay maldijo entre dientes y trató de sujetarla.

—Ha olido algo. Basta, Mancha. Basta. —Pero la perra no paró hasta que llegamos al otro extremo del campo, donde el muro de nuestro patio convergía con el seto. Entonces se revolvió de manera espasmódica una última vez.

—¡Mancha, chuchobobo, tranquilízate! —dijo Darnay, empujando la puerta con el codo para pasar, y a continuación añadió, con un tono muy diferente—: Vaya por Dios, se me ha meado en la camisa.

Alta profirió una carcajada, pero luego trató de disimular y hacer que pareciera algo educado y femenino.

Darnay dejó a Mancha en el suelo, que salió disparada hacia uno de los rincones junto al granero donde solía haber ratas.

—Me cago en... —espetó, mirándose el pecho—. Estoy empapado y apesto.

—Será mejor que te cambies —dijo Alta.

—No pasa nada, puedo volver a casa así. Al menos hoy no hace demasiado frío.

—No seas estúpido —dije—. Alta, ve a por una de mis camisas, ¿quieres? —No esperé a que respondiera—. Entra en la cocina, Darnay.

Él me siguió. Puse una olla de agua en el fogón para que se templara. Lo sentía merodeando en la puerta, detrás de mí.

—Farmer.

—¿Sí?

—No es necesario que me prestes nada.

Me di la vuelta.

—¿Qué?

Por una vez parecía estar intentando encontrar las palabras.

—Si prefieres no... Es decir, sé que no te gusta.

—¿Pero qué sandeces dices?

Él vaciló, pero después me dijo en un tono de broma que en realidad no lo era:

—La última vez que me prestaron una de tus camisas casi me estrangulas.

Sentí que la sangre se me agolpaba en la cara.

—Si no recuerdo mal, tú fuiste el que se ofreció a quitarse la ropa —dije.

—Técnicamente, era tu ropa.

—¿Qué te parece si yo te prometo no estrangularte y tú me prometes no quitarte la ropa, ni a ti ni a nadie?

—¿Y qué pasa con mi camisa orinada? ¿Puedo quitármela?

—Cierra la puerta. Si Alta te ve medio desnudo se va a desmayar.

—En tal caso, tal vez deberías apartar la mirada tú también.

Esbocé una amplia sonrisa. No pude evitarlo.

—Lávate, Darnay.

Él asintió con fingida obediencia y cerró la puerta de la cocina. Fui a la despensa a por una pastilla de jabón nueva. Cuando salí, él ya estaba desnudo de cintura para arriba. No estaba tan delgado como antes; tampoco era corpulento, pero las largas horas paseando al fresco le habían conferido a su pecho y sus costillas musculatura y ahora tenía el estómago plano, no hundido.

—Gracias —dijo, y cogió el jabón.

Me di la vuelta. A pesar de las bromas, me incomodaba verlo así, como un campesino lavándose después de la jornada, sobre todo porque yo estaba vestido, aunque qué diferencia había.

Llamaron a la puerta. Abrí una rendija, enganché la camisa de la mano de Alta y le cerré la puerta en las narices mientras hablaba:

—He traído una sin zurcir...

—Ah, gracias —dijo Darnay, metiéndosela por la cabeza. Le quedaba muy bien, aunque tenía los hombros más estrechos que yo—. Espera, ¿no es esta la camisa que te hizo montar en cólera?

—No —respondí sin poder contenerme—. Cierra el pico, Darnay.

Él se echó a reír, con cierto aire pausado y victorioso, y se colocó bien los puños. Ya no me importaba que se estuviera desgastando; él no parecía fijarse en lo vieja o lo sucia que estaba mi ropa.

—¿Puedo entrar ya? —preguntó Alta—. ¿Qué estáis haciendo ahí dentro?

—Solo un segundo —dije, y la oí suspirar y raspar la puerta con las uñas.

Darnay ya estaba vestido. Enrolló la camisa mojada y la dejó sobre la mesa de la cocina. No había encendido la lámpara y el fardo parecía una rosa en la semipenumbra. Darnay se quedó quieto, mirándome.

—¿Qué ocurre? —inquirió al final con voz muy queda.

—Lo siento. —Lo dije tan rápido que se me atropellaron las sílabas—. He sido un idiota. Lo siento.

—No pasa nada.

—No, me refiero a todo el tiempo...

—No pasa nada, Farmer.

—Quédate a cenar. No será nada elegante, seguramente un pastel o algo parecido, pero sé que a mi madre no le va a importar.

—Me encantaría. Gracias.

—Y esta vez no te lo pido solo por... Ah. Estupendo.

Nos miramos. Estaba demasiado oscuro y no veía su expresión, solo distinguí la forma pálida de su rostro. De repente, la habitación que lo rodeaba —el bulto oscuro del fogón y las relucientes hileras de sartenes de cobre, el suelo de piedra fregado y los descoloridos dibujos de las paredes — me resultó extraña. La puerta de la despensa estaba abierta y los tarros desprendían un brillo tenue, como si fueran piedras pulidas colocadas en fila.

—Eh... —Gesticulé de manera frenética—. Voy arriba. No tardo nada. —Me giré y salí al pasillo—. Darnay se queda a cenar —le dije a Alta al pasar.

—¿Qué? ¿Lo has invitado? ¿Por qué? —Me agarró del codo y estuve a punto de tropezarme.

—¿Por qué no?

Levantó la mirada hacia mí. La penumbra azulada de aquella noche de primavera inundaba el pasillo, de modo que el rosa moteado de su vestido se había tornado malva y las sombras poblaban la pared que tenía detrás. La ventana estaba abierta y en los campos soplaba el viento desde el oeste y se llevaba los olores acres del patio; estaba impregnado de la melosidad de la hierba nueva, del olor no a calor, sino a su promesa. De repente, ahí de pie, sentí la primavera mientras el vello de los brazos se me ponía de punta. Me zafé de Alta y rompí a reír.

—¿Qué ocurre, Emmett? Espera, ¿entonces sois amigos?

Su voz era una mezcla de alivio, recelo y algo más, algo no tan agradable. Rodeé el poste de la escalera y subí los peldaños de dos en dos. Ella me llamó de nuevo con un tonillo quejumbroso, pero yo ya había llegado al rellano y no me volví.

Supongo que después de eso ya sí éramos amigos. Siempre había una corriente bajo la superficie, traicionera como una presa, que amenazaba con tragarme, pero en cuanto notaba que empezaba a tirar de mí era capaz de distanciarme, y después de un tiempo resultaba fácil fingir que no era real. Esa sensación de peligro, la potente descarga que me puso el vello de punta el día que Darnay entró en nuestra vida, no era nada, solo una aversión irracional, y ahora que lo conocía mejor podía relajarme.

Y era como si Alta hubiera visto derrumbarse la última barrera. En ningún momento le dije que tuviera mi permiso para casarse con él, si acaso Darnay se lo pedía —aunque tampoco es que le hubiera importado—, pero ella parecía sentir que de alguna forma yo se lo había dado de manera tácita. Se lanzó al amor de cabeza, lo mismo que si se arrojara desde un acantilado; parecía vibrar

de felicidad, resplandeciente, como si el nuevo y dorado mundo de ser la esposa de Darnay estuviera al alcance de su mano. Por supuesto, era una niña y, como tal, sus preocupaciones eran el boato, el vestido que se pondría, la casa en la que vivirían, el anillo que él le regalaría... Una vez pasé por delante de ella, estaba sentada en una valla con Cissy Cooper, y antes de que me vieran y rompieran a reír oí que Alta decía: «¡y un largo velo! Ribeteado de encaje, ya sabes, con motivos florales y perlas cosidas en...». Eso no me preocupaba; lo que me tenía en vela por la noche eran las otras veces en que la mujer de dentro de diez años resplandecía en su rostro y yo atisbaba cuánto lo deseaba. Ahora se movía de forma diferente, ligera e indolente al mismo tiempo; sus dedos se demoraban sobre la superficie de las cosas, como si acabara de descubrir el sentido del tacto. Había perdido el apetito y hasta le había cambiado la forma del rostro: tenía la boca más ancha y los pómulos más prominentes.

Pero Darnay continuaba tratándola como siempre había hecho: bromeaba y la provocaba, tan cómodo con ella como si fueran hermanos. Quizá fuera porque confiaba mucho en ella. O tal vez, pensé en una ocasión con horror, fuera desprecio. Pero no. Darnay era amable con ella en todo momento. La única persona a la que trataba con esa extraña y provocadora afabilidad, que bien podría haber sido desprecio disfrazado, era a mí.

Estuve a punto de perder la cordura pensando en ello, así que no lo hacía. En cualquier caso, ya había asuntos más que suficientes en los que pensar. La primavera avanzaba sin tregua y los primeros cultivos comenzaban a germinar, tanto en el huerto como en los sembradíos. La savia estaba ascendiendo y, cuando terminábamos el resto de las labores, mi madre nos mandaba a recoger ajo de oso o montones de ásteres para hacer vino. Cuando estuvimos frente a las campanillas en el bosque de lord Archibolt, me reí en alto al ver el espectáculo; no era de extrañar que Alta estuviera locamente enamorada, pues era la estación ideal. Yo casi me sentía también enamorado.

Esa semana todo el mundo estaba animado, pues el domingo era la feria de Wakening. No había vuelto a disfrutar de ella desde que le compré el libro a aquel hombre de la caseta y mi padre se enfureció tanto, pero este año estaba deseando que llegase y no solo porque fuese un día festivo. Cuando llegué allí con Darnay, Mancha y Alta —con mis padres rezagados, cogidos del brazo como si fueran jóvenes como nosotros—, lo vi todo con otros ojos. Había puestos, hileras de banderas y humo de fogata, y en todas partes se veía gente ataviada con sus mejores galas; destellos de colores y rostros sonrosados, risas y el tintineo del dinero al cambiar de manos, y el pálido sol les arrancaba destellos a las rebosantes jarras de peltre. Darnay se detuvo y silbó por lo bajo —medio divertido medio intimidado— y yo me reí.

—Vamos —dije—. ¿No tienes hambre?

—En realidad, sí. Te invito a un pastel —dijo.

—Puedo comprármelo yo, Darnay, no somos pobres.

—De acuerdo, yo solo... No importa.

Mancha estaba como loca, tirando y ahogándose con la cuerda. Nos desviamos hacia el puesto más próximo y, en cuanto tuvimos los pasteles —después de dos bocados Mancha se lamió sus costillas y nos miró con la esperanza de que le diéramos más—, enfilamos uno de los caminos más angostos y deambulamos sin rumbo entre las hileras de casetas y mesas de caballete. Alta se detuvo, su cara todo codicia, delante de una mesa con joyas. Darnay siguió su mirada.

—¿Cuánto cuestan las cuentas azules? —preguntó, echando mano al bolsillo.

—Eh, gracias, Lucian, no tenías que hacerlo.

Darnay se dio la vuelta, restándole importancia a su gratitud con un gesto. Lo aborrecí durante un segundo —el joven lord gastando a manos llenas—, pero me miró y me guiñó un ojo. En el siguiente puesto compró tres huevos de madera pintados y me lanzó uno con tanta rapidez que a punto estuvo de caérseme.

—Darnay, se supone que son simbólicos y que son para tu amor —dije mientras él le pasaba el otro a Alta.

—Y eso he hecho —replicó, enseñándome el que se había quedado—. Por el amor de Dios, Farmer, que es solo un huevo. No me mires como si estuviera intentando comprar tu alma.

Me reí con esfuerzo y me guardé el huevo en el bolsillo. Una campana sonó en alguna parte y Alta tiró de mí para que avanzara.

—Vamos o voy a llegar tarde.

—No vas a llegar tarde. Las niñas pequeñas van primero, no tú. La danza del lazo —añadí para Darnay, que parecía perplejo—. Verás, hay un poste enorme con lazos atados y las niñas bailan alrededor y los entrelazan eternamente.

—Es precioso —repuso Alta—. Y Perannon Cooper es la reina del Despertar, Emmett. No te lo puedes perder.

Saludó con la mano a un grupo de muchachas que estaban esperando en el centro del prado, le brindó una sonrisa rápida a Darnay y corrió a unirse a ellas. Todas llevaban su mejor vestido, pálidas como prímulas, y una lánguida corona de flores desordenadas en la cabeza. La mayoría se había dejado el cabello suelto, solo Alta se había hecho dos finas trenzas que partían desde la frente, como si quisiera diferenciarse. Cuando se reunió con ellas se rieron y todas se volvieron para mirarnos. Cissy Cooper señaló a Darnay; trató de hacer pasar el gesto por un femenino saludo y después prorrumpió en risitas.

—Me siento como un pastel en el escaparate de una confitería —aseveró Darnay.

Solté una carcajada. Así era exactamente como lo miraban: con hambre, envidia y anhelo. Todas excepto Alta, que sabía que el pastel ya era suyo.

Darnay se volvió de lado con indiferencia y alzó la mano para protegerse el rostro. Se estaba ruborizando.

—¿Tienes muchas ganas de ver la danza del lazo? Quizá podríamos escabullirnos sin llamar la atención.

—Vámonos —dije.

—Gracias.

No le mencioné que jamás podría pasar desapercibido, mucho menos allí, donde todas las muchachas estaban pendientes de él. En cambio, me dejé llevar de nuevo entre la multitud y procuré no prestar atención a Alta, que lo llamaba mientras nos alejábamos. En cuanto dispusimos de espacio echamos a correr, hasta que por fin alcanzamos el final de la feria, donde los puestos más destartados estaban desperdigados como cobertizos abandonados.

—Gracias a Dios —dijo, inclinándose para recobrar el aliento—. Las chicas de esa edad resultan aterradoras cuando están en grupo, ¿no crees?

—Jaurías —repliqué.

—Aquelarres.

Esbocé una sonrisa.

—Así pues, ¿no tienes hermanas?

—En realidad tengo dos. Cecily y Lisette. Ambas mayores que yo.

—¿De veras? No lo sabía.

Resultaba curioso lo poco que sabía sobre Darnay. Él ni siquiera había mencionado jamás a sus padres. Estaba a punto de comentarlo cuando le cambió la expresión; me volví para ver qué había captado su atención.

El puesto de libros. Estaba apartado del resto de las mesas, en medio de la hierba más alta. Había una carreta medio vacía al lado, que había dejado unas profundas marcas en la tierra. Podría ser el mismo hombre al que le compré el libro hacía años —una versión más canosa, delgada y astuta— o podría ser otro. Carecía de importancia. Los libros eran iguales. Montones de lomos de piel de colores con grabados en dorado; algunos más sencillos; uno o dos con magníficos cierres metálicos, con motas de moho en el borde de las páginas... Di un paso hacia el puesto. Se me aceleró el corazón sin razón.

Darnay me agarró del brazo con tanta fuerza que casi grité.

—¿Qué demonios haces, Farmer?

—Nada. Solo... —Parpadeé.

—¿No sabes lo que son?

—Solo quiero echar un vistazo.

Él entrecerró los ojos. Sin articular palabra, dio media vuelta y se alejó tan rápido que la cuerda tiró del cuello de Mancha y la perra corrió tras él. Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer. La melodía sonora y estridente de la danza del lazo me llegaba a los oídos transportada por las ráfagas de viento. El hombre del puesto estaba mirando hacia otro lado, con su cabello grasiento

cubierto por un sombrero. El puesto en sí estaba torcido y destartado y daba la impresión de que podría venirse abajo en el momento menos pensado. Pero los libros relucían bajo el sol primaveral: intensos azules y rojos, y verde desteñido con grabados en oro...

Fue como romper un hilo: un segundo de esfuerzo y después eché a correr detrás de Darnay.

—¡Oye! ¡Espera! Por el amor de Dios. —Pero me faltaba el aliento, hasta el punto de que no podía seguirlo. Sabía que me había oído, pero aceleró el paso y corrió por la alta hierba hasta la hondonada. Esquivé los árboles y lo alcancé justo cuando una rama baja le golpeó en la frente—. ¿Qué ocurre?

Él se giró espetándome, como si lleváramos un buen rato peleándonos:

—Te gustan, ¿verdad? Los libros. ¿Tienes un alijo secreto en alguna parte? ¿Algo con lo que calentarte las noches de invierno? Humillaciones ajenas expuestas de par en par para que tú las leas una y otra vez mientras...?

—¿Qué?

—Tendría que darte vergüenza.

—¿De qué estás hablando?

—Piensas que está bien, ¿verdad? La gente vendiendo su vida en una feria para entretener a los campesinos en las largas noches de invierno. —Siseó prolongadamente entre dientes y se dejó caer contra un árbol. La rama le había dejado un fino arañazo rojo encima de la ceja. Después de un momento alzó la vista y me miró. No sabía qué buscaba, pero al final apartó la mirada. Cuando habló de nuevo, su voz sonó más calmada, como si hubiera aprobado un examen—. ¿De verdad no lo sabes?

—No.

Se pasó los dedos por el alargado arañazo de la frente.

—Son vidas de personas, Farmer —dijo por fin—. Robadas. Arrebatadas. Recuerdos de las peores cosas que les han ocurrido.

—¿Qué? —Me lo quedé mirando—. ¿Quieres decir que la gente escribe...?

—¿Escribir? ¡No! Los encuadernan en un libro para olvidar. —Frunció el ceño—. Supongo que es una especie de magia. Una magia obscena y despreciable. La gente finge que es glamuroso, algo bondadoso, pero no es así. «Pobre Abigail, ha sufrido mucho, ¿no sería más fácil si le quitáramos sus recuerdos?» Y entonces hombres como ese se hacen con los libros y los venden para que otras personas... —Se calló de golpe—. Lo sabías. Tendrías que saberlo.

Yo negué con la cabeza.

—Sabía que había algo raro. Pero no puede ser, no me lo creo.

Pero sí me lo creía. Esa era la razón de que mis padres palidieran con solo mencionar los libros; la razón de que nunca nos hubieran hablado de ellos. Muy a mi pesar, recordé un

campamento oscuro la noche antes de una batalla y vi a mi padre, enfurecido, a punto de pegarme. Quizá fuera afortunado por no haber leído el resto.

—Pero debes de haber visto libros —dijo—. Incluso los libros de texto son recuerdos. ¿No te lo contaron tus maestros?

—En la escuela aprendíamos con pizarra. Y con dechados y cartas. —Me encogí de hombros, aunque me dolían por la tensión—. Jamás con libros. La gente de aquí no lee libros.

Su rostro tenía el aspecto delgado y agotado de antes. Pareció que pasaron horas antes de que asintiera.

—Es cierto —dijo—. No hay razón para que lo supieras. El encuadernador más próximo es una vieja bruja que vive a kilómetros de aquí, en las marismas, y no sé de qué ibas a conocerla. Me lo contó mi tío. Si bien no es que le interese demasiado nada que no esté en una botella.

Nos quedamos en silencio. Mancha tiraba de la correa al tiempo que olisqueaba algo. Darnay no se movió. Tenía la vista gacha, pero a sus pies no había nada más que hierba pisoteada, hojas marchitas y raíces de árboles retorcidas que asomaban a la superficie. El trino de un pájaro resonó en lo alto y un viento frío me trajo un olor a tierra. Me metí la mano en el bolsillo y agarré el huevo pintado que Darnay me había dado.

—Darnay.

—¿Qué?

No sabía qué quería decirle. Al cabo de un momento se enderezó y pasó por mi lado, enfilando el camino que conducía colina arriba. Los árboles estaban demasiado juntos y no podíamos caminar uno al lado del otro, de modo que lo seguí, contento de que no pudiera verme la cara. No quería que viese la incomprensible oleada de vergüenza que sentí al recordar aquel libro y el enfado de mi padre. Mancha profirió un gemido de excitación y se lanzó hacia un lado, y Darnay estuvo a punto de tropezarse con ella, pero en lugar de reírse tiró con brusquedad de la perra, que tuvo que abandonar lo que fuera que había encontrado.

Se paró en lo alto de la pequeña loma, donde terminaban los árboles. Desde ahí se veía la casa nueva en el horizonte, casi velada por los verdes árboles, las ruinas del castillo y el brillo del foso en el valle. Unos negros nubarrones traían consigo una siniestra tormenta que se estaba aproximando a nosotros. El sol se asomó una última vez para arrojar su deslumbrante luz, cubriéndolo todo de una dorada pátina; acto seguido, las nubes se cerraron de nuevo sobre él.

—¿Te gustaría ser mi secretario? —preguntó Darnay.

Las palabras tardaron un segundo en cobrar sentido.

—¿Qué?

—Necesito un secretario. Por supuesto, estará bien remunerado. No sería complicado, solo escribir cartas, asesorarme y ese tipo de cosas. No —agregó, volviendo la cabeza de forma repentina—. Por favor, escúchame solo por una vez. Quiero que... Necesito a alguien que piense

con sensatez, que no se deje influir por tonterías. Sí, se te pagaría. Pero no te pido que seas mi criado. Y si no te agradase, podrías marcharte.

Volví la cabeza y contemplé la tormenta que se avecinaba. Sus márgenes se asemejaban al borde de una ostra: ondulaciones de un pálido gris perla que contrastaban con las oscuras nubes. Darnay realmente me estaba pidiendo que fuera su criado. Durante un instante me imaginé recorriendo su finca, administrando los bosques y las tierras de labranza, un despacho en la casa nueva, lo que mis padres podrían hacer con mis honorarios...

—Ya tengo trabajo —alegué—. Por si no lo habías notado.

—Lo sé. Pero no quieres quedarte en la granja de tu padre para siempre, ¿o sí?

Presioné los dedos de los pies contra las botas y sentí el barro ceder y adherirse a mi calzado.

—La granja será mía cuando él envejezca.

—Muy bien, pero...

—¿Muy bien qué? ¿No es lo bastante bueno? —Me giré para encararme con él y me erguí a fin de enfatizar al máximo la pequeña diferencia de estatura que había entre nosotros—. Obviamente quieres decir que, de tener ocasión, cualquiera preferiría ser tú antes que yo, ¿no es así?

—¡Basta! —Meneó la cabeza—. No estoy diciendo eso. Te estoy ofreciendo otra cosa. Ya está.

—No necesito otra cosa.

Se impuso el silencio. Pisoteé una mata de hierba hasta que quedó aplastada y con pegotes de barro. Sabía bien cómo sacarle rendimiento a la finca de Darnay. Mi padre no podría discutirlo ni decirme que era demasiado joven para saber de qué hablaba; podría hacer que rindiera el doble de lo que rendía ahora y que quedara suficiente para los furtivos. Cuando miré a Darnay, me estaba observando; sus ojos y su boca traslucían tensión, como si se estuviera esforzando por no mostrar en qué estaba pensando.

—¿Estarías dispuesto a intentarlo?

Apreté los dientes. No estaba seguro de que pudiera soportar acatar sus órdenes. Y cuando Alta y él estuvieran casados...

—Si no estoy dispuesto, ¿vas a buscar a otro? —dije.

—Te quiero a ti. Si tú no quieres, no quiero a nadie más. —Su expresión cambió—. ¿Qué acabo de decir?

—No —repuse.

—Emmett.

—No.

Darnay cerró los ojos. Era un gesto de derrota. Después suspiró y emprendió el descenso por la colina hasta el campo, rumbo a casa.

—Qué orgulloso eres —dijo sin fuerzas.

—¿Orgulloso? ¿Yo?

No respondió. No sabía con seguridad si lo había oído. Caminé detrás de él. El barro se me acumuló de nuevo en las botas y tiró de mí.

—En cualquier caso, ¿no querría tu tío elegir él? —pregunté para romper el silencio.

—A mi tío no le incumbe. Cuando vuelva a Castleford trabajaré para mi padre, dirigiendo fábricas.

—Aguarda. —Me detuve—. Creía que ibas... ¿Regresas a Castleford?

—Cuando mi padre estime que he escarmentado como es debido. —Volvió la vista por encima del hombro y también se detuvo—. ¿Por qué? ¿Qué te pensabas? Me enviaron aquí como castigo. Era la casa de mi tío o el manicomio. No voy a estar aquí para siempre. Por eso quería que tú... Olvídalo. Estaré bien.

Hundí los talones en el barro y apreté hasta que noté que la hierba se abría y el fango emergía por encima del empeine.

—¿Qué pasa con Alta?

—¿Qué pasa con ella? Te lo estoy pidiendo a ti.

Eché a andar de nuevo tan de repente que casi me resbalé al intentar alcanzarlo. Las nubes se habían fusionado en una negra masa y un velo gris lo había cubierto todo. Una pálida cortina de lluvia había pasado por encima de la casa nueva y las ruinas al otro lado del valle.

Llegamos a los escalones de madera del pie de la colina. Darnay los subió sin mediar palabra y después se quedó a esperarme, todavía de espaldas. Las campanillas se habían marchitado y la última pendiente embarrada estaba cubierta de hojas aplastadas y descoloridas. Un cuervo graznó y guardó silencio.

Lo oía respirar. Tenía un trozo de corteza en el cabello, casi del mismo color, y una mancha de verdín en la nuca.

—¿Qué hiciste?

—¿Qué?

—¿Por qué te han castigado?

Él giró la cabeza y vaciló. Tenía los ojos muy abiertos y colmados de desasosiego. Quería contármelo, pero no podía; o podía, pero no quería.

—No importa —dijo—. No volveré a hacerlo.

Comenzó a granizar. El instinto nos llevó a refugiarnos bajo el árbol más cercano, pero todavía estábamos a principios de año y era muy pronto para que pudiera ofrecernos buen cobijo. Mancha se agazapó contra la rodilla de Darnay, tiritando. El granizo me caía en la cabeza y los hombros y se convertía en hilillos de agua heladores al fundirse.

—Más vale que regresemos —dije en medio del estruendo de la granizada—. Podemos beber algo caliente.

—Ve tú. Yo me marcho a casa.

—Darnay.

—Déjame en paz. Estoy bien.

No me dejó responder. Antes de tener tiempo de poner en duda sus palabras, ya había saltado el arroyo y cruzado la mitad del siguiente sembradío; los pies le resbalaban en el barro y llevaba la ropa empapada y chorreando. Quizá debería haberlo seguido, pero fue todo muy rápido y no encontré el momento.

XVI

Darnay no volvió a hablar de su regreso a Castleford. A veces me preguntaba si lo había entendido mal. Quizá había querido decir que volvería de forma ocasional o durante algunos días cada cierto tiempo; no cabía duda de que aquella estancia era demasiado prolongada como para ser un castigo. Intenté imaginarme al padre de Darnay, pero era como esa atracción de feria de la tabla con un agujero para la cara: me imaginaba la ropa, el reloj de oro y el sombrero de copa, pero sus rasgos eran un misterio. Después intenté imaginarme qué podría haber hecho Darnay para que lo amenazaran con meterlo en un manicomio. Era como toquetear una costra, doloroso e irresistible al mismo tiempo. Me asaltaba mientras plantábamos nabos, quitábamos piedras o recorríamos los pastos, y me irritaba y me acechaba en sueños. A veces me preguntaba si debía contárselo a Alta, pero ¿qué iba a contarle?, ¿que a veces había algo extraño en él, aunque no sabía bien qué era? Era más fácil mantenerlo oculto y mirarla con expresión bobalicona y los ojos vidriosos cuando fruncía el ceño y me preguntaba qué me tenía tan pensativo.

La única cura era estar con Darnay. Cuando estábamos juntos, nada de eso parecía importante. Lo único que importaba era el último truco de Mancha, la valla que le estaba enseñando a reparar o si podíamos cazar un par de pichones de camino a casa. Darnay, para mi sorpresa, nunca había disparado un arma. Se le daba de pena. Se reía de sí mismo cuando los disparos se desviaban mucho y al final me daba el arma y me decía: «Vamos, Farmer, sabes que te mueres por enseñarme cómo se hace». Alta se apenaba por los pichones cuando caían entre los matorrales, pero el pastel de pichón bien que se lo comía, cenara o no Darnay con nosotros.

La primavera dio paso al verano, como un río que pasa de un caudal desbordante a un flujo sereno y verde. Alta estaba más ocupada, ahora que los terneros habían sido destetados y tenía que elaborar mantequilla y queso. Después había que esquilarse a las ovejas, primero las nuestras y después las de Home Farm y Greats Farm, de modo que durante un tiempo solo vimos a Darnay brevemente, cuando venía a ver a Mancha. Pero el día después de que esquiláramos las ovejas, mi padre se apoyó inesperadamente a mi lado en la pared de la cochiguera mientras yo daba de comer a los cerdos.

—Has hecho un buen trabajo estos últimos días, muchacho —dijo—. Puedes tomarte el resto del día libre si lo deseas. Le encomendaré tus tareas a Alfred. —Alargó la mano para rascar la espalda de la cerda con una rama—. Más vale que esperes al señorito Darnay para que no esté aquí molestándonos.

Era algo inaudito: un día libre en pleno verano, sin ningún motivo. Sin embargo, no discutí, y cuando mi padre añadió sin mirarme: «Ah, y llévate a tu hermana», me di cuenta de que aquello era por el bien de Alta, pues temían que Darnay perdiera el interés. No importaba, no en realidad. Nunca me había sentido tan libre como me sentí esa tarde mientras nos alejábamos cada vez más, atravesando los bosques de lord Archibolt —que en teoría eran nuestros— y pasando por la casa nueva. Mancha siempre volvía cuando ella la llamaba, así que la dejamos deambular, pero nos olvidamos de llamarla durante bastante rato y cuando Alta preguntó dónde estaba Mancha —«¡Man... chaaa...!»—, ya estaba demasiado lejos para oírnos. Al principio no nos preocupamos. Mancha era lista —mucho más que otros perros, dijo Darnay— y siempre sabía dónde se encontraba. Pero después de casi una hora la preocupación me creció en el pecho. Los cepos eran muy viejos y estaban oxidados, pero podía engancharse una pata o cortarse. O podría quedarse atrapada en alguna parte, en la guarida de un zorro, o vérselas cara a cara con un tejón cascarrabias.

—Vamos a separarnos —dijo Alta—. Por ahí, hacia el riachuelo. Nos encontramos dentro de media hora, Emmett.

Alta tenía el delicado relojito de bolsillo que Darnay le había regalado el Día de la Transición. Lo sacó con una exagerada floritura, como si el propósito de aquel gesto fuera demostrarle a Darnay lo agradecida que estaba.

—Buena idea. Alta, tú ve por ahí —dije agarrando a Darnay del brazo y haciendo que se diera la vuelta antes de que tuviera tiempo de responder—. Nosotros iremos colina arriba. Somos más rápidos. Los dos podemos cubrir más terreno.

Mientras nos alejábamos, Darnay me miró de reojo con cierta chispa en la mirada.

—Seguro que Mancha está bien, Farmer. —Fue cuanto dijo—. No te preocupes.

—No lo hago.

Nos las arreglamos para subir por la ladera boscosa y nos encontramos al borde del camino de entrada de la casa nueva, justo delante de la casa del guarda. Estaba en peores condiciones que antes, medio sepultada debajo de una frondosa cortina de hiedra, pero la puerta estaba entreabierta. Era el lugar perfecto para cazar una rata, y para que Mancha se quedase atascada y atrapada debajo de las tablas del suelo.

—Vamos —dije empujando la puerta para abrirla.

La capa de polvo del suelo era tan densa que crujía bajo los pies. Había una mesa en medio de la habitación, dos sillas —una con el asiento hundido—, un montón de lona podrida irreconocible, montones de libros de contabilidad deformados por la lluvia y cajas de madera. Olía a humedad, incluso siendo verano, pero la luz del sol entraba por un agujero en el techo y una cálida brisa se colaba a través de una de las ventanas rotas. Eché un vistazo alrededor aguzando el oído, pero todo estaba en silencio. Y el suelo era de piedra, sin tablas en las que quedarse atascado.

—¿Qué hay del piso de arriba? —preguntó Darnay.

La escalera se tambaleaba, pero estaba más o menos completa. El suelo de la parte superior se abría como una boca desdentada y el sol entraba por un agujero a juego en el tejado. Parecía que algo enorme lo hubiera atravesado. Me acerqué.

—¡Mancha! —grité, pero no obtuve respuesta—. No creo que esté aquí.

Darnay giró y dio varios pasos por los polvorientos tablones. Hizo una mueca.

—Es la clase de sitio que le gustaría. Y estoy seguro de que he oído algo.

—Probablemente sean ratas.

—¡Mancha! ¡Vamos! —No hubo ningún movimiento, salvo la nube de polvo que se había levantado y danzaba bajo un rayo de luz. Bordeó el agujero hasta el fondo de la estancia, donde había un reloj de pie entre las sombras—. ¡Mancha!

Lo seguí con sumo cuidado.

—Seguro que Alta la ha encontrado ya —dije.

—¿Y si está aquí atrapada?

—No hay nada donde quedarse atrapado —repuse mirando a mi alrededor.

Lo único que quedaba allí eran el reloj y algunos cuadros mohosos; había un aparador abandonado en un rincón, pero la puerta y el cajón superior habían desaparecido. Si Mancha hubiera estado allí la habríamos visto.

Darnay se tiró del labio inferior.

—De acuerdo —dijo al final. Durante un instante pensé que iba a añadir algo más, pero tomé aire tres veces seguidas—. Vámonos.

Volvimos por donde habíamos venido, rodeando el agujero. Sentía que las tablas comenzaban a combarse bajo los pies y me agarré al alféizar de la ventana para sujetarme. Darnay acercó el brazo sin tocarme y dejó la mano suspendida por si necesitaba agarrarme.

—Ten cuidado.

—Ya tengo cuidado.

—Solo era un consejo de amigo... —Se interrumpió.

Volví la vista hacia él; estaba mirando por la ventana.

—¿Está ahí afuera...? —comencé a decir, pero antes de que pudiera terminar la pregunta me agarró y tiró de mí hacia atrás y hacia un lado, hasta el rincón—. ¿Qué...?

—¡Calla! —Me empujó contra la pared y me di un golpe en un lado de la cabeza con el reloj, que emitió un ruidito a madera y a campanillas oxidadas. Darnay se colocó en el hueco que había a mi lado—. Es mi tío —dijo—. Viene hacia aquí. No te muevas.

Fruncí el ceño. Él señaló mi arma e hizo un gesto con los dedos, como si se cortara la garganta. Me apreté contra la pared, con el corazón disparado. Siempre y cuando no nos moviéramos... Siempre y cuando no subiera...

La puerta se abrió y se cerró. Me concentré en respirar sin hacer ruido, en dominar el pánico. Oímos pasos en la habitación de abajo. Durante un segundo escalofriante pensé que iba a subir por la escalera, pero no, se estaba paseando de un lado a otro. ¿Qué estaba haciendo? Hasta nosotros llegó una nube de un humo de pipa empalagoso y dulzón. Tragué saliva para intentar no toser. Sentí los ojos de Darnay clavados en mi cara y asentí de manera casi imperceptible: «Estoy bien».

La puerta se abrió de nuevo. Otra persona. Apreté los dientes mientras reprimía las ganas de asomarme y ver de quién se trataba. Pies ligeros, una cadencia femenina.

—Ahí estás. Y has estado cazando en propiedad ajena, ¿no es así?

Se me paró el corazón.

—Oh, señor, me temo que así es —dijo una voz.

Me desplomé contra la pared, empapado en sudor e inundado de alivio. No era Alta. Era... Pestañeeé al reconocer de repente la entonación de esa voz. Perannon Cooper. Pero... ¿Perannon? ¿Qué hacía ella cazando? Sus hermanos, sí, pero ella nunca iba al bosque, ya que solo le interesaban los chicos y la moda y estaba planeando mudarse a Castleford tan pronto como pudiera. No tenía sentido.

—Te he visto —dijo lord Archibolt—. Tienes en tu bolsa un enorme, rollizo y jugoso «faisán».

¿Perannon, disparar a un faisán? Me puse de lado para mirar a Darnay, pero él estaba mirando al suelo con el ceño fruncido.

—Oh, señor —repitió con un acento más exagerado de lo normal; sonaba como su abuela—. Me ha pillado. Es usted demasiado listo para mí.

—Eso es cierto. Has sido una muchacha muy mala.

—Lo siento mucho, señor. —La voz le temblaba un poco.

—¡Dilo!

—Ay, señor. Me he portado muy mal.

—Y ya sabes qué les ocurre a las muchachitas que se portan mal, ¿verdad?

—Ay —susurró, inspirando de forma entrecortada—. Ay, por favor, no, lord Archibolt, no soy más que una furtiva muy desobediente, le prometo que no...

—Inclínate y levántate la falda.

Una oleada de vergüenza me inundó como agua hirviendo, seguida de un descabellado deseo de reír. Endurecí el semblante en un intento de reprimirlo. Darnay se tapó la boca con las dos manos y tomó una prolongada y entrecortada bocanada de aire por la nariz. No quería que me mirara. Apreté los dedos de los pies contra el suelo y cerré los puños. Como hiciéramos algún ruido...

«¡Zas!» El golpe de un cinturón sobre la piel desnuda.

—Aaay —dijo Perannon a continuación y sin entusiasmo.

Entonces estuve a punto de romper a reír. ¿Quién habría imaginado que Perannon era tan pésima

actriz? Me obligué a no mirar a Darnay. Eso era lo más importante. Pero lo notaba temblar a causa del esfuerzo de permanecer en silencio. Bastaba que nos mirásemos para acabar en el suelo.

—¡Seis azotes en las nalgas, jovencita!

«¡Zas!»

—Aaay. —«¡Zas!»—. Aaay. —«¡Zas!» Una pausa mínima, como si no estuviera concentrada—. ¡Aaay, por favor, señor!

—Bueno, ¿has aprendido la lección? —Hubo un breve silencio y después un susurro de tela. A continuación, un gruñido, como el de un cerdo, y algo empezó a crujir de manera rítmica. Perannon gemía, un poco a destiempo.

Darnay cambió de posición.

—Solo van cuatro —murmuró en voz tan baja que solo yo lo oí. Solté un bufido y él me tapó la boca tan rápido que sentí su piel contra los dientes—. Chis —dijo—. Te van a oír.

Le mordí, no del todo adrede. Él se apartó y nos quedamos, hombro con hombro, respirando con dificultad y tratando de no prorrumpir en carcajadas.

—Buena chica, buena chica —dijo lord Archimbolt—. Quiero decir, chica mala.

—Ay, sí. Ay, señor, ay, qué bien. Lo siento. No volveré a hacerlo.

Ahora hacían ruidos indefinidos. Eso era mejor, aunque menos divertido. Eran como animales. La mesa crujía cada vez con más fuerza y también había otro ruido, la madera arañando las baldosas de piedra del suelo. Estaba a punto de asomarme, pero Darnay se movió, se inclinó y ladeó la cabeza para mirar por el agujero del suelo.

«Ñic, ñac, ñic, ñac...»

—¡Ay!

«Ñic, ñac...»

Me estampé de nuevo contra la pared y me quedé tal cual, inmovilizado por su peso, con la respiración entrecortada. Ambos nos quedamos quietos durante un momento, horrorizados por el ruido que habíamos hecho, pero abajo nada cambió.

—La mesa se está moviendo —farfulló Darnay—. Están justo debajo. Si miran hacia arriba nos van a ver.

Rechiné los dientes. La caja del reloj se me estaba clavando en la espalda, justo entre los omóplatos. Darnay tenía la mano sobre mi pecho, sujetándome para que no me moviera, y nuestras caras estaban muy cerca. Me costaba respirar; me estaba aplastando la caja torácica con la suya y el calor que desprendía su cuerpo hacía que la cabeza me diera vueltas. Pensé en apartarle de un empujón, pero no me atreví. Seguían llegando ruidos desde abajo: «ñic, ñac, ñic...».

—Uh, uf...

Perannon también estaba gruñendo ahora. Cerré los ojos, tratando de no escuchar los sonidos,

pero de repente me la imaginé con suma claridad, dirigiéndose hacia un apasionado clímax que podía o no ser fingido. Abrí los ojos de golpe e intenté pensar en algo, en otra cosa.

Pero no había escapatoria. Y así, con el aliento de Darnay en el cuello y el sudor resbalándome por el cabello, sentí la tensión que lo recorría. Su mano me quemaba a través de la camisa, justo encima del corazón. Cuando me desvistiera por la noche descubriría su huella impresa en la piel. No, eso era un disparate. Procuré pensar en algo frío —agua fría, hielo—, pero aun con la vista clavada en el techo lo único que veía era la fina película de humedad que le perlaba la frente a Darnay, el cuello empapado de su camisa... El canalillo de Perannon mojado, su entrepierna mojada...

Me clavé las uñas en las palmas lo más fuerte que pude y continué mirando el techo. Pensé en los desconchones del yeso, en la pintura descascarillada que colgaba como si fueran pergaminos enrollados. Conté las rosas desportilladas que engalanaban la moldura del techo: una, dos, tres, cuatrocincoseis...

Pero de nada sirvió. Sentía el calor concentrándose en la ingle, una comezón familiar y exquisita en la boca del estómago. Me mordí la punta de la lengua, hasta que la boca me supo a sal. Pero la sangre me palpitaba cada vez con más fuerza, hasta el punto de que todo mi ser estaba vibrando y se me doblaban las rodillas. El cuerpo me traicionaba, hiciera lo que hiciese. Tragué saliva, con más ruido del que pretendía, y Darnay se movió para mirarme. No lo miré a los ojos. Ojalá se apartara. Ojalá no estuviera tan cerca de mí.

Quizá no lo notara.

Me estaba ruborizando y tenía la piel muy caliente, como si el sol me la hubiera quemado. Ojalá dejara de mirarme.

Se apoyó de lado, de forma que me rozaba el lóbulo de la oreja con la boca.

—¿Te estas excitando, Farmer?

Me quería morir. Ahí mismo, en ese preciso instante. Deseé que el suelo se derrumbara y nos matara a los cuatro. Continué contemplando el techo y fingí que no lo había oído.

—Si no lo puedes soportar —murmuró tan íntimamente como mi voz interior—, no dudes en..., eh, ocuparte del asunto. En silencio.

—Cierra el pico.

—¿Te echo una mano?

—Vete al infierno, Darnay.

Muy a mi pesar, lo miré. Se estaba riendo en silencio, con la frente apoyada en la pared. Al cabo de un momento me miró y me guiñó un ojo. Le agarré del hombro y apreté despacio, hasta que sentí que le clavaba los dedos entre los huesos. Él se zafó, aún sonriéndome, burlándose de mí, desafiándome a hacer... ¿qué? Darle un puñetazo haría demasiado ruido.

—Oh, buena chica... Oh, sí... Uh... Ajá... Uuuf...

Después de aquel despliegue se hizo el silencio. Nos quedamos inmóviles, aguzando el oído. Por fin oímos el susurro de la tela, el clic de la hebilla del cinturón y el débil tintineo de unas monedas al caer dentro de un monedero.

—Gracias, lord Archimbolt —dijo Perannon. Su acento había desaparecido por arte de magia y ahora su voz sonaba como la de Alta o como la mía—. ¿La semana que viene a la misma hora?

—Así es, muchacha.

Oímos unos pasos ligeros y después la puerta se cerró de golpe. Darnay y yo intercambiamos una mirada mientras esperábamos; sería una estupidez relajarse tan pronto, pero la puerta se abrió y se cerró unos minutos más tarde, tras un bostezo, el chasquido de un fósforo y otra nube azulada de humo de pipa que atravesó el agujero del suelo. Darnay se hizo a un lado para mirar por la ventana.

Yo exhalé una profunda y sonora bocanada, que pareció alargarse una eternidad.

—Bueno —empezó—, mi tío siempre ha dicho que trata con mano dura a los furtivos.

Prorrumpimos en carcajadas al mismo tiempo. Fue un alivio poder sucumbir. Nos doblamos de la risa, de manera incontrolada, con tanta fuerza que nos atragantábamos. Pasó un buen rato hasta que nos tranquilizamos lo suficiente para sortear el agujero hasta el trozo más amplio de suelo. Después Darnay se detuvo, meneando la cabeza.

—No me puedo creer lo que acaba de pasar —dijo entre risitas, y de repente farfulló y le salió de la boca una nubecilla de saliva que vi al trasluz. Verlo así me hizo estallar de nuevo y fuimos dando tumbos como borrachos, agarrándonos las costillas—. He estado a punto de estornudar.

—No te caigas por el agujero. —Alargué la mano y lo agarré del brazo. Bajamos juntos la escalera como pudimos y salimos, donde nos recibieron el sol y los árboles.

—Seguro que te alegras de que yo no trate así a los furtivos.

Yo meneé la cabeza, intentando recuperar el aliento.

—No lo hagas.

Él se serenó antes que yo. Cuando por fin conseguí recobrar la compostura, Darnay estaba contemplando la cabaña, con una sonrisa danzando aún en las comisuras de la boca.

—¿Quién era? Me refiero a la chica.

—Perannon Cooper. —La mirada que me dirigió era inescrutable. Y añadí—: No sabía que era una furcia.

—¿Perannon Cooper? Te gusta, ¿no es así?

Recordé, no sin sorpresa, que así había sido.

—Ya no.

—No, claro. —Me brindó una sonrisa torcida, como si creyera que le estaba mintiendo.

—No. Es decir, no desde hace siglos, no desde que... —Me interrumpí—. Bueno, ¿y cómo sabes tú eso?

—Alta lo mencionó una vez. —Encogió un hombro y se dio la vuelta—. Recordaba el nombre, eso es todo.

—Ya veo. —Le vi la nuca empapada. Tenía dos arrugas en la camisa, a lo largo de la espalda, como si fueran hojas de espada. Me puse a jugar con la correa del arma, deseando saber qué decir.

Él se giró sobre los talones de repente.

—¡Mancha! Será mejor que sigamos buscando. Se me había... No puedo creer que nos hayamos...

—Por supuesto. Vamos.

Eché a correr entre los árboles, hasta que su camisa no fue más que un destello blanco en medio del verde. Yo vacilé. Como no lo siguiera lo iba a perder. Pero algo me carcomía, una sensación molesta, como el inicio de una enfermedad. O como si me hubiera olvidado algo.

Oí ladrar a Mancha a lo lejos. Reduje esa sensación hasta que desapareció y eché a correr hacia el lugar donde sonaba.

Darnay dejó de venir a vernos después de aquello.

Al principio pensamos —eso nos dijimos, en cualquier caso— que no era nada, que no tenía tiempo ese día y que vendría al siguiente. Pero los días se convirtieron en una semana y no recibimos ninguna carta ni ningún mensaje, y Alta me suplicó que fuera con ella a la casa nueva para ver si estaba allí. Ese día había estado recolocando las piedras que delimitaban el bebedero de las vacas y me vinieron bien el tranquilo paseo y la brisa, que me secó el sudor de la camisa. Pero cuando subimos por el camino de entrada y llamamos nadie respondió, ni siquiera el rechazo cortante del ama de llaves. Alta se volvió y me miró. Pareció marchitarse, como una flor atrapada en una helada.

—¿Y si se ha muerto, Em?

—No seas estúpida. Ya nos habríamos enterado.

—¿Y si...?

—¡Cierra el pico!

Regresamos en silencio. Parecía evidente que había regresado a Castleford sin decir nada, sin tan siquiera despedirse. Sin embargo, no tuve agallas de decírselo a Alta. Estaba seguro de que Darnay no podía ser tan cruel. Pero no vino. El ambiente en casa rezumaba tensión: mis padres se gritaban, Alta tuvo una pataleta en la vaquería y dejó que se agriara la leche cruda de dos días, y Mancha levantaba las orejas y gemía cada vez que un caballo pasaba de largo por la valla. Yo trabajaba mucho y sin descanso bajo el sol y todas las noches volvía a casa con un terrible dolor de cabeza, pero aun así me costaba dormir. Por la noche me sentaba junto a la ventana de mi

cuarto, con la frente apoyada en el cristal para enfriarla, y los deseos y los improprios se confundían en mi cerebro de tal forma que a duras penas era capaz de distinguirlos.

Entonces llegó la víspera de San Juan. Hubo una discusión porque Alta se negó a aparecer en la hoguera del pueblo, y otra porque la llamé mocosa malcriada y le dije que tenía que empezar a buscarse a otro, y una más porque cuando me disculpé ella me propinó un bofetón. Fuimos a la hoguera, pero no fue divertido; cada sorbo de cerveza me sabía agrio y mi padre bebió demasiado y estuvo a punto de pelearse con Martin Cooper. Yo me aparté y dejé que mi madre los separara. Pero cuando miré en dirección contraria mis ojos se toparon con Alta, que estaba un poco alejada de las demás muchachas. Todas iban vestidas con sus mejores galas, igual que el Día del Despertar, y llevaban guirnaldas de flores estivales alrededor del cuello y las muñecas, pero aquella vez ella fue el centro de atención, rebosante de felicidad, y las demás la miraban de reojo con envidia.

—Alta, ven y escucha esto: Gertie se ha prometido —le dijo Cissy Cooper.

Gertie se apartó el cabello.

—No te preocupes, Alta, pronto encontrarás a alguien.

Sentí deseos de abofetearlas a las dos por su tonillo petulante. Pero sabía que Alta era demasiado orgullosa como para dejar que le asiera el brazo y la llevara a casa, y por eso estaba ahí, y yo también, y mis padres, y por eso nos quedamos, nos reímos y cantamos con los demás. Volvimos a pie a casa al amanecer, como soldados ilesos después de una derrota, tratando de fingir que no habíamos perdido.

Me dormí tarde —bueno, temprano, justo cuando el sol entraba por encima de la valla para iluminar el patio—, con el rostro apoyado en la ventana. La imagen de la cara de Alta, demudada por la tristeza, me atormentaba. Era culpa mía. De alguna forma, era culpa mía. Si hubiera... No sabía qué tendría que haber hecho de forma diferente, pero era culpa mía. No dejaba de darle vueltas y más vueltas a esa idea; resultaba exasperante, pero al menos mantenía a raya el resto de los pensamientos, aquellos que versaban sobre Darnay.

Algo golpeó el cristal al lado de mi mejilla. Me erguí de golpe y emergí del sueño. Entonces ocurrió de nuevo, así que abrí la ventana y miré fuera, parpadeando. Era media mañana y ya hacía calor.

—Farmer —me llamó Darnay—, ¿dónde están todos?

—Es el día de San Juan —dije—. Están todos durmiendo. ¿Dónde has estado?

—Anda, baja. —Se inclinó para darle una palmadita a Mancha, que se movía en círculos a sus pies, entusiasmada.

Me vestí como pude y me limpié la saliva reseca de la barbilla. Me detuve junto a la puerta de Alta, deseando vengarme de ella por la bofetada, pero me obligué a llamar.

—¡Alta! Darnay ha vuelto —dije, y oí chirriar los muelles de la cama cuando se incorporó.

—Dile que no quiero verlo —repuso, y cruzó el cuarto hasta la cómoda, donde guardaba su mejor bata.

Bajé la escalera y salí al patio con celeridad, poniéndome las botas sobre la marcha. Darnay miró a su alrededor y se rio.

—Parece que te acabes de despertar —dijo.

—Las hogueras terminan al alba —aduje—. Volvemos a casa, damos de comer a los animales y después podemos dormir hasta el mediodía. Incluso mi padre. Es festivo.

—Ah. Lo siento, ¿he...?

—No. —Me apresuré a decir—. No, me alegro de verte.

Se hizo el silencio. Darnay se agachó para tirarle de las orejas a Mancha.

—Alta no quiere hablar contigo —expliqué.

—Es una lástima.

—Creo que quiere que insistas en verla. Que le supliques que te perdone. Ya sabes.

—¿Tú sí quieres hablar conmigo?

—Sí. Es evidente.

—De acuerdo, pues. Vamos. —Le chasqueó la lengua a Mancha y salió por la puerta antes de que tuviera tiempo de atarme los cordones de las botas.

—Darnay, ¿dónde has estado? —pregunté cuando lo alcancé—. Pensábamos... Alta pensaba... Bueno, estábamos preocupados.

—He estado pensando —aseveró.

—¿Pensando? ¿Durante una semana?

—Pienso muy despacio.

Dijo aquello para hacerme reír y eso hice, pero cuando reanudamos el paso me percaté de que había eludido la pregunta.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a pasear a Mancha.

Lo seguí sin pensármelo, contento de ir atravesando el bosque, deslumbrado por el reflejo verdidorado del sol entre los árboles. Hasta que no nos paramos en el límite del bosque no me di cuenta de adónde me había llevado. A nuestros pies había una serena extensión de agua, de un azul algo más oscuro que el del cielo, y al otro lado se alzaba el castillo en ruinas. Siempre habíamos evitado las ruinas, como si ninguno de los dos quisiera recordar el día en que nos conocimos, pero ahora, cubierto de glicinia, con su reflejo titilando con suavidad en el foso, el viejo castillo parecía tan diferente del montón de piedras encantado y plagado de sombras bajo el invernal cielo crepuscular que bien podría haber sido un lugar distinto. Tomé aire y de la otra orilla me llegó un dulce e intenso aroma a clavo.

Rodeamos el foso y cruzamos el puente sin prisa con Mancha corriendo delante de nosotros.

Entré en el pequeño patio, me apoyé contra el brocal del pozo y eché la cabeza hacia atrás para sentir el sol en la cara. Casi no podía abrir los ojos a causa del sol y, cuando lo intenté, la torre y los muros se desdibujaron, tornándose en destellos de piedra de color arena, del titilante reflejo del agua, de hojas y del intenso azul del cielo. Estaba sin aliento y mareado, como si apenas tuviera sangre en las venas, y me pregunté si todavía estaba ebrio. Me deshice de los coletazos del sueño que me perduraban en los ojos y me volví para protegerme la cara del sol. Vi unas manchas oscuras que parpadeaban.

Darnay se había detenido a contemplar el agua, como si fuera capaz de leer el lodo del fondo.

—Quería preguntarte una cosa, Farmer.

—De acuerdo.

—Es sobre Alta.

—Solo está enfurruñada —dije—. Probablemente deberías haber aporreado la puerta y haberle suplicado que te dejara verla, pero si juegas bien tus cartas no necesitarás más que un par de cajas de fruta confitada.

—No es eso lo que iba a preguntar.

Inspiré hondo. De repente el sol calentaba demasiado; ojalá no hubiera bebido tanto la noche anterior.

—Estará bien —repuse—. Solo tiene quince años. Lo superará. Pero sé gentil con ella, Darnay. No es tan dura como...

—¿¡Quieres cerrar el pico!?! —Se pasó una mano por la cara y durante un segundo tuve la impresión de que no era yo el único que no había dormido. Guardó silencio tanto rato que me pareció algo deliberado. A continuación dijo—: Creo que es posible que le pida que se case conmigo.

XVII

Le clavé la mirada. No recordaba cuándo fue la última vez que lo había mirado de verdad a la cara: tenía los ojos oscuros, pero en uno de los iris se apreciaban unas diminutas motas ambarinas y ocreas cuando el sol lo iluminaba; tenía la piel de los pómulos sonrosada y con pecas tan claras que apenas eran visibles. Se mordió el labio y me fijé en la ligera asimetría de sus dientes y en los blancos que eran. No sentí nada. Llevábamos mucho tiempo, meses, esperando a que dijera eso, o algo parecido, y ahora acababa de pronunciar las palabras: el resto de nuestra vida ya podía comenzar. Agaché la cabeza y le di una patada a una piedra de la base del brocal. El intenso resplandor del sol me cegaba. El cálido aire estaba impregnado de un sencillo perfume floral, como agua de rosas añeja.

—Vale —dije. Él continuó observándome con una mirada franca y directa que me produjo la sensación de que estaba esperando algo más—. ¿No...? —Me aclaré la garganta—. Somos granjeros. ¿Tus padres, tu padre, no...?

—No puede impedírmelo. Podríamos casarnos en secreto y después... —Apartó la mirada y volvió a fijarla en mi rostro—. Voy a cuidar de ella. Todo irá bien.

—Entonces, bien —dije—. A Alta le va a encantar.

Darnay asintió. Me di la vuelta y fui a echar un vistazo al vestíbulo en ruinas a través de la arcada. El sol se filtraba por las ventanas, de las que colgaba la glicinia, y decoraba la hierba con cuadrados de un verde intenso. Me dolía la cabeza.

—Creía que te alegrarías.

—Y me alegro. —Me obligué a sonreírle por encima del hombro—. Por supuesto que me alegro. Todos esperábamos que esto ocurriera.

Él no me devolvió la sonrisa.

—¿De veras?

—Naturalmente. Es decir, sí. —«Naturalmente» sonó a que íbamos tras su dinero. Pero, claro, si hubiera sido pobre, mis padres jamás habrían... Metí un nudillo en un hueco entre las piedras del arco y volqué todo mi peso en él—. Espero que seáis muy felices juntos.

Silencio. Una paloma arrulló en el follaje por encima de mí y sonó parecido a una campana metálica.

—Entonces, ¿eso es todo? ¿Ningún estallido espontáneo de alegría? ¿Ni un apretón de manos fraternal?

—He dicho que me alegraba. No se trata de mí, ¿no? Estoy seguro de que Alta compensará de sobra mis malos modos.

—No era eso lo que quería decir. —Se restregó el zapato en la base del muro. Tenía el rostro iluminado desde abajo por el danzarín reflejo del sol en el agua. Unas sombras le titilaban en los ojos—. ¿Qué sucede, Farmer? ¿Todavía crees que le voy a romper el corazón?

—No. —Era cierto. Sin saber cuándo, había aprendido a confiar en él.

—¿Todavía me detestas? No pasa nada, puedes decirme la verdad.

—No seas ridículo.

—Entonces, ¿qué? De verdad me preocupo por ella. No te voy a defraudar.

Empujé con más fuerza el nudillo contra la piedra de cantos afilados. Cuando lo saqué, me habían brotado unos puntitos de sangre en la piel. Darnay tenía razón: debería estar contento, sentirme aliviado. Ahora Alta podría tener su largo velo ribeteado de perlas, una casa en Castleford y una doncella, y a Darnay. Todo cuanto quería... y en ese orden. Era vagamente consciente de que eso era injusto, pero me daba igual.

—¿Por qué me preguntas a mí? —dije—. Pregúntale a mi madre y a mi padre. Pregúntale a Alta. ¿Por qué te importa lo que yo piense?

—Porque...

Pero no esperé a oír su respuesta. Atravesé el arco hacia el alto vestíbulo destechado y me quedé en un extremo, respirando lo más despacio posible mientras trataba de concentrarme en el momento presente: las rosas que descendían por los muros, la ancha franja mohosa de los adoquines, la corta hierba... Me percaté de que alguien se ocupaba de ella; era un jardín, no unas simples ruinas. Resultaba curioso que lord Archibolt dejara que todo lo demás se derrumbara.

—Emmett, háblame. ¿Qué sucede? Si no quieres...

—Por favor, no te cases con ella —dije, y me cubrí la cara con las manos.

—De acuerdo.

Oí lo que dijo, pero no tenía sentido.

—Lo siento —dije forzando las palabras para que traspasaran el nudo que tenía en la garganta—. No, claro que deberías casarte con ella. Es que... Yo... No sé qué me pasa, es una estupidez. Anoche no dormí mucho, eso es todo. Olvídalo, no pretendía...

Darnay me agarró del brazo y tiró de mí para que lo mirara a la cara.

Acto seguido, me besó.

Una campana dio las seis en punto. Sabía que era el reloj de las caballerizas de la casa nueva, a algo más de kilómetro y medio de distancia, pero bajo aquel calor corría tan poco aire que podría haber estado al otro lado del foso. Un momento después repitió la hora —otras seis campanadas

— y fue como si el tiempo se hubiera detenido. Nunca había sentido tal quietud; todo estaba el calma, salvo por el débil temblor del agua, el coletazo de un pez rompiendo la superficie espejada. Unos pájaros trinaron de repente y después volvieron a guardar silencio. El sol se había escondido detrás de los árboles de la colina, pero el cielo seguía despejado. Era el día más largo del año y faltaban horas para que oscureciera.

—¿Emmett?

Miré a mi alrededor. Darnay estaba de pie en la entrada medio derruida. Tenía la camisa mal abotonada y un pico le colgaba más que el otro. Abrí la boca para hablar, pero lo único que pude hacer fue sonreír.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Estupendo. —Señaló la hierba situada junto a mí—. ¿Te importa?

—No. —Se dio la vuelta y se me encogió el corazón—. Quiero decir que no me importa.

Él vaciló antes de sentarse a mi lado. Lo miré y algo veló esa paz. Era como estar sentado junto a un desconocido. No conocía a este Darnay, esta voz, este rostro desprovisto de máscara, y, sin embargo, lo conocía mejor que al otro; este era el Darnay que siempre había conocido, desde el mismo momento en que le puse los ojos encima. Encogí las rodillas contra el pecho para tratar de contener los escalofríos que habían empezado a recorrerme la espalda.

—¿Tienes frío?

—Empieza a refrescar.

—Al sol se está mejor.

—Se está bien aquí.

Nos miramos con brevedad y sonreímos. Después apartamos la mirada de nuevo.

—¿Tienes hambre? —preguntó al cabo de un rato.

—No. ¿Y tú?

—En realidad no.

Otra pausa. Mancha ladró de repente y después soltó un quejido, por lo que ambos miramos de forma inmediata hacia el agujero en el muro.

—Son las ranas —dijo Darnay—. Menos mal que está atada.

—Sí.

Una paloma torcaz llamó a su compañera con aire adormilado. Justo delante de nosotros un pez se arqueó y volvió a sumergirse, dejando una brillante estela en la verdosa agua. Intenté invocar el vacío calmo de hacía un momento pero no pude, no con él a mi lado.

—Oye, Emmett.

—¿Qué? —Surgió de la nada, como si fuera un ataque. Nos miramos paralizados.

—Quiero que sepas que si prefieres fingir que nada de esto ha ocurrido... —dijo, con tanta

cautela como si fuera un dictado.

Tenía tierra bajo las uñas y me concentré en quitármela.

—¿Es eso lo que tú quieres?

—Depende de ti.

—Te he preguntado qué quieres tú. —No tenía intención de mirarlo, pero no pude evitarlo—. No te preocupes por mis sentimientos, Darnay. Las clases agrícolas poseemos apetitos sanos y primitivos fáciles de saciar.

—¡Basta! —Elevó los brazos, como si se estuviera protegiendo de un golpe—. ¿Qué sucede? Lo único que he dicho es que...

—Que quieres huir. Que todo esto no significaba nada. —Me odié por decirlo en voz alta.

—No seas imbécil. —Me miró a los ojos. Yo apreté los dientes e intenté devolverle la mirada. Si le dejaba ver lo que sentía, sería muy humillante. Y no sé qué hice, pero fracasé. Una amplia sonrisa de alivio y felicidad le iluminó el rostro de repente—. Así que ¿tú no quieres eso? —dijo—. Bien. Yo tampoco.

Sentí que la respiración se me atascaba en la garganta. Después, con una sacudida queda, algo dentro de mí se desmoronó, como una maceta que se rompió hace años pero que de alguna manera consiguió conservar su forma, hasta que alguien le propinó un golpe. Yo también rompí a reír.

Después de un largo rato, él acercó la mano y me acarició la mejilla con los nudillos, y algo en su gesto hizo que el corazón me diera un vuelco, igual que casi todo lo que había hecho aquella tarde.

Después. ¿Fue cuando el día de San Juan dio paso a la noche de San Juan cuando regresamos a casa dando tumbos como borrachos, besándonos en la oscuridad en el cruce de caminos antes de separarnos? Recuerdo ese beso, temerario y apasionado, tan desesperados por impedir que el otro se marchara que acabamos con magulladuras. ¿O fue la noche aquella después de lo que pasó, cuando me escabullí en la oscuridad estival para reunirme con él? El tiempo se tornó borroso, denso como la miel. Los días posteriores a San Juan, con Alta aún enfadada, se precipitaban uno tras otro en todo su esplendor. Nada había cambiado y, sin embargo, todo era distinto; la vida proseguía, rebotando de dulzura, ordinaria y extraordinaria al mismo tiempo. Darnay me ayudaba mientras yo trabajaba —lo hacíamos juntos—, desnudos de cintura para arriba bajo el sol, chorreando de sudor. Cuando parábamos para tomarnos la cerveza de jengibre que mi madre nos traía, él se la bebía tan rápido que casi se atragantaba, y se limpiaba la boca con el dorso de la muñeca y me miraba con una amplia sonrisa. Y después, después, después... En una ocasión, no sé si fue al anochecer o al alba, antes o luego, Darnay me cogió de la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Una noche le besé en la frente bajo las estrellas, con el corazón desbocado; una bobada

después de todo lo que habíamos hecho, pero me aterraba que se asustara. En otro momento él cogió una rosa bajo la sombra del muro y me la colocó en el ojal de la camisa, y cuando me salió una mueca de dolor se arrimó y me lamió la sangre del minúsculo arañazo que me había hecho una espina. Y una calurosa tarde, ya en la víspera de la noche —¿nuestra última antes de que Alta lo perdonara?—, conseguimos pasar una hora a solas en las ruinas. Se volvió hacia mí y me dijo:

—Tal vez ahora podrías llamarme Lucian —dijo con una dulzura novedosa que me estremeció.

—Creía que ya lo hacía.

—No. Siempre me llamas Darnay. Hace que me sienta raro. —Sonrió—. Cuando dices «Darnay» y «por favor» en la misma frase.

—Cierra el pico, Dar..., Lucian. —Le propiné un codazo en las costillas. Él se estaba riendo—. ¿Qué pasa con Alta? Se va a dar cuenta. Preguntará que cuándo hemos pasado a llamarnos por el nombre de pila.

—¿Acaso importa?

—Sí. —Me incorporé—. No podemos contarle...

—Pues claro que no, bobo. No me refería a eso. —Se incorporó también, girándose para mirarme a la cara—. No podemos decírselo a nadie, nunca.

—¡Ya lo sé! Por eso he dicho...

—Vale. Entonces llámame Darnay. —Se levantó y se alejó.

Yo abrí la boca para decirle: «No eres el señor de la mansión, “Lucian”», pero algo me detuvo justo a tiempo. Darnay estaba golpeando la entrada de piedra con el puño una y otra vez. Me levanté despacio y me acerqué a él. El corazón me latía con fuerza. Le posé las manos en los hombros, temiendo que se apartara o dijera algo, pero no lo hizo.

—Lucian —dije—, nadie lo va a descubrir.

—No lo soporto. En serio, no soporto esta mierda.

—Lo sé.

No había nada más que decir. Lucian se apoyó en mí y yo incliné la cabeza y posé la frente en su nuca. El cabello le olía a hierba y a tierra estival.

Se echó a reír un momento después, una risa seca y dolorosa, como un jadeo, y se metió la mano en el bolsillo. Sacó algo y lo sostuvo a un lado para que yo lo cogiera. Brillaba.

—¿Qué es?

—Un anillo de compromiso. Lo compré en Castleford.

Apreté los dientes. Quería apartarle de un empujón y arrojar el anillo al foso. En cambio, lo cogí y le di la vuelta con los dedos. Era una sencilla alianza de plata con una piedra oscura, veteada de relucientes tonalidades que brillaban y se fundían cuando les daba la luz. Era precioso.

—Alta quería una alianza de oro con rubíes y perlas —dije.

—Lo sé. —Se volvió para mirarme a los ojos y se rio de nuevo. Esta vez su risa pareció real

—. Ya conoces a Alta, no se cohíbe a la hora de dejar caer indirectas.

—Entonces ¿por qué...?

—Quédatelo.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Por qué?

—Ya no se lo voy a regalar a Alta, ¿verdad?

—Podrías empeñarlo. O devolverlo. Debe de haberte costado...

—Llévalo al cuello. Por favor. —Me cerró los dedos sobre el anillo, apretando hasta que se me clavó en la palma—. Te conseguiré una cadena o algo así.

—De acuerdo —dije, aunque seguía sin comprender—. Usaré un cordón.

Él se aproximó a la orilla del foso y metió la bota en el agua. Miré el anillo mientras lo movía para que los colores aparecieran y desaparecieran: azul verdoso, púrpura, verde...

—Espera un momento —dije—. Si sabías que Alta quería otra cosa...

—Hice caso a mi corazón —repuso sin volverse.

—Quieres decir que... —Me interrumpí. Vi el perfil de su mejilla y estaba sonriendo—. Tú lo sabías —dije despacito—. Lo compraste para mí a sabiendas.

—Abrigaba esa esperanza.

—Eres un cabrón calculador y arrogante. Lo planeaste todo.

—Oye —dijo—, no es arrogancia si tienes razón.

Lo agarré. Intentó hacerme tropezar, pero yo lo desequilibré y forcejeamos mientras nos tambaleábamos al borde del agua. Sentía su risa por todo mi ser.

—No des por sentado que me tienes —aduje—. No soy tu criado. —Yo también me estaba riendo mientras lo decía; y entonces no lo era, sino que estábamos a un brazo de distancia, mirándonos el uno al otro.

—Jamás —aseveró—. Lo prometo. Jamás.

¿Vio Alta algo en mi rostro cuando anunció que la próxima vez que Lucian viniera le daría la oportunidad de disculparse? Esperaba que no, pero el mundo había cambiado tanto que era duro conseguir que nadie sospechase. Y Alta me conocía muy bien. A veces me preguntaba cómo era posible que no se diera cuenta si cada músculo y cada tendón de mi cuerpo parecían nuevos y en carne viva.

—Al menos no ha intentado imponerme su presencia —dijo, y yo tuve que darle la espalda.

Me habría echado a reír, aunque también podría haberme puesto a llorar. Ahora volveríamos a como estábamos antes. No podría tocarlo ni llamarlo Lucian. Me asustaría demasiado mirarlo por si ella era capaz de interpretar mi expresión. No podía soportarlo, pero tenía que hacerlo.

Al día siguiente lo odié. Lucian hacía que todo pareciera muy fácil. Cada sonrisa era para Alta,

cada broma iba dirigida a ella, cada mirada de reojo la hacía sonrojarse y agachar la cabeza. Sentía el corazón girar sin parar, igual que un reloj; incluso pensé que en cualquier momento saltaría algún resorte. Ese día fuimos a casa del cantero a por un par de lápidas desechadas por tener erratas para sustituir los estantes de la vaquería. Nos sentamos los tres juntos y Alta y él se reían y coqueteaban, como si ya estuvieran prometidos. Una parte de mí deseó haber ido solo, pero sabía que habría sido peor ser consciente de que había dejado pasar la ocasión de estar a unos pasos de él, aunque no me mirara a los ojos ni una sola vez. Cuando cargamos la última losa en la parte de atrás del carro, levantó la vista y pensé que iba a mirarme a mí, pero un segundo después estaba ayudando a Alta a sentarse, bromeando con ella sobre el escrito del mármol, preguntándole si su mantequilla llevaría una etiqueta en la que pusiera «Prepárate para morir». ¿Me lo había imaginado todo? ¿O era esta su manera de demostrarme que yo no era más que un juguete? Una vez, cuando paramos para que Alta fuera detrás de un arbusto, me puso la mano en la nuca. Yo me dispuse a volverme hacia él, pero me clavó los dedos en la carne para inmovilizarme. Hasta el último de mis nervios se tensó ahí donde su piel y la mía se tocaban. Alta seguía estando bastante lejos y no podía oírnos. Nos quedamos así, sentados en silencio, hasta que ella regresó con un ramillete de flores para fingir que no había ido a orinar.

Esa noche no pude comer ni dormir. Me escabullí de mi cuarto a medianoche. Tenía que verlo. Si no me estaba esperando en el cruce, iría hasta la casa nueva. Cuando cerré la puerta del dormitorio al salir, el pasillo se quedó sumido en la oscuridad, y mientras seguía la pared con los dedos para orientarme, oí el susurro y noté las pequeñísimas protuberancias del yeso. Llevaba las botas en la mano y el entarimado del suelo apenas crujió bajo mis pies descalzos.

Pero al pasar por delante de su habitación, Alta me llamó con voz queda:

—¿Emmett? ¿Eres tú?

Di un traspíe y tardé un segundo en recobrar el aliento.

—Solo voy a ver cómo está Mancha.

Alta abrió la puerta tan rápido que supe que no estaba en la cama. Su silueta se recortaba contra la luz de la luna y tenía el rostro oculto por las sombras.

—¿Está bien? ¿Has oído algo?

—No. Olvídalo. Vuelve a la cama, renacuaja.

—Solo si vienes a sentarte conmigo. No puedo dormir.

Apreté los dientes. Me iba a volver loco si no veía a Lucian. Pero no podía arriesgarme mientras Alta estuviera despierta cuando volviera. Dejé que tirara de mí para hacerme entrar en la habitación iluminada por la luna. Todo parecía desprovisto de color: su colcha tenía dibujos de corazones y espinas en blanco y negro, y la hiedra aferrada al borde de la ventana brillaba como si tuviera el color del carbón. Nada me resultaba familiar, era como ver una habitación en un espejo.

Alta se metió en la cama y se tumbó. Yo me senté a su lado y esperé, pero por su respiración sabía que no estaba conciliando el sueño. No me había soltado y tenía la palma húmeda. Procuré no recordar la última vez que sentí sudor ajeno en la piel.

—¿Em?

—Duérmete.

Ella golpeó la almohada para ahuecarla y se dio la vuelta. El silencio imperó durante un momento. Después suspiró y se incorporó apoyándose en la pared.

—No puedo. No quiero. Emmett...

—¿Qué?

—¿Crees que Lucian está enamorado de mí?

Me estiré como una cuerda cuando la tocan; después exhalé en silencio y me concentré en relajar todos los músculos. El corazón me latía con tal fuerza que pensé que Alta iba a oírlo.

—No digas estupideces.

Ella se movió, con los ojos oscurecidos por la penumbra, y esperé a que protestara. Pero se limitó a entrelazar los dedos.

—¿Por qué es una estupidez?

—Es... Tú... —Guardé silencio y me encogí de hombros.

Ella se rio con suavidad.

—No importa —dijo con una sonrisa impresa en la voz. Encogió las piernas y se las rodeó con los brazos—. Viene todos los días, Emmett. Podría haber venido a por Mancha e irse hace mucho tiempo. Pero no lo ha hecho.

Me aclaré la garganta.

—Lo más probable es que se aburra.

—No. Sé que es el destino, Emmett. Lo sé. —Se inclinó hacia delante y me agarró la muñeca. Muy a mi pesar, me había movido—. No puedes entenderlo hasta que no te ocurra a ti. Pero te ocurrirá, Em. —Tomó aire—. La primera vez que vi a Lucian todo cambió. Llevaba toda la vida esperando. Nada volverá a ser igual.

No respondí. Algo se agitó en el patio.

Alta no dijo nada más. Me sujetó la muñeca con firmeza y yo me recosté en la butaca y cerré los ojos, intentando no pensar. La luz de la luna se deslizaba por el suelo y, cada vez que miraba, las sombras habían avanzado y se habían tornado más alargadas. Al final debí de quedarme dormido, pues cuando me desperté era de día y a ambos se nos habían pegado las sábanas. Oía a las vacas quejándose. Salí del cuarto con sigilo, sin despertar a Alta, y fui a ordeñarlas yo mismo. No sabía por qué, pero deseaba estar solo. Mientras vertía la leche y marcaba los cántaros en la vaquería, y cuando me ocupé a continuación del resto de los animales, la sensación de frustración e inquietud hizo que me sintiera indispuerto. Los dos le estábamos rompiendo el corazón a Alta, solo que ella

no lo sabía aún. Cuando estaba con Lucian, pensaba que estaba enamorado de ella; y cuando yo estaba con los dos, anhelaba una palabra o una mirada, pero no conseguía nada. Aunque no era culpa mía, aquello no era justo. Tenía que haber una forma sencilla e indolora de librarnos de ella. Me devané los sesos, tratando de ignorar la vergüenza que me encogía el estómago. Pero no podía soportar otro día más esa agonía.

Cuando llegó Lucian y desmontó de su caballo con facilidad, como si hubiera dormido como una marmota, Alta iba corriendo de un lado para otro descalza, solo con las medias y una bota en la mano.

—¡Ya voy, Lucian! —dijo en voz alta, y después gritó—: ¡Em! ¿Dónde está mi otra bota? ¡Estaba aquí ayer!

—Imagino que la tendrá alguno de los perros. —La vi ir corriendo de habitación en habitación—. Ve descalza. Voy a subir al barbecho a ver si está listo para labrarlo. A Darnay no le va a importar que parezcas la hija de un mendigo.

—¡Esperadme! Tiene que estar en alguna parte.

—Pues alcánzanos cuando la encuentres. —Bajé la escalera mientras ella se agachaba a mirar debajo de la cama. No la iba a encontrar, pues estaba en el desván, detrás de la hilera de cajas de manzanas del fondo. Miré a Lucian con despreocupación—. Ha perdido una bota. Va a tardar siglos. ¿Nos vamos?

—De acuerdo. —Y alzó la voz—: ¡Nos vemos más tarde, Alta! —A continuación, nos dimos la vuelta a la vez y medio echamos a correr hasta la valla, chocando los codos mientras nos empujábamos para ser el primero en llegar al cerrojo. Cuando la puerta se cerró a nuestra espalda, salimos corriendo a toda velocidad, riéndonos como críos—. Qué mezquino —dijo al final, sin aliento.

—Lo sé. ¿Quieres volver?

—No. —Me lanzó una mirada y corrió más rápido. Mancha iba detrás de nosotros ladrando con entusiasmo, como si fuera una carrera.

Y entonces atravesamos la arcada hacia la parte cerrada de las ruinas, donde no se nos veía, y por fin pudimos tocarnos. Durante un largo rato no existió nada salvo su boca, sus manos y su piel contra la mía.

—¿Por qué me detestabas? —preguntó después, cuando nos relajamos.

—Porque eras muy altivo.

Lucian empezó a reírse. Estaba tumbado boca arriba, con el antebrazo sobre la cara para protegerse del sol. Al final se colocó de lado, todavía sonriendo, para poder mirarme a los ojos.

—Lo siento. Nunca había escuchado decir ese término con tanto desprecio.

—Sabes a qué me refiero. Tu actitud... —No me molesté en moverme, pero sí señalé con el hombro hacia el patio—, como si este lugar fuera de tu propiedad.

—Es que es de mi propiedad. Bueno, casi.

Me incorporé para sentarme con la espalda apoyada en la pared. Había una margarita al lado de mi pierna y comencé a deshojarla pétalo a pétalo, igual que Alta jugando al me quiere, no me quiere.

—Tu abuelo le quitó este lugar al mío con engaños —dije—. ¿Lo sabías? El bosque en el que dijiste que había estado cazado furtivamente... Todo esto era nuestro, hasta que tu abuelo contrató a unos cuantos abogados y juró y perjuró que siempre había pertenecido a la casa nueva.

Fuera, Mancha comenzó a ladrar como loca. Nos separamos un poco y yo me afané en abotonarme la camisa, pero un segundo después volvimos a guardar silencio. Lucian apoyó la cabeza de nuevo en el suelo.

—Ranas —dijo—. No, no lo sabía.

—Y entonces cogiste a Alta en brazos como si tuvieras derecho de pernada. Y cuando llegué a casa, mi padre prácticamente se postró ante ti.

—¡Porque acababa de salvarle la vida a Alta!

—Yo también estaba ahí. Si tú no hubieras estado, yo la habría rescatado.

—Si yo no hubiera estado, no se habría caído al hielo —dijo Lucian.

—¿Lo sabes?

—Me lo dijo ella.

Aplasté la deshojada margarita con la yema del pulgar. Ay, Alta... Tan sofisticada que se creía y va y le cuenta eso. No debería haberlo hecho.

—Emmett. —Acercó la mano, pero yo no me moví—. Sabes que no voy a hacerle daño, ¿verdad?

—¿Qué piensas que le causaría esto si lo supiera?

—Sabes que lo decía en serio. Si me lo pides, me casaré con ella —dijo en voz muy baja.

Yo me froté la cara, como si tuviera una mancha de la que no era capaz de librarme.

Se dio la vuelta y contempló el musgo aferrado a la base del muro. Una hormiga estaba trepando por la piedra y Lucian estiró un dedo para que se le subiera y continuara por sus nudillos.

—¿Reconsiderarás la oferta de ser mi secretario? Olvídate del dinero. Ahórralo para la dote de Alta —sugirió. Yo no respondí. Él se apoyó en un codo para depositar la hormiga sobre la hierba—. Por favor, Emmett. Piénsalo. Sé que lo harías bien, lo sé. Tienes ese ingenio primitivo de campesino... ¡Vale, vale! —Me dejó que forcejeara con él, sin mucho entusiasmo, y que lo tumbara en el suelo. Después levantó una mano y me acarició el cabello, sin mirarme a los ojos—. Ven y quédate conmigo esta noche en la casa nueva. Cuando vuelvas, puedes decirles a tus padres que quería entrevistarte para el puesto.

Lo solté.

—¿Qué?

—Solo una noche. Unas noches. Por favor. Les enviaré una carta para explicárselo.

—No puedo. Sabes que no puedo. Tengo trabajo que hacer. Si yo no estoy...

—¿Tan importante eres?

Me incorporé. El sol estaba alto, era más tarde de lo que pensaba.

—Es una granja, Lucian. El trabajo no espera.

—Alta ha estado enferma durante semanas. Pueden apañarse unos días sin ti. Por favor, Emmett.

Me puse de rodillas como pude mientras trataba de abrocharme bien la camisa.

—Tengo que irme.

Lucian me asió la muñeca.

—No puedo soportar estar con Alta y contigo y tener que fingir que solo tengo ojos para ella.

Lo miré y después aparté la vista. Algo se movió en la glicinia por encima de nosotros y cayó una lluvia de pétalos de color marfil con los bordes marrones. Desde la otra orilla del foso llegó el gorjeo indolente y satisfecho de una paloma torcaz; muy a lo lejos, oí ovejas y un reloj.

—De acuerdo —dije, y muy a mi pesar dejé que tirara de mí para tumbarme a su lado.

Lucian esbozó una amplia sonrisa. Pensé que jamás me iba a olvidar de cómo me miró en ese momento, con los ojos entornados para protegerse de la luz y una brizna de hierba pegada en una sien.

—Sé por qué me detestabas —dijo—. Porque me deseabas y estabas asustado.

El dormitorio de Lucian en la casa nueva estaba en la parte de arriba, justo en la buhardilla. Era pequeño, con el techo inclinado y una diminuta chimenea de hierro, pero tenía una ventana de bisagras con vistas a la terraza y al castillo en ruinas.

—Solía ser el dormitorio de una criada —dijo mientras yo miraba a mi alrededor—. Quería estar lo más lejos posible de mi tío. —Miré de manera involuntaria hacia la puerta, pero él se inclinó hacia mí para atraparme apoyando los brazos en la pared, uno a cada lado de mi cabeza. Esbozó una sonrisa—. No pasa nada, él duerme en la sala de trofeos porque no le gustan las escaleras a causa de la gota —añadió—. Además, siempre está borracho. Así que puedes hacer tanto ruido como desees.

—¿Por qué habría de querer hacer ruido?

Lucian se arrimó, me mordió la oreja y yo me reí. Después se me quedó el aire atrapado en la garganta y tuve que concentrarme en respirar para no asfixiarme.

El tiempo se dilataba y se reducía, pasando de un instante a una eternidad. Un espasmo de placer, la luz del sol en el techo, sus dedos hundiéndose en mi hombro, la semipenumbra y el intenso aroma a vino, más añejo que nosotros. El peso de su anillo en un cordón alrededor de mi

cuello. Se inclinó sobre mí, lo cogió con la boca y me besó. El metal contra mis dientes, el sabor a sal, a piedra y a su saliva. Despertarme a medianoche por el reloj de las caballerizas y verlo sentado en el alféizar de la ventana, recortado por la luz de la luna, y esta al otro lado de la celosía de cristal, igual que si fuera una perla atrapada en una red. Ya ni siquiera sabía quién era. Era una persona nueva, un desconocido. Le pertenecía a Lucian.

Jamás había sido tan feliz. Ni sabía que eso era posible. Al despertarme por la mañana me quedé tumbado, presa de la incredulidad, casi cegado por todo aquello mientras me aferraba al borde de la cama como si hubiera naufragado. Debería estar en casa, trabajando, pero tenía la sensación de que estuviera pensando en la vida de otra persona, no en la mía. De un modo u otro, las tareas se harían. Era un lujo y un placer tumbarme a oír el trino de los pájaros, consciente de ser un haragán, sin preocupaciones. Era tarde y el sol iba ascendiendo por el lateral de la cama, sobre las sábanas arrugadas y las piernas de Lucian. Él dormía despatarrado, con un brazo sobre la cabeza donde las venas azuladas traslucían bajo la piel de la muñeca. Mientras dormía, su rostro parecía más sereno y su boca, más ancha. Lo observé durante un largo rato, imaginándomelo de niño y de anciano. Finalmente, tuve que levantarme; en parte porque el placer de contemplarlo se asemejaba mucho al dolor y en parte porque necesitaba orinar.

Recorrí el pasillo con sigilo en medio del profundo silencio estival, haciendo muecas cuando las tablas del suelo crujían. Pero no me atreví a abrir ninguna puerta, por si acaso me tropezaba con el ama de llaves o, lo que era aún peor, con el tío de Lucian. Acabé abriendo una ventana en lo alto de un angosto tramo de escalera y vacié la vejiga en el parterre de flores de abajo. Pensé que me sabía el camino de vuelta al cuarto de Lucian, pero me había alejado demasiado y estaba desorientado. Me encontré en un corredor largo y oscuro con puertas cerradas a cada lado. Era tan anodino y simétrico que me puse nervioso. Abrí una de las puertas tan despacio y en silencio como pude, con la esperanza de atisbar la ventana y el mundo exterior; entonces al menos sabría en qué lado de la casa estaba. Pero cuando me asomé por la puerta vi que no tendría que haberme molestado en andarme con tanto cuidado. No era más que un almacén, con el techo inclinado y una ventana polvorienta al fondo que daba al camino de entrada y, más allá, al bosque. Flotaba en el aire un olor a polvo caliente tanto como un baño.

Bostecé y entré en la habitación. Cajas y muebles viejos se apiñaban de tal forma que costaba encontrar hueco para pasar entre ellos. Había un rectángulo apoyado en la pared, cubierto con un trozo de terciopelo sucio. Lo descubrí y encontré el retrato de una mujer de piel clara, ojos oscuros y bucles posando con aire lánguido en un paisaje de flores en cascada. Al pie del marco podía leerse: «Elizabeth Sassoon Darnay». ¿La madre de Lucian? No, el cuadro era demasiado antiguo, de modo que tenía que ser su abuela. Me arrimé para tratar de buscar rasgos de Lucian. Tenía una expresión extrañamente vacía, melancólica —muy diferente de la agudeza y la inteligencia de los ojos de Lucian—, pero quizá había cierta semejanza en la forma de la frente.

Di un paso atrás para contemplarlo y me topé por accidente con un baúl metálico. Algo me hizo cosquillas en la nariz y estornudé. Me senté de golpe en el baúl y casi aplasté un estuche con la tapa de cristal lleno de mariposas.

Había otra caja delante de mí. Me la acerqué despacio y la abrí.

Libros.

Estuve a punto de apartarlos de un empujón. Ahora que sabía lo que eran, me daba miedo tocarlos, como si fueran algo sucio. Pero nada malo podía sucederme; no en ese desván cálido y silencioso, con Lucian dormido bajo el mismo techo. Y cuando cogí el volumen de arriba y lo abrí, no me invadió esa desagradable y vertiginosa sensación que recordaba del libro que compré en la feria de Wakening. Las palabras eran solo palabras.

Estaba en el amanecer de mi vida, en una edad tan tierna que aún no se me había desprendido del todo el pálido manto de la infancia, pues todavía no habían nacido los tiernos brotes de la doncella, cuando el primer contacto con un caballero mancilló mi virginal inocencia.

Avancé: páginas llenas del mismo texto monótono, salpicadas de referencias a Venus y a Príapo.

Dirigió su arma no hacia la puerta abierta hacia mi jardín de las delicias, sino más abajo, hacia ese reino más terrenal...

Me eché a reír.

—¿Qué estás haciendo?

Me di la vuelta. Lucian estaba apoyado en la entrada, a medio vestir y con el pelo cayéndole sobre la cara. Llevaba puesta mi camisa, con un solo botón abrochado. Se encaminó hacia mí, sonriendo y con aire sereno. Pensé que iba a besarme, pero se quedó paralizado.

—¿Qué es eso?

—Un libro. Lo he encontrado. Pero no es... No...

—No me puedo creer que de verdad estés leyendo eso. —Me lo arrebató y se giró, como si estuviera a punto de arrojarlo a un rincón. Entonces se detuvo y hojeó las páginas—. Oh.

—¿Qué?

—En realidad creo que es falso. Una novela. Por eso está aquí arriba y no en la biblioteca de mi padre. Mira. —Lo abrió delante de mí y señaló una etiqueta en el interior de la cubierta, antes del papel jaspeado—. Es imposible que sea un Sourly auténtico. Para empezar, se han olvidado de la «e» de «madame».

—No tengo ni idea de qué estás diciendo.

—¿Madame Sourly? Fue una destacada encuadernadora de pornografía, hace cien años. Espera, ¿te refieres a las novelas? —agregó con cierta burla—. No son libros de verdad. Están escritos

como las revistas. No son ni personas ni recuerdos de verdad. Son inventados. No importa. — Cerró el libro y meneó la cabeza, medio sonriendo—. No me puedo creer lo inocente que eres.

—¿Cómo voy a saber cosas si nadie me las cuenta?

—Por supuesto. Es cosa de tus padres de mente pura. No te preocupes. Es encantador.

—Vete al infierno, Darnay.

—No, en serio. Me encanta. —Se arrimó para ponerme la boca en la mejilla y murmuró—: Y me refiero a inocente en todo. Nunca has leído un libro, nunca te has follado a una chica... ni a un chico, aparte de mí.

Cuando intenté golpearle en la cabeza, él lo esquivó con una sonrisa. Después me atrapó y su sonrisa se esfumó. Nos miramos el uno al otro.

Oímos un golpe seco abajo. Lucian volvió la cabeza para aguzar el oído.

—¿Alguien ha llamado?

—No lo sé. ¿No se ocupa el ama de llaves?

De repente el silencio estival pareció frágil. No quería dejar que el resto del mundo se inmiscuyera, ni un solo segundo.

—Si te refieres a la cocinera, solo está por la noche.

—¿Qué pasa con tu tío?

—Raras veces está aquí. Supongo que será mejor que vaya. —Se irguió y comenzó a abotonarse la camisa.

—¿De veras? —Alargué el brazo y le desabroché la camisa con la misma rapidez con la que él intentaba abrochársela—. Pero ¿y si algo impide que te vistas? Tal vez deberías bajar así.

—Muy divertido, Emmett. —Pero se estaba riendo—. Puede que sea el hijo del panadero.

—No me importa pasar hambre.—El golpeteo se hizo más fuerte y después cesó—. ¿Lo ves? Problema resuelto.

—De acuerdo.

Se recostó y me dejó que le sacase la camisa por la cabeza; tenía sudor entre las clavículas. Entonces me incliné e hizo un pequeño movimiento para evitar que nuestros labios se rozasen.

—¿Qué?

—El libro —dijo—. ¿Cómo sabías que era falso? Lo sabías, ¿verdad?

—Qué sé yo. Simplemente, no me atrajo. ¿Importa acaso?

—No. Pero es impresionante. Mi padre te adoraría. —Había un brillo frío e irónico en sus ojos que me hizo sentir incómodo—. Eres un misterio, Emmett. Tan inocente y sin embargo...

—¿Quieres dejar de hablar ya sobre mi maldita inocencia?

—De acuerdo —dijo, y esbozó una amplia sonrisa—. Siempre que me dejes que la destruya por completo.

Cuando el reloj de las caballerizas dio las cuatro estábamos famélicos. Abandonamos el hueco que nos habíamos hecho entre las cajas.

—No me puedo creer que acabemos de hacer eso delante de mi abuela —dijo Lucian.

Después bajamos por la escalera con sigilo, dejamos atrás la sala de trofeos y entramos en una cocina enorme y lóbrega. Nos dimos un banquete a base de pastel frío, carne en conserva y tarta borracha. No me había dado cuenta de lo mucho que llevábamos sin comer. Al final, la mesa de la cocina era como un campo de batalla, con restos y migas desparramados y manchas de salsa agri dulce de frutas, pero cuando empecé a limpiar Lucian meneó la cabeza.

—Déjalo. Para eso la pagamos.

—Pero... —Mi madre me mataría si dejara la cocina de casa en esas condiciones.

Lucian cogió un último pedazo de hojaldre del pastel.

—Vamos —dijo con la boca llena—. No quiero que nadie nos vea aquí.

Lucian salió. Yo vacilé y al final metí los platos a toda prisa en la pila y le pasé un trapo apresuradamente a la mesa antes de salir corriendo tras él.

Cuando lo alcancé, estaba de pie en el ventanal del vestíbulo leyendo algo. Levantó la vista.

—Lo siento —dijo—. De verdad que lo siento, Emmett.

Mi corazón se sacudió igual que el peso que cuelga de la soga de una horca.

—¿Qué?

—No pasa nada, no te asustes tanto. Es solo un mensaje de mi padre. —Agitó una hoja de papel azul en mi dirección—. He de ir a Castleford.

—¿Ahora? No puede ser tan urgente.

—Lo siento.

—Podrías fingir que no lo has recibido. Los mensajes se pierden.

—Tú no lo conoces, Emmett. —Se levantó a recoger de la alfombra el sobre azul rasgado, muy ociosamente—. Si no le obedezco, encontrará la forma de hacer que me arrepienta de ello.

—Vamos, Lucian. No te preocupaba casarte con Alta en secreto, ¿cómo puede darte tanto miedo desobedecer un telegrama? —El no respondió de inmediato y yo inspiré hondo—. ¿O acaso me mentiste cuando dijiste eso?

—¡No! Por supuesto que no. —Enrolló el papel hasta convertirlo en un bastoncito, sin mirarme—. Pero puede que no estuviera pensando con... Lo siento. Soy un cobarde, ¿de acuerdo?

—No puede ser tan malo. Y seguro que tu madre...

—¡Tú no lo conoces! Es... Hace cosas. —Dobló el papel una y otra vez hasta que no fue más que un diminuto paquetito azul—. Mi madre lo deja hacer lo que le place. Finge no verlo. Mejor eso que permitirle que le borre la memoria constantemente.

Se hizo el silencio. Le clavé la mirada. Tenía el semblante tenso y ausente, su antigua máscara. Ahora entendía por qué nunca hablaba de su familia.

—Entonces más vale que vayas —dije.

—Emmett, lo siento de veras.

—Yo también me marchó. Voy a por mis botas.

—No tienes por qué irte ahora mismo.

—¿Quieres que te ayude a recoger tus cosas? —Se sintió avergonzado y me gustó.

Di media vuelta y corrí escalera arriba, subiendo cada escalón pesadamente, hasta que llegué a la diminuta y calurosa buhardilla. Olía a sudor y a vino. Una parte de mí deseaba quedarse allí, contemplando la cama deshecha, la pequeña chimenea y la vista desde la ventana, para grabármelo todo en la memoria para siempre, pero agarré mis botas y cerré la puerta al salir.

Cuando llegué al vestíbulo, Lucian estaba mirando por la ventana. Entonces volvió la cabeza, pero no sonreía.

—Iré a verte tan pronto regrese.

—Sí.

—Cuida de Mancha.

—Sí.

Nos quedamos en silencio. Di un paso hacia él y Lucian avanzó hacia mí a la vez, de modo que nos tropezamos y casi chocamos. Tomé su rostro entre las manos. Nos besamos como si el mundo se fuera a acabar, como si fuéramos enemigos además de amantes, como si no fuéramos a volver a vernos.

Sabía qué era lo que quería decir, pero me obligué a dejarlo marchar sin decir nada.

Al llegar a casa, el patio estaba vacío, tranquilo bajo el sol, como un cuadro de un corral. No había nadie en el granero engrasando la máquina de segar heno; tampoco habían limpiado la cochiguera. Cuando abrí la valla, Calambre y Hollín vinieron corriendo y me ladraron como si quisieran algo. Tenían el cuenco seco. Lo llené de nuevo, le di de beber también a Mancha y me acuclillé bajo la fuente para lavarme la cara y el cuello con agua helada. Me dolía la cabeza y me picaban los ojos de cansancio, pero si me daba prisa compensaría el trabajo que no había hecho. Tal vez así a nadie le importaría. Se me encogió el estómago al recordar cómo se puso mi padre cuando Alfred se tomó dos días libres sin avisar a nadie, pero eso fue durante la recogida del heno, y resultó que estaba borracho como una cuba en una cuneta de Castleford. Yo solo había dormido una noche fuera y ahora había vuelto y estaba listo para trabajar.

Fui al granero y saqué la horca. Pero había tanto silencio que me sorprendí apoyándola en la pared de la cochiguera y volviendo la cabeza para aguzar el oído. Era como si alguien estuviera enfermo, esa sensación amortiguada y estanca como cuando estás debajo del agua. Atravesé el patio y entré en la casa, con el corazón latiéndome tan fuerte que parecía reverberar en las

paredes. Entonces alguien habló en voz baja y me giré de golpe. Provenía del salón, lo cual resultaba extraño siendo entre semana, a menos que tuviéramos invitados. La puerta estaba entreabierta, de modo que me acerqué sin hacer ruido y miré dentro.

Mi madre estaba sentada en el sillón, con la cabeza gacha. Mi padre estaba de pie junto a la chimenea.

Empujé la puerta. Mi madre levantó la mirada y me vio. Había estado llorando.

—Emmett —dijo mi padre.

También él había estado llorando.

XVIII

Me miraron sin decir nada. Motas de polvo danzaban en el aire, pasando de visibles a invisibles en una fracción de segundo a medida que atravesaban con indolencia la luz. Un velo de color sepia matizaba la oscuridad que se extendía más allá y todo parecía descolorido; el papel de la pared tenía un viso amarillento y los cuadros parecían sucios y desdibujados. Una fina pelusilla gris recubría las frutas decorativas de la campana de vidrio que estaba sobre el aparador. De alguna forma, la suciedad se había colado. En el rincón de la estancia había un trozo de hoja marchita pegado al techo, en el lugar donde hubo colgada una guirnalda de hiedra durante la festividad de la Transición.

Mi madre no lloraba desde el día en que Joe Tanner se coló a escondidas en la cuadra del semental y el animal lo mató a coces, y, antes de eso, cuando la pequeña Freya Smith se cayó debajo de la rueda del molino. Y no recordaba haber visto llorar a mi padre en mi vida. Ahora su piel presentaba un aspecto enrojecido e irritado por haberse secado las lágrimas con brusquedad; tenía los ojos rojos y la boca húmeda. Había algo indecente en todo aquello, como en la desnudez o la carne cruda.

Algo le había sucedido a Alta.

Dicha certeza dejó la habitación sin aire, hasta tal punto que pensé que iba a perder la compostura. No podía hablar; no soportaba más silencio, pero aquello que lo rompiera sería peor.

—Siéntate —dijo mi madre.

Un momento antes todas mis articulaciones eran como de gelatina y habían amenazado con hacerme caer, pero de repente no habría podido doblarlas ni aunque lo hubiera intentado.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué crees tú, muchacho? —La voz de mi padre sonó cansada, casi un susurro.

—¿Dónde está? —pregunté. Mi madre tomó aire con fuerza y se me encogieron las entrañas—. Es Alta, ¿verdad? ¿Está bien? ¡Decidme qué ha pasado!

—¿Alta? —Mi padre frunció el ceño—. Está arriba.

—Es un poco tarde para pensar en tu hermana, ¿no te parece, Emmett?

Nos quedamos en silencio. El rostro de mi madre parecía de hielo, serio, pálido y tan despiadado que me dejó sin aliento. Desvié la mirada hacia mi padre y de nuevo hacia ella. Y entonces lo comprendí.

—Yo... —dije con una voz débil, detestable y temblorosa—. Yo... No...

—No sé ni qué decirte —repuso mi padre. Nunca lo había considerado viejo, pero se agarraba a la repisa de la chimenea como si fuera a caerse—. Mi hijo. Creíamos que eras un buen muchacho. Estábamos orgullosos de ti.

El silencio se dilató y me envolvió hasta el punto de que temí que me asfixiara.

—No he... —dije—. Solo...

Era como aprender a leer de nuevo; las palabras más simples no estaban a mi alcance.

—¿Cómo has podido? —Durante un instante mi madre sonó igual que Alta, solo que más madura y envejecida, desesperanzada—. No lo comprendo, Emmett. Dime por qué.

—¿Por qué... qué?

—¿Por qué has decidido destruir el futuro de Alta? ¿Por qué nos has mentado a todos? ¿Por qué has desperdiciado todo cuanto te hemos enseñado?

—¡Yo no he hecho nada de eso! —Por fin el aire me llegó al fondo de los pulmones y pude hablar—. ¡Nunca he mentado! Yo solo... No pretendía herir a Alta.

—¿Cómo osas decir tal cosa! —Mi madre se inclinó hacia delante, como si tuviera que concentrarse para respirar—. Tú sabías lo que Alta sentía. Sabías lo que todos sentíamos, que teníamos la esperanza... —Tragó saliva—. Te dejamos pasar tiempo con ellos a pesar de que deberías haber estado trabajando. Confiamos en ti. Y lo has arruinado todo. A propósito. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque... —Me callé. Me temblaban las rodillas, como si me hubiera encontrado una víbora en la hierba y me hubiera detenido justo a tiempo. Y añadí—: No se trataba de Alta. Ni de vosotros.

Mi padre avanzó hacia el centro de la habitación.

—No hables de esta forma —replicó—. No eres la clase de hijo que se olvidaría así de su familia. Lo que quiera que hayas hecho con... ese muchacho, no ha sido porque tú lo desearas. Tú no eres así.

Lo miré fijamente. Mi padre quería que fuera mezquino, celoso y vengativo, que lo hubiera hecho por odio. Porque de otro modo eso significaría que yo era... «así». El temblor de las piernas se me extendió hacia arriba e hizo que me sacudiera como un terremoto. Era a Lucian a quien yo deseaba, a nadie más. ¿En qué me convertía eso?

—Por favor —imploré—. No ha sido como tú crees. No era un simple juego. Era... Nos queremos.

Mi madre contuvo el aliento.

—Calla.

—Por favor —repetí, y se me quebró la voz.

—¡Cállate! —Mi padre se paseó hasta un lado de la habitación y volvió a su sitio.

Clavé los ojos en el trozo de hiedra pegado al techo. Me acordé de Lucian subido a la silla para

sujetarlo antes de la Transición; fue el día en que bailamos el vals y me quedé sin aliento cuando estuvimos cuerpo contra cuerpo. El recuerdo me pilló por sorpresa; me mordí el interior de la mejilla muy fuerte y me concentré en el dolor.

—Lo hecho, hecho está —dijo mi padre—. No mencionaremos esto nunca más. Si alguna vez vuelves a hacer algo semejante, dejarás de tener familia, Emmett. Y ya está. ¿Lo entiendes?

—¿«Algo semejante»? —pregunté muy despacio.

—Si vuelves a tocar... a otro muchacho, a otro hombre, de nuevo. Si vuelves a dejar que un hombre te toque. Si oigo lo más mínimo, cualquier rumor, cualquier historia desagradable, lo que sea... —Hizo una pausa—. ¿Queda claro?

No soportaba la forma en que me miraba mi padre, como si fuera un extraño. Si decía que sí, me perdonarían; todo volvería a ser como era y podríamos fingir que...

—Por favor, escúchame —dije—. Por favor, mamá. —Me volví hacia ella, obligándome a no ver la expresión de su cara—. Tú quieres que Alta y yo tengamos una vida mejor, ¿no es así? Él me ha ofrecido un empleo en Castleford. Podría trabajar con él.

—¿De qué estás hablando?

Mi voz cada vez surgía más alta y atropellada, pero no podía evitarlo.

—¿Por qué debería ser Alta quien consiga escapar? Queríais que él la rescatara. ¿Por qué no puede rescatarme a mí? Puedo irme y ser su secretario...

—Quieres decir su puta —dijo mi padre.

Un súbito silencio se hizo en la habitación, igual que la quietud que impera después de que se caiga algún objeto frágil.

—Robert —dijo mi madre.

—Es la verdad, ¿no es así?

De repente mi voz sonó firme, aunque no sé cómo fue posible.

—Queríais que Alta se casara con él —repuse—. Bueno, pues todavía puede hacerlo. Él le ofrecerá matrimonio si yo se lo pido, y entonces tendréis vuestro final feliz.

Mi madre se puso de pie.

—Dime, ¿hablas en serio? —Yo vacilé—. Lo estás considerando —continuó mi madre con el mismo todo quedo—. ¿De veras piensas que Alta podría casarse con él después de que tú y él hayáis..., después de todo esto? ¿Crees que consentiríamos que un hombre así tocara a nuestra hija? ¿Y crees que sería lo bastante bueno para Alta casarse con un hombre que se lo ha pedido porque tú le has dicho que lo haga?

—Si ella todavía quiere...

—¿Cómo te atreves? ¿Qué te hace pensar que puedes hacer lo que te plazca mientras Alta se conforma con tus sobras? ¿Cómo te atreves a decir que debería resignarse?

—¿Yo no he dicho eso!

—¡Basta! —Mi padre se colocó entre nosotros—. Basta, Hilda. No quiero oír nada más. Emmett, vete a tu cuarto. Mañana será otro día. Ahora mismo no puedo ni mirarte.

—Deja que te lo explique... —comencé, sin saber a quién de los dos me dirigía.

Mi madre se acercó y levantó la mano. Me estremecí como un estúpido, horrorizado, pero ella me acarició la mejilla con suma delicadeza, como si fuera un niño.

—¿No lo entiendes, Emmett? Te perdonamos. Te estamos dando otra oportunidad. Acéptala, por favor. —Le temblaba la voz y se aclaró la garganta—. Tienes otra oportunidad para ser nuestro hijo.

Subí la escalera tambaleándome. No era capaz de calcular dónde poner las extremidades. Me golpeé los dedos del pie con el peldaño de arriba y me di con el poste en el codo, pero no sentí nada salvo un ligero impacto, como si algo hubiera ocurrido a mucha distancia.

La puerta del dormitorio de Alta estaba cerrada. Pasé por delante sin detenerme, pero algo me hizo parar y mirar hacia atrás. La sombra bajo la puerta se movió y supe que estaba ahí.

—¿Alta?

Nada. Pero estaba ahí. La sombra se movió hacia un lado, como si se estuviera apartando de la puerta.

La abrí. Ella ahogó un grito, pero antes de que pudiera hablar recuperó el aliento, se irguió y me abofeteó.

Sentí un estallido de danzarines puntos rojos y negros. Me pitaba el oído, como el cristal a punto de hacerse añicos.

Alta me estaba gritando. «Eres un cabrón repugnante», oí. «Puerco asqueroso...» Y otras palabras que no sabía que conociera, palabras que ahora no me herían, pero que se enconarían y se clavarían como esquilas.

Le devolví la bofetada.

Conseguí que se callara. Me miró con los ojos como platos mientras se le enrojecía la piel. Vi la marca de mis dedos en su mejilla. Por primera vez en mi vida me dio igual haberle hecho daño y me dio igual que eso no me importase.

—¿Cómo se han enterado? —Me oí preguntar.

—Os seguí. Una vez volviste con una rosa en la camisa, por lo que supe que ibais a las ruinas. Sabía adónde ir. Y os vi. —Tragó saliva. Nunca la había visto mirar así a nadie, con el rostro temblando de odio y de tristeza y una indiferencia extraña y adulta hacia si yo era consciente de cómo se sentía—. ¿Quieres que te lo explique con todo lujo de detalles? Os vi juntos. follando —dijo, y yo cerré los ojos—. Sé que me escondiste la bota, Emmett. Me dejaste atrás adrede. Estuve buscándola durante horas y después me puse los zapatos buenos y fui detrás de vosotros. Quería

ver a Lucian. —Tragó saliva de nuevo—. Pero cuando os encontré, os escuché hablando sobre mí. Decíais que yo no importaba.

—Nunca he dicho...

—Y que él no podía soportar tener que fingir que me amaba.

—Alta.

—Da igual. No te importa, ¿verdad? Te estabas riendo con él. —Alzó la voz y se le quebró, pero al momento prosiguió—: Así que vine a casa. Intenté no contárselo a mamá ni a papá, pero entonces pasaste toda la noche fuera y no pude evitarlo.

Aquello debió de haber sido... Reprimí ese pensamiento. Alta no tenía derecho a sentirse así. Tenía que saber el daño que causaría al contárselo.

—Al principio pensaron que estaba equivocada. Y entonces les dije que habías conservado el huevo que Lucian te regaló en la feria de Wakening...

—¿Has hurgado en mis cosas?

—Y les dije que tenía pecas en la espalda. Y lo que os vi haciendo. —Guardó silencio. ¿Ese débil temblor triunfal en su voz eran imaginaciones mías? Alta levantó la barbilla—. Entonces me creyeron.

Me llevé las manos a la cara. Deseé dejar de existir.

—Papá ha escrito a la familia de Lucian en Castleford para asegurarse de que jamás vuelvas a verlo.

—No deberías habérselo contado —dije, y mi voz sonaba como la de un desconocido—. No era asunto tuyo, Alta.

—Lo amo. —Hizo una pausa—. Lo... amaba.

Por supuesto. El as bajo la manga. Unas palabras que si las decía yo... Reprimí aquel pensamiento. La miré fijamente a los ojos y volqué en mi voz hasta la última gota de desprecio.

—Es una lástima que nos delataras —repuse—. De no haberlo hecho, se habría casado contigo. Ella me clavó la mirada.

—Eso es mentira.

—Ya da lo mismo, ¿no te parece?

Fue una triste satisfacción ver su rostro palidecer cada vez más, hasta que por fin parpadeó y le cayeron lágrimas por las mejillas. Entonces la chispa de regocijo se apagó y solo quedaron cenizas.

Me di la vuelta para marcharme, pero algo captó mi atención en un rincón de la habitación: el calzado de baile de Alta, unas zapatillas de seda de color marfil, su tesoro, que yacían contra la pared como si las hubiera arrojado de una patada, sin preocuparse de dónde acababan. Recordé cómo se le iluminó la cara cuando las desenvolvió del papel de seda hacía dos cumpleaños. Montó tal alboroto cuando se las puso para el festival de la cosecha del año pasado, que tuve que

llevarla en brazos durante un tramo de carretera cubierta de barro para que no se le mancharan. Más tarde alguien le dijo: «Con esas zapatillas bailas igual que un hada». Yo le di un pequeño codazo y murmuré: «Más bien como un duende», y nos pusimos a reír con tantas ganas que tuvimos que salirnos. Incluso entonces me exigió que tendiera mi capa en el suelo para caminar sobre ella. Ahora tenían manchas de verdín y salpicaduras de barro.

—Lo siento —dije—. No era mi intención hacerte daño.

—Márchate, Emmett.

Tuve dudas. De algún modo, esperaba que ella cediese, igual que cuando era pequeña y tenía una rabieta, pero se me quedó mirando hasta que me fui.

De repente me encontraba en mi cuarto sin saber cómo había llegado allí. Me hice un ovillo en la cama, como si fuera a dolerme menos cuanto más pequeño me hiciera. Durante un largo rato lo único que pude hacer fue continuar respirando y tratar de no pensar, pero entonces oí que Mancha le ladraba a alguien que pasaba a caballo y rompí a llorar.

Echaba tanto de menos a Lucian que era como una herida abierta. Sentía su contorno, un dolor ardiente y desesperado que empezaba bajo el esternón y terminaba en algún lugar de la entrepierna. Si me movía o hablaba, si inspiraba demasiado hondo, dolía más. Nunca imaginé que podría desear la muerte, pero era como ahogarme una y otra vez, salvo que la oscuridad final nunca llegaba.

Lucian se había marchado. Habría dado cualquier cosa por poder verlo de lejos u oír su voz, y él no estaba aquí. Eso era cuanto sabía, cuanto importaba. Pero todo lo demás también comenzó a cristalizarse poco a poco: mis padres jamás me perdonarían, Alta me odiaba, había arruinado su vida además de la mía. Alta nos había visto juntos, nos había observado.

Y estaba Lucian. Ahora su padre sabría lo nuestro. Si lo castigaba, también tendría yo la culpa. Solo de pensarlo me quedaba sin aliento y se me encogían las entrañas. Lucian sufriendo por mi culpa, despreciándome como Alta... Me aferré a mis recuerdos —nosotros riendo, tocándonos, lo que nos habíamos dicho...—, pero se alejaban más y más con cada latido del corazón. Necesitaba tanto recordar que ya no estaba seguro. Una de dos: o en estos momentos Lucian me odiaba o, peor aún, ¿y si en realidad nunca le había importado? ¿Y si él no pensaba en mí? ¿Y si era un alivio para él deshacerse de mí?

No tenía hambre. Jamás volvería a tener hambre. Lo único que hizo que me moviera fue Mancha, que estaba lloriqueando en el patio, pero el esfuerzo de levantarme para darle de comer hizo que la cabeza me diera vueltas, y en cuanto terminé volví a la cama. Un minuto después oí que arañaba mi puerta. Los perros tenían prohibido subir, pero mi deshonra no podía ser mayor, de modo que la dejé entrar. La perra husmeó un poco, se acomodó a mi lado y la rodeé con los

brazos. Su tibieza no llenaba el vacío que había dentro de mí, pero su respiración pausada y el peso de su hocico en mi hombro aliviaron mi sufrimiento. El sueño me venció por fin, exhausto.

Cuando me desperté sobresaltado casi era de noche. Mancha saltó al suelo y salió corriendo, arañando la madera con las patas. Tenía el corazón desbocado, como si hubiera sufrido una pesadilla, pero era el mundo real lo que me había despertado, con la brusquedad de un latigazo. Me incorporé temblando y me aparté el pelo sudado de la cara.

La puerta del salón estaba cerrada. Oí un crujido de pasos y una voz amortiguada. Era un hombre, pero no mi padre, aunque unos segundos después este respondió en un tono bajo que podría indicar respeto.

Llevé a Mancha abajo y la dejé salir al patio. El aire de la noche era cálido y dulce en comparación con el ambiente viciado de mi cuarto, pero cerré la puerta principal y recorrí el pasillo hasta el salón. Esa voz... Me detuve a escuchar.

—Entiendo su decepción, señor Farmer.

Durante un estremecedor y apabullante momento pensé que era Lucian. Después el zumbido de los oídos se desvaneció y supe que no era él; era el mismo acento, pero la voz era más grave, más vacía y fría.

—De acuerdo —dijo mi padre—. Iré a por él. —Retrocedí con brusquedad, pero no lo bastante rápido. Cuando mi padre abrió la puerta y me vio ahí, entrecerró los ojos pero solo dijo—: Será mejor que entres, muchacho.

Lo seguí al salón. Había un hombre sentado en la butaca con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada con indolencia en el respaldo. Era algo viejo, con unas pobladas patillas de color rubio ceniza, pero sin bigote, de modo que tenía la boca encastrada en el centro de la cara, como una fruta demasiado mustia. Me miró de arriba abajo y sus labios se ensancharon en una carnosa y rosada sonrisa.

Lo sabía. Lo vi en su forma de mirarme.

—¿Emmett?

—Sí —respondí. Tenía la camisa arrugada y apestaba a sudor y a perro—. ¿Quién demonios es usted?

—Me llamo Acre. Soy un empleado del señor Darnay, del padre —agregó, como si alguien se hubiera imaginado que se refería a Lucian—. Por favor, siéntate.

—Esta no es su casa.

—Siéntate, Emmett —dijo mi padre, que estaba de pie cerca de la lámpara; el nacimiento del pelo le brillaba a causa del sudor.

Tomé asiento. Empezó a temblarme el tobillo y presioné el talón contra el suelo en un intento de conseguir que parara.

—Gracias, señor Farmer —adujo Acre, que le brindó una sonrisa a mi padre y señaló la puerta.

Mi padre tragó saliva, me miró y después se marchó, sin mediar palabra—. Bien, Emmett. Todo esto es lamentable, ¿no es así? Me compadezco de ti. Me temo que Lucian puede hacer que se enamoren de él locamente y olvidarse de las consecuencias. Me imagino que te sientes muy herido en este momento, pero estoy aquí para ayudar —aseveró. Yo me mordí la punta de la lengua y no dije nada—. Entiendo que estés molesto por mi intromisión. Puede parecer una insolencia. Pero has de entender que tenemos amplia experiencia bregando con este tipo de... problemas. Y estamos de tu lado. Lucian es un buen muchacho, pero es joven y deja estelas de destrucción que deben limpiar otros. De modo que...

—¿Estelas de destrucción?

—Os ha infligido un gran sufrimiento a tu hermana y a ti. Puedo ver que estás sufriendo. No... —Meneó la cabeza—. No te pido que me lo cuentes. Sé hasta qué punto debes de sentirte... violado. Pero quiero que sepas que me compadezco. Y estoy aquí para ofrecerte una solución.

Un rayo de esperanza surgió dentro de mí.

—¿Qué?

—Lo siento, Emmett. Lo que ha sucedido jamás debió haber ocurrido. Lucian fue cruel, desconsiderado, haciéndote pensar que... —Se aclaró la garganta—. Lo que puedo hacer es conseguir que todo desaparezca. Podrás volver a tu antigua vida, a como eras antes. Imagino que estabas contento antes de conocerlo.

Yo vacilé.

—Supongo que sí.

—Bien. Entonces permíteme hacerte una oferta. Correremos con todos los gastos, transporte, etcétera, para que visites a un encuadernador. En señal de disculpa y de buena voluntad, también te otorgaremos a tu familia y a ti un pequeño obsequio económico. Estos momentos pueden ser muy tristes. Te sorprendería lo importante que es para los parientes cercanos sentir que se saca algo positivo de este tipo de errores.

—Aguarde. —Intenté pensar. Tenía una voz muy creíble y grave, como si fuera un cantante arrullándome para que me durmiese—. ¿Quiere que acuda a un encuadernador? ¿Que me plasme en un libro? ¿Que lo olvide todo? —Creí oír la débil música de la feria de Wakening palpitándome a lo lejos en los oídos.

—Muchos son los prejuicios que envuelven el arte de la encuadernación, Emmett. Permíteme que te tranquilice. Es un proceso seguro e indoloro, y al final serás tal y como eras antes. No tendrás recuerdos de Lucian ni de la decepción de tu familia, ni tampoco te acordarás del desengaño. Por así decirlo... —Se arrimó con su rolliza mano ahuecada, como si estuviera pidiendo—: Volverías a ser el de antes.

—Y me pagaría para que lo hiciera. ¿Por qué?

—Porque Lucian es responsabilidad nuestra. Y cuando él se aprovecha de alguien tan

impresionable como tú, consideramos que no está bien permitir que eso destruya la vida de otras personas. Tu vida, por ejemplo, o la de tu familia.

—Ha dicho... —Tragué saliva—. Dice que «cuando él» hace esto. ¿Quiere decir que...?

Se removió en la butaca, como si de repente fuera demasiado pequeña para él.

—¿Sabes, Emmett? Creemos conocer muy bien a alguien y a menudo no es así. Lucian puede ser encantador. Me imagino que te ha hecho creer que eras la única persona en el mundo. Y es muy probable que no estuviera mintiendo exactamente.

—¿Que no estaba mintiendo exactamente?

Pero escuché su voz: «Lo siento. Soy un cobarde».

—Es bastante propenso a las aventuras amorosas. ¿Pensabas que eras el primero? —Volví la cabeza, pero todo cuanto miraba estaba borroso—. Lo mandaron lejos de Castleford porque se había relacionado con alguien inapropiado. Una sirvienta que resulta que era muy..., eh, joven. Tal vez por eso te eligió a ti en vez de a tu hermana. Pero te ruego que no te sientas como un tonto. En algunos aspectos es bastante cruel; lo ve todo como una especie de persecución. Es decir, una cacería.

—Eso no es verdad.

—Bueno, da igual. Eso ya no importa, ¿no es cierto? Pensemos en el futuro. Supón que vengo mañana por la mañana con un carruaje y te llevamos al taller de encuadernación de las marismas; es aconsejable ser discretos con estas cosas. Y cuando esté hecho, le daré veinte guineas a tu padre, en oro o en un cheque bancario, lo que prefiera. ¿Estás de acuerdo?

El corazón me latía con tanta fuerza que sentía el anillo de Lucian chocando con mi esternón.

—No —repuse.

Su expresión cambió. Guardamos silencio de nuevo.

—Entiendo —dijo al final—. ¿Cuánto?

—¿Qué?

—Veinte guineas no son suficientes. Así pues, ¿cuánto va a ser?

—No es por el dinero.

—Siempre es por el dinero. Dime tu precio. ¿Treinta? ¿Cincuenta?

—No. —Me puse de pie—. No lo entiende, ¿verdad? Poco me importa que Lucian haya tenido otros amantes. —Me tembló la voz al pronunciar aquella palabra, pero me dio igual—. Quiero recordar. Ahora es lo único que me queda.

—¿Tus gratos recuerdos de un sodomita arrogante y manipulador?

No había oído ese término con anterioridad, pero podía adivinar qué significaba.

—Sí.

—Emmett. —Mi nombre sonaba pesado en sus labios, como una advertencia—. Sé razonable. Reconsidéralo. Que sean setenta y cinco, y es una oferta muy generosa.

—Prefiero morir.

—Ten cuidado con lo que deseas.

Lo fulminé con la mirada; odiaba cada centímetro de su cara regordeta y obscena. Por fin se encogió de hombros y se levantó.

—Muy bien —dijo—. Es una lástima. Es por tu bien. —Metió la mano dentro del abrigo, una prenda enorme y colgandera demasiado gruesa para una noche de verano, y sacó un paquete—. Al parecer, esto es tuyo. Una camisa que le prestaste. No quería que tuvieras ninguna excusa para contactar de nuevo con él.

Lo cogí.

—Si necesitas mi ayuda, tu padre sabrá dónde encontrarme —dijo—. Y si esta noche la pasas en vela deseando que el dolor desaparezca, cambiar de opinión no es nada de lo que avergonzarse.

—No voy a cambiar de opinión.

Me brindó una especie de sonrisa rápida y nada amistosa. Acto seguido inclinó la cabeza y se marchó.

Cuando levanté la mirada, mi madre estaba en la entrada. Aferré la camisa que Acre me había entregado, pero era mía, de modo que no tenía ninguna excusa para quitármela. No dijo nada.

—No pienso ir —dije.

Mi madre me miró con los ojos entornados durante un prolongado momento, como si le costara un gran esfuerzo mantenerlos abiertos.

—Podemos destinar el dinero a la dote de Alta.

—Mamá...

—Nos hemos esforzado muchísimo para mantenerte alejado de los libros. Esa magia maligna. Pero el señor Dar..., tu amigo te lo contó, ¿no es así? Debería haberlo sabido. Deberíamos haber visto qué clase de hombre era.

—¿Qué quieres decir?

—Creíamos que te habíamos protegido. Tuvimos mucho cuidado. —Se apoyó en la entrada, retorciendo el delantal despacio, hasta hacerlo un nudo—. Mi madre siempre decía que era un tipo de magia repulsiva y antinatural. Extraer recuerdos, vergüenza, sufrimiento y tristeza. Decía que por eso los encuadernadores viven tanto. Porque se nutren de cada gota de vida. —Bajó la mirada hacia las manchas de harina y hollín que tenía en la falda, aunque parecía no verlas—. Pero ¿y si pudieras volver a ser como eras antes?

Se me formó un nudo en la garganta.

—Escúchame, mamá. Lucian y yo estábamos...

—Vete —dijo—. Por favor, vete. Nos has hecho pasar mucha vergüenza, más que nunca.

La rocé al pasar por su lado y subí la escalera hasta mi cuarto. El corazón me retumbaba en los oídos y estaba temblando. Me senté en la cama, aferrando mi vieja camisa contra el pecho, luchando contra el doloroso nudo que se me había formado en la garganta. Agaché la cabeza y sepulté el rostro en la prenda. Habría dado cualquier cosa por sentir los brazos de Lucian a mi alrededor, por oler su piel levemente fragante a agua de lavanda.

Algo crujió en la tela.

Había una nota cosida al cuello. Tardé una eternidad en descoserla con la punta de la navaja, pero por fin pude desdoblarla:

Reúnete conmigo al alba en el cruce de la carretera de las marismas con la de Littlewater.

Te amo.

XIX

Si hubiera tenido que hablar con alguien esa noche, habría visto cómo me sentía. Habría notado que los sentimientos me ardían en la piel como si estuviera ebrio. Qué suerte haberme perdido la cena para quedarme a solas en mi cuarto, sin dormir, envuelto en mi felicidad.

Me crucé con Alta una vez en la escalera, al volver de beber agua. Nuestras miradas se encontraron. La luz de la luna que se colaba por la puerta abierta del descansillo de arriba caía en ángulo sobre los peldaños superiores, dividiéndolos en triángulos blancos y negros, pero abajo reinaba una tenue penumbra que se aferraba igual que una telaraña a los planos de su mejilla y su sien. Su edad era irreconocible —parecía tanto una doncella como una madre o una anciana—, pero sus ojos eran los de siempre, firmes y oscuros.

—¿Emmett? —dijo.

Una descabellada chispa de esperanza prendió en mí al percibir la suavidad con la que había hablado: me había perdonado, nunca lo había amado de verdad...

—¿Sí?

—Lo siento —repuso.

Un búho ululó a lo lejos y después más cerca; algo correteaba en el rincón del patio. Me imaginé al búho volando, ahora en silencio, a la espera de ver el brillo de unos ojillos, el movimiento nervioso de un rabito. Semejante muerte sobreviene sin que nadie la oiga.

—Yo también lo siento.

Bajé un escalón hacia ella, pero Alta se alejó con rapidez.

—Tengo que ir al retrete. Cosas de mujeres —dijo entre dientes, y salió al patio.

Me volví para verla cruzar los adoquines, sujetándose el bajo de la capa para no arrastrarlo por el heno.

Supongo que podría haberla llamado, pero no lo hice. Regresé a mi cuarto a esperar.

Estaba vestido y listo antes de que el cielo comenzara a clarear. La luna había desaparecido, pero todavía había bastantes estrellas cuando bajé la escalera a hurtadillas y salí. Era incapaz de insuflar aire suficiente a mis pulmones. Salí a la carretera y fui corriendo todo el camino hasta el cruce.

Al principio, en la semipenumbra que precede al alba, lo único que vi fue el destello de una lámpara y una mancha oscura; a medida que me acercaba distinguí la silueta de un caballo y un carro. Tenía deseos de gritar, pero el silencio lo envolvía todo, como un hechizo, y temía

romperlo. Alcancé a ver a Lucian situado junto a la cabeza del caballo, abrigado para protegerse del frío, con la capucha puesta, meneando el pie con impaciencia. Sentí que una amplia sonrisa se dibujaba en mi rostro y eché a correr con todas mis fuerzas.

—¡Lucian! ¡Lucian!

Se volvió cuando traté de asirlo, con el corazón desbocado.

No era él.

Lo comprendí todo de forma súbita, como si en mi fuero interno ya hubiera sido consciente de ello. Era Acre quien estaba de pie junto al caballo, con el rostro medio oculto por la capucha. Había otro hombre repantigado en la parte de atrás del carro, bostezando con un hastío que me produjo escalofríos, y...

Alta.

Estaba dormida. No. Una sombra le cruzaba la frente, pero nada la estaba proyectando: tenía un ojo hinchado y un hilillo de sangre seca entre la nariz y la boca. Abrí los labios, pero cuando intenté hablar no salió nada salvo un grito ahogado, como el resuello de un fuelle.

—Haz lo que te voy a decir y no le pasará nada. —Acre se quitó la capucha. Durante un prolongado momento nadie se movió, pero a continuación me percaté de que estaba señalando el carro. Quería que me montara en él. Y por fin añadió—: No lo hagas más difícil de lo necesario, muchacho.

—¿Dónde está Lucian?

Acre profirió un bufido.

—¿Lucian? No eres demasiado listo, ¿verdad, muchacho?

Debería haberlo sabido. Tendría que habérmelo imaginado.

—¿Y cómo has logrado atrapar a Alta? —pregunté con una voz extrañamente firme.

—Con el mismo truco, por supuesto. Estaba más deseosa, si cabe, que tú.

El otro hombre soltó una aguda risita que me sobresaltó.

—Es toda una señorita, ¿no? Será una buena pieza cuando sea una mujer de verdad.

—No hables así de ella.

Acre chasqueó los dedos.

—Ya basta —espetó—. Sube al carro. Tenemos un largo camino por delante.

Miré a Alta y después me obligué a mirarlo de nuevo a él. Era un farol. No iban a hacerle más daño del que ya le habían hecho. Una cosa era una bofetada, pero cualquier otra cosa era un delito.

—Yo no voy a ninguna parte contigo.

—Ya pasó el momento de negociar, muchacho.

—No voy a ninguna parte.

—Wright, coge el saco. Gracias. —Acre alargó la mano hacia el carro y cogió un saco. Se me encogió el estómago—. Bien. Soy partidario de dar una segunda oportunidad a las personas. Voy a mostrarte hasta qué punto hablo en serio, pero como soy un hombre amable no voy a empezar con tu hermana. ¿Entiendes?

Algo se retorció dentro del saco. Acre lo levantó un poco más, de modo que yo pudiera ver el bulto, unas patas y un hocico tratando de escapar de la arpillera. Era un terrier. Profirió un quejido, un gemido desolado y solitario.

—No —dije—. ¡No, por favor!

—Nunca me imaginé que vería a uno de los Darnay anhelar algo, pero al parecer un cachorro ratonero grandote puede llegar a encariñarse con otro —adujo Acre—. Wright cogió a este animalejo ayer, cuando intentó lanzársele a los tobillos. ¿Cómo se llamaba? ¿Moncho?

—No.

—¿No? Tampoco es que importe demasiado. Wright, ¿quieres hacer los honores?

—No puedes... Por favor, no. Por favor.

Dejó caer el saco en el fondo del carro. Aterrizó con un golpe seco y un ladrido. Me abalancé hacia el carro, pero antes de que pudiera subirme por un lateral Acre me agarró el brazo y me lo retorció a la espalda.

—Vamos —le dijo al otro hombre.

—No. Mancha, no...

Wright se levantó, irguiéndose como un gigante. Tenía un garrote a su lado y lo cogió y lo sujetó con firmeza. Estaba sonriendo. Asintió mirando a Acre, como un músico a punto de comenzar una melodía, y acto seguido le asestó un golpe al saco. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Yo estaba gritando. Luché con tanta fuerza con Acre que estuvo a punto de soltarme el brazo, pero refunfuñó entre dientes y me arrastró hacia atrás. Acto seguido me vi de rodillas, vomitando, sin otra cosa en la mente que el lacerante dolor de hombro. Cuando desapareció, todo se quedó en silencio; no más golpes ni quejidos, nada salvo el débil susurro de la brisa. Tenía el rostro mojado. De la boca me colgaban hilillos de saliva y ácido gástrico.

—Levanta. —Un pie me golpeó en las costillas. Me dejó sin aire y durante un segundo me arrastré por el suelo, como si eso pudiera ayudarme a respirar. Después los pulmones empezaron a funcionar de nuevo y me puse en pie. Acre señaló el carro con la cabeza—. Sube.

Alargué el brazo, me apoyé en una rueda y noté como entumecido lo mucho que me temblaban las piernas. Mi cuerpo entero se sacudía, como si estuviera conduciendo por un camino accidentado. Di unos pasos hacia la parte trasera del carro, donde Wright había bajado el panel posterior. Me monté y me dejé caer en el asiento. A un lado estaba el saco ensangrentado, tan

inmóvil que llegué a pensar que se habían marcado un farol. Pero había oído ladrar a Mancha y su frenético y desgarrador quejido cuando reconoció mi voz.

El mundo se tornaba borroso cada vez que parpadeaba. Notaba las lágrimas corriéndome por la barbilla y empapándome el cuello de la camisa. No sentía que estuviera llorando, más bien que me estaba disolviendo por dentro.

—Bueno —dijo Acre, que suspiró como si lo peor ya hubiera pasado—. Nos vamos a casa de la encuadernadora y cuando llegemos le dirás que quieres olvidar todo lo relacionado con Lucian Darnay. Y después regresaremos y tu hermana y tú estaréis bien y nadie os molestará nunca más. ¿Qué tal suena?

Wright, que estaba enfrente de mí, me dedicó una espeluznante sonrisa pueril y le dio una palmadita a Alta en la rodilla.

—De acuerdo —dije.

—Y cuando ella te lo pregunte, le dices que lo haces porque tú quieres, ¿entendido? Di una sola palabra sobre nosotros o sobre los Darnay y... Bueno, como he dicho, no entremos en eso.

—Entendido.

Parecía que estaba a punto de añadir algo, pero azuzó al caballo y nos pusimos en marcha.

El sol ya había salido. El resplandor del cielo por el este era demasiado intenso para contemplarlo. Agaché la cabeza y fijé la mirada en las sombras, que se sacudían con el traqueteo. Un reguero rojo recorría las tablas del suelo, acercándose poco a poco a mis pies. Lo miré fijamente y me pregunté si después de todo esto recordaría a Mancha, o si me la arrebatarían junto con todo lo demás.

Adiós al resto. Cada recuerdo de Lucian; cada vez que me miró, sonrió o se rio de alguna broma; cada caricia; cada detalle de su cuerpo: sus manos huesudas y hábiles, su pecho, su nuca, la base de la columna; todo cuanto me dijo... «¿Te estás excitando, Farmer?... No te voy a defraudar... Confía en mí... Déjame... Sí.»

«Te amo.» Pero no era real.

Cerré los ojos con fuerza. Lo reviví todo una y otra vez antes de ver a la encuadernadora. Quizá pudiera conservar algo, tal vez una parte perdurara —no todo, pero sí algo—; por favor, al menos la primera vez que me besó, o la última vez, lo último que me dijo... Por favor, daría cualquier cosa por conservar únicamente ese recuerdo, pues si al final recordara podría revivirlo una y otra vez, y aunque jamás volviera a verlo por lo menos algo me quedaría.

—Contrólate, vas a inundar el carro —dijo Wright.

—No pasa nada —dijo Acre desde la parte de delante—. Si parece disgustado, ella no le hará demasiadas preguntas.

Inspiré hondo por la boca, saboreando la sal con la lengua. Una brizna de hierba se había pegado al reguero de sangre en el fondo del carro, entre la sombra de una pisada y un clavo medio

salido. El líquido se escurría por una rendija entre dos tablones y me imaginé un rosario de cuentas rojas en el camino. El aire tenía ya un olor diferente, impregnado de la intensa humedad de las marismas. Oí el canto lastimero y agudo de un pájaro. Los otros únicos sonidos eran el del traqueteo del carro y el paso veloz del caballo.

Tal vez podría mentir. O fingir. Quizá hubiera un modo de poder conservar mis recuerdos, como si mi corazón fuera un libro secreto hecho de músculos y sangre. Nadie lo sabría.

Ojalá supiera más sobre la encuadernación. Cuando pensaba en ello, lo único que se me venía a la cabeza era una especie de muerte; una puerta que había que atravesar, sin forma alguna de siquiera imaginar qué había al otro lado. Lucian era la única persona que me había hablado de ello.

Tenía que saber que acabarían haciéndome esto. Lucian lo sabía.

Recobré el aliento. Él detestaba ver libros. Porque, pensé, porque... Ese pensamiento era inmenso y nauseabundo. Porque esto era lo que le pasaba a todos los que había seducido. Esa palabra arraigó y me miró, negándose a retirarse. Sí, seducido. Me había seducido. Y sabía que esto ocurriría tarde o temprano; no había querido pensar en ello, pero sí, lo sabía. Era un riesgo que había estado dispuesto a correr.

Entrecerré los ojos y miré la parte del cielo más luminosa. Se me nubló la vista y me escocieron los ojos, pero nada cambió. Cuando volví la cabeza, vi un círculo negro flotando delante de mí, que le ocultaba la cara a Alta.

Eché mano de la nota que llevaba en el bolsillo. No tenía necesidad de leerla de nuevo, ni aunque hubiera podido librarme de ese sol negro parpadeando; la tenía grabada en la memoria. «Te amo.» No era verdad, pero tal vez sí fuera la letra de Lucian, después de todo. Alargué el brazo y la dejé caer por encima del lateral del carro. El viento se había calmado. Cuando la solté, cayó sin desplazarse y se quedó enganchada en una mata de juncos que había a un lado de la carretera.

Cuando doblamos la última curva y vi la casa, parecía que estuviera ardiendo. El sol se estaba poniendo a nuestra espalda y se reflejaba en cada ventana, como si fuera un fuego plano y cobrizo; demasiado estático para ser llamas reales, pero suficiente para que un hormigueo de desazón me recorriera la nuca, como si estuviera a punto de adentrarme en un incendio. Apreté los dientes y me negué a mirar. En vez de eso, observé a Alta, que estaba encorvada en un rincón del carro, con los ojos cerrados. Se había despertado aturdida hacía unas horas y había preguntado dónde estábamos y adónde íbamos, pero le dijeron que no protestara ni intentara escapar. No sabía si sentía dolor o si era porque tenía miedo. Wright le dio agua y bebió unos tragos, evitando mi mirada. Hubo un momento, después de un buen rato, que murmuró: «Em, ¿estás bien? Quizá sea lo

mejor», pero yo no respondí. No le dije qué había dentro del saco ensangrentado situado a nuestros pies ni ella preguntó.

El carro abandonó la carretera principal y tomó un camino de tierra. Sentí en la cara el cálido soplo de la brisa, impregnado de olor a barro. Me agarré al lateral del carro y las astillas se me clavaron en la palma. El anillo de Lucian me golpeaba el pecho bajo la camisa con cada sacudida. Podía salir de este pozo, como un minero que sale a la luz del sol. Empezar de cero. Enamorarme de otra persona. Volvería a ser inocente. Sería la primera vez.

El carro se detuvo. La bilis me ascendió por la garganta. Tragué con fuerza para combatir las ganas de vomitar.

—Vamos.

No podía moverme. No podía pensar.

—Llama a la puerta —dijo Acre, con suma paciencia—. Dile que necesitas que te encuaderne. Te preguntará si estás seguro y qué necesitas olvidar. Entonces le hablas de Lucian. No es difícil. —Se metió la mano en el bolsillo y me dio una carta—. Si te pide dinero, le das esto.

Lo cogí, no sé cómo. «Señor Piers Darnay, propietario de fábrica.» Me miré la otra mano, aferrada al lateral del carro, y me pregunté cómo iba a conseguir soltarla.

—¿Em? Por favor.

Miré a Alta. Wright le estaba clavando un dedo en un lado del cuello. Me brindó otra amplia y pueril sonrisa.

Me levanté. Tuve que pensar en ello paso a paso; si lo hacía así podía soportarlo. Me prometí que después del paso siguiente podría cambiar de opinión; solo uno más, y otro más...

De repente estaba en el umbral de la puerta tirando de la campana, que emitió un sonido desafinado.

La puerta se abrió al cabo de un prolongado momento.

—¿Sí? —Era una anciana y tenía aspecto de bruja.

—Necesito que me encuadernen —dije, como si estuviera recitando la lección. Miré hacia el oscuro vestíbulo recubierto de madera que se abría a su espalda, hacia la escalera, hacia las puertas que se abrían en todas direcciones. En el interior reinaba la penumbra, una celosía proyectada en el suelo por la luz rojiza y radiante del sol era la única iluminación. Tenía las mismas tonalidades de las llamas y parecía un barniz ígneo sobre la madera vieja, pulida y estática. Fijé los ojos ahí porque no quería mirarla a la cara—. Necesito olvidar.

—¿Estás seguro? ¿Cómo te llamas, muchacho?

Respondí. Debí de decir la verdad, pues no tuve que pensarlo. La luz refulgía sobre el entarimado. Afuera estaban el sol, el cielo y el ocaso. Me aferré a ese pensamiento.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Ella me cogió del brazo y me condujo por un pasillo hasta un taller. La acompañé, insensible de pies a cabeza. Había una puerta y la abrió con llave. Al otro

lado se encontraba una silenciosa habitación, en cuya mesa se reflejaban los últimos rayos de sol. Su rostro mostraba comprensión, como si pudiera contarle todo y ella fuera a entenderlo.

—Aguarda —dijo.

Esperamos un largo rato, hasta que el sol se desplazó hasta la pared del fondo, debilitándose y dotando de un tono rojizo las vetas de las tablas del suelo; hasta que, muy a mi pesar, sentí que el pulso se me ralentizaba y que el agotamiento comenzaba a aflojar los nudos de los hilos que impedían que me deshiciera. Entonces ella acercó por fin la mano para tocarme la manga y yo no me aparté.

—Cuéntame —dijo.

—Lucian —dije—. Las ruinas. No deberíamos haber ido allí.

La oscuridad se cernió sobre mí desde la nada y me hizo pedazos.

TERCERA PARTE



XX

A Emmett Farmer se le abren los ojos como platos. Cae de rodillas y reabsorbe sus recuerdos, como un hombre obligado a beber agua hasta que se le desborde el estómago.

El olor a cuero quemado es nauseabundo. El humo que sale de la chimenea hace que me escuezan los ojos. El tirador se me resbala de los dedos. No recuerdo si he llamado o no. No puedo moverme. Nunca he visto nada semejante. Tiene el rostro deformado. Hinchado. Sus manos se cierran en el aire con impotencia, como si fueran garras. Se atraganta y balbucea igual que un saco lleno de gatitos ahogándose.

No me compadezco de él. La culpa es suya, ¿no es así? Él arrojó el libro al fuego, no yo. Tendría que haber sabido qué iba a ocurrir. Y ahora está a cuatro patas, arañando y vomitando, destrozando la alfombra persa de mi padre. Es problema suyo, él se lo ha buscado. Pero al mismo tiempo no soy capaz de apartar la vista.

«Lucian», dice. ¿O no? Un balbuceo, una vocal y un siseo, deformados por su rictus. Quizá oiga mi nombre por lo mismo que oímos una melodía en el viento: porque deseamos hallar sentido en cosas que no lo tienen.

O bien está pidiendo ayuda. Pero yo no puedo ayudarlo. Aunque pudiera armarme de valor para tocarlo, no hay nada que pueda hacer. Y si está pidiendo ayuda, debería llamarme Darnay. Mejor, señor Darnay. ¿Quién demonios se cree que es para llamarme Lucian? ¿O para haberme dicho que lo sentía con esa expresión en los ojos? Casi es mejor verlo así.

Pronuncia mi nombre de nuevo, esta vez de manera clara. Y, ¿cómo se atreve?, me tiende la mano, sosteniéndose como puede de rodillas. Es repugnante; igual que un mendigo, solo que peor por su forma de vestir. Un petimetre, como De Havilland. Un debilucho. No, no estaba débil cuando hemos forcejeado antes en el salón. De mente débil, más bien. Cuando me miró vi algo en sus ojos, como si tuviera miedo. Cobarde.

Retrocedo despacio. El corazón me late con la fuerza de un motor. Si vuelve a intentar tocarme le voy a propinar una patada, como a un perro. Sale humo de la chimenea.

Él tose. No, solloza. Tiene el rostro húmedo. Le caen hilillos de saliva de la boca abierta. Agacha la cabeza y se convulsiona, hasta que la bilis salpica la alfombra de mi padre. Me tambaleo hacia un lado. Sigue de pie, imbécil.

El libro casi ha desaparecido. Arde más deprisa de lo que cabría esperar, como si el papel no fuera real del todo. Pero el humo es denso y oscuro y se me agarra a la garganta. Duele. Trago

saliva y vuelvo a tragar. Me limpio la cara con el holgado puño de mi camisa y la tela acaba sucia y mojada. La ira se apodera de mí. No tienen derecho a hacerme esto —Emmett Farmer no tiene derecho—. No tiene derecho a infectarme con su sucia magia. Es encuadernador y se merece lo que le pase, pero yo soy inocente. Esto nada tiene que ver conmigo. Esta tristeza vomitiva que se está colando dentro de mí y envolviéndome los pulmones de ceniza pegajosa no es mía. No quiero sobre mi piel la más mínima mancha de los recuerdos de Emmett Farmer.

Las últimas llamaradas devoran el libro. Acto seguido, todo acaba. Hay un montón de ceniza sobre las brasas, páginas grises y polvorientas como las láminas de una seta. La piel ha desaparecido, encogiéndose y retorciéndose en quebradizas tiras. El humo empieza a despejarse.

—Lucian —dice Emmett Farmer una vez más, que intenta ponerse en pie. Trata de agarrarse a la mesa para mantener el equilibrio y falla; está parpadeando de forma incontrolable—. Por favor, Lucian...

Pone los ojos en blanco. Durante un momento tiene la mirada vacía. Después cae hacia delante y se golpea la mandíbula con el suelo. Le sale líquido de la boca. Todavía respira, de modo que no está muerto.

Silencio.

¿Qué hago? Ahora que Farmer no se mueve, la idea de tocarlo no resulta tan espantosa. Podría comprobar si tiene pulso, pero veo que las costillas le suben y bajan. O podría darle la vuelta para que no se ahogue con su propio vómito. Pero ya está boca abajo y los espasmos parecen haber cesado. Hincó una rodilla a su lado y acerco la mano dudoso para tocarle el hombro. No sé qué voy a hacer. Tal vez averiguar si de verdad está inconsciente. Pero tan pronto le rozo la ropa con los nudillos, mi cuerpo se estremece de calor. Me aparto.

Tengo que controlarme antes de que alguien venga.

Me pongo en pie como puedo y vacío los últimos restos de brandi en mi copa. La licorera golpea el borde y suena como dientes castañeteando. Me derramo un poco de brandi en el cuello mientras bebo. El líquido me baja por la garganta y se me mezcla con el sudor frío del pecho. Las flores rojas de las paredes se asemejan a bocas, que se abren cada vez más, tras el persistente velo de humo. Cómo se burlaría mi padre si me viera temblar de esta manera. He de recobrar la compostura.

Tengo un truco que utilizo cada vez más. En mi mente me imagino una pared gris que se eleva por encima de mí, vasta y uniforme, tan lisa que engaña al sentido de la perspectiva. Cierro los ojos y me quedo delante de ella. Me la imagino elevándose y doblándose sobre sí misma, de forma que me veo encerrado en una burbuja gris infinita. Estoy solo. Nada aquí me hace daño. Nada puede atravesarla.

Cuando abro los ojos de nuevo, los temblores han cesado. La habitación vuelve a cobrar nitidez, silenciosa y colmada de lujo: terciopelo, cuero y ébano. Un reloj de pared antiguo, perros

de porcelana sobre la repisa de la chimenea, una vitrina con objetos curiosos... El estudio de un caballero, igual que se ven en las fotografías. Sin contar con el cuerpo postrado junto a la chimenea.

Me acerco al cuadro acristalado de un oscuro paisaje montañoso anónimo y miro el cristal. Mi reflejo es espantoso, pero al fin puedo mirarme a los ojos. Me aparto el cabello sudado de la cara. Me enderezo la corbata subiéndome el nudo, de forma que casi oculta la mancha de humedad del cuello de la camisa. Apesto a brandi, pero eso no es nada nuevo.

Por fin toco la campanilla. Me siento en la butaca de cuero frente a la chimenea y apoyo un tobillo sobre la rodilla de la otra pierna. Estoy relajado. Estoy al mando. No va a temblarme la voz cuando venga Betty a preguntar qué es lo que deseo. Le ordenaré que me traiga más brandi y después le pediré con educación que tenga la bondad de retirar al encuadernador de la alfombra y deshacerse de él de forma apropiada. No tengo ni idea de cuál es esa forma; si me pregunta, me encogeré de hombros y le sugeriré que le pregunte a otra persona.

Estoy resuelto a no quedarme mirando el cuerpo de Farmer. Alzo la mirada y la centro en la mesa ovalada que mi padre utiliza como escritorio. Los libros que Farmer ha traído para él están esparcidos por doquier. Resultará evidente que los he hojeado en busca de algo. No sé si se enfurecerá o no. Eso es lo peor de mi padre, no saber cómo va a reaccionar. Si se enfurece...

Tomo aire. Me imagino el muro gris rodeándome. Anodino. Vacío.

La puerta se abre. El muro gris me rodea de tal modo que consigo no sobresaltarme. Me aclaro la garganta.

—Recoge este desorden, ¿quieres?

No hay respuesta. Un paso. No son los andares de Betty.

La pared gris se desvanece y me deja en un mundo lleno de aristas afiladas y náuseas. Me giro e intento levantarme. La cabeza me da vueltas y me muerdo la lengua para intentar centrarme. Qué patético.

Mi padre me dirige una leve sonrisa que cualquiera que no lo conozca consideraría ausente.

—Lo siento, pensaba que eras una de las criadas —digo.

—La diferencia entre la victoria y el fracaso puede ser una simple palabra mal dicha. Presta atención, imbécil.

Siento que el calor me invade el rostro. Aprieto los dientes.

Mi padre rodea las oscuras salpicaduras de vómito y empuja a Emmett Farmer con el pie.

—Menuda carnicería. Espero que no seas tú el culpable.

—¡No! Yo...

Él levanta un dedo y guardo silencio.

—Cuéntame los hechos más relevantes de la forma más concisa.

Trago saliva. Soy incapaz de encontrar las palabras para contarle lo que acaba de suceder. Mis

hechos relevantes —la forma de mirarme de Farmer cuando se ha desplomado, su manera de pronunciar mi nombre, el horror de ver a un hombre tragarse por la fuerza una parte de su propia vida...— no son los que mi padre desea conocer. Él enarca una ceja.

—Tómate tu tiempo. —Quiere decir todo lo contrario.

—Se ha desplomado.

Miro el fuego. El libro había desaparecido, o casi, pues es imposible de distinguir en el lecho de leña incandescente. ¿Por qué no se lo quiero decir a mi padre?

Él hace una espiral con el dedo en vertical para decirme que no he terminado.

—No sé qué ha sucedido. Estaba a punto de marcharse y entonces ha vomitado en la alfombra.

—Por decirlo de manera elegante. ¿Es todo?

Sabe que no lo es. Aparto la mirada y me encojo de hombros, pues si lo miro de nuevo se dará cuenta de que le estoy desafiando a mi manera cobarde y particular. Pero no sé muy bien cuánto tiempo podré soportar el silencio. Ojalá alguien recogiera a Farmer del suelo.

Oigo unos pasos veloces.

—Oh, lo lamento muchísimo, señor, no imaginaba... —Cuando me doy la vuelta, Betty le hace una reverencia a mi padre y se afana por colocarse de nuevo un mechón de cabello bajo la cofia. Eso es algo que no haría por mí—. ¿Desea que...? —Desvía la mirada hacia el cuerpo tendido en el suelo y sofoca un grito. Es evidente que piensa que Farmer está muerto.

Mi padre no se molesta en mirarla.

—Ocúpate de que lo lleven de vuelta al taller de De Havilland. Allí lo atenderán.

—Sí, señor.

No entiende qué está pasando, pero le tiene demasiado miedo a mi padre, así que le brinda otra reverencia y se escabulle por la puerta. La oímos correr por el pasillo y levantar la voz cuando se aleja lo suficiente para que no la oigamos.

Nos mantenemos en silencio hasta que llegan el cochero y un lacayo, que huelen a tabaco y a caballo. Se detienen en la puerta cuando ven a mi padre, pero él les indica que entren y juntos se ocupan de mover a Farmer. El cochero se lo carga al hombro. Farmer profiere un quejido y vomita otra vez en el suelo. No reacciono. Demostrar asco o compasión es poco viril. Mi padre le murmura órdenes al lacayo, que agarra la bolsa de papeles de la mesa. Después se marchan por fin.

Mi padre se ríe de manera inesperada. Se sienta en la butaca situada frente a la chimenea y estira las piernas.

—Ay, por Dios, por Dios. Tan gallardo que parecía al llegar. Apuesto, incluso, de un modo tosco. Te he visto mirarlo.

No respondo. Tiene razón. Farmer era apuesto. Antes de convertirse en una obscenidad.

—Estos encuadernadores son todos unos debiluchos. De Havilland no es mejor. Tenía grandes

esperanzas puestas en este, pero parece que está hecho de la misma pasta.

No digo nada. Me gustaría ser invisible.

—Están mal acostumbrados. —Me hace señas para que eche otro leño al fuego—. Fomentan tener una complexión delicada, como si la debilidad fuera una medalla de honor. Son todos unos débiles. De Havilland se denomina artista, pero en el fondo un encuadernador es meramente el recto a través del cual se da otra forma a los excrementos. —Se inclina hacia delante para echar un vistazo a los libros desperdigados sobre la mesa, pero están demasiado lejos para alcanzarlos con la mano y no se levanta.

Doy un minúsculo paso hacia el aparador donde están las licoreras. Él ni siquiera me mira.

—Ya has bebido suficiente —dice, hiriente como un látigo—. Siéntate.

Trago saliva para paliar la sequedad de la garganta, que necesita alcohol para suavizarse. En su lugar, me imagino una niebla grisácea que se va tornando más espesa mientras arrastro una silla del lateral de la mesa al centro de la habitación. Me siento. ¿Es obediencia? ¿O acaso provocación?

Silencio.

—Al menos terminó antes de sucumbir.

—¿Terminó con quién?

—Con Nell. —Mi padre me observa, sonriendo—. Mi querido Lucian, no estés tan tenso. Intenta fingir que disfrutas de la compañía de tu anciano padre.

—Si tanto los desprecias... —Me freno.

—¿Sí? Relájate, por Dios bendito. Parece que acabes de pillarte la mano con la correa de un ventilador. —Se echa a reír. Eso les ocurre cada pocos meses a los hombres que trabajan en sus fábricas, pierden un brazo. Y el empleo, como es natural.

—A los encuadernadores. —Todo lo sucedido hoy ha aflojado mi odio, como si fuera un esputo que necesito expulsar—. Si piensas que son parásitos, ¿por qué les pagas? Si son unos desgraciados, ¿por qué coleccionas su porquería?

Deseo que se enfurezca, a pesar de tenerle miedo. Si se enfureciera, sería un punto a mi favor. Pero no pasa.

—Razón no te falta, muchacho. Ha sido poco gentil por mi parte emplear esa metáfora.

Se recuesta y coloca los brazos detrás de la cabeza. Posa la mirada en la vitrina junto a la ventana. Si no lo conoces, podrías pensar que está sonriendo al contemplar el huevo de avestruz y las delicadas piezas de marfil talladas.

Vuelvo la cabeza con brusquedad y fijo la mirada en la chimenea. El fuego casi se ha apagado. Las ascuas están cubiertas por una gruesa capa de cenizas grisáceas. Una tira de piel retorcida y chamuscada se ha colado entre la rejilla de la chimenea. Las llamas han devorado la mitad de las palabras, pero todavía pueden verse unas cuantas letras: «METT MER». Hace menos de dos

horas nunca había oído hablar de Emmett Farmer y ahora, con solo ver la mitad de su nombre, me estremezco. Cruzo los brazos sobre el pecho.

Mi padre se remueve en su butaca. Sin necesidad de mirar, sé que está dirigiendo los ojos hacia mí.

—¿Cuáles han sido esta vez? —pregunto. Su sonrisa permanece inalterable—. Los recuerdos de Nell. Dime, ¿cambias tu *modus operandi*? ¿Alternas la seducción, el chantaje y la violación? —Se me quiebra la voz. Qué fácil me resulta imaginármelo. Si puedo verlo todo con tanta claridad, ¿significa eso que soy como él?

—Lucian, ya sabes que mi biblioteca está a tu disposición. Siempre que sientas curiosidad...

Mi padre disfruta con eso. Le encanta saber que yo lo sé.

La luz de gas fluctúa y crea una ilusión óptica, de forma que las cadenas de escayola en relieve del techo oscilan y se sacuden. Cuando la llamarada disminuye, la estancia parece más oscura y pequeña que antes.

El reloj da la hora. Es más temprano de lo que pensaba. Mi padre se despereza e inclina la cabeza hacia atrás, girándola de un lado a otro. Me pongo de pie. Él me observa, pero no articula palabra.

—Buenas noches.

—Buenas noches. —Bosteza—. Ah, Lucian.

—¿Sí?

—Si ves a Nell dile que tiene un día para limpiar la alfombra o que se lo descontaré de su salario.

Alguien ha encendido las lámparas de mi dormitorio. Además, el fuego arde en la chimenea. Me coloco lo más cerca posible de la lumbre. Al principio estoy tiritando. Después, de repente, tengo demasiado calor y rompo a sudar. Me vuelvo hacia la ventana y descorro las cortinas. Una corriente de aire fría y húmeda me seca la humedad de la frente. La lluvia repica contra la ventana, como si estuviera desesperada por colarse. Una oscuridad profunda y borrosa se extiende más allá de mi reflejo. Las dos lámparas situadas a cada lado de la entrada propagan su luz en medio de un velo de lluvia.

Me vuelvo de nuevo hacia la habitación. No se parece al estudio de mi padre. Está casi vacía: una cama, una butaca, una cómoda y un baúl. Pero, a la luz de la lámpara, las paredes blancas y desnudas tienen un tono arenisca, con algunas leves sombras. Todo lo demás está teñido por los colores de las llamas. La oscuridad se adhiere a los bordes del mobiliario. Mi colcha reluce como la seda. Aquí me siento a salvo.

Vuelvo a tener frío. Me abrigo con un batín y acerco la butaca a la chimenea. Me siento ahí

durante un momento, contemplando la lumbre. Pero no puedo aguantar demasiado. Me levanto de nuevo y voy al baúl situado a los pies de la cama. Debajo de las mantas he improvisado un compartimento secreto. La botella de brandi está medio llena, pero no es eso lo que busco. Saco el otro bulto y me siento otra vez para desenvolverlo.

La tela se cae al suelo. La lámpara está demasiado alejada para leer al amor de su luz, pero no quiero levantarme. De todas formas, casi me sé el libro de memoria.

Recuerdos de la infancia de William Langland, hacendado.

Mi padre me lo regaló por mi duodécimo cumpleaños. Fue el primer libro que leí de principio a fin. Por supuesto, había visto libros con anterioridad. En la escuela los había. Los maestros nos repetían sin cesar los valiosos que eran. De inestimable valor, decían. A uno de mis amigos le pegaron por manchar uno con tinta. Pero los sujetos eran eruditos viejos y seniles, desesperados por ganar unos pocos peniques antes de fallecer. ¿A quién le importaba una vida dedicada a enseñar geometría, a experimentar con prismas o a la apicultura? La biblioteca era el lugar al que uno iba a esconderse, a llorar o, más tarde, a mantener rápidos y bruscos encuentros amorosos. Nadie iba allí a leer. Al atravesar la puerta se oía un levísimo crujido de libros en las estanterías que te indicaba que te ocuparas de tus asuntos. Estaban ahí para impresionar a los padres, igual que la vidriera de las ventanas o el nuevo pabellón de críquet.

William Langland era diferente. Ese día... Mi madre convertía cada cumpleaños en todo un acontecimiento y me mimaba con un frágil entusiasmo que podía tornarse en aspereza en un instante. Era ella quien nos hacía regalos, no mi padre. Ese año me habían regalado un bate de críquet, un florete de esgrima o lo que quiera que fuera, y le di las gracias por el presente de la manera más efusiva posible. Había disfrutado de mi té de cumpleaños y de una tarta con adornos de color verde hierba, que hubo que retirar antes de que nos la comiéramos. Había niñas con vestidos de volantes y otros niños como yo, ataviados con trajes Norfolk, y sus niñeras, que llenaban la habitación y hacían que mi madre apretara los labios con desagrado. Comenzó a dolerme la cabeza por comer tanto azúcar. Cuando los demás niños empezaron a marcharse, yo intenté escabullirme al jardín, pero mi madre me llamó de inmediato una vez más.

—A tu padre le gustaría verte en su estudio —dijo con el tono anodino e indiferente que siempre utilizaba cuando hablaba de él.

Pensé que habría hecho algo malo. Pero cuando fui a verlo, me alborotó el cabello y me puso un paquete en las manos.

Me observó mientras lo desenvolvía. El papel era azul marino con estampados en dorado. Cuando lo retiré, no supe qué decir. No sabía qué sentía.

—Gracias —dije al fin, y lo abrí, impaciente por apartar la mirada de los ojos de mi padre.

La portada era una ilustración a color. Un bosque en una tarde de otoño, con el sol bajo sobre un muro de piedra cubierto de musgo y helechos teñidos de dorado. Olí el dulce aroma a manzana

de la refrescante tierra y el húmedo sotobosque. Durante un segundo fue como estar ahí y no en el estudio de mi padre.

Creo que volví a darle las gracias. Me parece que él me enseñó la portadilla y los sellos que confirmaban que Langland había dado su consentimiento y que el librero tenía licencia. Creo que me dijo cuánto había costado. Nada de eso importaba. Subí y lo leí casi de principio a fin. Estaba tan enfrascado en la lectura que no oí la llamada de la cena; ni vi a Abigail cuando entró en el cuarto de las niñas para encender las lámparas. Me dejé arrastrar por la fluida marea de la memoria: amplios campos y profundos bosques, una cabaña en un árbol, una nutria como mascota, una aventura en una antigua cantera... Una madre regordeta y divertida, un padre que sabía cabalgar y era cazador furtivo, tres hermanos mayores, el hijo leal de un granjero, en el que siempre se podía confiar si tenías un apuro... Cuando la niñera me lo quitó a la hora de acostarme, parpadeé y supe dónde estaba y quién era.

¿Cuántas veces lo he releído desde entonces? Soy capaz de cerrar los ojos y ver el pueblo de Langland desde el empinado sendero que ascendía hasta la cima de la colina. Puedo sentir el zumbido de la caliza en la espalda, en la escasa hierba. Puedo oler el tomillo silvestre y la tierra tibia por el sol.

Al final del libro estaba casado. Esa siempre era la parte que menos me gustaba.

Si pudiera expresarle al buen lector una mínima parte de la dicha que me inundó cuando mi queridísima Agnes me sonrió, con su corona de flores, daría por bueno mi sacrificio...

Pero ahora acerco la mano al fuego y me imagino el roce de los pétalos de las flores naranjas al colarse entre mis dedos.

Qué imbécil he sido. Llegué a conocer esos recuerdos tan bien que podrían haber sido míos, pero nunca pensé en el propio Langland ni en cómo llegó a encuadernarse. Los recuerdos eran de hacía años y supuse que ya habría muerto, pero en realidad no lo entendía. No hasta esa noche de hacía solo un año. Menos de un año, cuando era el preferido de mi padre.

Fue el pasado otoño, más o menos una semana antes de mi examen de admisión. Era la última hora de la tarde y empezaba a anochecer. Yo estaba en el estudio de mi padre después de terminar una clase. El doctor Ledbury acababa de marcharse y todavía oía su voz en el vestíbulo mientras Abigail le entregaba su sombrero. Supongo que yo debía de estar pensando en el texto que habíamos estado traduciendo. Paseé la mirada de forma distraída por la estancia hacia la vitrina de curiosidades de mi padre. Las plumas de pavo real se pegaban al cristal, como los helechos de un jardín botánico. Una de las criadas debía de haber movido la daga oriental cuando limpió el polvo y estaba torcida. Me levanté e intenté abrir la puerta, por si acaso no estaba cerrada con llave.

Sentí que la vitrina entera se me venía encima.

Noté cierta resistencia antes de que el burlete ignífugo cediera. Detrás de la vitrina había una estantería encastrada en la pared. Contemplé las hileras de libros. La mayoría eran ejemplares baratos encuadernados en tela, no como los de clase. Los nombres me provocaron cierta agitación, como si me resultaran familiares: *Marianne Smith*, *Mary Fletcher*, *Abigail Turner*... Supongo que tendría que haberlos reconocido, pero nunca había oído los apellidos del servicio. Y no creo que jamás hubiera visto un libro escrito por una mujer. Quizá por eso cogí uno del estante. Me senté en el brazo de la butaca y me incliné hacia un lado para subir la intensidad de la luz de la lámpara de aceite.

No recuerdo cuánto me llevó darme cuenta de lo que eran.

Cuando mi padre volvió a casa, yo estaba en su butaca, contemplando las cenizas de la lumbre. Había que recortar la mecha de la lámpara, por lo que la camisa estaba cubierta de tizne.

Abigail le abrió la puerta. Lo imaginé rozándole el brazo —un contacto mínimo, como un susurro— cuando ella le cogió el abrigo. Mi padre murmuró algo y ella se rio.

Estaba silbando una cancioncilla cuando entró en el estudio. Se interrumpió durante un segundo al verme. A continuación, encendió el gas y, silbando aún, se volvió hacia mí, iluminado por la repentina luz.

—Veo que has descubierto mi biblioteca —dijo.

Fue la primera vez que pensé que podría luchar con él y ganar. Me equivocaba. Cuando le amenacé con contarle al *Heraldo de Castleford*, él se limitó a encogerse de hombros; y cuando le amenacé con contárselo a mi madre, enarcó una ceja y dijo: «Mi querido muchacho, tu madre tiene un don especial para no ver lo que no le conviene. Pero si piensas que su libro quedaría bien junto al resto...».

Jamás hice mi examen de admisión. Tres días después me mandaron a la casa de mi tío en el campo.

Me pongo de pie. *William Langland* se cae al suelo, pero no lo recojo. No quiero pensar en esos largos meses en que la soledad me descomponía por dentro. Campos blancos por la nieve, oscuros bosques, caminatas eternas sin ver ni una sola alma, y si veía alguna era solo el atisbo de un furtivo, tapado hasta los ojos, que se escabullía tan rápido que no estaba seguro de si me lo había imaginado. La cena del Día de la Transición con mi tío, en la que acabó borracho antes de que retiraran la sopa. Una primavera lluviosa, el mundo reverdeciendo. Un verano tórrido. Tardes que pasaban tan despacio como lo hacía el sol por mi ventana. Medio año tan improductivo como la porquería que encontré en el fondo de mi baúl cuando volví a casa: un recibo de un joyero rasgado, unas plumas de faisán, un huevo de madera roto con flores pintadas...

Olvídalo. Me agaché y recogí el libro. Pasé la mano por la tapa. Cuando me marché, le dije a mi padre que lo había quemado. Quería que viera que no era como él. Pero no lo hice. He estado a punto de arrojarlo al fuego, pero no soportaría hacerlo. William Langland está muerto y de nada le serviría, aunque no es esa la razón. Si estuviera aquí, le compraría sus recuerdos a cualquier precio. Le quitaría su infancia en un abrir y cerrar de ojos. No vacilaría. Y eso hace que sea tan malo como mi padre. Peor, pues Langland debió de estar desesperado. De otro modo, ¿cómo habría elegido renunciar a esos recuerdos?

Dejo el libro en el vano de la ventana. La lluvia azota el cristal. A lo lejos, entre los árboles desnudos, el cielo está teñido de naranja. Otro incendio en una fábrica al otro extremo de Castleford. No es una de las nuestras. Lo más probable es que la lluvia lo apague. Si no es así, la dirección del viento está a nuestro favor.

Ese mismo hollín se adhiere a las ventanas del taller de encuadernación de De Havilland. Ahí afuera, en algún lugar, Emmett Farmer respira el mismo olor a humo y a piedra mojada.

¿Cuántas personas hay encuadernadas? ¿Cuántos recuerdos descansan en cámaras acorazadas, están encerrados en bibliotecas secretas o son leídos en este preciso momento? ¿Cuántas personas van por ahí sin saber que les falta media vida?

Me desabrocho el botón superior del cuello y tiro hasta que el corchete se me clava en la nuca. Pero la opresión que siento en la garganta no es por la camisa.

Me aparto de la ventana. Debería acostarme, pero no lo hago.

He subido tres tramos de escalera. Estoy en el helado descansillo de los dormitorios de la buhardilla. La lluvia tamborilea en el tejado y huele a moho. No sé qué hago aquí. La mano con que sujeto la lámpara me tiembla tanto que las sombras dan saltos, como si fueran pulgas.

—¿Nell?

Nadie responde. Llamo a una puerta y después a otra.

—Nell. ¡Nell!

Oigo el chirrido metálico del somier de una cama. Ella abre la puerta. Está tan pálida que casi está blanca.

—¿Sí, señor? Lo siento, señor.

—¿Puedo pasar?

Ella parpadea. Tiene unos ojos serenos, cristalinos y azul claro, el mismo tono que mis hermanas utilizan en exceso en sus acuarelas. Lleva puesta una bata. El borde que le roza el cuello está deshilachado por el uso.

—Déjame entrar. No voy a tardar mucho.

Ella retrocede y se escabulle al fondo del cuarto. La ventana no tiene cortinas y veo mi reflejo,

tan sólido como yo mismo. Busco a mi alrededor un lugar en el que dejar la lámpara, pero su uniforme está colgado en el respaldo de la silla y no hay ninguna otra superficie más que el suelo. Es un cuarto estrecho y feo. Me recuerda a mi habitación en casa de mi tío, solo que más pequeña y sin vistas.

Ella se sienta en el borde de la cama y se pone a hacer pliegues con el bajo de la raída manta. Me aclaro la garganta.

—Nell.

—Estoy bien, señor, de veras. Siento haber enfermado. —Levanta la mirada hacia mí. No dice que es tarde ni que la he despertado.

Se me forma un nudo en la garganta.

—¿Puedes confiar en mí, Nell? —Me oigo decir—. Quiero contarte una cosa. No va a ser fácil de creer.

—Por supuesto, señor.

—Tienes que confiar en mí. Quiero que recojas tus cosas esta noche. Ten tus cosas listas para marcharte. Te daré algo de dinero. Puedes marcharte a escondidas mañana temprano.

—¿Con usted, señor?

—¡No! —Aparto la mirada. El viento azota la ventana. El agua de la lluvia gotea encima del alféizar. Un hilillo cristalino de agua chorrea por la pared y forma una mancha negra en las tablas del suelo—. No, conmigo no. Te buscaré un lugar donde quedarte unos días. Después puedes irte a casa. ¿Entiendes?

—Pero, señor... —Sus dedos se agarran a la colcha—. Prometo que no volveré a caer enferma.

—No es un castigo. Es por tu propia seguridad. Quiero protegerte. —Digo muy en serio cada palabra. Pero en esa habitación pequeña y espartana aquello suena tan pretencioso que me da escalofríos. Mantengo la mirada fija en ese charco de agua que se extiende por el suelo de madera. Hay otra gotera a mi espalda. El viento les arranca un repiqueteo sordo a las tejas de pizarra—. Por favor, confía en mí, Nell. Aquí estás en peligro. Tarde o temprano te ocurrirán cosas malas y yo no deseo eso.

—¿Cosas malas? —Pellizca el colchón, sacando varias briznas de heno a través del cutí.

Tomo aire. Debería haber pensado qué decir cuando estaba frente a su puerta. Ahora no acuden a mí las palabras adecuadas. Ninguna palabra.

La puerta se abre.

Durante un instante no lo oigo. Cuando Nell se pone de pie me doy cuenta de lo que eso significa. Realiza una reverencia y se le engancha el pie en la cama.

No me doy la vuelta. El silencio se alarga una eternidad, segundo a segundo. Es como ese instante previo al latigazo de un cinturón de piel, el silencio antes del dolor.

—Adelante, pues —dice mi padre—. Cuéntaselo.

XXI

Una ráfaga de viento reverbera en la chimenea. El agua salpica de repente el suelo y a continuación el viento se calla y el goteo cesa. El cuarto parece más oscuro de lo que estaba, humilde, estrecho y frágil en plena noche invernal.

Mi padre pasa por mi lado y me llega su olor a jabón y a seda. Por un momento pienso que va a tocar a Nell o incluso a sentarse a su lado sobre la cama deshecha. Pero no lo hace. Se queda delante de mí, donde puede vernos a ambos al mismo tiempo.

Nell pasea la mirada entre mi padre y yo. Sea lo que sea lo que está pasando, sabe que es la causante. Cierro los ojos, pero sigo viendo su rostro.

—Cuéntaselo —repite mi padre con voz suave. De niño era tan amable conmigo después de propinarme una azotaina que casi merecía la pena—. No pasa nada, Lucian. No te detengas por mí. Cuéntale lo que he hecho.

—Yo... —Mi voz me traiciona. Trago saliva con fuerza. Percibo el sabor a hollín y a alcohol en el fondo de la lengua.

—Por favor, señor Darnay, yo no... El señor Lucian me ha pedido que lo dejara entrar, ha dicho que solo estaría un momento. ¡Lo prometo, señor!

—No pasa nada, Nell. Lucian, cuanto antes hables, antes terminará esto.

Ignoro a qué está jugando. Solo sé que, de alguna manera, voy a perder.

—Nell. —Me obligo a mirarla. Pero ella se muerde el labio inferior y no me mira a los ojos. No es tan tonta como para pensar que es ella quien importa. Se trata de mi padre y de mí—. Escucha. Esta tarde, un encuadernador ha hecho un libro con tus... Te ha encuadernado. ¿Entiendes lo que eso representa?

—No, señor, no ha sido así. He fregado el suelo y después me he puesto a tiritar.

—Tú no lo recuerdas. Es evidente, porque te han quitado los recuerdos.

—Pero... —Se interrumpe.

Quiero pensar que es porque me cree. Se está mordisqueando una escamita de piel que tiene en una comisura de la boca y empieza a tirar. Contempla el suelo con resolución mientras tira con los dedos de las escamas. La escayola de la pared situada a su espalda también está escamada, tan áspera y desconchada como sus labios.

—Lo que no recuerdas es que mi padre... —Soy muy consciente de lo cerca que él está de mí.

—Adelante, Lucian.

Me aclaro la garganta.

—Mi padre... —No sale nada. Es igual que tener ganas de vomitar y que solo salgan arcadas.

Mi padre se sienta junto a Nell. Ella lo mira como si pudiera rescatarla de mí. Sonríe y le aparta de la cara un mechón de cabello. A Nell le sangra la boca. Una gota se le adhiere al labio inferior igual que si fuera un pétalo rojo oscuro.

—Te tomé, Nell —dice con infinita suavidad—. He estado subiendo noche tras noche para aprovecharme de ti. Pero no solo aquí: en la casa de verano, en mi estudio, en la habitación de Lisette... Y de todas las maneras. Tú solías llorar y me suplicabas que parara. —No mueve la cabeza, pero me mira a los ojos—. Mi pobrecita Nelly... ¿Qué no te habré hecho?

Silencio.

Ella no se mueve. Sus ojos siguen clavados en el rostro de mi padre.

—Ay, Nell. ¿Estás furiosa conmigo? ¿Lo recuerdas ahora?

Ella frunce el ceño.

—¿Si recuerdo el qué?

Alguien hace un ruido. Soy yo. Mi padre no me mira, pero se le crispera una comisura de la boca.

—Nelly, amor, te he hecho daño muchas veces. Te he hecho sangrar muchas veces. ¿Y la primera vez? Seguro que recuerdas la primera vez. ¿Te cuento cómo fue, que te dije que te lo habías buscado y tú asentiste y lloraste y...?

—¡Basta, por favor! —Casi se me quiebra la voz.

—Recuerdas eso, ¿verdad? Ahora que te lo he contado. ¿Nell? ¿Me estás oyendo?

Ella parpadea.

—Lo siento, señor.

—¿Qué acabo de decirte?

Ella abre la boca. La gota de sangre le resbala y ella se la limpia, dejándose una amplia mancha roja en la barbilla. Mueve los ojos de lado a lado.

—Lo siento mucho, señor, no me encuentro demasiado bien y tengo las cosas un poco borrosas, usted ya me entiende. De veras que estaba intentando prestar atención...

—Repíteme conmigo, Nell: «El señor Darnay me tomó...».

—¡Basta! —Por fin tengo aliento suficiente para gritar, pero no gracias a las palabras, sino al rostro de Nell, serio, asustado y desesperado por entender. Me hincó de rodillas delante de ella—. No pasa nada, Nell. Solo te está tomando el pelo. No te preocupes. Por favor. —Ella parpadea con rapidez. Le resbalan unas lágrimas por las mejillas. La herida del labio le empieza a sangrar de nuevo. La estamos destrozando entre los dos.

—Por supuesto. —Mi padre se levanta—. Solo estoy bromeando. Ya te dejamos tranquila. Duerme bien y mañana volverás a estar como siempre. Ah, eso me recuerda que debes procurar

quitar las manchas de la alfombra de mi estudio. De lo contrario, tendré que pedirle a la cocinera que te lo descuente del salario.

Ella sorbe por la nariz con fuerza.

—Sí, señor. Gracias, señor.

—Es todo, pues. Lucian, ven conmigo.

Me tambaleo al levantarme. Sobre mí se abate un dolor de cabeza espantoso, que da vueltas como un remolino dentro del cráneo. Mantente erguido. No vomites. Mi padre me insta a salir. Me sigue por la escalera tan de cerca que noto su aliento tibio en la nuca. Cuando llego a la puerta de mi dormitorio, me da un toquecito en el hombro.

—A mi estudio, Lucian.

Me detengo con la mano en el pomo de la puerta. El sudor hace que me pique la mano. El silencio reina en la casa. Las alfombras y las cortinas amortiguan el sonido de la lluvia. Es como si mi padre y yo fuéramos las únicas personas en el mundo.

No miro hacia atrás mientras recorro el pasillo y bajo la escalera. Los pasos de mi padre parecen el eco de los míos según atravesamos el vestíbulo. Veo mi reflejo en el espejo de detrás de los helechos. A la pálida luz de gas se puede apreciar cuánto me pareceré a mi padre cuando alcance su edad.

La puerta de su estudio está entreabierta y la chimenea se ha apagado por completo. No tenía intención de bajar aquí esta noche; iba a ver a Nell.

Mi padre cierra la puerta y se acomoda en la butaca. Me mira con los ojos entornados. Yo voy hasta la otra butaca, pero él traza una línea en el aire con el dedo, como si estuviera limpiando la suciedad de un cristal.

—No he dicho que te sientes.

Me alegro de que haya dicho eso. Ser capaz de despreciarlo es un regalo. Me quedo ahí, de pie, con las manos en los bolsillos, y me obligo a sonreír. Me aferro a una fingida insolencia, como si eso pudiera salvarme.

—Mi querido muchacho, quizá puedas decirme qué estabas intentando conseguir ahí arriba. — Señala hacia el techo, como si se estuviera refiriendo al cielo.

No logro mantener la sonrisa. No sé cómo lo hace él. ¿Acaso no es evidente lo que intentaba hacer?

—Quería ponerla sobre aviso. A Nell. No deseo que vuelva a ocurrir.

Me dedica una leve sonrisa llena de arrogancia. Es la expresión que pone cuando Cecily le enseña uno de sus dibujos; un tanto indulgente, un tanto hastiada.

—Ah, esos elevados sentimientos tuyos. Cuánta compasión. Cuánta delicadeza. Qué necesidad tan masculina de proteger al sexo débil...

—Más compasión que tú, al menos.

—Ay, Lucian. —Suspira—. ¿Cuándo aprenderás a verte tal y como eres? ¿Quién se iba a imaginar que mi hijo sería tan tiquismiquis con respecto a la verdad? Tu pequeña muestra de caballerosidad no tenía nada que ver con Nell.

—Estaba tratando de...

—No. —Una vez más, agita un dedo para interrumpirme—. Intentabas ponerme furioso. Es todo. Tú eres tan malo como yo; peor, en realidad, pues al menos yo soy honesto. A ti te importa muy poco cuánto dolor le hayas podido infligir a esa pobre chica siempre que con eso hayas conseguido llamar mi atención. —Coge la copa que hay en la mesa de al lado y la inclina para ver el danzarín brillo del tallo. Hay un fragmento de ala de abeja pegado a la mancha dejada por los posos—. Pero tú prefieres no verte con claridad.

Intento invocar la niebla gris, pero nada sucede. Estoy aquí, en el estudio de mi padre. El borde de los cuadros, los muebles y los objetos de arte brillan tanto que me escuecen los ojos. Contemplo los continentes de vómito sobre la alfombra. Un mapa de ninguna parte.

Mi padre se cruje los nudillos y se pone de pie.

—No hablemos más de ello. Has visto que es del todo inútil deshacer una encuadernación, así pues, no vuelvas a intentarlo. Y estoy seguro de que no deseas humillarte todavía más.

Se acerca mucho a mí. Soy ligeramente más alto que él, de modo que agacho la cabeza y asiento.

Él me abofetea con fuerza en la cara.

Pierdo el equilibrio. Mi mente está perfectamente lúcida, pero me tiemblan las rodillas y me tambaleo hacia un lado. Debería habérmelo esperado. Tendría que haber estado preparado. La alfombra se inclina como la cubierta de un barco en un movimiento prolongado y lento. Me golpeo la mandíbula con el lateral de la mesa. El estruendo parece llegar más tarde, igual que el trueno tras el relámpago, cuando ya estoy a cuatro patas. Una nieve negra y resplandeciente está cayendo a mi alrededor. No puedo respirar. No veo bien. Qué estúpido.

—¿Lucian? Levanta, querido muchacho. De nada sirve arrastrarse de esa forma por el suelo. Estúpido crío. —Noto algo húmedo en el cuello y la oreja. Un pañuelo manchado de rojo se aparta de mí. Miro el rostro de mi padre. Tira de mí hasta que estoy sentado contra la pata de la mesa—. Tanto beber, Lucian... Debes intentar controlarte. Un golpecito de nada en la mejilla y te desplomas. Siéntate y estate quieto. Déjame ver. Buen chico.

—Lo siento. —Pese a todo, deseo que me quiera.

—No es tan malo como parece. ¿Mejor? Bien. —Arruga el pañuelo, lo tira al suelo y se queda sobre la alfombra, todo blanco con manchas oscuras y el monograma cubierto de sangre. Entonces se yergue, gruñendo un poco cuando le crujen las rodillas, y me tiende una mano. Estoy demasiado cansado como para no aceptarla. Durante un instante me creo que mi padre no es más que una mano tibia y firme que me ayuda a levantarme—. Ve a acostarte, muchacho.

Voy hasta la puerta. Me duele la cabeza, de modo que abrirla me exige concentración.

La butaca suena cuando él se sienta de nuevo.

—¿Cuándo volverás a ver a la señorita Ormonde?

—Tomaremos el té el martes de la semana que viene.

—Quizá sea mejor que vayas a la cocina antes de acostarte. Ponte un filete en ese moratón. —
Se ríe entre dientes—. Si te ve con pinta de rufián puede que anule la boda.

Cinco días después estoy trabajando en la sala azul. O debería estar trabajando. Tengo delante un libro de contabilidad y montones de facturas y cartas. El escritorio está totalmente cubierto. Pero no puedo concentrarme. Por una vez, mi padre me ha pedido que revise algo importante, no solo las listas de precios e importadores. Uno de los empleados ha acusado a su superior de aceptar sobornos. Su superior dice que el empleado ha estado malversando. Leo las mismas acusaciones una y otra vez, como si las palabras fueran a cambiar con la tercera lectura. Después levanto la vista y la fijo en los helechos del papel pintado. Las sombras hacen que el azul de las frondas y el fondo adquiera tonos plateados y malvas. Afuera el cielo está encapotado. La habitación está sumida en tonalidades de medio luto. Las manecillas del reloj giran y marcan las horas con su elaborado tintineo. Me duele la cabeza. Al menos la hinchazón del ojo ha bajado.

Un carruaje se detiene en la calle y unos pasos crujen en la gravilla. Un momento después llaman a la puerta. Oigo a Betty bajar corriendo la escalera y pasar de largo la sala azul. Alguien chilla y se escucha un ruido metálico y un chapoteo.

—Puerca estúpida, ¿qué haces ahí arrodillada? Bien, límpialo —dice entre dientes.

Recuerdo haber visto antes a Nell fregando las baldosas del vestíbulo. Frunzo el ceño y me masajeo el cuero cabelludo. El documento que tengo delante se vuelve borroso, ilegible.

Me levanto y miro por la ventana. Es el carruaje de De Havilland. Tiene un intrincado escudo de armas en la puerta lateral: un llamativo libro en dorado y púrpura, con un león blandiendo las garras a cada lado. Hay una hoja marrón pegada a la pintura. Las ruedas del carruaje son doradas, pero al parecer la suspensión es tan mala que De Havilland utiliza la diligencia, o el carro del correo, para desplazarse fuera de Castleford. He oído a mi padre elogiar el carruaje de De Havilland; lo ha llamado «magnífico accesorio».

De Havilland. Debe de haber venido a presentar su factura. Golpeteo el cristal con la uña del dedo, contemplando los árboles desnudos sin verlos. El humo tiñe el oscuro cielo sobre la ciudad, que amenaza lluvia. Hasta mí llegan el sonido de la puerta principal al abrirse y la voz de Betty. Después unos pasos atraviesan el vestíbulo hasta el estudio de mi padre. Contengo la respiración. Pero nadie llama a Nell; oigo el sonido metálico del cubo y el cepillo cuando empieza a fregar de nuevo el suelo.

Me apoyo contra la pared. Me obligo a no escuchar. Hay un cuadro de ninfas de agua encima de la chimenea, adornadas con lotos y nenúfares. Su piel translúcida y sus ojos verdes me atraen. Solían fascinarme, hasta que descubrí que nadie de carne y hueso está a la altura de semejante perfección marfileña. Lo mismo ocurre con el claroscuro de Baco del pasillo; acostumbraba a cerrar los ojos por las noches e imaginármelo: su boca, su torso sombreado, el brillo sudoroso de las uvas. Después de que se acordara mi compromiso, mi padre se ofreció a trasladar el Baco a nuestro dormitorio, como regalo de bodas. Tenía cierto brillo en los ojos. De algún modo, sabía —por supuesto que lo sabía; mi padre es de lo más eficiente— lo de los otros chicos del colegio, así como lo de las putas de la ciudad. Rechacé su ofrecimiento. Cuando llegue mi noche de bodas no habrá sorpresa ni misterio, solo el calentón del deseo y unos minutos de jadeos y fricción. Creo que podré conseguirlo, incluso con Honour Ormonde. Pero lo último que quiero son esos ojos pintados mirándome; esos preciosos trazos del pecho, los hombros y el abdomen; la engañosa promesa de algo más aparte de lujuria. Las ninfas me contemplan de forma plácida, con su piel tan tersa y suave como la de un niño. Les doy la espalda y regreso a mi escritorio.

Me siento. Consigo leer una frase de la carta del empleado. Afuera, el cochero de De Havilland se apea y se enciende un cigarrillo. El humo asciende entre los árboles, desovillándose como una venda. Me levanto, salgo al pasillo y lo cruzo hasta el estudio de mi padre. Nell ha retrocedido hasta la puerta del fondo, dejando a su paso un intenso brillo sobre el suelo blanco y negro. Levanta la mirada y titubea, sin saber si debería ponerse de pie para hacer una reverencia. La saludo inclinando la cabeza. Ella agacha la suya y se pone a fregar de nuevo.

Hace un año habría despreciado a cualquiera que estuviera escuchando a escondidas, pero ahora me sorprende arrimándome a la puerta, conteniendo la respiración. El corazón me retumba en los oídos, como una campana tocando a rebato. Pero la puerta es demasiado gruesa y las voces suenan amortiguadas. El único ruido que oigo con nitidez es el de Nell al meter y sacar el cepillo del cubo.

—Discúlpeme, señor.

Me doy la vuelta. Betty está ahí con una bandeja engalanada con un juego de té de brillo rosado. Alarga la mano por delante de mí y abre la puerta. Intento apartarme, pero es demasiado tarde. Mi padre está junto a la mesa, mirando algo. Levanta la vista al entrar Betty y me ve.

—Ah, Lucian —dice, como si hubiera estado esperándome—. Entra. De Havilland, creo que ya conoce a mi hijo.

—Sí, sí. —De Havilland se levanta como un resorte y me estrecha la mano. Tiene la piel tan suave como el jabón—. Señorito Darnay.

Mi padre señala una silla y yo tomo asiento. La sangre se me agolpa en las mejillas y me palpita en el moratón de encima del ojo, que empezaba ya a atenuarse. Betty coloca el juego de té en la mesita de centro junto a la chimenea. Solo ha traído dos tazas, pero nadie le pide que traiga otra.

Aguardamos en silencio a que termine. Sobre la repisa de la chimenea, entre dos perros de aguas de porcelana, hay un centro de plata con rosas de invernadero; manojos grandes y descuidados de color rojo púrpura oscuro.

Betty se marcha. Mi padre se acerca a la mesa, se sirve té y deja la otra taza vacía. Regresa con parsimonia a donde estaba antes y reanuda el estudio del libro: un ejemplar pequeño encuadernado en tela azul lisa.

—«Helen» —dice echando un vistazo al lomo—. Por supuesto, nunca se me habría ocurrido... «Señorita Helen», en efecto. Qué pintoresco.

—Lo siento mucho, señor Darnay. Mi aprendiz dio instrucciones sin mi conocimiento. Si prefiere que pida que lo rehagan...

—No, no. Me gusta. Mira, Lucian. —Lo sujeta en alto. Veo el brillo de las letras plateadas—. «Señorita Helen Taylor.» Hace que parezca más importante de lo que es, ¿no crees?

Me inclino hacia delante y sirvo té en la otra taza. De Havilland da un respingo, como si estuviera esperando a que se lo ofreciera. Lo miro a los ojos y bebo un sorbo. Es negro y amargo.

—He de felicitarlo, De Havilland —prosigue mi padre—. El texto de este libro es elegante. Muy diferente de sus obras habituales. Incluso el estilo es menos florido. Algún día debe iniciarme en los misterios de lo que hace que el trabajo de un encuadernador resulte mucho más seductor que el de otros. —De Havilland esboza una sonrisa forzada, pero no articula ninguna réplica aguda—. Parece que su aprendiz promete. Una lástima que se pusiera enfermo.

—He de disculparme de nuevo, señor Darnay. Vino a mi taller después de que falleciera su primera maestra, hace apenas dos semanas. De haber tenido el más mínimo conocimiento de su fragilidad...

—No, no. —Mi padre le resta importancia a la disculpa agitando la mano, como quien espanta una mosca. Se aproxima a mí y me ofrece el libro para que lo coja—. ¿No estás de acuerdo, Lucian? Lucian es una especie de entendido —añade para De Havilland—. O al menos lo será cuando tenga más experiencia.

—La experiencia a menudo se hereda —dice De Havilland—. Y qué gran privilegio debe de ser tener acceso a su colección.

Trago saliva y cojo el libro. Pesa tan poco que casi se me cae. Lo abro por una página al azar y froto el papel entre el índice y el pulgar. A continuación, levanto la vista hacia las oscuras rosas rojas del centro de plata.

—Muy bonito —digo.

—Veinte guineas, creo.

Mi padre rellena un cheque y se lo entrega a De Havilland, que se lo guarda en la cartera con sus hábiles dedos femeninos.

—Gracias, señor Darnay. Y le reitero mis disculpas. Es evidente que mi aprendiz...

—¿Cómo se encuentra? —pregunto.

Ambos me miran. Mi padre enarca una ceja. Yo dejo la taza con suavidad sobre la mesita, aunque el plato tintinea. Quiero levantarme, pero en vez de eso apoyo el tobillo en la rodilla y me recuesto contra el respaldo de la butaca. Ladeo la cabeza mientras miro a De Havilland con expresión inquisitiva.

—Su aprendiz. ¿Se ha recuperado?

—Por favor, créame que me siento avergonzado. —Agarra con fuerza la cartera—. Si resulta imposible eliminar las manchas de la alfombra...

—Vale —digo—. Pero ¿cómo se encuentra?

—De veras, si hubiera tenido la más mínima sospecha de su carácter...

—Le pregunto por su salud, no por su moralidad, De Havilland.

Se hace un breve silencio. Mi padre toma un sorbo de té. Cuando deja la taza, una leve sonrisa le danza en los labios.

—Ah, entiendo —dice De Havilland—. Eh, bueno, sufrió un grave ataque de fiebre. Nada contagioso, de eso estoy seguro, pero estuvo delirando durante días. La factura del doctor ascendió a seis chelines y dos peniques, ¿puede creérselo? Si le digo la verdad, no sé qué voy a hacer con él. Quizá sea de utilidad en el taller. Aunque es muy amable por su parte interesarse, señorito Darnay.

—Sí que lo es —interviene mi padre—. Lucian tuvo que aguantar la peor parte de la indisposición de su ayudante. Estaba muy afectado.

—Debió de ser sumamente alarmante.

De Havilland sabe el importe exacto de la factura del doctor, pero no ha pronunciado ni una sola vez el nombre de Emmett Farmer. Dejo a un lado el libro de Nell, me acerco a la repisa de la chimenea y acaricio una de las rosas con el dedo. Parece de seda, tan suave que no soy capaz de saber dónde empieza.

—Espero... Eh, su rostro... —De Havilland mira a mi padre y guarda silencio de repente. Saca con torpeza su pañuelo y se tapa la boca con él para toser.

—No, no, esto se debe a un accidente que tuve hace algunos días —respondo.

—Es un alivio. Me habría espantado que... Discúlpeme, espero no haber abusado al mencionarlo.

—En absoluto —dice mi padre. Se une a mí frente a la chimenea y agacha la cabeza para inhalar la fragancia de las rosas—. No se puede negar que parece que ha estado en una pelea de taberna. Pero la culpa fue toda suya. —Me frota la sien con el pulgar, como si el moratón fuera una mancha de tinta—. No tiene importancia. Los jóvenes beben demasiado. Es ley de vida. ¿No está de acuerdo, De Havilland? Sobre todo cuando dichos jóvenes van a contraer matrimonio dentro de unos diez días.

—Sin duda, sin duda. Y permítanme que les dé la enhorabuena. —De Havilland inclina la cabeza y hace algo similar a una media reverencia—. Y ahora que lo pienso... —Hurga en su bolsillo y saca su tarjeta para ofrecérmela. Tiene una corona en relieve sobre un fondo color crema, con las letras «D» y «H». Le doy la vuelta: «De Havilland, V. E., calle Alderney 12, Castleford». Conozco la calle Alderney; una de las casas más elegantes con una discreta placa metálica es un burdel—. Si precisa de mis servicios...

—¿Yo?

—Le sorprendería a cuántas parejas jóvenes les resulta útil visitar a un encuadernador antes de la boda. Por separado, claro está. —Ladea la cabeza con una sonrisa—. Es lo propio, ¿sabe? Sobre todo tratándose de hombres jóvenes que quieren partir de cero antes de casarse. Esas mentirijillas piadosas pueden convertirse en una carga. Es mucho mejor empezar una vida nueva sin nada que lamentar ni esconder.

Miro a mi padre. Ha cogido una rosa del cuenco y la hace girar con los dedos. Me mira a los ojos y sonrío.

—No, gracias —digo.

—Disponemos de una cámara acorazada muy segura en Castleford, en Lyon e Hijos. Y nuestras tarifas de almacenaje son muy razonables. —Desvía la mirada hacia mi padre—. Tengo una larga e ilustre lista de clientes y sus libros jamás ven la luz del día. Guardo mis encuadernaciones auténticas por separado de los libros comerciales.

—Sin duda —aduce mi padre, que le arranca un pétalo a la rosa que sostiene; este cae al suelo, donde permanece como si fuera una pequeña herida—. Pues por todos es sabido que vender una encuadernación auténtica mientras el sujeto sigue con vida es ilegal. Mi querido De Havilland, tengo plena confianza en que a nadie... —dice poniendo un sutil y peligroso énfasis en esa palabra — de esta habitación se le pasaría por la cabeza quebrantar la ley.

—Desde luego que no, pero en algunos casos existe una zona gris.

—No —reitero—. Gracias.

De Havilland vacila y después asiente.

—Tiene mi dirección por si cambia de parecer. O por si la señorita Ormonde opina otra cosa. Sería un honor. —Se arrima a mí y baja la voz—: Me atrevo a decir que podría conseguir que usted lo viera. Esa es otra ventaja. Aunque, como es natural, no le haría semejante ofrecimiento a cualquiera. —Le doy la espalda. Solo se oye el crepitar del fuego y el débil sonido de los pétalos que mi padre arranca mientras deshoja la rosa—. Muy bien, pues —prosigue De Havilland—. Debo marcharme. Voy a almorzar con la señora Von der Ahe. Gracias por su tiempo, señor Darnay. Y si cambia usted de parecer —añade para mí—, estoy a su completa disposición. Que tengan un buen día.

—Buenos días —dice mi padre.

La puerta se cierra al salir él. Tengo la boca seca y un regusto amargo en la lengua. Me dirijo al armario donde están las licoreras.

—Ahora no, Lucian.

Me detengo y me meto las manos en los bolsillos. La esquina de la tarjeta de De Havilland se me clava en el pulgar.

—Si esto es todo, tengo que volver al trabajo —digo.

—¿Sí? —replica con cierto aire de diversión, como si fuera un niño, y arroja el tallo desnudo a la chimenea—. El bueno de De Havilland. De verdad que no tiene ni idea, ¿no es cierto? Un encuadernador solo es valioso si es de fiar. —Se pasea hasta la ventana. El carruaje de De Havilland baja a trompicones por el camino de entrada—. Una cosa es comerciar con libros; no cabe duda de que De Havilland posee la licencia. Y algún libro sin sello de vez en cuando... Bueno, ¿a quién le importa eso, teniendo a lord Latworthy de coleccionista? —Mi padre le da un golpecito al cristal de la ventana de manera distraída. Afuera, un pájaro se asusta y se aleja batiendo las alas—. Pero nunca lo he oído ofrecerse a enseñar una encuadernación auténtica. Si me está ofreciendo eso a mí...

—¿Acaso la de Nell no es una encuadernación auténtica?

—No seas hipócrita, muchacho. A los clientes que pagan. Gente como nosotros.

—¿Gente importante?

—Exacto. —Me brinda una sonrisa—. ¿Qué le sucede a un doctor cuando empieza a vender los secretos de sus pacientes?

La pregunta queda suspendida en el aire, hasta que me percató de que no va a responderla. Mira por la ventana hasta que el carruaje atraviesa la verja y la «D» de hierro forjado retorna a su lugar. Acto seguido, bosteza, coge el libro de Nell y lo hojea. Quiero marcharme, pero un inquietante impulso hace que me quede ahí, observándolo.

Entonces él pasa una página y algo se cae al suelo.

Veo un sobre fino y barato, y tinta que ya se está volviendo marrón. «Señor Lucian Darnay.» La letra es cuidadosa, bien hecha, como de colegial. Mi padre también lo ve. Transcurre una fracción de segundo.

Me abalanzo a por el sobre, pero él llega primero. Me arrebató el papelito. Lo examina, enarcando las cejas.

—Vaya, una misteriosa carta de amor que ha colado a escondidas un encuadernador... A la pobre señorita Ormonde no le gustaría.

Me pongo de pie con esfuerzo. El pulso me retumba en los oídos. La caligrafía es la misma que la del libro de Nell. Pero ¿qué tiene que decirme Emmett Farmer a mí?

—No tengo ni idea de qué es.

—Entonces no te importará que me la quede.

—Es mía —digo.

Él golpetea el sobre con la uña del pulgar y el sonido me produce dentera.

—Cálmate, Lucian —dice—. Simplemente me pica la curiosidad.

—Dámelo. Por favor.

Mi padre sonrío, apartándolo de mi alcance.

—Si has de continuar echando canitas al aire, y supongo que sí, ya que después de todo eres mi hijo, te ruego que te asegures de que sean dóciles. Si pierdes la cabeza por completo... En fin, es un verdadero incordio concertar una encuadernación. Además de caro.

Me niego a acercar la mano para intentar arrebatárselo. Inspiro hondo.

—Yo no consentiría que me encuadernasen. No soy tan cobarde. Ni deshonesto.

—Me temo que debemos de estar hablando de cosas distintas —aduce mi padre, que ladea la cabeza con una sonrisa socarrona—. Yo jamás te animaría a que te encuadernaras. Pero me intriga tu opinión al respecto. Creía que me despreciabas a mí, no a Nell.

—Nell no tuvo opción, pero si uno lo elige... —Me freno.

—¿Sí?

Trago saliva. Si miro hacia abajo veré las manchas de vómito de Emmett Farmer en la alfombra y la chimenea donde las llamas consumieron sus recuerdos. Puedo verlo teniendo arcadas y tratando de aferrarse al aire, puedo ver su rostro mojado.

—Yo no lo haría, punto —asevero.

—Bien, ojalá estés a la altura de la elevada opinión que tienes de ti mismo. —Agita la carta sujetándola de una esquina, como si fuera un naípe. En cualquier momento va a hacer que desaparezca. En su manga, en el aire...

—Padre —digo—, por favor, ¿puedo? —Muy a mi pesar, alargo la mano igual que un mendigo.

Él desliza un dedo por dentro del sobre y empieza a abrirlo. Va a leerla aquí, delante de mí.

El corazón me da un vuelco. Durante un vívido instante veo a Farmer tal y como era antes de que quemara su propio libro: apuesto, un poco desmañado y con el cabello cayéndole sobre la cara. La camisa le estaba demasiado pequeña y no se había abrochado bien el botón superior. Cuando lo llamé «criado», me miró como si tuviera ganas de pegarme.

Le arrebató la carta de los dedos a mi padre. Antes de que pueda reaccionar, voy hasta la chimenea, retiro la pantalla y arrojo el sobre a la lumbre. El papel blanco resplandece y cae en medio del fuego dorado. Las llamas lo envuelven y la carta se enrosca como si fuera un retal de gasa gris. Una minúscula chispa triunfal danza en mis entrañas. Por una vez, lo he vencido. Entonces el silencio me inunda de nuevo los oídos y siento náuseas. Voy a lamentarlo. Hará que lo pague.

Él entorna los ojos, pero se limita a pasar por mi lado, coger el atizador y avivar el fuego. Saltan chispas.

—Qué sensato —dice al fin—. Imagino que ya te resultará bastante difícil satisfacer a una sola persona.

Ni por asomo creo que me haya perdonado. Mi castigo llegará más tarde, cuando menos me lo espere.

—Será mejor que me vuelva a trabajar.

—No dejas de repetirlo. —Señala la puerta con una floritura, como si yo no supiera el camino.

Voy hasta la puerta. Lanzo una mirada a la chimenea por encima del hombro. Todo rastro de la carta ha desaparecido ya, aquello que Emmett Farmer quería decirme, fuera lo que fuese. Una disculpa por destrozar la alfombra. Una disculpa por mirarme como si me compadeciera. ¿Qué otra cosa podría ser salvo una disculpa? Así pues, no hay razón para sentirme como me siento, como si estuviera encerrado en una celda gris y hubiera quemado la llave.

XXII

Estamos tomando el té en la salita. Solo somos cinco, pero la habitación parece pequeña. Las paredes amarillas me están provocando jaqueca y el aire está viciado por el agua de colonia de mi madre y la pomada que Cecily y Lisette se ponen en el pelo. Hasta el olor a té y a limón me revuelve el estómago. Bebo pequeños sorbos. El fuego arde en la chimenea, pero la estancia está helada. Tengo un lado del cuerpo sudoroso por el calor y siento frío en el otro. La señorita Ormonde está sentada enfrente de mí, con los tobillos cruzados de forma recatada y la cabeza gacha. Escucha de manera obediente a mi madre, pero sus ojos se desvían hacia mí cada pocos segundos. Tiene las manos enguantadas y está jugueteando con algo. Veo una protuberancia en el tercer dedo y me doy cuenta de que se trata del anillo de compromiso. Se percata de lo que está haciendo y para. No la miro a los ojos. Un fino manto de nieve cubre el jardín. Parece papel de seda abandonado y jironado por el agua de la lluvia. El césped se asoma entre la nieve. Hay huellas del jardinero, oscuras por el barro.

Mi madre se alisa la falda, acariciando la seda moaré purpúrea de tal forma que sus anillos brillan a la pálida luz del día. Después le pasa el plato de galletas a la señorita Ormonde con una sonrisa. Esta se lo pasa a su vez a Cecily. Mi madre tose con delicadeza. Cecily se sonroja y me lo pasa a mí sin coger ninguna. Le cruje el corsé cuando baja el brazo y mira a su alrededor con la esperanza de que nadie lo haya notado.

Lisette se inclina para coger una galleta y después, lanzándole una miradita a Cecily, coge otra. Se pasea hasta el piano y selecciona una pieza con la otra mano.

—Lirios —le dice mi madre a la señorita Ormonde—. ¿Está segura, querida? Una ha de estar segura de elegir el ramo adecuado.

—¡Sí, señorita Ormonde, los lirios son muy lúgubres! —añade Cecily—. Y su fragancia es muy avasalladora. ¿Me permite interceder en nombre de las fresias? Estaría en verdad encantadora con un ramo de fresias. —Vuelca el azucarero—. ¡Ay, qué boba!

Lisette toca la misma nota dos veces y se interrumpe.

—Quizá ella tenga razón. Los lirios son muy esbeltos.

—Considero que sería mejor evitar cualquier cosa demasiado... alargada —alega mi madre. Todas miran un instante a la señorita Ormonde—. Yo adoro los lirios, nuestra casa está repleta, pero cuando se es, en fin, un poco desgarbada... No, yo creo que las rosas son, sin duda, más indulgentes.

La señorita Ormonde agacha la cabeza.

—Sí, lo que usted considere me parece bien; me imagino que pareceré un espantapájaros, como de costumbre.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes. Se supone que he de decir algo reconfortante. Observo a un pájaro que cruza a saltitos el césped, que está oscuro por las puntas.

—Qué disparate —dice mi madre—. Va a ser una novia hermosa y ruborosa. Pero no puede llevar lirios. Rosas. No, Cecily, rosas. Pero lo que más me preocupa es la decoración de vuestro salón. Ya sé que será de Lucian y suyo, pero a fin de cuentas se quedarán bajo este techo y no puedo soportar ese espantoso gris verdoso. ¿No podríamos elegir algo más alegre? —Recorre con la mirada las paredes amarillas, el tono que mi padre llama «amarillo anaranjado»—. ¿Lucian?

—Lo que prefieras.

—Gracias, querido. ¿Ha visto lo atento que es, señorita Ormonde? No le importa cambiar el color, ¿verdad?

—Bueno, yo... No, a fin de cuentas es su casa, y no quisiera...

—Bien, asunto zanjado. ¡Lucian, cariño, en realidad no deberías estar oyendo todo esto! No son asuntos de hombres.

Lisette toca una melodía tintineante.

—Pero Lucian nunca ha sido un hombre de verdad para ti.

—No seas cruel. —Mi madre se inclina hacia delante y le da una palmadita en la rodilla a la señorita Ormonde—. Está siendo una necia. Lucian ha ganado un gran número de premios en el colegio: equitación, esgrima...

Lisette pone los ojos en blanco y dice:

—Poesía, danza...

—Esas puede ser habilidades muy varoniles. Un caballero que sepa bailar el vals es un motivo de orgullo para su sexo.

Me pongo de pie.

—Ya estamos prometidos, mamá. No tienes por qué ensalzar mis cualidades.

Pasa una fracción de segundo antes de que mi madre rompa a reír. Se acerca a la tetera y le sirve otra taza de té a la señorita Ormonde.

—Tenga la bondad de excusarlo, querida. Siempre ha sido muy modesto. Bien, hábleme de la ropa para su luna de miel. He visto una estola de chinchilla encantadora en Gallant. Con su complexión...

Me quedo junto a la ventana contemplando la frágil nieve. La sala se refleja de forma difusa en el cristal; las imágenes espectrales de mi madre y de la señorita Ormonde están sentadas bajo los árboles. La señorita Ormonde se frota la frente con el interior de la muñeca.

—... encantadoras —dice mi madre—. Pero en verano pueden ser un tanto desafortunadas, ¿no

le parece? Nuestra cocinera prepara una loción maravillosa con zumo de limón y crema agria que tal vez le gustaría probar. Nadie quiere que parezca que le han arrojado un cubo de pintura marrón encima.

La señorita Ormonde se levanta. Mi madre guarda silencio. Lisette toca un largo arpegio, mantiene pisado el pedal hasta que las cuatro notas vibran en el aire. Cecily esconde una galleta a medio comer debajo de su plato.

—Discúlpeme —dice la señorita Ormonde—, me siento un tanto mareada.

—Siéntese, querida. Estar de pie no la ayudará.

—Me gustaría salir. Hace mucho calor aquí. —Me mira a mí—. ¿Podría enseñarme el jardín, por favor?

—Desde luego. Discúlpanos, mamá.

Le ofrezco el brazo. Ella cruza la habitación hasta llegar a mí. Es casi de mi estatura. La conduzco al pasillo y la llevo por la puerta de atrás al jardín. Al salir de la sala, suena un tintineo en el piano: el comienzo de la marcha nupcial.

Hace mucho frío. El cielo está pálido y surcado por las ramas desnudas de los árboles. Ella inclina la cabeza hacia atrás y levanta la vista, parpadeando. Después, sin mirarme, enfila uno de los senderos. La sigo. Mis zapatos resbalan en la piedra a causa de la nieve. Cuando la alcanzo, está de pie en el seto circular de tejos, contemplando el Cupido cubierto de nieve. Alarga el brazo y toca la flecha dorada con los dedos enguantados.

—Lo siento —dice.

—No lo sienta.

—Su madre...

—Lo sé.

Se da la vuelta y me mira a los ojos. Su rostro cambia, pasando de una expresión ceñuda a otra distinta.

—Usted no quiere casarse conmigo, ¿verdad?

El silencio es tan incommensurable que casi atisbo la forma de las palabras en el vaho de su aliento.

—No quiero casarme con nadie —digo.

Ella se ríe. Es un sonido liviano y alegre, como el trino de un pájaro. Pero después vuelve a ponerse seria. Arranca una hoja del seto y la deja caer. Se aleja por el estrecho sendero bordeado de tejos que conduce al final del jardín. Llega a la puerta de madera cerrada e intenta abrir.

—¿Adónde conduce?

—Al río. —Al otro lado de la pared se oye el murmullo del agua fluyendo.

La llave está debajo de un jarrón decorativo. Noto el metal congelado. La introduzco en la cerradura todo lo deprisa que puedo, abro la puerta y le indico a la señorita Ormonde que pase.

Nos detenemos en la ribera enlodada y poblada de vegetación a contemplar cómo la corriente se arremolina en torno a las raíces de los árboles y erosionar el hielo.

Espiro una bocanada de aire y veo el vaho dispersarse.

—¿Usted quiere casarse conmigo?

—Más de lo que deseo casarme con otro. —Me mira de reojo.

—Eso es aceptable.

Ella da unos pasos por la alta hierba. La nieve se le pega al dobladillo de la falda. Un sauce nudoso se estremece mientras el río tira de sus ramas. Entonces ella se gira para mirarme a la cara. Tiene las mejillas y la nariz sonrosadas por el frío.

—No me ama. No pasa nada.

—Yo nunca...

—He dicho que no pasa nada. Pero tiene que prometerme que será bueno.

—Por supuesto.

Ella entrecierra los ojos. Se arrima más a mí. Yo doy un paso atrás de forma inmediata y ella me agarra el brazo, con repentina ferocidad.

—Mi hermana se casó hace tres años. Antes de eso era artista, pintora, e iba a... Pero ahora no es nadie. Su esposo... Mi madre dice que es muy comprensivo porque le costea la ginebra, el láudano y sus encuadernaciones —me explica. Yo me aparto de ella—. Un encuadernador va a verla una vez al mes. Debe haber oído hablar de ellos. Hacen libros con la vida de la gente.

—Sé lo que es una encuadernación.

—Yo no quiero ser como ella. Por favor, Lucian. He visto lo que los hombres les hacen a las personas que no encajan, que se convierten en una molestia. Prométame...

—Por supuesto.

Ella parpadea y después me da la espalda. El viento susurra entre los árboles y arrastra consigo copos de nieve. La señorita Ormonde se abre paso entre la alta hierba de regreso hacia la puerta.

—Hace mucho frío, ¿no le parece? Me pregunto si volverá a nevar.

Me aclaro la garganta. Siento los pinchazos del aire gélido entrando en mis pulmones.

—Señorita Ormonde, Honour... —Es la primera vez que me dirijo a ella por su nombre de pila.

—Quizá debamos entrar. No quiero que su madre piense que soy una maleducada.

Entra por la puerta. Recorre el sendero delante de mí, sujetándose la falda pese a que ya se le ha mojado el bajo. Lleva su lustroso cabello recogido en un elaborado moño del color de la madera pulida. Tiene el cuello pálido y esbelto, salpicado de lunares. Y la espalda estrecha y recta. No mira hacia atrás.

Corro tras ella. Betty sale por la puerta trasera cuando llegamos al borde del jardín y hace una reverencia.

—¿Señor Lucian?

—¿Sí?

Honour se detiene delante de mí, esperando a que Betty se aparte de su camino.

—Ha venido a verle un caballero.

—¿Te ha dado su tarjeta?

—No. —Titubea—. Ha dicho que usted lo estaba esperando.

—Si es el hombre de Esperand, dígame que el gris me parece bien.

—Es el encuadernador. El que vino a ver a Nell.

Honour vuelve la cabeza para mirarme por encima del hombro. Me lanza una prolongada mirada incisiva y después rodea a Betty para entrar en la casa.

—Quieres decir que viene a ver a mi padre —replico.

—Ha dicho en concreto que viene a ver al señor Lucian Darnay, señor. ¿Le digo que no está usted en casa?

La puerta se cierra de golpe. Por la ventana de la sala veo a Honour tomar asiento, colocándose con esmero la falda, con el dobladillo húmedo. Mi madre gesticula y sonríe. No cabe duda de que está hablando de nuevo sobre ropa. La expresión de Honour es seria e inescrutable. No mira ni una vez por la ventana.

—No, gracias, Betty. Iré a ver qué quiere.

—Lo he llevado a la sala azul, señor. —Se aparta a un lado.

No me percaté de lo rápido que me late el corazón hasta después de recorrer la mitad del vestíbulo. Me detengo frente al espejo y contemplo mi reflejo por encima de la masa de helechos. Me veo lo suficiente para enderezarme el cuello y atusarme el cabello. Pero en mis ojos hay una expresión tensa y furiosa de la que soy incapaz de librarme por mucho que parpadee.

Cuando abro la puerta de la sala azul, Emmett Farmer está contemplando el cuadro de las ninfas. Lleva unos pantalones gruesos y holgados y una camisa marrón sin cuello. Tiene el cabello revuelto, sin peinar, y no se ha afeitado. Cuando se gira al oír la puerta, está tan pálido como las ninfas. Tiene ojeras.

—Señor Farmer. —Él no responde, de modo que enarco una ceja—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Lucian Darnay —dice.

Se le forma un nudo en la garganta y tiene que tragar saliva.

—Sí. ¿Qué desea?

—Verle —barbota—. Es decir...

El reloj cruje para avisar de que está a punto de dar la hora. Farmer se sobresalta y mira a su alrededor. Una sucesión de campanadas inunda la habitación. Cuando las notas se apagan, me aproximo a la ventana y echo una ojeada a otra sección del blanco jardín. Las nubes se ciernen sobre la ciudad y la luz comienza a desvanecerse.

—Se trate de lo que se trate, le agradecería que fuera breve. Estoy esperando la visita de mi

sastre.

—¿Su sastre?

No logro ubicar con precisión su acento, pero es de algún lugar más provincial aún que Castleford. Habla como la cocinera de mi tío.

—Sí, mi sastre. Me caso en poco más de una semana y no me ha terminado el traje. —No sé por qué me he molestado en contarle eso. Cruzo los brazos y espero, decidido a no decir nada más. Él no habla. Alarga el brazo y se agarra a la repisa de la chimenea, como si el suelo estuviera a punto de derrumbarse—. Si esto guarda relación con la carta que me envió, no la he leído.

Él se me queda mirando. Tiene las ojeras tan oscuras que parecen moratones.

—¿Por qué no? —pregunta al fin.

Me encojo de hombros.

—¿Va a casarse? —Se le quiebra la voz, de modo que se aclara la garganta—. No lo sabía.

—¿Por qué habría de saberlo? —Tiro de un hilo plateado suelto de la cortina.

—Lo siento.

—¿Qué?

—Nada.

Menea la cabeza y me da la espalda para que no pueda verle el rostro. Cuando se gira de nuevo, tiene los ojos húmedos. Yo aparto la vista.

Tiro de otro hilo de la cortina y se forma un fruncido en el bordado.

—¿Qué quiere, Farmer? De veras que no tengo tiempo para esto. —Él no responde—. ¿Tiene que ver con el libro de Nell?

—No. No exactamente. Ojalá hubiera leído mi carta. Qué sé yo. —Hace una mueca.

—¿Decía algo importante?

—Sí. —Hace un gesto, como si pudiera ver algo que yo no puedo ver. Ya me estaba dirigiendo hacia la puerta, pero me paro. Tiene la mano extendida, ancha y de dedos romos, una mano ideal para afilar cuchillos o levantar paredes—. Necesito contarle una cosa.

—Adelante, pues. —Abro la tapa del reloj y miro la hora.

—Cuando era aprendiz en las marismas, me refiero a antes de venir al taller de De Havilland... —Su voz suena extraña de repente, lejana e ininteligible, como estuviera hablando debajo del agua. Solo dura un segundo. Después oigo de nuevo con claridad. Se hace el silencio. Él me mira fijamente—. Usted fue encuadrado. He visto su libro.

—Eso es ridículo.

—No. No pasa nada. Escuche...

Intento guardarme el reloj de nuevo en el bolsillo, pero no me obedece. Casi se me cae.

—Está mintiendo. ¿Por qué miente? ¿A qué demonios juega?

Se me acerca. Su boca sigue moviéndose, pero la habitación brilla con luz trémula y se

balancea. Las cortinas de color azul grisáceo desprenden un destello plateado. Mi respiración es tan estruendosa que me retumba en los oídos. El suelo se disuelve bajo mis pies, como arena tragada por el mar. Me sujeto al respaldo de la butaca, pero el mundo continúa inclinándose. Es igual que estar ebrio.

—¿Lucian? —Me toca la muñeca.

Me zafó con brusquedad.

—¡Suélteme!

Él inspira hondo.

—No —dice como si fuera la respuesta a una pregunta—. No ha oído nada de lo que le he dicho, ¿verdad? Y no habría podido leer la carta aunque lo hubiera intentado. Maldita sea, tendría que haberlo sabido.

—¿Nada de qué? —Pero cuando empieza a hablar, lo interrumpo—. Fuera.

—¿Qué?

—Fuera. Ahora. O llamaré a alguien para que lo eche.

—Pero lo entiende, ¿no es así? En alguna parte hay un libro con sus recuerdos. No puedo contarle qué ha olvidado, pero tiene que creerme.

—¿Por qué debería creerle? Esto es intolerable. Una mentira indignante.

—¿Por qué iba a mentir? —Hace una pausa. Una corriente de aire resuena en la chimenea y agita los papeles del escritorio. Captó el olor acre y efímero a ceniza.

—Qué sé yo —respondo—. Aún no ha dicho qué quiere. Es un chantaje, ¿no es verdad?

Él me mira.

—No —dice al fin—. No. —Exhala una bocanada de aire—. Pensé que... No sé qué quería.

—Será mejor que se vaya.

Farmer mira a su alrededor, como si hubiera perdido algo.

—Entonces, adiós —se despide al final.

—Buenas tardes, Farmer.

Se detiene en la puerta y se da la vuelta.

—¿La amas?

—¿Qué?

—A la joven con la que vas a casarte.

Parpadeo. La habitación está en penumbra, iluminada tan solo por los últimos resquicios de luz azulada que entra por la nevada ventana. La ropa de Farmer se funde con el resplandor. Su rostro es todo sombras y cráneo.

Alargo el brazo para asir el tirador. Está tan frío que parece húmedo.

—Otra pregunta impertinente y me aseguraré de que lo lamentos —digo.

—¿Qué?

—Ignoro qué creías que ibas a conseguir al venir aquí para amenazarme...

—No lo he hecho, yo no te he amenazado.

—... pero te mueves en terreno muy peligroso. Si mi padre se entera de esto...

No termino la frase. No es necesario. Él se me queda mirando y veo sus ojos desorbitados pese a la creciente penumbra. Toco la campanilla.

Farmer agacha la cabeza en medio del silencio que se produce después del lejano tintineo.

—No es necesario que llames a nadie para que me eche. —Me dedica un saludo extraño y tirante y sale por la puerta—. Lo siento, Lucian —dice sin darse la vuelta.

—Si vuelves a acercarte a mí o a mi familia... —le digo mientras sale.

Se detiene en medio del pasillo y estoy casi seguro de que lo oigo reírse. Se queda inmóvil tanto rato que creo haberlo entendido mal. A continuación, se dirige a la puerta principal.

—Ah, y enhorabuena —dice bien alto para que lo oiga.

El vestíbulo está cuajado de lirios. Cuelgan de las paredes en forma de guirnaldas y cubren la parte superior de los bancos. Dondequiera que miro veo parterres de tersas hojas verdes y cerosas flores blancas. Abren su boca en forma de estrella y dejan caer el polen. Algunos granos aterrizan en mi camisa. Intento limpiarlos, pero dejan una amplia mancha ocre sobre el immaculado lino.

A mi espalda se oye un murmullo quedo: doscientas personas intentando guardar silencio, el susurro de un centenar de camisas almidonadas y el crujido de un centenar de corsés de varillas al girarse.

No puedo moverme. Contemplo la masa de lirios resplandeciente. Su fragancia es tan dulzona que no puedo respirar. Intento tomar aire, pero ese olor es como si me estuvieran poniendo una almohada sobre la cara. Me esfuerzo, pero de repente me estoy asfixiando y el pánico se apodera de mí.

Abro los ojos. El aire me entra de golpe en los pulmones con un grito ahogado. Estoy tumbado y hay una oscura ventana gris encima de mí. Gris, como antes de que amanezca. Y estoy en la cama. No voy a casarme. Hoy no, ahora no. No es real. Son los nervios previos a la boda. Todo el mundo bromea con eso.

Inspiro hasta que se me relajan los músculos. Me incorporo, me seco la humedad de la cara y me acurruco entre las mantas. Pero cuando cierro los ojos todo vuelve a mí: el miedo indefinido y creciente, las flores. Hace un año habría echado mano en el acto del libro de *William Langland*. Para que me arrullara de nuevo hasta quedarme dormido, que evocara las tierras altas, el ondulante terreno calizo bajo el sol del verano, el olor a tomillo. Pero no sirve de nada. Ha perdido su antigua magia. Ahora solo me hace pensar en Langland y en lo que debió de costarle. Y en Nell, mi padre y Emmett Farmer.

No le creo. ¿Por qué habría de hacerlo? Vino a nuestra casa, vio lo ricos que éramos y se le ocurrió probar suerte. Es un viejo truco. Como la pitonisa que un año le agarró el brazo a mi madre en la feria del día de San Juan mientras le decía con la voz entrecortada: «¡Está maldita, señora, déjeme que rompa la maldición!». No soy tan tonto como para creerme eso. Que Farmer parezca ingenuo, sincero y raro solo significa que es listo además de un mentiroso. Y que sea hermoso... En fin. Eso solo significa que debería ser, si cabe, más precavido y no confiar en él.

No es cierto. Pero si lo fuera... Me llevo las rodillas al pecho y cierro los ojos. ¿Qué sería tan malo como para que yo lo pusiera en un libro? Si pudiera borrar mi vida ahora, lo haría. Los secretos de mi padre. El moratón en el rostro. La forma en que Honour me miró, con expresión alerta, sin ilusión. Mi madre y la manera en que aparta la mirada cuando las criadas entran en la habitación. Mi propio pasado, los toqueteos sórdidos con otros muchachos en el colegio, las mujeres de la ciudad... La sucia comezón del deseo, mi inquebrantable determinación de no mostrar jamás debilidad. Las putas que dejo tiradas en cuanto acabamos, sin dar siquiera las gracias. Cuando vi al antiguo jefe de mi casa en el Ciervo Blanco y lo miré como si no recordara que le dejé que me besara el último día del trimestre. Desde la noche en que descubrí los libros de mi padre —y esos meses desolados y corrosivos que pasé con mi tío— ni siquiera soy capaz de evocar un rostro que acompañe mis fantasías. Solo fragmentos de un cuerpo, orificios, obscenidades... No hay nada de mí que quisiera conservar. Solo hay una cosa a la que aferrarse: que por muy pervertido que sea, jamás he forzado a nadie, jamás he hecho lo que hace mi padre.

Hasta donde alcanzo a recordar, desde luego.

Me levanto de la cama, me pongo un batín y voy abajo. El silencio impera en la casa. Es demasiado temprano y mi familia no está despierta. El único sonido proviene del otro lado de la puerta de los criados. Entro en la sala azul y enciendo la leña, que ya han colocado en la chimenea. Después llamo para pedir té.

Descorro las cortinas y miro fuera. La nieve se ha fundido y está lloviznando. Cae sobre el camino de entrada igual que una gasa. Gris, gris, gris... Quiero beber hasta que mi sangre se convierta en agua y mi cerebro quede reducido a la nada.

—Buenos días, señor.

Esperaba a Betty, pero es Nell quien viene. Su aspecto es un reflejo de cómo me siento: ojos enrojecidos y aire sombrío, como si una pesadilla estuviera todavía rondándola.

Le pido que me traiga té. Ella se marcha y yo me acerco a la ventana. El dibujo en plata de la cortina sigue encogido donde tiré del hilo suelto. Eso significa que estuve aquí, que Emmett Farmer estuvo aquí y que todo sucedió. Aprieto los dientes. ¿Qué esperaba?, ¿que también eso lo hubiera soñado?

Voy hasta el escritorio y miro las cartas y los libros de contabilidad amontonados. Subo y bajo la tapa del bote de tinta. Cuando Emmett Farmer se marchó ayer, regresé al salón, me senté junto a

Honour y continué conversando sobre la boda y sobre si Esperand me enviaría el traje a tiempo. Oía mi propia voz y me maravillaba. En un momento dado bajé la mirada y vi que tenía la mano apretada contra el plexo solar, como si intentara restañar una herida. Pero si me hubieran encuadrado lo sabría. En alguna parte de mi cerebro habría lagunas. Tratar de no pensar en ello es como poner los ojos en blanco para intentar mirar dentro de mi cabeza. Y no hay nada. Solo una nebulosa gris. Gris como el día de hoy, suave y casi benevolente.

—¿Le sirvo, señor?

La voz de Nell me sobresalta. Me mancho la parte delantera de la bata, pues la tinta de la tapa me salpica. Me aparto y me limpio en vano las manchas con el secante.

—Sí, gracias.

Se dispone a decir algo, pero se frena. La porcelana tintinea cuando coloca el servicio de té. Me entretengo demasiado limpiando las manchas de tinta.

—Señor Lucian. —Nell ha colocado todo con esmero. Entonces levanta la mirada hacia mí, con los párpados enrojecidos y la boca inflamada, y titubea.

—¿Qué sucede, Nell? ¿Ocurre algo?

Ella sujeta la taza con torpeza, casi se le cae en la mesa. Después se queda rígida, como si esperara que yo la reprendiera.

—Quería darle las gracias.

—¿Por qué?

—Usted me lo contó. —Toma aliento—. Intentó ayudarme.

—Olvidalo. —Pretendo mostrarme amable, pero eso hace que ella me evite—. Quiero decir que... No importa. Retírate ya.

Nell agacha la cabeza y coge la bandeja. El cuello del vestido le queda holgado, como si fuera demasiado grande para ella. Alcanzo a ver una sombra o un moratón en un lado del cuello.

—Espera.

Me dispongo a meter la mano en el bolsillo del chaleco, pero llevo puesto el batín. Me acerco al escritorio y rebusco en la caja del cajón. Tardo tanto en encontrar una moneda que me pica la cabeza por la vergüenza. No debería haberme molestado. Se la ofrezco. Demasiado tarde, veo que es media guinea. En la oscuridad del cajón pensé que era media corona.

Ella se queda mirándola.

—Eres una buena chica, Nell. —Le doy la moneda y me sirvo yo mismo una taza de té sin levantar la vista.

—Gracias, señor —dice con voz monótona.

¿Acaso no se da cuenta de que equivale a su sueldo de medio año? Podría cogerla y marcharse.

—No hay de qué. —Me doy la vuelta.

—¿Es todo, señor?

—Sí, es todo.

Nell se marcha. Cierra la puerta con suavidad. Me siento en el escritorio y empiezo a releer la correspondencia de ayer, pero soy incapaz de concentrarme. No quiero ver a nadie, pero no quiero estar solo. Qué estupidez.

Me froto las sienes hasta que me arden por la fricción. En mi piel perdura el aroma dulce y pesado de los lirios. En menos de una semana... Cierro los ojos y pienso en un muro gris, que se eleva y se curva sobre mí. Estoy solo, estoy a salvo.

Levanto la cabeza. Oigo que algo se cae.

Silencio. Tomo un trago de té, pero está casi frío. Espero y aguzo el oído, aunque el silencio reina en la casa. El reloj corre y lanza los segundos al aire como caen las monedas en el cuenco de un mendigo. Me acerco la carta más próxima y apoyo los codos sobre el escritorio. La voz de Betty resuena en el vestíbulo; después se oyen sus pasos mientras lo cruza hasta el estudio de mi padre. Luego nada.

Justo cuando bajo de nuevo la vista, empieza a gritar.

La puerta del estudio de mi padre está abierta. No me paro a pensar.

—¿Qué ocurre?

Nell está colgando contra la vitrina. Tiene la cabeza caída hacia un lado. El intenso olor a amoníaco de la orina se me agarra a la garganta.

Betty está en medio de la estancia, tapándose la boca con las manos. Respira entre fuertes sollozos. Miro a mi alrededor, sorprendido por lo real que es todo, por el vívido lustre de las patas de la silla volcada y los insignificantes reflejos en el charco de orina. En el suelo hay un pétalo de rosa seco, ondulado como una costra, del mismo color que el papel de la pared.

El reloj aminora su ritmo, hasta que el silencio es mayor que el tictac de las manecillas. Entonces me percató de que no es el reloj lo que oigo, sino el goteo de la falda mojada de Nell. El aire me llena los pulmones de golpe y doy un paso adelante.

—Sal.

Betty se estremece, como si la hubiera golpeado.

—Eh, yo... Ella...

—Dile al limpiabotas que corra a buscar al doctor. ¡Ya!

Echo un vistazo a mi alrededor en busca de algo con lo que cortar la cuerda, un abrecartas o un cortaplumas. Pero todo está guardado en su sitio. La mesa de ébano está tan vacía como un espejo negro.

El pánico se apodera de mí. No puedo pensar. Estoy perdiendo el tiempo. Si Nell sigue con vida...

Me acerco a trompicones a la vitrina. Mi reflejo aparece en el cristal, detrás de ella, detrás de las plumas de pavo real y el colmillo de elefante dorado. Me miro a los ojos y golpeo el cristal con el puño.

Este se rompe. Fragmentos alargados y triangulares caen dentro de la vitrina y brillan entre los objetos curiosos. Arranco del marco uno de los fragmentos alargados. Noto una repentina punzada cuando cede y un dolor me recorre el brazo. Enderezo la silla y me subo a ella. No miro el rostro de Nell. Con el borde del cristal corto la cuerda —aunque no se trata de una cuerda, sino de un trozo de tela, un ceñidor o un cinturón de alguna clase—, hasta que se rompe y Nell cae hacia delante. Intento sujetarla, pero pesa demasiado. Me tambaleo y estoy a punto de caerme. La silla se inclina. Consigo apoyar un pie en el suelo. Me tiemblan las rodillas y aterrizo con torpeza. Nell ha caído a mi lado, como un saco de desechos de algodón, desplomado y sin forma.

Me pongo de rodillas. Alcanzo a ver su rostro y cierro los ojos. Tengo que comprobar si tiene pulso, pero unos escalofríos gélidos me recorren el cuerpo y temo vomitar sobre ella. Abro los ojos y los mantengo fijos en el papel pintado que tengo enfrente. Me inclino e introduzco los dedos entre el cinturón, que le ha dejado una marca en el cuello. Noto su piel tibia y laxa. Nada.

—Por favor, Nell —dice alguien, una voz amable y sensata—. Vamos. Por favor. Para. Por favor. —Ella no se mueve. Tiro del nudo. No cede. Tiro con los dedos temblorosos. Si puedo deshacer el nudo, puedo deshacer todo lo demás. No dejo de hablarle en ningún momento—. Tú no quieres hacer esto, Nell. Por favor. No lo hagas. Por favor. —El nudo se deshace. Le quito la tela de debajo de la mandíbula. La cabeza cae hacia un lado. Tiene los ojos...

Debo levantarme, pero me da vueltas la cabeza. Me acuclillo en el suelo e intento no vomitar.

—Levanta, por Dios.

Recobro el aliento con tanta brusquedad que suena como si fuera una carcajada.

—Levanta. —Mi padre me agarra del brazo y tira para ponerme en pie. Voy tambaleándome hasta la silla más próxima y me apoyo en ella—. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Me llevó el té. Puede que hace una hora.

Mi padre la mira.

—Se ha meado encima.

—Creo que está muerta. —La palabra suena mal, como si nunca la hubiera pronunciado.

—Por supuesto que está muerta, mírale los ojos. Puta estúpida. Bueno, en fin, al menos Sandown no hará preguntas.

Nos quedamos en silencio. Mi padre agarra el tirador.

—Se ha colgado, ¿no es así? ¿De dónde sale tanta sangre? —Me mira y le cambia la expresión—. Maldita sea, muchacho, ¿qué has hecho?

Bajo la mirada. La sangre me recorre la muñeca y me empapa el puño del batín. Hay manchas

por doquier. Da la impresión de que a Nell le hayan rebanado la garganta. Tengo un tajo en la palma de la mano. Sin duda, debería doler más de lo que duele.

—Estoy bien. Es solo un arañazo.

—Le pediremos a Sandown que le eche un vistazo. No tiene nada de malo que sepa que te has herido tratando de bajarla. Ah, Betty. —Tiene la cara congestionada y está temblando, pero mi padre chasquea los dedos mientras señala el cuerpo de Nell como si fuera algo que él ha derramado—. Llama al cochero para que retire esto. Y después envía al mozo de cuadra a buscar al doctor Sandown.

—Sí, señor.

—Ah, y trae una venda para el señor Lucian.

Observo cómo brota mi sangre. Mi padre tiene razón. Le será de utilidad si alguien pregunta por qué Nell querría hacer... eso. Puede referirse a mi cicatriz. «Miren cuánto la apreciábamos.»

Ladeo la mano y la sangre gotea sobre la mesa. En medio del silencio solo se oye el goteo. Alguien ha dejado que el reloj se pare, o quizá esté marcando la hora siguiendo mi compás. El charco se extiende. Alguna criada intentará quitar la mancha de la oscura madera. Pero no Nell, con sus uñas mordidas y sus nudillos agrietados.

—Empezaste de nuevo, ¿no es verdad?

Mi padre se queda paralizado. Se gira hacia mí muy despacio.

—¿Qué has dicho?

No puedo repetirlo. No tengo que hacerlo. Veo la respuesta en sus ojos.

—No te atrevas —dice en voz tan queda que es casi un susurro—. Nunca vuelvas a decir eso.

Levanto la barbilla. Ya no puede reírse de mí. Ahora, si lo cuento, alguien podría creerme. Ahora sí importaría.

Cruza la estancia y se detiene frente a mí.

—Te crees muy listo, ¿verdad, muchacho? Supongo que te complace que se haya matado. Es posible que por fin alguien te preste atención. —Yo meneo la cabeza—. ¿No se te ha ocurrido que mis secretos son también tus secretos? ¿Que si yo caigo, si mi negocio fracasa, si mi reputación se hunde, también lo hará tu vida? ¿Crees que los Ormonde seguirían queriéndote? ¿Crees que alguien te querría?

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

—Ay, Lucian. Te crees muy distinto a mí, ¿verdad? Crees que tú eres el bueno. Yo soy el viejo réprobo y tú el joven puro. —Suspira—. Has olvidado muchas cosas, ¿verdad?

Me da un vuelco el corazón, como si algo estuviera golpeándolo. Cierro el puño y la sangre se me escurre entre los dedos.

—¿A qué te refieres?

—A tu propio libro, Lucian. Tu propia encuadernación. —Se arrima a mí—. Mira a Nell. Crees

que yo la he matado, que tú jamás podrías hacer algo semejante.

El mundo se detiene. Como un bobo, miro a Nell de forma obediente. Tiene los ojos medio abiertos y manchas oscuras en la zona blanca. No es ella. No es humana. Le sobresale la lengua. Mi sangre se le está coagulando en su mejilla amoratada. Se me revuelve el estómago y le doy la espalda, tragando saliva con fuerza. El papel pintado se convierte en un borrón rosa y rojo oscuro.

—Mi libro. —Me oigo a mí mismo repetir—. ¿Qué quieres decir?

La puerta se abre.

—Gracias, Betty. Déjalo ahí. —Mi padre espera a que se marche antes de introducir el paño de lino en la jofaina y retorcerlo para escurrirlo—. Enséñame dónde te has herido.

Los dedos me palpitan y esa sensación me recorre todo el brazo.

—No. —Mantengo la mano en un puño y me aferro al dolor como si fuera un objeto.

Él suspira.

—No seas infantil.

La puerta se abre de nuevo. El cochero y el mozo de cuadra entran de manera cautelosa con las botas embarradas. El cochero se sobresalta al ver a Nell en el suelo, pero asiente cuando mi padre le da instrucciones y entre los dos la cogen y se la llevan. Otro cuerpo delante de la chimenea, solo que esta vez está muerto, no solo inconsciente. Los imagino tendiéndola en la mesa de la cocina, con los pies apuntando en direcciones opuestas, la falda mojada y oliendo a orina sobre la madera veteada. No puedo soportarlo más. Retiro una silla y me siento.

Mi padre me coge la mano y me abre los dedos. Me pasa la tela mojada por la sangre de la palma y veo el tajo con claridad. Escurre el paño en el recipiente blanco esmaltado y una nube rosada se propaga por el agua.

—Pobre muchacho —dice—. ¿Te duele? —No respondo. Estoy temblando. Dejo que él me sujete—. Bien. No vas a cometer ninguna imprudencia, ¿verdad, querido? —No se oye nada más que el chapoteo del agua. Por fin coge un trozo de tela seco y lo dobla a lo largo para hacer una compresa—. Te encuadernaron hace algo más de dos meses —prosigue—. No pongas esa cara, no tuvo nada que ver conmigo. De haberlo sabido, jamás te habría dejado.

—Entonces...

Guardo silencio. Unos lloros a lo lejos me impiden pensar con claridad.

—¿Qué fue lo que dijiste? «Cualquiera que elige olvidar es un cobarde.» Aunque, teniendo en cuenta la situación... —Coloca la compresa sobre el corte y la sujeta con una larga tira que ata para que no se mueva. Levanto la mirada hacia la suya—. Ah, sí, sé qué querías olvidar —dice—. Pero desconozco a qué encuadernador acudiste. Podría ser cualquiera. —Termina de hacer el nudo y remete los extremos con cuidado.

—Yo...

Pero no puedo pensar. No fui yo. No habría hecho algo así.

—Permite que te dé un consejo, querido muchacho. —Me acaricia la mejilla—. Déjalo estar. Me aparto de él.

—¿Qué?

—Este desafortunado episodio... tómatelo como una lección. —Señala el extremo deshilachado de la tela que cuelga aún de la parte curva superior de la vitrina—. No cometas ninguna estupidez. Necesitas mi protección más de lo que te imaginas. Estás a salvo. No arriesgues eso.

—Te refieres a mi libro.

—Sabes que no puedo decirte qué hay en él. —Se frota los ojos—. No estoy seguro de que quisiera hacerlo. Si supieras...

Cierro los ojos. El olor a lirios surge de la nada.

—Es malo —digo—. ¿No es así?

Él se remueve en su asiento. Parece transcurrir una eternidad antes de que responda.

—Lo siento, Lucian. Me temo que es muy malo.

Me levanto. El cristal hecho añicos se asemeja a una boca abierta. Hay manchas de sangre y orina en el suelo. He dejado una pisada ensangrentada en la alfombra. Todavía se ven las otras manchas. La alfombra está destrozada. Preferiría que mi padre la tirara.

—Quizá sea lo mejor. Puedes empezar una vida nueva con la señorita Ormonde.

Le lanzo una mirada por encima del hombro. Está sentado en el mismo sitio que cuando me amenazó con mandarme a un manicomio la próxima vez que lo desafiara. Ahora parece tan cansado como yo.

—Sí —repongo.

No hay más que decir. Ahora lo único que puedo hacer es subir y cambiarme. Esperar hasta el mediodía para poder tomarme una copa. Pensar en el muro gris de mi cabeza. Tratar de conservar la cordura.

—Estoy seguro de que no caerá en malas manos —añade cuando ya me marchaba.

XXIII

La calle Alderney es más larga de lo que recordaba. Está llena de angostas casas blancas, verjas y aceras cubiertas de la nieve de la noche pasada. Cada dos puertas hay una placa metálica al lado. Cuando doy con el número 12, los pies me duelen por el frío y me escuecen los ojos a causa del resplandor del sol. Me detengo delante de los escalones. Una mujer de luto sale por la puerta. Se baja el velo cuando me ve mirándola.

Yo me toco el ala del sombrero y sigo caminando. Ella continúa con cuidado calle abajo y yo me doy media vuelta y llamo al timbre.

Una mujer delgada y anodina abre la puerta. No es una criada, lleva un vestido de bombasí a rayas moradas y amarillas. Me mira con sus quevedos.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito ver a Emmett Farmer.

—¿Quién?

—Emmett Farmer. —El aire frío se me agarra a la garganta y toso. Ella cambia de postura y mira de forma intencionada por encima de mi hombro mientras tamborilea con los dedos en el marco de la puerta hasta que termino—. Es el aprendiz de De Havilland. Alto, cabello castaño oscuro, sin barba...

Me mira enarcando una ceja.

—Ah, el chico nuevo.

—Un hombre joven, sí.

—Me temo que no está aquí.

—¿Cuándo va a volver?

—No va a volver.

Me la quedo mirando.

—¿Qué?

Ella ladea la cabeza, de modo que el sol se refleja en sus quevedos y no puedo verle los ojos.

—¿Puedo preguntar de qué se trata? Si quiere una cita con el señor De Havilland, ha de concertarse de antemano.

—Discúlpeme. —Doy un paso. Ella se estremece y endereza el brazo para impedirme el paso; la tela morada intenso susurra y me llega un aroma a agua de violetas y alcanfor. Mantengo un tono de voz sereno—. Déjeme entrar, por favor.

—La lista de espera es de dos semanas.

La aparto de un empujón. Ella chilla con indignación, pero ya estoy dentro y no miro atrás.

—¿De Havilland? —La puerta situada a mi izquierda está entreabierta y la empujo. Alcanzo a atisbar unas paredes de color azul verdoso claro, sillas altas y estrechas, y orquídeas. Hay otra puerta al fondo de la estancia con un letrero: «Consultorio»—. ¡De Havilland!

Este abre de golpe la puerta del fondo.

—¿Qué demonios ocurre? Señorita Brettingham, le he pedido que no me molesten. —Me ve y se coloca mejor la corbata. El alfiler de diamantes reluce—. Mi estimado señor Darnay, no lo esperaba... Qué gran placer. ¿En qué puedo ayudarle?

—He venido a ver a Emmett Farmer.

Se hace el silencio. De Havilland menea la cabeza con brusquedad y mira por encima de mi hombro. Cuando me doy la vuelta, la señorita Brettingham se está retirando a la habitación del otro lado del vestíbulo; las sombras tornan en malva y crema los intensos colores de su vestido. Las comisuras de la boca de De Havilland se curvan en una sonrisa—. Le pido disculpas, señor Darnay. Por desgracia, Emmett Farmer nos ha dejado. ¿Tal vez yo pueda serle de utilidad?

—¿Adónde ha ido?

Él se aclara la garganta y señala una silla. Al ver que no me siento, su sonrisa vacila y se alisa el bigote.

—Mi establecimiento goza de magnífica reputación y de unos estándares muy exigentes. No puedo emplear a nadie que muestre la más mínima señal de una conducta... inmoral. —Deja de acariciarse el bigote. Quizá me haya cambiado la expresión—. Me vi obligado a echarlo.

—¿Dónde está ahora?

—Realmente lo ignoro. —Me mira inclinando la cabeza—. ¿Me permite que le pregunte por qué desea verlo a él en particular? Sería un honor para mí ayudarle yo mismo.

Me froto la frente. Todavía estoy deslumbrado por el resplandor de la nieve.

—Se trata de un libro —respondo.

—¿De veras?

Hace demasiado calor en la habitación. Me estoy mareando. Doy unos pasos e inspiro hondo. La camisa se me pega a las costillas.

—Mi libro. Al parecer yo... —Hay un jarrón sobre un pedestal delante de mí y acerco la mano para tocar una orquídea color crema. Es artificial. Me vuelvo de nuevo hacia él—. Fui encuadernado. Emmett Farmer dijo... Antes de venir con usted, trabajó para otro encuadernador. ¿Lo sabía? ¿Está al corriente de la existencia de mi libro?

De Havilland se tira del chaleco para bajárselo.

—No, no, me temo que no —dice—. ¿Cómo iba a saberlo?

—Emmett Farmer lo sabía. Necesito encontrarlo. Voy a casarme. —De Havilland lo sabe, por

supuesto. Jugueteo con los guantes.

—No puedo ayudarle, señor Darnay. Ojalá pudiera. Ojalá hubiera acudido a mí para que lo encuadernase... —Ladea la cabeza con pesar.

—Tengo que encontrarlo. ¿Adónde puede haber ido?

—Eh... —De Havilland toma aire despacio. Se inclina y coloca las ilustraciones sobre una mesa baja. Eso parece llevarle bastante tiempo, como si fuera importante que si la portada aguamarina de *Poemas* estuviera junto a *El cazador ilustrado* o *El caballero*. Por fin se endereza de nuevo y me mira a los ojos—. Señor Darnay, no debe malgastar su tiempo. Muchos jóvenes han cometido algún que otro peccadillo... No, le ruego que me escuche. Ya es imposible que encuentre su libro. En caso, claro está, de que exista de verdad. Emmett Farmer era un embustero y un ladrón. Por favor, haga caso de mi consejo. Olvídelo. Tiene toda una vida por delante. Déjelo estar.

—Sí existe. Mi padre... —Me interrumpo—. De Havilland, le estaría agradecido. Muy agradecido. Mi libro es muy valioso para mí. Cincuenta guineas. Cien.

Él parpadea dos veces con rapidez. Una punzada de arrepentimiento le cruza el rostro, demasiado fugaz para verlo.

—Lamento enormemente no poder ayudarle. —Se saca el reloj del bolsillo del chaleco—. Ahora, le ruego que me disculpe. He de realizar una visita importante.

Lo agarro del hombro.

—¿Cuándo se marchó?

—Antes de ayer, en plena noche.

—¿Y no sabe usted adónde iba?

De Havilland se toca la manga para comprobar si le he dejado alguna mancha y se sacude una mota de polvo invisible. Después me mira.

—Lo lamento mucho, señor Darnay —dice—. Pero, para serle franco, poco me importa si ha muerto congelado.

Cuando salgo a la calle, las pálidas sombras azuladas resaltan las minúsculas depresiones y glaciares que forman las pisadas. El aire es gélido. Un cabriolé pasa de largo. El caballo desprende un vapor denso, como una niebla pasajera. Un transeúnte resbala y extiende los brazos para mantener el equilibrio. Por lo demás, la calle está desierta.

Tomo aire y me quema la garganta. Agarro con mi mano enguantada una de las puntas de lanza que rematan la barandilla. El metal está frío. Agacho la cabeza y aprieto hasta que un intenso dolor causado por el corte me recorre el brazo.

Sin necesidad de mirar, sé que alguien ha apartado la cortina de encaje de la ventana de la sala

de espera. De Havilland me está observando, esperando a que me vaya.

Bajo los escalones y me voy por donde he venido. En la esquina hay un callejón con paredes altas y cuajadas de hollín. Me interno en las sombras y me encamino hasta el fondo. Ante mí hay una calle angosta y embarrada, con una serie de casetas, verjas y patios abiertos. A mitad de camino hay un edificio de madera desvencijado, un poco más alto que el resto. Me detengo frente a él y entorno los ojos para mirar por una ventana. Hay unos hombres trabajando en unas mesas al otro lado de la película de mugre. Uno está martilleando; otro está encorvado sobre algo... Un tercero levanta la mirada del libro que está sujetando, cuyos rojo y dorado brillan.

Toco el cristal y señalo hacia un lado. Le sostengo la mirada al hombre, hasta que él se encoge de hombros, deja el libro y desaparece. Un momento después abre la puerta de la calle y me mira.

—¿Sí?

—¿Es este el taller de encuadernación de De Havilland?

—La puerta principal está en la calle Alderney.

—Busco a Emmett Farmer. El aprendiz.

—Le despidieron —dice, y se dispone a cerrar la puerta.

Me meto la mano en el bolsillo. Él titubea.

—Lo sé —digo mientras dejo que entrevea medio soberano entre el pulgar y el índice—. ¿Adónde se ha ido?

El hombre se aclara la garganta y escupe al suelo sin entusiasmo.

—No lo sé.

—¿Se ha marchado a su casa? ¿De dónde vino?

—Me parece que del campo. De otro taller de encuadernación. —Mira la moneda con detenimiento—. ¿Por qué no se lo pregunta a De Havilland?

—¿Mencionó adónde se iba?

—Mire. —Menea la cabeza—. Le echaron en mitad de la noche. Yo ni siquiera estaba despierto. No sé qué fue lo que hizo, adónde se ha marchado ni si sigue vivo. Seguramente esté por ahí tirado en alguna cuneta, como todo el que no tiene trabajo.

Me arrimo hasta oler su aliento a tabaco.

—Por favor, tengo que encontrarlo.

—Y hablar de los asuntos del taller importa más que quedarme sin trabajo —aduce, y cierra la puerta. Lo oigo alejarse, pero llamo de nuevo y sigo hasta que abre una ventana del taller y se asoma por un lado—. Se fue sin llevarse nada —dice—. Su abrigo y su bolsa siguen arriba. Aquí nadie sabe nada más. Y ahora márchese o llamaré a las autoridades.

Cierra la ventana y echa el pestillo. A través de la suciedad lo veo volver a su trabajo. Está diciendo la verdad.

Tengo tanto frío que me cuesta moverme. Me dirijo al fondo de la calle, evitando los helados

surcos del suelo, y doblo una esquina y después otra. No hay adónde ir, pero continúo caminando, como si mi desesperanza fuera un paso por detrás de mí, incapaz de darme alcance. Pierdo el sentido de la orientación. Debo de estar andando en círculos, pues cuando por fin me detengo estoy en la calle Alderney Crescent, delante de una taberna. Levanto la mirada hacia las columnas corintias y las letras doradas pintadas sobre negro: «La Princesa». O tal vez haya venido aquí adrede, qué sé yo. Da igual.

Dentro, la luz de gas se refleja en el pulido metal, la oscura madera y el cristal grabado. El calor del ambiente, con su olor a carne rancia y a bebida derramada, me da en la cara. Tan pronto me acerco al umbral, empiezo a sentir un escozor en las mejillas, que se me han cortado por el viento. Dejo un chelín en el mostrador, me bebo un vaso de ginebra de un trago y pido otro. Después me siento en un rincón y cierro los ojos.

Emmett Farmer se ha ido. Jamás lo encontraré, aunque siga en Castleford y esté con vida. Solo cuento con la palabra de De Havilland de que estaba vivo cuando abandonó el taller de encuadernación.

Apuro el segundo vaso de ginebra. Cuando me levanto para volver a la barra, se me nubla la vista y tengo que pararme para enfocar bien. Alargo el brazo y me agarro a una columna de mármol. El contorno de las cosas empieza a difuminarse. El brillo del latón es un poco más apagado y el mundo, menos sórdido, mejor. Me hurgo en el bolsillo en busca de dinero al mismo tiempo que se abre la puerta. Una ráfaga de aire glacial me azota los tobillos. Un trozo de papel arrugado se desliza por el suelo a mis pies y se estrella contra mi zapato. Me agacho a recogerlo y lo aliso sobre la barra.

El papel tiene membrete. En la parte superior hay un blasón dorado y un lema: «Liber vos liberabit». Debajo reza: «Simms y Evelyn, encuadernadores». El resto del papel está lleno de instrucciones, con una caligrafía enmarañada y descuidada:

Vaya a ver a madama Halter, en el 89 de la calle Alderney, y pregunte por la señorita Pearl y su especialidad. Se precisa que la cita dure al menos dos horas. Inmediatamente después debe presentarse para proceder con la encuadernación. Cualquier recuerdo perdido por el desgaste, el abuso del alcohol u otra causa conllevará una reducción proporcional de la tarifa, cuya suma se ha acordado que no excederá los diez chelines.

El tabernero me mira, coge el dinero y me pone otro vaso delante.

—Si fuera usted, yo no lo haría, señor —dice. Durante un segundo pienso que habla de la ginebra, pero después señala la hoja de papel con la cabeza—. He conocido a gente que se ha vuelto loca después. Los encuadernadores te prometen muchas cosas, pero si alguien te dice algo antes de que hayas sanado puedes acabar sabiendo que te han encuadernado. Dicen que no saber qué es lo que has olvidado es lo peor.

Hago una bola con el papel y la arrojo lejos.

—Es todo —digo—. Gracias.

Él asiente, percatándose de mi tono de voz. Agarra un trapo y comienza a sacar brillo a la hilera de relucientes grifos.

Pero la página sigue flotando delante de mis ojos. Conozco el establecimiento de madama Halter —es relativamente elegante—, pero no he oído hablar de la señorita Pearl ni de su «especialidad». Muy a mi pesar, puedo imaginarme a la chica que debe de haber leído esas instrucciones. No conozco a ninguna muchacha más joven que Lisette, pero de alguna forma me la puedo imaginar: con un hueco entre los dientes y el cabello recogido en una trenza. En mi imaginación ella sube los escalones hasta la puerta y toca la campana. Está desesperada y es valiente, pero no sabe lo que está haciendo. Es tan ingenua que duele. Y dolerá aún más cuando la puerta se abra, y otra más después de esa. Meneo la cabeza para tratar de despejarla, pero no lo consigo. Puedo verla con total claridad. No se parece a Nell. Por alguna razón, se parece más a Farmer, con el mismo porte valiente, los mismos ojos grandes. ¿Y si fuera una muchacha así?

—Oiga. —Agarro al tabernero de la manga—. ¿Alguien ha..., ha visto usted...? —Me siento mareado, débil por la urgencia. No tiene sentido, pero se me encoge el estómago. Yo tengo la culpa de lo que le han hecho.

—¿Sí, señor?

—La muchacha... —Trago saliva. No es real—. Es decir, la persona que ha tirado ese trozo de papel. ¿Ha visto quién ha sido?

—No lo recuerdo, señor. —Se zafa de mí—. ¿Ha perdido a alguien, señor?

—No. Es decir, sí. —Me obligo a sentarme de nuevo. ¿Qué estoy haciendo? Estoy perdiendo la cabeza. Ella ni siquiera existe—. No importa.

Me dirige una prolongada mirada y dice finalmente:

—Su amor se ha convertido en un libro apasionante, ¿no? Bueno, hay muchos más peces en el mar, si me permite que se lo diga, señor.

—¿Qué? No. No quería decir eso.

Pero me siento tan mal que no puedo pensar. Como si esta muchacha, Nell, mi padre y mi libro formaran todos parte de la misma cosa. El miedo cruje en mis entrañas igual que un cristal roto. ¿Qué he hecho?

El tabernero limpia la barra con el trapo, dejando una película oleosa e iridiscente.

—Ay, los encuadernadores... —dice, y lanza un gargajo en la escupidera—. ¿Ha visto las colas en Library Row? Están rechazando a gente. Es por el tiempo. Hace un frío glacial y los asilos de pobres están llenos. Prefiero una prostituta honesta, sin pensármelo.

—Sí.

Agacho la cabeza. No puedo soportarlo. En mi imaginación veo abrirse la puerta de madama Halter. Veo a la señorita Pearl esperando al fondo de la galería cubierta de cortinas, todo negro, al

pie de la escalera, mirando hacia arriba con el pánico avivándose en sus ojos. Pero la escena se desdibuja y se convierte en el estudio de mi padre y el cuerpo de Nell. Emmett Farmer pronunciando mi nombre con voz estrangulada. La sala de espera de De Havilland y su secretaria fulminándome con la mirada por encima de los quevedos. De Havilland deseando con tono sereno que Farmer esté muerto. Me froto los ojos con los puños y en mis párpados florece un estallido de colores sangrientos.

Quizá Farmer esté muerto. Una parte de mí quiere pensar que lo está. Es culpa suya que me sienta así. Yo estaba bien antes de que él viniera. Ahora no puedo pensar en nada salvo en lo que quizá haya hecho, en mi libro y en él. Y en su forma de mirarme y en que, a pesar de todo, hizo que la sangre se me agolpara en el corazón. No, por supuesto que no deseo que esté muerto. Ojalá pudiera encontrarlo, ojalá pudiera encontrar mi libro. Lo guardaría para siempre. Jamás tendría que preguntarme por qué pensar en el rostro de una muchacha me llena de remordimientos.

Entre una náusea y otra algo me preocupa. Algo que ha dicho el tabernero: «Están rechazando a gente... y los asilos de pobres están llenos».

Me levanto como puedo sin saber por qué. Me tambaleo mientras me meto las manos en los bolsillos, como si el motivo estuviera entremezclado con mi llave y la calderilla. Entonces lo entiendo. Esperanza.

Los encuadernadores son para la gente desesperada. La gente que no puede recurrir a otra cosa. Y si Emmett Farmer está vivo, a estas alturas tiene que estar desesperado. Voy a trompicones hasta la puerta y salgo a la calle. El tabernero me dice algo, pero se pierde en medio de la cacofonía de voces. Me resbalo en una placa de hielo y estoy a punto de caerme. Qué estúpido. Estoy borracho. Debería irme a casa. Pero si hay alguna posibilidad, por mínima que sea... Le doy la espalda al sol de la tarde, doblo la esquina con paso presuroso, cruzo hacia la calle Alderney y salgo a Library Row.

Pero la calle donde se encuentra Simms y Evelyn está desierta y ya han cerrado. Al lado de la entrada comercial hay un aviso en el escaparate: «Prostitutas no». Hay un grupo de mujeres y de niños esperando en silencio en los escalones de Barratt y Lowe, apretujados para protegerse del frío, pero esa puerta también está cerrada y no sale ni entra nadie. Un poco más allá, un hombre ataviado con un delantal le da unos golpes con una escoba a un mendigo en la entrada de Marden.

—Estamos cerrados. Vuelva mañana —dice con cansada resignación, y el mendigo se levanta y se marcha arrastrando los pies.

Ninguna de estas personas es Emmett Farmer.

Continúo andando y dejo atrás los encuadernadores de calidad, el club de bibliófilos y las encuadernaciones escolares, echando un vistazo en cada uno a medida que paso por delante. Me alejo más y más de la calle Alderney, y Library Row se vuelve cada vez más angosta, más sucia y deslucida. Aquí los establecimientos son más desastrados, las sombras moran en las entradas y los

tejados de las casas prácticamente se tocan. Las fachadas de las librerías están desconchadas y la pintura se ha descolorido hasta adquirir un tono grisáceo. Una capa de suciedad cubre los curvados escaparates. Encima de mí veo un letrero oxidado en forma de libro que chirría con el viento. «Libros comerciales», reza a lo largo de dos estilizadas páginas, y al otro lado pone: «Prestamista». Me detengo a echar un vistazo al interior de la tienda y atisbo una estancia abarrotada, llena de vitrinas con baratijas, y un grupo de gente que habla entre susurros. Una mujer desaliñada que hay en una entrada abovedada levanta la mirada cuando paso, pero no me llama ni me hace señas. A sus pies yace una botella de vidrio de color añil, con una etiqueta octogonal. Láudano.

Un viento gélido azota la basura y la gravilla. Me arrebujó en el abrigo y continúo caminando.

«O'Breen e Hijos. Librero autorizado. Sellos auténticos.» Me paro a echar un vistazo por el escaparate y veo un oscuro paisaje de estanterías y lomos. Detrás del mostrador hay un librero rollizo que está hablando con una mujer hecha un mar de lágrimas. Él le acerca la mano, le da una palmadita en la mejilla y le brinda una sonrisita de superioridad. A mi espalda, un hombre se detiene en un carruaje. Pasa por mi lado y se agacha un poco para entrar por la puerta, desprendiendo una peste a cuero y a colonia cara. No le veo el rostro. Una puerta se cierra de golpe al mismo tiempo. Al mirar a mi alrededor veo a una mujer saliendo de un callejón que hay entre dos tiendas. Lleva a dos niños de la mano. El pequeño está lloriqueando y el mayor tiene una expresión vacía y aturdida.

—Muy bien, patito, ya podemos irnos a casa —dice.

Aprieto los dientes y me doy la vuelta. Estoy perdiendo el tiempo. Si Farmer vino aquí cuando De Havilland lo echó, se habrá ganado un dinero y se habrá marchado hace mucho. Ahora estará durmiendo la mona en alguna posada, inconsciente y destrozado.

Salgo a una plaza, apenas lo bastante ancha para que un carruaje dé la vuelta. En medio de un montón de nieve grisácea se erige una única farola apagada, como si fuera una horca. Una muchacha se cobija contra un carro, tiritando y moviendo los pies. Hay un par de hombres acucillados en el bordillo, calentándose junto un cubo con un fuego. Una ráfaga de aire me trae el tufo a humo de fábrica. Me meto en un portal para limpiarme el polvo de los ojos. Unas gruesas franjas grises comienzan a desplegarse en la tajada de cielo que se ve por encima de las casas. Va a volver a nevar antes de que caiga la noche.

En la esquina veo «A. Fogatini, prestamista y librero autorizado». Es el lugar más pequeño y desvencijado de todos y es famoso por ello. Fogatini, las cloacas de la memoria. Una de las ventanas está mal tapiada con unos ladrillos. La otra está tapada con páginas de periódico, que se han descolorido hasta parecer piel vieja. La puerta se abre, suena una campanilla y una luz biliosa baña los adoquines. Sale un hombre; no, dos hombres, y se encaminan hacia mí riéndose. Agacho la cabeza de forma instintiva.

—... pasar una larga noche de invierno —dice uno de ellos—. Un clásico de Fogatini.

El otro se echa a reír.

—Muy cierto. No cabe duda de que es el mejor para este tipo de cosas.

Pasan de largo. El viento se lleva consigo sus voces.

Espero hasta que dejo de oír las pisadas. Después me aproximo a los adoquines todavía iluminados. Por la puerta abierta veo libros amontonados en estanterías y en cajas. Un chiquillo está barriendo el suelo, levantando una nube de polvo de carbón. Bajo la luz titilante de la lámpara solo alcanzo a distinguir la etiqueta de la caja que hay junto a la puerta: «Incompleto (para vender), 1 penique». La repisa de al lado está marcada como «Curiosidades, 2 chelines con 6 peniques cada uno». Un hombre se gira para darle la espalda a la corriente de aire, sin levantar la vista del libro que sostiene. No hay nada más en la tienda. Me duele la cabeza. Debería irme a casa. Este es el último taller y no he dado con él. Al retroceder piso algo blando y un hedor a excremento impregna el aire gélido.

Afuera, encastrada en la pared un poco más adelante, hay una puerta más pequeña. Junto a ella hay un letrero manchado por la lluvia: «Encuadernaciones comerciales. Por favor, llamar. Pagamos bien». Hay dos hombres de pie, discutiendo; uno va en mangas de camisa y se rodea con los brazos para combatir el frío. Echa una ojeada a su alrededor y por primera vez muestra su rostro.

Es Emmett Farmer.

Un rayo solar rojizo brilla por encima de mi hombro, veloz como una cortina al descorrerla. Las sombras se intensifican sobre la acera. La escarcha que se adhiere a los bordes de ladrillos y alféizares resplandece con un fulgor escarlata que acto seguido se apaga. Me cuesta trabajo respirar. Durante un segundo no puedo moverme.

—Te lo he dicho, media corona es demasiado —dice entonces el otro hombre, con voz aguda y acento extranjero—. Dejémoslo en seis peniques.

Agarro a Farmer del brazo y lo empujo hacia atrás con tanta fuerza que noto que se queda sin aliento.

—No, gracias, ha cambiado de opinión —replico por encima del hombro. Alguien detrás de mí chasquea la lengua con indignación y cierra la puerta. Los pies de Farmer se agitan contra los adoquines. De repente estoy sujetando todo su peso y él se desploma en el suelo—. Levanta. —El último cuerpo que tuve en mis brazos fue el de Nell.

—Lucian. —Empieza a reírse, sin parar. Le obligo a ponerse en pie de nuevo y lo conduzco a la puerta más próxima.

Me esfuerzo para mantenernos a ambos de pie. Me tiemblan las rodillas a causa del júbilo, la euforia y la ira.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—¿Qué estás haciendo tú? —Sus pupilas se deslizan hacia arriba y se tambalea.

—No te atrevas a borrarte la memoria. No te atrevas...

Farmer parpadea.

—No era eso lo que estaba haciendo.

—Necesito que recuerdes. Dime dónde está mi libro y después puedes hacer lo que te plazca.

Farmer se me queda mirando.

—Estaba pidiendo trabajo —dice al final—. Ese era el único lugar donde al menos han contemplado la posibilidad.

Un empleo. Por supuesto. No una encuadernación, sino otro contrato de aprendiz. Y yo lo he sacado a rastras de la puerta, como si estuviera a punto de arrojarse a un tren. Pero eso carecía de importancia. Por fin lo había encontrado. Lo sujeto de los hombros con más suavidad, pero soy incapaz de soltarlo.

—Llevo horas buscándote. —Por fin parezco más sereno—. Solo quiero recuperar mi libro. Quiero saber que está a salvo. ¿Dónde está?

—Yo no lo tengo.

—¿Dónde está? —Le clavo los dedos en un hombro. Él se pone a tiritar de nuevo. Siento sus huesos estremecerse bajo mis manos—. Por Dios bendito —maldigo entre dientes.

Me quito el abrigo y se lo ofrezco con brusquedad, pero él encorva los hombros, con los ojos medio cerrados. Tengo que cubrirlo con él, está congelado.

—De Havilland me echó. No tuve tiempo de recoger mis cosas —dice mientras le castañetea los dientes.

—Lo sé. Me he enterado.

—Lo único que quiero... —Se calla y se aclara la garganta—. Quiero irme a casa. Iría a pie, pero con esta nieve...

—Morirías congelado.

—Sí. —Mete los brazos en las mangas del abrigo y se frota la mejilla con un puño.

—¿Cuánto necesitas para pagarte una cama? —Meto la mano en el bolsillo y el frío comienza a atravesarme la chaqueta—. ¿Media corona?

Él se pone tenso.

—No te estoy pidiendo dinero.

—No pasa nada. Es media corona. Toma. —Se la ofrezco. Siento el peso pequeño y frío de la reluciente moneda en la palma de mi mano enguantada.

—No. —Intenta retroceder y se topa con la pared—. No, no quiero tu dinero.

Lo miro y le digo:

—¿Prefieres trabajar para Fogatini a dejar que te dé media corona? ¿Dos chelines y seis peniques? No puedes estar hablando en serio.

Él vuelve la cabeza.

—No pienso aceptar tu dinero. No soy un mendigo.

—No es caridad. Necesito recuperar mi libro. Considéralo un pago por ese servicio.

—Ya te he dicho que no lo tengo.

—Pero sabes dónde está.

Farmer refunfuña con los dientes apretados.

—No puedo conseguirlo. Si pudiera... —Agacha la cabeza y mete la barbilla en el cuello de mi abrigo—. Está muy lejos. En un taller de encuadernación en las marismas, guardado en una cámara acorazada. Es sólida, con una gran cerradura de bronce; no podrías forzarla. La llave la tiene De Havilland.

—¿De Havilland? Me ha dicho que no sabía nada al respecto.

—¿Y tú le has creído? —Las sombras le ocultan el rostro a Farmer, pero puedo ver el brillo de sus ojos mientras me mira—. En cualquier caso, no importa. Sé dónde está, sé dónde se encuentra la llave. Pero no puedo cogerla. Y tú tampoco.

—Le he ofrecido dinero a De Havilland. Cien guineas. Seguro que...

—Lo sabe. Confía en mí. —Las palabras quedan suspendidas en el aire. No hay razón para que confíe en él. Farmer se encoge de hombros.

—Si le quitara la llave, ¿me llevarías allí? —pregunto.

Él profiere una risa ronca.

—La lleva siempre encima. Incluso por la noche. Me da igual quién seas. Él no va a dejar que se la quites. ¿Por qué crees que me dejó tirado en mitad de la nieve sin darme tiempo a coger mi abrigo?

En el cruce situado detrás de nosotros se oye un grito y un ruido sordo, el sonido metálico de un cubo volcado. Un olor a parafina quemada se me agarra a la garganta. Farmer estira el cuello para mirar por encima de mi hombro, entrecerrando los ojos. Un momento después oigo correr a alguien en dirección contraria y él se relaja.

—¿Quieres decir que...? —Me cierro mejor la chaqueta, pero a cada segundo que pasa tengo más frío—. ¿Lo intentaste y por eso te despidió? —pregunto. Él abre la boca como si fuera a hablar, pero se limita a asentir con la cabeza—. ¿Por qué? ¿Para qué la quieres? ¿La llave? Quemaste tu propio libro, así que esa no es la razón. —Farmer no responde ni me mira a los ojos. Entonces digo muy despacio—: Entiendo. Ibas a chantajearme. Por eso viniste a verme.

—¿Chantajearte? Si ni siquiera te acepto media corona. —Se echa a reír de nuevo, solo que durante más tiempo esta vez. Pero cuando lo miro, me rehúye y su sonrisa se desvanece—. Lucian.

—Llámame Darnay. —Me rodeo con los brazos para mitigar el frío—. Ya comprendo. Media corona es una nimiedad. Tú quieres más. Te daré lo que quieras. Tan solo ayúdame a recuperar mi libro.

Él titubea.

—¿Para qué quieres recuperarlo?

—Porque no soporto saber que alguien podría... —Tomo aire. La puerta, la calle, todo se cubre de una bruma nebulosa y oscura. Las paredes que nos rodean parecen cerrarse sobre mí. Lo miro a los ojos. Él me observa con tanta intensidad que se me forma un nudo en la garganta. Algo me lleva a decir—: Me caso dentro de tres días. Solo quiero que todo esto se acabe. Quiero estar a salvo.

Él deja escapar un débil sonido de impotencia.

—Por supuesto que te ayudaré si puedo. Pero De Havilland no te la va a dar por las buenas.

—Voy a conseguir la llave. Como sea.

—Pero Lucian...

—No me llames así.

Nos quedamos en silencio. A lo lejos se oye un tintineo, alguien entrando en la tienda de Fogatini. Vuelve a levantarse viento y nos arroja a la cara una nube de polvo de nieve arenoso. Farmer se deja caer contra la pared y se frota los ojos. Una rata corretea por la calle, esquivando nuestros pies.

—De acuerdo —dice al fin—. Si consigues la llave, te ayudaré. Pero a condición de que me trates como a un igual. No soy tu criado. —Me tiende la mano. Tiene callos en las yemas de los dedos—. Y pienso llamarte Lucian. Ese es tu nombre.

Su mirada es firme y su expresión, vacía. Lo miro. De repente reconozco esa expresión. Así es como miro yo a mi padre, luchando para ocultar el odio.

Ha leído mi libro. Me odia del modo en que yo odio a mi padre.

Cierro los ojos y me invade un escalofrío, es como si fuera transparente para él. Me sumo en el oscuro vacío de mis párpados. Una ráfaga de aire me azota la nuca y noto unos dedos tirándome del codo, pero me zafo de ellos.

—Lo siento. No huyas. Por favor.

Se detiene delante de mí. Estamos en medio de la calle. El sol crepuscular asoma con timidez por encima de las nubes irregulares y alargadas y tiñe el cielo de un tono carmesí. Me deslumbra.

Me vuelvo hacia un lado para mantener las distancias. Hurgo en mi bolsillo.

—Alójate en la pensión Ocho Campanas, que queda cerca de aquí. —Saco un puñado de monedas y se las ofrezco. Más o menos seis chelines—. Debería durarte un par de días. Considéralo un pago anticipado. Te mandaré una nota en cuanto tenga la llave. Después me llevas al taller de encuadernación.

—No lo quiero.

—Acéptalo.

Me mira. El viento le alborota el cabello y tiene una comisura de la boca apretada. Deja que le

ponga el dinero en la palma. Se dispone a guardarlo en el bolsillo de mi abrigo y entonces hace una mueca.

—Ah, espera. —Se mete las monedas en el bolsillo del pantalón. Empieza a sacar los brazos de las mangas del abrigo.

—Devuélvemelo la próxima vez. Yo tengo una chaqueta.

Se produce un breve silencio.

—Gracias.

—Si necesitas más dinero, envíame una nota. Ya sabes mi dirección.

Él asiente. Nos miramos. El sol resplandece detrás de él, derramando su luz rojiza por el hueco entre las viviendas. Se refleja en su cabello y un velo escarlata le baña las sienes, la mandíbula y la punta de una oreja. De manera inesperada, tan repentino como la avalancha de luz solar, me brinda una sonrisa. Eso le transforma por completo el rostro. No recuerdo que nadie me haya mirado jamás de ese modo. Hace que la puesta de sol sea más rojiza, que el olor a hollín y a parafina resulte más potente, que el dolor que me causa el frío en los dedos sea más intenso. Un papel arrugado cruza a toda velocidad los adoquines susurrando. Farmer acerca la mano y me acaricia la mejilla.

El corazón me da un violento vuelco. Después me aparto. «Una encuadernación o estar en una esquina en la calle.»

—¿Qué ocurre? Espera, Lu..., Darnay. Lo siento.

—No te pago para eso. —No sé por qué estoy tan furioso. No es que no haya gozado antes de los favores de una prostituta. Pero ¿él?

—No estaba... No... —Se me queda mirando. De repente su boca se curva y prorrumpe en carcajadas.

—Mantén tus sucias manos lejos de mí.

Todavía siento la impronta de su caricia en la mejilla, como una telaraña. Deseo que perdure para siempre y, al mismo tiempo, quiero que desaparezca.

Él para de reírse.

—Lo siento. De veras. No debería haberte...

—Me importa poco cómo te ganes la vida. Me da igual que De Havilland te despidiera. Límitate a ayudarme a encontrar el libro y después déjame en paz.

Él abre la boca, pero lo que sea que fuera a decir se lo guarda para sí. Asiente con tirantez y da media vuelta. Tengo que esforzarme para no observarlo marcharse. El sonido de sus pasos se pierde. Ahora que se ha ido, tomo conciencia del frío que tengo. Soy un estúpido por confiar en él. No debería haberle dado dinero. Debería haberle dado más.

La luz rojiza es ahora tan débil que las sombras resaltan cada adoquín. Me resbalo con el bordillo. Noto crujir trozos de vidrio roto bajo las suelas. Cruzo la franja de sol para ir hacia la

oscuridad del otro lado de la calle. Por los bordes empapelados del escaparate de Fogatini se ve luz. No queda lejos de la calle Alderney y el mundo de carruajes y farolas. El viento levanta una polvareda de los adoquines y se arremolina alrededor de mis tobillos. Camino con tanta celeridad como puedo, tratando de entrar en calor. Mi reflejo se pasea a mi lado por los sucios escaparates de las tiendas, encorvado para protegerse del frío. Lo veo por el rabillo del ojo y por un segundo tengo la impresión de que alguien va correteando junto a mí.

Llego a la calle Alderney y entonces me entran dudas. Contemplo la hilera de lámparas y las barandillas que proyectan su sombra sobre el reciente polvo de nieve. Hay luz en la ventana de De Havilland. Tiene que haber un modo de conseguir la llave. Pero si el dinero no vale... Se me ocurrirá la solución. Tiene que ocurrírseme.

Al final, el frío me hace girar en dirección a mi casa. Noto aún un hormigueo en la mejilla, como si el tacto de Farmer me calara más allá de la piel. Me sorprende deteniéndome en seco en la acera, contemplando los últimos resquicios del crepúsculo. Una sombra se mueve detrás de mí. Miro por encima del hombro como un tonto, esperando que Farmer esté ahí. Pero estoy solo.

XXIV

A la mañana siguiente todo es pálido, nebuloso y titilante, como si estuviera sufriendo una migraña. Cuando abro la puerta del estudio, el fuego crepita en la chimenea y la corriente de aire cobra más fuerza. Estoy harto de esta habitación. Las paredes rojas se tambalean y se ciernen sobre mí. Hasta donde yo sé, mi padre no me estaba esperando, pero me señala una silla frente a la suya sin levantar la vista. Tomo asiento. No he dormido y noto un dolor recorriéndome las sienes y la mandíbula. Me masajeo un lado de la cara palpando todo lo que puedo, tratando de aliviar la tensión.

—Lucian, mi querido muchacho —dice al fin mi padre, que deja la pluma y enarca las cejas—. Espero que no sea la perspectiva de tus inminentes nupcias lo que te ha reducido a este estado.

—No. Gracias.

Se produce un breve silencio. Me he pasado la noche entera ensayando esto en mi cabeza, pero las palabras no acuden a mí. En la oscuridad, mientras todos los relojes de Castleford marcaban las horas, parecía que era mi única alternativa. Ahora tengo un nudo en la garganta.

—Padre.

—Quizá sería... —dice él al mismo tiempo. Ambos guardamos silencio y nos observamos. El dolor me atenaza el borde de la mandíbula y me baja hasta el hombro.

Él se recuesta en su silla y se pasa un dedo por el labio inferior.

—Mi querido muchacho —repite, y deja a un lado la hoja de papel secante—. Sea lo que sea lo que quieras decirme, te escucho.

Yo asiento. Dirijo la mirada al papel pintado que tiene detrás y después cierro los ojos. Sigo viendo la impronta de las florituras en los párpados, como si fuera la última imagen que ve un muerto. Intento invocar la burbuja gris, pero desde que vi a Emmett Farmer se niega a aparecer. Todo permanece en color, un palpitante rojo sangre.

—Dicho eso —añade mi padre—, tengo otros asuntos que requieren de mi tiempo.

Me obligo a mirarlo.

—Necesito tu ayuda.

—¿De veras? —Coge la pluma y la rueda entre los dedos índice y pulgar. Mantiene una expresión neutral, atenta y amable. Si no lo conociera, pensaría que me quiere.

—De Havilland —digo. Su nombre surge como un balbuceo—. Es decir...

—¿Sí? —No se ha movido, pero algo le ha alterado la expresión.

—Sabe... Ha...

—¿De qué se trata, muchacho? —Se levanta y me da un apretón en el hombro. Capto un asfixiante olor a jabón de afeitarse de sándalo. Lo miro—. Estás consternado, Lucian. Dime qué sucede. Seguro que podemos solucionarlo.

Inspiro hondo. El viento reverbera en la chimenea y el humo entra en la estancia. Me lloran los ojos. Si alguien puede quitarle la llave a De Havilland, ese es mi padre. Pero me cuesta la vida pronunciar las palabras.

—Su aprendiz me dijo...

—¿Sí? —Mi padre me aprieta el hombro y después afloja—. Ah, entiendo. Se trata de tu libro, ¿no es así? Así que, después de todo, acudiste a De Havilland. Dios santo, menudo hipócrita. Vaya, vaya, vaya. No hay de qué preocuparse. Lyon e Hijos es muy seguro, pero, si lo prefieres, me ocuparé de que trasladen tu libro a Simpson.

—No es eso.

Me callo. Una expresión ávida le domina el rostro, el instinto del coleccionista.

Se hace el silencio.

—¿De qué se trata?

Trago saliva. Aparto la cabeza y me seco los ojos llorosos con el interior del puño. Cuando bajo el brazo, atisbo la vitrina de curiosidades. Han sustituido el panel de cristal. Muy a mi pesar, miro al suelo, al lugar en el que estaban las manchas. Alguien lo ha limpiado todo. También han reemplazado la alfombra. En esta habitación no hay nada que demuestre que aquí murió una muchacha.

Miro de nuevo a mi padre. Se está arrimando a mí. Tal vez me haya imaginado la codicia de sus ojos. Ahora brilla en ellos una familiar chispa benevolente. Esa expresión hace que uno se sienta especial. Te promete que todo va a salir bien. Es la forma en que me mira justo después de pegarme.

—Me alegra que acudas a mí, Lucian. Fue una estupidez por tu parte no contarme que te habían encuadrado, para tomar las medidas necesarias. Ahora puedo protegerte de cualquier... inconveniente.

Me levanto como puedo y me alejo un paso de él con torpeza.

—¿Pero se puede saber qué sucede?

No respondo. Mi reflejo me contempla desde la vitrina de objetos curiosos, suspendido entre el colmillo de marfil y los fósiles. Nadie se imaginaría que detrás hay estantes llenos de libros. Pero yo los siento con la misma intensidad que el calor de un hornillo, como si Abigail, Marianne y Nell estuvieran conmigo en la habitación.

—No —replico—. No, no es eso. No es nada. Olvídalo.

—¿No? Entonces ¿qué es?

—Nada. No importa.

Voy hasta la puerta. Estoy temblando, como si acabara de alejarme de un precipicio.

—Lucian.

Mi padre hace que me frene en seco.

—Lo siento. No es importante.

—Eso lo decidiré yo, no tú. Bueno, ¿qué ibas a decirme? Si no se trata de tu libro, ¿de qué se trata?

Toda su benevolencia se ha esfumado. Su voz es cortante como una hoja de papel, afilada y engañosamente suave.

Me doy la vuelta. Una gota de sudor me resbala por la nuca. Tomo aire para empezar a discutir, pero me está observando y la boca se me seca de repente. Me aclaro la garganta.

Él espera.

—Es que... He oído... —Me alegro cuando la chimenea expulsa una nube de ceniza y me proporciona una excusa para toser—. De Havilland... —Me devano los sesos a toda prisa en busca de una mentira—. Su aprendiz me dijo que estaba reproduciendo falsificaciones.

—¿Falsificaciones? ¿Novelas? —Mi padre frunce el ceño—. ¿Te refieres a copias?

—Sí. Copias. En el taller. Me dijo que han copiado el libro de Nell.

Él guarda silencio durante un momento y al final asiente.

—Entiendo.

—Puede que ni siquiera sea verdad.

—Hace tiempo que tengo mis dudas sobre De Havilland. —No me habla a mí—. Gracias. Puedes irte.

—Muy bien.

No espero a que cambie de parecer. Cuando salgo al aire frío del vestíbulo, tengo la camisa mojada y se me adhiere a la espalda y a la parte interna de los brazos. No me detengo hasta llegar a la sala azul y cerrar la puerta. Me apoyo contra ella. El corazón me retumba en los oídos y la jaqueca ha vuelto con todas sus fuerzas.

No debería haber sido tan cobarde. Había decidido pedirle ayuda a mi padre. Ni siquiera sé qué es lo que me ha hecho dudar. Si le hubiera dicho la verdad, en estos momentos estaría ya fuera de mi control.

Levanto la vista y miro el cuadro de las ninfas de agua, pero en vez de su carne húmeda y desnuda lo único que veo es a Emmett Farmer, esperándome en la pensión Ocho Campanas.

Tomo vino y jerez con la comida y un brandi después, pero no surten el más mínimo efecto. Las

nubes se acumulan sobre el sol y empieza a nevar otra vez. Hasta la luz más tenue me hace daño en los ojos.

Antes de que falleciera mi abuela, solía rondar de habitación en habitación buscando algo. Si le preguntabas qué era lo que estaba buscando, se detenía y te miraba durante un momento. Después daba media vuelta y continuaba deambulando, hasta que estaba tan cansada que se tambaleaba. Cecily y Lisette solían reírse a sus espaldas. También yo. Pero ahora siento lo mismo que ella. No puedo estar quieto. Tengo la impresión de que alguien me lleva la delantera y abandona cada habitación justo cuando yo abro la puerta. La sensación es la misma vaya a donde vaya, como si la tibieza de un aliento ajeno perdurara aún en el ambiente. Voy a mi dormitorio y saco *William Langland* del baúl donde lo guardo. Pero no puedo leerlo. No deseo volver a leerlo nunca más. Contemplo la nieve en el exterior. La voz de mi madre atraviesa el vestíbulo, pero afuera reina un silencio sepulcral.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí, contemplando la nieve, hasta que algo se rompe dentro de mí. Bajo la escalera con celeridad. Nadie me ve.

El tráfico abarrota las calles principales y se atasca en el barro congelado. Los carruajes de alquiler se gritan entre sí. Los transeúntes maldicen mientras se abren paso por las aceras. Los mendigos lanzan miradas amenazadoras desde los portales. Pero todo está en calma en cuanto me desvío por una calle aledaña. La nieve amortigua todos los sonidos.

La calle Alderney está desierta y en silencio. Subo los escalones al llegar al número 12, sin darme tiempo para reconsiderarlo. La puerta se abre casi al instante. Es la misma mujer de la otra vez, pero en esta ocasión viste de verde, con cuentas de azabache.

—Vengo a ver a De Havilland —digo.

—¿Tiene cita? —No me da tiempo para que responda—. Me temo que ha salido.

—Esperaré.

Me fulmina con la mirada con sus quevedos. Se acuerda de mí.

—¿Puedo preguntar de qué se trata?

—No.

Doy un paso adelante. Ella se mantiene firme el tiempo necesario para dejarme claro que no tiene por qué permitirme el paso. Después suspira, se hace a un lado y con un gesto me indica la sala de espera.

No hay nadie más. Me quito el abrigo y el sombrero y tomo asiento. Hojeo *Poemas* y *El caballero*. Estrujo una de las orquídeas falsas hasta convertirla en un trozo de cera duro. Me detengo frente a la ventana y busco a De Havilland con la mirada. La calle sigue desierta. La nieve continúa cayendo. La luz empieza a desvanecerse.

Estoy aquí para hacerme con la llave. Para eso he venido. Al menos eso pensaba. Pero ahora, mientras contemplo la nieve desde aquí, no estoy tan seguro. No tengo ningún plan. No tengo

esperanzas. Lo que quiero más que nada es olvidar todo esto. Irme a casa con la mente en blanco. Dormir sin pensar. Haría lo que fuera por no tener que ser yo nunca más. Me planteo una encuadernación como una puerta que te lleva a un cuarto vacío. Puedes despejar tu vida. Empezar de nuevo.

Se me encoge el pecho. Noto un regusto amargo en la boca. Casi supondría un alivio no saber que Emmett Farmer me está esperando en la pensión Ocho Campanas. No sentir esa punzante inquietud cuando visualizo su rostro. No mirar a Honour pasado mañana sabiendo que hay una parte de mí encerrada, oculta. Y hay una solución muy sencilla. Cuando De Havilland venga...

Agarro mi abrigo y mi sombrero. Un instante después estoy en la calle, apretando los dientes mientras el viento frío me arroja agujas de nieve al rostro. Tengo que encontrar la taberna más próxima.

La pensión Ocho Campanas no queda lejos, pero no puedo ir allí. No quiero que Emmett Farmer me vea en este estado. Algo hace que evite también el Palacio de la Princesa. Bajo por Library Row. Hay una farola solitaria en la esquina. Más allá, la creciente oscuridad está salpicada de escaparates manchados de hollín. Sin duda, ha de haber una taberna en alguna parte de este laberinto de librerías. Pero llego a la esquina de Fogatini sin dar con ninguna. Doy media vuelta. Estoy a un tiro de piedra del bar del Teatro Real, donde se reúnen las prostitutas. Me vale.

Vuelvo sobre mis pasos. La nieve cae racheada. Un hombre atraviesa corriendo el haz de luz gélido bajo la farola, agarrándose el sombrero para impedir que se le vuele. El borde le proyecta una sombra sobre los ojos, pero la parte inferior del rostro queda iluminada por un instante. Unos bucles grasientos descansan sobre sus hombros.

Es De Havilland. No debería suponer ninguna sorpresa, puesto que estamos a solo unas calles de su taller, pero el corazón me da un vuelco.

Me detengo en seco. Sin embargo, no quiero abordarlo aquí; le sería demasiado fácil alejarse de mí. Me meto en el portal más cercano y espero.

Dos hombres van bajando la calle tras él, con paso tranquilo. Cuando pasan de largo la farola, se acercan al borde de la acera con aire despreocupado, manteniéndose en las sombras. Me sobresalto al reconocer a uno por su tamaño y al otro por su forma de andar: Acre, el asesor de mi padre, y su mano derecha. Cuando se adentran en la parte no iluminada de la calle, Acre y su hombre —Wright, me parece— intercambian una mirada. Wright necesita solo unos cuantos pasos rápidos para acercarse a De Havilland por detrás. Le tira el sombrero de un golpe. Al mismo tiempo gira el brazo tan deprisa que no da tiempo a ver si tiene un arma. De Havilland cae al suelo en el acto.

Me agarro al borde del portal. La argamasa se desmorona bajo mis dedos. ¿Por qué no he gritado?

Wright se guarda la porra de nuevo en la chaqueta y lleva el cuerpo inerte de De Havilland al

pequeño callejón que hay justo enfrente. Acre se agacha a por el sombrero de De Havilland y sigue a Wright hacia las sombras. Es una ejecución tan hábil que es como un número de variedades. Pero no hay aplausos ni risas. Ahora que el viento ha cesado, no oigo nada más que el latido de mi corazón.

Me dirijo a la entrada del callejón y me asomo. Poco a poco mis ojos se acostumbran a la oscuridad.

Los hombres están agachados junto a De Havilland. Wright sujeta algo encima de su cara. Los pies de De Havilland se sacuden y tiene convulsiones, que disminuyen hasta cesar mientras estoy observando. Sus tobillos giran hacia afuera. Todo queda en silencio. Acre se guarda un pañuelo y una botella de éter en el bolsillo. Wright suelta a De Havilland y mira a ambos lados, gruñendo.

Me aclaro la garganta.

Acre mira a su alrededor. Durante un instante veo la fatiga en sus ojos. Soy estúpido y me ha visto; ahora soy otro problema que resolver. Entonces reconoce mi rostro.

Si está sorprendido, no lo demuestra. Me brinda una sonrisa torcida.

—Señor Lucian —dice—. Buenas noches.

—Buenas noches, Acre. —Las palabras surgen de forma natural y serena.

Ladeo la cabeza para mirar el rostro de De Havilland. Respira. Si tiene un golpe, debe de estar en la parte de atrás de la cabeza. Podría estar dormido. Mantengo los ojos en su cara, pero oigo la voz de mi padre: «Hace tiempo que tengo mis dudas sobre De Havilland».

—¿Mi padre ha ordenado esto?

Acre sonrío.

—Quizá debería marcharse a casa, señor. Estos callejones pueden ser peligrosos de noche.

Me contengo antes de preguntar otra cosa. No quiero oír la respuesta. Me sacudo el hollín de la manga mientras hago por controlar la lengua.

—¿Y los... los demás?

—Seguramente el taller de encuadernación salga ardiendo —dice Wright—. Qué cosa tan terrible un incendio en un taller de encuadernación. Un encuadernador se queda atrapado dentro, nadie lo oye gritar... Una suerte que los empleados se marcharan temprano.

—Cállate —replica Acre tan rápido y bajo que apenas alcanzo a oírlo. Se vuelve hacia mí: la expresión de sus ojos ha cambiado; si mi padre decidiera que después de todo no necesita un heredero varón...—. Esto no tiene nada que ver con usted, señor. Con el debido respeto.

—Por supuesto. —Le brindo una sonrisa—. Siento entrometerme de este modo. Pero resulta que...

Me pongo en cuclillas junto al cuerpo de De Havilland. Le registro los bolsillos antes de que Acre reaccione. Monedas, un reloj y un pastillero resuenan en los adoquines. Un pañuelo. Una pitillera. Un manojo de llaves. Lo cojo y estas tintinean en el llavero. Llávines; la llave de un

aparador y de una licorera; una reluciente llavecita con una etiqueta: «Lyon e Hijos». Una llave de bronce, más grande, antigua y sencilla que las demás.

Acre extiende una mano.

—Necesitamos eso.

Lo miro a los ojos.

—Sí. Por supuesto. —Si van a provocar un incendio en el taller de De Havilland necesitarán entrar sin forzar las cerraduras. Intento sacarla a tientas. Si tardo demasiado, Acre me va a arrebatar el manajo entero. Se le crispa el brazo. Justo a tiempo saco la llave grande de la anilla y me la guardo en el bolsillo. Lo miro y sonrío de nuevo—. Eso era cuanto necesitaba. Gracias.

—Su padre está al corriente, ¿verdad?

—Naturalmente —respondo. Acre se encoge de hombros al cabo de un momento y se hurga un diente con la uña del pulgar; tiene la boca flácida e inflamada. Me enderezo—. Buena suerte con el resto.

—Gracias, señor.

Por su voz, nadie se imaginaría que me está mirando a mí, tomándome la medida.

Asiento y me alejo de allí. Durante los primeros diez metros más o menos noto un cosquilleo entre los omóplatos. Temo sentir de un momento a otro un pie en la corva o un estallido de dolor en el cráneo. Pero nada de eso ocurre. Por fin me detengo junto al escaparate de una tienda. Cuando miro al fondo de la calle, Acre y Wright están saliendo del callejón. Wright lleva a De Havilland cargado al hombro. Cruzan la calle y enfilan un estrecho pasaje, no lo bastante ancho para ser un callejón. Un hombre harapiento merodea en la esquina, tratando de encender un cigarro húmedo. Levanta la mirada y la aparta con celeridad. Deben de estar acostumbrados a semejante imagen por estas oscuras callejuelas.

Ha empezado a nevar de nuevo; copos irregulares flotan a mi alrededor igual que plumas.

Me apresuro hacia el cruce con la calle Alderney, resbalándome sobre trozos de nieve congelada medio ocultos por la nueva capa que se está acumulando. El frío me oprime los huesos como si fuera plomo. Pero no aflojo el paso hasta llegar a la mitad de la calle Alderney, a escasa distancia de la esquina del camino de la Estación con la plaza del Mercado. Ahí las farolas están todas encendidas. El tráfico abarrota el centro de la calle. Las damas cortesanas se congregan bajo el pórtico del Teatro Real, cubiertas por capas ribeteadas de piel de conejo teñido y plumas raídas. Una de ellas me hace señales con la mano, pero le sobreviene un escalofrío y su sonrisa se torna en una mueca.

Necesito escribirle una nota a Farmer para decirle que se reúna conmigo. Lo más conveniente sería a medianoche, en algún lugar tranquilo, donde no haya nadie. No me dijo adónde íbamos a ir. Contaba con llevarme caballos de nuestro propio establo, pero ahora no puedo volver a casa. No puedo arriesgarme a que mi padre me vea. Acre le hablará de la llave. Tendré que buscar un hotel

en el que pueda escribir una nota y estar resguardado hasta que sea hora de marcharme. Alquilaré los caballos en una caballeriza. Compruebo que la llave está en mi bolsillo. Sigue ahí. Miro a mi alrededor, preguntándome si será más seguro el Feathers o el Grosvenor. El gesto me mareo. De repente siento náuseas. Noto un burbujeo de ácido en el estómago que me asciende hasta el pecho. Me apoyo contra el escaparate del establecimiento más próximo. Tiemblo con tanta violencia que me doy un golpe en la frente con el cristal helado.

Si De Havilland no está muerto a estas alturas, pronto lo estará. Por culpa de lo que yo le conté a mi padre. Porque no lo he llamado ni lo he avisado. Cambio el peso de un pie al otro, impotente, despreciándome a mí mismo. Si regreso ahora... Pero tengo miedo. Si mi padre descubre que le he mentado, si decide castigarme... En una ocasión me amenazó con internarme en el manicomio. No estaba tirándose un farol. Un escalofrío glacial me recorre la espalda solo de imaginármelo. Ojalá fuera un héroe, alguien que corre ese riesgo para salvar a De Havilland. Pero no lo soy.

Me encorvo, temblando. Debería haber sido consciente de lo que estaba haciendo. Pero es ahora cuando comprendo que es real. He matado a alguien. El ruido cuando Wright le ha golpeado, el burbujeo y el sofoco mientras el éter le llegaba a los pulmones, los espasmos, las espantosas sacudidas mientras su cuerpo se tensaba... Es culpa mía. Solo mía.

Espero a que se me pase. Se me aclara la vista. En el escaparate, una serie de guantes dispuestos en forma de abanico tienden sus dedos vacíos hacia mí. El horror da paso a una vergüenza muda. Esto es lo que se siente cuando eres un asesino. Y un cobarde. No es de extrañar que hiciera que me encuadernara. Si mi libro se parece en algo a esto... Tengo que encontrarlo.

Y tengo la llave. La he comprado con la vida de De Havilland.

Me seco la cara con la manga. Aunque fuera lo bastante valiente, ya no hay vuelta atrás. Inspiro hondo y me giro para buscar un carruaje de alquiler.

XXV

Más tarde, esa misma noche, deja de nevar. El viento sopla con más fuerza que nunca. Arrastra las nubes, arranca las ramas de los árboles y arroja arenilla de argamasa y piedras. Cuando llego a la lonja, el cielo está raso y la luz de la luna llena le confiere una pátina lechosa. La plaza de la lonja es igual que un escenario vacío, iluminado por la intensa luz de las candilejas. Los edificios a ambos lados de la calle principal amortiguan el tráfico y solo el sonido cortante de los cascos de los caballos interrumpe el silencio. No me gusta cabalgar así, tirando de otro caballo que va detrás del mío. Temo llamar demasiado la atención y que alguien se lo diga a mi padre. Pero nadie me mira, salvo las escasas prostitutas que todavía quedan fuera del Teatro Real.

Todo se asemeja tanto a un sueño que dudo que Farmer esté allí. Pero sí está. Debajo del reloj. Está arrebujado en mi abrigo, golpeando el suelo con los pies. Cuando me oye llegar, retrocede y se interna en las sombras. Entonces ve que soy yo.

—Darnay —dice—. Empezaba a pensar que te... —Se interrumpe.

Sale a luz de la luna, se sube a la silla con soltura y avanza unos pasos por delante de mí, sin mediar palabra. Yo azuzo a mi montura y lo sigo. El reloj da las doce a nuestra espalda.

Durante los primeros kilómetros lo único que me importa es salir de Castleford. En cada esquina, en cada sombra y callejón, en mi cabeza se mezclan fragmentos de recuerdos con presagios catastrofistas: el sonido del metal chocando con hueso, la voz de Acre advirtiéndome que pare, Farmer cayéndose al suelo, ahogándose con su propia sangre, un último espasmo antes de perder la consciencia... Pero me relajo cuando dejamos atrás las últimas casas a medio construir. El aire aquí es más limpio, lejos de la pestilencia del fuego del carbón y de las fábricas. Hay más espacio, más luz. Inclino la cabeza hacia atrás. En el horizonte, al otro extremo de donde se encuentra la luna, el cielo está cuajado de estrellas.

Ahora nos encontramos en la linde del bosque. Al principio, unas rayas negras y plateadas surcan la nieve. Más delante, la oscuridad se torna más profunda. La luz de la carretera será suficiente para cabalgar. Pero en los siguientes metros la oscuridad extiende su reluciente red a cada lado. Algunas criaturas corretean aquí y allá. Un zorro nos mira con sus brillantes ojos. Mi caballo alcanza al de Farmer y relincha.

Vamos cabalgando uno al lado del otro. Hasta ahora Farmer ha estado en silencio. Los caballos continúan su ardua marcha. El ritmo de sus pasos es tan monótono que casi me induce al sueño.

—¿Qué le ha pasado a De Havilland?

Su voz resuena como un disparo en medio del silencio más absoluto. Estoy a punto de frenar mi caballo sin pensar.

Farmer enarca las cejas. Sus ojos son más penetrantes que antes. Tiene más color en las mejillas.

Se me atasca la voz, como si no hubiera hablado desde hace días.

—¿Qué te hace pensar que te lo voy a decir? —replico.

—Podrías confiar en mí. ¿Qué tienes que perder?

—Todo.

—Vamos, Darnay. Ya sé más de ti que tú. —Me brinda una sonrisa torcida.

Es cierto. Y no me importa tanto como debería. Ya no. Aparto la mirada. Los intensos blancos y negros del bosque se desdibujan y me deslumbran. Estoy demasiado cansado para continuar mintiendo.

—Lo han drogado. Van a incendiar el taller de encuadernación. Con él dentro.

—¿Qué? —Farmer frena en seco.

No debería habérselo contado. Se me queda mirando y en medio del silencio veo su expresión pasar de la incredulidad a la credulidad.

—No podía detenerlos.

—¿El taller entero? ¿Qué pasa con los demás?

—Solo les importa De Havilland —digo como si eso lo justificara todo, como si una única muerte miserable no contara.

—Aun así, no podemos... —Tira de las riendas para girar su montura—. ¿Es que no lo entiendes? Es un asesinato.

Yo mismo he pronunciado esa palabra para mis adentros, pero oírlo en voz alta me quita el aliento.

—Por supuesto que lo entiendo. Pero no podemos detenerlos. Ojalá pudiéramos.

—Tenemos que intentarlo. ¡Vamos!

Me muerdo el labio. Farmer va a darse la vuelta. Cualquier persona decente lo haría. Yo debería haberlo hecho. Ojalá hubiera... Pero es demasiado tarde.

—No podemos hacer nada —alego—. No va a servir de nada.

—Podríamos...

—Mi padre ha tomado una decisión. No puedes impedirlo. Si te interpones, acabarás en el taller con De Havilland.

—¡Tenemos que hacerlo! —Me mira fijamente—. No vas a dejar que lo maten. —No puedo hablar. Mi silencio es la mejor respuesta—. Lucian...

—Por favor, te ruego que no lo hagas. Vas a morir tú también. Si mueres por mi culpa... —Se

me quiebra la voz. No importa. Que piense que solo me preocupo por mí—. Y si mi padre se entera de esto, me va a meter en el manicomio.

Pero ¿por qué Emmett debería creerme? ¿Por qué debería importarle? Le he confesado que he consentido el asesinato. Y soy un cobarde. Ahora seguro que me desprecia, si no lo hacía ya.

Nos quedamos en silencio. Agacho la cabeza y me trago el sabor metálico de la lengua. Después señalo la carretera que tengo enfrente.

—Tan solo dime adónde tengo que ir.

Farmer empieza a hablar y se calla. Unas volutillas de vaho suben desde la nieve de la cuneta. Al final le chasquea la lengua al caballo y lo hace girar de nuevo. Pasa por mi lado en la dirección a la que nos dirigíamos en un principio. Lo veo alejarse más y más, hasta que por fin vuelve la cabeza para mirar por encima del hombro. Una sensación de incredulidad y calor palpita en todo mi ser. No sé por qué ha cambiado de opinión, pero parece una especie de milagro.

Valgo mucho dinero para él. Eso es todo. Debe de ser eso.

Espoleo al caballo con los talones y el animal emprende de nuevo el trote con desgana. Cuando estoy a unos metros de Farmer, se pone en movimiento otra vez. Ninguno habla. El camino parece el mismo de hace unos minutos. Nos imagino dando vueltas en círculo, con el camino nevado desplegándose y el diorama de árboles ventosos repitiéndose sin cesar. No me importaría.

—¿Se supone que también yo tenía que estar en el taller? —pregunta al cabo de un largo rato—. ¿Tenía que morir quemado junto con De Havilland?

No respondo, pero, muy a mi pesar, lo miro. Él profiere un suspiro de desaliento.

—¿Por qué Acre no ha llevado a De Havilland a otro encuadernador? ¿No es eso lo que suele hacer?

—Qué sé yo. —Me aparto el pelo de los ojos. La escarcha ha formado terrones al congelarse. Farmer aparta la mirada—. ¿Cómo sabes tú lo que suele hacer?

Se le tensan las comisuras de la boca. Al final se encoge de hombros y dice:

—Es una larga historia.

—Adelante con ella.

Farmer suelta un bufido.

—No puedo. Créeme que me encantaría.

—¿Has...? Dime que no has intentado chantajear a mi padre.

—Por Dios santo, basta ya de hablar de chantaje. —Gira al caballo y el mío se detiene de golpe—. No te estoy chantajeando. ¿Es que no puedes metértelo en la cabeza? Te voy a devolver hasta el último penique de tu asqueroso dinero. Solo llevo puesto tu abrigo porque si no me moriría congelado.

No articulo palabra. Coloca al caballo de frente una vez más. Se limpia la boca. La vena de la frente le sobresale, como si fuera una hebra de hilo.

Paso por su lado. Contemplo las sombras debajo de los cascos del caballo y las veo combarse y deslizarse sobre los montones irregulares de nieve acumulada.

La carretera se curva. A nuestra derecha se abre un claro y desaparece a continuación. En medio hay una carbonera ardiendo. Acto seguido ya no está. Un búho ulula y asusta al caballo. La sangre me ruge en los oídos.

Farmer me alcanza. El camino serpentea colina arriba y desciende por un rocoso barranco.

—Podrías haberles dicho dónde estaba yo.

—No seas imbécil. ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—¿Por qué no lo hiciste?

—¿Me estás diciendo que debería haberlo hecho?

—Te pregunto si desearías haberlo hecho.

Me froto la frente para tratar de recuperar la sensibilidad de mi piel entumecida.

—No lo hice porque puedes llevarme hasta mi libro.

Él asiente.

—Tu libro. Sí. Por supuesto.

—Sí. —Hasta he perdido la sensibilidad en los labios y la lengua a causa del frío—. ¿Qué estás intentando decir? ¿Por qué otra razón iba a importarme lo que te pasara?

—En efecto, por qué otra razón.

Farmer tose, carraspea y escupe. El gargajo se hunde en la nieve. Deja una impronta, como si fuera una hoja. A continuación sacude las riendas y su caballo acelera el paso. No mira atrás. Cabalgo detrás de él en silencio.

Continuamos sin parar. Todo parece igual. Empiezo a quedarme dormido. De repente todo es más liviano y me despierto sobresaltado. Hemos llegado al final del bosque. Las marismas se extienden ante nosotros, desiertas y resplandecientes bajo la luna. La carretera apenas se ve, parece una filigrana. Donde se curva, alcanzo a distinguir un manchurrón oscuro que podría ser una casa o una formación rocosa.

—Vamos a parar aquí —me dice por encima del hombro—. Tengo que orinar.

Tiro de las riendas y detengo al caballo junto a él cuando desmonta. Farmer aterriza con un ruido seco y se tambalea. Señala los árboles y desaparece entre las sombras. Yo también desmonto. Se me han congelado los músculos de las piernas. Estoy helado y me duele todo el cuerpo. ¿Cuánto tiempo llevamos cabalgando? Horas. La luna está más baja que antes. Saco el reloj, pero me he olvidado de darle cuerda. Tiene escarcha adherida a la caja.

Cuando Farmer emerge de nuevo bajo la luz de la luna, me abro paso entre la profunda nieve hasta otro grupo de árboles. Al principio creo que hace demasiado frío para desabrocharme los

pantalones y tengo que quitarme los guantes. Cuando termino, tireo a tientas de la bragueta y lucho con los botones.

—Venga, que me estoy congelando —dice Farmer por encima del hombro. Después ve lo que estoy haciendo—. ¿Necesitas que te eche una mano con eso?

Siento un hormiguelo en la piel al ruborizarme.

—No seas estúpido.

—Estaba bromeando.

—Ah.

Consigo abrocharme el último botón. Al levantar la mirada veo que él continúa observándome. Me sonrío. Es una sonrisa torcida, reticente, pero sin rastro de burla. Durante una fracción de segundo un color me invade la visión periférica, una sensación de luz, de amplitud, como si alguien hubiera levantado la tapa de una caja.

—Vamos. —Se coloca junto a mi caballo y entrelaza los dedos—. ¿Necesitas que te ayude a montar?

Quiero negarme. En la plaza del Mercado él montó con facilidad, de manera grácil y natural, como si llevara haciéndolo toda la vida. Yo solo puedo subirme a un caballo si hay un montador y con el viento a favor. Así que sin su ayuda no estoy seguro de poder subirme a la silla.

—Gracias. —La palabra se me adhiere a los dientes. Él sonrío, como si supiera con exactitud lo que siento.

—Vamos, pues.

Me impulsa hacia arriba sin problemas. Tengo los músculos agarrotados por el frío, pero me encaramo a la silla sin esfuerzo. Farmer monta el otro caballo. Todavía sonrío, pero no a mí.

—¿Qué es lo que quieres, Farmer?

La sonrisa se esfuma. Mira a su alrededor, como si se acabara de despertar y no supiera dónde está.

—¿Qué?

—No te entiendo. Dices que no quieres dinero. No me estás haciendo chantaje. Me ayudas, pero me desprecias. ¿Por qué?

—¿Despreciarte? Lucian...

—¡No me llames Lucian!

Él parpadea. Su rostro carece de expresión. Al cabo de un largo rato se encoge de hombros.

—De acuerdo. No importa. —Sacudo las riendas—. Vamos.

—Ya sé que no lo recuerdas. Eso lo sé. Pero ojalá...

Yergo la espalda y le clavo los talones en los costados al caballo. Su voz se torna en un murmullo, distorsionada de repente, como si lo estuviera oyendo debajo del agua. Después todo desaparece. Estoy solo en ninguna parte. El aire destella, repleto de luz, como una ventisca de

estrellas. Parpadeo y se disipa. He vuelto. Meneo la cabeza para dispersar los últimos y resplandecientes copos.

No nos hemos movido. Farmer me mira fijamente.

—¿Qué? —Veo chiribitas, que caen y se consumen con celeridad.

—No importa. Es una estupidez; no puedo evitar intentarlo.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—No te preocupes. Tienes razón. Se está haciendo tarde; bueno, temprano. Vamos.

—Espera. Has intentado decirme algo, ¿no es así?

Esto fue lo que sintió Nell. El mundo deslizándose entre los dedos, como si fuera agua. No hay nada a lo que aferrarse. Si tratara de agarrar la rama más próxima, mi mano la atravesaría como si fuera una nube de humo.

—Olvidalo. —Al cabo de un segundo se echa a reír de manera cortante.

—Ya lo has hecho antes, ¿verdad? Cuando viniste a verme. Hiciste que el mundo se volviera extraño. No vuelvas a hacerlo.

Pero no me mira.

—Vamos. Me estoy helando.

—¿Me has oído?

—Vamos a encontrar tu libro. Todo va a ir bien. —Arrea a su caballo y se pone en marcha.

Me quedo mirándole la espalda. Nada va a ir bien jamás. He matado a un hombre. Pero irá mejor. De la nada surge una imagen en mi cabeza: el compartimento secreto de mi baúl de las mantas. Una botella de brandi, *William Langland*, *Lucian Darnay*. Quizá sería mejor alquilar una caja en un banco, como la caja fuerte de mi familia, que está en Simpson, donde los títulos de acciones de mi padre y los diamantes de mi abuela se pudren en la oscuridad. Pero ¿estaría tranquilo sabiendo que está fuera de mi alcance?

Farmer me ha dejado atrás. Espoleo al caballo, apremiándole para que le dé alcance. El animal acelera y adopta un trote cansado. Pero Farmer se mantiene por delante, acelerando el paso para que no pueda alcanzarlo. No mira atrás.

La luna ya se ha ocultado cuando llegamos a la casa. Un extenso banco de nubes se acerca por el oeste, pero todavía hay luz suficiente gracias a las estrellas y a la nieve. Los caballos continúan avanzando, fatigados. Estoy casi dormido cuando por fin Farmer se detiene y desmonta delante de mí.

—Hemos llegado.

Parece que tenga arenilla en los ojos a causa del agotamiento y del frío. Me los limpio con la manga. La casa es más grande de lo que esperaba, con tejado de paja, entramado de madera,

ventanas con celosía y una puerta principal tallada. Una montaña de nieve que llega hasta la cintura se ha acumulado contra la fachada debido al viento. Del extremo del tirador cuelga un carámbano de hielo.

Rodeo la casa hasta un patio siguiendo a Farmer. La casa constituye un lado de un cuadrado. Enfrente hay cobertizos y un establo. Reparo en el empedrado y en la paja nueva. Quienquiera que viva aquí no es pobre, pero sí perezoso. Hay una mata de paja colgando sobre la fachada, cuajada de pegotes de hielo. La capa de nieve es gruesa aquí también y está salpicada de pisadas de aves y de ratas. Pero las paredes han repelido el viento del norte y los montículos de nieve acumulada son escasos. Farmer llega a la puerta del establo sin grandes problemas y guarda los caballos dentro. Lo ayudo a cerrar el último tramo de la puerta arqueada. El lugar apesta a humedad y a podredumbre. Él tuerce el gesto.

—Está bien para unas horas. Nos marcharemos en cuanto salga el sol.

Hace tanto frío que no me importa. Me cobijo en un rincón mientras él mete los caballos en las cuadras. Rompe el hielo de un cubo. Tengo el cerebro congelado. Ni siquiera puedo pensar.

Me mira, pero no para hasta que los caballos están cómodos y les ha limpiado la boca con un puñado de paja. Después me hace señas. Hay un sendero que sale del patio y rodea la parte de atrás de la casa hasta otra puerta. Las marismas se extienden al otro lado, tan desiertas y blancas que ni las veo. La sensación se asemeja al vértigo. Entro tambaleándome, contento de estar rodeado de paredes.

Pero dentro hace el mismo frío. Más, si cabe. El aire me irrita la garganta mientras baja. Ahora me doy cuenta de que la casa está vacía. Un olor a muerto y a rancio flota en el ambiente y algunas briznas de hierba seca se han colado por debajo de la puerta. Aturdido, sigo a Farmer hasta una estancia alargada. Hay mesas, estanterías y aparatos; agujas y cuchillos.

—Dame la llave y vamos para abajo. —Me mira—. ¿Te encuentras bien?

—Solo tengo frío.

—Enciende el fuego. Hay cerillas en la repisa. No importa, ya lo hago yo. Siéntate. —Empieza a cargar la estufa con troncos.

—¿Tienes brandi?

—Borrachín. —Se endereza para mirarme y la sonrisa desaparece de su rostro—. Voy a ver.

Yo asiento. Cada pensamiento que me cruza la cabeza es débil y sensiblero, como una planta que se ha helado. Saco un taburete y me dejo caer. Por fin algo de calor me llega a las piernas. Me inclino hacia delante y me despojo de los guantes.

—Toma. —No me había dado cuenta de que se había ido, pero ya ha vuelto. Me da un vaso. El aroma a miel y a lavanda me hace toser—. Hidromiel —añade—. No hay brandi. De Havilland se lo bebió todo. —Levanta su propio vaso a modo de un brindis mudo.

Está bueno. Es medicinal. Parece una bebida virtuosa y nutritiva. No como el caro licor de mi

padre que bebo para emborracharme. El calor y el dulzor se concentran en mi lengua. Es como beber luz del sol.

—¿Mejor?

—Gracias.

Farmer se quita el abrigo y lo deja sobre la mesa de trabajo. Se apoya en la pared junto a la estufa. Me está observando. Yo lo observo mientras me observa. Él agacha la cabeza para ocultarlo, pero no cabe duda de que está sonriendo.

—Qué.

—Nada.

—Venga, qué.

Encoge un hombro.

—No puedo evitarlo.

—Te estás riendo de mí.

Farmer inclina la cabeza y se toma un trago de hidromiel.

—De ti no.

Mira la estufa. Ha dejado la puerta abierta y el fuego proyecta su roja luz en el suelo. Las llamas son como satén deshilachado. Se ríe entre dientes.

Empujo el taburete hacia atrás y apoyo los codos en la mesa a mi espalda. Ahora que he entrado en calor, la habitación me recuerda a la sastrería de Esperand, con sus maniqués, sus cajas y sus rollos de tela. O a nuestra cocina, con sartenes y moldes colgando de las paredes y la mesa, tan frotadas que parecen de plata pulida. Aquí no hay nada lujoso y es hermoso justo por eso. Hasta los azulejos pintados que recubren la estufa tienen su razón de ser. Intento distinguir los dibujos de hojas y animales. La luz de la lámpara juega sobre el rostro de Farmer y le arranca un brillo dorado de las pestañas. Tiene una diminuta cicatriz encima del labio superior.

Farmer extiende las manos sobre la parte más caliente de la estufa. Después las baja despacio, hasta casi tocar el metal. Siento un hormigueo en mis propias manos. Se aparta, me mira y se echa a reír.

—De acuerdo. —Apura el último trago de hidromiel—. ¿Estás listo?

—¿Para qué?

—Para tu libro, desde luego. ¿Tienes la llave?

—Sí. —La saco del bolsillo y se me cae al suelo.

Farmer trata de cogerla. Actúa con torpeza, pero está impaciente, no temeroso. Cuando la agarra, me mira como si esperara algo.

—Muy bien. Vamos. —Se yergue y se acerca a mí, pues parece pensar que necesito ayuda para levantarme. Al ver que me quedo mirándolo a los ojos, se encoge de hombros y se aleja.

Coge la lámpara, abre la puerta del fondo del cuarto y entra. Huele como una tumba, pero al

otro lado la temperatura es templada, casi hace calor. Me imagino el moho y otros organismos fungosos creciendo en las paredes. Lo sigo con celeridad porque de lo contrario bajaré los escalones a oscuras.

Estamos en un almacén. Es un caos. Cajas apiladas contra las paredes. Herramientas que no conozco desperdigadas por doquier...

Farmer deja la lámpara, me mira y aprieta los dientes.

—¿Preparado?

—Ya he dicho que sí.

Tiene las mejillas sonrosadas. El sudor le perla el nacimiento del cabello. Introduce la llave en la cerradura. Alargo la mano y me agarro al borde de la mesa. Mi pulso suena como la cuerda de un arco.

La cerradura hace clic y la pared entera gira sobre unas bisagras ocultas. Detrás hay un cuarto oscuro repleto de estanterías vacías. Farmer contiene el aliento. Alarga el brazo despacio y deja la llave, que se cae al suelo porque no logra alcanzar la mesa. El ruido metálico responde con un débil eco en la oscuridad que se extiende más allá, como si la caja fuerte tuviera su propia voz.

Ahí no hay nada.

Doy media vuelta y subo la escalera. Farmer pronuncia mi nombre, pero no miro atrás. La oscuridad tira de mis talones, como si fuera barro.

Unos pasos suben por la escalera detrás de mí. Farmer se detiene arriba en la entrada. El silencio se dilata.

—¡Joder, joder, joder! —Está sin aliento. Da un puñetazo en la pared.

Yo recojo mis guantes. Parece que están mojados por el frío, como si acabaran de arrancarle al animal la piel. Junto a ellos, en la mesa, hay una especie de cuchillo. Su longitud es la mitad de mi antebrazo y la hoja está cortada en ángulo. Unos rayos de luz de la estufa danzan sobre el filo biselado.

Me pongo los guantes, entrelazando los dedos para que las costuras se ajusten bien entre los nudillos, y cojo el sombrero. Después me vuelvo por fin y lo miro.

—Como es natural, el pago está fuera de toda discusión.

Él se me queda mirando.

—¿Qué?

Me aparto el pelo de la frente. Compruebo que la cinta del sombrero no se ha arrugado y me lo pongo.

—¿Nos vamos?

—Lucian... —Da un paso hacia mí—. Espera. No lo sabía. Creía que estaría aquí —dice. Yo

me encojo de hombros con tirantez—. De Havilland debió de cambiar de opinión. Volvería después, puede que mientras yo estaba enfermo, y se lo llevaría todo para venderlo.

—¿A quién?

—A cualquiera. A cualquier coleccionista. —Se mece sobre los talones. Después le da una patada a la mesa con tanta fuerza que se desplaza unos centímetros—. Solo una persona lo sabe.

—Me mira—. Y es probable que ya esté muerta.

No añade que la culpa es mía. No es necesario. Veo una imagen del callejón, del cuerpo de De Havilland.

Me coloco bien el ala del sombrero. No quiero que me vea la cara.

—Me voy a casa. —Temo tanto el camino helador de vuelta hasta Castleford que mis huesos parecen de plomo—. De nada sirve permanecer aquí. —Él me da la espalda. Una ráfaga de viento sacude las ventanas—. ¿Vienes?

Farmer no responde. Afuera, la nieve azota las marismas. Tenemos que marcharnos ya, antes de que empeore. Voy a casarme pasado mañana. Si me quedo aquí atrapado...

—Venga. Vámonos. —Espero a que se mueva. Al ver que no lo hace, cojo su abrigo de un lado de la mesa y se lo lanzo—. He de devolver los caballos a la caballeriza.

Se hace el silencio. Farmer no coge el abrigo.

—¿Y si no regresamos?

—¿Qué?

Se da la vuelta y me mira a los ojos.

—No tienes que volver. —Hay algo en su expresión que no entiendo—. No tienes por qué hacerlo.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Podríamos... —Se encoge de hombros con impotencia—. Si nos quedáramos aquí...

—Por supuesto que tengo que volver.

—Lucian. —Me tiende la mano.

—¡Maldito seas, deja de llamarme así!

Me zafo de su brazo y trato de pasar a empujones. Pero soy torpe y estoy alterado, de modo que me golpeo con fuerza la mano con el lateral de la mesa. Siento un estallido de dolor en la muñeca y los dedos. Me tambaleo hacia un lado y me derrumbo sobre la mesa de trabajo mientras trato de respirar.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Me sujeto la mano contra el pecho. Las lágrimas me anegan los ojos en el acto.

—Lucian, estás sangrando. Tu guante...

—Lo sé. —Exhalo, inhalo despacio y exhalo de nuevo—. No has sido tú.

—Lo siento. No lo sabía.

—No es nada —digo, pero él intenta asirme la muñeca y me pongo tenso.

—Déjame ver. Por favor. —Se queda inmóvil, observándome, hasta que asiento. A continuación, tira de mí con delicadeza. Me quita el guante, acerca un taburete y se sienta. No me suelta en ningún momento—. Tiene pinta de doler. ¿Qué ocurrió?

—Yo... —Me aclaro la garganta y me seco los ojos con el puño—. Rompí un cristal. Estaba intentando... —Me callo. Él espera—. Nell se había ahorcado y yo intenté cortar la cuerda para bajarla.

—¿Se ahorcó? ¿Nell? ¿La joven a la que yo..., a la que yo encuaderné?

—Sí.

Nos quedamos en silencio. Él se pone de pie. Por un momento pienso que va a marcharse, pero va hasta el fondo de la estancia y coge un tarro vacío. Abre la ventana, raspa un poco de nieve y la echa en el tarro. Lo pone encima de la estufa para que se derrita. Observamos las raspaduras blancas convertirse en agua. Después vuelve con él, coge la botella de hidromiel con la otra mano e introduce un trozo de esponja en el agua y me limpia la sangre de la palma. Acto seguido humedece la esponja con el hidromiel.

—Esto te va a doler.

Sí duele. Pero al cabo de un segundo la quemazón se alivia y el dolor cesa. Farmer enjuaga la esponja. Yo no miro.

—¿Estás bien? —Asiento—. ¿Estás seguro? —Deja la esponja sobre la mesa y se inclina hacia delante. Me pongo tenso, expectante por si me toca, pero no lo hace—. Lo siento.

Meneo la cabeza. La nieve crepita contra la ventana.

—Si me hubiera esforzado más podría haberla salvado —digo.

Él cambia el peso de un pie al otro, pero no dice nada.

Yo tomo aire y digo:

—Han matado a De Havilland por mi culpa. Porque mentí a mi padre. También soy responsable de eso.

Farmer está muy quieto.

—Tú no lo has matado.

—Sabía lo que iba a pasar. Lo sabía cuando mentí.

Lo miro a los ojos, sin poder evitarlo. Él no flaquea. Soy yo quien aparta la mirada.

—Voy a por una venda —dice al cabo de un rato.

De repente recuerdo a mi padre anudando los extremos del lino blanco alrededor de mi pulgar con gran esmero.

—No. —Cierro la mano—. Así está bien.

—Pero...

—¡No! —Me pongo de pie—. Gracias. Tengo que irme a casa.

—Te va a sangrar más si no me dejas que...

—Por favor, para. —Se me quiebra la voz. Cierro los ojos. Ahora está de pie, bastante cerca de mí. Siento el calor de su cuerpo.

Farmer me agarra la muñeca y, uno a uno, me abre los dedos con suma delicadeza. Eso me provoca un intenso dolor en el corazón y en la garganta, que nada tiene que ver con el corte. Me ladea la palma para verla.

—Vale —dice al fin—, pero ve limpiándola.

Estoy muy cansado. Tengo que apartarme de él. Si me mira, va a ver... Pero la cabeza me da vueltas. Si me cayera ahora, él me cogería. El viento reverbera en la chimenea y me arroja una ráfaga de aire frío contra la nuca. Despacio, como si algo en mi interior se estuviera disolviendo, me inclino hacia delante. Apoyo la frente en su hombro. Noto que se paraliza. Nos quedamos así, respirando a duras penas. Cada parte de mi ser se concentra en el lugar donde mi piel y su camisa se encuentran.

—No pasa nada —dice en voz muy queda.

Sí que pasa. Pero él me agarra de los hombros y me sujeta. Dejo que aguante todo mi peso. Le oigo el corazón. Cuando levanto la cabeza, me está mirando con una expresión penetrante y llena de dudas, y eso hace que una oleada de calor me recorra entero.

Ese es el momento justo en que debería apartarme. Pero no lo hago.

XXVI

La tormenta de nieve cesa en algún momento de la noche. Cuando me despierto, el dormitorio está más silencioso que cualquier otro lugar donde haya dormido. Solo se oyen el zumbido del viento en el techo y mi respiración y la de Emmett.

La cama está situada al lado de la ventana. La luz se atenúa o resplandece a medida que las nubes pasan por delante del sol. Se ve un retazo de cielo azul a un lado, que va deslizándose según el viento lo arrastra. El sol se refleja en un carámbano de hielo y proyecta unos círculos sobre las tablas del suelo.

Me desligo de Emmett, procurando no despertarlo. Él suspira y se hace un ovillo, encogiéndose las rodillas contra el pecho y acurrucándose entre las mantas. Tiene el rostro sepultado en la almohada. Solo le veo la oreja y la curvatura de la mejilla. Siento un cosquilleo en los labios al recordar su piel, caliente y un tanto áspera, con un regusto a sudor. Me invade un ligero calor, un eco de la pasada noche. Quiero hacerlo todo de nuevo una y otra vez. Quiero olvidar todo lo demás: mi vida, a mi padre, mi boda, mi libro...

Durante un momento me permito imaginar que me quedo aquí. Si me pierdo la boda, lo más seguro es que mi padre me desherede. Pero tal vez eso no sería tan malo. Mi madre me añoraría, pero tendría a mis hermanas. Se le da bien hacer la vista gorda ante los inconvenientes, se le da bien fingir. Miro de reojo el cuerpo acurrucado de Emmett debajo de la colcha. ¿Y si lo atraigo hacia mí, lo giro para que me mire y le digo que no puedo soportar marcharme? Emmett se despereza y abre los ojos. Me ve, sonrío y vuelve a dormirse. Casi lo beso. Cierro los ojos. El corazón me late muy deprisa. Jamás he vivido nada parecido. Lo de anoche, la forma en que el deseo se apoderó de mí, fue excitante. Lo deseaba tanto que no sabía quién era. Ya no me importaba. Sucumbí a él. Y Emmett me acompañó como en una danza; hizo y se dejó hacer... Como si ya me conociera, como si conociera mi cuerpo entero. Grité al final, como si estuviera perdido. Pero ahora, bajo la fría luz del día, noto un escalofrío recorriéndome. Es un desconocido.

Ojalá me creyera que lo de anoche fue importante. Pero lo que me prodigó no fue ternura sino experiencia. Cuando me besó por primera vez pensé, a pesar de todo, que era inocente. Como si jamás hubiera tocado a nadie más. Pero eso es ridículo. Nadie folla así a menos que lo haya hecho con frecuencia. Aunque no me haya pedido dinero... todavía. Se parece a mí más de lo que pensaba. Si le dijera que quiero quedarme aquí, con él, se reiría en mi cara.

Y aunque no se riera, está De Havilland. Nell. Mi libro. Y no me merezco nada bueno. A pesar

de lo que ocurrió anoche, nada puede cambiar eso, nada en absoluto.

El suelo parece hielo. Casi toda mi ropa está amontonada debajo del alféizar de la ventana. La noto fría y húmeda al ponérmela. Me castañetean los dientes y tengo problemas para abrocharme los botones. Al final me dejo el cuello desabrochado. Me guardo el pañuelo en el bolsillo. Cojo las botas y salgo de puntillas de la habitación. Bajo la escalera. Una parte suelta de paja golpetea la puerta principal. Me paro en seco. No hay nadie.

La estufa del taller se ha apagado. A la pálida luz, la habitación parece un bodegón, una de esas espartanas decoraciones del norte, todo en anodinos tonos marrones y marfiles. Tengo el abrigo colgado en una prensa alta.

La descuelgo con los dedos entumecidos. Estoy a punto de tropezarme con la camisa de Emmett cuando me vuelvo para marcharme. La prenda está donde la dejé caer antes de que me llevara arriba. La recojo mientras recuerdo cuánto temblaba cuando se la desabroché. Yo también estaba temblando, pero no a causa del frío. Siento el lino suave y helado contra la cara. Huele a él, a cedro, a pimienta y a su sudor. Deseo ponérmela.

No. De repente es como si estuviera al otro lado de la ventana, mirando dentro. Me veo, con los ojos irritados, sin afeitarse y languideciendo por la camisa sucia de otro hombre. Un hombre en el que no puedo confiar. Cuánto se reiría mi padre. Una noche follando y me ablando, como si tuviera una infección. Dejo caer la camisa y la aparto de una patada. La prenda se desliza por debajo de uno de los armarios de madera. Si Emmett la busca, verá la estela en el polvo. Puede sacarla con una regla u otra cosa. En cualquier caso, es barata. Vieja. No merece la pena que se arrodille para recuperarla.

Tengo que empujar la puerta trasera para abrirla. La nieve se ha acumulado en la entrada y durante unos segundos no estoy seguro de que vaya a poder salir. Me hundo y el viento casi me parte por la mitad. Minúsculas partículas de hielo me azotan la cara. Me escuecen las mejillas. Rodeo el lateral de la casa con gran esfuerzo, sumergido hasta las rodillas. Los goznes de la puerta del establo están cubiertos de hielo. Tengo que darle una patada al marco para desprenderlo. Me detengo a observar a los caballos rumiar su heno, tan contentos. Si dejo uno aquí, tendré que decir en las caballerizas que le envíen la factura a mi padre. Si me llevo los dos, Emmett estará atrapado.

Me digo que la razón de que me lleve solo uno es la perspectiva de tener que manejar ambas riendas con este frío atroz. Conduzco la montura hasta el patio y me subo con torpeza a la silla.

Durante todo el camino hasta la carretera no dejo de mirar por encima del hombro. Se despertará, aguzará el oído y se preguntará adónde he ido. Pero no hay ningún movimiento. La casa me contempla con las ventanas vacías.

El trayecto de vuelta a Castleford es largo.

La noche ya ha caído cuando llego a casa. Hay luz en todas las ventanas. Cuando Betty abre la puerta, tiene el cabello por fuera de la cofia y manchas de polen en el delantal. Detrás de ella, una nueva sirvienta cruza el suelo recién pulido con un pescado en una bandeja de plata. Me lanza una entusiasmada mirada de reojo al tiempo que Betty dice:

—Oh, señor Lucian. El hombre de Esperand está aquí. Se encuentra en el salón. —Hay grandes ramos de flores sobre pedestales al pie de la escalera y junto a la entrada del comedor: rosas rojas, helechos, hojas oscuras y lustrosas, dentadas como las de una sierra, y también lirios del color de la piel en carne viva. Betty vacila, impaciente por retomar su tarea—. Señor, ¿se encuentra bien?

—Sí. Desde luego.

El repentino calor me está provocando náuseas. Betty se apresura a cogerme el sombrero y el abrigo, pero la rechazo con un gesto. La sirvienta nueva abre la puerta del comedor con el codo y alcanzo a ver la cena *à la française* dispuesta encima del aparador. Huele a pescado hervido y a algo más succulento, como la carne de caza. Cuelgo yo mismo el sombrero y el abrigo y paso junto a Betty para entrar al salón.

Mi madre se pone de pie.

—Querido —dice—, por fin. —Le indica al ayudante de Esperand que se acerque—. El señor..., ¿cómo era?, el señor Alcock ha estado esperándote con suma paciencia.

—Buenas tardes. —Lo saludo con una inclinación de cabeza, lo que hace que me maree, como si el mundo se estuviera expandiendo—. Mamá, ¿tendrías la bondad de pedir que traigan té? No he comido desde... —Me callo. Se produce un pequeño silencio y Lisette levanta la cabeza de su bastidor de bordar. Me observa con los ojos entrecerrados, como un gato.

—Me temo que llegas demasiado tarde —dice mi madre—. Los criados están todos ocupados. Por eso hemos tomado el té temprano.

Me brinda una sonrisa. Pero hay algo en el silencio posterior, mientras Cecily mastica a escondidas un terrón de azúcar y Lisette se demora mirándome la barbilla sin afeitarse, que me dice que mi padre le ha ordenado que no me pregunte dónde he estado.

Dejo que Alcock me ajuste el chaleco. Lo sujeta con alfileres sin mirarme a los ojos. De vez en cuando me sugiere con bastante tacto que levante y baje los brazos. Tengo la camisa empapada en sudor. Apesto a caballo y a lana mojada. Lisette arruga la nariz, pero nadie comenta nada al respecto. Y quizá yo soy el único que percibe el olor salobre y almizclado de Emmett Farmer.

Alcock se marcha por fin. Se despide de mí de forma varonil, ladeando un poco el sombrero. Cuando ya se ha ido, mi madre me sonrío.

—Estoy muy contenta de que no estés nervioso, cariño —dice al tiempo que aparta el azucarero para que Cecily no llegue a él—. Muchos novios estarían nerviosos el día antes de su boda. Es bueno que lo que sea que hayas estado haciendo, no haya interferido.

Voy hasta la ventana y descorro la cortina. Contemplo el jardín más allá de mi reflejo, cubierto de una nieve cegadora. Unos farolillos de colores bordean cada sendero.

—¿Por qué debería estar nervioso, mamá? —Su reflejo la muestra recostada sobre un cojín con borlas—. Ahora que el traje por fin me queda bien, no hay nada de qué preocuparse.

—Muy cierto. Y estás magnífico con él. —Me vuelvo para que podamos sonreírnos mutuamente, y ella añade—: No te olvides, traje de etiqueta esta noche. Tomaremos un jerez dentro de una hora.

—Más vale que vaya a darme un baño.

—Me parece que es una buena idea, querido.

Cierro la puerta tras su risa tintineante y cruzo el vestíbulo hasta el pie de la escalera. Hay más flores aún que antes, oscuras y exuberantes; parece una selva. Una bandeja de copas de champán vacías descansa sobre la consola. La puerta batiente que lleva a los cuartos de los criados hace un ruido sordo. La sirvienta nueva profiere una risita, pero para al verme. Hace una marcada reverencia, con cuidado, pues lleva un centro de mesa cargado con fruta.

—Ten la bondad de decirle a Betty que me prepare un baño.

—Sí, señor. —Siento sus ojos fijos en mí mientras subo por la curva de la escalera.

Lo único que deseo es tumbarme y dormir, pero me han colocado la ropa sobre la cama. Hay una rosa roja en un jarroncito aguardando a que me la coloque en el ojal.

Mañana Honour y yo dormiremos en la habitación trasera de la casa que han reservado para nosotros. Es una habitación bonita. Tiene vistas al jardín. El papel pintado tiene por motivo granadas, que parecen bocas llenas de semillas. Dispone de una cama con dosel y cortinas de terciopelo de color granate. Cuando era pequeño a veces corría las cortinas y me metía dentro. Recuerdo aquella oscuridad roja, el calor y el silencio amortiguado. Solía fingir que estaba muerto.

Llaman a la puerta.

—Su baño está listo, señor.

—Gracias. —Un segundo después, me giro para decirle que me traiga una copa, pero ya se ha ido.

Hay tanto vapor en la habitación que parece un baño turco. Alguien se ha pasado al añadir aceite de rosas a la bañera. Me introduzco en el agua en un santiamén. Me froto en demasía. Después apoyo la cabeza en el borde de la bañera y cierro los ojos. Cuando oigo el reloj de abajo dar la hora, salgo de la bañera y voy a mi cuarto a vestirme. Me he entretenido demasiado. Voy a llegar tarde si no me doy prisa. Los carruajes empiezan a aparecer. Oigo pisadas en el camino de entrada. Risitas agudas. Una carcajada: «Uy, desde luego, tremendamente sosa, pero el dinero de los Ormonde cubre un sinfín de...».

Me anudo la corbata. El rubor me ha desaparecido de las mejillas. El rostro del espejo es un

boceto en blanco y negro. Cuando me coloco la rosa en el ojal, es como una mancha de tinta roja en un dibujo a carboncillo.

—¿Señor Lucian? Su madre se estaba preguntando si necesitaría ayuda.

Niego con la cabeza. Betty me mira durante demasiado tiempo y después cierra la puerta.

Por fin me miro al espejo. Puedo con ello. Me enderezo la corbata y esbozo una sonrisa.

El comedor está deslumbrante: cubiertos de plata, candelabros y joyas sobre piel desnuda. Dondequiera que miro hay mujeres con escotados vestidos de vivos colores —bermellón, azul marino intenso, jade...— y hombres con trajes de etiqueta en blanco y negro. Más flores llenan los rincones de la estancia. Un enorme centro extiende sus oscuras hojas verdes sobre el blanco mantel. Las voces se desdibujan en un agudo parloteo, como si estuviéramos en un aviario.

Me detengo en la entrada y mi madre se abalanza sobre mí.

—¡Querido! Estás espléndido. Bueno, ya conoces a sir Lionel y a lady Jerwood.

Le estrecho la mano a él y le beso el guante de satén a ella. Apenas tengo tiempo de mirarlos a la cara antes de que mi madre me lleve hacia el siguiente grupo de invitados. Asiento, sonrío y bromeo. No oigo mi propia voz. Hace calor. Los colores son tan estridentes que siento que tengo fiebre. Algunos pequeños detalles captan mi atención: el brillo de una sarta de perlas, las burbujas rutilantes en una copa de champán, un lunar en un hombro al descubierto... Me cuesta mucho centrar de nuevo la atención en el hombre con el que estoy hablando. La escultura más grande del aparador situado detrás de él comienza a derrumbarse. Los lechosos jugos casi han sumergido la guirnalda de pensamientos y jengibre confitado que rodea la parte de abajo del molde. La salsa de perejil y mantequilla para acompañar el pescado se ha convertido en grasa solidificada dorada con motas verdes.

La gente ya está comiendo. Los aromas a espuma de fresa y salmón ahumado se mezclan con el olor a piel caliente y cera de abeja. Me sirvo algunos bocados en el plato y me siento. A mi derecha, una dama se atusa el peinado, que empieza a venirse abajo.

—Bueno, tal vez sea más elegante, pero en absoluto es lo que yo llamaría una cena *à la française*. —Su esposo pone los ojos en blanco con discreción—. Los Darnay siempre han seguido las modas. *Nouveau riche*... —Se interrumpe al verme y le brota un rubor en las mejillas.

Yo agacho la cabeza y clavo el tenedor en el hojaldre del pastel de pichón. Sentada a mi otro lado, una mujer se inclina sobre su plato. Su collar de turquesas repica en la porcelana china. Habla con voz entrecortada y le falta el aliento.

—He oído que estaba invitado esta noche... ¿No conoce Florence Darnay a lady Runsham? Pues está totalmente abatido, queridos.

La mujer de cabello cano sentada enfrente de ella enarca una ceja.

—Seguro que sí. —Se vuelve hacia el hombre que tiene al lado—. ¿Has oído hablar de sir Percival Runsham, James?

—¿Quién? —Sostiene un bocado de espuma rosada en la cuchara—. Ah, Runsham. El estorbo. No lo he visto desde que se puso ese vestido de Rosa Marsden. Cuánto lo disfruté.

—Solía visitar a De Havilland.

—O comoquiera que se llamara de verdad —interrumpe alguien—. He oído que era un *nom de plume*.

—Imagino que se apellidaba Smith o Jones.

La mujer de cabello cano los interrumpe como si no hubieran hablado.

—Su taller ardió anoche y la encuadernación más reciente de Runsham... —Deja las palabras suspendidas en el aire.

Todos intercambian una mirada.

—Maldita sea —dice el hombre, lamiendo su cuchara—. Imaginaos lo que debe de ser recordar que eres Percival Runsham.

—Ese lenguaje, James —le reprende la mujer de cabello gris, pero todos se ríen—. Bueno, me alegra decir que nadie de nuestra familia ha sido jamás encuadernado. Aunque no manifestara una carencia de principios morales, esta clase de cosas es una razón excelente para no caer en la tentación.

—Vamos, Harriet, eso es un poco... —El hombre hace un gesto conciliador con la cuchara y sonrío a los demás—. Puede que hable como una cruzada, pero os aseguro que hace sesenta años era demasiado joven para linchar a nadie.

—Pero pensad en ello —dice la primera mujer—. La de secretos que De Havilland debía de saber...

Me pongo de pie. Algunas personas levantan la vista y vuelven en el acto a sus conversaciones. No parece importarles que los escuchen hablar. Los cotilleos son propiedad pública. Voy al aparador y me sirvo otra copa de champán. No siento el más mínimo interés. Una joven dama se acerca, agitando las pestañas, y me doy cuenta de que quiere que le sirva.

—Es muy romántico, ¿no cree? —dice mientras señala los platos—. La señorita Ormonde y usted. Es usted como el príncipe de un cuento de hadas, eligiéndola a pesar de que... No está aquí, ¿verdad? ¿Celebran los Ormonde su propia fiesta esta noche? No creo que puedan permitirse nada que se asemeje a esto, ¿no es así? Sí, unas uvas, por favor. Ah, y una cucharada de pudín. Gracias.

Le brindo una sonrisa. Ella se aparta sus rubios rizos y se aleja.

Mi madre se me echa encima y murmura:

—Me alegra que estés disfrutando, cariño. Eres de lejos el hombre más apuesto de la habitación. Y has conquistado a lady Jerwood. Tu padre estará complacido.

El aliento le huele a perejil. Mi padre me ve desde el otro lado de la estancia y alza su copa

hacia mí. Lo saludo y después me abro paso hacia el vestíbulo entre un grupo de hombres con el rostro húmedo. Rodeo las flores de borde afilado para ir arriba, pero hay dos muchachas riéndose como unas bobas, asomadas al pasamanos, de modo que me doy la vuelta antes de que me vean. Tengo la camisa sudada y me escuecen los ojos. Lo único que deseo es encontrar un rincón oscuro en alguna parte y fundirme con él.

Recorro el pasillo y abro la puerta de la sala azul. Las lámparas están encendidas y el fuego arde en el hogar, pero la habitación está vacía. Las ninfas del cuadro me miran desde la repisa de la chimenea, con sus extremidades mojadas y relucientes como la madreperla y los ojos vacíos. Los nenúfares se agolpan a su alrededor, igual que unas coronas fúnebres. Cierro la puerta después de entrar y tomo aire.

Alguien ha apagado un cigarro en el tintero. Todavía está encendido. Voy hasta el escritorio y apago la columna de humo. El libro de contabilidad está abierto por los recibos del mes pasado y las cartas del secretario no están ya en el orden correcto.

—Discúlpeme. Me temo que soy un curioso empedernido. Y estaban por ahí esparcidas.

Hay un hombre junto a la ventana. Me dedica una pequeña reverencia. Yo me mezo sobre los talones, pero al menos no me he sobresaltado; el champán que me he bebido ha suavizado mi reacción.

—Debe de ser el hijo de Piers —dice—. Lucian, ¿no es así? Soy lord Latworthy, uno de los... Bueno, su padre y yo compartimos ciertos intereses. ¿Cómo está?

—¿Cómo está usted? —respondo, y vuelvo a apilar las cartas con cuidado. Veo que no va a poner cara de sentirse avergonzado por mucho que yo espere.

—¿Le he asustado? Perdóneme. —Sueno magnánimo, como si fuera yo quien estuviera invadiendo su intimidad. Se acerca y me mira con cara seria. Luce una barba oscura y unas cejas muy rectas. Es de mediana edad, más joven que mi padre—. Lucian Darnay. Es un placer conocerle. En persona, quiero decir.

—Gracias.

—No cabe duda de que todo esto... —Señala la puerta, de tal modo que abarca el resto de la casa, los invitados, la boda, el mundo entero— debe de resultar abrumador. —Su expresión se torna penetrante y curiosa. Es la primera vez que esta noche alguien me ha prestado atención de verdad a mí. La última persona que me miró así...

—Por favor, siéntese —dice, y muy a mi pesar le obedezco. Él toma asiento en el diván enfrente de mí, inclina la cabeza hacia atrás y suspira—. Menudo circo, ¿verdad? Muy duro para un joven sensible como usted.

—¿Qué le hace pensar que soy sensible?

—Un joven que puede que no esté del todo enamorado de su prometida.

—No siento más que respeto hacia la señorita Ormonde.

El hombre se ríe entre dientes.

—No hay necesidad de fingir, Lucian. —Se inclina hacia delante y apoya el tobillo en la rodilla. La expresión de sus ojos no es exactamente de compasión—. Seguro que no soy el único que lo ha notado esta noche. Debe de sentirse muy solo.

—No sé a qué se refiere.

—¿De veras? —Pero su expresión no cambia—. Simplemente... En fin. Digamos que puedo imaginarme en su lugar.

Clavo la mirada en él. Siento una repentina punzada de dolor palpitando en mis sienes, que desaparece enseguida.

—Discúlpeme —digo, y me levanto apoyándome en el brazo del diván para tomar impulso—. Debo regresar con los invitados de mi padre.

Cuando intento pasar por su lado, se pone de pie con agilidad. Antes de que pueda reaccionar, estamos frente a frente. Lo tengo demasiado cerca. Debajo del olor acre del tabaco subyace la fragancia de algo intenso y resinoso. Ámbar, madera.

—Lucian, espere —dice con voz suave.

—¿Qué quiere?

Él parece a punto de decirme algo. En vez de eso, me acerca la mano al cuello y me afloja la corbata. No puedo moverme. Es como estar de nuevo en el internado, en un cuarto ajeno, demasiado confuso para estar asustado. No es posible que... Pero tira despacio del nudo de la corbata y la seda susurra. Siento el calor que irradia su piel a través del chaleco y la camisa.

Me quedo paralizado. Una desagradable oleada de calor me recorre. Durante un segundo es el rostro de Emmett el que aparece fugazmente ante mis ojos, su mirada perspicaz, penetrante y casi temerosa.

—Tengo que irme.

—¿Por qué?

Lo miro a los ojos. Son castaños. Como los de Emmett.

Tomo aire. Solo deseo dejar de existir. O regresar a ese momento de ayer en el que el resto del mundo desapareció.

Entonces Latworthy se aclara la garganta y ese sonido seco rompe el hechizo. Me aparto. Él se echa a reír. Lo oigo reírse por lo bajo cuando salgo a trompicones al pasillo. En el vestíbulo, la gente se está despidiendo de mi madre. Ella mira a su alrededor, me ve la camisa desabrochada y la corbata desanudada, y adopta una expresión vacía, la misma que pondría al ver a mi padre salir del cuarto de las criadas. Se centra de nuevo en las despedidas, en el desfile rutilante y ruidoso de sombreros de copa y pieles, mientras del comedor llegan risas. Voy hacia la escalera y subo peldaño a peldaño.

Cierro la puerta de mi dormitorio y me siento en la cama. El mundo se desvanece en jirones. La

cabeza me da vueltas, y no solo por la bebida.

Anoche pensé por un instante que yo no era tan malo. Pero ahora me doy asco a mí mismo. Existen palabras sencillas para la clase de hombre que soy: depravado, patético. No lo entiendo. ¿Cómo lo ha sabido lord Latworthy? De alguna forma se ha enterado. Debo de rezumarlo, igual que ocurre con el sudor. Igual que ocurre con la sangre. Y lo que sea que haya olvidado es peor. Hiciera lo que hiciese, era tan malo que incluso mi padre me desprecia por ello.

Ha desaparecido. Está olvidado. Siempre y cuando se mantenga oculto, puedo seguir adelante. Y mañana a esta hora habrá terminado.

—Tengo náuseas. De veras. No me puedo creer lo tranquilo que parecees tú. Yo estoy hecho un manojito de nervios y eso que solo tengo que evitar que se me caigan los anillos.

Miro de reojo. Ahí donde no hay pecas, el rostro de Henry Ormonde presenta un tono cetrino. Tiene el cabello tieso por la pomada. Inclina la cabeza y le tiembla.

—Lo siento. Me viene de familia. Honour se ha pasado prácticamente la noche entera vomitando por los nervios —prosigue, pero yo no respondo—. ¿Cuántas personas hay? Deben de ser cientos. Pobrecita Honour, detesta que la miren.

—Doscientas.

—Por Dios santo. Ni siquiera conozco a doscientas personas.

—Tampoco yo.

Le doy la espalda. El techo del salón se asemeja al casco de un barco, más alto de lo que recordaba. Se las han arreglado para adornar las vigas con cintas blancas y flores de azahar. Más guirnaldas cuelgan de las paredes. El revestimiento de madera desprende un brillo plateado que hace que las ventanas parezcan más grandes de lo que son. Pero, a medida que se van ocupando los asientos, las paredes parecen deslizarse hacia dentro. El ruido aumenta. Voces, risas, disculpas cuando los hombres pisan alguna falda cara. Golpes y alguna riña mientras buscan su asiento. Todo resuena.

—¿Qué hora es?

Señalo con la cabeza el reloj dorado de encima de la entrada. Ojalá no tuviera que estar aquí, esperando. Diez minutos más. Me pica la piel. Quiero quitarme los guantes y rascarme hasta sangrar. Mataría por una copa. Llevo una petaca en el bolsillo, pero todo el mundo me está observando.

—Bonitas rosas.

—Gracias.

Hoy las flores son pálidas y delicadas: rosas, fresias y flores sueltas de ondulados pétalos, igual que enaguas. Nada de lirios.

—Tus hermanas están preciosas.

—Bien.

Les lanzo una mirada. Están sentadas delante, con mis padres. Cecily está magnífica con su vestido de tafetán malva. Tiene a mano un pañuelo, listo para la acción. Lisette va de azul pavo real y lleva prendido del cabello un racimo de acónito que ya se está marchitando. Se está limpiando las uñas con la punta de un enjoyado pasador de pelo. Dirijo la mirada hacia un lado. Mi padre me saluda con la cabeza. Aparto los ojos con tanta brusquedad que Henry se sobresalta.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Lo siento, lo siento. Quieres que deje de hablar, ¿verdad?

—Sí, por favor.

Pero el silencio no ayuda. Ojalá empezara a hablar de nuevo. Me doy la vuelta y cuento las rosas del arreglo más grande, amarillas como un pergamino. Enfrente hay una mesa donde firmaremos nuestro certificado de matrimonio. Está adornada con cintas y lazos de satén, pero no es más que una mesa.

Me pican los hombros. Tengo ganas de vomitar. El ruido aumenta cada vez más detrás de mí. Seguro que están todos aquí. Seguro que no tengo que esperar más. Pero cuando miro el reloj faltan aún cinco minutos. Echo un vistazo al mío, y dice lo mismo.

No puedo pensar. Una vez, siendo yo pequeño, mi padre rompió un termómetro solo para enseñarme el mercurio. Era imposible cogerlo. Se dividía y se escurría por todas partes. Esto se parece a aquello: reluciente e intocable.

Miro al frente. Todo el mundo está ocupando ya su lugar. Charity y Eleanor Stock-Browne. Renée Devereux lleva puesta una estola de piel de marta cibelina que todavía tiene los dientes. Simon y Stephen Simmonds están ahí con su madre. Simon lleva la corbata del colegio al que íbamos. Lo miro a los ojos por error. Él me brinda una mueca compasiva. Me obligo a devolverle la sonrisa. Giro la cabeza para mirar al otro lado de la estancia, donde están los Ormonde.

Solo reconozco a algunas personas. Rosa Belle Marsden. Alec Finglass parece un sepulturero. Dos de los Norwood están sentados juntos: nariz idéntica y esposa excesivamente enjoyada idéntica. Lord y lady Latworthy. Él está leyendo el programa; ella le dice algo y se ríe. Él levanta la vista. Nuestras miradas se cruzan. Me sonrío y asiente, como si no hubiera nada fuera de lo común en lo que ocurrió anoche. Se vuelve hacia su esposa y le responde.

Un segundo más tarde vuelve a mirarme. No se espera que yo continúe observándolo. Su expresión es de interés. Íntima. Cómplice.

Ha leído mi libro.

El aliento se me atasca en la garganta. No sé cómo lo sé. De repente el corazón me succiona la sangre en la dirección equivocada, y se hincha y martillea. Siento oleadas de frío y de calor.

—Lucian, ¿te encuentras bien?

Aparto la mirada. Deben de ser imaginaciones mías. El estrés del momento. El ambiente sobrecargado. Las hileras de ojos fijos en mí. El ornamentado minuterero del reloj arrastrándose para marcar la hora. Trato de no volverlo a mirar. Pero lo hago.

—¿Lucian? ¡Lucian! ¿Adónde vas? No puedes...

Aparto a Henry de golpe con el hombro. Hay una puerta al fondo de la habitación, una antesala. Me da igual si tengo que salir por la ventana. Él se queja. No lo miro.

—Vuelvo dentro de un momento.

Le cierro la puerta en las narices.

Estoy en un callejón situado en el lateral del edificio. Camino a tientas hasta el final. De repente estoy en la parte de delante, donde una amplia escalinata desciende desde la entrada principal. Llega un carruaje. Una figura pálida vestida de encaje se apea en la acera y está a punto de tropezarse. El viento le agita el vestido y lo convierte en una bandera blanca. El señor Ormonde la sujeta y la conduce escalera arriba. Una ráfaga le levanta el velo. Vislumbro sus mejillas arreboladas; sus ojos brillantes, su mano delgada cubierta por un mitón de encaje y sujetando un ramo de rosas; el brillo del anillo de diamantes que le regalé.

Si me doy prisa podría regresar antes de que nadie se diera cuenta.

Giro hacia un lado y cruzo la carretera. Hay cola para el ómnibus. Hay algunos hombres mirando el escaparate de una carnicería. Una mujer con una cesta en el brazo me chasquea la lengua. Me doy la vuelta y me incorporo a la marea de transeúntes. El aguanieve me salpica la cara.

—¡El periódico! —vocifera un hombre—. ¡Bajan los impuestos! ¡Encuadernador muerto en un incendio!

Un hombre se detiene y compra un ejemplar. Me aproximo al puesto y rebusco en el bolsillo. No llevo dinero. Continúo rebuscando y me arrimo para echar un vistazo a las columnas impresas.

Un trágico accidente la noche pasada provocó [...] la secretaria, la señorita Elizabeth Brettingham, dijo que no había supervivientes [...] recurrieron para acelerar la investigación sobre el almacenaje de materiales inflamables...

La bilis me sube a la garganta.

El vendedor de periódicos se interpone entre el boletín y yo.

—¿Va a comprarlo o no?

—No. Discúlpeme.

Me alejo de allí. Henry va a salir a la entrada del ayuntamiento de un momento a otro. Pero no

hay donde huir. No puedo ir a casa. Estoy atrapado en la acera, como si fuera mercurio. Toma una decisión. Muévete.

Me escondo en la entrada abovedada que conduce al soportal para tener al menos un techo sobre la cabeza. Al pasar, empujo a un hombre que se encuentra en la puerta. Él alarga el brazo y me agarra la muñeca. Intento zafarme, pero me agarra con más fuerza de la esperada.

—No tengo... —empiezo a decir.

—¿Haciendo novillos? —dice.

Es Emmett Farmer.

Lo miro fijamente. Si fueran alucinaciones seguro que él tendría el mismo aspecto que la última vez que lo vi. O, como mínimo, estaría sonrojado y riéndose, tambaleándose de agotamiento, con el cuello de la camisa desabrochado. Pero va vestido de forma diferente, con ropa más basta y abrigada. Tiene los ojos más despiertos, más serios. Lleva una bolsa al hombro y una gorra de lana.

El ómnibus llega detrás de él. El vendedor de periódicos continúa pregonando los titulares. El aguanieve crea un charco plateado en forma de abanico en el suelo de la entrada al soportal.

—¿Qué demonios...?

Lo ha dicho él. ¿O he sido yo? No importa. Todavía me sujeta la muñeca, igual que un grillete.

Me aclaro la garganta para cerciorarme de que conozco mi propia voz.

—¿Qué haces aquí?

—Este es un país libre —dice, pero esa bravuconería no se le refleja en el rostro—. Quería verte. Y a ella. —Titubea—. A tu esposa.

—Bueno... —Intento contener una carcajada estúpida y dolorosa—. Me temo que tal vez tengas que esperar más de lo que imaginabas.

No sirve de nada. Suelto una risa violenta, como si tuviera náuseas.

—¿Qué ocurre? Deberías estar ahí dentro. —Señala con la cabeza hacia el ayuntamiento.

—He huido.

—¿Has huido? ¿Así de simple?

Guardamos silencio durante una fracción de segundo. Quizá ambos estemos pensando en lo mismo: que también he huido de él. Pero Emmett no me da tiempo para que me explique o me disculpe, aunque podría hacerlo.

—¿Qué pasa con la señorita Ormonde?

—Qué sé yo —replico, y él entrecierra los ojos.

—¿Cómo? —Meneo la cabeza. Todavía puedo verla envuelta en ese velo agitado por el viento, con el rostro sonrosado. Me pidió que fuera bueno—. Lucian, ¿qué estás haciendo?

—No puedo casarme con ella. Es una buena..., una buena persona. Se merece algo mejor.

Emmett me suelta y me da la espalda. Un par de jóvenes entran corriendo en el soportal. Una de ellas se escurre en el mármol empapado y la otra la agarra. Se ríen igual que unas máquinas chirriando. Las mira mientras pasan de largo.

—Así que debería estarte agradecida por dejarla plantada en el altar.

—Yo no he dicho... —Bajo la mirada. Pensé que Farmer, de entre todas las personas que hay en el mundo, lo entendería. Noto algo húmedo dentro del guante, pero no lo ha traspasado. Estiro los dedos hasta que siento que la piel de cabritilla se me despega.

—Simplemente está mal. Para ella. Para mí. ¿Importa eso?

—¿Y yo? ¿Debería yo estarte agradecido por...? Da igual. —Se da la vuelta cuando yo abro la boca—. No, he dicho que da igual.

Nos quedamos en silencio, un silencio saturado por el vendedor de periódicos, pasos apresurados y el crujido de las ruedas sobre el barro medio congelado. Ella me estará esperando dentro del ayuntamiento. O alguien se la habrá llevado a un lado. Henry me estará buscando, tratando frenéticamente de disimular su desesperación.

Farmer suspira. Se quita la gorra, se seca la frente con el interior de la muñeca y se la vuelve a poner.

—Hablas en serio, ¿no es así? —dice por fin.

—He visto a uno mirarme. —Tengo un regusto amargo en la boca—. Ha leído mi libro. Lo he visto en su cara. Me estaba observando. —No quiero hablarle a Farmer de lord Latworthy ni de lo que ocurrió la pasada noche. Silencio. En la calle se rompe el eje de una rueda. Alguien vocifera. Otro responde a gritos. Me encojo de hombros—. Es todo.

—Alguien te ha mirado y tú te has marchado de tu boda.

Tiro en vano del guante.

—Sí.

—No sabía que eras tan valiente.

—¿Para dejar a Honour plantada en el altar?

Él ladea la cabeza para darme la razón. Una ráfaga de viento recorre el soportal y esparce algunos desperdicios en torno a nuestros pies. Me estremezco. Por alguna razón, pensaba que escaparme del ayuntamiento haría que las cosas fueran diferentes. Me apoyo en la pared y bebo un trago de la petaca. Se la ofrezco a Farmer. Él menea la cabeza.

Me miro los zapatos. El aguanieve y el barro han deslustrado su brillo perfecto.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—He empeñado algunas cosas de mi antigua maestra —dice—. Tengo dinero suficiente para tomar el tren hasta Newton. Había pensado que tal vez podría buscar un taller de encuadernación allí.

—¿Un taller de encuadernación? ¿Por qué?

Farmer inspira hondo y sujeta mejor el asa de la bolsa de viaje.

—Porque soy encuadernador, Lucian. —Asiento. Tiene razón. Tiene un oficio. Un medio de ganarse la vida. Puede tener una vida como la de De Havilland. ¿Por qué no?—. Ojalá... — Cambia el peso de un pie al otro—. Lo siento.

—No lo sientas. —Apuro los restos de brandi.

—No puedo quedarme aquí, Lucian.

Oigo la voz de Henry arrastrada por el viento, ¿o me lo estoy imaginando? Inclino la cabeza hacia atrás y contemplo los intrincados paneles de cristal manchados de hollín. Justo encima de nosotros hay una mella. Una estrella.

—En ese caso, buena suerte —digo.

—Sí.

Le ofrezco la mano.

—Gracias por intentar ayudarme.

—Sí.

Traga saliva y me estrecha la mano. Ninguno de los dos se ha quitado los guantes. Él lleva un anillo y se me clava en los dedos. Me hace daño en el corte. Y la herida continúa doliéndome cuando él retrocede. El dolor me recorre el brazo, igual que un latigazo. Me atenaza el corazón y aprieta con fuerza.

—Adiós, Emmett.

Él asiente. Y sigue asintiendo. Yo me guardo la petaca en el bolsillo. Tengo mucho frío. Un niño pasa corriendo por nuestro lado, jugando con un aro y riéndose a carcajadas. Una institutriz demacrada vestida de medio luto lo sigue unos pasos más atrás.

Emmett no se despide. Me sostiene la mirada durante más de un segundo. Después da media vuelta y se aleja de mí por el soportal.

Me tapo el rostro con el antebrazo. Debe parecer que estoy llorando. Eso ya no importa.

Debería haberme quedado en el ayuntamiento. Ya habría terminado todo.

La camisa me produce picor. Los zapatos me han irritado los tobillos. El aliento me huele a brandi. No he desayunado y el alcohol se me ha subido ya a la cabeza. Podría empeñar mi reloj. Ir a una taberna y emborracharme. Tirarme al río. No, desde luego que no. Vete a casa. Cuando me marché esta mañana, las guirnaldas que había en la escalera empezaban ya a marchitarse. Sus rojos pétalos caían a mi paso. Habitaciones vacías, flores muertas.

—Espera. ¡Espera!

Alguien corre por el soportal gritando. Abro los ojos. Mi vista se convierte en un caleidoscopio de colores. Parpadeo. Es Emmett.

Deja caer la bolsa a sus pies y me agarra de los hombros.

—¿Qué es lo que has dicho?

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Has dicho que alguien había leído tu libro.

Intento quitármelo de encima, pero es más fuerte que yo.

—Sí. Lord Latworthy. Hizo que...

—Lord Latworthy. Lord Latworthy ha leído tu libro. ¿Estás seguro?

—Sí.

Me clava la mirada, pero no me ve. Noto la sangre galopando por mis venas.

—Y estaba ahí. En tu boda. ¿Está ahí ahora mismo? —dice señalando hacia atrás.

—Sí. ¿Por qué?

Se da un golpe en la frente con la mano.

—Qué idiota soy. Vamos, sé dónde vive.

Tardo un segundo en comprender qué quiere decir.

—Que lo haya leído no significa que todavía lo tenga.

—Yo mismo llevé una entrega allí. Debería haberlo sabido —dice sin aliento, medio riéndose, y me agarra de la muñeca—. Deja de discutirme, Lucian. —Empieza a correr. Casi me tropiezo cuando me arrastra con él—. No tenemos mucho tiempo. Vamos.

XXVII

El cabriolé nos lleva hasta el portón. Está a poco más de un kilómetro y medio de la ciudad. Un muro de piedra oscura recorre la carretera, rematado por una hilera de puntas de flecha de hierro. La zona ajardinada del otro lado asciende hacia la casa. Hay robles desnudos diseminados por el césped, parcheado de nieve. La enorme puerta de hierro forjado está adornada con frutas y hojas. En ese paisaje monocromático es toda una parodia del verano.

Nos detenemos. Una repentina oleada de pánico se apodera de mí. No llevo nada en los bolsillos salvo la petaca y el reloj. Pero Farmer se apea primero y paga. Cuando el carruaje se aleja, me mira a los ojos. Sin mediar palabra, vuelve a meter la mano en el bolsillo y me ofrece una moneda.

—No la quiero.

La suelta y cae en la cuneta de canto, en una ondulación en el barro casi invisible. Algo ha cambiado en su forma de moverse. Hay luz en sus ojos incluso cuando no sonrío.

—Vamos. —Es cuanto dice—. Hemos de darnos prisa.

—¿Cuál es exactamente el plan?

—Entramos, encontramos el libro y nos vamos. Antes de que lord Latworthy vuelva de tu boda.

Es posible que Latworthy ya esté de regreso. ¿Cuánto tiempo llevará? Visualizo el ayuntamiento. Noto un nerviosismo creciente. No, un gozo creciente. Hombres intercambiando miraditas de reojo. Sonrisas disimuladas. Flores y plumas agitándose al tiempo que las mujeres se arriman para susurrar. Cuando Henry entre de nuevo, presa de la desolación y la derrota, habrá una especie de consejo de guerra. Mi padre y los Ormonde. ¿Veinte minutos? Después habrá que dar explicaciones a los invitados. Con algo de fortuna, el asunto se alargará mientras la gente asimila la noticia. Cotilleos. Especulaciones. Golpeo con el pie un trozo de hielo embarrado que sobresale, hasta que se me pega al zapato.

Farmer me toca el hombro.

—No pienses en ello.

—No puedo evitarlo.

—Vamos.

Enfila el camino de entrada. A ambos lados se extienden unos amplios llanos de césped. El pardo océano de césped se abre paso, devorando los montones de nieve sin fundir. Si alguien

mirara desde la torre de la casa nos vería de inmediato. Las nubes cuelgan del cielo como si fueran el techo. Cada vez que levanto la vista parecen estar más bajas.

Entrar, encontrar el libro y salir. Sencillo.

El camino de entrada se curva. Atraviesa una arboleda y rodea la cima de la colina. La casa es de la misma piedra oscura que el muro. Parece una fortaleza. La fuente delantera es un estanque de alabastro sin agua. Las sirenas están manchadas de verdín. Me apresuro a alcanzar a Emmett.

—¡Espera!

—Vamos. —Gira a la izquierda, hacia la parte posterior de la casa. Hay unas caballerizas enormes, que doblan en tamaño a las de mi tío. Hay ventanas por doquier. Los adoquines están mojados. En una esquina del fondo hay un hombre con ropa de trabajo que levanta la vista. Me paro en seco. Se queda mirando durante un segundo y después se pone de nuevo a limpiar el suelo con un cubo de agua. Emmett me hace señas para que me acerque—. ¿Qué ocurre?

—Ese hombre nos ha visto.

Emmett se encoge de hombros. Cruza el patio hasta la puerta encastrada en la pared. Lo sigo. Toca la campana.

—Emmett.

Miro en derredor. En cualquier momento alguien nos va a preguntar qué estamos haciendo aquí. El hombre del patio me mira a los ojos. Coge el cubo vacío y lo lleva hasta un cobertizo. Va silbando y se oye demasiado.

Emmett me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—No podemos llamar a la puerta y preguntar sin podemos registrar la biblioteca como si tal cosa.

—No pasa nada. Confía en mí.

Unos pasos se acercan por el pasadizo. Los oigo repicar en el empedrado.

Lo aparto a rastras de la puerta. Él se tambalea hacia un lado.

—¿Qué haces, Lucian?

—Vamos por delante. Puedo intentar convencer al mayordomo. No llegaremos a ninguna parte por la puerta de servicio.

—¿Qué ocurre, acaso van a confiar en ti porque llevas un chaleco ostentoso?

—Más que en ti, tratando de...

La puerta se abre. Se asoma una sirvienta ataviada con un vestido anodino y un delantal gris. Lleva unos puños de algodón sucios y un trapo manchado.

—Sally —dice Emmett—, ¿te acuerdas de mí? Del taller de De Havilland. Traje unas cajas la semana pasada.

Ella se lo queda mirando y pronuncia una «o» muda.

Emmett se acerca y ella chilla y casi se tropieza con el felpudo. A continuación, como si el ruido hubiera liberado algo, susurra:

—¿Señor Emmett?

—Sí. Escucha...

—Se supone que está muerto. Han dicho que habían muerto. El señor Enningtree dijo que había salido en el periódico...

Emmett parpadea.

—Desde luego que no estoy muerto. —Abre los brazos y la bolsa se le resbala hasta el codo—. Mira.

—Pero... —Tuerce el gesto. Me mira por primera vez y frunce el ceño. Se mece un poco, como si no supiera si hacer una reverencia—. De acuerdo. Supongo que... Pero ¿qué hace aquí? El señor Enningtree no ha dicho nada sobre ninguna entrega.

—Escucha, Sally. Tengo que hablar con lord Latworthy. Es importante.

—No está. Ha ido a una boda. —Sus ojos se desvían hacia mí. Me quito con disimulo la rosa del ojal y me la guardo en el bolsillo.

—Esperaré. Llévanos a la biblioteca. No causaremos molestias.

—Tengo que preguntarle al señor Enningtree. No puedo dejarlo entrar sin más, usted es solo un aprendiz... Quiero decir que hasta el señor De Havilland tiene que concertar una cita.

—No. Tiene que ser un secreto. Por favor, Sally.

—¿Un secreto? Mi posición no me da autoridad para eso.

—Es un asunto de encuadernadores. Vamos, sabes quién soy. Por favor.

Ella lo mira frunciendo el ceño y después me mira a mí.

—No.

Se hace el silencio. Sally retuerce el trapo hasta convertirlo en una delgada sogá. Huele a abrillantador para plata. Tiene un poco de pasta rosa en las grietas de los nudillos. Inclina la cabeza brevemente y con pesar entre Emmett y yo. Después se dispone a cerrar la puerta.

Emmett mete el pie en la abertura.

—Espera.

—Lo siento, señor Emmett, pero no puedo.

—Mírame. —Se acerca a ella, que se mantiene inmóvil en la entrada. Tiene la mirada fija en los pies—. Mírame, Sally.

Ella levanta la cabeza con lentitud.

Emmett se arrima y casi le roza la oreja con la boca.

—Haz lo que te digo ahora mismo o te arrebataré la vida —dice con voz queda.

Ella contiene el aliento y pestañea.

—Señor Farmer...

—Sabes a qué me refiero, ¿verdad? Plasmaré tus recuerdos en un libro. Ni siquiera recordarás cómo te llamas. —Hace una pausa. Mi propia respiración se entrecorta. Emmett empuja la puerta con suavidad y ella retrocede, cediendo terreno—. No quiero hacerlo, me caes bien. Pero tengo que ir a la biblioteca ya.

Ella alza el rostro. Se ha puesto pálida.

—Por favor, no...

—Buena chica. —Pasa por su lado hasta un lóbrego pasillo. Me hace señas para que me acerque, sin volver la cabeza—. Bien. Vamos a la biblioteca. Si te aseguras de que nadie nos moleste, todo va a ir bien. ¿Lo entiendes?

Ella asiente y se aclara la garganta.

—¿Cuando milord regrese...?

—Vienes a decirnos que está aquí.

Ella asiente de nuevo y continúa asintiendo con los ojos clavados en el rostro de Emmett. Señala el final del pasillo.

—¿Los acompaño a la biblioteca?

—Recuerdo el camino. Vuelve a trabajar. Y no le digas a nadie que estamos aquí. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Aguarda a que Emmett la despida con un gesto. Después se marcha con celeridad. Cuando llega a la puerta, intenta girar el pomo con torpeza durante un largo rato antes de conseguirlo. Acto seguido, la puerta se cierra a su espalda.

Emmett suspira y se inclina para apoyarse contra la pared. Tiembla tanto como temblaba ella. Al cabo de un momento, se endereza.

—Vamos. Me parece que es por aquí. Quizá tendría que haber dejado que nos acompañara. No se me ha ocurrido.

Abre otra puerta. Un pasillo idéntico se adentra en la oscuridad, como si fuera un túnel. Está pintado de verde y beis, igual que los cuartos del servicio de mi casa. Emmett lo recorre con premura, contando las puertas. Por último, se detiene y abre una. Maldice entre dientes. Prueba con la siguiente. Entonces me agarra del brazo y me arrastra dentro.

Estamos en el vestíbulo principal. A la izquierda hay una magnífica escalera con una balaustrada de mármol. El otro lado se abre hacia una salita. Enfilamos una larga y ancha galería pavimentada con rombos de la luz que atraviesa las ventanas. Cuadros enormes cuelgan de las paredes: batallas, escenas de caza, fauces y sangre.

Nos encaminamos hasta la puerta del fondo. Me retumba la cabeza por el esfuerzo que exige no echar a correr. Emmett abre la puerta y exhala despacio. Se hace a un lado, igual que un lacayo, para dejarme pasar. Después me sigue al interior.

La biblioteca es una estancia luminosa de techo alto. Las grandes ventanas con parteluz de dos paredes tienen vistas a un camino de tilos. El resto son estanterías. Hay más libros de los que teníamos en el colegio. Una reluciente escalera de caracol conduce a una pasarela por encima de nuestra cabeza. La chimenea es de mármol blanco tallado. Unos regordetes querubines sujetan unos tomos pesados sobre sus rechonchas rodillas. Unas ninfas curiosean entre las hojas de parra, con los ojos como platos. Unos sátiros escriben. En el hogar arden aún los últimos restos de un fuego. La butaca situada en la alfombra frente a la chimenea conserva la forma de un cuerpo. Me imagino a Latworthy tomando café aquí antes de acudir a mi boda: relajado, entretenido, hojeando mi libro con aire indolente. Una combinación de esperanza y vergüenza me palpita en las entrañas. Pero si estaba leyendo mi libro, ha tenido que devolverlo a la estantería, pues todo está colocado.

Hay un escritorio delante de las ventanas. Retiro la estrecha silla de madera y me siento. Tengo las palmas resbaladizas a causa del sudor.

Emmett cierra la puerta y echa el pestillo. Se ríe entre dientes. Por último, se quita los guantes y se aparta el cabello del rostro. Tenía razón antes, cuando pensé que llevaba un anillo. Es una ancha alianza de plata con una piedra azul verdosa engarzada. La clase de joya que podrían llevar De Havilland o mi padre. No es feo, pero sí sorprendente. Ayer no lo llevaba; debe de haberlo robado en alguna parte. Se vuelve hacia mí.

—Lucian, ¿qué ocurre?

Abro un cajón del escritorio. Está lleno de papel de color crema. El otro cajón está cerrado con llave.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —pregunta de nuevo.

Inclino el tintero. Está casi vacío. Lo mantengo inmóvil, preguntándome si lo que veo es tinta o una sombra. Me aclaro la garganta.

—¿Lo habrías hecho?

—¿El qué?

—Encuadernarla. A la criada. Si se hubiera negado...

—¿De qué estás hablando?

Dejo el tintero. Me giro para encararme con él, aunque con tono sereno.

—La has amenazado con quitarle sus recuerdos. Incluso su nombre.

Emmett parpadea. Una sonrisa se asoma por una comisura de su boca y desaparece.

—Por supuesto que no. No podría.

—La has amenazado con hacerlo.

—No, quiero decir que no es posible. Necesitas que la persona te dé permiso para encuadernarla. No puedes simplemente... Soy encuadernador, no mago.

—Pero...

—Necesitas el consentimiento de la persona. Siempre. Incluso con Nell.

—Creía que... —Se me quiebra la voz. Me sorprende ajustándome el pañuelo y comprobándome los puños de la camisa. Están sucios. Se me forma un nudo en el estómago—. Bien. Eso es bueno.

—¿Creías que...? ¿En serio, Lucian?

—No, solo lo preguntaba, es todo.

—Sí, entiendo. Es mejor ser muy claro con estas cosas. —Se rasca la cabeza y aparta la mirada.

—No te rías. ¿Cómo iba a saberlo?

—No me estoy riendo —dice. Sus ojos son de un vivo color avellana, como la lluvia sobre la madera joven—. No le habría hecho daño.

Un reloj da la hora en alguna parte. Me pongo de pie de un salto. Él se yergue y mira a su alrededor. De repente, su expresión es diferente, está alerta y concentrado. No tenemos mucho tiempo.

—Muy bien. —Gira en círculo.

Yo también miro en derredor. Abro la boca, pero no hay necesidad de decirlo. Ambos podemos ver cuántos libros hay. Empiezo a examinar la estantería más próxima. Nombres. Nombres, nombres y más nombres. Cualquiera podría ser el mío.

—Aquí no hay ningún tipo de orden.

—De todas formas, esos son demasiado antiguos. Tu libro es de seda, no de tela ni de cuero. Es de un color gris verdoso. —Pasa el dedo por la estantería más cercana a él, tan rápido que es imposible que esté leyendo los lomos. Mira por encima del hombro—. No pasa nada. Lo encontraremos.

Miro alrededor. Hay centenares de libros. Miles.

—No, no, no... —Da un paso a un lado. Golpea con la uña el lomo de los libros. En medio de la quietud resuena con tanta fuerza como si fuera un niño golpeando una barandilla con un palo. Llega a un rincón de la habitación. El reloj suena de nuevo. Han pasado quince minutos. Nos miramos—. Tienen que llevar un orden. Alfabético no. Tiene que haber...

Me encojo de hombros. No puedo pensar.

Él retrocede e inspecciona las estanterías.

—Busca por el color. A menos que haya puesto fundas... —Se calla, como si no pudiera soportar esa idea—. Te prometo que lo encontraremos. Solo tenemos que buscar. No podemos darnos por vencidos.

Asiento. Ya deben de estar marchándose los primeros carruajes del ayuntamiento. ¿Qué estará haciendo Honour ahora mismo? ¿Y mi padre? Lord Latworthy estará de regreso. Levanto la cabeza

y miro por la ventana, pero no se ve el camino de entrada. Únicamente el sendero de tilos desnudos, apuntando hacia arriba igual que unas negras plumas. Césped parduzco. Un montículo de nieve con los bordes ennegrecidos. Un cuervo aparece de la nada. Su graznido es como una tela rasgándose poco a poco.

—¿A qué esperas? —pregunta Emmett.

Me vuelvo de nuevo hacia la habitación. Me está mirando. Se le ve pálido y fatigado, como si esto fuera tan importante para él como lo es para mí. Si lo pillan aquí, lo deportarán. Al menos mi padre se asegurará de que yo no vaya a prisión.

—Lo siento.

—Ponte a mirar, ¿de acuerdo?

—Sí. —Me dirijo a la escalera de caracol. Los peldaños de hierro emiten un chirrido apagado a medida que los subo.

—No, no, no... —farfulla Emmett.

Las portadas aquí arriba son más variadas. Resulta difícil estar seguro de si he divisado un lomo gris verdoso. Me pongo a leer los nombres una vez más. En todo momento siento que el tiempo se consume igual que el oxígeno.

—Maldita sea, no veo bien los nombres. Este estante inferior...

Me asomo por encima de la barandilla. Emmett está tirando de la cerradura, tratando de abrir la estantería.

—¡No seas estúpido! Rompe el cristal.

—Sí. Cierro. —Desde la puerta, echa un vistazo al resto de la casa. Lleva el codo hacia atrás y golpea el cristal, que se hace añicos con un ruido ensordecedor.

Silencio. Durante un instante oigo pasos que corren hacia nosotros. Me doy cuenta de que es mi corazón.

Emmett exhala una bocanada de aire. Mete la mano con cuidado por el agujero del cristal y saca los libros uno a uno. Comprueba los lomos, los arroja a un montón y coge más. Encorva los hombros.

—No.

—Continúa buscando. —Pero está inmóvil como una estatua, contemplando el libro que se ha abierto al cogerlo—. ¿Lo estás leyendo?

Emmett cierra los ojos y se tambalea.

—Lo siento... No puedo... No era mi intención... —Va a trompicones hasta el escritorio y deja el libro—. Se apodera de mí y lo veo. Lo siento.

—¡Maldita sea, Farmer!

—¡He dicho que no puedo evitarlo! Soy encuadernador, me absorbe. —Está más pálido que antes—. Al menos sabemos que no son falsificaciones.

Me vuelvo hacia las estanterías. Nombres, nombres y más nombres, pero el mío no. Siento una sacudida por todo mi ser al ver un Darnay, pero se trata de Elizabeth Sassoon Darnay.

Sassoon era el apellido de soltera de mi abuela. Era fría con nosotros, distante y altiva, y apenas se detenía mientras buscaba algo por todas las habitaciones, algo que jamás encontró. Pero el libro no es así. Es bonito. Unos iris azules y dorados adornan el cuero marrón. Presiono el dedo contra el cristal. Quiero saber qué le pasó, pero no tengo tiempo.

Emmett sube la escalera detrás de mí. Me hago a un lado para dejarlo pasar, pero no lo hace. Se inclina sobre la barandilla de la parte superior. Tiene los ojos cerrados y el rostro pálido.

—¿Qué ocurre, Farmer?

—No pasa nada.

—Pareces enfermo.

—Han sido los recuerdos. Bosques de campanillas, la boda de su hija... —Me mira a los ojos e intenta esbozar una sonrisa—. Es horrible, nada más. Le robaron la vida.

—Sí.

En el fondo de mi mente veo a William Langland tumbado en la fina hierba de las ondulantes colinas. Las mariposas revoloteando en el aire cálido. El cielo despejado en lo alto. O levantándole el velo a su prometida, inclinándose para besar la peca que tenía a un lado de la boca. Me doy la vuelta y cruzo los brazos sobre el pecho. Tengo la boca seca y un regusto amargo.

Emmett se mueve. Yo no me vuelvo a mirar. No quiero que me vea la cara. Todavía siento sus brazos rodeándome la noche que pasamos juntos, el calor calándome los huesos poco a poco. Pero eso ya ha pasado. Se ha acabado. Miro la escayola del techo. Sobre nosotros cuelgan unas frutas blancas congeladas, lo bastante duras como para romperte un diente.

Él se acerca a mí de repente. Me doy la vuelta en el acto, listo para agarrarlo. Estoy a punto de decir algo, no sé el qué.

Emmett me empuja al pasar y me tambaleo hacia la estantería.

—Está ahí. Creo que... ¡Sí!

Me quedo en blanco durante un instante, sin saber de qué está hablando.

—Tu libro. ¡Está ahí! —Tira con fuerza del pomo de la estantería—. Deben de ser los ilegales. Los de personas que todavía están vivas o que sus familias... Mira.

Tiene razón. Es gris verdoso y tiene mi nombre en el lomo en letras plata. *Lucian Darnay*. Debería estar contento, pero una serie de escalofríos recorren todo mi ser. Quizá nunca llegué a creerme de verdad que era real.

Aparto la mirada y poso los ojos en las ninfas talladas sobre la chimenea, con sus delicados muslos y los labios entreabiertos. Los sátiros recostados se tocan el miembro erecto. Me aclaro la garganta.

—Bien. Cógelo y nos vamos.

—Por supuesto, ¿qué creías que iba...? —Se interrumpe. Tira del pomo y vuelca todo su peso, exhalando entre dientes a causa del esfuerzo.

Lo aparto de un empujón.

—¿Por qué pierdes el tiempo? ¡Rómpelo!

Hay una rejilla de hierro detrás del cristal.

La miro fijamente. El metal es oscuro y decorativo. Está adornada con zarcillos, espirales y capullos. Parece que va creciendo. O que está muerto. Los barrotes están demasiado juntos para meter algo entre ellos.

El reloj suena de nuevo. Emmett me mira y después mira la estantería.

—Podremos sacarlo de alguna forma.

—¿De alguna forma?

—Sí. Rompe el cristal y... A lo mejor podríamos... —Su voz se va apagando. El silencio responde a mi pregunta mejor que las palabras.

Inspiro hondo. Por un momento, todo parece un *trompe l'oeil*: el estucado, los libros, el mobiliario... Igual que la casa de muñecas de Lisette. Hasta los árboles y el cielo parecen dibujados en papel pegado al cristal. Podría estar hecho de madera y de cera.

Le doy la espalda.

—Vámonos. —Bajo la escalera de caracol, pero él no me sigue—. Déjalo, Farmer.

—¿Qué? No, no puedes rendirte ahora. ¡Lucian! —Mira por encima de la barandilla hacia el fuego de la chimenea—. Espera, ¿en qué estoy pensando? No tenemos que sacarlo. Si rompemos el cristal podemos quemarlo aquí. Coge las tenazas y uno de esos cubos de arena, no quiero prender fuego a toda la casa.

—No.

—¡Vamos! Si lord Latworthy regresa...

—¡He dicho que no!

Nos quedamos en silencio. Encima de la chimenea, un petulante querubín se ríe alegremente de los secretos de alguien.

—No lo entiendo —dice al fin—. ¿Por qué hemos venido aquí si no es por tu libro?

Tomo una profunda bocanada de aire.

—Quiero mi libro —replico—. Lo quiero... a salvo. Quiero guardarlo en algún lugar escondido. Quiero tener la certeza de que nadie pueda leerlo. Es todo.

—Pero ¿no quieres saber qué hay en él?

—No.

De nuevo el silencio. Lo miro. Está apoyado en la barandilla, con el cabello cayéndole sobre los ojos y las mejillas sonrosadas. Con su abrigo marrón y su bolsa de cuero parece fuera de lugar. Un ladrón. Un encuadernador. Ni siquiera sé qué quiere él.

—¿Por qué no? —pregunta con voz queda.

—Vámonos. —Miro hacia la puerta, pero la idea de toparme con alguien me hace estremecer. Me giro hacia la ventana. Hay una urraca dando saltitos en el pavimento, justo al otro lado. Se detiene y me mira. Lleva algo brillante en el pico. Me acerco. No. Son imaginaciones. Empiezo a sentir un dolor de cabeza entre las sienes. Corro el pestillo de la ventana más cercana. Es estrecha, pero hay espacio para salir por ella.

—¿Qué ocurre? —Hace una pausa—. No hay nada que temer...

—Ah, ¿de veras? —Me doy la vuelta—. Te vi cuando se quemó tu libro. Creí que te estabas muriendo.

—Me refiero a los recuerdos.

—No te atrevas... —Me contengo. Ambos miramos hacia la puerta. Bajo la voz—. Hiciera lo que hiciese, elegí olvidarlo. Yo lo elegí. Todas esas cosas que hace mi padre... Debe de ser peor que eso, peor que nada de lo que me pueda imaginar. Así que no te atrevas a decirme que debería querer recuperarlos.

—Lo único que digo... —Emmett vacila. Un agudo zumbido me inunda los oídos durante un momento, como si estuviera a punto de decirme algo que no voy a ser capaz de oír—. No tienes que temer nada. Lo prometo. Quémalo.

—¡Deja de decirme lo que tengo que hacer! —Se estremece y me alegro de ello—. Es mi vida, Farmer. Yo decido.

—Por favor, Lucian, confía en mí.

—¿Que confíe en ti? —Le escupo las palabras. Recuerdo cómo lloraba y vomitaba la primera vez que lo vi. Ahora me está mirando del mismo modo que yo lo miré a él entonces: compasión, desprecio e incredulidad. Duele tanto que me priva del aliento—. ¿Por qué debería confiar en ti? ¿Porque hemos follado una vez? —Se inclina sobre la barandilla, con la cabeza gacha. Doy un paso hacia él—. ¿Crees que sabes más que yo? Bueno, pues Nell está muerta. De Havilland está muerto. Por tu culpa. Dime, pues, por qué debería confiar en ti.

No sé por qué, a pesar de todo, espero que tenga una respuesta. Él levanta la cabeza y me mira a los ojos, pero no responde. Durante un momento parece que ya no está ahí. Se ha ido a alguna parte a la que no puedo seguirlo.

Me vuelvo de nuevo hacia la ventana abierta. La empujo para abrirla todo lo que pueda. La urraca se aleja volando. Atisbo el brillo azul verdoso de sus plumas, semejante al de una perla negra. El aire puro hace que me lloren los ojos. Me encaramo al alféizar, paso una pierna por encima y me agacho para pasar por la ventana batiente. Aterrizo en el macizo de flores con un gruñido de dolor nada digno. Me he golpeado contra el marco de la ventana y me arde un lado de las costillas. Miro a un lado y a otro, pero no se ve ni un alma. Emprendo el camino por el sendero bordeado de tilos escuálidos.

Oigo un ruido a mi espalda cuando Emmett sale por la ventana y luego el crujido de las plantas invernales bajo sus pies. Echa a correr hacia mí. Yo sigo caminando.

—¿Adónde vas, Lucian? ¿De vuelta al ayuntamiento?

Me encojo de hombros. No puedo mirarlo. Hacerlo sería poner la mano en el fuego de manera deliberada.

Me ha dado alcance. Resuella.

—¿Y qué pasa con tu libro? ¿Prefieres dejarlo aquí?

—Ahora sé dónde está. Conseguiré que mi padre lo compre.

Emmett suelta un bufido.

—Y, como es natural, después de lo de hoy tu padre te va a consentir todos tus caprichos.

Continúo sin mirarlo. A unos kilómetros de distancia, el ayuntamiento se estará vaciando. Mi padre estará despidiéndose de los invitados, haciendo bromas y cumplidos a las mujeres, sonriendo, como si eso fuera exactamente lo que tenía en mente. En breve tendré que irme a casa.

—O podrías pedirselo a lord Latworthy —dice Emmett. Me agarra del brazo y me obliga a girarme para mirarlo a los ojos; me dedica una sonrisa mordaz y burlona—. Si ha estado en tu boda, seguro que te lo entregaría sin pensárselo dos veces si le explicases que quieres recuperarlo.

El rostro de lord Latworthy aparece en mi imaginación: ávido, rapaz y curioso. Trago saliva, negándome a dejar que Emmett vea lo mareado que me siento.

—Quizá sí —replico—. Quizá podamos llegar a algún tipo de acuerdo.

Algo en mi tono de voz hace que Emmett parpadee y vacile.

—De acuerdo —dice muy despacio—. ¿Y después qué? Aunque puedas echarle el guante, ¿qué harás con él? ¿Guardarlo en la caja fuerte de un banco, esconderlo?

—¡Sí, justo eso!

—¿Y pasar las noches en vela preocupado por quién más tiene la llave? ¿Levantarte en plena noche y recorrer medio Castleford para comprobar si sigue ahí? ¿Hacer que te encuadernen de nuevo para que puedas dormir por las noches?

—Las cajas fuertes de los bancos no son así, no puedes ir y abrirlas tú mismo cuando te venga en gana.

Él parece no oírme.

—Vivirás con miedo. Tendrás miedo constantemente. Siempre. ¿Es eso lo que deseas?

Me obligo a enfrentarme a él.

—Estaré bien —alego.

Emmett me suelta y retrocede. Me duele el brazo justo donde me estaba tocando.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta. Sé que ya no está hablando de mi libro.

—No te preocupes por mí. Me atrevo a decir que puedo acallar mi temor y autodesprecio con

alcohol y aventuras sin importancia.

—Déjalo ya, Lucian.

—¿Por qué te importa? Tú te vas a Newton a buscar empleo. No tendrás que volver a verme.

Él abre la boca, como si estuviera a punto de añadir algo, pero al final se limita a asentir. Intenta colocarse con torpeza el asa de la bolsa. Una ráfaga de viento frío nos arroja ramitas y hojas a la cara.

Me alejo. Los ojos me escuecen más que nunca. Empiezo a correr a trompicones, pues quiero poner toda la distancia posible entre él y yo. Pero unos pasos después me percató de que Emmett no me sigue y me doy la vuelta.

Está corriendo de nuevo hacia la casa.

Tardo un segundo en comprender lo que está haciendo. Después voy tras él a toda velocidad, resbalándome en el césped embarrado.

—¡Oye! —grito.

Él ni siquiera se inmota. Se cuelga por la ventana, maldice y aterriza en la habitación agarrándose el codo. Cuando entro yo, está en cuclillas junto a la chimenea, hurgando en el fuego con las tenazas.

—No lo hagas —digo.

—No puedes detenerme.

Se endereza, sujetando un trozo de carbón en llamas con las tenazas. Alargo el brazo y él retrocede de manera instintiva, apartando la brasa de mí.

—Te lo prohíbo —replico. Pero él enarca las cejas y pasa por mi lado con la brasa a un lado; la llama se aferra al carbón y se encoge con la corriente de aire.

—Oye... Antes has dicho... ¿Qué pasa con el consentimiento? —Pero no me está escuchando—. ¿Qué pasa con los demás libros? Si quemas el mío... ¡Farmer! —Empieza a subir la escalera. Lo agarro del brazo y él se zafa, haciendo una mueca cuando casi se le escapa el carbón. Intento agarrarlo de nuevo y él sube dos peldaños de una vez—. ¡He dicho que te lo prohíbo!

—¡Suéltame! —Pero tiro de él. Emmett se tambalea en el borde de un peldaño, intenta agarrarse a la barandilla y falla. Pierde el equilibrio y se cae hacia atrás, casi en mis brazos. Me echo encima de él para intentar alcanzar las tenazas. Él lucha para mantenerlas alejadas. Le clavo el pulgar en el hombro, hasta que ahoga un grito, pero cuando se libera de mí se está riendo. Forcejamos y nos bamboleamos en el mismo peldaño estrecho. Es casi una danza—. Vamos, deja que yo... Esto es una estupidez... —Se está riendo.

Le doy una bofetada en la cara y se cae de rodillas. Las tenazas se cuelan por un hueco de la barandilla y la brasa rueda por el suelo, soltando chispas a su paso. Emmett refunfuña con los dientes apretados. Bajo un peldaño con impotencia y luego otro, hasta que estoy en suelo firme. Al

menos no está sangrando. Lo veo ponerse de pie. Dirige la mirada a las tenazas, que están en el suelo, y después a mí.

Los dos nos movemos al mismo tiempo. Cuando se arroja a por ellas, me lanzo a bloquearle el paso. Nos estamos peleando a empujones y tirones, como si fuéramos críos. Él retuerce una mano para evitar que se la agarre, pero no me golpea. En vez de eso, tira en vano de mis dedos para tratar de soltarlos de la parte superior de su brazo. Ya no se está riendo.

—No tenemos tiempo...

Me falta el aliento para responder. Me arde la garganta. Lo obligo a retroceder por la fuerza. Él cede de repente y juntos rodamos hacia la ventana. Noto el impacto en los brazos mientras él se golpea la pierna con el escritorio y se cae, gritando de dolor. Lo suelto. Al instante me agarra las muñecas y trata de escabullirse.

—¡No!

Me abalanzo sobre él, tratando de agarrarle de los hombros, del cuello, de la garganta, de donde sea. Él gira y se agacha para intentar esquivarme. Se detiene durante una fracción de segundo, mirando por encima de mi hombro, y frunce el ceño. Me vuelvo para ver qué está mirando y pierdo el equilibrio. Le doy con el codo en la mandíbula y él se da un golpe seco en la cabeza con el escritorio. Cae de rodillas, resollando. El silencio se apodera de la habitación.

No del todo. Se oye un crepitar, un susurro...

Fuego.

Debe de haber sido la brasa al rodar por el suelo, o una chispa errante que ha prendido los libros amontonados que Farmer había ido tirando a un lado. No importa cómo ha pasado. Las llamas ascienden por las estanterías formando cenefas irregulares y abrasadoras que golpean los cristales. La madera barnizada se ampolla y ennegrece. Los libros arden como el alcanfor, con una virulencia arrolladora. Las llamas estallan en el interior de la estantería y ascienden cada vez más, hasta que la repisa superior arde. Saltan más chispas, igual que las semillas de una vaina, que prenden y se propagan. El humo se eleva y se me empieza a agarrar a la garganta.

Miro como un bobo los cubos de arena que hay junto a la chimenea, pero es demasiado tarde. Se derrumba un estante. El cristal se hace añicos. El fuego avanza hacia otro montón de libros. Las lenguas de fuego arrasan las páginas. Los libros lanzan sus recuerdos al techo entre suspiros y susurros, al son de las cenizas centelleantes.

Intento recuperar el aliento.

—No puede ser. Es muy voraz...

—Los libros desean arder —dice—. Ascienden así porque son inestables, los recuerdos no quieren quedarse... —Su voz se va a apagando a medida que le sobreviene un ataque de tos. Llamen a la puerta y oímos la voz de Sally, que suplica que la dejemos entrar—. Basta ya. Tenemos que irnos —dice, obligándose a hablar—. Ya.

Me agacho y agarro el atizador que está junto a la chimenea.

Después subo corriendo la escalera y me adentro en el corazón del fuego.

XXVIII

El humo es tan denso que podría perderme en él. Me asfixia. Me abrasa la garganta y me quema los pulmones. Recorro a tientas la pasarela, cegado por las lágrimas. El fuego ruge abajo. El calor es como un muro. Continúo agarrando el atizador. El calor del metal atraviesa la piel de cabritilla del guante. Oigo cristales romperse cerca. Veo motas negras arremolinándose y palpitando.

No tengo tiempo de pensar. Me choco con la estantería. Intento enderezarme. De la nada me asalta una punzada de dolor que me baja por el brazo. La rejilla de hierro. El cristal ha desaparecido y los barrotes están calientes. Me queman la mano a través del guante. Pero eso significa que estoy en el lugar adecuado. Mi libro está aquí, en alguna parte. En el estante que está a la altura de los ojos. Tomo impulso con el atizador para golpear la rejilla, que se sacude.

Gritos. Voces confusas. Farmer me llama por mi nombre. Está subiendo la escalera.

Golpeo de nuevo la rejilla. No puedo recobrar el aliento. Toso sin cesar. Me estoy abrasando por dentro. Solo veo chiribitas. Parpadeo para intentar despejarlas.

Una vez más. Pero no sirve de nada.

Introduzco el atizador entre las barras y hago palanca. Vuelco todo mi peso. No cede. Si los barrotes no ceden, seguiré intentándolo hasta que me ahogue con el humo. Al menos estaré inconsciente antes de que la pasarela se derrumbe. No sentiré el fuego.

—¡Lucian! ¡Lucian!

Mi corazón está fatigado. Un latido débil que suena a tambor roto. Cada vez que toso se me desgarran los pulmones. Tengo la boca llena de hollín.

La rejilla cede. Estoy a punto de caerme.

Me aprieto contra el marco. Los colores flotan en una niebla gris que me quema los ojos. Retiro la esquina de la rejilla lo suficiente para meter la mano. Paso los dedos por los lomos. Los extremos de los guantes se han chamuscado. Mi libro está en alguna parte. ¿Lo sabré cuando lo toque? Los libros caen al suelo. Estoy desorientado por el humo. Alguien susurra unas palabras de amor. Huele a campanillas. Oigo el crujido agudo de la madera quemándose. También gritos, en alguna parte. El suelo se tambalea. Nubes negras amenazan con tragarme. Respiro ácido. La cabeza me da vueltas. Los libros están calientes. Parecen vivos. En cualquier momento se me escaparán de los dedos y se arrojarán a las llamas. Arden muy rápido. Quieren arder.

Me caigo.

Estoy cayendo sin cesar. Me estrello. El tiempo se vuelve loco: aterrizo y me caigo de nuevo.

El dolor me eleva, como la marea. Resuello. Me impulso hacia arriba. Me doy cuenta de que no estoy muerto. La cabeza me da vueltas. Estoy en el suelo. Aquí abajo la cortina de humo está más lejos. Atisbo más estanterías y más tallas de escayola. Otros colores aparte del intenso rojo ambarino y el gris absoluto. Parte de la madera se derrumba de repente. Algunos libros resbalan y se caen. Después emerge con fuerza una nueva columna de humo, que se propaga y se expande por el techo. El humo gris flota delante de mis ojos.

—Lucian. —Un gruñido entre el rugido y el estruendo del fuego. Una carcajada llorosa. Alguien que sufre. Emmett—. Maldita sea, ¿estás intentando acabar con tu vida? —dice.

Parpadeo para despejar las lágrimas y entrecierro los ojos. La escalera sigue ahí, solo un tramo del suelo de la galería se ha venido abajo...

—¡Basta! —Me agarra—. Es peligroso, tenemos que irnos... ¡Por favor! —implora. Pero me echo a reír; me duele, noto el calor corriendo por mis venas—. Están intentando echar la puerta abajo. —Hay gritos fuera, en el pasillo, voces de hombre; la puerta se sacude en el marco—. Ese cerrojo no va a aguantar para siempre.

—No pienso irme sin mi libro.

Me zafo de él. Emmett se tambalea. Todavía me está sujetando, pero esta vez sin fuerzas, como si ya casi no le quedaran. Está herido. Estamos perdiendo el tiempo. Si le doy un buen golpe me soltará.

—Escucha —levanta la voz—. Deja que arda. Si después me pides que te vuelva a encuadernar, lo haré. Te prometo que lo haré.

Tengo los ojos empañados. Miro hacia arriba. Las llamas se agitan a través del agujero de la pasarela; tonos carmesíes y dorados resplandecen entre el humo. La estantería con el cristal roto será la próxima en arder.

—¿Qué crees que hiciste, Lucian? ¿Vale la pena morir por ello?

Abro la boca y el humo se me cuele. Unas lágrimas ardientes me resbalan por la cara. Pensé que sabía qué temía; el asesinato, quizá. Pero ¿cómo he podido pensar que eso era lo peor? Ahora, en medio del calor y del humo cegadores, mientras el fuego ruge y alguien aporrea la puerta, tengo la impresión de que algo dentro de mí, una última barrera protectora, se derrumba. Fragmentos de pesadillas me inundan la mente; pesadillas vívidas, verosímiles y nauseabundas. Los recuerdos reales ya son lo bastante malos: los ojos llenos de manchas de Nell, colgando de la soga improvisada; las criadas de rostro inexpresivo; el ataque a De Havilland; mi padre... Pero detrás de todos ellos hay unas imágenes borrosas de cosas peores. Cosas que podría haber hecho mi padre, cosas que podría haberme obligado a hacer. Actos tan depravados y crueles que a duras penas puedo imaginármelos. A duras penas... Pero si soy capaz de imaginármelos soy capaz de cometerlos.

Trato de respirar. Tengo la cara mojada.

—Tú no lo entiendes. Yo... Si supieras...

Emmett me tapa la boca con la suya. Lo hace con tanta brusquedad que apenas es un beso; nuestros dientes chocan, mi cabeza se sacude y una punzada de dolor me atraviesa el labio inferior. Todavía estoy hablando y durante un instante siento mi voz en su boca. Se aparta lo justo para mirarme a los ojos.

—Te amo —dice.

Por un momento es como si estuviera en otra parte. El intenso calor y el ruido son solo el primer plano, pero oigo el silencio más allá, el vacío en los márgenes más lejanos del mundo. Dentro de mí siento una calma tan grande que podría estar muriéndome.

Entonces él levanta la mirada. El fuego se refleja en sus ojos. Su rostro rezuma preocupación, seguida de algo fugaz y semejante al triunfo. El fuego. La estantería.

Lo aparto de un empujón, pero es demasiado tarde. Trago aire mientras el calor se apodera de mí. Las llamas aumentan, se adueñan de mi mente y me salpican la vista de chispas.

La verdad resplandece en mi cabeza, cegadora, tan brillante que no puedo verla. Entonces arrasa con todo mi ser.

Cuando abro los ojos, el mundo ha cambiado.

No sé dónde estoy. No sé quién soy. Tengo frío. Me duelen los pulmones. Cuando intento aclararme la garganta, siento como si me hubiera tragado una brasa. El dolor es inhumano. Tengo el rostro en carne viva a causa del humo.

Debajo de todo eso, la felicidad es tan profunda y gloriosa que es como tierra oscura y húmeda: no sé qué significa eso ni por qué está ahí, pero si pudiera alargar la mano cogería un puñado.

—¿Estás bien?

Emmett. Su nombre acude a mí antes de recordar el mío.

—Eh, creo que sí... —Se me quiebra la voz. Me duele hablar. Me incorporo. Estoy mareado.

—No te muevas. No te preocupes. Estás a salvo.

Parpadeo hasta que se me aclara la vista. No sé dónde estamos. En una especie de construcción de piedra sin laterales. Unas columnas enmarcan un campo delimitado por árboles. El césped es verde parduzco apagado, como en invierno. Hay una alfombra de nieve grisácea adherida a una ladera. No ha pasado el tiempo. Tengo la impresión de haber estado años ausente. Una vida entera.

—¿Mejor? —Asiento—. Cada vez será más fácil. Los primeros días serán... raros.

—Sí.

—Después de eso, se arregla.

—De acuerdo.

Respiro el olor a barro y a hojas secas. A humo antiguo. A piel chamuscada. A vómito. Hay un charco en el suelo de piedra. Debo de haber vomitado. Igual que Emmett cuando quemó su libro. Hago una mueca. Me alegro de haber estado inconsciente. Bajo la mirada y me despojo de los guantes. Qué suerte haberlos llevado puestos. Tengo los dedos enrojecidos y sensibles. Noto un doloroso hormigueo en la piel. ¿Por qué estoy tan feliz?

Por los colores. Porque el anodino mundo invernal es tan brillante que es casi insoportable. Porque el dolor es más cercano y el regusto a hollín es más contundente que cualquier alimento que haya comido antes. Porque huele a raíces, a cosas dormidas y a semillas esperando germinar. Porque...

Miro hacia un lado. Emmett clava los ojos en los míos. Parece temeroso.

Rompo a reír. Ahora él parece temeroso.

—No pasa nada.

Él asiente, sin estar seguro. Tiene la frente tiznada y el borde de los ojos enrojecido. Un moratón de color vino tinto le cubre la mandíbula.

Un pájaro trina en el tejado. Desde el otro lado del campo le responde un cuervo. Un canto agudo y tristón y un graznido hostil. Ambos sonidos son hermosos. Más allá se oyen una campana y gritos lejanos. Una alta columna de humo se eleva sobre los árboles a nuestra derecha.

—Creo que estamos a salvo. Sally no le va a contar a nadie que nos ha dejado entrar.

—No estaba preocupado.

No se me había ocurrido preocuparme por eso.

—Aunque seguro que es mejor que nos quedemos aquí. No sé adónde vamos a ir ahora.

Lo miro y el corazón se me estremece. Pronto querré contemplarlo y no parar nunca de hacerlo. Querré aprenderme de nuevo cada peca, cada recoveco de su boca, cada pestaña. Pero todavía no. Mirarlo a los ojos y continuar respirando es cuanto puedo hacer de momento.

Cuando estás famélico, resulta peligroso darse un atracón demasiado rápido. Pero apartar la vista requiere un gran esfuerzo. Contemplo el campo verde con los ojos entornados y veo un castillo en ruinas, el patio de una granja, un agujero irregular en un foso congelado. Demasiados recuerdos que recuperar. Giran a mi alrededor como un carrusel. Poco a poco van yendo más despacio. Ahora puedo vislumbrar formas y detalles. El reflejo de la luz en una piedra azul púrpureo en la mano de un joyero. Una hilera de cartas sobre una colcha sucia. Un cachorro de terrier retorciéndose en mis brazos. Un jardín, una camisa desabrochada, un arañazo sangrante en la piel, caliente por el sol. Si llevo la imaginación hacia otro lado veré cosas peores: una puerta cerrada con llave, comida congelándose en una bandeja, mi padre con el cinturón en la mano... Semanas más tarde, un corral lleno de polvo. Alta escupiéndome. La ventana de arriba abierta y gritos que acaban en sollozos. Su rostro mientras se encoge de hombros y se aparta. «Ve, pues. Si

de verdad quieres ver lo que le has hecho...» Emmett en el taller de encuadernación, mirándome con ojos de extraño.

Pero incluso esos recuerdos son soportables ahora. Tomo aire. Todavía duele, pero cada vez me resulta más fácil.

Los recuerdos y el olvido se solapan. Después de que me encuadernaran... Los meses de aturdimiento. El desprecio de mi padre y las miradas maliciosas de Lisette. La pena ausente, como si fuera de otra persona. Y, me estremezco, la primera vez que vi a Emmett... cuando fue a encuadernar a Nell. Algo en mi interior se marchita al recordar la forma en que le hablé. Entonces y más tarde. Y la noche que pasamos juntos; él lo sabía y yo no.

Aparto ese pensamiento. No fue culpa suya. De haber sido al revés, yo habría hecho lo mismo.

Me vuelvo hacia él. Emmett me mira de nuevo, con cautela.

—Lo siento —digo—. Siento haberme ido. Y por todo lo demás...

Se encoge de hombros.

—No importa.

—Ni siquiera te pregunté por tu libro. Tus recuerdos. Te vi quemarlo y ni siquiera...

—Que te encuadernen te afecta de un modo extraño —repone, y una sonrisa le asoma por la boca—. Sobre todo si ya eres un egocéntrico.

—Oye. —Nos miramos y apartamos la vista al mismo tiempo. Me apoyo en una columna del cenador y me meto las manos en los bolsillos. Toco algo suave y húmedo con las yemas. Lo saco. Es la rosa que llevaba en el ojal esta mañana. Parece que haya pasado una eternidad. La tiro a la hierba, lo más lejos posible. Emmett sigue el gesto con la mirada, pero no dice nada. Inspiro hondo. No sé qué pretendo decir, pero no es lo que me sale—. ¿Lo decías en serio?

—¿El qué?

—Lo que has dicho. Justo antes...

—Ah. —Cambia de posición—. Intentaba distraerte, impedir que te arrojaras al fuego.

—No es eso lo que te he preguntado.

—No, bueno... —Se levanta de espaldas a mí y dice—: Pregúntamelo otra vez mañana por la mañana.

Asiento durante un rato. Una amplia sonrisa brota dentro de mí, pero por el momento puedo mantenerla a raya.

—Has quemado mi libro. Te lo he prohibido y tú lo has hecho de todas formas.

—Sí.

—De acuerdo. —Hago una pausa. El humo asciende en forma de hongo por encima de los árboles—. Y has quemado todos esos libros de otras personas. Has quemado la biblioteca entera.

—Sí. —Se vuelve para mirar el humo.

—¿Eso no es peligroso? Me refiero a que todas esas personas vuelvan a recordar.

—No lo sé —responde—. No era mi intención. —Me mira—. Solo es una suposición, pero creo que la mayoría eran libros comerciales. Si los vendieron, no les importará recuperar sus recuerdos. Eso espero.

¿Dónde están ahora? Cayendo de rodillas en las calles. En el campo. En la cocina. Deteniéndose en mitad de un beso o una pelea. Figúrate recuperarlo todo. La boda de tu hija. La primera vez que tuviste a tu hijo en brazos. Campanillas. Se me forma un doloroso nudo en la garganta que nada tiene que ver con el humo.

Me levanto. La cabeza me da vueltas. Paso junto a Emmett cuando salgo del cenador hacia el césped. El viento me azota. Pese a ser helador, está preñado de olor a tierra y humedad, a final de verano. Me apoyo en la columna, empapándome de todo ello. Una imagen emerge del torbellino de recuerdos: una noche húmeda y azul de la primavera pasada, regresando a la casa nueva desde la granja. Me había quedado a cenar porque Emmett me lo había pedido. Cuando le di las buenas noches, él me brindó una sonrisa, esa sonrisa torpe y fugaz que me hacía sentir que éramos las únicas personas en el mundo. Regresé a casa silbando, bailando por el camino, como si estuviera en un número de variedades, riéndome para mis adentros. Llevaba puesta la camisa de Emmett. Tan henchido de felicidad se hallaba mi corazón que podría haber flotado. El recuerdo me deja sin aliento. No sabía que la felicidad fuera algo tan simple.

Jamás volverá a serlo. Se han roto cosas que no se pueden arreglar. Pero ahora... Inclino la cabeza hacia atrás y contemplo el cielo despejado y el vuelo entrecruzado de los pájaros. No soy un violador. No soy un asesino. Rompo a reír y después empiezo a llorar, pero Emmett no está mirando. Al final, me seco la cara con la manga.

—Emmett —digo, pero después no se me ocurre nada más.

Él me ofrece su mano con el ceño fruncido, como si no confiara en mí. La envuelvo con la mía. Nuestros dedos se entrelazan y su anillo se me clava en el nudillo.

Traga saliva antes de decir:

—Entonces ¿te acuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Todo?

—Hasta donde yo sé, sí. —Otra carcajada se me atasca en la garganta. Es tal real que no debería ser gracioso.

Cierra los ojos y agita los párpados como si estuviera dormido, soñando. El moratón comienza a ponerse oscuro. Muy pronto lo besaré. Pero ahora mismo me quedo donde estoy, observando.

Se oye un carruaje traqueteando por el camino de entrada en dirección a la casa. Emmett se inclina hacia delante de repente y mira entre los árboles con los ojos entornados.

—Muy bien —dice—. Vamos.

Agradecimientos

La generosidad, la sabiduría, el entusiasmo y la experiencia con los que me he topado escribiendo y editando *El encuadernador* son abrumadores, y la lista de personas a las que quiero dar las gracias va aumentando a medida que escribo. ¡Lo que significa que sin duda me habré olvidado de alguien! Te pido disculpas, quienquiera que seas. Recuérdate que te invite a una copa en persona.

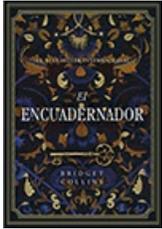
Estoy enormemente agradecida a Sarah Ballard, mi brillante agente, cuyos comentarios inteligentes, incisivos y prudentes transformaron el primer borrador en... Bueno, en el segundo. Y en el tercero. Muchísimas gracias por tu apoyo, tu afecto y tu humor. ¡No me creo lo afortunada que soy de tenerte a mi lado! Gracias también a Eli Keren y al resto del equipo de United Agents.

También me cuesta creer que haya podido trabajar con Suzie Dooré, mi editora en The Borough Press (no es simplemente una editora fantástica, sino también una persona excelente para compartir cócteles), y lo mismo se aplica al resto de personas de The Borough Press y HarperCollins, mis editores en el Reino Unido: desde el momento en que os conocí a todos, me vi arrastrada por vuestra energía y vuestra pasión. ¡Muchísimas gracias por todo! Además, ha sido maravilloso trabajar con los hermanos de HarperCollins en Estados Unidos, sobre todo con Jessica Williams, de William Morrow.

Gracias a Abby Fenton, que no solo me dio espacio y tiempo para escribir en su casa de Galicia, sino también una preciosa fotografía mía en la que estoy tratando de escribir, que ahora puedo contemplar cuando me veo en las mismas. Además, gracias a Paul Jarvis, que ha aguantado mis preguntas tontas sobre encuadernación en su clase durante varios años. (Cualquier error relativo a la encuadernación es mío, por supuesto.)

Y por último le doy las gracias a Nick Green, la persona más generosa que jamás he conocido, sin la cual *El encuadernador* nunca se habría hecho realidad.

Un relato de deseos enterrados y traiciones indescriptibles.
Una historia de amor que desafía los límites.
Una novela mágica e inolvidable.



Imagina que los libros no solo contienen historias.

Imagina que puedes ocultar entre sus páginas tus mayores miedos, tu dolor más profundo, tus secretos más oscuros. A todo el mundo. Incluso a ti mismo. Para siempre.

Emmett Farmer, después de un largo día de trabajo en el campo, recibe una misteriosa carta que le cita a incorporarse como aprendiz de encuadernador. Es una profesión que despierta miedo y superstición en su entorno. Sin embargo, como humilde campesino sin recursos, no le queda más remedio que abandonar la granja familiar.

En la casa aislada donde vive su maestra, la anciana Seredith, Emmett aprenderá a elaborar libros que, más allá de tener unos acabados muy cuidados, son tomos mágicos que conservan los recuerdos de las personas y atesoran secretos del pasado.

Quien quiere olvidarse de algún episodio del pasado, puede acudir al lugar donde los encuadernadores encierran estas vivencias en volúmenes que guardan en una cripta bajo el taller: una suerte de biblioteca del olvido en la que todo permanece a la espera. Pero un día Emmett descubre su nombre en uno de esos libros...

La crítica ha dicho...

«Intensa y envolvente. Una obra conmovedora y original que recrea todo un mundo.»

The Sunday Times

«Destinado a ser uno de los libros más importantes del año.»

Grazia

«Verdaderamente hipnótica.»

The Guardian

«Un divertimento intenso y gótico que explora lo que los libros han conservado en su interior y nos recuerda el poder de contar historias. Fascinante.»

Tracy Chevalier

«Un auténtico placer.»

The Times

«Seductor, oscuro y evocador.»

i Paper

«Una fusión de historia y magia que desafía al género.»

What We're Reading (The New York Times)

Bridget Collins (1981, Kent, Inglaterra) estudió Filología Inglesa en Cambridge e Interpretación en la Academia de Música y Arte Dramático de Londres. Después de haber publicado siete novelas juveniles de bastante éxito, *El encuadernador* ha sido una revelación en el Reino Unido. No solo se ha catapultado a lo más alto de las listas de más vendidos poco después de su publicación, batiendo récords de ventas y conquistando a la crítica y a los lectores, sino que la primera obra para adultos de Bridget Collins también se traducirá a once idiomas.

Título original: *The Binding*

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2019, Bridget Collins

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Nieves Calvino Gutiérrez, por la traducción

© Andrew Davidson, por las ilustraciones del interior

Adaptación de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Begoña Berruezo a partir de una idea original de Micaela Alcaino

© HarperCollinsPublishers LTD 2019

Imagen de portada: © Bbilwisedition LTD. & CO. Kg / Alamy Stock Photo (fondo), Shutterstock.com (Llave y Marco)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02430-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer.club

Índice

El encuadernador

Primera parte

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Segunda parte

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Tercera parte

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Bridget Collins

Créditos